

CEREMONIAS MACABRAS

T. E. D. Klein

PRÓLOGO

Navidad

El bosque ardía. Un muro ígneo enrojecía el negro cielo apagando las estrellas. La hierba se consumía. Grandes árboles caían al suelo como dioses agonizantes bajo el vendaval y el ruido de su muerte era como mil vientos rugiendo. El bosque ardió siete días en una hoguera insaciable. No había nadie para detenerla; nadie la había visto nacer salvo las pequeñas tribus de mengos y unamis que habían huido aterradas. Algunos de ellos dijeron que el día antes del fuego habían visto caer del cielo una estrella. Otros hablaron del rayo o de un extraño líquido rojo salido del suelo.

Quizá ninguno estaba en lo cierto. Por lo tanto, sólo una cosa es cierta: todo empezó igual que acabaría..., envuelto en el misterio.

Una noche de lluvia acabó extinguiendo el fuego. El sol se alzó sobre un reino de cenizas, una tierra desolada y gris en la que no quedaban árboles ni señales de vida... excepto el tocón calcinado de un viejo chopo, el árbol más alto del bosque. El árbol estaba muerto, pero en sus ramas vivía algo oculto entre el humo que aún brotaba del suelo, algo mucho más viejo que la humanidad y más oscuro que la vasta y negra caverna de un mundo lejano, perdido en el más insondable espacio. Algo que alentaba y trazaba planes, que se notaba morir y que, percibiendo su muerte, seguía vivo.

No pertenecía a la naturaleza y estaba solo. No tenía nombre. Aguardó, alzándose sobre el humo, una forma negra contra la negrura del árbol. El fuego le había herido, devorando uno de sus miembros. Allí donde una vez hubo algo parecido a un rostro había ahora una negra masa parecida a la brea. Pero seguía aferrándose a la vida y a la rama donde había clavado sus zarpas. Sobrevivir era algo que debía ser cuidadosamente calculado y antes de morir debía hacer una cosa. Había llegado el momento, pero el ser era muy paciente. Cerró el único ojo que le quedaba y se dispuso a esperar. Ya llegaría su hora.

El planeta giraba; la luna salía y se ocultaba; la hierba volvió para brotar a través de las cenizas. La tierra calcinada quedó oculta por un telón verde y los árboles se alzaron de nuevo hacia el sol. Sólo en un pequeño grupo de árboles cercano al centro había una diferencia: el follaje no era tan frondoso y los árboles habían crecido más raquíticos y extrañamente retorcidos, como en lo alto de una montaña. Había troncos que se dividían en un centenar de ramas, obscenamente hinchados como cadáveres de ahogados. Cuando el viento soplaba del oeste y se convertía el bosque en un océano de hojas agitadas, los sombríos confines de aquellos árboles nunca se movían.

Hasta la tierra había cambiado. De noche, parecía brillar como por un fuego interno y a veces hilillos de humo surgían del suelo atravesando las raíces y los troncos, ennegreciendo el cielo y las copas de los árboles. Los indios no solían ir allí, e incluso

evitaban hablar de ese lugar después de que una mujer describiese lo que había visto recogiendo leña, la cosa que había en el árbol muerto en mitad del bosquecillo. No había palabra alguna para describir al ser, pero encontraron una para el sitio donde había decidido esperar.

Maquineanok, le llamaron. El lugar de las Llamas.

Pasó un año, y otro, y cinco mil más. Las estrellas habían cambiado lentamente sus órbitas y ahora el cielo era distinto, al igual que el rostro del planeta. Los indios murieron y el bosque se encogió hasta un tercio de su tamaño original, puntuado por las casas de los colonos, recorrido por el zigzag de los caminos y con algunas zonas roturadas para el trigo y el forraje. Habían nacido aldeas y luego pueblos; a lo lejos se planeaba la construcción de una ciudad que significaría la destrucción de otro millón de árboles.

En algunos sitios perduraban restos de la era antigua: recodos de tierra aún salvaje nunca hollados por el hombre, donde los grandes árboles seguían tan pujantes e inmutables como siempre. Pero eran pocos y desaparecían de prisa; muy pronto, dentro de un siglo, el bosque y sus secretos tendrían al hombre por único amo. Allí donde los viejos bosques eran más frondosos, en el lugar llamado Maquineanok por los indios, cinco mil años de silencio ya habían sido rotos. Meses antes, en el bosquecillo resonaron los ecos de un martillo y en cualquier instante el eco de pisadas atravesaría el silencio y la penumbra.

Y el ser seguía aguardando.

El muchacho no se había perdido del todo..., sólo un poco. Había entrado en esa parte del bosque por error, probando sus nuevas raquetas para la nieve y, de pronto, no pudo seguir, atascado en el fango. El suelo del bosque estaba nevado, pero aquí había muchos trozos de tierra al descubierto y el grisáceo cielo de diciembre se reflejaba en los charcos de la nieve fundida. Retrocedió buscando suelo firme y se quitó un mechón de pelo de los ojos, metiéndolo bajo su gorra tejida a mano. Durante toda la tarde había tenido el viento a su espalda, pero ahora había cesado; acababa de notarlo. Se lamió los labios resecos y su propia respiración le pareció extrañamente ruidosa en el silencio invernal. Estos bosques eran distintos, no sólo por la falta de nieve. Los árboles eran más pequeños y de formas extrañas; un anillo de ramas sin hojas, que parecían agudas como garras, simulaban alargarse con avidez hacia su cara y muchos de los troncos estaban retorcidos en forma grotesca, como imágenes de sueños medio olvidados.

Se quitó uno de los mitones con los dientes y se agachó para desatarse los cordones de los zapatos. Era tarde y tenía algo de hambre. En casa habría revoltillo de huevo caliente, pastel de trigo y un cuenco con pudín de Navidad encima de la enorme cocina de hierro. Sus hermanas mayores andarían ayudando a su madre y los demás cantarían villancicos, con sus dos hermanas pequeñas jugando al lado de la chimenea, sobre la alfombra...

Los bosques oscuros parecieron apretarse a su alrededor, como si intentasen cortarle la huida. Se limpió los pantalones y volvió a atarse los zapatos, quitándose las raquetas:

retrocedió un paso, tropezó con las raíces de un viejo chopo y alargó la mano para no caerse... Y gritó. El árbol estaba caliente como un ser vivo, pero le bastó un vistazo para convencerse de que era madera muerta. Por su aspecto, había sido fulminado por el rayo, y el incendio subsiguiente lo había reducido casi a cenizas. Recogió las raquetas y se las echó al hombro. Dejó el chopo a su espalda y avanzó hacia el este en la dirección que le indicaban las sombras, cada vez más largas. Ya casi salía del bosquecillo cuando, motivado por algún oscuro instinto, miró hacia atrás y vio... al ser monstruoso que le contemplaba desde el árbol.

Arrojó las raquetas al suelo y echó a correr. Corrió hasta llegar a su casa..., pero no del todo. Antes de haber llegado se detuvo y volvió sobre sus pasos, creyendo que volvía por sus raquetas, creyendo que sólo se quedaría el rato preciso para encontrarlas y volver luego a toda prisa, sano y salvo, con su familia. Se equivocaba, pues cruzando kilómetros de hielo y nieve, atravesando los desnudos bosques de diciembre, le había llegado al fin la llamada.

El muchacho no le contó a nadie lo que había visto. Volvió al día siguiente arrastrado de nuevo hacia el lugar secreto para contemplar boquiabierto al ser que vivía en él. Una vez más, el ser alzó su frío ojo que nunca pestañeaba para mirarle. Y no hubo movimiento alguno ni se dijo una sola palabra, y nada rompió el silencio de aquellos bosques.

Al día siguiente sucedió lo mismo. Y al siguiente, y al siguiente, y al otro.

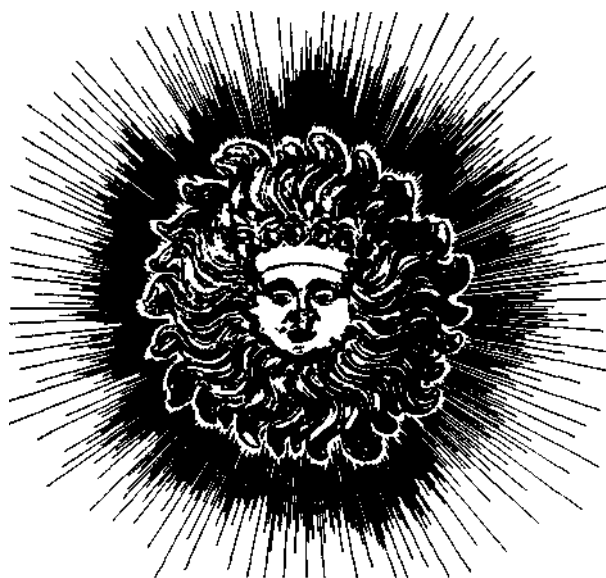
Al séptimo día, el ser le mató. Y luego le devolvió la vida..., pero retorcida, corrupta, irrevocablemente alterada. El muchacho cayó de hinojos sobre el barro y le adoró. Durante toda la primavera y el verano el muchacho acudió cada noche allí para contemplar al ser, adorarle con sus cánticos y ofrecerle sacrificios.

Y la última vez que fue allí, el ser le habló.

Abrió sus negras fauces desprovistas de carne y, un instante antes de morir, le dijo con todo detalle qué era exactamente lo que esperaba de él.

Libro primero

Portentos



Durante mucho tiempo he tenido la convicción de que si el Mal, si una potencia total y absolutamente maligna se encarnase en forma humana, no se manifestaría como un ogro horrendo o alguna aparición de negra capa y ojos relucientes, sino más bien como un mortal de aspecto ordinario e inofensivo o incluso bondadoso..., quizá una solterona entrada en años, o un colegial... o un hombrecillo de avanzada edad.

NICHOLAS KEIZE, *Bajo el musgo*



Uno de mayo

La ciudad parece latir bajo el sol y un hilillo de humo negro sube perezoso hacia el cielo desde su centro. abril ha muerto hace sólo trece horas y ya el mundo ha cambiado. el anciano aguarda en un parque, sus ojos apacibles mirando al sol. los insectos zumban a su alrededor, junto al agua, entre la hierba. sólo su zumbido, el ruido del agua sucia y el lejano rumor de los coches turba el expectante silencio del parque. un grito suena en lo alto rompiendo el silencio: tres notas trémulas y prolongadas...

Y el pájaro desaparece. Rumor de hojas y ramas. El Anciano contiene el aliento. Muy pronto sucederá. Una brisa se alza sobre el río y pétalos rojos como la sangre se esparcen a sus pies. Las páginas de un viejo periódico se agitan dejando al descubierto una pierna desnuda, huellas de pisadas, un desgarrón del papel. Sobre su cabeza los árboles silban bajo el viento y con un destello verde las hojas se levantan señalando hacia la ciudad. La

hierba se inclina en una sola dirección y el hilillo de humo lejano se agita, retorciéndose sobre sí mismo hasta convertirse en la lengua de una serpiente. El Anciano se lame los labios. Ya está empezando.

Jeremy Freirs llevaba pensando en la granja desde que salió de Nueva York. El anuncio había sido atractivamente escueto, una mera tarjeta de tres por cinco con una brillante hilera de hortalizas verdes impresa a un lado. Lo habían puesto en el tablón de anuncios sobre la mesa en que acostumbradamente solía sentarse en la biblioteca de la Fundación Voorhis, en la calle Veintitrés Oeste, como si lo hubiesen colocado allí para él. La letra parecía de muchacha:

SE ALQUILA PARA EL VERANO

Casa de huéspedes privada en una granja de N. J.

Totalmente electrificada. Alrededores muy tranquilos.

90 \$ semana inc. comidas. R. F. D. 1, apartado 63, Gilead.

Por ese precio y si lograba alquilar su apartamento, un cuarto piso en la calle Bank, quizá hasta podría ganar algún dinero en verano. Eso de los «alrededores tranquilos» le pareció justo lo que necesitaba. Serían dos meses de celibato, claro, pero no muy distinto de lo que llevaba siendo la primavera. También podría olvidar que se acercaba a los treinta y no tendría que aguantar la fiesta que preparaban con ansia sus amigos: la cena cara, la bebida y las palmaditas en la espalda. Haría la fiesta en la granja, lejos de la civilización, como Thoreau; sería bueno concentrarse en las cosas importantes. Y su tesis... «El algo algo principio de la imaginación gótica», ya se le acabaría ocurriendo el título, quizá «Enfocando al observador participante» o «La interrelación entre ambiente y personaje» o, aun mejor, «El ambiente como personaje»... Se le acabaría ocurriendo, como siempre, y mientras iría leyendo sobre el tema (las fuentes básicas, Le Fanu, Lewis y el resto), tomando notas para el curso de otoño y, quién sabe, puede que para años futuros. Un verano entre libros, qué perspectiva tan magnífica...

Igual que la idea de huir de la ciudad, de los tres tramos de escalera a cuyo final siempre llegaba sudoroso y jadeante; del dormitorio claustrofóbico y el aparato de aire acondicionado de segunda mano, con su interminable ronquido tapando el ruido de la calle y quizá, lo más importante de todo, huir de los inevitables recuerdos de una tal Laura Rubinstein que había compartido ese cuarto durante casi todo el verano pasado con él y cuya marcha, entre otras cosas, había supuesto el abandono de un viaje ya planeado a Inglaterra, perder un lucrativo trabajo en el Queensborough Community College (dadas las faltas de Freirs y su, según el catedrático, «insuficiente preparación de las clases») y el acostumbrarse a estar levantado hasta las tantas, leyendo y atiborrándose de comida, con la consiguiente acumulación de peso y el drástico cambio en el vestuario de Freirs.

Aún la echaba de menos. Había llegado a creer que sería su segunda esposa, destinada a probar que pese a sus errores pasados esta vez iba a acertar. Después de ella hubo otras mujeres, pero en realidad no le importaban. Tres semanas antes, el día de la boda de Laura con un viejo conocido, Freirs había escrito al apartado de Gilead, pidiendo

más información y sugiriendo el uno de mayo como posible día de visita. Había descubierto que el pueblo era demasiado pequeño para la mayoría de mapas del estado, salvo un altamente detallado mapa del Servicio Geológico hallado en Voorhis, pero había dos autobuses diarios saliendo de la zona del puerto que, previo aviso, llegaban hasta Gilead haciendo un desvío.

La contestación llegó antes de una semana, escrita por la misma mano del anuncio en un papel amarillo con renglones, obviamente arrancado de un cuaderno. Incluía también tres fotos.

Querido señor Freirs:

A mi esposo y a mí nos alegró mucho su carta y nos encantará verle el uno de mayo. El autobús del domingo llega a Gilead a eso de las dos y le dejará en la calle delante de la cooperativa, que ya estará cerrada, aunque en el porche hay un banco para que nos espere. Mi esposo vendrá a buscarle en el camión. No tendrá que esperar usted mucho, sólo hasta el final de los servicios.

La casa de huéspedes ha sido recientemente arreglada y dotada de electricidad, y aunque no se ve en la foto vamos a ponerle cortinas nuevas a todas las ventanas. La parte izquierda se usa como almacén, pero creo que tendrá de sobra con la derecha. Hay una cama nueva, un armario, estantes y una mesa que puede usted usar como escritorio. (¡Su trabajo parece muy interesante! Hubo una época en que mi esposo pensó ser profesor.) No somos ricachones, pero puedo prometerle tres buenas comidas al día, tan bien preparadas como las nuestras. Nuestra granja no funciona aún a pleno rendimiento (estamos aquí desde noviembre), pero este verano esperamos ser ya autosuficientes. Somos miembros desde que nacimos de los Hermanos del Redentor, una orden religiosa esparcida por todo el mundo, aunque con su centro aquí en Gilead, con otras comunidades en Pennsylvania y Nueva York. Nos complace el interés de quienes no son de nuestra fe y no le imponemos a nadie nuestras creencias.

No tenemos teléfono, por lo que de no poder venir el uno de mayo le rogamos que nos escriba lo más pronto posible. Si no hay noticias tuyas supondremos que vendrá y Sarr estará allí para recogerle... ¡Oh, ya me repito! Para terminar, tenemos muchas ganas de verle y enterarnos de cómo se vive en Nueva York.

Sinceramente,
(Sra.) Deborah Poroth

P. D. ¡Nuestro profeta se llama Jeremiah, así que su nombre me parece todo un buen presagio!

Freirs leyó la carta en el metro a Columbia. Había algo encantador en el tono de aquella mujer, como un mensaje de un país lejano junto con tres fotos exóticas. Con todo, al examinar las fotos, luchando con la escasa luz del metro, sintió una leve punzada de inquietud.

Las fotos eran en color, pero fuera de ese hecho no habrían desentonado en algún

álbum largamente olvidado. La primera reproducía un camino polvoriento rodeado de bosque, con un pálido sol invernal delineando las ramas de un pino y un roble. A la izquierda, en un claro, una casita de chilla blanca con un porche frontal y una retorcida franja de espinos a un lado. El porche estaba vacío salvo por dos sillas, una ocupada por una mujer con un largo traje negro y el cabello oscuro recogido en un moño, el rostro oculto por las sombras. Tenía en el regazo algo pequeño y de color amarillo y otra forma igual tendida a los pies. Freirs los identificó como gatitos. La mujer miraba hacia la nada, muy erguida en su silla, y toda la imagen parecía tener el silencio y la calma de un cuadro de Hopper.

Detrás había un pequeño jardín vallado, aunque no se veían flores ni hortalizas. La foto parecía tomada en una tarde invernal y Freirs esperó que ahora todo fuese más verde. Más allá de los árboles podía ver un campo con algún que otro matorral y una hierba rala, cediendo paso finalmente a la espesura del bosque. La segunda foto mostraba otra parte del campo, una árida extensión de tierra rojiza casi desnuda con un arroyuelo borroso al fondo. En el centro de la foto había un hombrecillo con barba, de un aspecto que recordaba a Lincoln, muy tieso y sosteniendo un rastrillo como un leñador de cuento. A sus pies había tendido un gato gordo y gris con los ojos clavados en la cámara. El hombre llevaba el resto de la cara pulcramente afeitado y vestía pantalones negros que parecían de confección casera, una chaqueta y una camisa algo arrugada sin cuello. Tendría unos cuarenta años, el rostro pálido y sombrío; aunque a Freirs le pareció detectar la sombra de una sonrisa en la comisura de los labios, quizá dirigida a quien había tomado la foto.

La tercera foto era algo más oscura, como si la hubiesen tomado hacia el ocaso. En el borde se veía la pared trasera de la granja y en el centro una estructura de un gris ceniciento que recordaba a un barracón del ejército. Parecía tener dos entradas, con una puerta de cristal a cada extremo. Freirs sospechó que sería un gallinero reacondicionado y detrás de él empezaba la oscura franja del bosque, a la que el edificio daba la espalda encarándose hacia el prado. La hierba llegaba casi hasta la puerta sin el menor rastro de un sendero, como si nadie hubiese podido acercarse aún al edificio. Casi todo el frente estaba cubierto por una espesa capa de yedra que llegaba hasta las ventanas, las cuales eran muy grandes y permitían ver el muro trasero, allí donde los enormes troncos ocultaban por completo la luz. Incluso en el ambiente del metro había sentido algo inquietante en aquella imagen, y aún no estaba seguro de qué era.

Las fotos, con su aire de aislada lejanía, eran como recuerdos de otro mundo muy distante en el tiempo y el espacio; quizá los primeros colonos o una perdida zona boscosa del Maine. Era difícil creer que habían sido tomadas hacía tan poco en New Jersey, a menos de setenta kilómetros de la ciudad.

Un mes antes, su imagen de New Jersey la formaban un lejano concierto de rock en Meadowlands, al que se había dejado llevar por su esposa, una entrevista desastrosa en Newark durante sus peores años como posgraduado (enseñando nada menos que inglés negro) y varios viajes en Metroliner a Washington para ver a amigos de Laura. Imaginó siempre el estado como un colosal suburbio lleno de polución y gases mefíticos, poblado por gánsters y desechos del ghetto. Más allá, como faros luminosos, estaban la reclusión monástica de Princeton y los paseos de Atlantic City, llenos de casinos y hoteles para

convenciones. Y hacia el este, más allá del río, un desierto de tanques petrolíferos y agua pantanosa con ocasionales destellos rojizos y llamitas que se perdían en la noche.

Se había equivocado. Había estado leyendo cosas sobre New Jersey al despertar su interés a causa de las fotos y había descubierto que seguía habiendo zonas casi salvajes con ciervos, zorros, serpientes de cascabel y hasta algún que otro oso. Hacia el sur estaban los pinares, casi mil quinientos kilómetros cuadrados donde un hombre podía andar durante todo un día sin ver señal alguna de civilización, y los libros mencionaban lugares nunca conocidos por los forasteros, pequeñas aldeas totalmente separadas del resto del estado, con sólo una iglesia y un almacén de ultramarinos, con uno o dos surtidores de gasolina delante. También había pueblos fantasma y otros con nombres como Charca del Cerdo, y algunos con su dialecto propio. Otros ni estaban en el mapa.

Hacia el oeste estaba el valle Delaware (leyó un artículo sobre él en *Natural History*) donde aún se podían hallar reliquias de los ídolos indios. Y en el norte, en las colinas de Tackisaw Ridge, había toda una red de cuevas ocultas donde se habían hallado palabras extrañas y símbolos tallados en la roca que nadie había logrado entender ni saber en qué lenguaje estaban. Algunos pueblos seguían siendo sólo nombres para él (West Portal, Winterman, Vineland, que se autoproclamaba «el centro de la brujería del país»); otros llevaban consigo sus propias historias extrañas: Monson y sus crímenes aún sin resolver, Redcliffe y su «museo del diablo», Budd Lake y sus informes por los años cuarenta sobre un cántico oído ciertas noches sobre el lago, con informes sobre un canto similar diez años después oído en los muelles de Jersey City y rumores sobre objetos de piedra («antiguos artefactos ceremoniales», según los diarios locales) puestos al descubierto durante alguna excavación.

Y estaban también las comunidades religiosas. A juzgar por las descripciones, pequeños nudos de ignorancia con hombres barbudos y mujeres con túnicas negras y un cortés odio hacia los forasteros. Era asombroso que sitios así sobreviviesen en el umbral de una de las mayores urbes del mundo, pero había acabado por darse cuenta de que el aislamiento era un estado mental y que una aldea insignificante podía ser fácilmente pasada por alto excepto cuando, alguna que otra vez, algún periodista oía hablar de ella decidiendo que era lo bastante exótica como para merecer una foto y un par de líneas. Freirs había leído que en mayo de 1962 el *Times* había «descubierto» una comunidad así cerca de New Providence, aunque su existencia nunca fue un secreto; sencillamente, había sido ignorada hasta que una mañana los neoyorquinos abrieron su diario y se toparon con ella, un pueblo igual ahora que en 1800, cuando fue creado. La vieja religión, las costumbres, la escuela especial..., todo seguía inmutable. El campo era trabajado a mano, cada noche había rezos colectivos, las mujeres llevaban vestidos hasta los pies y todo ello ocurría a menos de cuarenta kilómetros de Times Square.

Eran sitios reales y se decía que algunos habían tenido, en tiempos, incluso murallas (sitios como Harmony, Monte Jordán, Zion y Zarepath, con su emisora hablando continuamente de la Biblia las veinticuatro horas)... Sitios como Gilead, su destino.

Kenilworth, Mountainside, Scotch Plains, Dunellen... Qué lejos parecían de Jersey, con sus nombres salidos de novelas prometiendo panoramas de castillos y cascadas, con

praderas en las que pacían las ovejas. Pero todos mentían (el *Times*, los carteles y las revistas) porque el terreno era solamente un vasto y feo suburbio que el autobús cruzaba veloz hacia el oeste, con la gris monotonía de la autopista desfilando ante Freirs rota de vez en cuando por tiendas, estaciones de gasolina y cafeterías que parecían desiertos interminables.

Hacía calor y estaba empezando a dolerle la cabeza por el viaje. Sentía cómo le sudaban los muslos y el paisaje le disgustaba, aunque fuese algo mejor que el de antes. En la periferia de la ciudad, el mundo y sus obras parecían haber sido entregados al automóvil, una fila inacabable de escaparates y tiendas con neumáticos, carburadores, parachoques, adornos y frenos. Ahora, al menos, veía colinas a lo lejos y algo de verde, aunque de vez en cuando el acercarse a un pueblo grande o una urbanización significase un trozo de autopista encuadrado por las obras, los letreros proclamando parques de diversiones o bancos y los cines al aire libre, ellos mismos inmensos letreros vacíos anunciando en sus marquesinas el horror, el cine familiar o el porno blando. Los puestos de comida ofrecían pizzaburgers, pollo para llevar, pescado frito con patatas. Un cartel decía que el miércoles próximo era la noche de las damas.

Lanzó un suspiro y volvió a su lectura, un sobre de papel manila lleno con fotocopias de *Sight and Sound* y *Cahiers du Cinéma*, lo suficiente para resistir otra semana en el curso de cine que daban en la New School. Por suerte los estudiantes no eran duros; la mayoría venían de Parsons, habían estudiado arte y cumplían, soportando una docena de películas viejas. El autobús estaba casi vacío y no tenía nadie sentado al lado. No hacía falta darle conversación al pesado que no se había traído nada para leer. Los demás pasajeros parecían gente del estado, hombres y mujeres de rostro inexpresivo con sus mejores ropas en misteriosas misiones dominicales. Más adelante vio dos chicos con mochilas y gorras, una mujer gorda y su también gorda hija cargadas con bolsas de la compra, un viejo que no paraba de hablar con el chófer y una joven solitaria cuyo rostro no revelaba nada, quizá al encuentro de su amante o volviendo de alguna noche loca en la ciudad. En la parte de atrás una mujerona negra miraba impasible hacia delante, pareciendo ya desplazada en esta tierra de blancos. En el asiento de enfrente un pálido chico pelirrojo con una bolsa del ejército trasteaba en su radio, un sólido aparato de plástico gris en el que un brote de corriente estática acababa de cercenar una canción de Devo. Una voz dijo la hora: las doce cincuenta y cinco en el país del Z-100. Pasaban junto a otro parking industrial convertido en un negro desierto por el fin de semana: una empresa de electrónica, una conservería, una amenazadora fábrica llamada Chemtex. Hacia el oeste el cielo estaba casi despejado y el sol entraba a raudales en el autobús. Cálido para ser mayo, quizá una promesa de más calor aún. El anuncio de los Poroth hablaba de electricidad pero ¿incluía eso aire acondicionado? Improbable. Supuso que no le iría mal sudar y perder algunos kilos.

El autobús frenó un poco y vio un letrero acercándose: Somerville. Se acordó del mapa, estaban en la mitad del estado. El terreno empezó a cambiar. Primero fueron sólo los puestos junto a la autopista: suministros del campo, una granja con sacos de semillas y cereales en el porche, una exposición de tractores, una tienda para cazadores con anuncios sobre armas y municiones. Luego, aquí y allá, alguna granja lejana con su edificio que parecía girar cuando el autobús pasaba junto a él, los árboles o los postes de la valía

desfilando en un centelleo borroso. La tierra era más verde, los kilómetros de asfalto y tierra rojiza de aspecto huraño quedaban atrás. Sintió que algo se aceleraba en su interior. En la radio la pastoral eléctrica de Jethro Tull se desvaneció bajo un agudo zumbido de insecto y el joven giró el dial.

—Y Jeremías salió de Jerusalén —dijo la radio—, para marchar a la tierra de Benjamín, para así perderse entre la multitud de su gente.

Cada vez se adentraban más en aquella tierra.

Nunca había estado en el campo. Había crecido en Astoria, la parte norte de Queens, con solares vacíos, campos de juego y pequeños retazos de verdor que nunca daban a entender lo que podía ser la auténtica naturaleza, nada que un muchacho pudiese explorar. Era un vecindario en el que los *boy scouts* habían aprendido a guiarse con los mapas del metro y donde los animales más salvajes que había eran las palomas y alguna ardilla. Aparte del aeropuerto LaGuardia, al norte, sólo estaba el parque Flushing Meadows y un grupo enorme de cementerios donde varios parientes de Freirs habían sido enterrados. En el parque se habían celebrado dos ferias mundiales y ahora casi todo era césped, pero aún había algunos pabellones y el estadio Shea en la mitad norte. De niño, Freirs había pasado horas sentado ante su árbol favorito en el lago artificial, viendo los aviones aterrizar y despegar en LaGuardia, a veces incluso de noche. Otras noches de verano se quedaba en el tejado mirando hacia la derecha y viendo el puente Bronx-Whitestone relucir a lo lejos y el Triborough a la izquierda con las luces de Manhattan detrás. A dos kilómetros se alzaba la central eléctrica de la Con Ed con sus cinco monstruosas chimeneas, parecida a un carguero encallado y él siempre creyó que allí fabricaban la electricidad para todas esas luces. Los aviones que parpadeaban en las tinieblas eran muy bellos y el ruido no le molestaba: había crecido con él. Cuando se mudó a Manhattan casi le pareció tranquilo por contraste.

Paradójicamente, como muchos niños de Nueva York, había crecido creyendo que su verdadero amor era el campo. Se estremecía de anhelo al oír frases como «los oscuros bosques», «los espacios abiertos» o «la selva primigenia» y sentía una nostalgia inexplicable al ver fotos de granjas y montañas en sus libros de texto. A los seis años le dio por apagar colillas en el parking de al lado, creyendo que así ayudaba a evitar incendios forestales, como el oso Smokey de los anuncios que tanto le gustaban. Luego estuvo seguro de que de mayor quería ser guarda forestal, como la mitad de su clase, imaginándose la soledad de sus días en la torre de observación, leyendo montones de libros y mirando por los binoculares de vez en cuando y bajando luego de su torre como un imberbe san Francisco judío para cuidar de los osos y alimentar a los ciervos.

Y ahora iba hacia ese mundo o al menos su versión domesticada y ya no estaba tan seguro de sus compensaciones. Dejaron la autopista en Somerville y ya habrían parado seis veces en pueblecitos y caseríos: Clover Hill, Montgomery, Raritan Falls, bastiones de silencio y hastío donde no se veía un alma ese domingo de mayo excepto algún hombre con el ceño fruncido o una mujer de expresión endurecida aguardando en su furgoneta a un pasajero ocasional. Eran pueblos sin bancos ni comercios donde las noches eran para dormir y las casas se oscurecían muy pronto. Aquí los niños debían construir casas en los

árboles y castillos en los bosques; ahorrarían para comprar su primera escopeta y pasarían sus tardes de adolescencia conduciendo sin rumbo fijo por caminos de segundo orden, siguiendo los faros con los ojos y saltando a cada bache. Trató de imaginarse Gilead, escondida en uno de esos caminos entre bosques y pantanos. A diferencia de los pueblos que habían pasado sería un lugar encerrado en sí mismo, temeroso de los supermercados y sin el menor interés por sus vecinos. Por primera vez logró entender cómo era posible la supervivencia en un sitio así, con pocas necesidades y aún menos cosas que ofrecer. Los extraños no tendrían razón para visitarla, salvo quienes, como él, lo desearan realmente y los de la comunidad, con todos sus amigos y relaciones concentrados allí, nunca saldrían de ella. El lugar y el área estarían cerrados tanto a los de fuera como, pensando en la religión dominante allí, a las nuevas ideas. La televisión sería un ingenio del diablo y quizá también el teléfono. Los Porothe ciertamente se las arreglaban sin él. Y aunque lo tuviesen, ¿de qué serviría sin una ciudad cerca a la que llamar? Las líneas de comunicación no tienen sentido si no se usan, y así sería como Gilead viviría en su aislamiento siguiendo sus propios rumbos peculiares hasta que, en el curso del tiempo, fuese simplemente ignorada, dejada de lado y totalmente olvidada como quizá ya había ocurrido.

—Y os llevé a una tierra próspera —decía la radio, con el tono mecánico de años repitiendo lo mismo—, para comer sus frutos y gozar de sus bondades; mas cuando en ella entrasteis, la hicisteis vil y de mi hermosa herencia hicisteis una abominación.

Por enésima vez pensó en cambiar de asiento. El joven había bajado el volumen a petición de Freirs, pero el predicador parecía seguir chillando a todo pulmón. Era una emisora bíblica en las afueras de Zarepath, un pueblo varios kilómetros al este, y parecía encantarles Jeremías. La voz tenía una inquietante proximidad pese a la distancia, como si el que hablaba estuviese agazapado a centímetros del rostro de Freirs. Y casi podía notar las gotitas de saliva y el aliento en su piel. Estaba harto de jeremiadas, fuego y azufre y cada vez le dolía más la cabeza, pero sentía una extraña reluctancia a pedirle al joven que bajara más el volumen. Quizá era superstición. «No te metas con los creyentes.» Además, la cadencia de las palabras tenía algo de fascinante aunque no entendiese su significado, como oír una grabación de Hitler. Y por otro lado, le halagaba la importancia que tenía aquí su nombre, igual que el comentario de la carta sobre esa coincidencia. Se preguntó cómo serían los Porothe y qué pensarían de él. Al menos la mujer había parecido ansiosa de tener compañía...

Sacó de su chaqueta el sobre con la carta y las fotos y estudió su rostro. Era difícil estar seguro y quizá fuese un truco de su mente solitaria, pero le pareció guapa y más joven de lo que había creído antes. Quizá debiese empezar a pensar en ella como Deborah. ¿El esposo? Lúgubre y tirando a serio, aunque por supuesto seguía siendo sólo un nombre. Examinó la tercera foto y el gallinero reformado donde quizá fuese a pasar el verano. Parecía bastante cómodo, pero había algo en él que había notado desde el principio y que le inquietaba.

Quizá la yedra, el tejado plano o las hojas que parecían cubrir casi el umbral de las puertas, o... sí, las ventanas de la parte trasera. Tan grandes, tan cerca de los árboles que parecían lanzarse hacia ellas de un modo que no le gustaba nada. Las ventanas del porche

daban a una agradable pradera bañada por un pálido sol ya camino del ocaso, pero las de atrás parecían abrirse sobre otro mundo, un crepúsculo de ramas inextricables y formas sombrías. No ofrecen ninguna protección, decidió finalmente. Tiempo después se preguntó qué le había dado esa idea y qué debían proteger, pero en ese instante, con la foto ante sus ojos y el autobús llevándole hacia esa misma escena, todas las preguntas se borraron ante una sola y poderosa convicción: No hay que construir una casa tan cerca del bosque.

Los alrededores de Flemington se habían convertido en una selva de supermercados y tiendas, pero el pueblo en sí parecía tranquilo esa tarde dominical, aunque los parkings de las iglesias siguiesen llenos igual que los del distrito de negocios. El autobús se detuvo ante una tienda con el escaparate lleno de pegatinas de la Lotería de New Jersey y un tablón de anuncios rebosante de notas junto a la puerta. Bajaron varios pasajeros, uno de ellos el joven de la radio; la muchacha solitaria y atractiva había bajado ya en uno de los pueblecitos anteriores. Con un siseo de los frenos, el autobús avanzó dejando atrás los venerables pilares del hotel Unión; una panadería con extrañas hogazas en forma de estrella en el escaparate; un agente inmobiliario con las persianas bajadas y el viejo juzgado más allá de cuyos gastados peldaños de piedra había sido condenado el asesino del bebé Lindbergh. Al final de la calle se alzaban las oficinas del diario local, el *Hunterdon County Home News* y junto a ellas se abrían las fauces de una funeraria.

El autobús siguió por la carretera principal con los almacenes y los edificios oficiales dando paso a hermosos chalets suburbanos con ventanas labradas, gabletes y cuidados jardines. Luego vinieron los campos recién arados y los pastizales del ganado y, de vez en cuando, algún manchón de bosque. El autobús se desvió de pronto hacia el norte abandonando la carretera principal para seguir una más angosta que se retorcía entre enormes setos como el sendero de carros que debió de ser en tiempos. Pasaron junto a bungalows casi escondidos por los árboles y diminutas praderas a las que llevaban caminitos medio bloqueados por la espesura. El autobús se metió por uno de ellos y las ramas arañaron los costados del vehículo; pasaron por un macizo de chopos y subieron una leve cuesta cubierta de yedra y zarzales. Más allá corrían los restos de un viejo muro de piedra hasta perderse entre el arbolado y a Freirs le pareció como si se estuviesen metiendo en una propiedad privada.

Vieron más chopos y arces que parecían tener siglos de edad y detrás de ellos una hilera de casitas oscuras, tres a un lado y cuatro al otro, carentes de todo adorno, obviamente viejas, con el césped pulcramente cuidado y el fugaz atisbo de jardines en la parte trasera. Después de ellas, el camino se hizo más ancho y finalizó al encontrarse con otro perpendicular, formando una T en la que había un vetusto edificio de chilla blanca con el letrero: OFICINA DE CORREOS, junto a la puerta. Detrás, aparentemente unido a él, se alzaba el pilar rojo óxido de un silo de cereal y el negro tejado de un granero con buhardilla de tejas ya gastadas y algo sueltas. El autobús frenó y se detuvo delante del edificio ante el que Freirs pudo ver tres viejas bombas de gasolina y una especie de zona de carga con grandes rampas que llevaban hasta un garaje junto al granero. Frente a una puerta había un tractor polvoriento y un carro lleno de sacos de cereal. Más adelante, junto

a las bombas, había un remolque vacío y otro más lejos casi escondido por el granero. Parecían tener muchos años de edad, como el coche que había visto aparcado en un callejón, pintados de un color oscuro sin adornos ni cromados.

No había nadie y el porche estaba vacío con excepción de un banco de madera; la puerta estaba cerrada y las ventanas con los postigos puestos: el absoluto silencio del lugar sugería la idea de un escenario abandonado. No había carteles de calles, ni tan siquiera uno encima del edificio, al igual que ninguna señal les había dado la bienvenida a la entrada del pueblo. Pero incluso antes de que el chófer se volviese a decirlo, Freirs sabía que se encontraba en Gilead.

Se quedó solo en el porche, sosteniendo su chaqueta y el sobre con los artículos. Como decía la carta de la señora Porothe no había nadie para recibirle y se sintió casi como un naufrago. Al otro lado de la calle había un gran edificio que supuso sería una escuela, medio oculto por una hilera de robles enormes: una estructura de ladrillo rojo y forma cuadrada con un campo de juegos color marrón al lado y dos columpios desiertos delante. Junto a él, sobre una pequeña loma, había un pequeño cementerio, viejo pero claramente bien cuidado, aunque algunas de las lápidas se hubiesen caído como árboles después de una tormenta. El motor del autobús desapareció detrás de una curva dejando tras él un silencio roto por el ocasional zumbido de los insectos y algún pájaro. Freirs no había esperado que el pueblo fuese tan pequeño; creyó que habría al menos un club, algún sitio para que se reuniese la gente pero, aparte de la escuela, no parecía haber ningún tipo de edificio oficial, ni tan siquiera un puesto de la Legión Americana.

Lo que le sorprendió más fue la falta de iglesia. Desde su punto de observación sólo vio casas bien cuidadas a ambos lados del camino, arces y robles con sus hojas nuevas reluciendo fríamente bajo un ardiente cielo azul hasta perderse en la lejanía, hacia una hilera de pequeñas colinas verdes. En el horizonte no divisó ni una cruz dorada ni un solo campanario blanco; quizá los servicios se celebraban en un sencillo tabernáculo oculto por una curva del camino. Se volvió con un suspiro hacia el edificio de chilla (obviamente la Cooperativa mencionada en la carta, aunque para ser un almacén le extrañó la falta de carteles y vitrinas) y subió los peldaños sintiendo ya ganas de orinar. El banco no parecía cómodo y realmente no lo era. Al sentarse se fijó en una ominosa fila de ganchos de hierro clavados a una viga en un saliente del tejado; probablemente colgarían allí a los pecadores, pensó. Se preguntó por un instante qué pecados había en su alma. Permaneció sentado unos minutos paladeando el silencio. Este lugar iba a gustarle si la granja era tan tranquila como el pueblo y, quién sabe, hasta el aburrimiento podía ser un buen cambio. «El Tédio como Terapia: Los Usos del Ennui». «El Tiempo como una Función de...» Ya estaba empezando a sentir sueño. Todas esas horas de trayecto, el calor, la soledad; demasiado esfuerzo para su cuerpo.

Pero seguía notando llena la vejiga y no parecía probable que hubiese un lavabo cerca. Muy típico que no se le hubiese ocurrido ir en el maldito autobús. Delante de él una hilera de robles formaba un dibujo sombrío sobre el asfalto; tentador, pero demasiado aparatoso. Más lejos estaban las lápidas del cementerio y detrás de ellas macizos de árboles; ése sería un sitio mejor y además quizá hubiese algo interesante en las viejas losas.

Puede que algún día le sirviesen para retozar con alguien sobre ellas y al menos pasaría el rato. Bajó los peldaños y cruzó la calle ascendiendo la cuesta hacia el cementerio. Le pareció que de un instante a otro alguien le llamaría. ¿Y si no les gusta que los extraños anden sobre la cabeza del querido tatarabuelo? Bah, no debía ser así, con lo viejos que eran los linajes por aquí, debían sentirse orgullosos de esas cosas.

Un ejemplo: tenía ante los ojos una pequeña lápida blanca pulida por los años. *Ephraim Lindt, que murió en 1887 en el año 63 de su vida.* Había esperado algo más antiguo pero estaba claro que no debía fiarse de las piedras, las blancas se desgastaban más aprisa. Al lado vio otra mejor. *Johann Sturtevant, llamado ante su Creador en 1833, a los cincuenta y uno. Su fiel esposa Korah, reunida con él en el cielo en 1870, a la edad de setenta y ocho.* Cristo, casi cuarenta años viuda en un sitio así. Más atrás había una fila de sauces y un seto de aspecto descuidado al que se acercó, abriéndose la cremallera y soltando un arco amarillo sobre la raíz de un árbol. Los insectos daban vueltas alrededor del pequeño charco como protestando, y a la derecha veía un grupo de lápidas que parecían observarle. Su público (Buckhalter, Stoudemire, Van Meer). No, nadie le veía salvo los fantasmas de los muertos y esos debían ser tolerantes. Incluso quizá le envidiaban. ¿Cuánto hacía que su pene de ciudadano no era tocado por el sol? ¡Diablos, qué sano le parecía este lugar! Volvió a subirse la cremallera y regresó hacia las tumbas.

Anduvo lentamente por entre las hileras de lápidas, deteniéndose a veces para leer alguna inscripción realmente vieja. La quietud de aquellos cuerpos y almas en reposo le habían vuelto a dar sueño. Muchas piedras tenían cabezas de ángeles o cráneos y algunas, más modernas, sauces como el que acababa de regar y había también lápidas más pequeñas para los niños. Freirs se imaginó los diminutos ataúdes de madera y trató de sentir lo que sentían los padres en una época en que la mitad de los niños morían antes de crecer. Quizá en esos tiempos no les importase tanto. Bastante a menudo los matrimonios compartían una sola lápida, pero había algunos que estaban separados, una para el marido y otra para la mujer, como si en vida hubiesen dormido en camas separadas y no viesen razón para cambiar después de muertos. Aquí yacían los Van Meer, Rachel y Jan, una lápida junto a la otra como dos cabeceras de cama. En la de ella de 1845 a 1912:

*Como yo soy ahora,
Así serás tú.*

Un alegre recordatorio, desde luego. Y su amado esposo, de 1826 a 1906:

*Sírvate esto de aviso,
Pues no has de tardar en seguirme.*

No le apetecía mucho pensarlo. Recorrió la hilera con la nuca empapada en sudor. Quizá fuese el sol lo que le hacía sentir tanto cansancio. Las mariposas revoloteaban sobre las lápidas y las abejas hurgaban entre las flores de la colina. Miró una vez más hacia el almacén y la puerta cerrada: nadie. Al final de la hilera se detuvo para descifrar otra inscripción; la tumba era de pizarra y casi imposible de leer. Levantarse de nuevo pareció

requerirle un esfuerzo inmenso así que dejó la chaqueta sobre la hierba y estiró las piernas a la sombra de una gran tumba, la mayor de la hilera, una columna negra de cuatro lados con la punta tallada para dar la impresión de que se había roto. La tumba parecía contener toda una familia, quizá para ahorrar dinero. Dejas un pequeño espacio detrás de los nombres y según van cayendo uno a uno, añades los años de su muerte.

ISAIAH TROET	HANNA TROET
1839-1877	1845-1877

El mismo año. Bueno, a veces ése era el efecto del dolor. ¿Era mejor o peor que sobrevivir a otro? Sentía los ojos muy pesados. Volvió a tenderse sobre la hierba, apoyando la cabeza en los brazos y leyó el resto de los nombres.

Sus Hijos	
Ruth	1863-1877
Tabitha	1865-1877
Amos	1866-1877
Absolo	1868-1877
Tamar	1871-1877
Leah	1873-1877
Tobías	1876-1877

Qué raro, todos el mismo año. ¿Un desastre, la plaga, hambre, inundación? Cerró los ojos. El sol parecía golpearle los párpados y la hierba le rozaba la mejilla. Vio unos espectros con nombres como los de la tumba. Cuando ya estaba quedándose dormido se acordó de otra cosa extraña: el año de la muerte de alguien llamado Absolom no figuraba en la piedra. Se preguntó sin demasiado interés cuál sería el significado de ello, quizá sencillamente que Absolom había muerto el mismo año en que nació. Pobre niño, pensó, y se quedó dormido.

Ráfagas de viento barren el Hudson llevando con ellas el olor a petróleo de la costa de Jersey: petróleo, un incendio y el extraño aroma dulce y lejano de las rosas. Nadie se ha dado cuenta, sólo una figura rechoncha sentada en un banco con un viejo paraguas medio roto al lado. Nadie está mirando, nadie lo entendería, nadie ve lo que está escrito en el muro ni huele la podredumbre que hay bajo el aroma de las flores. Nadie oye los ruidos secretos que resuenan entre la hierba cuando cesa el viento.

La atmósfera se aquieta de nuevo. Pequeñas polillas verdes revolotean entre los arbustos y las avispas zumban sedientas sobre el cubo de los desperdicios. Nadie adivina lo que sucede. El río pasa junto al parque sin que nadie lo mire; el planeta gira por el espacio y nadie sospecha mientras la rechoncha sombra del Anciano va creciendo sobre el banco. Un niño duerme pacíficamente, protegido del sol de la tarde, con su diminuto rostro color aceituna envuelto en el rígido capullo de una manta. Una mujer, seguramente su madre, está sentada junto a él, la cabeza inclinada, los ojos cerrados y unos brazos

esqueléticos colgando como muertos a sus costados. En el suelo, una bolsa arrugada de papel con una botella dentro a la que se le ha perdido hace mucho el tapón entre la hierba.

Esta área del parque está desierta excepto por esas tres figuras. Sólo hay movimiento junto al cubo de basura en el que rebuscan incesantemente dos tijeretas. El Anciano observa impasible cómo uno de los insectos se esfuma detrás de la tapa para lanzarse ávido sobre algún hallazgo medio podrido. El otro insecto ronda en círculos cada vez más amplios sobre el mismo punto y acaba por llegar hasta el banco, deteniéndose sobre la bolsa de papel, su cuerpo rayado como el de un tigre removiéndose ferozmente bajo el confuso manchón de las alas. La tijereta acaba por meterse dentro de la botella. De pronto la atmósfera cambia, puede sentirlo. El Anciano murmura el Segundo de los Siete Nombres y mira hacia la otra orilla del río y a las sombrías colinas que se extienden más allá. Nubes extrañas han surgido en el horizonte; la segunda parte de la secuencia casi completa. Está listo, lleno de tensión, esperando. Un instante más..., un instante...

Una polilla revolotea junto a su cara y se posa en el dorso de su mano. Sus alas se abren y cierran débilmente, se abren..., se cierran..., y finalmente se abren para quedarse muy quietas, dejando de moverse. En el otro extremo del banco, la cabeza de la mujer cae hacia atrás como si le ofreciese en sueños su garganta al cuchillo. Una burbuja de saliva crece y luego revienta entre sus labios. Su boca se abre como una rosa y en lo alto, un pájaro blanco gira de pronto en su vuelo para caer chillando hacia el Hudson.

Los signos le rodean. La hora ha llegado. El Anciano canta para sí la Canción de Muerte y tiembla exultante. Lleva más de una vida aguardando, planeando, preparándose para lo que debe hacer y ahora el momento ha llegado y él sabe que todos sus años de preparación no han sido en vano. El cielo sigue siendo cegadoramente azul y el sol brilla implacable. Con un destello metálico, la segunda tijereta abandona su banquete y se dirige hacia la mujer del banco suspendiéndose a unos centímetros de su boca. El otro insecto sale zumbando de la botella y vuela hacia el rostro del niño que sigue tan dormido como su madre. El Anciano les contempla en silencio observando como sube y baja lentamente el pecho de la mujer, sus huecas mejillas y sus carnes estropeadas, el niño sumido en su estúpido sueño. Aquí está la humanidad en toda su gloria.

Y él tiene planes para ella. Ahora, después de un siglo de contemplación, es libre de actuar; por fin el futuro está claro. Ha oído los extraños gritos penetrantes de los pájaros que giran en lo alto, ha leído las viejas palabras talladas en los negros ladrillos de la ciudad y ha visto la podredumbre nacida en el borde de una hoja joven, las oscuras formas que aguardan detrás de las nubes. La noche pasada, mientras marcaba el nacimiento de mayo en sus planes, inmóvil, guardando solemne observancia en el tejado de su casa, vio, entre los cuernos de la luna, una estrella. Ya no queda nada por aprender. Se quita con un gesto la polilla de la mano, coge el paraguas y se levanta del banco aplastando el diminuto cuerpo del insecto. El niño, al que ya nada protege del sol, se agita y abre los ojos; una tijereta se posa en su mejilla y la otra zumba interesada sobre sus pestañas. Ceñido por la manta, el niño lucha sin éxito por liberar los brazos y su boca diminuta se abre para gritar. La mujer sigue dormida sin enterarse de nada. El Anciano les observa durante un tiempo y luego, con una gélida sonrisa, se dirige hacia la ciudad.

El mundo se había oscurecido y una voz ronca pronunciaba su nombre. Freirs despertó de pronto, irritable y algo asustado, para descubrir una sombra sobre su cabeza y por un momento no supo qué era. Alguien estaba de pie junto a él tapando el sol.

—¿Jeremy Freirs? —Logró lanzar un gruñido de asentimiento—. Soy Sarr Poroith. Tengo el camión junto al camino.

Aquel hombre parecía tan alto como el monumento funerario a cuyo lado estaba. El sol brillando a su espalda hacía difícil verle con claridad. Algo aturdido aún, Freirs se incorporó, se limpió un poco y recogió su chaqueta y el sobre. Bostezó, frotándose los ojos escondidos por los cristales.

—Creo que el viaje me ha dejado destrozado.

Deseando seguir dormido siguió a Poroith a través del cementerio y por la cuesta hacia un viejo camión color verde oliva aparcado junto al camino. Habían abierto la Cooperativa y había varios camiones y coches en el parking de al lado, todos de tonos oscuros y la mayoría de aspecto anticuado, igual que los de una vieja foto. Las ventanas ya no tenían los postigos puestos, había mercancías junto a la puerta y un hombre calvo con gafas y barba negra iba de un lado a otro con cestas de botas de goma, mangos de hacha y monos de trabajo. Parecía un día de mudanzas y el porche ya mostraba colgando del techo relucientes aperos de labranza, rollos de tela y linternas de queroseno que oscilaban como esculturas móviles de los ganchos que tan ominosos le parecieron antes. Un mecánico corpulento se inclinaba sobre el capó de un coche aparcado junto a las bombas de gasolina; Freirs oyó el ruido rítmico de su herramienta y a lo lejos el ronco jadeo de un tractor: los sonidos de la civilización. Siguió a Poroith hacia el camión, pestañeando bajo la fuerte luz solar. Aún notaba las piernas algo envaradas por la siesta.

Dos jóvenes que parecían hermanos salieron del almacén con bolsas llenas de comida. Estaban en edad de ir casi a la secundaria pero, como Poroith, llevaban barbas (no bigotes) y vestían monos negros con camisas sin cuello que les hacían parecer mucho mayores. Habían estado hablando entre ellos con cierta animación pero callaron al ver a Freirs y Poroith bajando del cementerio y cruzando la calle. Poroith alzó la mano saludándoles y ellos le contestaron con un gesto; el más pequeño miró a Freirs con sorpresa pero apartó rápidamente los ojos y siguió al otro hacia uno de los camiones aparcados. Lo extraño no era cómo se vestían sino el modo de moverse: iban más juntos que los muchachos del mundo de Freirs y sin el aire de reto que casi todos ellos usaban. Al subir al camión miraron una última vez a Freirs casi a hurtadillas y le pareció que les habría gustado quedarse mirando más tiempo, pero que eso habría sido casi grosero, como si la curiosidad no fuese de buena educación. Eso le inquietó, tuvo la impresión que debieron de tener los primeros occidentales llegando al Japón, tratados con toda cortesía y corrección pero dejando muy claro que se les consideraba seres inferiores.

Ojalá no llevase sus tejanos y el peto a imitación de L. L. Bean que aquí parecían ridículos, dignos de un estudiante, por no hablar de su maldita tripa. Lo que Poroith y los demás vestían (esa ropa negra y blanca de aspecto incómodo que recordaba un uniforme) parecía ser lo que llevaba aquí la gente verdaderamente del campo. Por debajo de su camisa, la espalda de Poroith debería tener tantos músculos como la de todos los conocidos de Freirs que se pasaban sus ratos de ocio visitando clubs gimnásticos de 600 \$ al año y

haciendo pesas. Se fijó, con todo, en que la camisa estaba manchada de sudor y no muy limpia. ¿Acaso era así como Porothe asistía a la iglesia? Porothe le dio una palmadita al costado metálico de su baqueteado camión como si fuese un animal de la granja.

—Probablemente no estará usted acostumbrado a trastos así —dijo a modo de disculpa.

Freirs esperó que empezase a loar las virtudes de su camión, pero Porothe se limitó a subir al asiento y esperó a que Freirs se instalase junto a él. Los dos jóvenes acababan de salir del parking y su camión se perdía ya por el camino. Sólo se oía el rítmico ruido del mecánico rascando su motor al otro lado de la calle. El ruido se detuvo y el mecánico examinó una pieza; luego alzó el rostro al poner en marcha Porothe el motor y les miró, sin demostrar ni interés ni ganas de hacer nuevas amistades. Su rostro barbudo y su mono manchado de grasa no casaban entre sí, como alguien salido de la Biblia que intentase disfrazarse de hombre moderno.

Porothe conducía de prisa, ya por ganas de impresionarle o por el simple deseo impaciente de volver a casa. Gracias a la altura del camión Freirs tenía una buena perspectiva del paisaje. A cada bache los dos hombres rebotaban sobre los muelles del asiento como si fuesen montados a caballo y varias veces Freirs se encontró a punto de alargar la mano para sujetarse al salpicadero. Miró de reojo a Porothe, que parecía tener la piel sorprendentemente blanca para alguien que pasaba casi todo el día trabajando al sol. Quizá fuese su negra barba que, junto con su corpulencia, hacían difícil adivinarle la edad. En la foto había parecido tener cuarenta años pero Freirs sospechó que debía de ser como diez años más joven, quizá de su misma edad. Intentó borrarle mentalmente la barba a Porothe y también su larga cabellera, obviamente cortada en casa. ¿Cómo habría sido Porothe en la ciudad? Ponle un buen traje o un maletín bajo el brazo en el metro o una cerveza que beber en algún restaurante cerca de Abingdon Square... No, era inútil, no encajaría; demasiado alto, demasiada anchura de hombros; estaba hecho con demasiada claridad para trabajar al aire libre. Hasta sus rasgos eran demasiado duros, con el entrecejo demasiado pronunciado.

Porothe aún no le había hecho preguntas sobre lo que pensaba del país o lo que le interesaba, ningún intento de charla como el que Freirs le habría ofrecido a un visitante dominical. ¿Habría hecho algo mal? Quizá Porothe estaba resentido por su siesta en el cementerio.

—Cuando me vio allí... —dijo subiendo el tono de voz para vencer el ruido del motor—. Bueno, espero que no estuviese encima de algún pariente suyo.

Para su sorpresa, Porothe no le contestó en seguida y su mirada fue larga y algo intranquilizadora.

—Bueno —dijo al fin—, el hecho es que aquí todos somos un poco parientes. Como una tribu, ya sabe, un área limitada con unas cuantas familias. Un sociólogo se lo pasaría estupendamente.

Freirs percibió una nota de complicidad en el tono de Porothe, que se había dirigido a él como un hombre dotado de cierta educación lo hace a un igual y se acordó de la carta... «Los dos hemos estudiado fuera de la comunidad.» Estaba claro que Porothe no deseaba que lo olvidase.

—Suenan algo incestuosos.

—No más que en otras tribus —dijo Porothe encogiéndose de hombros—. Nuestra orden es bastante estricta y también hay hermanos viviendo fuera de Gilead, así que no es como casarnos los unos con los otros. Mi esposa es de Sidon, en Pennsylvania, una comunidad aún más pequeña.

—¿Se conocieron estudiando?

—No, años antes, en el Quarinale, una especie de fiesta de la siembra, pero no volvimos a vernos hasta entonces. Yo estaba en Trenton y Deborah estuvo dos años en Page, una escuela de la Biblia. —Hizo una breve pausa—. Llevamos aquí sólo unos seis o siete meses y Deborah aún está tratando de adaptarse.

—¿Es eso muy importante?

—Mucho.

—Supongo que entonces ella y yo tendremos mucho en común —dijo Freirs, sintiendo cierto interés.

—¿En qué? —dijo Porothe mirándole de soslayo.

—En que los dos somos recién llegados.

—Supongo que tiene razón —respondió Porothe después de una breve pausa—. En Gilead hay personalidades bastante fuertes y unos cuantos aún no la han aceptado. Para Deborah todo es un poco nuevo y aún está intentando enterarse de quién es familia de quién. Rostros que recordar, nombres, parentescos...

—Sí, vi muchos de esos nombres en las lápidas. Sturtevant, Van Meer...

—Eso es. Y Reid, Troet, Buckhalter, algunos Verdock extraviados...

—Junto a esa lápida me quedé dormido —dijo Freirs—. Troet.

—Ah, sí. —Porothe no apartaba los ojos del camino—. Resulta que son una rama lejana de la familia de mi madre. Ella también es una Troet pero su rama se ha extinguido.

—Parecen haber muerto todos en el mismo año.

—Creo que fue un incendio —asintió Porothe—. Extraños son los caminos del Señor. —Se quedó callado y luego, como pensando que no bastaba con decir eso, añadió—: El fuego siempre ha sido una gran amenaza por estos lugares. Aunque hoy en día la gente vive aquí como en todas partes y mueren de lo mismo que los demás..., ataques de corazón, cáncer, algún accidente..., lo normal. Claro, viven algunos años más de promedio gracias al trabajo duro, el aire limpio y el comer lo que ellos mismos han cultivado.

—Bueno..., pues yo pienso trabajar duro este verano —dijo Freirs, recostándose en el asiento—, aunque será de un tipo más cerebral. Con todo, este sitio parece muy sano. —Se palmeó levemente la tripa—. Puede que hasta pierda un poco de peso.

—Debo advertirle que Deborah es buena cocinera —dijo Porothe sonriendo—. Espero que sepa resistir las tentaciones de la carne.

—¡Creo que no mucho mejor que mi prójimo! —se rió Freirs—. Ya sabrá lo que dicen sobre el mejor modo de vencer una tentación.

Rió nuevamente y miró a Porothe, pero él había dejado de sonreír.

Habían pasado ya junto a una hilera de casas de ladrillo, simples cubos carentes de todo adorno y en los que sólo resultaba notable la falta de juguetes infantiles junto a la

puerta, coches trucados y horribles accesorios de jardín que Freirs había visto en todas las viviendas rurales durante el día de hoy. Muchas casas tenían un huerto al lado en el que ya asomaban tímidos brotes de verdor. Los niños cuidaban del jardín junto a sus padres y al pasar saludaban a Poroith con la mano contemplando a Freirs con ojos inquietos. Una de las casas estaba aún en fase de construcción y hombres barbudos se aferraban a su estructura como marineros a las jarcias de un barco, saludándoles igualmente con la mano sin mover un solo músculo de sus rostros.

—Veo que no está prohibido trabajar en domingo —dijo Freirs.

—Al contrario. Creemos que el trabajo es santo y todos los días son santificados por él: «Pues comerás el fruto de tus manos: te hará feliz y hará felices a los tuyos».

—Amén —dijo Freirs de modo automático.

Aunque la Biblia solía aburrirle como si fuese un texto en lengua extranjera al que la traducción había robado algún significado esencial. Pero al menos había encontrado una razón al estado de las ropas de Poroith; supuso que cada gota de sudor debía de ser como una medalla al mérito. Habían estado subiendo una leve cuesta con Poroith luchando porque no se calase el motor y al llegar a la cima pasaron junto a una gran casa rojiza con un granero que parecía estar clavado al suelo por el enorme silo que se alzaba sobre él. El ganado pacía tranquilamente en la pradera.

—Parece un lugar próspero —dijo Freirs.

—La granja y lechería de Verdock —dijo Poroith—. Más parientes. Lise Verdock es la hermana de mi padre.

Todas las reses miraban en la misma dirección como si estuviesen rezando. Algunas se movían lentamente entre las otras como a cámara lenta y el resto parecían meros dibujos. Freirs aspiró hondo, sintiendo el olor de la hierba y el estiércol. Se suponía que todo eso le salvaría, haciéndole más sano.

—Siempre le dan la cola al viento —decía Poroith—, así que cuando todas miran al este se supone que hará buen tiempo. —Señaló con la cabeza un edificio aún más imponente detrás de la lechería y dijo—: Sturtevant. El hermano Joram tiene una considerable influencia en este lugar.

—¿Su padre también tiene una granja por aquí?

—No, este otoño hará diez años que murió. Y nunca fue granjero; dirigía la Cooperativa, igual que su padre y su abuelo. Ahora la dirigen los Steegler..., el Hermano Bert y la Hermana Amelia. La madre de Bert era una Stoudemire lo que hace de él..., veamos, algo así como primo tercero. —Sonrió—. Ya ve, es complicado.

—Quizá debería considerarles a todos como una gran familia feliz.

—Sí —dijo Poroith después de pensarlo un instante—. Sí, feliz...

Asintió, aunque el gesto parecía dirigirse tanto a él como a Freirs.

Freirs veía desfilar el paisaje, los campos oscuros con sus hileras de trigo temprano. Así que Poroith volvía al campo después de generaciones de ciudad y eso en cierto modo hacía que el campo le fuese tan poco familiar como a Freirs. Buenas noticias, aunque no estuviese seguro del porqué. Giraron a la derecha y bajaron una pendiente algo más pronunciada. Luego Poroith giró bruscamente a la izquierda y empezaron a seguir un veloz arroyo semiescondido por los árboles. Por la ventanilla abierta Freirs oía el alegre

ruido del agua entre las rocas, como si el arroyo se cantase una canción secreta.

—El arroyo de Wasakeague —dijo Porothe, alzando la voz—. Un afluente pasa por nuestra propiedad.

Siguieron el curso del agua y pasaron junto a trigales y alguna que otra granja de aspecto antiguo que parecía salida de sus libros infantiles, aquellos en los que un extraño llamaba a la puerta en una noche invernal mientras el fuego ardía en la chimenea.

—Vaya —dijo Freirs—, Nueva York parece estar a más de mil kilómetros de aquí.

—¿Y eso es bueno o malo? —le preguntó Porothe alzando una ceja.

—Bueno..., creo... —Freirs sonrió—. Ya se lo confirmaré cuando acabe el día.

Pasaron un macizo de hayas y chopos y las ramas golpearon la capota del camión, las hojas estrellándose en el parabrisas. Freirs se apartó de la ventanilla.

—En lo que a mí respecta —dijo repentinamente Porothe—, mil kilómetros de distancia es justo lo que me conviene. —Parecía un hombre con ganas de confesar un secreto—. Dos mil serían incluso mejor.

—¿Eh? —Freirs seguía mirando las ramas—. Los desplazamientos serían algo duros.

—¡Supongo que sí! Pero yo no me desplazo. Vi esa ciudad hace diez años y jamás he vuelto a poner los pies en ella.

Oh, oh. Por un momento había olvidado donde estaba: justo entre los campesinos, la gente que votaba contra las ciudades cada vez que había elecciones y entre una y otra predicaba contra el mal de las grandes urbes, probablemente.

—Parece que tuvo una mala experiencia.

—Fue memorable, se mire como se mire. Algún día se la contaré.

—¿Qué edad tenía entonces?

—Veamos..., tendría... unos diecisiete años.

Por lo tanto, Porothe era más joven que él. Era difícil de creer... tanto eso como el que un hombre joven y con su dosis normal de curiosidad pudiese crecer tan cerca de Nueva York sin coger nunca el autobús para ver cómo era.

—Ahí fuera hay un mundo enorme, Sarr. ¿No cree que debería darle otra oportunidad?

—Ya he visto el mundo... —dijo Porothe sacudiendo la cabeza—, al menos, todo lo que deseo ver. He pasado en él siete años. ¿Cuántos lleva usted aquí?

—Pues... ni uno, claro —dijo Freirs encogiéndose de hombros—. Pero no es igual.

—No estoy de acuerdo —dijo Porothe—. Sólo ha visto un lado de la moneda, y yo los dos. Pero ahora estoy en mi casa, y me siento a gusto aquí.

—Su casa... ¿Para siempre?

—¡Sí, señor! Pienso morirme aquí, en Hunterdon County.

—Y Deborah —dijo Freirs con tacto—, ¿siente lo mismo?

Sospechaba que no.

—No, ella es algo más... aventurera. Y debo decir que no es tan rápida en sus juicios. Ha estado algunas veces en la ciudad y no puedo decir que comparta mi opinión sobre ella.

—Entonces supongo que fue ella quien puso el anuncio en la biblioteca.

—¿Qué biblioteca? —preguntó Porothe con expresión sorprendida.

—En Voorhis, donde yo investigo. Allí vi su anuncio... en el tablón.

—¿Se refiere al anuncio que escribió Deborah? —preguntó Porothe apartando los ojos del camino con cierta duda en el rostro.

—Ése mismo. Creo que estaba escrito en algún tipo de tarjeta.

—Imposible —dijo meneando la cabeza—. Yo mismo lo puse en la estación de autobuses de Flemington. En un principio..., bueno, no quería nadie de muy lejos.

—¿Quiere decir de Nueva York?

—En ese momento, sí. Verá, nunca hemos hecho esto antes... Me pareció más seguro empezar con alguien que conociese la zona. El anuncio era como un experimento; me imaginé que alguien podría verlo de paso por Flemington. —Hizo una pausa—. Allí es donde creí que lo había visto usted.

—No, antes de hoy no había estado nunca allí. —Estaba tan confundido como Porothe pero halló algo curiosamente agradable en la sorpresa del otro—. Todo lo que sé es que lo vi en Nueva York. Supongo que alguien decidió cambiarlo de sitio.

—Claro..., pero ¿quién?

—Algún amante de las buenas obras, quizá —dijo Freirs con un encogimiento de hombros—. O quizá fue el destino, a menos que tenga usted, una idea mejor.

Porothe, absorto mirando el camino, los dedos tamborileando sobre el volante, no le contestó. Cuando empezaron a salir de entre los árboles minutos después seguía callado; el camino giraba a la derecha y luego se cruzaba con otro. Delante de ellos, en una pequeña colina, había una casita de piedra de forma cuadrada y techo de pizarra recubierto de yedra. Batallones de flores separaban la casa del césped que la rodeaba y delante de ella habían plantado más hileras de flores que formaban una especie de terraza escalonada hasta llegar al arroyo. Sobre él, construido con la misma piedra que la casa, se alzaba el arco de un viejo puente por el que sólo podía pasar un coche a la vez. Las vallas que lo delimitaban eran meros tablones de madera; antes de que el coche cayese al río se podría oír el crujido que harían al romperse, pero no impedirían ningún accidente. Sin darse cuenta Freirs contuvo el aliento cuando el camión lo cruzó, pero Porothe no vaciló ni redujo la marcha, quizá permitiéndose una pequeña fanfarronada.

Frenó un poco de modo inesperado al otro lado, siguiendo el camino que circundaba la colina. Desde ese punto la casita parecía una especie de avanzada destinada a prevenir a quienes viviesen más allá de un posible ataque de la civilización y las flores, centinelas dormidos dispuestos a saltar al menor peligro.

—Un sitio precioso —señaló Freirs al pasar.

—Es de mi madre —asintió Porothe—. Esperaba verla en el jardín, suele estar a estas horas.

Examinó la explanada buscando una señal de que estuviese en casa y pareció levemente extrañado al no hallar ninguna, o quizá fuese que seguía dándole vueltas en la cabeza al asunto del anuncio.

—¿Qué es eso? —dijo Freirs señalando hacia tres cajas montadas sobre palos que parecían armarios enanos y algo apartadas del arroyo.

—Colmenas. Ya las tenía cuando vivíamos en la ciudad. Mi padre y yo andábamos siempre llenos de picaduras.

Meneó la cabeza, perdido en sus recuerdos.

Cuando el camino empezó a serpentear hacia el bosque Freirs miró hacia atrás y antes de que la casa fuese ocultada por un muro de troncos le pareció ver algo en una ventana del segundo piso..., algo que, pese a la distancia, se parecía mucho a un rostro que les contemplase fijamente desde la oscuridad.

La señora Poroth, que llevaba más de nueve años siendo viuda, permaneció en lo alto de la escalera observando al camión hasta que éste se esfumó. El sol penetraba por los pequeños cristales cuadrados de las ventanas poniendo de relieve sus rasgos duros como rocas, la nariz fuerte y algo aquilina, el mentón más bien masculino y las arruguitas que tenía en las comisuras de los labios recordando siempre un gesto de dolor. Y tenía razón para sentir dolor: la visión había sido confirmada, su profecía era correcta. Muchas mujeres llorarían. En una tarde normal de domingo habría estado fuera, absorta sobre sus rosales y lilas. Pero hoy, después de las horas de la mañana consagradas a la adoración, las canciones y las invocaciones al Señor celebradas esta semana en casa del Hermano Amos Reid, había vuelto a su casa y se había quedado junto a la ventana aguardando pálida e intranquila a que pasase el camión de su hijo, decidida a ver al visitante que traería con él antes de que éste la viese a ella.

Y le había visto.

Bajó como en sueños la vieja escalera con pasos lentos y ausentes y avanzó por el salón que iba llenándose de sombras hasta llegar a la puerta. Salió de la casa y contempló con rostro austero el jardín. Había una nube delante del sol y la tierra estaba bañada por una luz ambarina. Las abejas zumbaban soñolientas por entre las flores del lado sur de la colina. Con su silueta encuadrada por el umbral, su cabello aún negro en el que habían aparecido recientemente algunas hebras grises y su informe vestido negro llegando casi hasta el suelo, parecía la única mancha de oscuridad de todo el paisaje.

Había demasiado en que pensar, cosas demasiado graves para ni tan siquiera imaginarlas; por ahora su mente se negaba a luchar con ellas volviéndose por la fuerza de la costumbre hacia las mundanas preocupaciones de la tierra, las hojas y el agua. Examinó con ojo experimentado las extensiones de rosales y lilas que llegaban hasta el arroyo cubriendo toda la ladera. El tiempo había sido cálido hasta ahora como había previsto y todo indicaba un verano de extrema severidad. Los tulipanes y los jacintos habían empezado a secarse y sabía que el espliego florecería antes de tiempo, así que pronto debería recogerlo. También las lilas habían florecido pronto (de hecho, un mes antes) aunque no deberían haberlo hecho hasta el día de hoy, el uno de mayo, el Beltane: el día consagrado al *teine* de Baal, el antiguo fuego de sacrificio del dios. La leyenda decía que quien se bañara ese día en el rocío de las lilas obtendría la belleza durante todo un año.

La leyenda no le decía nada, la hora de su belleza había pasado y ya había dejado de lamentar su pérdida. No había nadie en la tierra que le importase, ni tan siquiera Sarr, su único hijo. La hora de las lilas había pasado también; pronto se marchitarían y se volverían negras. Ando con paso cansino por entre las hileras de flores, sintiendo a su alrededor el zumbido de las abejas y las cigarras. Sus vidas, aunque breves, siempre la habían interesado mucho más que las de la gente. Los crocus llevaban tiempo muertos y los

narcisos estaban secándose, pero las peonias habían empezado a florecer y algunas otras especies estaban ahora en la cumbre de su esplendor, como las colombinas azules y púrpuras cuyas hojas daban valor al cobarde; los lirios silvestres (nacidos, se decía, de la sangre que había vertido un santo combatiendo a los dragones en el bosque) cuyas corolas en forma de copa adecuadamente preparadas ayudaban a la memoria desfalleciente o los delicados alhelíes de color rosa brotados de las lágrimas de María, cuyos pétalos podían usarse en el arte adivinatorio.

No es que necesitase valor, poderes adivinatorios o remedios para la memoria. Temía muy pocas cosas, no olvidaba nunca nada y veía mucho más allá de lo que hubiera deseado. El Señor en Su dura sabiduría la había distinguido de los demás mostrándole las sombras del futuro y atormentándola con visiones del mundo venidero, cuidando de que pese a todo lo que de bueno pudiera sucederle no fuese nunca demasiado feliz.

No siempre había sido así. Había nacido con ciertos «dones», como decían los Hermanos, un errático talento para la predicción o el adivinar la suerte y leer los pensamientos secretos en el rostro de la gente; pero esos dones no eran raros entre las mujeres de su familia y otras los habían tenido antes que ella. Los Troet no eran una gran familia y tendían más al estudio que a trabajar la tierra, lo que les apartaba del resto de la comunidad aunque, en cierto modo, ello les hacía más fuertes que los granjeros. Esa fuerza había sido siempre curiosamente femenina y expresada no en los términos normales del nombre contra la naturaleza o en sus fútiles intentos de controlarla, sino en una especie de alianza cotidiana con sus leyes. La naturaleza les recompensó a su vez; las mujeres Troet (al menos dos de cada generación) habían sido bendecidas con ciertos poderes de intuición, como si estuviesen en un contacto aún más directo que el de los granjeros con ciertos aspectos de un proceso básico: la lluvia y los vientos, el ciclo de la vegetación, la mudanza de la luna y las estaciones. Ella recordaba a su abuela materna, una Buckhalter de nombre pero una Troet por descendencia, capaz de leer el clima en el vuelo del cuervo o en cierto ángulo del sol y que hablaba con familiaridad de «pequeñas señales» ignoradas por los demás. Su don era inexplicable y cuando le preguntaban sobre él (como lo había hecho su nieta de pequeña) la anciana se limitaba a decir con gesto indiferente que había «otros modos de saber».

Ella misma, según se creía, había heredado algunos de esos poderes; ya de niña había empezado a entender de un modo primitivo cómo dejar hablar al mundo a través del olor y los colores de las flores, las formas de las hojas y las nubes. Pero no hubo nada realmente excepcional en sus talentos... hasta esa mañana veraniega de sus treces años en que atraída por algún impulso inexplicable que la hizo subir la escalera hasta el ático donde vivía la anciana descubrió las Imágenes. Se hallaban dentro de una carpeta atada con cintas, oculta por un montón de libros polvorientos en el rincón más oscuro del cuarto. Los dibujos eran toscos, casi como los de un niño precoz, y habían sido trazados con tiza de vivos colores sobre papel barato que se había vuelto amarillo en los bordes y al que el tiempo había hecho rígido y quebradizo. Parecían tener como mínimo unos cincuenta años de edad.

Al verlos abrió mucho los ojos y sintió que el pulso se le aceleraba. Las toscas imágenes parecían saltar del resquebrajado papel con terrorífica claridad. Los dibujos eran veintiuno, cada uno en una hoja separada y cada uno llenándola de un horror indecible.

Una criatura blanca parecida a un pájaro con el pecho ensangrentado, muriendo; un lago de agua oscura en el que parecía haber algo oculto, agazapado; un libro amarillo, muy grueso y, no sabía decir por qué, repulsivo; un montículo de extrañas proporciones y un sol rojo de aspecto satánico; una luna fría y una forma redondeada y blanca contra un telón de negrura que al principio tomó por otro cuerpo celeste, un planeta o una luna hasta que de pronto, estremeciéndose, lo vio como lo que era, un enorme ojo redondo sin párpados... Algunas de las Imágenes eran tan extrañas que no pudo entender lo que representaban, como el objeto negro y alargado; y las cosas que parecían perros, aunque era difícil asegurarlo, tan mal hecho estaba el dibujo; y una forma pulposa que quizá fuese un gusano enroscado o quizá unos labios sonrientes; y otra figura, pequeña, oscura e informe, con ese aire a medio hacer de las cosas muertas y las hojas marchitas, como el intento hecho por un niño para retratar alguna criatura de la que ha oído hablar pero nunca ha visto.

Y a cada imagen nueva se agitaban recuerdos imposibles; hasta la más extraña de las Imágenes, los tres círculos concéntricos cruzados por un tajo rojizo, le pareció familiar de un modo casi doloroso. Y había otras aún peores: una escena horripilante dibujada toda de blanco y otra toda de negro y algo horrible que podía ser una rosa pero que parecía tener dientes; y un árbol con algo encima, algo que veía y hacía gestos como de llamada. Supo que la llamaba a ella. El cuarto osciló; estaba cayendo, resbalaba con el mundo dando vueltas a su alrededor, atrayéndola hacia ese rostro terrible del árbol... De algún modo logró esconder aquellos objetos malignos, ocultarlos bajo una pila de diarios viejos antes de caer febril, los ojos enloquecidos, por la escalera.

La encontraron minutos después inconsciente en el descansillo del segundo piso y creyeron que fue un resbalón. La llevaron al dormitorio que había sido de su abuela y la acostaron en el lecho de la muerta. Algunos sintieron resquemor por usar el cuarto de alguien que había muerto hacía tan poco y uno de sus hermanos pequeños llegó a decir si no habría caído al ver al fantasma de su abuela vagando por el altillo. Mas los Hermanos eran gente práctica por encima de todo y no le daban gran importancia a esas cosas, pues sabían que nada debían temer de los fantasmas. Durmió todo el día como hechizada y su aliento apenas agitaba la pluma de ganso que sostenían ante su nariz. Tenía la cara rígida como una máscara; cuando le subieron el párpado descubrieron que apenas si tenía un poco de blanco visible, como si la pupila se hubiese ocultado para contemplar el interior de su cráneo. Temieron por su vida y, acabando de enterrar a uno de los suyos, pasaron largas horas rezándole al Señor para que Se contentase con la piadosa anciana que tan recientemente había llevado a Su seno y que no les arrebatase a esa niña de tan poco valor. Pero si Él les oyó, no les dio ninguna señal.

Siguió en trance esa noche y toda la mañana siguiente de un día cálido y sin la menor brisa que convirtió en un horno la vieja mansión. Congregados en el primer piso los Hermanos rezaban por el alma de la niña secándose la frente de vez en cuando, muchos preparándose ya en silencio para otro funeral y algunos preguntándose incluso si no sería esto un castigo al clan Troet y a sus extrañas costumbres. Así siguieron las cosas hasta que al anochecer del segundo día la niña abrió de pronto los ojos y, sentándose en el lecho, dio un susto terrible a los que estaban junto a su cabecera con un alarido que parecía querer

decir algo como «¡Las llamas!». Pronto se vio que estaba fuera de peligro y su dramático despertar pareció sólo la culminación de una pesadilla, quedando muy aliviada su familia al ver que pese a su grito no parecía tener fiebre.

Pero la pesadilla había sido real, ella estaba segura. Allí tendida se había visto inundada por las visiones y las imágenes del crimen. En algún otro lugar una niña como ella iba a morir entre la luz, junto al árbol, con el extraño dibujo de los tres anillos concéntricos... Sus confusas explicaciones no fueron totalmente ignoradas (los Hermanos tomaban tales avisos en serio, conscientes de que a veces el Señor daba a los hombres atisbos del futuro) pero era difícil sacar algo en claro de ellas. ¿Un árbol? Había miles a menos de medio kilómetro de la casa. ¿Una niña? Podía ser la hermana o la hija de cualquiera y, en cuanto al dibujo, ¿qué podían hacer? ¿Cómo iban a seguir una profecía tan confusa? Y finalmente ella cedió: quizá tenían razón, quizá fue todo una pesadilla ocasionada por las Imágenes..., cuya existencia había mantenido desesperadamente en secreto.

Dos días después un grupo de cazadores encontró el cuerpo parcialmente quemado de una niña colgado de un árbol en la parte del bosque llamada Garganta de McKinney. Sintió que en parte era responsable de su muerte, que se le había concedido una visión y no le había hecho caso. No volvería a dejar que eso ocurriese.

Todo aquello pasó en 1939 y desde entonces muchas veces había examinado las Imágenes sin ningún placer, de noche, en la cama. Ya no le hacía falta verlas todas, bastaba con mirar algunas, ahora ya familiares, sacándolas al azar del montón, y los sueños acudían. Nunca le dijo a nadie cuál era la fuente de su saber y la comunidad nada sospechaba. Los Hermanos la tenían por un modelo de piedad y tras resultar cierta su primera profecía le tuvieron un respeto supersticioso algo teñido de miedo, acudiendo a menudo en busca de su consejo. Ella dudaba de que les hubiese gustado saber cómo usaba las Imágenes, pues ella misma las odiaba sabiendo qué horribles visiones las habían inspirado. Conocía la identidad de la criatura oscura e informe y las cosas terribles que podía hacer. Aprendió qué significaba el dibujo circular y cuándo se usaba... y supo (siempre lo había sabido) quién hizo los dibujos, pues incluso en aquellos primeros sueños en la casa de su abuela vio en las Imágenes la mano de su antepasado desaparecido, del niño, de Absolom Troet.

A lo largo de los años había llegado a sospechar confusamente cuáles fueron las instrucciones dadas por él y la hicieron estremecer. Pues bajo los sueños inspirados por las Imágenes acechaba una negra certeza que la perseguía cada hora del día, la visión de un futuro que primero como muchacha, luego como ama de casa y ahora como viuda solitaria sabía era impotente para cambiar o evitar. Pero sabía también que debía intentarlo, pues eso era lo que esperaba de ella el Señor y en años recientes, como quien se niega a leer un mensaje que sabe portador de malas noticias, había examinado las Imágenes con frecuencia cada vez menor... De hecho, había evitado verlas y las guardaba dentro de la gran Biblia encuadernada en cuero que tenía sobre la mesilla de noche como si con ello pudiera santificarlas. No le hacía falta abrir la Biblia; cada una de sus palabras le era tan familiar como los dibujos de Absolom.

«Y ahora, Señor, ¿qué estoy esperando? En Ti se halla mi esperanza...»

Al ver los bancales de rosas frunció el ceño: rosas de té tardías, los musgos y las damasquinas que crecían junto al arroyo... Le recordaban algo. La noche anterior soñó que un visitante, un extraño, aparecería entre ellos el primero de mayo; lo sabía y temía que, exactamente como había sido profetizado, esa noche habría una luna con dos crecientes como cuernos. Sucumbió a la curiosidad y a las exigencias de su conciencia y esa noche abrió su Biblia, sacó de ella las Imágenes y de entre ellas, como al azar, la luna, la rosa, la serpiente... Y ahora recordaba que el sueño había tenido como escenario este mismo jardín, las rosas que había a mitad de la colina.

Imágenes confusas: ella andando por el jardín, como lo hacía ahora sólo que de noche, sintiendo calor bajo la luna y a su luz fantasmal una hoja había parecido distinta de las otras, una hoja solitaria medio oculta entre las sombras nocturnas, aunque sus ojos agudos la habían percibido a metros de distancia. En su borde parecía haber una blancura extraña, fuera de lo normal... No, no era el borde, lo vio al acercarse más, vio que toda la hoja estaba rodeada de un halo blanco y que el oscuro verdor familiar se batía en retirada como huyendo de una helada repentina o un frío fuego invisible. Pasó los dedos por la hoja; podía sentir las plantas, le hablaban de cien modos secretos y con toda seguridad ésta tendría secretos que revelar... Pero esta vez sus dedos nada le dijeron y a su alrededor zumbaban en el aire abejas invisibles. Cogió el tallo y tiró levemente de él. Sintió un agujonazo de dolor y apartó la mano con un grito. Bajo su pulgar había una espina verde claro y cuando la sacó vio su maligna curvatura, sus casi tres centímetros de largo. ¿Cómo no la había visto?

El zumbido era más alto, más insistente. Se llevó la mano herida a los labios sintiendo el salado sabor de la sangre y justo entonces una de las rosas se movió. ¿Por qué no se había dado cuenta antes? La rosa era más grande que las otras y sus pétalos estaban húmedos y tenían un aspecto carnosos: parecía colgar del delgado tallo como un trozo de tendón podrido. Alargó la mano cautelosamente y la rosa se movió al tocarla. El aire se llenó con un chirriante sonido como de mil insectos gritando una advertencia en sus oídos y allí, bajo el brillo de la luna, en el calor de aquella noche perfumada por las rosas, sintió un escalofrío. La rosa arrancada del tallo pesaba mucho. Sus dedos recorrieron los pétalos de oscuras estriaciones y uno a uno los pétalos cayeron como la piel de un fruto hueco. Dentro de la rosa había algo largo y pálido enroscado como un pedazo de intestino que se agitó al tocarle la luz lunar. Vio al fin lo que era: un rechoncho gusano blanco, grueso como el dedo de un niño... Un gusano gordo y blanquecino que se desenroscó alzando su cabeza para mirarla. Un gusano, hinchado y pálido, con un rostro humano.

Lo tiró al suelo con una mueca de repulsión. Aplastó la cosa con el pie y estuvo segura de oírla chillar; palabras como salidas de una boca humana con pulmones y garganta humanos, palabras en una lengua vieja y , oscura que nunca había oído hablar antes pero cuyo significado, una vez despierta, estuvo segura de haber entendido. Y ahora, esta misma tarde, había visto al visitante, rechoncho, rosado e inocente, llegando con su hijo y algo había reconocido en su rostro inocente. El sueño no había mentido, las Imágenes eran reales. Por primera vez en su vida estaba demasiado cansada para rezar.

Absolom, el Anciano, seguía vivo. Siempre lo supo, como supo que algún día

empezaría a obrar, reuniendo a los actores (el hombre, la mujer, el Dhol), permitiendo que el proceso se iniciase. Había sabido que empezaría el uno de mayo y acabaría el uno de agosto, en un mes con dos lunas llenas. Pero siempre había creído que le quedaba al menos todavía una década, que tendría más tiempo para prepararse. No se había dado cuenta de que ocurriría tan pronto. Este año... este mes de mayo.

Este verano.

Su viaje le lleva hacia el sur donde hileras de rascacielos reflejan el sol poniente arrojando sombras gigantescas sobre la avenida. Una multitud festiva colma las aceras paseando junto a los puestos callejeros, saliendo de las tiendas para reunirse con la masa que fluye, se divide y vuelve a reunirse de nuevo formando una corriente humana. Sin que nadie se fije en él, el Anciano camina entre los hombres.

Un niño semidesnudo avanza cojeando con la cabeza hinchada como una fruta demasiado madura, agarrando un sobre lleno de manchas. Un heraldo ciego trueno contra el tráfico desde el umbral de un edificio abandonado. Alguien se inclina sobre un teléfono público con la boca torcida en una mueca feroz. En una esquina una mujer harapienta agita un pizarrón con nombres garabateados y exhorta al planeta para que se salve:

—La humanidad —grita— ha sido juzgada y hallada culpable.

Sabe que está en lo cierto pues comparte su juicio. Da la espalda a la mujer y ve su reflejo en un escaparate: la figura baja y entrada en carnes que balancea un paraguas, el traje de sarga azul con las rodillas deformadas, el ancho rostro de querubín bajo el halo de cabello blanco y fino. El reflejo de un viejecillo.

En tiempos tuvo algo en común con las figuras que se agolpan en la acera; en tiempos, hace más de un siglo, fue uno de ellos, parte de la raza aborrecible que cubre como un enjambre el planeta. Ahora sólo perdura la semblanza, los órganos, huesos y carne, pero él ha sido limpiado de su humanidad; ya no siente ningún parentesco hacia esos seres odiosos y condenados: solamente un odio frío e implacable. Avanza por la avenida y los hombres se apartan ante él como espigas de trigo.

Los semáforos cambian del rojo al verde y el gentío se lanza hacia delante. Un autobús dobla una curva con un gruñido del motor, un chirrido de frenos y la bocina de un taxi. Oscuras formas felinas se agazapan bajo un coche aparcado para lanzarse luego como flechas hacia un callejón. En la manzana siguiente resuenan los gritos de los niños y, procedente de otra parte de la ciudad, el gemido de las sirenas. El Anciano gira nuevamente hacia el oeste y el sol se va hundiendo hacia las lejanas colinas de Jersey, las fábricas, los vertederos y las refinerías de petróleo. La tierra se tiñe repentinamente de rojo y las refinerías brillan como si ardiesen y las colinas se vuelven un incendio. El río fluye como una llama brillante. El Anciano guiña sus ojos apacibles y sonríe. Se acercan grandes acontecimientos y nada de lo que ve será ya igual. Las multitudes, el tráfico, los odiosos rostros minúsculos de los niños... muy pronto, después del Voolas, ya no le molestarán más.

Pero antes deben hacerse algunos preparativos. No queda mucho tiempo y nunca tendrá otra ocasión. Cinco mil años deben pasar antes de que las señales vuelvan a ser las correctas. Tendrá que actuar de prisa. Ya ha elegido al hombre: un académico

insignificante sin familia ni un gran futuro por delante. En la ciudad hay cientos como él (todos jóvenes y llenos de esperanzas..., todos condenados) pero éste ha nacido en el día preciso y, aunque el idiota no lo sabe, sus intereses son los adecuados. En este mismo instante debe estar en la granja, sin duda muy ocupado en convencerse de que le gusta. Parece ser altamente sugestionable. Servirá.

Pero el Anciano tiene otra tarea aún mayor que debe ser completada antes del Solsticio de Verano. Ha de encontrar una mujer pero no cualquier mujer. La edad debe ser la adecuada, así como su pasado y el color de su pelo. Y, por supuesto, deberá poseer esa especial cualidad que la haga adecuada...

—Un sitio maravilloso.

Le parecía que se estaban portando de un modo ingenuo dando tumbos entre la vegetación con Porothe.

La granja tenía mejor aspecto que en las fotos (ciertamente, era más verde) pero estaba claro que necesitaba montones de trabajo. Hasta Freirs se daba cuenta y eso que su última visión de una granja había sido en *Días del cielo*, con Richard Gere clavándole un destornillador a Sam Shepard. Los Porothe habían despejado ya un área irregular que tendría dos veces el tamaño de un campo de fútbol y que se extendía en dirección oeste a partir de la parte trasera de la granja más allá del granero, descendiendo hasta el arroyo que se curvaba cruzando el borde sur de la propiedad; pero aún parecía haber bastantes áreas iguales en extensión esperando cuidados, incluyendo una enorme zona sin cultivar que Porothe había dicho guardar «para el año próximo». El lugar era mucho mayor de lo que parecía desde el camino (en total tendría unos cincuenta acres), aunque la mayor parte era bosque o campos cubiertos de hierbajos tan crecidos y frondosos que no se podían cruzar. Freirs recordó que los Porothe llevaban allí sólo desde el otoño pasado y que hasta entonces la granja había estado abandonada siete u ocho años. Quizá por eso una pareja joven como ellos había podido adquirirla.

Le habría gustado preguntarle a Porothe cuánto le había costado el lugar, aprovechando que los dos estaban solos, con la comida en el vientre y la tierra extendiéndose ante ellos verde y bañada de sol; pero desde que habían pasado por delante de la casa de su madre Porothe parecía estar preocupado por algo y replicaba a las corteses preguntas de Freirs de modo distraído y escueto. La casa del Hermano Lucas Flinders, señalando en una dirección, ésa era la de los Reid, por ahí vivía el Hermano Matt Geisel... No parecía dispuesto a salir de esas breves y lacónicas explicaciones, y ya hacia el final, durante los kilómetros de sendero sin pavimentar que se retorció entre bosques y zarzales hasta llegar a la granja de los Porothe, apenas si había dicho palabra, demasiado ocupado evitando que el viejo camión se metiese en una zanja. El sendero parecía brincar bajo sus ruedas como un animal salvaje, a veces casi como queriendo hacer que se estrellasen: eso mismo había dicho Freirs, agarrado fuertemente a la portezuela, deseando que Porothe redujese la marcha. ¿Qué infiernos estaba intentando probar? Porothe se había limitado a decir algo acerca de que no era un camino para coches y ni siquiera había mirado a Freirs.

Reconoció la granja gracias a la foto apenas apareció, una pequeña construcción de chilla que a esas horas parecía gris, con forma de cubo y obviamente algo antigua, casi

pegada al borde del camino como si estuviese ansiosa de saludar a los pocos extraños capaces de llegar tan lejos. Los zarzales estaban verdes en esta época y entre ellos había algunos rosales rojo oscuro. Deborah había permanecido en el porche viéndolos llegar, con un par de gatos junto a sus pies, e incluso a esta distancia Freirs logró ver que tenía un aspecto muy parecido al de la foto, vestida de negro del cuello hasta los tobillos. Cuando Porothe giró el volante y aparcó el camión junto a la casa ella les saludó animadamente, con una evidente alegría en el rostro.

Lo primero que le había impresionado era el silencio. Lo notó apenas Porothe apagó el motor y cuando bajó del camión, agradecido por pisar de nuevo suelo firme, fue como si de pronto todo el mundo se hubiese detenido. Había sentido algo similar en Gilead cuando estaba solo en el cementerio, pero entonces no había sido tan dramático, algo más frágil que muy pronto sería roto por el ruido inevitable del tráfico, los tractores y la intrusión de voces humanas. Pero aquí sintió que excepto por el leve ruido de los insectos, algún que otro pájaro, y el viento en los árboles el silencio era algo permanente, un hecho central de la vida. Deborah salió del porche a recibirles. Era bonita, incluso más de lo que él había esperado, con unos pómulos fuertes y grandes ojos oscuros bajo unas espesas cejas de aspecto poco femenino. Tenía la boca ancha, los labios sensuales y gruesos, no muy propios de una puritana; maquillada y bien vestida sería realmente una mujer digna de ver. Su cabellera negra era obviamente muy abundante, pero la llevaba recogida en un complicado moño cuyos nudos parecían casi dolorosos en su severidad. Se preguntó qué aspecto tendría con el pelo suelto.

—Ojalá no haya tenido que esperar mucho... —dijo una vez que Sarr la hubo presentado—. Los servicios siempre se alargan con los Reid, dado lo charlatán que es el Hermano Amos. Temía que se hartase y echase a andar de vuelta a Nueva York.

—Oh, no estaba nada dispuesto a ello —dijo Freirs con una sonrisa, en parte para aplacar a Porothe que contemplaba a su mujer con el ceño fruncido. Estaba claro que no le gustaba que hablase así de sus vecinos—. A decir verdad, eché una pequeña siesta.

—Le encontré dormido en el cementerio —dijo Porothe—. Junto a la tumba de los Troet, esa de la gran piedra.

—¡Buena elección! —exclamó Deborah—. Son viejos parientes de Sarr.

—Sí —dijo Freirs—. Supongo que aquí casi todo el mundo está algo emparentado.

—Y adivina dónde vio nuestro anuncio —dijo Porothe—, el que puse en Flemington.

—¿Dónde? —preguntó ella mirando a Freirs.

—En un tablón de anuncios de Nueva York.

—¿Cómo pudo llegar allí?

Freirs vio que esa noticia la había pillado por sorpresa. Deborah miró primero a su esposo y luego a él, como si los dos hombres compartiesen un secreto.

—Eso es lo que no sabemos —dijo Porothe, aún de mal humor—. Quizá una broma.

—O un buen samaritano —dijo Deborah. Lo pensó un momento y luego asintió—. Claro, eso ha tenido que ser. Mira lo bien que ha salido todo. Podría ser una señal de Dios. —Miró de nuevo a Freirs, abriendo mucho los ojos—. Como su nombre, estoy segura de que también es un presagio. —Sonrió—. Puede que usted también acabe siendo profeta.

—Me temo que no soy pariente del profeta Jeremías —dijo Freirs con una risita algo

incómoda—. Aunque nunca se sabe...

—Yo lo sé —dijo ella—. Tenía que venir aquí, estoy segura, como también de que se encontrará a gusto. —Cogió un gato en brazos y echó a andar hacia la casa—. Ahora, adentro. Ya tengo lista la comida y luego Sarr le enseñará los alrededores. Más vale que haya hambre. Tengo jamón cocido, queso y arándanos recién cogidos. Nada es de nuestro jardín todavía, claro, pero tengo un pastel de ruibarbo regalo de los Geisel. —Y, dirigiéndose a Sarr, añadió—: El Hermano Matt pasará luego. Creo que quiere conocer a nuestro invitado.

—Parece justo lo que el médico me ha recetado —dijo Freirs apresurándose a seguirla.

Por un instante vio fugazmente, detrás de la casa, la construcción en la que iba a residir. No parecía tan acogedora como la granja y quizá no deseasen enseñarla hasta haberle ablandado un poco con la comida. Bueno, de acuerdo, podía aceptar una buena comida. Subió los peldaños del porche contemplando disimuladamente el balanceo de sus caderas bajo el vestido negro que casi rozaba el suelo. Era asombroso que no estuviese lleno de polvo.

Poroth, aún en la explanada, lanzó un suspiro. El asunto del anuncio parecía haber quedado cerrado.

—Dejaré el camión fuera —dijo. Y les siguió—. Tendremos que salir a las cinco para el pueblo si queremos coger el autobús.

Mientras Deborah sostenía la puerta para que entrase Freirs, un par de gatos pasaron corriendo y se metieron en la casa, seguidos de cerca por otro que no había visto antes. Quizá fuesen un problema, no se había imaginado que hubiese tantos. El interior de la casa le pareció oscuro y algo asfixiante, con un olor inconfundible a gato; empezó a picarle la nariz de modo alarmante. Oyó detrás de él los pasos de Poroth y el crujido de las viejas tablas del suelo.

—La parte de atrás es más clara —dijo Deborah, guiándole.

Atravesaron un pequeño recibidor y llegaron al salón, provisto de una mecedora y un sofá algo gastado delante de una pequeña chimenea. Más allá estaba la cocina, con el sol del atardecer entrando a chorros por las ventanas y la puerta trasera. A Freirs le costó un momento darse cuenta de lo que faltaba. Buscó en vano lámparas, un interruptor de la luz o una televisión; no había nada de eso excepto una linternilla de queroseno encima de la repisa del hogar y al entrar en la cocina vio otra en un estante, junto al umbral.

—Creí que el anuncio decía «totalmente electrificada» —dijo con una leve tos.

—El otro edificio lo está —dijo Poroth, agachándose al entrar en la cocina—. Yo mismo hice la instalación hará dos meses. Pero en nuestra casa... —Se encogió de hombros—. Preferimos guardar cierta distancia con el mundo moderno; aquí somos independientes de la ciudad y sus modos de vida.

Freirs volvió a sentir un cierto matiz de censura. Al otro lado del cuarto vio una enorme estufa de hierro para madera y al lado una pequeña y reluciente Hotpoint. Se volvió hacia Deborah, muy atareada en el fregadero con los gatos maullando a sus pies.

—Supongo que esa estufa funciona a gas.

—Cierto —dijo Sarr—. Se la compramos de segunda mano a uno de Trenton.

—Cariño —dijo Deborah por encima del hombro—, enséñale a Jeremy los tanques de afuera.

Freirs vio como ponía una bandeja llena de jamón sobre la mesa de la cocina y se acordó del hambre que tenía.

—Venga, mire. —Poroth abrió la puerta trasera y guió a Freirs por el otro porche, donde dos gatos más yacían sobre los peldaños polvorientos—. Duran un mes cada uno —dijo señalando hacia dos recipientes plateados apoyados como espacionaves en miniatura contra la pared de la casa, rodeados de hierbajos y rosas—. Propano normal: nos calienta el agua y sirve para cocinar.

Pasó una larga pierna sobre la valla y, cruzando los brazos, apoyó la espalda en un poste de madera.

—No lo entiendo —dijo Freirs—. Dice que quiere ser independiente del mundo moderno, pero el gas es tan moderno como la electricidad y puede que igual de caro.

Pensó que quizá habría ofendido a Poroth pero éste pareció divertido.

—Ya sé que no parece muy racional. No pretendo que lo sea. Nuestras elecciones son bastante... simbólicas. Expresiones de nuestra fe. —Sonrió con ironía—. ¿Tiene eso algún sentido para usted?

—Supongo que sí —dijo Freirs encogiéndose de hombros.

—Mire —dijo Poroth—, no somos fanáticos. Tenemos cañerías y sanitarios, y un camión. Cuando nos ponemos enfermos vamos al médico. Algunos Hermanos son más estrictos; otros quizá piensen que nosotros somos estrictos. Hay lugar para las diferencias. Le sorprendería la amplitud de miras que podemos llegar a tener.

Cierto, le sorprendería. No había olvidado cómo le miraron en el pueblo.

—Deben ser ustedes mucho más liberales de lo que suponía —dijo cortésmente—. Les había etiquetado como una versión New Jersey de los Amish.

—Nosotros les llamamos «sombreros negros» —dijo Poroth torciendo el gesto—. En mi opinión, son sólo una atracción para los turistas.

—Supongo que me dejaba guiar por las apariencias. Quiero decir, que ustedes parecen vestir igual salvo por los sombreros.

—Es cierto que hay semejanzas. Algunas costumbres y formas externas... Esas cosas. —Señaló sus pantalones—. ¿Ve? Sin bolsillos, engendran la avaricia. Déle bolsillos a un hombre y pronto querrá algo que meter en ellos. «Quien sienta la codicia turbará su propio hogar.» —Poroth sonrió—. A eso me refiero con el simbolismo de que le hablaba.

—¡Vaya! Esos pantalones me parecieron raros.

Cuando lo contara en la ciudad...

—La barba es algo parecido. Los Hermanos no llevan bigote porque los militares (al menos, los de Europa) los llevaban... y nosotros nos negamos a abandonar la granja. —De pronto se puso en pie; era casi una cabeza más alto que Freirs y siguió—: También la electricidad es un símbolo. Hallará una batería en el camión y otra en la radio. Nos gusta oír las emisiones bíblicas. Pero Deborah y yo no deseamos esos lujos que ahorran trabajo, ni interesa llenar nuestra casa de artefactos. Un cable eléctrico es como una cadena de oro que ata un cuerpo a la ciudad... y, amigo mío, la ciudad es el reducto de la corrupción. Cuando pestaña o se apaga, nosotros también. Preferimos no tener ese lazo.

Entró de nuevo en la casa y Freirs se quedó un poco en el porche contemplando el terreno, los edificios de la granja, el huerto y los campos, pero pensando realmente en la monstruosa fábrica de la Con Ed en Astoria que iluminaba el cielo como un navio. Finalmente el paisaje logró atraer su atención. A lo lejos, donde acababan los campos, percibió el destello de un arroyo. La propiedad era más extensa de lo que había supuesto, aunque sus límites exactos eran difíciles de discernir pues iba mezclándose gradualmente con el bosque alrededor de la granja. Estaba lleno de oscuras sombras y ni siquiera a esa hora de la tarde parecía invitador. De pronto sintió que la ciudad estaba muy lejos y con una leve excitación pensó que al fin estaba en el campo...

Comieron en la cocina en sillas de respaldo alto y ante una vieja mesa de madera construida por algún antepasado de Porothe muerto hacía mucho. Descubrió que la granja carecía de comedor; sencillamente, la casa era demasiado pequeña (tres cuartos arriba, dos abajo y un suelo de tablas con bastantes resquicios entre las planchas) y Deborah, sonriendo, le contó que, a veces, cuando barría la cocina las migas pasaban entre las grietas y acababan en el sótano donde los ratones se las comían.

—Y ellos, a su vez, son comidos por los gatos —añadió Sarr, como si deseara recordárselo—. Todo es parte del plan divino.

Freirs les observó mientras Porothe rezaba dando las gracias y los gatos rondaban incansables bajo la mesa. Salvo por la diferencia de talla (pues incluso sentado Sarr era más alto que ellos dos) y el hecho de que Deborah estaba bien provista de senos y caderas en tanto que Sarr era alto y más bien delgado, los dos se parecían mucho, como si hubieran salido del mismo daguerrotipo borroso, dos representantes de otra generación. Pese a su pelo oscuro los dos eran de tez delicada y sorprendentemente pálida dado el tiempo que debían pasar al aire libre. Estaba claro que Deborah era la más abierta de los dos, pero en momentos de silencio como éste en el que estaba inmóvil, escuchando con los ojos bajos mientras su esposo le daba las gracias al Señor por sus bondades y el huésped que les había enviado hoy, Deborah tenía un aire muy similar al de él... Una especie de modesta dignidad. De hecho parecían hermanos, dos niños de rostro solemne criados en una tierra salvaje y acostumbrados a hablar con Dios como con un amigo familiar. Sin embargo, para cuando la oración llegó a su fin Freirs sentía unas ganas crecientes de estornudar.

—No es nada digno de preocuparse —les explicó irritado cuando no pudo contenerse más y los dos le miraron—. Es que soy alérgico a muchas cosas... y más que nada a los gatos.

Apretó los dientes y trató de sonreírles mientras que dos gatos, uno atigrado y otro gris, ambos claramente jóvenes, se frotaban contra sus piernas. Estaba enfadado consigo mismo y con los animales; le habría encantado alargar la mano y acariciarles detrás de las orejas, pero a cada aspiración sucesiva iba notando la nariz más tapada, como si un mecanismo interno hubiese escapado a su control. Los ojos empezaban a lloriquearle. Sarr le observaba en silencio, pensando quizá que tales dolencias eran un signo de falta de fuerza o un castigo divino. Deborah pareció simpatizar más con su problema.

—Creo que es una buena señal —afirmó mirando debajo de la mesa mientras los

gatos, sin duda para dejar su huella en el extraño, seguían frotándose afanosos contra las perneras de Freirs—. Me refiero al modo en que le han aceptado; eso quiere decir que es bienvenido aquí. Creo que todos estamos ansiosos de recibir visitas.

—¿Los echo? —dijo Sarr frunciendo el ceño y claramente a disgusto.

Eso era justamente lo que Freirs quería pero no estaba de humor como para hacer una escena; los animales eran lo más cercano que tenían los Porothe a unos niños. Seguramente las cosas acabarían arreglándose a lo largo del verano.

—Oh, aquí están bien —dijo sin darle importancia, lanzándose a narrarles una historia recién improvisada (aunque quién sabía si en el fondo era cierta) sobre cómo el único modo que tenía de vencer a la alergia era exponerse a los animales que la causaban todo lo posible—. Sólo hay que ir creando los anticuerpos adecuados —dijo, decidido en su fuero interno a visitar un buen alergólogo tan pronto como volviese.

—Bueno —dijo Deborah con cara de alivio—, acuérdesse de que si alguna vez tiene problemas de ese tipo durante el verano hay siempre antihistamínicos en el botiquín.

Parecía dar por sentado que se iba a quedar con ellos y quizá tuviese razón. Tenía ya la impresión de conocerles. Obediente, fue al cuarto de baño a por las píldoras, agradecido de que no le hubiesen brindado alguna medicina aprobada por los Hermanos como hierbas, baños de fango o algún otro loco remedio popular. El cuarto de baño era una pequeña habitación junto a la cocina con una diminuta ventana provista de cortinas que daba a los rosales: en una esquina había un aparatoso calentador de agua metálico aparentemente conectado a los tanques de fuera y junto a él un viejo lavabo con grifos de agua fría y caliente. Freirs se preguntó la razón de que a nadie se le hubiera ocurrido conectarlos; sólo hacía falta una cañería en forma de Y. El cuarto estaba dominado por una gigantesca bañera con los pies acabados en garras en la que habrían cabido dos personas y que debía llevar horas llenar. Nada de duchas pues, si pasaba el verano aquí. Se dijo que los baños eran más relajantes: leer clásicos en la bañera, buena música en la radio... Podía llegar a gustarle, después de todo.

El botiquín fue toda una revelación: bolsitas de plástico polvorientas con hierbas y raíces, polvos de colores y cosas que flotaban en el interior de botellitas marrones sin etiquetar junto a un puñado de medicinas corrientes para el dolor de cabeza, la náusea, los nervios..., más elixir dental, aspirina y sales de baño aromáticas y en el estante de arriba un gel de baño con olor a fresa. Decidió que los Porothe debían gozar de una interesante vida matrimonial. Cuando volvió a la cocina, Deborah había puesto ya en la mesa una bandeja de queso y estaba cortando una rebanada de pan moreno del que siempre veía en los colmados caros y que siempre le había parecido un derroche comprar. Blandía un cuchillo que parecía un sable y Sarr, impasible, la observaba como un rey en su trono.

—Esto tiene un aspecto estupendo —dijo Freirs sentándose ante Porothe.

Se sirvió algo de leche de una jarra de cerámica y engulló la píldora, alguna versión local del Contac.

—Me gustaría que supiese que ayer esa leche estaba aún en la vaca —dijo ella—. Es de la lechería del tío de Sarr.

—Claro, la recuerdo, pasamos por al lado. —Tragó una buena porción de pan y queso—. Y apostaré a que el pan está cocido en casa.

—No he comprado pan desde que nos fuimos de Trenton —asintió ella complacida—. Todo lo cuezo aquí mismo.

—¿En ese trasto? —Freirs señaló con la cabeza la enorme y negra estufa situada junto a la Hotpoint, la cabeza ya llena de imágenes dignas de Norman Rockwell—. Parece tener como mínimo un siglo de edad.

—Lo tiene —dijo Deborah—, lo mismo que la casa. Pero cuesta mucho de regular y sólo la usamos en invierno para la calefacción... y ciertas ocasiones ceremoniales.

—¿Hace mucho frío aquí en invierno?

—Hay que arreglar el ático —dijo Sarr, obviamente ansioso de hacerlo—. Este otoño pondré una capa de aislamiento nueva.

—Sí, hace frío —dijo Deborah—. ¿No ha oído hablar de las noches de los tres perros, cuando hace falta tener tres perros en la cama? ¡Bueno, pues este enero Sarr y yo tuvimos un par de noches de seis gatos!

Freirs sintió un pequeño resquemor no ante la idea del frío: aún tenía los ojos rojos y no había dejado de moquear.

—¡Dios, probablemente no sobreviviría a una noche así! Aunque supongo que en una granja como ésta seis gatos deben tener su utilidad.

—Siete —dijo Deborah—. Aún no habrá visto a Bwada. Ésa es su gata —dijo señalando a Sarr con la cabeza.

—¿Y dónde está? —preguntó Freirs.

—Anda todo el día por ahí fuera. ..ya veces la noche también. Es más aventurera que los otros; la he tenido desde que era una cachorrita.

—Está gordísima y es una mala bestia —añadió ella—. Por eso duerme sola. Éstos sí son buenos, Jeremy...

Y hasta que llegó el postre procedió a transmitirle la biografía detallada de los seis incluyendo sus antepasados. Todos tenían nombres como Habakkuk, Tobías y Azariah, nombres que parecían haber sido tomados de oscuras partes de la Biblia y que Freirs olvidó de inmediato. Estaba demasiado ocupado pensando en ella. Meterse en esa enorme y suave cama de plumas que debían tener arriba sería como estar en el cielo, tendido junto a ella una larga noche invernal, sacándole el camisón de franela hasta dejarla desnuda, sintiendo su calor reconfortante que le defendiese del frío y la oscuridad... El postre consistió en pastel de ruibarbo y galletas cubiertas de melaza. Tomando su segunda taza de café se preguntó si todas las comidas iban a ser tan lujosas; en tal caso no iba a perder mucho peso estando aquí, pero no creyó que eso fuese a importarle demasiado. Una vez terminaron el café, Porothe se limpió los labios y, poniéndose en pie, se ofreció a enseñarle los alrededores.

—Más vale que vea a dónde ha venido —dijo, estirándose de tal modo que sus dedos tocaron el techo.

—Desde aquí puede ver mi huerto —dijo Deborah señalando por la ventana una pequeña valla de madera marrón situada junto a la casa—. Ahora aún no es gran cosa pero cuando llegue el verano tendré guisantes, tomates, zanahorias, pepinos... Comeremos bien, se lo prometo.

Estaba claro que intentaban venderle el artículo. Debían contar con planes para sus

noventa dólares semanales.

—Este año estamos empezando con mucho retraso —le dijo Sarr mientras bajaban los peldaños del porche trasero. Deborah había preferido quedarse en la cocina. Dos gatos se colocaron detrás de ellos justo antes de que cerrasen la puerta—. Probablemente tendremos lo justo para los tres, pero el año que viene esperamos producir lo suficiente para vender.

Le pareció una predicción algo optimista. El huerto no tenía un aspecto nada floreciente, aunque había algunos brotes de zanahoria y esperanzadas filas de estacas aguardando a que creciesen las tomateras. Por contraste la hierba del campo de al lado crecía de un modo prodigioso, como si el destino de la granja consistiese en ser una de las urbanizaciones que estaban invadiendo el país. Más allá había un cobertizo de madera medio derruido con el umbral cubierto de hierba. Freirs arrugó la nariz al acercarse a él pero sólo pudo oler a tierra húmeda y pinos.

—Si le gusta puede usarlo —dijo Porothe en uno de sus raros chistes—. Creo que aún funciona.

—¡Magnífico!

Freirs miró por entre los tablones. El asiento del interior era doble, el avance definitivo en cuanto a promiscuidad rural. Bienvenido a los Apalaches; gracias a Dios, la granja tenía cañerías y sanitarios modernos. Bajando por la cuesta estaba la construcción en forma de barracón que iba a alquilar con el bosque a su espalda. Era la que había visto fugazmente desde la casa; la reconoció en seguida gracias a la foto.

—¿Tengo razón al suponer que ese lugar fue originalmente un gallinero?

—Muy cierto —dijo Porothe—, aunque jamás lo usamos como tal. Tenemos las gallinas en el granero.

El edificio parecía algo más alegre bajo el sol primaveral que cuando se tomó la foto, aunque las paredes estaban aún más cubiertas de yedra y ésta empezaba a extenderse hacia las ventanas.

—Aún no está del todo arreglado —dijo Porothe examinándolo con aire pensativo—. He de poner las persianas pero supongo que podemos echarle un vistazo.

El interior era sorprendentemente oscuro a causa de la yedra.

—La habré quitado toda antes de que vuelva —dijo Porothe dándole a un interruptor que parecía nuevo. Se encendió la luz en el techo—. Si la quito ahora habría vuelto a crecer antes del verano.

No había nada invitador en el cuarto; lo mejor que podía hacer Freirs con un esfuerzo imaginativo era verlo como la celda de un monje, nada romántica pero muy adecuada a las labores intelectuales que esperaba realizar ese verano. El suelo era de linóleo azul claro con una leve división mal enganchada en el centro y estaba vacío salvo por una cama de aspecto resistente, sólo con espacio para una persona, un escritorio con cajones y un viejo armario de madera de impresionante tamaño que parecía montar guardia en la esquina del cuarto. Porothe le dijo que pensaba colocar algunos estantes en la pared y que podía traer una cómoda de la granja. Pareció alegrarse al salir de allí. La otra mitad del edificio, que tenía una entrada independiente al otro lado, la usaban de almacén; el suelo de cemento estaba cubierto de troncos, muebles viejos y tubos cubiertos de polvo. El aire olía

a moho y humedad. En el alféizar delantero varios jarros con tapa de rosca iban cubriéndose de telarañas y moscas muertas. Porothe le dijo que su mujer quería arreglar también esa zona una vez que hubiese hecho la instalación eléctrica, convirtiéndola en otra posible casa para alquilar. Freirs estaba mirando un montón de libros con las tapas borrosas y las esquinas arrugadas. *La ley de las ofrendas, Las pisadas del Maestro, La Providencia Divina y el Evangelio...*, todos parecían ser de temas religiosos.

—¿Y usted qué opina de eso?

—Preferiría ver qué tal va todo este verano —dijo Porothe después de una breve pausa.

Se volvió para salir, pero Freirs había apartado un mueble poniendo al descubierto una puerta en el muro.

—¿Adonde lleva eso? ¿Un armario empotrado?

—Ábralo y lo veremos.

Freirs abrió la puerta y sonrió. Estaba mirando otro cuarto... el suyo. Con sorpresa se dio cuenta de que su mente ya había tomado posesión de él. El familiar suelo de linóleo y el angosto lecho casi le parecieron acogedores. Una vez en el exterior Porothe le miró con aire dubitativo.

—Bien —dijo por último—, ¿quiere usted alquilarla?

—Pues sí —dijo Freirs, aunque no había estado decidido hasta ese mismo instante—. Parece ser justo lo que ando buscando.

—Estupendo —dijo Porothe asintiendo. A Freirs le pareció que era sincero al decirle eso, pero no sonreía y había algo de incertidumbre en su rostro. Freirs sintió un vago disgusto, como si le hubiera decepcionado—. ¿Cuándo vendrá?

—Supongo que cuando acabe mi última clase. Estoy dando un curso las tardes de cada viernes que no acaba hasta el veinticuatro de junio. Creo que vendré ese mismo fin de semana.

—Muy bien. Trataremos de estar preparados para acogerle. —En vez de volver hacia la casa iba en dirección a los campos y estaba claro que esperaba ser seguido por Freirs—. Para cuando venga, he de tener limpio todo esto hasta el arroyo. —Señaló hacia la distante hilera de árboles—. Y ya lo tendré cultivado. —Hacia el oeste unos tocones indicaban los trabajos de Porothe, que había estado cortando pinos. Delante de ellos la tierra estaba limpia pero había montones dispersos de cenizas que indicaban la quema de malezas y vegetación. El lugar parecía un campo en el que se había librado una batalla—. Claro que aquí hace falta trabajar mucho —dijo Porothe, examinándolo todo con cara evidente de satisfacción—. Eso ocurre cuando se deja la tierra mucho tiempo sin cultivar. Deborah y yo andamos con retraso; la mayoría de los Hermanos acabaron de plantar hace semanas durante la última luna llena.

—Suenan muy pintoresco. ¿Qué cultivan?

—Trigo o maíz. Esta tierra está hecha para eso. «Y el Señor os dio el rocío del cielo, los frutos de la tierra y abundancia de grano y vino.» Claro que la variedad que yo pienso plantar no es la misma en la que pensaba el viejo Isaac.

—Ah. Mmmm... —¿De qué infiernos estaría hablando?—. ¿Pueden ustedes beber?

—Con moderación. —Se volvió—. ¿Y usted?

—Como le dije antes, mi vicio es la comida.

Y Freirs se palmeó el estómago.

La sonrisa de Porothe duró sólo un instante; luego volvió a su rostro la habitual expresión preocupada y siguió andando. Ante ellos se alzaba la enorme y algo combada forma del granero y junto a él un sauce muy viejo, negro y con el tronco retorcido cubierto de escamas como un dinosaurio casi tocando el techo, como si árbol y granero hubiesen crecido juntos. Más allá la tierra aún por limpiar estaba cubierta con las mismas hierbas de aspecto correoso y los pequeños abetos que Freirs había visto crecer en algunos solares de la ciudad. Porothe guardaba de noche el camión allí. Las moscas zumbaban sobre el heno del suelo y apoyadas en el muro había una colección oxidada de aperos de labranza; las sombras del fondo dejaban entrever una vieja segadora que Porothe dijo planeaba arreglar. A Freirs le parecieron piezas de museo y le resultó difícil imaginarse a alguien usando todo aquello. En la parte izquierda del establo y sobre una plataforma que llegaba a la altura de la cabeza de Freirs, accesible mediante una trampilla y una escalera de madera, Porothe había construido un gallinero. Por el momento alojaba cuatro gallinas muy gordas compradas hacía poco y un gallo negro de aspecto belicoso que contempló acusadoramente a Freirs como si estuviese enterado de que en circunstancias normales habría estado viviendo en sus aposentos. Porothe le dijo que eran de la granja de Werner Klapp, en Gilead. Asustó con la mano a un gato que arañaba la escalera y le contó que aún no ponían de modo regular, pero que para el verano ya deberían contar con todos los huevos que necesitasen.

Para el verano, para el verano..., la eterna cantinela de Porothe. Su optimismo era más bien reconfortante, como si aquellos dos niños llenos de entusiasmo pudiesen hacer del lugar un paraíso ellos solos. Freirs casi creyó que era posible. Sabía que él sería incapaz de arreglar casas y mover montañas aplicando la magia que obligaría a la tierra a entregar sus frutos largamente atesorados. Pero ellos eran del campo, gente nacida aquí mismo y pese a su falta de experiencia ¿quién podía decir de qué eran capaces? Junto al granero había una garita de chilla gris cubierta de zarzales y yedra con la puerta medio abierta y un gozne arrancado.

—No meta la nariz ahí dentro —dijo Porothe, dando un amplio rodeo—. Hay avispas. —Señaló con la mano unos cuantos insectos negros que parecían suspendidos como centinelas sobre el umbral—. Tienen un avispero ahí dentro, debajo del techo. Pienso limpiarlo apenas pueda.

Freirs le echó una mirada al pasar. En el techo, igual que en la Cooperativa, había unos ganchos de hierro de feo aspecto que probablemente, años antes, habían sostenido jamones y tocino. Siguió bajando hasta llegar al arroyo que había visto desde el porche trasero: salía trazando una curva del bosque, salvando rocas y troncos caídos, y corría sinuoso a través de los acres de tierra que quizá un día fuesen trigales hasta perderse de nuevo en los bosques pantanosos del oeste. Legalmente la propiedad de los Porothe se extendía mucho más allá de sus orillas, pero toda la extensión del otro lado era puro bosque, una densa confusión de pino, roble y arce que al menos durante lo que iba de siglo no había conocido el hacha del leñador, de modo que el arroyo marcaba efectivamente el límite suroeste de la granja.

También marcaba el límite del paseo por aquella tarde. Porothe se cruzó de brazos junto al arroyo, mirándolo cual si pensara cambiar su curso.

—Hay peces, ranas y algunas tortugas, pero no es un arroyo truchero.

—Entonces no me traeré la caña de pescar.

Freirs examinó distraídamente las límpidas profundidades del arroyo. Tenía ganas de volver a la granja; quizá pudiese estar un rato más con Deborah antes de volver a la ciudad. Miró el reloj: casi un cuarto para las cinco. Pronto deberían volver, el sol ya estaba hundiéndose hacia los pinares del oeste. Pensó en todo el trabajo que debía hacer para el lunes, esperándole en su sofocante apartamento. Porothe le había visto mirar el reloj.

—Bien, la verdad es que no hay nada más que enseñarle —dijo con cierto desánimo—. Podríamos..., ¡ah, aquí estás! —Junto a sus pies había una enorme gata gris—. Ésta es «Bwada». —Se agachó y empezó a rascarle la cabeza, atención que el animal pareció tolerar con cierto fastidio, pues aunque cerró los ojos un instante como si le gustase, en seguida se apartó. Freirs la observó algo inquieto. La gata estaba gorda y tenía el pelo lustroso, de un bello color gris a medio camino entre el negro y la plata. Tenía un aspecto bastante pacífico pero con los gatos nunca se podía estar seguro. Alargó una mano vacilante para acariciarla pero la gata retrocedió..., más que nada le pareció que por miedo, aunque cuando le acercó de nuevo la mano, el animal lanzó un ronco y amenazador gruñido. Decidió que lo mejor sería mantener la distancia con ella—. Es la más vieja y le cuesta un poco acostumbrarse a la gente —dijo Porothe—. Aún no está a gusto ni con Deborah. —Lanzó un suspiro y miró el sol—. Bueno, deberíamos volver, quiero llevarle a la ciudad con el tiempo suficiente.

Freirs ascendió detrás de él por la cuesta y mirando hacia atrás vio a «Bwada» en la orilla siguiendo con ojos como platos el vuelo de una libélula sobre el agua. La gata se inclinó hacia delante y alargó una pata tanteando con ella las aguas como si comprobase su resistencia disponiéndose a caminar encima, pero luego volvió a tumbarse y reanudó su acecho.

—Ha encontrado un camino para cruzar el arroyo en el bosque, pasando sobre unos troncos caídos. —Porothe se había vuelto para ver qué le demoraba—. Teme intentar cruzar por cualquier otro sitio. Realmente, odia el agua.

A cada paso se alzaba un poco sobre las puntas de los pies, balanceando los brazos como un atleta, pareciendo sacar fuerzas de alguna reserva oculta de energía. Tendría unos buenos tobillos, sin duda. Freirs, por su parte, empezaba a encontrarse reventado. Se dijo que no podía ser sólo el paseo. Caminaba más un día normal en la ciudad. Quizá el antihistamínico o algo del aire puro campestre. Aquí el aire parecía sano pero quizá fuese sólo una ilusión, aunque debía admitir que los pinos tenían un olor agradable y dulce, nada parecido al aroma a pino del desinfectante que él conocía en aerosol o en loción para el afeitado. El olor auténtico sólo podía notarse en Navidad, cuando pasabas junto a un puesto callejero que vendiese pinos. Cuando rodearon el granero vio un segundo camión aparcado delante de la casa y Freirs sintió una repentina oleada de algo parecido a la decepción.

—El Hermano Matt Geisel —le oyó decir a Porothe—. Él y la Hermana Corah son nuestros vecinos más próximos. Viven pasado el recodo del camino.

Geisel estaba en la cocina con Deborah, apoyándose envarado en un rincón del cuarto como si sus miembros fuesen demasiado largos para doblarlos hasta caber en una silla.

—¡Hola! —dijo con voz cascada y sonriendo ampliamente a Porothe y Freirs—. Nos quedaban algunas chirivías y pensé que podrían usarse para algo.

Parecía tener sesenta o setenta años y su rostro estaba lleno de arrugas y muy bronceado, lo que le daba el aspecto de un mosaico hecho con trozos de cuero cosido a grandes puntadas.

—Matthew nos ha traído bastantes como para toda una familia —dijo Deborah indicando un montón de verdura de un verde claro que se hallaba sobre el mostrador junto a la piletta. Frunció el ceño burlonamente—. Quería darle algunas galletas pero dice que está engordando demasiado.

—No lo digo sólo yo —sonrió otra vez Geisel enseñando unos dientes pequeños y manchados—. ¡Corah también! —Les guiñó un ojo—. De todos modos, tenemos un sótano lleno del invierno pasado y con el tiempo que hace, pronto se echarán a perder. No sirve de nada desperdiciarlas.

—Hermano Matthew —dijo Porothe—, quiero presentarle a Jeremy Freirs.

—¿Es usted el de Nueva York? —preguntó inclinando la cabeza a un lado y examinándole con la rudeza falsa y llena de socarronería que los viejos como él solían asumir.

Le estrechó solemnemente la mano que Freirs le había ofrecido y su apretón, según había esperado, fue firme como el acero. Freirs asintió, siguiendo el juego.

—Bank 452, en el mismo corazón de Greenwich Village.

—Jeremy nos va a alquilar el cobertizo este verano —añadió Porothe.

A Deborah se le iluminó la cara. Miró rápidamente a su esposo y éste se lo confirmó con un gesto de asentimiento.

—¡Qué bien, Jeremy! ¡Me alegra mucho! —le dijo sonriente. Freirs sintió una repentina oleada de calor; si no hubiesen estado acompañados por Geisel, pensó, habría podido llegar a abrazarle pero su alegría duró sólo un instante—. Oh, oh, ¿no deberíamos llevarle de vuelta?

—Ahora mismo iba a hacerlo —dijo Porothe, pero Geisel se le adelantó.

—Bueno, yo voy a la Cooperativa y no me importaría nada llevarle.

—Gracias —dijo Freirs y, viendo que Porothe parecía complacido por el ofrecimiento, añadió—: Sería un placer. —Miró su reloj: casi las cinco—. Pero creo que más valdrá que nos pongamos en marcha en seguida.

Cuando salieron al porche y fueron hacia los camiones se tocó disimuladamente la cartera, preguntándose si los Porothe iban a pedirle un depósito.

—¿Todo bien, entonces? —dijo de pie junto a los camiones—. Vendré en principio el fin de semana que le he dicho, pero les avisaré antes, claro. ¿Podrá recogerme otra vez en la estación del autobús?

—Ahí estaré —dijo Porothe—. Bastará con que me diga la hora.

El viejo Ford negro de Geisel parecía aún más baqueteado que el camión de Porothe. Geisel le dio una palmada al oxidado parachoques.

—Una auténtica belleza, ¿verdad? —dijo sonriendo.

Abrió la portezuela y moviéndose con cautela subió al asiento delantero. Freirs subió también y esperó mientras que Geisel trasteaba el encendido y daba gas, ahora con una sincera solemnidad en el gesto, un anciano haciendo funcionar algo que no entendía del todo. El motor tosió, se detuvo y finalmente se puso en marcha. Freirs saludó con la mano a los Poroth y le devolvió a Deborah su sonrisa; parecían el típico cuadro de una despedida, agitando la mano con la vieja y acogedora casa a sus espaldas. Cuando el camión empezó a rodar sobre la irregular superficie del camino Freirs miró hacia atrás. Sarr volvía a los campos preocupado ya por alguna nueva labor y Deborah, agitando aún la mano, había subido los peldaños del porche, su silueta recortándose contra el sol poniente; la curva de sus caderas, una pierna en el último peldaño. Freirs agitó la mano por última vez y no pudo evitar darse cuenta de que al parecer no llevaba nada bajo el vestido.

¡Crack! El hacha mordió profundamente la madera lanzando al aire una lluvia de astillas. El pino tembló y las ramas se agitaron. El árbol era parte de Dios y al mismo tiempo una prueba que le imponía. Hizo girar el hacha y golpeó de nuevo. ¡Crack! Pero otras cosas le preocupaban: el verano y el visitante, el hombre que llegaría para vivir con ellos trayendo sus libros, sus ropas y sus costumbres de la ciudad. Se preguntó si Deborah habría obrado bien. ¡Crack! Dejó el hacha clavada en el árbol, haciendo una pausa para quitarse los cabellos del rostro y secarse la frente sudorosa. Se acarició pensativamente la barba. Estaba perplejo. Bien sabía el Señor que les hacía falta el dinero del visitante; aunque fuese algo horrible pedir un pago por las cosas que un buen cristiano habría tenido que dar gratis a sus huéspedes, tanto él como Deborah estaban muy endeudados con la Cooperativa, un establecimiento que en tiempos había dirigido su padre (y eso era lo más doloroso), y no podría mantener alta la cabeza entre los Hermanos hasta que todo hubiera sido pagado. Oh, claro que el dinero sería útil. Pero aun así...

Sacó el hacha de un tirón, la apretó firmemente y volvió a golpear. ¡Crack! Pero seguía preocupándole el visitante. Desde el principio, todo el asunto le había dado mala espina. Había estado dispuesto, incluso ansioso. Quería volver al sitio del que su familia se había ido para identificarse de nuevo a sí mismo como un granjero, un trabajador de la tierra, un obrero más en los viñedos del Señor. Tanto a sus ojos como a los de Dios ése era el único oficio digno que conocía, una labor que le ofrecía una vida de piedad en contacto con la naturaleza. La leyenda del cuadrito que tenía sobre la chimenea lo expresaba a la perfección: *El arado que surca los campos es la más hermosa de todas las armas*. Y ahora (¡crack!) le pedían que cambiase ese sueño y aunque se negase a reconocerlo en el fondo de su mente acechaba la idea, indigna y egoísta, de que no le gustaba jugar a posadero. No estaba bien, era degradante, hacía de él y de su esposa unos meros criados, siervos que obedecían a un amo sin Dios... ¡Crack! Empezaba a pensar que nunca habría debido dejarse convencer por Deborah. Lo del huésped había sido idea suya y ya estaba empezando a presionarle para aceptar otro. Era ella quien le había persuadido para convertir el viejo gallinero en una residencia de alquiler, convenciéndole para instalar la electricidad («Enséñales una linterna de queroseno y saldrán corriendo para irse a su

casa»); ella escribió el anuncio y le hizo llevarlo al tablón de Fleminton pese a la desaprobación de los Hermanos, para quienes todas las clases de publicidad eran obra del diablo. Y ahora (*¡crack!*) recogían el fruto de sus esfuerzos. Un extraño iba a vivir entre ellos, alguien que no conocía sus creencias y que muy poca simpatía podía sentir hacia la forma de vida que habían escogido. Ciertamente, parecía cortés pero cada una de sus palabras proclamaba que no creía en Dios alguno y había traído con él un olor corrupto, el olor de la ciudad que él había decidido rehuir. Sí, parecía educado, al menos tal y como el mundo entendía la educación (era un profesor, eso había dicho) y no había duda de que para Deborah sería bueno tener alguien con quien hablar. Pero (*¡crack!*), ¿quién podía decir adónde llevaría eso? Deborah era una mujer buena y temerosa de Dios, pero a veces en las mujeres su naturaleza e impulsos vencían al temor de Dios. Podía ser casi timorata en un instante y arderle la sangre un segundo después; no había modo de saber cuáles serían sus actos. ¿Qué profeta advertía al respecto? *Engañoso por encima de todas las cosas es el corazón...*

¡Crack!

Deborah tendía a salirse del recto camino, eso lo sabía, y ese profesor amable y parlanchín podía resultar una influencia muy peligrosa. Había dicho que deseaba pasar todo un verano entre libros... Esa sola idea bastaba para inquietar a Porothe. Ah, ya había leído libros, muchos más de los que habrían querido los Hermanos y aún conservaba algunos. Había sentido la magia que había en ellos, el atractivo del saber mundano, nuevas ideas, palabras que sonaban dulces al oído. Pero ayudado por el Señor se había apartado de esas cosas; el Buen Libro era más que suficiente. Los demás eran sólo invitaciones a la ociosidad y el ocio era un pecado que llevaba a cometer otros pecados. Sí, tendría que vigilar a Freirs; no había modo de saber cuáles podrían ser las consecuencias de sus actos. Cuando estaban en el camión había admitido que tenía la costumbre de ceder a las tentaciones, fueran las que fuesen. ¡Como si su tripa no lo dejase ya claro! Y el modo en que miraba a Deborah... *¡Crack!* Y con un gemido el árbol se partió, cayendo al suelo estruendosamente.

El viejo camión se dirigía ruidosamente hacia el pueblo, con Geisel conduciéndolo como un barco en una tormenta. Iba muy despacio, con la cabeza echada hacia delante y estirando mucho el cuello, observando atentamente el camino.

—Bien, señor Freirs —dijo por último, volviéndose para mirarle—, ¿qué le ha parecido nuestro pueblecito?

Freirs había estado pensando en Deborah. ¿Era su imaginación o realmente no llevaba nada debajo del vestido? ¿Y si se hubiese dado cuenta de que él la miraba? Con un suspiro se volvió hacia Geisel, cuya conversación había estado evitando deliberadamente para que el viejo no metiese el camión en una zanja al hacer lo que ahora mismo estaba haciendo: es decir, no mirar el camino. Sería un destino perfecto para él, morir en este lugar salvaje en compañía de un viejo granjero al que ni tan siquiera conocía.

—Realmente, es un pueblecito —contestó, mirando a lo lejos. Quizá Geisel entendiese la alusión—. De hecho, me sorprendió lo pequeño que es. Sólo hay una tienda un poco grande...

Geisel pareció tomárselo como un cumplido.

—Sí, señor, todo lo que un hombre necesita lo tiene al alcance de la mano. Claro que también está la escuela bíblica, al otro lado de la calle, donde conservan los archivos de la población. Y no olvide el cementerio.

—Ya lo vi —dijo Freirs—. Hay algunas tumbas preciosas.

—¿Así que le ha estado echando una mirada a los antepasados? —dijo el anciano, sonriendo.

—Bueno, a unos cuantos. Es muy interesante enterarse de los nombres típicos.

—Sí, ahí acaba todo el mundo —dijo Geisel, asintiendo animadamente—. Si se queda el tiempo suficiente, usted también acabará ahí.

—¡Espero no quedarme tanto tiempo! —dijo Freirs con una risita nerviosa—. Pienso estar aquí sólo el verano.

—Ya lo sé —dijo Geisel—. El Hermano Sarr ha dejado ese lugar muy arreglado. Creo que estará usted muy bien; hasta ha puesto la instalación eléctrica.

—Supongo que eso es bastante raro por aquí, ¿no?

—Bueno, nosotros no tenemos —dijo el anciano rascándose la cabeza—. La verdad es que algunos de los veteranos del pueblo —sonrió levemente—, han tenido sus diferencias con los Porothe y su modo de ser. Dicen que no son lo bastante estrictos.

Deborah sin ropa interior, el gel de baño en el botiquín. Quizá los Hermanos conociesen también el abismo generacional.

—¿Y usted opina lo mismo?

—No, señor, yo no. El Hermano Sarr y la Hermana Deborah son nuestros vecinos y les apoyamos en todo lo que podemos. Son gente buena y temerosa de Dios, ya lo descubrirá. Mire, ahí reside la fuerza de nuestra orden. Puede que los de fuera no lo vean así, pero nos gusta pensar que permitimos las diferencias de opinión. Ciertamente, el Señor quiere que vivamos según Sus enseñanzas, pero sabe igualmente que no somos más que niños y... bien, siempre ha sido bueno con nosotros.

Se quedó callado. Estaban acercándose al arroyo de nuevo y el camino polvoriento quedaba ya atrás. A Freirs le gustó ver que ya empezaba a recordar las distancias, aunque aún no se acordase de todos los recodos del camino. Las granjas rodeadas por setos verdes le parecían casi familiares y el paisaje le resultaba más pequeño, como una habitación de infancia vuelta a visitar años después. El camino descendía gradualmente por la colina y de pronto, a la izquierda, Freirs distinguió la pequeña casa de piedra donde vivía la madre de Porothe.

—Ese lugar es precioso. —Miró por la ventanilla, pero esta vez no distinguió rastro alguno en la ventana—. Ahora ya no se construye así.

—Esa casa tendrá... más de ciento sesenta años. Siempre fue de los Troet.

—Creí que ahora vivía ahí la señora Porothe.

—Sí, pero ella pertenece a esa rama de la familia.

—Ah, claro. Sarr me lo dijo.

—Esos Troet... —Geisel meneó la cabeza—. Nunca fueron demasiado prolíficos y el linaje casi se ha extinguido.

Aferró el volante con sus manos llenas de arrugas y llevó el camión a través del angosto puente de piedra, aunque conduciendo mucho más despacio que Porothe. Freirs

esperó a que lo cruzasen antes de seguir hablando.

—Vi el monumento en el cementerio. Sarr dijo que murieron en un incendio.

—Aja, en 1870. Yo ni siquiera había nacido. —Esta vez no sonrió—. Barrió a toda la familia.

Freirs intentó imaginar sin lograrlo cómo podían morir tantas personas en un incendio. Tuvo que ser de noche... Pero ¿era posible que durmiesen de un modo tan profundo? ¿La madre, el padre, los niños? Cuerpos ennegrecidos entre las cenizas.

—Es extraño... —dijo—. En esa lista de nombres hay uno del que no recuerdo el año de su muerte.

—Bueno..., el joven Absolom Troet no murió en el incendio —dijo el anciano, frotándose el mentón—. De hecho, algunos dijeron que él lo provocó.

—¿Cómo? ¿Quiere decir que mató a su propia familia?

—Bueno, la gente solía decir que Absolom era algo raro —dijo Geisel encogiéndose de hombros—. Claro que eso fue antes de que yo naciese, así que no estoy muy seguro de los detalles. Pero mi abuela, que Dios la tenga en su seno, se acordaba de él. De hecho, crecieron juntos. Solía decir que era un chico precioso, con un rostro como el de un recién nacido y tan temeroso de Dios como el mejor de los Hermanos... Y de pronto, un día, la víspera de Navidad, parece que salió a dar un paseo y cuando volvió no andaba bien de la cabeza. Desde entonces siempre anduvo cometiendo maldades. ¡Se convirtió en todo un diablillo!

El viento sopla y lleva con él los primeros atisbos del frío. El sol es una sucia mancha marrón sobre la costa de Jersey. Sólo la parte superior de los rascacielos sigue iluminada, pálidos pilares de fuego. El resto permanece oculto entre las sombras. Está muy cansado pero, algo es algo, su paseo ha terminado. Ha llegado a una parte de la ciudad llena de almacenes y tiendas con nombres extranjeros. A lo lejos se oye el rumor de las aguas sucias. Al fin ha alcanzado su objetivo: la catedral, sucia y gris. Al final de la escalera, santos y demonios se agolpan alrededor de las grandes puertas de bronce, esperándole. En lo alto de las dos torres gemelas la última luz del ocaso se refleja en una cruz dorada. Pájaros blancos, los Gheelo, gritan en el cielo y sus sombras se esfuman a medida que la luz va desapareciendo y las cruces se van a dormir entre las sombras. El cielo cobra un color oscuro y ceniciento. Siente bajo sus pies el trueno del metro y las piedras de la catedral se estremecen. Empieza a subir los peldaños, murmurando el Tercer Nombre con el paraguas debajo del brazo. Los ciegos ojos de los santos parecen agrandarse al reconocerle. Los demonios sonríen con mayor arrogancia. Una gárgola ríe en silencio.

Detrás de esas puertas está el convento. Allí empezará su búsqueda. Sabe que no será fácil. Tendrá que ser muy sutil y persuasivo. Las monjas sentirán sospechas ante el interés de un extraño y no se le confiarán fácilmente. Antes deberá ganarse su confianza y eso llevará tiempo porque, después de todo, no puede entrar en el convento y decir: «Necesito una virgen».



Veinticuatro de junio

Cuando el viejecillo entró en la sección infantil Carol estaba mirando por la ventana. Al verlo se sorprendió. Casi todos los adultos se quedaban en el piso de abajo, en la sección de lectura general de la biblioteca y rara vez se aventuraban en el segundo piso sin llevar un niño a remolque. Solía tratarse de madres jóvenes que volvían a casa con un niño que se había puesto enfermo y otras veces simplemente se habían equivocado de piso. Pero este hombre parecía tener sesenta años, quizá más, y en su aspecto no había nada que indujese a pensar en un error. Se dirigió sin vacilar hacia ella con un maltrecho maletín de cuero debajo del brazo al que hacía compañía un corto paraguas, pese a que había estado haciendo un día espléndido. Con su informe traje azul y los rayos del sol arrancando destellos a su fino cabello blanco resultaba una figura más bien cómica.

Carol soltó la persiana y se volvió hacia él. Decidió que debía de tratarse de un abuelo. Por el modo en que había mirado a la niña que acababa de pasar corriendo por delante de él, estaba claro que adoraba a los niños. El anciano se le acercó como si estuviese a punto de revelar un secreto y sonrió repentinamente con una mueca traviesa que hizo brillar alegremente sus ojillos.

—Creo que es usted justo la persona que he estado buscando.

Era viernes, el final de una semana igual que todas y el preludio a otro fin de semana vacío. Había pasado la mañana en cama, demasiado cansada para levantarse, desnuda sobre las sábanas, mirando sin ver por la ventana. Más allá de la reja y la escalera de incendios podía distinguir los oscuros ladrillos del edificio de enfrente, la copa de un árbol y una delgada cinta de cielo. Tendida en silencio, sintiendo cada vez más calor, había estado pensando en un ballet que había visto la noche anterior en el que los bailarines llevaban mallas rojas y se movían sobre un fondo nevado. ¡Qué hermoso y extraño había sido! Parecían rosas girando locamente... Había empezado una carta a una de sus hermanas mayores, casada, que vivía en Seattle, pero la había dejado antes de acabar una página; de un modo extraño, el simple acto de escribir le había traído unos recuerdos muy distintos..., no del ballet, sino de un sueño inspirado por él, que había tenido esa misma noche. No había sido un sueño agradable. Algo sobre rosas, algo que era mejor no recordar... Y no lo había recordado, aunque durante toda la mañana había sentido cierto vago temor, una leve inquietud que bailaba entre las sombras allí donde no podía encontrarle una razón. Finalmente se levantó haciendo un esfuerzo y, olvidando el suefio, se concentró en el trabajo, la ropa y la comida. Su compañera de cuarto había salido después de comerse la última naranja y el último pedazo de queso, dejando la nevera casi vacía a excepción de media docena de huevos, y últimamente había empezado a pensar que también debía dejar de comer huevos. Ya había renunciado a la carne y sería mejor no ceder a la tentación; sabía que Dios la recompensaría por su fortaleza de espíritu. Se conformó con una taza de café instantáneo y una tostada hecha con pan italiano. Rochelle,

lo había entendido al ver la nevera vacía, había empezado una de sus dietas intermitentes; últimamente había empezado a llamar a Carol «anoréxica» con una envidia nada disimulada. Rochelle tenía impulsos generosos de auténtica bondad, pero Carol había empezado a distinguir bajo ellos cierto egoísmo, quizá incluso un resentimiento que iba aumentando. Llevaban compartiendo el piso casi un mes y a veces Carol pensaba que había sido un error y se preguntaba qué cambios traería el futuro a su relación con ella.

Siempre había sido delgada y la última vez que se había pesado (la anciana señora Slavinsky, con la que había compartido un apartamento hasta el mes pasado, tenía una báscula) le había complacido comprobar que seguía manteniendo su peso de costumbre. Como muchas cosas en la vida, el comer sin excesos era una prueba de voluntad, algo que templaba la personalidad. Mientras se duchaba se pasó los dedos por el cabello, que ahora llevaba casi tan corto como un hombre, y sintió un gran alivio. Hasta la semana pasada, no muy dispuesta a gastarse una cuarta parte de su paga en una de esas carísimas peluquerías donde atronaba la música rock y jóvenes de ojos muertos parloteaban sobre las inertes cabezas de sus clientes, Carol había llevado el cabello largo, recogéndolo de un modo que a ella le gustaba pensar que era algo anticuado pero que, se había dado cuenta finalmente, era sólo horrible. Su compañera de piso se había ofrecido a cortárselo, Carol sospechaba que más impulsada por afán aventurero que por amistad, pero la sola idea de la torpe Rochelle blandiendo unas tijeras sobre su cabeza, había bastado para que no tratase de hacer la prueba. Finalmente, un día de la semana pasada, al salir de su clase de baile, sudorosa y llena de agujetas, se lo cortó ella misma. También eso fue un acto de pura voluntad; después de todo, lo que tenía más bonito era el cabello. Sabía que en otras cosas no podía presumir de belleza; daba la impresión de poder tener una hermana extremadamente guapa (y de hecha así era), pero siempre había alguien que se volvía a mirarla, incluso cuando había muchas mujeres alrededor, porque su cabello era abundante, sedoso y de un llamativo color rojo: tan rojo, se lo había dicho su padre una vez, como una puesta de sol vista a través de un cristal de colores.

Echaba de menos a su padre. A veces pensaba «¡Pobre viejo!», sin ninguna razón aparente, a cualquier hora del día. Siempre le había visto viejo, flaco y con el pelo blanco, su pálida piel colgando como agotada de sus huesos. Era viejo para haber tenido cinco hijos; le llevaba casi veinte años a su mujer y ella tenía ya treinta cuando se casaron. Que uno detrás de otro fuese capaz de engendrar cinco descendientes parecía a la vez milagroso y obsceno. De algún modo, su padre y su madre habían hallado la energía precisa para procrear cuatro hijas, Carol la tercera, hasta que al quinto intento tuvieron un hijo. Ahí se detuvieron, es de suponer que satisfechos, pero la madre de Carol ya estaba destrozada: era un mujer informe con grandes ojeras y un cabello que Carol había ido viendo volverse cada día más gris; y su padre, habiendo probado por primera vez el amargo sabor de la cirugía y con una larga serie futura de operaciones por delante había empezado de pronto a preocuparse por su propia mortalidad. Hasta que la mala salud le obligó a retirarse, había logrado malvivir contratando espacios publicitarios; su único legado, pensaba a veces Carol furiosa y humillada, era un interminable desfile de horribles carteles en las autopistas. Murió el diciembre pasado, cuando faltaba muy poco para la Navidad, con sus energías exhaustas. Podía acordarse de sus últimos días, sentado en

trance delante del televisor y después tendido en un lecho de la sala del hospital, esperando la muerte con lo que al principio había parecido estoicismo pero al final había resultado ser sólo simple resignación, algo que casi se aproximaba al hastío, sin que le restasen fuerzas para sentir miedo ni para imaginar una posible vida en el más allá. Carol entendía un poco cómo se había sentido pues había visto algo parecido antes. Sus veintidós años habían transcurrido, excepto dos, en un oscuro pueblucho cerca del río Ohio y conocía muy bien el aburrimiento. Recordaba a su hermana encestando interminablemente en el aro del patio y al hijo de un vecino que se pasaba las noches conduciendo sin rumbo alguno por la autopista y a su abuela, solitaria y solemne en su cuarto, en un extremo de la casa, contándole por qué siempre dormía hasta después de las diez: «Si te levantas antes, el día es demasiado largo.»

A veces, de niña, Carol sentía lo mismo pero no muy a menudo. La vida estaba llena de posibilidades. Había sido como la princesa de un cuento de hadas, nacida bajo una luna propicia y acostumbrada a obtener todo lo que deseaba. De modo inevitable, llegaría un príncipe para casarse con ella y juntos harían grandes cosas. Todo era sólo cuestión de tiempo. Nunca supo lo pobre que era su familia. Sus años de infancia en la vieja casa de dos plantas junto a las vías del tren fueron cómodos y no recordaba realmente nada que hubiese querido y que, estando su padre vivo, no hubiese acabado por recibir, salvo quizá un caballo blanco, un huevo de dragón y, durante un breve período, el hábito de monja. Como sus dos hermanas mayores, asistió a Santa María, una gran escuela parroquial para niñas situada en la cercana Ambridge, aunque cuando le llegó el momento a Carol la familia ya empezaba a pasar apuros económicos. Los que le siguieron acabaron asistiendo a la escuela pública. Una vez más, Carol tuvo que considerarse afortunada..., quizá incluso tocada por la gracia. Sobrevivió a los años pasados en Santa María con su confianza intacta, aunque para entonces ya había llegado a pensar en ella como en su «fe». Dios o alguien cuidaría de ella. Ni una sola vez se preguntó qué le reservaría el futuro; había estado demasiado ocupada con ideas más agradables (lecciones de ballet, hacer carrera en el cine y, una vez, incluso el joven cura de la escuela, al cual le sorprendió mucho verse tomado por un príncipe). Había conocido muy pocos chicos de su edad, excepto en las funciones hechas con otras escuelas o en el vecindario, y todos sin excepción le parecieron ignorantes y nada maduros, limitándose su conversación a la clasificación local de baloncesto y los coches que algún día tendrían. Además, su figura no les resultaba atractiva; muchas veces había tenido que repetirse que las sofisticadas bellezas del futuro, las chicas que acababan siendo actrices y modelos profesionales, eran despreciadas con gran frecuencia en sus días escolares como patosas y flacuchas. Casi todas sus relaciones en la escuela fueron con chicas mayores, aunque contemplase con interés a los chicos que sus dos hermanas mayores traían a casa. Uno de ellos, un joven silencioso y delgado, con largas pestañas y melena de poeta, fue la primera persona aparte del médico a la que, durante una fiesta de Halloween, Carol permitió que le acariciase los pechos. Le gustó tanto que se mareó y se puso roja, pero había tardado en repetir la experiencia y no había dejado que nadie la tocara por debajo de la cintura; no era nada difícil labrarse una mala reputación en un pueblecito católico de Pennsylvania, ni siquiera en 1970. Había oído el modo en que hablaban de su hermana, la cual, pese a ir a la escuela parroquial, había

perdido la virginidad a los dieciséis años, y salía con hombres ya mayores. A Carol le avergonzaba su hermana y le gustaba pensar que ella era la virtuosa de la familia.

Nunca había perdido del todo el deseo de bailar, actuar y convertirse en una estrella, pero con el paso de los años, mientras asistía a la escuela superior gracias a una magra beca otorgada por la Iglesia, su mundo había ido haciéndose más privado y menos físico. Sus horas las ocupaban ahora Kempis y Tolkien, su cabeza estaba llena de visiones acarameladas: la estrella de Belén, la resurrección de Gandalf, Jesús predicando a los hobbits. Había sabido muy poco de las facturas médicas y las deudas crecientes, aunque seguía viviendo con su familia e incluso cuando su padre tuvo que dejar el trabajo no se enteró de que sus circunstancias hubiesen cambiado en nada. Pronto todo mejoraría; quizá fuese una especie de prueba, como las que habían soportado tantos y tantos fieles. Recién acabado su curso de Mística llegó a preguntarse si no sería ella misma una santa. Mirase donde mirase veía la mano de Dios; a su alrededor se extendía la Ciudad divina con sus torres más brillantes que el sol. A veces, pensaba que incluso veía a los ángeles que la poblaban, criaturas insustanciales que relucían como la nieve. Sentía que había sido elegida, aunque no sabía para qué. Pero si era paciente Dios se lo diría.

Pero su lentitud resultaba curiosa. Acabó de estudiar y el futuro cayó sobre ella sin que nada cambiase. Su príncipe no había llegado y las cosas empeoraban. Su padre agonizaba y su madre vivía ayudada por otros parientes. Sus dos hermanas mayores se casaron (después de todo, la mala reputación no importaba) y se hablaba de vender la casa. Carol se dio cuenta de que había sido una tonta; no había aportado nada y le había costado mucho a su familia. ¡Qué egoísta, qué ciega había sido! Una cosa estaba clara: no había lugar allí para ella, pero quizá aún pudiese hacer algo... Temerosa, pero llena de esperanza, la princesa del cuento partió hacia Nueva York. Pero el cambio no fue drástico, y para Carol significó meramente reemplazar un santo por otro, adquirir otras cuatro paredes y un nuevo mundo ceremonioso y alegre lleno de mujeres. Santa María y Santa Agnes, de una escuela a un convento. Ciertamente, no había sido fácil ese cambio; no conocía a nadie en la ciudad, salvo los escasos contactos que le dieron en la escuela (monjas, funcionarios y administradores, una lista de nombres católicos carentes de rostro) y en su imaginación la ciudad era un lugar terrorífico. Pero Santa Agnes había resultado no ser parte de la ciudad y había muy poca necesidad de abandonar su recinto; rápidamente se introdujo en la seguridad de su rutina diaria como si la hubiera conocido toda su vida. Y ahora hasta eso había quedado atrás. Por fin no dependía más que de ella misma, de sus veintidós años y su fortuna, sana y salva, instalada en un trabajo que ni le hizo falta buscar. Estaba bien claro que podía contarse entre los elegidos.

Había, con todo, un aspecto en el que estaba peor que nunca, porque apenas si tenía dinero; después de pagar los impuestos le quedaban 109,14 dólares a la semana. Y aunque una vida de pobreza sin duda bastaba para andar luego por las calles del cielo, era bastante deprimente pensar en todos los sitios de esta ciudad terrenal que le estaban prohibidos: los teatros, los clubs, los restaurantes con sus menús de 20 dólares, las tiendas en las que hasta un pañuelo o un cinturón estaban fuera de su alcance. Qué harta estaba de rehuir esos sitios, de no poder coger taxis, ver películas de estreno y leer libros que no fuesen de bolsillo. Sólo una vez pudo permitirse un buen asiento para un ballet; sentarse

en la última fila ya no la hacía sentirse virtuosa. La vida era corta y empezaba a ser demasiado mayor para esos juegos. Su trabajo estaba a menos de quince minutos andando, pero la idea de esas calles llameantes le robaba las energías. Con todo, aún estaba agradecida por haberlo logrado y sabía cuánta suerte había tenido al haberla llamado la Hermana Cecily, bendita fuese, especialmente pensando en el tiempo que llevaba fuera de Santa Agnes... Su posición en el trabajo era la de «asistente (a tiempo parcial) de la división de circulación» en la Biblioteca de la Fundación Voorhis en la calle Veintitrés Oeste. Llevaba empleada desde mediados de mayo y entraba cada día a las doce. Voorhis era una de las menos distinguidas entre la multitud de bibliotecas públicas de la urbe y, como casi todas ellas, subsistía gracias al sistema para evadir impuestos inventado por Carnegie. Aunque había pasado malas épocas, aún contenía una amplia colección de literatura inglesa y europea del siglo XIX, al igual que un gran fondo general y una sección infantil en el piso de arriba. La tarifa era de sesenta dólares al año, pero había precios especiales para estudiantes, la tercera edad y algunas otras personas, de modo que muy pocos miembros pagaban la tarifa íntegra.

La biblioteca ocupaba un sólido y viejo edificio en el lado sur de la calle, a menos de una manzana del viejo hotel Chelsea, con sus muros de pizarra gris y una hilera de ventanas con gablete en el último piso. La pintura blanca del techo estaba llena de grietas y dos columnas cuadradas, altas y gruesas como árboles, lanzaban sus sombras opresivas sobre el suelo. Pasaba la primera parte de la tarde conduciendo un carrito lleno de libros a rebosar por el laberinto de gabinetes, mesas y exhibidores que ocupaban el primer piso. El trabajo era lento, monótono y no muy complicado; tenía mucho tiempo para pensar, dado que el público ni tan siquiera la miraba. A mitad de la tarde, normalmente, la mayoría de asientos eran ocupados por estudiosos de todo tipo, que utilizaban las colecciones especiales de libros: jóvenes serios con gafas, cabelleras grasicntas y trajes horribles, mujeres jóvenes con cara apaleada y ojos grises como la escayola de los muros... La mayoría eran estudiantes mayores que intentaban graduarse, casi todos de Columbia, Fordham, el City College o la universidad de Nueva York. Cuando se iban debía examinar cuidadosamente sus carteras, ya que en el pasado abundaron los robos. Los asientos restantes los ocupaban los ancianos del vecindario: viudas, jubilados, pensionistas de la asistencia social..., gente con poco dinero y montones de horas libres. Le dijeron que siempre había unos cuantos delante de las puertas cada mañana, aguardando impacientes a que se abriese la biblioteca, sentados en los peldaños, tosiendo o andando arriba y abajo de la acera. Una vez dentro, cogían un periódico o una revista ya sobada y se quedaban el resto del día encogidos sobre ella, con lo que parecía una intensa concentración, moviéndose sólo para pasar una página. Otros elegían un libro al azar de los estantes más próximos, lo abrían ante ellos sobre la mesa y se quedaban dormidos apoyando la cabeza sobre los brazos hasta la hora de cerrar. Día tras día aparecían los mismos rostros ancianos, excepto cuando hacía mucho frío; entraban y salían sin decirle nada a nadie, ni tan siquiera buenos días o buenas noches. A Carol no le molestaban esas almas solitarias; de hecho, más bien le gustaban. A esa edad la gente es una compañía poco exigente y entre los muros de Voorhis, con los polvorientos rayos de sol y los ancianos soñolientos, la ciudad parecía muy lejana. Aquel lugar y su rutina eran como una fortaleza.

Llegó a querer ciertas imágenes y sonidos que puntuaban sus jornadas allí: el zumbir de los fluorescentes, las figuras pálidas, inmóviles y silenciosas sobre sus libros, la tranquilizadora sensación de ir empujando el carrito entre las mesas..., y los libros, símbolos del orden impresos en sus lomos. El misterio reducido a una diminuta calavera roja, los libros juveniles con su LJ dorada... Cuando lograba olvidar lo mísero de la paga y apartar de su mente los sueños del futuro, Voorhis la colmaba con algo parecido a la nostalgia, como si pese a los años no hubiese dejado la escuela. El techo lejano, los muros de un verde sucio, la solidez de los oscuros estantes de madera marrón, las macetas en las que se acumulaba el polvo, las persianas con su brillo amarillento cuando hacía sol y su agitación de velas ante la más leve brisa..., todo parecía poseer una especie de santidad. Le prometían que nada había cambiado y el enorme reloj metálico que contaba ruidosamente los minutos la hipnotizaba. Cuando entraba en su pequeña oficina acristalada y colocaba su asiento ante el maltrecho escritorio de madera, pasaba los dedos sobre los surcos del lápiz, los sitios donde había desaparecido el barniz y el secante verde con las marcas que había dejado en él la taza de café, sintiendo una perdurable solidez que le hacía revivir su infancia. Sólo faltaban las monjas y el crucifijo sobre la pared. A veces pensaba que no era libre, que se había limitado a cambiar la escuela y el convento por otros muros, que ése había sido el final de sus esperanzas al dejar Santa Agnes...

Llevaba ya seis meses allí, pero en enero se marchó, convencida de que su vocación y su destino estaban en otro lugar; seguía creyendo (aunque algunos se habrían burlado de ello) que tenía un destino. Algún día volvería la vista hacia su vida y vería la razón de que todo hubiera sido así, una brillante hebra dorada que hacia el final la llevaría de cabeza a una misión magnífica y valerosa. Pero sus primeros pasos en esa dirección habían sido más bien vacilantes, acabando en un apartamento de dos habitaciones y renta limitada situado entre la West End Avenue y la calle Noventa y tres, donde recién salida de Santa Agnes había encontrado algo que se parecía a un trabajo como cuidadora con derecho a vivienda de una diminuta anciana polaca de ochenta y dos años llamada señora Slavinsky. El gasto que Carol significaba, además de otros 120 dólares semanales, lo pagaba una hija de la anciana, divorciada, que vivía en el East Side y parecía encantada por haber logrado encontrar en los tiempos que corrían a una joven blanca de buena educación, capaz de cuidar a su madre. El acuerdo fue en esos momentos estupendo para Carol, ya que le ahorraba la necesidad de buscarse vivienda. No era tan agradable el que, aun cuando el trabajo anunciado fuese el de «compañera», la anciana no estuviese ya en condiciones de apreciar ninguna forma de compañía, dada su edad y su casi nulo dominio del inglés. Peor aún, parecía estar perdiendo el oído, y a ratos se le iba la cabeza.

Así empezaron cuatro meses de guisar comida Kosher y lavar platos, pasar el aspirador por las gastadas alfombras persas y quitarle el polvo a las persianas, acompañar a la anciana al supermercado, al parque o al cuarto de baño, y quedarse rondando junto a ella mientras a lo largo de las interminables tardes de invierno y primavera hablaba en voz casi inaudible, roncaba o parecía contemplar la televisión. Los días eran monótonos. Carol pensaba que al menos tenía un dormitorio y un televisor siempre disponibles, lujos de los que había carecido en el convento; y dos noches a la semana había empezado a tomar clases de danza moderna en una escuela doce manzanas al sur de Broadway, volviendo

llena de agujetas, pero muy animada, al apartamento brillantemente iluminado, casi siempre para encontrar a la señora Slavinsky y a su hija, que venía a cuidarla esas noches, enzarzadas en alguna feroz e incomprensible discusión en yiddish. Su hija venía también los fines de semana, permitiendo que Carol librara esos días, pero con pocos conocidos fuera de su clase, y sin ningún otro sitio al que llamar hogar, Carol solía acobardarse, quedándose en el apartamento. Examinaba los anuncios buscando perspectivas interesantes, preguntándose cuáles eran sus talentos y decidiendo asistir el verano próximo a uno o dos cursos de expresión corporal. En la segunda semana de mayo, sin embargo, recibió una llamada telefónica inesperada. Era la Hermana Cecily, una administradora de Santa Agnes; acababa de oír hablar sobre un trabajo como asistente de bibliotecaria en algún lugar llamado la Fundación Voorhis, y acordándose de cómo amaba Carol la literatura, siempre con la cabeza metida en un libro, se había preguntado si acaso querría probar...

Carol sintió gratitud y cierto asombro; la hermana nunca se había interesado por ella en el convento. Al día siguiente salió a las doce como si fuera a comprar (de vez en cuando podía dejar sola a la anciana una hora o dos) y fue en metro a Voorhis. El oficinista, bajito y calvo, la miró sorprendido. Sí, bueno, había un trabajo en el departamento de circulación, aunque era bastante raro encontrar a alguien preguntando por él, ya que los directivos de la biblioteca ni tan siquiera habían decidido el texto a insertar en el *Times*.

—Me habló de él una amiga —dijo Carol.

—Hmmm...

El oficinista fruncía los labios y la miraba escéptico. Por último, se encogió de hombros y admitió que dado que Carol se había tomado la molestia de venir hasta allí, quizá pudiese hablar con alguien más indicado. Añadió que Carol había llegado precisamente en el buen momento; el chico que había desempeñado el trabajo hasta hacía poco no había acudido un día de la semana pasada, y hasta parecía haber desaparecido de su piso. Todo era muy misterioso.

—Una pena —dijo con tristeza—. Era un chico encantador. Pero la señora Tait parece preferir una chica esta vez...

Con un leve gesto de fastidio le indicó a Carol que subiese la escalera. La señora Tait era la directora de circulación, y fue sólo una de las personas que la entrevistaron ese día. Carol habló también con la señora Schumann, la bibliotecaria infantil; el señor Brown, de adquisiciones, y con un anónimo hombrecillo soñoliento encargado del mantenimiento. Ninguno de ellos parecía sentir gran curiosidad por su pasado, y las preguntas sobre sus capacidades fueron casi formularias. A medida que transcurría la tarde, a Carol se le ocurrió que el trabajo sería suyo si de verdad lo deseaba, ya que era tan poco interesante y mal remunerado (de momento sólo treinta horas a la semana, y ganaría aún menos que ahora) que los directivos no tenían muchas ganas de perder el tiempo evaluando candidatos. Además, si contrataban a Carol se ahorrarían el anuncio en el *Times*.

Pese a todas sus desventajas, Carol deseaba el trabajo (seguramente sería un inicio para algo mejor), y cuando acabaron las entrevistas se lo ofrecieron como había esperado. Por el desinterés con que se lo ofrecieron se dio cuenta de que habrían contratado al primero que viniese; sencillamente, había tenido la suerte de ser la primera, y volvió a

felicitarse de su buena estrella. Pero apenas la señora Tait le dijo que empezase el lunes siguiente a Carol le entraron dudas sobre el salario, la repentina necesidad de encontrar su propio piso e incluso cierto resentimiento, ahora que debía decidirlo, por abandonar con tantas prisas a la anciana. Pidió «un día o dos para pensarlo», y se lo dieron.

Era más tarde de lo que había creído; cuando llegó a casa ya serían casi las cinco. Había visto una ambulancia aparcada junto al edificio y un coche de la policía vacío, pero tenía otras cosas en la mente. Cuando se abrió la puerta del ascensor oyó voces masculinas que venían del piso de la anciana. Sintió miedo de pronto y abrió la puerta del piso. En el recibidor, un policía hablaba con la hija de la señora Slavinsky y otro conversaba por teléfono en voz muy baja. Dos camilleros negros estaban desenrollando algo junto al dormitorio de la anciana. Cuando entró, todos miraron a Carol, pero la única que habló fue la hija de la anciana, que le explicó muy calmada, con escasa pena aparente y sin rastro de acusación en su voz, que un rato después de que Carol saliese había telefoneado a su madre sin obtener respuesta, y que lo intentó una hora después, también sin éxito, y cómo había terminado viniendo al piso para descubrir que la anciana, mientras dormía la siesta, se había enredado con la sábana, tapándose el rostro y... No parecía echarle la culpa a Carol. Cuando todos se hubieron ido, llevándose una bolsa de plástico con un bulto informe dentro, incluso le ofreció a Carol que se quedase en el piso, al menos hasta que pudiese encontrar otro. Pero Carol no sentía ningún deseo de quedarse; le horrorizaban demasiado las voces de su cabeza, la culpable que insistía diciendo que no había hecho nada malo, y la otra recordándole lo notablemente conveniente que era la muerte de la vieja. Pues ahora estaba libre para aceptar el trabajo en Voorhis, y de hecho tendría que aceptarlo. «Precisamente en el buen momento...»

Fue a trabajar el lunes siguiente en Voorhis, y pasó parte de la primera semana en el hotel Chelsea, pero pese al encanto legendario del lugar y a la fascinación furtiva con que miraba a los inquilinos habituales y a los visitantes cuyos pasos resonaban por los salones amarillos, el hotel era demasiado caro. Un servicio para compartir pisos, situado en una mugrienta oficina de un segundo piso en la calle Catorce, la puso en contacto con Rochelle, que acababa de quedarse sola en un apartamento. Carol estaba más que dispuesta a quedarse con el minúsculo dormitorio; al menos estaría sola. Rochelle, que dormía en un sofá-cama en el salón, llevaba bien el piso. No era el tipo de persona con el que Carol habría elegido vivir, y en el mes que llevaban juntas no habían llegado a ser amigas, pero a veces podía ser muy buena (Carol se lo recordaba mentalmente de vez en cuando), y por otro lado Carol no podía permitirse el lujo de andar con remilgos. Agradecía tener un techo sobre la cabeza y poder permanecer en la ciudad. Durante algún tiempo le había acosado la imagen de volver a Pennsylvania fracasada para arrojarle como una niña llorosa a los pies de su familia. Ahora, al menos, tenía un trabajo y podría sobrevivir en la ciudad.

A las dos y cuarto la llamaron a la oficina del primer piso para ver a la señorita Elms, una mujer de pelo gris y eterno aspecto acosado, cuyo escritorio, delante del de Carol, estaba cubierto con pilas enormes de correo.

—Creo que le iría bien cambiar de aires —dijo mirando a Carol por encima de sus

gafas—. Cuando vuelva de su hora para comer la mandaré arriba. La señora Schumann tiene una clase de historia y, siendo viernes, puede que los niños anden nerviosos. —Carol habría preferido trabajar en el piso de abajo, pero pensó que haciendo tanto calor la mayoría de los niños ni tan siquiera iban a entrar en la biblioteca—. Recuerde que no va arriba para leer ni para soñar despierta, sino para echarle una mano a la señora Schumann.

Mientras subía la escalera, Carol se preguntó si la señora Schumann se habría quejado de ella a la supervisora. De haberlo hecho le parecía injusto, ya que en el segundo piso no había casi nada que hacer, salvo ayudar en alguna palabra difícil a un niño o evitar peleas ocasionales. Aunque debía reconocer que había algo de cierto en lo dicho por la supervisora; había descubierto recientemente que prefería los libros infantiles a los niños. Menos el escritorio central, todos los demás eran la mitad de grandes que los normales: un mundo en miniatura con las mesas llegando sólo a dos palmos del suelo y algunas sillas para los más pequeños que le rozaban la rodilla. Aunque ella no era muy alta y siempre había sido de constitución delicada, aquí no era difícil sentirse gigantesca, Alicia caída en el agujero del conejo o un ogro salido de los libros de cuentos del rincón. La señora Schumann estaba sentada plácidamente en su mesa. Era una mujer gruesa y pausada que sudaba mucho y abandonaba su asiento sólo en ocasiones extremas. Excepto por ella, dos niñas riendo y un alicaído párvulo que seguía a su madre de un estante a otro, el piso estaba desierto y la atmósfera estancada era asfixiante. Dominando los cuatro pequeños ventiladores eléctricos que giraban lentamente, pudo oír el ronroneo de la fotocopidora en el primer piso, el *swish-swish* de las puertas de la calle abriéndose y cerrándose y pasos en la escalera. La escuela había terminado y muy pronto el lugar estaría lleno. Las pisadas resonaron en el silencio de la estancia y una carita tímida emergió sobre la barandilla. El niño escrutó inseguro la sala casi desierta como el primer invitado que llega a una fiesta y luego fue presuroso al escritorio central para mantener una presurosa conferencia en voz baja con la bibliotecaria.

Carol se acercó a la ventana y se quedó mirando la calle. Los edificios de enfrente eran feos y grisáceos: un gran hotel que había bajado de categoría, una tienda de muebles, un almacén que tenía camiones aparcados delante todo el día. Las ventanas de atrás gozaban de mejores vistas. Aquí el sol iluminaba un patiecillo escondido entre los edificios; cubierto de yedra, hierbajos y espesa vegetación, había permanecido negro y aparentemente muerto durante todo el invierno, según le dijeron, pero en los últimos meses había florecido hasta parecerse ahora a un pedazo de bosque trasplantado a la ciudad. Durante los ratos libres de su jornada (y cuando, como ahora, la destinaban al segundo piso antes de que llegasen los escolares), a Carol le gustaba quedarse junto a la ventana y encontrar alguna señal de naturaleza entre el mar de ladrillos. Justo debajo de ella un grupo de zarzales formaban manchones verdosos sobre el tono más oscuro de la tierra y las malas hierbas. Un roble y dos arces jóvenes luchaban por alcanzar la luz, sus troncos delgados como bastones y una delicada telaraña de yedra verde crecía por el costado del edificio llegando hasta más arriba del piso en el que ahora estaba. A través del cristal veía ondular las hierbas bajo la brisa y sentía el suave agitarse de la persiana. Levantó un poco el borde inferior y sintió un soplo de aire fresco en la cara; llevaba con él algo del olor a tierra y hojas y, no supo desde dónde, un débilísimo y huidizo aroma a

rosas.

En el piso de abajo las puertas de la calle seguían sonando, *swish-swish*. Desde esta altura el paisaje le recordaba a Carol un jardín que hubiese dejado de ser cuidado y jamás podía pensar en él sin un extraño e indefinible anhelo; dominado totalmente por las plantas, el jardín le parecía encerrar un misterio mucho más hondo que los contenidos en los libros de los estantes. Sentía algo extraño en él, pero no le producía el miedo que la auténtica naturaleza le inspiraba. Nunca había visto a nadie en él y no estaba segura ni de que fuese accesible, pues parecían rodearlo altas vallas metálicas. Estaba simplemente allí, inalcanzable detrás del cristal, como un frágil universo verde preservado en una botella. De pronto, entre la espesura, algo pequeño y negro llamó su atención. Estaba casi debajo de la ventana y medio oculto por la sombra de un zarzal. Se inclinó hacia delante para verlo mejor apretando la frente contra el cristal, pero desde esa distancia era imposible decir qué era, sólo lo que parecía ser: seis palitos negros que salían de un hoyo en el suelo, formando una especie de dibujo, un círculo partido por una línea que se prolongaba levemente más allá del círculo.

Carol suspiró. Así que, después de todo, alguien había estado allí. Ya hubiesen arrojado esos palos al suelo, ya los hubiesen enterrado, ciertamente indicaban una intrusión humana. Fuese cual fuese su origen (quizá fragmentos de una planta, quizá piezas de una maquinaria o simplemente basuras), sólo significaban una cosa: su jardín había sido violado. Aún seguía mirando llena de pena por la ventana, algo sorprendida ante lo intenso de su reacción, cuando oyó a su espalda unos pasos lentos que ascendían la escalera.

—Ya no soy joven —estaba diciéndole—, y los médicos dicen que no haga planes a largo plazo. —Sonrió con cierta ironía—. Pero antes de morir me gustaría terminar un librito en el que he estado trabajando..., un libro sobre los niños.

Hablaron en voz baja junto a la ventana, sin turbar apenas el silencio de la estancia. Las palabras del hombrecillo no sonaban muy altas y poseían una leve vacilación que ella encontró casi sedante. Al principio le molestó que hubiese interrumpido sus pensamientos (¿por qué no molestaba a la señora Schumann si tenía algún problema, por qué había venido en línea recta hacia ella?), pero Carol acabó por admitir que había algo conmovedor en él. Pese a su barriga y a una cierta papada, visto de cerca tenía algo de frágil y era mucho más viejo de lo que pensó al principio, quizá ya bien pasados los setenta años. No era más alto que ella, tenía las manos regordetas y pequeñas, los labios igualmente gordezuelos y la piel suave y rosada, con muy poco vello. Le trajo a la mente un bebé recién bañado y rociado con polvos de talco.

—¿Será un libro sobre sus hijos? —le preguntó, dispuesta a soportar una avalancha de recuerdos.

—No, nada de eso. Nunca he sido bendecido con hijos. —Otra vez la sonrisa triste, aún más conmovedora en aquel rostro bonachón—. Pero me gusta mirarles, como a esas dos de ahí. —Señaló hacia los estantes de la parte trasera—. ¿Puede ver usted lo que hacen? Mis ojos ya no son lo que eran antes.

—¡Oh, ésas! —dijo mirando por encima de su hombro y viendo a dos niñas que

corrían en silencio por entre las hileras de estantes. Pensó si debería avisar a la señora Schumann, pero la bibliotecaria estaba hojeando un montón de catálogos—. Me temo que están haciendo travesuras: juegan al escondite, creo.

—Un juego que imita a la historia. Hubo un tiempo en el que la perdedora habría pagado con su vida. —Detrás de un estante sonó una risita infantil—. Ése es el tema de mi libro..., el origen de los juegos. Y las canciones infantiles, los cuentos de hadas, todo eso. Algunos de ellos se remontan... ¡Oh, son incluso más viejos que yo! —Inclinó un poco la cabeza y sonrió—. Lo que intento decir es que hay algo de salvaje incluso detrás de las cosas de aspecto más inocente. ¿Me sigue usted?

—No estoy muy segura.

Sintió una breve punzada de impaciencia. Aún no le había dicho lo que deseaba.

—Bueno..., fíjese por ejemplo en el día de hoy, el veinticuatro de junio..., tradicionalmente un día muy especial. Los hechizos son hoy el doble de fuertes que otro día. La gente se enamora y los sueños se hacen realidad. ¿Tuvo algún sueño la noche pasada?

—No me acuerdo.

—Casi seguro que lo tuvo. Las muchachas siempre sueñan en la víspera del solsticio de verano. Es algo que esa noche parece... obligado.

—Pero debe faltar mucho para la mitad del verano —dijo Carol—. La estación acaba de empezar.

—Los antiguos veían las cosas de un modo algo distinto. Para ellos el año era como una rueda que gira, una mitad invierno y la otra verano, con una fiesta en mitad de cada una. El invierno tenía la fiesta de Yule, el verano la que estamos celebrando ahora... el solsticio. Nuestro año, por supuesto, ha sido aplastado y muerto por el calendario y Yule es meramente otro nombre para la Navidad aunque originalmente no tenía nada que ver con Cristo. El único nacimiento que indicaba era el del sol.

—Espere, ¿quiere decir... otro Hijo?

—No, ¡oh, no! —Señaló hacia la ventana—. Me refería a ese chicarrón de ahí fuera; verá, la fiesta de Yule conmemora el solsticio de invierno, pasado el cual el día empieza a alargarse. La noche anterior llegamos al extremo opuesto de la rueda y los días se hacen cada vez más cortos. El sol empieza a morir.

Carol se encontró mirando al sol y a los rayos que entraban por la ventana, igual de brillantes que un minuto antes. Qué extraño, con todos los días de calor que aún quedaban por delante... pensar en el frío y la oscuridad crecientes y en la agonía de la luz.

—Hace mucho tiempo —decía el viejecillo—, el solsticio de verano era una época de portentos. Los ríos se desbordaban o se quedaban secos de repente. Se decía que ciertas plantas se volvían venenosas; había que encerrar a los locos y las brujas celebraban sus aquelarres. En China, los dragones salían de sus cuevas para surcar el cielo cual meteoros llameantes, y en Inglaterra se les llamaba también serpientes o «gusanos» y el solsticio era la época en que se apareaban. Dicen que toda la tierra se estremecía con sus gritos y que los granjeros encendían hogueras (en esos días la palabra quería decir «fuego de huesos») para alejarles. Pero también había otro tipo de hogueras: a su alrededor se bailaba y se cantaba a medianoche para conmemorar la muerte del sol. Incluso hoy, en algunos sitios

de Europa, los niños celebran el solsticio bailando alrededor de grandes piras y al final del baile saltan uno por uno a través del fuego. Ahora eso nos parece inofensivo (como mucho hay uno o dos traseros chamuscados), pero remóntese al principio y..., bueno, ya puede suponer lo que encontrará.

—Supongo que algo más que un trasero chamuscado.

—¡Mucho más! —se rió—. ¡Un sacrificio ritual! O, tomando un ejemplo más familiar, una cancioncilla infantil como «Ini mini meni me».

—¿«A un mendigo cogeré»?

—Eso es. Salvo que hace veinte años, antes de que limpiasen un poco el lenguaje de prejuicios, habría sido «A un negro cogeré». Y hace unos dos siglos habría consistido en una serie de palabras carentes de sentido, algo como «Bascalora hora do». Hay centenares de variaciones y la de su infancia, por cierto, la sitúa en..., hmmm, déjeme ver... —Se rascó la cabeza—. Oh, yo diría que en algún lugar de Ohio. ¿He acertado?

—¡Eh, eso es realmente increíble! Soy de Pennsylvania, justo pasada la frontera.

—Una zona preciosa —asintió él nada sorprendido—. La conozco muy bien.

Se volvió y miró como absorto por la ventana. Los rayos del sol hacían aún más rosada su cabecita de bebé y le daban a sus blancos cabellos un leve tono amarillo. Carol le observó en silencio. Había algo en el viejecillo y su voz temblorosa que indicaba una considerable experiencia, pero hasta ahora no se había sentido dispuesta a tomarle muy en serio. Quizá fuese su escasa altura o su gracioso modo de hablar, vacilando a cada frase; era demasiado pequeño para resultar imponente o amenazador. Sin duda, su referencia a Ohio había sido un mero disparo a ciegas, pero pese a todo la había impresionado. El hombrecillo se volvió de nuevo hacia ella.

—Le diré algo aún más increíble. Puede seguirle la pista a esa cancioncilla hasta los mismísimos druidas. —Acogió con una sonrisa su mirada de incredulidad—. Oh, le aseguro que es cierto. Hace muchísimo tiempo, cuando Inglaterra estaba ocupada por los romanos, era un cántico de sacrificio. Ya sabrá que los druidas tenían una fea costumbre... ¡Les gustaba quemar a la gente en jaulas de mimbre! Y usaban el método «bascalora» para elegir su víctima. «Basca» quiere decir jaula o cesta, y «lora»...

—¿Eso no quiere decir «tiras» en latín?

—Vaya, que me aspen, ¡sí que es usted lista! —Sonrió con mayor animación—. Sí, tiras de cuero para atar las manos.

—Esa era la única asignatura en que destaqué —dijo ella, complacida ante su admiración y permitiéndose una modesta sonrisa. Otra imagen acudió fugazmente a su cabeza: un cielo nocturno, un montículo iluminado por las llamas y una muchacha muy parecida a ella desnuda y atada a una especie de altar. Algo blanco y muy largo emergía de las sombras. Con un esfuerzo la apartó de su mente—. Practiqué mucho... el latín, quiero decir. Y su tema favorito es... ¿esas cosas? ¿La infancia y los rituales primitivos?

—Más o menos —asintió él.

Ya habían llegado tres niños más y muy pronto empezarían a pedirle ayuda. Tendría que dejarle o no acabarían nunca.

—Todo eso es fascinante —dijo—, pero la verdad es que no ha acudido usted al lugar adecuado. Los libros que tenemos en este piso..., bueno, la verdad es que son de lo más

básico, estrictamente para niños. Lo que usted necesita es la sección de Antropología del primer piso o probar en Desarrollo del Niño...

—Sí, lo sé, ya he estado allí. Voorhis tiene una colección estupenda al respecto. —Acarició el maletín que llevaba bajo el brazo—. De hecho, he andado buscando cierto librito hasta esta misma tarde, un estudio sobre el Agón di-Gatuan, lo que algunos llaman la «vieja lengua». Lo busqué de una punta a otra de la ciudad, y éste ha sido el único lugar que lo tenía.

—¿Ah, sí? ¿De una punta a otra? —dijo Carol, divertida ante la satisfacción del viejecillo—. ¡Debe de ser usted muy resistente! Esta ciudad es enorme...

—No. No cuando uno sabe lo que está buscando. —Sonrió y dio un paso hacia ella—. Y, por supuesto, lo bueno es que se conoce a gente muy interesante. Si no hubiera venido aquí nunca habría conocido a una jovencita tan encantadora.

—Oh, no bromea —dijo Carol, halagada e incómoda a la vez. Ya había oído antes la misma canción; siempre había uno o dos abuelos que intentaban cortejarla medio en broma medio en serio—. Será mejor que me despida ahora. Mi madre siempre me decía que cuando un hombre empieza a hacerte cumplidos debes tener cuidado.

—¿Cómo? ¿Tener cuidado conmigo? —Rió, sacudiendo la cabeza—. ¡Jovencita, le aseguro que soy perfectamente inofensivo! —Sonreía de un modo tan deslumbrante que Carol llegó a pensar que usaba dentadura postiza—. Sólo soy un...

De pronto, su sonrisa se esfumó y Carol sintió un insistente tirón en la manga. Retrocedió, sobresaltada, y se encontró con un rostro diminuto que la contemplaba con expresión decidida.

—Necesito algo sobre entomología —exigió el niño, agarrándola aún por la manga—. Con dibujos. —La vacilación de Carol pareció irritarle—. ¡Insectos! —casi siseó, y Carol no tuvo más remedio que indicarle con la mano un estante más allá de la sección de Aventuras y Aire libre.

Cuando se volvió de nuevo para mirar al hombrecillo, que tenía los ojos clavados en la ventana, se dio cuenta de que aún no le había dicho la razón de que hubiera subido a aquel piso. Sin duda era meramente otro jubilado solitario que había vivido demasiado tiempo y leía demasiado, ahora en busca de alguien a quien contarle lo mucho que había aprendido. Como si hubiese notado su mirada, el hombrecillo se volvió.

—Precioso jardín —dijo en voz baja. Detrás de él la yedra se curvaba hacia lo alto, buscando el sol—. Ojalá tuviese más tiempo que dedicarle a la naturaleza, pero el tiempo es lo único que me falta. Tengo ocupado cada minuto del día.

«En ese caso —pensó Carol—, ¿por qué está perdiéndolo aquí?»

—Lo cierto es que tengo trabajo suficiente para dos personas. He estado intentando encontrar a alguien de Columbia para ello, algún estudiante joven y avisado, pero no me han gustado mucho los que me enviaron. —Meneó la cabeza—. No, no me gustaron nada de nada. —Miró nuevamente el jardín y luego volvió los ojos hacia ella—. ¿Sabe?, en el primer piso no pude dejar de ver a todos esos estudiosos e investigadores con ese aspecto de sentirse muy importantes, inclinados sobre sus libros, pero que en realidad no saben ni la mitad de lo que les gustaría saber. Y de pronto me dije: «¿Por qué perder el tiempo con gente así? ¿Por qué no buscar una profesional? Apuesto a que aquí mismo debe de haber

alguna bibliotecaria infantil que me será mucho más útil y que probablemente agradecerá mucho un trabajo extra». Por eso subí al segundo piso. Fue... un impulso.

Carol sintió que se le aguzaba el interés, pero también las sospechas. ¿Acaso este extraño anciano iba a ofrecerle un trabajo? ¿O sólo buscaba un voluntario sin paga? Su proyecto sonaba bastante interesante, pero no estaba en situación de trabajar gratis y esperaba que no fuese a pedirselo.

—En los últimos meses he recogido una cantidad enorme de datos —decía el viejecillo—, y espero recoger aún más durante el verano. Ya sabrá de qué va ese trabajo: artículos de periódico, recortes de revista, tesinas... Más de lo que podré leer. —Acarició de nuevo el maletín—. Soy un viejo (¡al menos, eso me dicen!) y, francamente, voy a necesitar un poco de ayuda. —Dejó el maletín en el alféizar y se acercó un poco más a ella, como si tuviese algo muy importante que confiarle. Ella percibió con aprobación que olía a jabón y polvos de talco—. Mire, lo que busco es alguien que lea ese material, saque de él las ideas importantes y me las resuma siempre que sea posible. Sería un trabajo de tiempo parcial, claro, diez o quince horas a la semana... Bueno, jovencita, ahí tiene mi oferta.

—Ya veo. —Se acordó del trabajo que había realizado cuatro inviernos antes, cuando estudiaba; los oscuros atardeceres en la biblioteca y las interminables páginas de notas—. Desea una especie de ayudante investigadora...

—Eso es. Alguien de confianza: una persona inteligente que escriba bien y a la que le interese el tema. —Hizo una breve pausa y la miró con cierta ironía; sus ojos, enormes y bondadosos, situados al mismo nivel que los de ella, parecían flotar en sus cuencas juzgando, amable pero inexorablemente, hasta el más pequeño de sus rasgos—. Estoy seguro de que usted reúne todos esos requisitos.

—Bien, yo..., el tema me interesa —dijo Carol, no muy segura de cuál era el tema en concreto.

Se preguntó si la habría tomado por la bibliotecaria infantil de servicio, en vez de por lo que era, meramente una ayudante del primer piso. ¿Se atrevería a decírselo? ¿Y se atrevería a preguntarle cuánto iba a pagar?

—Esos artículos... —dijo al fin—. ¿Cómo voy a obtenerlos?

—Bueno —le contestó él, acercándose de nuevo—, preferiría efectuar yo mismo la selección. Puede que a veces le pida que busque alguno en particular, pero no será muy a menudo. Nos encontraremos cada semana y... ¿Qué ocurre?

—No, no, nada. Siga, por favor.

Por un instante, había sentido un leve aguijónazo en la sien izquierda, pero ya se había esfumado. Se alisó el pelo y trató de parecer interesada.

—Bien, le decía... Espere, deje que se lo quite. —Le pasó la mano suavemente por el hombro y al retirarla había en ella unas pocas hebras de sus cabellos recién cortados—. Estaba diciendo que nos encontraríamos cuando le fuese bien..., ya sea en la biblioteca o en su casa o en la mía. —Retrocedió un paso, metiéndose la mano en el bolsillo—. Por cierto, yo vivo cerca del Hudson. Está muy cerca de la estación del metro. —Hizo una pausa, como si esperase una respuesta. Carol decidió no darle su dirección, al menos no por el momento, y siguió callada. El viejecillo se lamió los labios y, finalmente, dijo—: Nada de eso es importante, puede arreglarse luego. Cuando nos veamos, usted me

entregaré sus notas y yo le daré el nuevo material... y su paga, claro.

Así que, después de todo, habría paga.

—Y la paga será...

—¡Creí haberlo mencionado! —Se rió—. Estaba pensando en doce dólares la hora, más gastos. ¿Le parece bien?

—¿Doce dólares la hora?

Intentó hacer el cálculo a toda prisa. Había dicho de diez a quince horas por semana; eso sería como unos 120 o... Lo dejó correr; estaba demasiado nerviosa. Sólo sabía que su trabajo no podía valer tanto.

—Si no le... —dijo el anciano, repentinamente inseguro.

—Me parece absolutamente magnífico.

Esperó no parecer demasiado nerviosa, pero ya se veía comprando el traje que había en un escaparate de Greenwich Avenue y un abono para la próxima temporada de ballet. Puede que incluso un aparato de aire acondicionado. Dios la amaba.

—Me alegro de que sea satisfactorio —dijo él, sonriendo de modo casi imperceptible—. No sería declarable, claro.

—¿No declarable?

No estaba del todo segura de lo que eso quería decir, salvo que era algo ilegal. Las filas de bailarines se desvanecieron y el aparato de aire acondicionado se detuvo. El calor volvió a reinar en la estancia. Él asintió. ¿Era impaciencia lo que había en su cara?

—Supuse que lo preferiría así. No tendrá que darle nada al tío Sam.

—Sí, sí, claro. —Era demasiado bueno para ser cierto—. Entonces, quiere decir que... podría quedármelo todo.

—Eso es. ¿Presumo entonces que le interesa?

—Sí, por supuesto. Es justo el tipo de temas que siempre me han fascinado..., cuentos de hadas, mitos y religiones primitivas...

Se detuvo de pronto a media frase, incapaz de recordar si ése era el tema del que había hablado antes. ¿O acaso no había mencionado para nada la religión?

—Estupendo. Parece usted justo la persona que he andado buscando. Necesito alguien con una mente inquisitiva que no se asuste del trabajo. —Abrió su maletín y empezó a rebuscar en su interior—. Puede que le parezca algo anticuado pero... ¡Oh, vaya! —Sacó del maletín un grueso libro encuadernado en un color amarillo pálido y lo examinó. En el lomo había unos números de catálogo—. ¡Oh, por todos los cielos, mire esto! ¡Cada día ando más despistado! Parece que me he llevado un libro de otro lector. Me temo que debe de ser de ese joven tan agradable del primer piso..., el de las gafas. ¿Le conoce? ¿El de la mesa junto al tablón de anuncios? —Carol negó con la cabeza—. Bueno, tendré que asegurarme de que se lo devuelvan. —Suspiró dejando el libro sobre el alféizar, y luego se volvió hacia Carol con una sonrisa deslumbradora—. Bien, jovencita, ¿por dónde íbamos?

En el primer piso, junto a filas de estudiosos que fruncían el ceño sobre sus libros, tomando notas apresuradas o dormitando, Jeremy Freirs alargó la mano hacia el volumen amarillo y lanzó una maldición al darse cuenta de que ya no estaba. Era un viejo y

maltrecho ejemplar de *La Casa de las Almas*, de Arthur Machen, encuadernado en tela color azafrán, y lo había dejado sobre la mesa con un montón de libros y anotaciones. Examinó nuevamente el montón, pero el libro no estaba. ¡Diablos! Aquel extraño y molesto anciano debía de habérselo llevado. De hecho, se habían conocido hacía menos de una hora a causa de ese mismo libro: Freirs, buscándolo entre el laberinto de los estantes de Voorhis, había llegado a una sección desierta de la biblioteca en la cual los enormes muebles, altos como setos sin podar, ahogaban todo el ruido de la calle y casi se había dado de bruces con el anciano, encorvado sobre el volumen, como resiguiendo las palabras con el dedo. Al acercarse Freirs, alzó la vista como un niño al que pillan leyendo pornografía (de hecho, tenía casi la talla de un niño), y cerró el libro de golpe. Freirs le había visto meterse algo a toda prisa en el bolsillo. ¡Un lápiz! No era de extrañar que tuviese expresión de culpabilidad; seguramente, habría estado haciendo anotaciones con él en los márgenes.

Había algo raro en él. No parecía tan cansado y miserable como los demás viejos que frecuentaban la biblioteca, pero era demasiado mayor como para ser un estudioso. Recordaba al típico actor que interpretaba al tío bondadoso de alguna dulzona película de los años 40, y ése no era el estilo favorito de Freirs. Al principio intentó ignorarle, pero no pudo encontrar el libro que buscaba en los estantes.

—¿Podría ser éste el que busca? —dijo el viejecillo con voz queda a su espalda.

Le alargó el libro para que lo viera y Freirs miró el lomo.

—Pues sí, ése es. ¿Lo está utilizando?

—No, no, ya he terminado. —Se lo tendió sonriendo—. Tenga, cójalo.

Freirs lo sopesó al tomarlo. Maldición, era demasiado grueso y no tendría tiempo para examinarlo todo. Se volvió para irse y una mano le cogió del brazo. El viejecillo le estaba mirando y su voz era prácticamente un murmullo.

—¿Está familiarizado con Machen..., con sus creencias?

—No —dijo Freirs, su tono algo más elevado de lo necesario—. Nunca lo he leído, sólo quiero ver si debería hacerlo.

Esbozó de nuevo el gesto de irse. Si dejaba libre su asiento demasiado tiempo alguien podía robarle su bolsa de libros.

—Oh, realmente debería hacerlo. —Al viejecillo no parecía importarle estarle entreteniendo—. Nuestro Arthur sabía una o dos cosas. Le prometo que si lo lee obtendrá una considerable recompensa.

—Bien, me alegro —asintió Freirs.

Le dio la espalda y regresó a su mesa. Tenía una mesa pequeña para él sólo en la parte trasera, debajo de un tablón de anuncios lleno de recortes y avisos, como un muro de ladrillos cubierto de yedra. Había sido su sitio habitual de trabajo toda la primavera; las mejores mesas, más hacia delante, daban al diminuto jardín que había en la parte de atrás de la biblioteca, pero rara vez llegaba a Voorhis lo bastante temprano como para conseguir una. Tampoco era tan grave; si hubiera estado sentado junto a una ventana, probablemente se habría pasado todo el día mirando a las dichas malezas en vez de terminar su trabajo. Incluso sin ventana que le distrajera no había llegado tan lejos como esperaba en los dos últimos meses; aún estaba compilando una lista de lecturas para su tesis, cuyo título era, por el momento «Los aborrecibles dominios del infierno: la dinámica

del escenario en el universo gótico», aunque ahora le parecía algo pretencioso, incluso para Columbia. Añadió el Machen al montón que ya tenía en la mesa, transcribiendo primero la fecha de publicación (Londres, 1906) y una lista del sumario, media docena de relatos. Por el momento aún andaba rebuscando entre los libros, inseguro sobre la extensión de su tesis. Incluso los libros más extraños podían merecerse una o dos notas a pie de página, aunque sólo fuese para citarlos de pasada; cuanto más gruesa fuera la bibliografía más improbable sería que el comité calificador pudiera comprobar todas las entradas.

Estaba hojeando el penúltimo capítulo de una bibliografía gótica, alternativamente divertido y asombrado ante los títulos —*El monje benevolente o el castillo de Olalla*, 1807; *Hechos oscuros o el tío sobrenatural*, 1805; *El gemido nocturno o el espectro de la capilla, con una exposición de los horribles secretos del cónclave nocturno*, 1808—, cuando alguien carraspeó a su lado. Alzó los ojos para ver al viejecillo de pie junto a su mesa, sonriéndole como si le conociese de toda la vida.

—Me preguntaba si podría tomarle prestado al señor Machen sólo un instante. ¿Le molestaría mucho? Hay un pasaje que realmente debería cotejar...

—Sírvase —dijo Freirs con un encogimiento de hombros—. Pero devuélvame cuando haya acabado, ¿de acuerdo?

Pero el viejecillo abrió el libro y se quedó de pie junto a él; pasando página tras página y examinándolas con un fervor casi cómico, moviendo la cabeza adelante y atrás al mismo ritmo que los ojos.

—¡Ah, aquí está! —dijo al fin, asintiendo para sí mismo—. Ah, sí..., sí...

Freirs suspiró y siguió leyendo —*Gondez el monje... Los fantasmas del claustro... Los horrores del castillo recóndito*—, pero unos instantes después el viejo se dirigió nuevamente a él.

—Subestimamos el mal —dijo con un murmullo ominoso.

—¿Cómo ha dicho? —Freirs alzó la mirada.

—Subestimamos el mal —repitió él, leyendo un pasaje del libro—. Hemos olvidado totalmente el horror del auténtico pecado. ¿Qué sentiríais, de verdad, si vuestro gato o vuestro perro empezasen a hablaros y a discutir con vosotros usando acentos humanos? Os inundaría el horror, estoy seguro de ello. Y si las rosas de vuestro jardín cantasen una extraña canción os volveríais locos. Y suponed que las piedras del camino empezasen a hincharse y a crecer ante vuestros ojos, y que el guijarro en el que os fijasteis por la noche hubiese alumbrado flores pétreas por la mañana... Bien, esos ejemplos pueden daros alguna noción de lo que realmente es el pecado. —Alzó al fin la vista del libro, el rostro extrañamente transfigurado, casi en éxtasis—. ¡Maravilloso! ¿Qué cree usted que intenta decir?

Freirs meneó la cabeza sin muchas ganas de involucrarse en una discusión, pero sintiendo con todo cierta atracción por el tema. A su alrededor, algunos lectores levantaron la vista, ya fuese por curiosidad o por sentirse molestos.

—Está claro que se trata de alguna metáfora moral —dijo—. El mal es una violación de la ley física normal, una aberración..., algo parecido a una enfermedad. Pero sus símbolos son... raros, para decirlo de un modo suave.

—Sí. Sí, estoy seguro de que tiene razón. Veo que es usted un joven muy inteligente. —Sonrió con astucia—. Pero, claro, puede que no sean símbolos. Por lo que sabemos, quizá Machen los usaba en un sentido totalmente literal.

Freirs acabó alegrándose de que se marchase, sin duda para molestar a otro lector incauto, pero el maldito libro había desaparecido también. Freirs recorrió la estancia con los ojos, pero no pudo verle y, pese al libro perdido, no estaba muy seguro de querer verle de nuevo. De todos modos, el día casi había terminado. Aún le quedaba por dar su clase de las ocho, y quería ir primero a su casa para prepararla, revisar los trabajos de sus estudiantes y repasar por encima sus *Cahiers* y *Film Comments*. Celuloide, barridos de cámara, *mises en scène*: un mundo distinto y totalmente apartado de los tenebrosos monasterios y caserones góticos, aún más distante de las piedras que florecían y las flores que cantaban. Detrás de la ventana, a varios asientos de distancia, el jardín iba cubriéndose de sombras que trepaban, lentas pero seguras, a lo largo de los muros de ladrillo. Miró su reloj y vio que eran casi las cinco. Acabaría a toda prisa el capítulo y luego se iría.

El sol seguía entrando a raudales por las ventanas del segundo piso, pero de pronto los ojos del viejo se fruncieron como si acabara de ver una sombra en el cielo. Una arruga cruzó su frente y se apresuró a consultar su reloj. Al otro lado de la estancia, convocada por un gesto imperioso de la señora Schumann (ahora de nuevo absorta y feliz entre sus catálogos), Carol rebuscaba en un estante de libros sobre dinosaurios para contentar a un niño y su madre, mientras que la niña aguardaba su turno. La madre le explicó con orgullo que su hijo nunca tenía suficientes libros para leer, en tanto que éste examinaba los dibujos con reptiles monstruosos cebándose sobre otros monstruos más débiles, con fauces que desgarraban la carne y serpientes gigantescas enzarzadas con seres parecidos a murciélagos con alas acabadas en garras y picos de longitud imposible. Carol se dijo que no eran reales; nunca lo habían sido. Luego, rebuscando entre Perrault y Andersen en busca de un cuento de hadas para la niña, miró de soslayo al hombrecillo al otro extremo de la estancia. Estaba apoyado en el alféizar, examinando distraído el libro que había cogido del primer piso. El sol nimbaba su cabellera y de pronto, como consciente de que ella le miraba, alzó los ojos y le hizo un guiño. Tenía una sonrisa radiante; incluso desde esa distancia le agradaba verle sonreír. Así pues, éste iba a ser su futuro patrón. Aún no lograba creer que fuese cierto y tampoco que, mientras durase el verano, sus ingresos iban a duplicarse. ¿Cómo podía permitirse pagar tanto? No parecía rico; Carol reconocía un traje barato en cuanto lo veía. ¿Sería un mentiroso o un loco y el trabajo un fraude? Pero sentía el impulso de confiar en él; quizá hubiese estado ahorrando toda su vida y ahora, al llegar al final, se encontraba sin nadie a quien dárselo. Se preguntó en qué habría trabajado y, por su parte, tuvo que recordarse que no le había sido del todo sincera.

Gracias a Dios no sabía que era una simple ayudante. Mientras leía en voz alta una página, más para la madre que para la hija, rezó para tener un aspecto profesional. «Cada vez que muere un niño bueno, un ángel del Señor baja del cielo, lo toma en sus brazos, extiende sus grandes alas blancas y vuela con él sobre todos los lugares que el niño ha amado durante su vida. Luego recoge un gran ramo de flores y...» ¡Dios, no! Qué

deprimente... Le entregó a la mujer una Cenicienta versión Disney y se aseguró de que la niña aprobaba su elección. El viejo, junto a la ventana, seguía mirándola y le hizo un gesto de aprobación con la cabeza.

—Veo que tiene mucho trabajo —le dijo cuando ella volvió a su lado.

—Oh, pues hoy es uno de nuestros días lentos. —Carol se rió—. Tendría que venir aquí una tarde lluviosa. ¡Es como el parque! —Se alisó el cabello—. Pero estoy acostumbrada. Crecí con tres hermanas y un hermano.

—¿Ah, sí? —Hubo cierta vacuidad en su sonrisa—. Estoy seguro de que todos deben sentirse muy orgullosos de usted, viniendo a una ciudad tan grande...

—Bueno, yo... espero llegar a ser algo —dijo. Quizá debiese tratar de impresionarle para que no cambiase de idea sobre el trabajo—. De hecho, planeo hacer algún curso de psicología el otoño próximo. Expresión corporal y terapia por danza. —«Si consigo el dinero», añadió mentalmente—. Puede que asista a cursos nocturnos una o dos veces a la semana, en Hunter.

—Una institución magnífica, la conozco bien —dijo él, asintiendo cortésmente—. Este trabajo debería ayudarla con algunos de los gastos.

Empezó a volverse.

—Hablando de gastos... —empezó a decir ella, pero se arrepintió, callándose.

—¿Sí? —dijo él, pareciendo ponerse un poco en guardia.

—Bueno, mencionó algo sobre «doce dólares la hora, más gastos», y estaba preguntándome... —esperó no parecer codiciosa—. No es que suponga ninguna diferencia, claro, pero me preguntaba a qué gastos se refería.

—Los de costumbre —dijo él encogiéndose de hombros—. Papel, fotocopias, cinta para la máquina de escribir... Tiene usted máquina de escribir, ¿no?

—Oh, sí, claro. Es decir, tengo acceso a una, la de mi compañera de piso. Casi nunca está en casa. —Un residuo de amargura matinal le hizo añadir—: Y cuando está, no se encuentra en situación de usarla.

—¿Una compañera de piso, dice? —El hombrecillo frunció los labios—. Hmmm. ¿Un espíritu libre, me imagino?

—Eso piensa ella, de todos modos. Pero... —Se detuvo antes de ser injusta con Rochelle—. No es que haga nada malo, pero venimos de sitios muy distintos. Ella fue a una gran universidad estatal y yo a una pequeña escuela católica sólo para chicas.

—¿Y dónde era eso?

No parecía muy interesado. Las sombras resbalaron sobre los muros de la estancia cuando una nube pasó delante del sol.

—Santa María, en Ambridge. —El hombrecillo pestañeó pensativo—. Estoy segura de que nunca la ha oído mencionar, al menos hay veinte más con el mismo nombre.

Más allá de la ventana la brisa hacía oscilar la vegetación. El hombrecillo se movió levemente, tapándole la ventana.

—Pues sí que la he oído nombrar. Sobre la autopista, ¿no? ¿En una colina?

—Usted se refiere a la escuela superior. También fui allí. —A veces le daba miedo la cantidad de cosas que parecía saber—. Espero que no tenga nada contra las escuelas parroquiales.

—Al contrario. Son los únicos sitios donde aún enseñan bien el inglés. —Se apartó de la ventana—. Así que no se movió realmente mucho de una Santa María a otra.

Ella asintió.

—Y luego a Santa Agnes, aquí en la ciudad.

—¿Más estudios?

—No, un convento. En la calle Cuarenta y ocho Oeste. —Esperó a ver cómo reaccionaba—. Pasé allí seis meses y llevo fuera sólo desde enero.

—Usted... ¿una monja? ¡Vaya, jamás lo habría supuesto!

Una chispa de diversión brilló en sus ojos.

—Bueno, no realmente. De hecho sólo llegué al noviciado y nunca vestí el hábito. —Se dio cuenta de que, pese a sus muestras de asombro, no parecía particularmente sorprendido—. Sentí que era algo que debía intentar. Ahora me doy cuenta de que por razones erróneas..., egoístas, quiero decir. Pero en aquel entonces me pareció que no tenía otro sitio adonde ir. Las cosas estaban muy mal en casa, mi padre estaba enfermo y se me metió en la cabeza que si yo hacía los votos de..., bueno, que las cosas podrían mejorar. Quizá mi padre se recuperaría...

—Como un sacrificio —dijo él, pareciendo entenderla—. Fue una elección muy difícil.

—Sí, supongo que lo fue. Pero durante un tiempo sentí que no había escogido yo... Sentí como si me hubiesen escogido. Supongo que de vez en cuando todos tenemos esa sensación. —Se encogió de hombros—. La de haber sido marcados para algo especial. Al menos, eso es lo que pensé. Era una ocasión de darle un sentido a mi vida..., y pensé que me hacía falta.

—Un sentido, sí. —Pareció meditarlo un segundo—. Pero no se quedó mucho.

—Verá..., mi padre murió.

—¡Oh, qué pena!

—Y de todos modos el lugar no era para mí. Empecé a pensar en todo aquello a lo que renunciaba: conocer gente, enamorarme, casarme..., y cuando empiezas a tener esas dudas, sabes que no estás en el lugar adecuado. —Sintió como volvían los recuerdos—. Pero estaba tan segura de haber sido...

—¿Escogida? —Ella asintió—. Bueno, ¿quién sabe? Quizá lo haya sido..., pero no para eso. Algo en lo que ni tan siquiera ha soñado... —¡La entendía! Sería una delicia trabajar con él. Y, como leyéndole los pensamientos, añadió—: De todos modos, creo que nuestro acuerdo será muy productivo para los dos..., aunque esa compañera de piso me preocupa algo. ¿Está segura de que no la distraerá?

—Oh, qué va. Rochelle y yo nos llevamos muy bien. Ella va a lo suyo y yo también. Si trae alguien a casa y yo he de leer, voy a mi cuarto y cierro la puerta. Somos personas muy distintas, eso es todo. Ella cree que yo debería salir más.

—Eso es fácil decirlo —y lanzó un bufido despectivo—. Obviamente, ha perdido la posesión más preciada de toda joven. —A Carol le pareció ver en sus ojos, por primera vez, un brillo colérico, pero quizá fuese un truco de la luz: la habitación estaba ya casi en penumbra—. ¡Siga mi consejo y tenga cuidado con los hombres que ella traiga a casa! No son para usted.

Su voz ya no era amable. Carol asintió obedientemente, medio convencida.

—Me recuerda a mi padre. Siempre me protegió mucho.

—Claro, claro. Para eso están los padres..., para asegurarse de que sus jovencitas no hagan lo que no deben. —Meneó la cabeza—. Lo siento, no quería soltarle un discurso. Estoy seguro de que echa mucho de menos a su padre.

—Oh, sí. Me habría gustado conocerle mejor, pero era tan viejo, incluso cuando yo era niña, que nunca estuve muy cerca de él. Y ahora, cuando voy a casa, lo único que puedo hacer es comprar flores para su tumba.

—Ah, sí, las flores y las coronas. Siento la tentación de consagrarles un capítulo del libro...

—¿Quiere decir que no son sólo un adorno?

Y sintió un leve escalofrío. El asintió, pero ahora tenía el rostro sombrío. La estancia permanecía inmóvil y callada salvo por un niño que leía en voz alta y monótona una canción infantil. «Tiembla y ruge, la colina del maíz.» El cielo se había vuelto gris.

—Todas las costumbres funerarias pueden remontarse a la antigüedad, igual que los ritos fúnebres. Ponemos flores en las tumbas porque..., bueno, por la misma razón que una mujer se perfuma. Aunque un cadáver no pueda perfumarse... —Ella se mordió el labio—. No, ya sé que no es nada bonito, pero ése es el tipo de material con el que trabajaremos. En el fondo, casi todas las ceremonias son desagradables, bruscas y totalmente implacables. Incluso las lápidas...

—Creía... —Se detuvo de golpe. Algo blanco como la nieve había revoloteado al otro lado del cristal recortándose contra el cielo oscuro y los ladrillos. Distinguió fugazmente unas alas, como un ángel cayendo o un pájaro de imposible blancura—. Creí que eran sólo para indicar el lugar de la tumba.

—Y también para retener el cadáver —dijo él alzando la voz—, para evitar que se levante.

Cogió el maletín y se apartó de la ventana...

Ella se volvió para mirarle y a su espalda oyó un agudo griterío; una bandada de pájaros sobre el jardín. Deseó mirar por la ventana, pero habría sido algo descortés.

*Mírala, fíjate bien,
es la colina del maíz.*

La frágil voz del niño canturreaba despertando ecos en la habitación.

*Si el cuervo no te coge,
el ratón te pillará.*

El viejo rebuscó de nuevo en su maletín. Parecía tener mucha prisa.

—Tenga —dijo entregándole un fajo de papeles—. Aquí debería encontrar algún material interesante y puede considerarlo como su primer encargo.

Eran fotocopias de artículos aparecidos en revistas especializadas. El primero se titulaba *Paganismo celta. Una investigación sobre la epigrafía y los ciclos míticos del siglo IV*. Parecía tan impresionante como el siguiente, *La etnografía de los akamba*, aparentemente

nativos del este de África.

— ¿Tengo que resumirlo todo?

— Eso es, sólo una o dos páginas por artículo. Creo que le gustará.

Empezó a dudarlo examinando otro artículo. *Informe de la expedición antropológica Cambridge a los estrechos de Torres, con atención especial a...*

— ¿Dónde se encuentran los estrechos de Torres?

— En el sur del Pacífico. Como puede ver, tengo intereses muy amplios —sonrió.

*Piérdete, aráñate
en la colina del maíz...*

El último parecía bastante inocuo. *Notas sobre el folklore de los condados norte de Inglaterra y sus cercanías*, Londres, 1879. Quizá no fuese tan malo. Se acordó de lo mucho que iba a pagarle.

*Si el ratón no te pilla,
el topo te cogerá.*

El anciano carraspeó. Ella alzó la vista y le encontró sosteniendo un talonario de cheques y una pluma.

— Aparte del trabajo, creo justo entregarle una suma para los gastos —dijo—. Llamémosle un adelanto... No será gran cosa pero le animará un poco el fin de semana. — Le guiñó el ojo—. Bien, ¿a qué nombre lo hago?

La pregunta le pilló por sorpresa y tuvo un segundo el loco impulso de darle un nombre falso, aunque ello significase que el cheque sería inútil, pero inmediatamente se avergonzó de sí misma. Rochelle siempre se burlaba de su timidez; había llegado el momento de crecer. Y de todos modos, ¿a qué tenía miedo? Dios cuidaría de ella.

— Carol Conklin.

— ¡Ah! —Lo escribió con el rostro radiante—. ¡Un magnífico nombre *nederlandse*, muy antiguo!

Ella asintió sin demasiada certeza.

— Pero creo que la familia de mi madre era de Galway.

— Ah, sí —dijo él—. Conozco bien ese lugar.

*Corre, vuela, escóndete
en la colina del maíz.
Si el topo no te come
el gusano ya lo hará.*

Le alargó el cheque con una de sus rechonchas manitas.

— Y yo me llamo Rosebottom. ¡Nada de bromas, por favor! —Sus viejos ojos chispearon alegres—. Puede llamarme Rosie, todos lo hacen.

— ¿No quiere que le llame señor Rosebottom?

— Nada de señor. Ni tan siquiera tío... sólo Rosie. —Le metió el cheque

materialmente en la mano—. Vendré la semana próxima a ver cómo le ha ido.

Le hizo una reverencia cortés y se fue hacia la escalera, balanceando su maletín. Por un segundo vio su rosada cabecita reluciendo entre los barrotes de la barandilla, oscilando a un lado y a otro hasta que, siempre sonriente, desapareció.

Lo primero que hizo Carol una vez hubo marchado el hombrecillo fue examinar el cheque. Apenas si pudo entender el Aloysius Rosebottom de la firma, pues las letras se enredaban como zarcillos de yedra en contraste con el ordenado A. L. ROSEBOTTOM impreso en la parte superior. En el centro había escrito *Treinta dólares*. Se preguntó si podría cobrarlo hoy mismo. Los bancos ya habrían cerrado seguramente. Sólo cuando ya había guardado el cheque en su bolsillo y estaba volviéndose para ver si algún niño necesitaba su ayuda descubrió que el hombrecillo había olvidado su libro. Seguía en el alféizar donde lo había dejado, un pálido bloque de color amarillo cada vez menos visible a medida que la luz iba muriendo. Al cogerlo, la sorprendió su peso. Parecía mucho más antiguo de lo que creyó al principio, más que casi todos los libros del segundo piso. La encuadernación estaba desgastada en algunos sitios pero la tapa aún conservaba los restos de un dibujo (que parecía una imitación de Beardsley) en el que se veía la cabeza de algún animal fantástico; Carol logró distinguir unos cuernos largos y flexibles (¿o eran antenas?) y unos enormes ojos saltones de gruesos párpados. El lomo del libro estaba igualmente adornado con una guirnalda de flores y hojas de aire Victoriano. La mayor parte del título había desaparecido pero logró descifrar las palabras *La Casa de las Almas* por el relieve. Los números trazados con tinta blanca referentes al catálogo casi parecían una profanación.

—Ese anciano se lo dejó en el alféizar —le dijo a la señora Schumann, que había estado ofreciéndoles las revistas de la semana a un grupo de niños pacientes y nada interesados en ellas. Carol se lo enseñó—. Es raro que no se le haya roto la encuadernación, dado el tipo de cosido. Valdrá más que lo devuelva abajo, puede que alguien ande buscándolo.

—Supongo que sí —dijo la bibliotecaria no muy segura. Por primera vez parecía indecisa, como desorientada—. No ha hecho usted nada en todo el día. ¿Quién era ese anciano?

—Un amigo de mi padre. —La mentira era curiosamente reconfortante, como si el haberla pronunciado la hiciese ser verdad—. Lo trajo aquí arriba por error.

La señora Schumann parpadeó a medida que su lento cerebro iba entendiéndolo todo, ignorando a dos niños que hacían estragos en la colección de *Crickets* y *Ranger Rick*, y Carol salió apresuradamente de la estancia. Mientras bajaba la escalera examinó el libro. Era una colección de relatos de alguien llamado Machen; nunca había oído el nombre antes y no estaba ni siquiera segura de cómo pronunciarlo. Se preguntó cómo su nuevo conocido (¡Rosie, qué bien le encajaba el nombre!) se las había arreglado para llevárselo sin enterarse. ¿Había pensado que entraba en su campo de estudio? «Quizá sean cuentos de hadas», pensó, y lo abrió al azar en un relato llamado «El pueblo blanco». Alguien (esperaba que no fuese Rosie) había garabateado unas cuantas notas con lápiz en la parte superior de la página. Examinó brevemente los párrafos iniciales, una discusión más bien abstrusa sobre el pecado, volvió a cerrarlo y decidió que no era desde luego ningún cuento

de hadas.

El primer piso seguía tal y como lo había dejado, lleno de figuras pálidas e inmóviles como estatuas y tan silencioso como el almacén de un museo. Carol miró el reloj situado sobre el primer escritorio; tenía uno en casa, un regalo de una lejana Navidad, pero se había roto y nunca tuvo dinero suficiente como para hacerlo arreglar. «Hasta ahora», se recordó a sí misma. Eran casi las cinco y cuarto, aún una hora y media para salir antes de que la señorita Elms apagase las luces un segundo y anunciase que era hora de cerrar. Durante uno o dos minutos no habría ninguna reacción salvo suspiros irritados, y luego una a una las estatuas volverían a la vida. Los estudiantes pasarían las páginas a toda prisa y los que se habían dormido levantarían la cabeza sacudiéndola para librarse del torpor del sueño. Recogiendo libros y chaquetas todos irían poniéndose en pie gruñendo y pestañeando para dirigirse al escritorio delantero.

Rosie había hablado de un hombre joven con gafas sentado bajo el tablón de anuncios. Carol le reconoció de inmediato como un visitante asiduo de la biblioteca, un hombre joven y algo grueso de aspecto distraído con el cabello color arena y muy corto. Llevaba una camisa deportiva algo gastada, con las mangas subidas dejando al descubierto sus brazos delgados y pecosos. Una chaqueta azul a la que le hacía falta un planchado urgente estaba colgada del respaldo de su asiento y una bolsa roja para libros, ahora vacía, descansaba junto a su codo sobre la mesa. Estaba examinando un enorme volumen, algún tipo de catálogo de la sección de referencias; junto a él tenía un cuaderno amarillo lleno de notas que parecían tomadas a toda prisa. Se acercó a él y se aclaró la garganta. Varias cabezas se levantaron para mirarla.

—Disculpe —murmuró.

Él alzó los ojos con expresión de fastidio, pero al ver a Carol sus rasgos se suavizaron. Quizá también la había reconocido. Le tendió el libro amarillo.

—Creo que puede ser suyo.

—¿Mío? —Examinó el libro y luego asintió—. Oh, sí. Estupendo. —Habla en voz muy baja—. ¿Dónde lo ha encontrado?

Al coger el libro sus ojos brillaron un brevísimo instante y se posaron en sus pechos. Era casi una formalidad; había conocido sacerdotes que lo hacían también.

—Alguien lo subió al segundo piso por error.

—Ya... Apuesto a que sé quién. —Sonrió con amargura—. Ese anciano raro que me encontré hoy entre las estanterías.

—Se refiere a Rosie. —Rió y una vez más algunas cabezas se volvieron a mirarla—. La verdad es que es una persona estupenda. Está trabajando en un libro. —«Y yo le estoy ayudando», quiso añadir.

—Bueno, pues no me ha dejado trabajar mucho en el mío. Esperaba terminar esto para hoy —golpeó con los dedos el volumen de Machen—, y ahora no tendré tiempo. ¿Puedo sacarlo de la biblioteca?

—Éste no —susurró sin echarle ni tan siquiera un vistazo a los números para asegurarse—. Fondos especiales, no puede salir de la biblioteca.

—Me lo temía. —Fruunció el ceño—. Quizá pueda fotocopiar algunas cosas antes de irme.

Echó la silla hacia atrás y Carol vio que iba a dejarla.

—Espere —dijo siguiendo un impulso repentino—. Yo lo haré. —La única alternativa era subir de nuevo arriba con los niños, sus madres y la ira creciente de la señora Schumann—. Tengo acceso a la fotocopidora y creo que ahora está libre, al menos hace rato que no la oigo funcionar.

—Eh, muy amable de su parte. Un montón de gracias. —Abrió el libro y pasó el dedo por el sumario—. Veamos..., probablemente necesitaré sólo «El gran dios Pan» y «La luz interior». —Escrutó los títulos—. Y puede que «El pueblo blanco», ese del que hablaba el viejo... —Le tendió el libro y luego rebuscó en su cartera entregándole un billete de diez dólares—. No sé cuánto costará, ya me devolverá el cambio.

«Hoy todo el mundo me da dinero —pensó Carol dirigiéndose hacia las oficinas y el cuartito sin ventanas de la parte trasera que albergaba la Xerox—. Mi suerte debe de estar cambiando».

Pegada con celo a la oscura puerta de madera bajo un cartel de NO ENTRAR - SÓLO PERSONAL, colgaba una hoja de papel en la que se leía *Para los vales ver a la señorita Tait*. En el interior, el aire olía a sudor y aceite de engrasar; un ventilador portátil sobre una mesa en el rincón poco hacía para aliviar el calor. El ayudante de la señorita Tait, un anciano de aspecto furtivo y hombros estrechos que parecía tan a gusto en el cuartito como un eremita en su cueva, estaba inclinado sobre una de las dos máquinas silenciosas cuya inmensa tapa de metal y vidrio había sido levantada como el capó de un coche averiado.

—Oh, no —dijo Carol—. ¿Otra vez rota?

Sabía que la segunda máquina llevaba meses estropeada; los repuestos parecían estar eternamente «en camino». El hombre alzó la cabeza al entrar ella, pero volvió a inclinarse sobre la máquina hurgando en sus entrañas con un destornillador. A Carol le recordó la bruja de *Hansel y Gretel*, a punto de ser engullida por el horno.

—Hace una hora iba de perlas —murmuró—, pero cuando volví de comer... —Sonrió y movió el destornillador; algo cedió en las entrañas del aparato con un ruido metálico—. Bueno, ahora sí que está rota. —Se incorporó limpiándose las manos y la miró con cara de sospecha—. ¿Vio entrar a alguien cuando yo no estaba?

—No vi a nadie. —Con un suspiro empezó a llenar el vale y lo dejó con el libro sobre un montón de otros para fotocopiar, con los vales colgando entre sus páginas como galardones conmemorativos—. No es su día de suerte —le dijo al volver a la mesa, entregándole de nuevo el billete—. Las dos máquinas están estropeadas y sus fotocopias no estarán hasta el lunes como muy pronto.

—¡Oh, maravilloso! Me voy de la ciudad el domingo por la mañana y no volveré hasta el final del verano.

—Bueno, si quiere... —le susurró como hablándole a un niño desconsolado—, yo podría fotocopiar lo que le haga falta y mandárselo por correo.

—¿De veras? —Él la miró sorprendido.

—Claro, lo estamos haciendo constantemente. Después de todo para eso paga usted y pienso que debería conseguir algo a cambio de su dinero.

La contempló con ojos repentinamente apreciativos, como si a pesar de lo que acababa de decirle le estuviese ofreciendo hacerle un favor muy personal.

—Sí, sería estupendo. Pero técnicamente hablando no soy un abonado, estoy aquí por concesión de la facultad. ¿Importa?

—No. Sólo dígame dónde quiere que se lo mande.

—Tendrá que ser a un apartado de correos en Jersey —dijo escribiendo en una página del cuaderno—. No conozco el código y es un lugar tan remoto que puede que ni siquiera lo tenga.

—Suená muy bien —dijo sintiendo una leve envidia.

Ella estaría aquí la semana siguiente y él estaría en el campo.

—Sí..., como ir al siglo pasado, completamente alejado del mundo. No puedo creer que vaya a estar allí el domingo próximo. —Sonrió, arrancando la página y entregándosela—. Probablemente cuando vuelva sufriré un shock cultural.

RFD I, Apartado 63, Gilead, New Jersey, leyó.

—Ha olvidado su nombre —dijo, devolviéndosela.

Él rió y luego bajó la vista al mirarle irritados varios lectores.

—Jeremy —susurró, escribiéndolo—. Jeremy Freirs. —La apuntó con el dedo como si fuera una pistola—. Es el tipo de nombre al que debería seguir algo como «Detective de lo Oculto», ¿no cree? En tiempos fue Freireicher, según me han dicho, pero acabaron podándolo. —Hizo una pausa—. ¿Y el suyo?

Ella vaciló sólo un segundo aunque sabía que esta persona, a diferencia del viejecillo, era potencialmente capaz de hacerle daño.

—Carol Conklin. De un lugar igualmente remoto de Pennsylvania.

Santo Dios, ¿por qué se había ofrecido a tanto? ¿Qué le pasaba? No se trataba de conseguir una cita. Para el domingo ese hombre estaría muy lejos. ¿Y por qué iba a querer una cita con él? No era su tipo en lo más mínimo. Él la estaba mirando con una sombra de sonrisa en los labios.

—¿Es usted una de esas chicas granjeras de las de las que siempre he oído hablar?

Estaba preguntándose qué tipo de respuesta inteligente esperaba él cuando por el rabillo del ojo vio un movimiento. La señorita Tait, flaca y con el delgado cuello de una gallina, la estaba mirando, y cuando Carol se volvió hacia ella le hizo un gesto de impaciencia.

—Oh, oh —musitó Carol—, tengo que irme.

—Bueno, tenga esto —dijo él, pareciendo decepcionado y entregándole la hoja del cuaderno con su nombre y dirección—. Le hará falta.

—Necesitaba cierto material de investigación —le explicó a la supervisora enseñándole el papel. Había preparado su historia mientras iba de una mesa a otra intentando parecer muy ocupada—. Se marcha y quiere que le haga fotocopias.

—Muy bien —dijo ella sin el menor interés—. Que llene un impreso de petición antes de irse. Ahora deje eso en su mesa y vuelva aquí; hay montones de cosas que debería estar haciendo. No le pagan para que ande coqueteando.

Ruborizada y a disgusto, Carol evitó deliberadamente mirar hacia la mesa del joven al dirigirse a la oficina de la parte trasera. Estaba vacía salvo por el señor Brown, encargado de adquisiciones, que alzó los ojos de su diario con aire culpable al entrar ella. Sonrió al reconocerla y siguió observándola en vez de volver al diario, con algo más que

animación en sus ojillos, mientras ella metía la hoja en la agenda de su mesa. De pronto, había empezado a odiar Voorhis, el tener que recibir órdenes de todo el mundo, incluso el trabajo que le había echado a perder la única oportunidad que había tenido en... ¡Dios!, le parecía que en meses, de hablar con un hombre que parecía francamente interesado en ella. Notó pesar sobre ella la enorme masa del edificio, una carga aplastante que le impedía respirar. Al salir de la oficina vio con sorpresa que el joven había desaparecido; su chaqueta ya no colgaba del respaldo y el escritorio estaba vacío, salvo por tres o cuatro libros que alguien del personal (probablemente ella misma) pronto volvería a guardar en los estantes. Sintió una breve oleada de ira como si la hubiese traicionado; se había limitado a recoger sus cosas e irse sin decirle ni adiós. Sólo había sido para él una criada, como una camarera; alguien a quien pedirle que le enviase por correo algún material de investigación. Qué idiota había sido creyendo incluso por un minuto que estaba interesado en ella. Y pensar que la habían reñido por su culpa...

Pasaba junto a los estantes de las colecciones especiales al lado de los ficheros cuando oyó pronunciar su nombre en voz muy baja. Se volvió y ahí estaba entre dos hileras de estantes como un fugitivo al acecho en un callejón, temiendo salir de él. Sostenía la chaqueta y la bolsa de libros como si fuese a salir corriendo de un momento a otro. Con una sonrisa, le indicó que se acercase.

—Carol —susurró, y ella se sintió halagada por la familiaridad que había en su tono—. He estado pensando en que viene usted del campo y... —Estuvo a punto de corregirle ya que no era ésa la impresión que había querido dar, pero luego vio que obviamente era una apertura ensayada—. Pensé que le interesaría la película que proyecto esta noche. Es sobre la infancia en una granja.

—¿Proyecta usted una película?

—Sí, enseñó una noche a la semana en la New School. «El Cine de la Magia». Esta noche doy mi última clase y veremos *Les Jeux Interdits*.

—¿Cómo? —Su cambio de idioma había sido tan fluido que la había despistado.

—*Juegos prohibidos* —dijo él, acercándose más, como si le confiase una contraseña.

—Nunca la he oído mencionar —murmuró Carol—. ¿Es en francés?

—La acción ocurre en una granja durante la segunda guerra mundial —dijo él con cierta impaciencia, y ella temió que la creyese estúpida—. Dos niños pequeños forman un club secreto. Recogen cuerpos de animales (un escarabajo, una lagartija, un topo) y los entierran usando complejos rituales mágicos y lápidas que roban del cementerio local. Toda la acción es a través de sus ojos.

—Suena interesante —susurró Carol.

Estaba empezando a ponerla nerviosa el tiempo que llevaban allí; habría tenido que volver para que le diesen más trabajo hacía ya un buen rato.

—Bueno... ¿por qué no viene esta noche? Puede que le guste, y entrará gratis. —Le sonrió—. Todos habrán tenido que pagar siete dólares por el privilegio de ir.

—Sí, podría ser divertido —se apresuró a decir ella pensando en la noche vacía que, de lo contrario, la aguardaba—. ¿Sólo he de ir y entrar?

—Claro. Empieza a las ocho en la sala 310, al final del pasillo. Sólo tendrá que seguir a la multitud.

—Quizá pueda... Sólo que hoy es la noche que salgo más tarde, trabajo hasta las ocho.

Pensó que quizá estaba pareciendo demasiado ansiosa por ir y sería impensable dejarle darse cuenta de que no tenía otra cosa que hacer esa noche.

—Oh, no es problema. Nunca somos tan puntuales y la New School está sólo a unas diez manzanas de aquí. No debería tardar usted mucho en llegar.

—Intentaré ir, de veras. —No estaba muy segura de dónde se hallaba la escuela pero ya lo preguntaría de camino—. Oiga, debo marcharme, me esperan.

—Oh, sí, claro. Yo también he de irme. —Se colgó al hombro la bolsa roja—. Bueno, entonces supongo que la veré esta noche.

Sin esperar respuesta ni darle tiempo a cambiar de idea se volvió dirigiéndose hacia al puerta.

Después de otros veinte minutos de pausa Carol logró quedarse en el primer piso gracias a un descuido de la señorita Tait, pero no pudo concentrarse en su trabajo pese a que colocar las nuevas adquisiciones en el fichero no requería ningún gran esfuerzo mental. Estaba pensando ya en la velada, deseando haber tenido la ocasión de ir a casa y ponerse algo más bonito que la blusa de su hermana que llevaba hoy. Siempre ocurría igual: la gente importante aparecía cuando estabas hecha un adefesio. No era una cita auténtica, claro, pero era lo más parecido que tendría en todo el fin de semana y habría preferido tener buen aspecto. Su vida se había complicado repentinamente llenándose de más posibilidades como un tren que al fin avanza por las vías cobrando velocidad; el día, entre Rosie y Jeremy, había sido muy especial y estaba segura de que esto era sólo el principio. Cuando la señorita Tait la mandó de nuevo a los estantes bajo la ventana sur para que arreglase la polvorienta colección de *Natural History*, aprovechó la soledad para fantasear.

Por fin se puso en pie con las rodillas doloridas y se alisó la falda. Al otro lado del cristal estaba el jardín, aún más descuidado visto a esta altura, todo un mundo frío y callado aprisionado entre ladrillos y cristales, con los arbolillos moviéndose bajo una brisa inaudible y de aspecto más tenebroso que antes, dado que los edificios circundantes tapaban ya toda la luz del sol. Era como ver un bosque oscuro; casi era posible olvidar que estaba en la biblioteca. Y entonces, con un estremecimiento momentáneo, recordó las diminutas formas negras que había visto desde arriba. Se puso de puntillas y atisbó por encima de los estantes.

Sí, aún seguían ahí junto al muro, bajo la ventana, cubiertas de sombras y medio enterradas. Había algo familiar en ellas. Forzó la vista y al reconocerlas dio un respingo de sorpresa: eran los restos calcinados de algún animal. Una mano le tocó el hombro.

—Creí haberla mandado arriba —dijo la señorita Elms, la ayudante de la supervisora.

—Tuve que devolver un libro aquí abajo y la señorita Tait me encargó que me ocupase de estas revistas...

Se detuvo. Había visto algo reflejado en el cristal y durante un segundo creyó distinguir un pequeño rostro rosado que la miraba al otro lado de la habitación en

penumbra. ¿Rosie? ¿Había vuelto a buscarla? Oyó el *swish-swish* de las puertas que daban a la calle. No había nadie.

—Bueno, no se quede todo el día por aquí —dijo la señorita Elms—. Veo que esto ya lo ha arreglado y hay docenas de cosas que podría estar haciendo.

—Sólo quería ver qué hay ahí fuera. —Señaló el jardín—. ¿Lo ve, en el zarzal?

—¡Dichosos niños! —dijo ella tras ajustarse las gafas y mirar con cara de sospecha al jardín. Meneó la cabeza—. ¿Cómo demonios habrán podido entrar ahí? Se supone que la puerta está cerrada. —Dejó que las gafas le resbalasen de la nariz y volviesen a colgarle del cuello—. Parece como si alguien hubiera comido gallina.

—¿Gallina? —Carol sintió un gran alivio al oírla.

—Pues sí. Hay un restaurante de comidas rápidas en la Octava Avenida, ya sabrá cual. —Miró el reloj—. ¿Y si echara una mano en la recepción? Dentro de uno o dos minutos empezarán a hacer cola para devolver los libros.

Carol la siguió hacia la mesa. Detrás del cristal el viento sopló con más fuerza en el jardín, siempre inaudible, agitando la espesura y arrancando hojas de los árboles. Algo blanco pasó volando junto al cristal impulsado por el viento: unas delicadas plumas blancas con las puntas manchadas de rojo.

Por encima del agua el cielo es rojo y oro. El agua brilla con un tono rojizo y en cada gota nada el reflejo pálido de una media luna. El Anciano, su maltrecho maletín de cuero bien sujeto bajo el brazo, se detiene el tiempo suficiente para apreciar la simetría: una media luna en el cielo del anochecer y su contraparte reflejada en las ondulaciones del agua..., las dos mitades de una cascara de huevo rota que nunca podrá ser restaurada de nuevo. Ciertamente, es un signo de la presencia de los Moghu'vool. Muy pronto el huevo se romperá y la bestia habrá despertado.

Formas blancas vuelan en el aire lanzando chillidos; los sucios tejados resuenan con sus gritos. Da la vuelta y prosigue hacia el sur sin hacer caso de los lúgubres lamentos. Tiene las piernas cortas y avanza despacio pero no hay prisa alguna. Las sombras crecen sobre la ciudad y diminutas luces se encienden en las ventanas poniendo de relieve las oscuras formas de las casas. Las ventanas más altas aún reflejan destellos de sol y a la derecha el río reluce con las doradas columnas de los rayos solares que atraviesan un banco de nubes. Invisible en la lejanía, aunque tan palpablemente cercana que oye cada uno de sus alientos, la comunidad de granjeros, más allá de las colinas, se reúne ahora para la siembra observando fielmente las costumbres del clan, recitando sus tontas oraciones y cantando hosannas a su tonto dios. Aún más cerca distingue las siluetas de los tanques y las fábricas alzándose en la costa y sobre ellos la luna flotando inalcanzable, lejana, serena, más brillante a cada minuto que pasa. Dos amantes atraen la atención del Anciano, abrazados obscenamente sobre una losa de cemento junto al agua; luego la torpe figura de alguien que corre y un perrito blanco que retoza en la hierba. Cómo le gustaría atraerlo hacia la autopista... Pero sabe que éste no es el momento. Tiene una labor más importante y un destino que le aguarda; debe hallarse oculto entre las sombras cuando el hombre y la mujer salgan del que será su segundo encuentro.

La mujer, la pequeña perra codiciosa... ¡qué hallazgo! Fue tan laborioso conseguirle

ese trabajo, encajarla en su sitio... pero valió la pena. Es perfecta. Quizá (sonríe) debería hacerle una limosna al Convento de Santa Agnes. Claro que esa loca compañera de piso podría ser un problema... Pero no es gran cosa y menos con todo lo que ha logrado hoy. El contacto inicial ha sido realizado y la entrevista ha ido según el plan. Los jugadores ya han sido elegidos y las grandes ruedas empiezan a moverse. Hace girar su maletín rodeado del veloz río del tráfico y en la acera resuena su cascada risilla de viejo. ¡«Ini mini meni mé», cierto! ¡Qué fácil ha sido!

Freirs miró por quinta o sexta vez el reloj y finalmente se abandonó a una amargura que era incapaz de combatir. Pasaban quince minutos de las ocho y la pelirroja de la biblioteca no había aparecido. Debió de estarle siguiendo la corriente... Pero, maldición, pareció que le gustaba realmente y su interés había sido aún más grato porque le costaba disimularlo, no como las chicas de sus clases cuyas maneras seductoras le hacían sentir viejo aunque tuvieran su misma edad. Hasta su delgadez le había atraído, como si por arte de magia fuera a compensar su exceso de peso. La última proyección de esta noche parecía un medio perfecto de volver a verla, pero aparentemente la había juzgado mal. No había venido y la clase brillantemente iluminada estaba ya casi llena. Muy pocos de esos rostros significaban algo para él: esta noche iba a estar de bastante mal humor. En el centro del aula uno de los estudiantes más pelotas se daba aires de importancia junto al interruptor de la luz, aguardando su señal como un soldado obediente. En la parte de atrás, junto a los dos proyectores de 16 milímetros, el proyccionista le miraba impaciente. Bueno, ya no podía hacer nada o retrasar la película más tiempo. Siempre habría algunos que entraran armando jaleo y sin disculparse empezada la proyección, a veces incluso media hora tarde (más de la mitad de la clase estudiaba arte en Parsons y carecía del menor sentido de la puntualidad), pero si esperaba más, los puntuales que luego escribían largos trabajos cuidadosamente mecanografiados y siempre alzaban la mano en clase sudando tinta para lograr graduarse tendrían todo el derecho del mundo a irritarse. Ya empezaban a olvidar dónde estaban y el volumen de la charla iba subiendo. Miró al de los interruptores y le hizo una seña con la mano.

El cuarto se esfumó en una oscuridad interrumpida sólo por el cono de luz blanca cuya base era la pantalla. El polvo y la humareda de los cigarrillos, súbitamente visibles, flotaban en la oscuridad como ectoplasmas escapados del universo de los espíritus. Freirs se volvió y empezó a dirigirse hacia la pared que tenía más cerca, preparándose a soportar la primera mitad de la película para escabullirse luego y leer algunas cosas que se había traído, cuando oyó un susurro ronco y apremiante, «¡Señor Freirs!». Donna, varios asientos más a la derecha, el cabello rizado y los senos opulentos, con sus grandes ojos cargados de maquillaje, claramente visibles en la oscuridad, le hacía señas indicándole el asiento junto a ella. Uno de sus pendientes de gitana brillaba con la luz del proyector. Siempre había una o dos como ella en cada clase: inteligentes, agresivas y al final mucho más posesivas de lo que parecía. Nunca las dejaba llegar muy lejos. «¡Señor Freirs!», repitió agitando una invitación. Ah, bueno, la chica delgada de la biblioteca no había venido y Donna tampoco estaba mal. De hecho era algo exótica y no tenía ni un pelo de tonta. Poniendo mucho cuidado para no tropezar con las hileras de pies extendidos, se

abrió paso hacia ella entre las tinieblas.

Los bosques eran un mosaico de sombras y luces. A su lado fluía el río con el sol punteando los cañizos. Con los ojos muy abiertos, claramente aturdida, la niña andaba insegura por un sendero que bordeaba el río cuando éste pasaba junto al bosque. En sus brazos llevaba algo pequeño y blanco que colgaba inmóvil..., quizá un osito de peluche o algún otro muñeco infantil. El plano cambió y Carol se echó un poco más hacia adelante para ver mejor. No era un juguete; la niña sostenía en sus brazos un perrito muerto. Nadie pareció muy sorprendido, sólo Carol. De hecho parecieron divertirse. Algunos se aburrían y hablaban con sus vecinos sin ver la película, y a su izquierda había un joven sin afeitar que se había derrumbado en su asiento y ya tenía los ojos cerrados. Una fila más adelante una mujer parecía tomar notas, pero cuando estuvo cinco minutos sin levantar la vista Carol se dio cuenta de que estaba escribiendo una carta.

Hacía calor. Demasiada gente y humo de cigarrillos y apenas podía leer los subtítulos desde su asiento: el suelo del cuarto no estaba inclinado y las cabezas de otras personas se entrometían constantemente entre ella y la pantalla demasiado baja. Carol no se atrevió a salir de la biblioteca hasta haber terminado todo el trabajo y Jeremy debió de equivocarse al decirle lo que tardaría en llegar, pues incluso no habiéndose perdido llegó casi veinte minutos tarde. Ya empezaba a lamentar haber venido; no podía ver a Jeremy en la oscuridad y se encontraba incómoda y sola. En la pantalla la niña y un chico, aparentemente un campesino, celebraban una especie de funeral por el perrito, al que habían enterrado en el interior de un molino abandonado. El muchacho puso una tosca cruz de madera sobre el montículo y luego, trepando por las vigas, buscó un nido de buho del que sacó el diminuto cuerpo de un topo. Lo enterró junto a la otra tumba; así, dijo, el perrito no estaría solo. Cuando la niña contribuyó al funeral con las cuentas de su rosario él las puso solemnemente sobre la cruz. Carol sintió que algo de la escena la conmovía; le traía recuerdos de su propia infancia y los rituales religiosos secretos que había celebrado sin saber muy bien por qué. Por desgracia, el resto de la película lo dominaban los adultos, meras caricaturas de aire estúpido y ridículo por las que era imposible sentir nada. A Carol empezó a dolerle la espalda y cada vez se olvidó más de la pantalla. El joven sin afeitar seguía dormido y las luces y sombras del proyector jugaban en su rostro como las sombras de un sueño. Las mismas luces se reflejaban en las gafas de un joven corpulento sentado varios asientos más lejos, cerca del muro, con el tronco muy erguido y las piernas balanceándose impacientes a un lado y a otro. ¿Era Jeremy? Carol intentó verle mejor, pero era difícil estar segura en la oscuridad. Por un instante, como respondiendo a sus pensamientos, pareció que iba a volverse hacia ella, aunque sus ojos los ocultaba el brillo de la pantalla. Pero una mujer de cabello oscuro sentada junto a él le susurró algo en el oído y los dos se pusieron a hablar.

Al final, como si fueran dos amantes, el niño y la niña fueron separados y Carol sintió formarse en su garganta el nudo familiar de tristeza. El muchacho pisoteó los montículos derribando las cruces y escondió el rosario en el nido del buho, en tanto que la niña, rígida de pavor, era llevada a rastras como una prisionera y se perdía entre el tumulto y la confusión de un centro de refugiados lejano. Hasta ese momento, la historia

había transcurrido en una granja aislada y había sido fácil olvidar que más allá del trigo y los pastizales, el mundo moderno se dirigía a toda velocidad hacia la destrucción. Miró de nuevo al joven que estaba cerca de la pared... Sí, ahora estaba segura, era Jeremy. Le vio susurrar algo a su compañera del cabello oscuro. La mujer se volvió a mirarle, sonrió y le contestó en otro susurro. Le tocó el hombro con familiaridad y Carol sintió una decepción tan intensa que la obligó a contener el aliento y apartar la mirada. Vio que el haber venido era un error; había sido una tonta esperando otra cosa. ¡Adiós a sus fantasías! Momentos después las letras *Fin* llenaron la pantalla como una puerta cerrándose de golpe sobre las vidas de los personajes. Cuando se encendieron las luces ya habían desaparecido en el recuerdo, mas para entonces Carol ya había salido; se puso en pie y abandonó el aula antes de que terminase la película.

Cuando llegó a la New School aún había algo de luz en el cielo. Ahora salió a la calle para encontrarse con la oscuridad rota sólo por el brillo melancólico de los faroles y algunas ventanas iluminadas detrás de las cortinas o persianas. Sobre las chimeneas y los orificios de ventilación, un pedazo de luna parecía lejano y diminuto. Después del calor y la brillante luz blanca de la clase, el frío aire nocturno con su soledad y su silencio era un alivio. Pero estaba cansada, como aplastada por una repentina sensación de fatiga bajo la que acechaba una inexpresable soledad. Varias parejas de su edad pasaron a su lado dirigiéndose a una fiesta, un bar o una discoteca y algo en sus voces la hizo sentirse dolorosamente vieja. A medio camino de la Sexta Avenida pasó junto a un portal desde el que llegó a su olfato el olor de una pizza; aún no había cenado. Durante la película había olvidado su hambre y ahora ésta volvía de pronto aún más imperiosa. Normalmente se habría detenido en la «bodega» abierta toda la noche que había en su calle a comprar espaguetis o arroz, pero esta noche la idea de guisar en la humeante cocinilla del piso con las eternas cucarachas acechando en los rincones era demasiado deprimente como para tomarla en consideración. Se detuvo al llegar a la avenida; aunque estaba muy cansada, era demasiado pronto para volver a casa.

La verdad era que cuanto más lo pensaba peor le parecía la idea de regresar. Rochelle estaría allí con su nuevo acompañante, ese fanfarrón aparentemente tan orgulloso de su cuerpo que siempre dejaba pelos oscuros y rizados en la bañera y el lavabo. La cocina rebosaría con montones de platos y cacerolas sucios y, sin duda, la TV estaría puesta a todo volumen sin que nadie le hiciera caso; estarían demasiado interesados el uno en la otra. Y cualquier intrusión les molestaría, claro; más a Rochelle que a él, dado que ya se le había insinuado una vez. La TV era de Rochelle y, de hecho, la salita también ya que allí era donde dormía. Carol se vería confinada a su cuarto, a tratar de leer o escribir cartas con las risas enlatadas de la TV como fondo y otras risas aún más difíciles de ignorar, las de los amantes. Sosteniendo con firmeza esa imagen en su mente, torció a la izquierda y se dirigió hacia las luces y el gentío de la calle Octava, decidida a que le ocurriese algo bueno antes de terminar la noche.

La noche es cada vez más negra, pero no tanto como su ánimo. Su rostro arrugado está congelado en una mueca feroz. Desde la oscuridad de un callejón al otro lado de la

calle ha visto marcharse a la mujer... sola. Algo ha ido mal. ¿Dónde está el hombre? Los dos debían salir juntos, pero quizá todo pueda arreglarse. Sale andando cautelosamente del callejón y entra en la calle, avanzando hacia la entrada de la escuela.

En la clase del tercer piso Freirs y casi una docena de estudiantes, algunos habituales del halago y otros que realmente le apreciaban como profesor, seguían reunidos junto a la primera mesa. Después de la proyección, una cantidad muy superior le había rodeado como si desearan pedirle mercedes reales, algunos agitando sus trabajos tardíos, excusándose ansiosamente, otros deseosos de obtener sus calificaciones y discutir las. Tardó unos quince minutos en librarse de todos ellos y, dado que era la última clase, anotar las direcciones de los estudiantes cuyos trabajos tendría que devolver por correo durante el verano. Su bolsa roja volvía a estar llena. No sólo los más leales se habían quedado; también Donna, fingiendo estar interesada en la discusión pero sin engañar realmente a nadie. Freirs aprovechaba cada oportunidad para llamar su atención; era la chica más hermosa presente.

—Escuchad —decía, sentado en la mesa de un modo que le permitía descansar los pies pero mantener la cabeza al mismo nivel que los otros—, muchos parecéis pensar que la superstición desapareció del escenario humano en algún momento situado entre el apogeo de la radio y la TV. —Barrió el grupo con la mirada, desafiándoles a que apartaran la vista—. Ojalá fuera verdad, pero no es así. Pensad. ¿Cuántos edificios habéis visto últimamente que tengan un piso número trece?

—Oh, vamos, señor Freirs, eso del piso trece hoy en día es sólo una broma.

Era uno de sus estudiantes, un melenudo jovial que durante el semestre parecía haber disfrutado dándole a Freirs la ocasión de soltar frases brillantes.

—Creedme, no es broma. Incluso hoy tenemos gente en este país creyendo que lloverá si rezan lo bastante. Están justo ahí fuera, de lo más contentos, cocinando sus filtros amorosos, alejando el mal de ojo oponiendo trampas para demonios. Siguen prediciendo el tiempo por las estrellas igual que sus abuelos y aún plantan bajo la luna. —Pensaba en los Porothe y el eterno ceño fruncido de Sarr, y en Deborah desnuda bajo su austero traje negro. El estudiante seguía mirándole con divertido escepticismo, probablemente montando un numerito en beneficio de Donna y los otros. O quizá sencillamente encontraba divertido que un chico regordete de ciudad como Freirs hablase con tal aire de dominio sobre los viejos tiempos y sus costumbres. Freirs buscó en su cartera y sacó un billete de dólar—. ¿Sabéis? No puedo resistir la tentación de hacer esta pequeña prueba. Obviamente eres una de esas raras criaturas de las que hemos oído hablar, un hombre totalmente racional y, por lo tanto, quiero darte este dólar como regalo. —Lo agitó teatralmente en el aire. Varios de los presentes se miraron entre sí y sonrieron. ¿Qué preparaba Freirs ahora?—. Todo lo que deseo a cambio —prosiguió—, es una sencilla notita firmada y con la fecha en la que por un dólar me vendas... —se inclinó hacia delante— tu alma inmortal.

Los demás rieron y Donna lanzó un «¡Oh, señor Freirs!» excesivamente entusiástico. El joven contempló el dinero con una sonrisa incierta pero no lo tomó.

—Lo quiere por escrito, ¿eh?

—Eso es todo. Sólo un trocito de papel con tu nombre y las siguientes palabras: «Esto es para certificar que le vendo al señor Jeremy Freirs mi alma... para siempre».

—¿Por qué arriesgarme? —dijo, encogiéndose de hombros y riendo.

—¡Exacto! Como el viejo Pascal, pero al revés. —Freirs se puso en pie algo ruborizado por tanta charla y volvió a guardarse el dinero—. Bien, chavales, ya veis que los viejos miedos se resisten a morir. Aún no hemos salido del bosque oscuro.

Estaba pensando de nuevo en la granja, perdida en la noche más allá del río. Tras los rostros sonrientes de sus alumnos, la oscuridad aguardaba en las ventanas como un ser vivo.

—Y ahora —dijo repentinamente cansado—, quizá sea el momento de que nos vayamos despidiendo. Tengo montones de maletas por hacer.

—Eh, ¿alguien se apunta a una copa? —preguntó el joven de los cabellos largos como si se le acabase de ocurrir.

Miró rápidamente a todos los presentes y a Donna un segundo más que a los otros. Varios manifestaron interés por ir y Donna siguió callada (sin comprometerse, pensó Freirs). Se preguntó dónde podría llevarla sin que las cosas fuesen demasiado obvias.

—Bueno, si alguno tiene problemas con los trabajos a la hora de entender mi letra o si no está de acuerdo con mis comentarios, podemos... Eh, ¿qué pasa?

Las luces parpadearon un par de veces y después de la segunda vez sólo la que tenían encima de ellos volvió a encenderse. Freirs vio que Donna, nerviosa, alargaba la mano hacia él, pero no llegó a tocarle.

—Lo siento, amigos. He de limpiar la clase.

Se volvieron. La voz, cansada y algo asmática, había surgido de las sombras al otro lado del cuarto. Vieron una pequeña figura en el umbral recortada tenuemente por la luz que llegaba del pasillo, aparentemente vestida con un mugriento uniforme gris que le iba varias tallas grande. Llevaba en la mano un recogedor que sostenía como si fuese un arma.

—¿Qué prisa hay? —dijo Freirs—. Antes siempre nos quedábamos hasta muy tarde.

—Se acabó el curso —dijo la figura pareciendo encogerse de hombros—. He de limpiar.

—¡Vaya! Esos condenados conserjes se creen los amos de la escuela —dijo Donna frunciendo los labios.

Miró a Freirs buscando apoyo, pero él ya cogía su chaqueta.

—Oh, bueno, supongo que ya llevamos aquí demasiado tiempo.

Recogió el resto de sus papeles, los metió en la bolsa y empezó a caminar hacia la puerta. Los demás le siguieron rezongando y mirando de mal humor a la pequeña figura gris que estaba metiendo por la puerta un cubo de basura casi tan grande como él. Las ruedas del cubo chirriaron desagradablemente detrás de ellos.

Una vez fuera, Freirs permaneció en silencio junto al ascensor, pero algunos estudiantes se dirigieron a las escaleras.

—Venga, sólo son dos pisos —dijo uno.

Con un suspiro Freirs le siguió y el resto hizo lo mismo..., todos menos Donna que, de pronto, se tocó la oreja izquierda. Musitó una blasfemia: había perdido el pendiente. Los demás ya habían empezado a bajar y el pasillo estaba silencioso. Examinó el suelo

frunciendo el ceño y luego volvió a la clase. Desde el interior oscuro llegaba un débil chirrido ocasional que cesó de pronto. Donna vaciló un segundo y luego entró en la clase.

— ¿Le importa encender? — Su voz resonó en la habitación —. Estoy buscando...

Hubo un fuerte estruendo, una risa muy aguda y luego una prolongada serie de chasquidos, como de maderas partiéndose. Luego, instantes después, el ruido de papeles aplastados siendo metidos en una bolsa de basura. Con un crujido, la última luz se apagó y una figurilla gris emergió de las tinieblas empujando el cubo de basura cuyas ruedas chirriaban rítmicamente. Como un contrapunto al chirrido iba silbando muy bajito una cancioncilla.

En la calle, el grupo había empezado a dispersarse.

— No vale la pena esperar — dijo una de las chicas —. Ciertamente, no está ahí arriba.

Los demás dirigieron su mirada hacia las ventanas del tercer piso.

— Cierto — dijo otro —. Se nos habrá adelantado.

Se volvieron hacia Freirs, que parecía disgustado y algo sorprendido.

— Bueno — dijo al fin encogiéndose de hombros —, cuando la veáis decidle que si quiere hablar conmigo de su trabajo, será mejor que me llame mañana a primera hora porque luego ya no podrá encontrarme. — Se colgó la bolsa al hombro, despidiéndose —. Puede que vuelva a ver a alguno de vosotros el próximo otoño. Que paséis un buen verano.

Dos estudiantes le acompañaron hasta la Séptima Avenida, pero cuando Freirs torció hacia el sur se despidieron también y se fueron por otro camino.

Sonriendo ante lo que ha hecho en las tinieblas de la clase, sale del portal de la escuela apartando el rostro del brillo de las farolas. Más allá de esas luces, medio ocultas por la contaminación, brillan tenuemente en el este las primeras constelaciones nocturnas y ante él, al norte, el Dragón gira sinuoso alrededor de la invisible estrella polar. Hacia el oeste no se ve nada, sólo la luna rota y solitaria. Ahora ya no necesita signos. Sabe en qué lugar de las alturas tiemblan las estrellas frías e invisibles y dónde estaban hace cincuenta siglos, igual que sabe dónde estarán dentro de cinco milenios. No importa que una neblina gris cubra la Vía Láctea o que ese farol le oculte las formas familiares de Pegasus o el Cisne. Sabe dónde encontrarlas, cuáles son sus auténticos y viejos nombres y conoce la tierra que está bajo ellas, igual que un general conoce un país maduro para la conquista. A lo lejos, más allá del río, donde se ha puesto el sol, yacen los dominios de este mundo que nada sospecha: tras ese oscuro horizonte hombres y mujeres luchan y hacen planes, en tanto que otros labran un campo como las figuras de una estampa bíblica, cantando y afanándose. Casi puede oír su cántico. Sí, esos granjeros serán sus juguetes favoritos, los que sufrirán primero. Su hombre, Freirs, esa herramienta gorda y estúpida, cuidará de ello. Pronto, pronto...

Silencioso como la muerte, avanza a lo largo de la manzana viendo a lo lejos una figura rechoncha con una bolsa de libros colgada al hombro... Freirs en persona, una manzana más lejos, andando obedientemente hacia su destino común, creyendo ir hacia su casa. Una avenida más al oeste, el Anciano tuerce hacia el sur balanceando enérgicamente

su maletín, ansioso ya por dar el paso siguiente en su papel. Se detiene brevemente para inclinar la cabeza y presta oído a las voces. Ante él, el cielo se tiñe de rojo con los neones, pero en el oeste brilla el blanco fuego de la luna. Al pasar entre los edificios, ve tenues luces en el río y la costa lejana y, sobre ella, los lugares donde pronto aparecerán las estrellas. El escenario está siendo preparado y pronto los muy idiotas recibirán su merecido. ¡Que canten mientras puedan!

*Sube ya, corriendo ve
a la colina del zarzal.
Si el ratón no te coge,
el topo te pillará.*

Las mujeres estaban sembrando bajo la luna. Trabajaban unas junto a otras, eran siete y a la creciente oscuridad todas se parecían. Todas jóvenes y casadas; todas, menos una, habiendo dado ya a luz. Llevaban el pelo largo y suelto cubriéndoles la espalda, pero sus cuerpos estaban ocultos del cuello al tobillo bajo sus trajes negros. Desde la distancia sólo eran visibles los sacos que llevaban al costado y sus pálidos rostros flotando como fuegos fatuos sobre el campo vacío. Delante de ellas andaban siete hombres, muy envarados en sus camisas blancas y sus zapatones de cuero negro. Avanzaban juntos, en silencio, el rostro grave y afeitado con excepción de la franja de barba en el mentón. Como soldados bien entrenados, blandían largas estacas aguzadas por los extremos y a cada paso las clavaban en el suelo agujereándolo y, detrás de ellos, la hilera de mujeres metía la mano cada una en un saco y se inclinaba grácilmente para depositar tres semillas en cada agujero, cantando otra estrofa de la canción con que medían sus pasos.

*Ocúltate, escóndete
en la colina del zarzal...*

Luego volvían a incorporarse y con el pie descalzo tapaban el agujero para seguir avanzando. De pronto, una de ellas rió con una carcajada feliz y casi infantil que turbó el silencioso aire nocturno.

—¡Me alegra no ver lo que acabo de pisar!

Las demás rieron también y el cántico se interrumpió unos instantes.

—Oh, Deborah —dijo la que estaba a su lado—, aquí sólo hay orugas y llevo pisándolas desde que salió la luna, y no me he quejado.

Empezó de nuevo a cantar:

*Si el topo no te come,
el gusano ya lo hará.*

En el extremo de la fila otra mujer se incorporó limpiándose la frente.

—Espero que estés en lo cierto —dijo—. No me gustaría nada pisar una serpiente. El susto sería pésimo... en mi estado.

Se tocó su abultado abdomen.

—¡Escuchadla! —Deborah rió de nuevo—. ¡Lette Sturtevant teme que su niño nazca con la lengua bífida!

—¡Deborah! —Su esposo giró en redondo, los ojos ardiendo irritados bajo la luna—. Mujer, ¿acaso te has vuelto loca? Esta buena gente ha venido a ayudarnos.

Era algo más alto que los demás y pese a la severidad de su expresión y su corpulencia se le veía bastante más joven que a los otros. Tenía la voz grave e inflexible como un profeta del Viejo Testamento, pero lo último que dijo fue un «¡Por favor!» trémulo e implorante. Se volvió tan bruscamente como antes y se reunió con los otros, que no se habían vuelto a mirar.

—Mis disculpas, Hermano Joram —le dijo al anciano que iba a su lado—. No tenía mala intención. Los dos os agradecemos que nos acompañéis esta noche.

—No hace falta, Sarr. —Clavó su estaca en el suelo y la sacó con un experto giro de la muñeca—. Hacemos lo que el Señor nos da como tarea. «Cada uno ayudó a su vecino y a su hermano le dijo "Ten valor".»

—Amén —dijeron los demás a coro, sin alzar los ojos del suelo, y Sarr se apresuró a corear también su «amén».

Detrás de ellos, las mujeres volvían a cantar, pero en tono más bajo, pues les estaban escuchando y sus voces no eran más altas que el murmullo lejano de los grillos. Del extremo del campo les llegó el susurro de los ancianos que se habían reunido allí, sus caras iluminadas por una pequeña hoguera. Se les había encargado atenderla y, de vez en cuando, un estallido de ascuas indicaba que habían echado otro tronco a las llamas. Junto a ellos, un grupo de niños montaba guardia solemnemente ante un enorme saco de semillas. Sabían que los campos estaban llenos de ladrones: ratones, pájaros y los hambrientos gorgojos. Perder un solo grano de semilla podía ser un mal presagio para la cosecha.

Aún más lejos, las ventanas de la pequeña granja ardían brillantes y de la cocina, donde se atareaban las ancianas en sus guisos, llegaban voces cantando un himno. Entre la granja y el campo se agazapaba la forma rechoncha y cuadrada del cobertizo, con las ventanas a oscuras, y detrás de él, como un negro muro impenetrable, la espesura de los bosques. De pronto el aire contuvo otra voz, un lejano rugido que venía del este. Al principio apenas se distinguía del viento entre los árboles, y ahora, como si estuviese formado por capas que iban espesándose, crecía hasta parecer el zumbido de un insecto gigante. Las mujeres callaron en los campos y los hombres siguieron andando sin alterar el paso, los ojos clavados en el suelo, pero alguno de los más jóvenes observaron a hurtadillas el horizonte y divisaron al fin unas lucecitas rojas que subían por entre las estrellas. Sobre los bosques y campos, una gran cruz plateada surcaba el cielo dirigiéndose hacia el oeste. Las mujeres volvieron a moverse.

—Tenemos mucho por sembrar —dijo la que estaba embarazada y bajó los ojos hacia los oscuros surcos buscando un buen lugar para la semilla.

Las demás reemprendieron el canto, pero Deborah permaneció pensativa contemplando las luces que se alejaban. Cada viernes por la noche el reactor pasaba sobre ellos, un estruendoso recordatorio del mundo que habían decidido abandonar. ¿Dónde

irá?, se preguntó en silencio, envuelta en el cántico y el olor húmedo de la tierra, perdida en la vieja y pesada rutina. Había trabajado por hacer y su esposo quizá estuviese mirándola, así que volvió a ocuparse de las semillas y la tierra. Ante ella un hombre seguía atónito, los ojos clavados en el cielo.

—¡Tantas estrellas ahí arriba y tan poca luz aquí abajo! —le dijo a sus compañeros—. Eres un buen trabajador, Sarr, y un hombre bueno y temeroso de Dios, pero ojalá hubieras estado listo cuando lo estábamos los demás. Al menos, tuvimos la luna para ver.

Poroth alzó los ojos, amargamente consciente de que tenía razón. La media luna sobre los árboles le recordaba algo roto o estropeado, pero los ancianos le habían asegurado que, antes al contrario, era un presagio estupendo para las cosechas.

—Me fue imposible tenerlos arados entonces —dijo, apresurando el paso para no separarse. Recordó los meses de agotadora labor, luchando con el testarudo tractor que le había alquilado la cooperativa—. Hace un mes todo esto era solamente maleza y árboles. Esta tierra llevaba siete años sin ser trabajada.

—Lo sabemos, Sarr —dijo su interlocutor—. Sabemos lo que esta granja significa para ti y lo que cuesta. Te respetamos por ello, no muchos serían capaces de volver a la tierra con tu edad. —La hilera llegó al final de un surco y él giró con ella, dándole la vuelta a su estaca para usar el otro extremo—. Tendrás que equivocarte unas cuantas veces al principio, pero con la ayuda del Señor saldrás con bien al final. Por eso estamos hoy aquí y por eso el Hermano Joram ha hecho venir a su mujer. Te traerá buena suerte.

Otra vez la omnipresente reverencia a las señales y los portentos. Una mujer embarazada aseguraba la cosecha; una viuda podía traer el desastre. Poroth sabía que una prima suya, Minna Buckhalter, trabajaba en la cocina codo a codo con una mujer que le doblaba la edad como su propia madre. Aunque Minna era fuerte se la consideraba inútil para sembrar porque su esposo había muerto el mes pasado. Entonces, ¿es que los Hermanos eran unos idiotas supersticiosos? A Poroth no le importaba. Su educación era superior a la de la mayoría, había vivido un tiempo en ese lugar llamado mundo moderno pero, con todo, seguía siendo un creyente de fe firme. Mujeres fértiles significaban cosechas fértiles; su larga cabellera significaba largos tallos de trigo. Quizá fuese un simbolismo primitivo, pero funcionaba, de eso estaba seguro. Los reactores volaban por el cielo en el que jugaban los ángeles y en él había sitio suficiente para los dos. El trueno era un choque de moléculas y también la voz de Dios; las dos cosas podían ser ciertas. El Señor moraba en Su cielo fuera cual fuese el nombre que uno le diera, tan cierto como que había demonios aquí en el mundo fueran cuales fuesen sus caras. Al Señor se le adoraba, con los demonios se luchaba; así de sencillo. Lo único importante era no perder la fe. La naturaleza de la creencia no importaba, Poroth lo sabía, sólo la intensidad. Le tenía un gran respeto a la superstición.

—Dios es mi testigo —le dijo a los otros—, de que hemos tenido diferencias, pero todo eso ha pasado. Os sentiréis orgullosos de mí y de mi mujer, esperad y veréis. ¡Pronto no reconoceréis este lugar!

La luz brotaba por el umbral de la cocina y unos instantes después oyeron el ruido de la puerta resonando a través de los campos.

—Juro por san Miguel que tendré plantado cada acre que hay hasta el arroyo. —La

idea le hizo sonreír—. Esperad y veréis, ¡parecerá el Jardín del Edén!

Joram se detuvo y le miró. Si sonreía, su sonrisa era invisible en la oscuridad.

—Te lo advierto, Hermano Sarr —le dijo con dulzura—, los Evangelios hablan de otro jardín.

Todos sabían que se refería a Getsemaní. Más allá del fuego resonó débilmente una campana. Joram alzó la mano y todos abandonaron el campo detrás de él.

El Village estaba muy animado aquella noche. Las zapaterías y las tiendas caras que cubrían ambas aceras de la calle Ochenta habían cerrado ya y tenían los escaparates a oscuras pero había mucha gente por la calle y los puestos de comida y venta ambulante estaban repletos. Camisetas, posters zodiacales, pizzas, yogur helado: había algo para todo el mundo y todos tenían alguna cosa que vender o exhibir. Carol pasó junto a una chica muy gorda vestida con un mono de granjero; un negro con un peinado zíngaro y un pendiente; una pareja joven con pantalones de cuero y brillantes dibujos azules en el pelo: la chica llevaba una pulsera con clavos. Quizá era su humor, pero casi nada de lo que veía le gustaba. No servía de nada entrecerrar los ojos y contemplar el mundo velado por los párpados; los rostros seguían surgiendo de las sombras sólo que distorsionados como en un sueño. Desde un portal, una figura negra le hizo señas acompañadas de ruidos muy explícitos; un grupo de corpulentos muchachos rubios pasó junto a ella tambaleándose borrachos y pegándose entre ellos, dándole un empujón que casi la sacó de la acera. Esquivando a un vendedor de incienso y a un grupo de quinceañeros que discutían adonde ir, entró en una librería y pasó un rato hojeando revistas de moda. Tenían ediciones extranjeras de *Vogue* y anuarios fotográficos del Japón, con brillantes e implacables rostros femeninos pareciendo alargar hacia ella sus labios pintados de colores oscuros en cada página. Intentó imaginarse siendo una de esas mujeres y por primera vez la idea no le pareció tan descabellada. Santa Agnes parecía estar muy lejos en el pasado o quizá fuese sólo la idea de más dinero que gastar y su breve encuentro con el joven de la biblioteca.

Dejó las fantasías y las revistas en el expositor y salió de nuevo a la acera, torciendo por una esquina hasta la relativa quietud de la calle MacDougal. Ante ella estaba la oscuridad y los árboles de Washington Square, como si ya hubiese llegado al límite de la urbe. Ya era hora de comer algo, aunque no sería fácil a menos que consintiese en quedarse de pie ante un mostrador comiendo tacos vegetales o una grasicnta porción de pizza. Tendría siete dólares en el bolso, puede que dos más en calderilla y tendrían que llegarle hasta el lunes. El cheque de Rosie era inútil por el momento y —si el supermercado se negaba a aceptarlo—, lo seguiría siendo todo el fin de semana.

Su compañera de piso nunca tenía dinero; los hombres se lo pagaban todo. Era un arreglo que Carol habría aceptado encantada en esos momentos. Con una mano en el monedero y el ojo atento a los desconocidos siguió andando hacia el sur, quedándose unos dos minutos en el escaparate de una tienda con un vestido azul intentando imaginar cómo le quedaría. Luego pensó en algo más modesto (un café con leche y una pasta en un café de Bleecker), pero un dólar ochenta y cinco le parecía un precio excesivo por una simple taza de café. Además, todo estaba lleno, con parejas aguardando pacientes en las puertas a

que hubiese sitio y de gente amontonada en mesitas callejeras. Aquí era difícil avanzar, pero más adelante la acera estaba bloqueada totalmente por músicos y cantantes que, con estuches de guitarra abiertos en el suelo o sombreros boca arriba, seguían infaliblemente al gentío. Su música parecía llenar por completo la noche.

Carol se abrió paso a través de la multitud que rodeaba a un tamborilero jamaicano y sintió de nuevo cansancio; tendría que sentarse pronto donde fuera. Estaba cruzando la calle para evitar un grupo enorme de gente que escuchaba a un flautista cuando, entre los que le daban la espalda, percibió fugazmente un movimiento y algo rojo. Era una bolsa roja balanceada por una mano invisible que la hacía emerger con regularidad de entre la gente y luego volvía a escamotearla, como un péndulo demasiado tenso o la pierna que había visto moverse en la oscuridad de la clase. Era él, claro: Jeremy, el joven de la biblioteca. Incluso desde atrás reconoció la bolsa, su robusta complexión y la arrugada chaqueta que llevaba al hombro. Parecía estar solo y el balanceo de la bolsa le inspiró la ridícula pero agradable idea de que, como la bandera roja al tren, el destino le estaba haciendo señales.

Su primer impulso fue llamarle, pero se detuvo a tiempo; no quería parecer demasiado agresiva. Cruzó de nuevo la calle y se unió a la última fila del gentío, abriéndose luego paso hacia delante. Al principio sólo pudo ver rostros que miraban algo en la acera. Era un diminuto anciano con un sucio turbante que soplaba frenético en una flauta de madera y tenía al lado un maltrecho paraguas negro, y sujetaba con las rodillas una cesta llena de calderilla de cuyo centro se alzaba algo pálido que ondulaba ante su rostro. Carol sintió disgusto y decepción: por un instante, había tomado el objeto por alguna grotesca broma fálica, pero era meramente un trozo de madera tallado para que se pareciese a una serpiente que el flautista movía apretando con la rodilla un pistón metálico. Quizá de lejos la ilusión funcionase, pero en la acera, delante de sus narices, parecía meramente ridícula.

De pronto, el hombre miró a alguien del gentío y sus ojos se agrandaron. Sus gordos y negros dedos apretaron con mayor fuerza la flauta y sus mejillas se hincharon y desincharon a un ritmo creciente, con la música haciéndose cada vez más aguda y un billete de dólar cayó revoloteando como una mariposa que agonizara en la cesta que tenía entre las rodillas. ¿Quién tiraba así los dólares? Carol alzó los ojos... y reconoció a Freirs en el mismo instante que él a ella. Estaba en el otro lado del círculo, la corbata ligeramente torcida, volviendo a meterse la cartera en el bolsillo del pantalón. La luz de la calle se reflejaba en sus gafas y al volverse y verla se le iluminó el rostro; le indicó con una seña a Carol que no se moviera y se abrió paso a través de la gente hasta ponerse a su lado.

—Usted otra vez —dijo—. ¡La bibliotecaria huidiza! —Parecía muy contento de verla—. No hay modo de perderla, ese cabello suyo realmente destaca entre la gente... como una bandera. —A su espalda la música aceleró el ritmo como celebrando su encuentro—. La busqué esta noche en la clase. Es una pena que no viniera.

—Tuve que salir tarde —se oyó decir Carol con un encogimiento de hombros—. Quizá la próxima vez.

—No la habrá —dijo él, pareciendo complacido de que no fuese a haberla—. Al

menos hasta el otoño próximo. —Miró con aire de duda las tiendas y los puestos callejeros —. No me diga que vive aquí. No es sitio para alguien que trabaja en Voorhis.

—Oh, no. Estaba dando un paseo antes de volver a casa.

—¿De veras? —Pareció meditar un instante—. ¿Quiere beber algo..., o un café?

Sintió que le invadía una rara y triunfante alegría totalmente desproporcionada. Era absurdo, claro, pero una tenue vocecilla había susurrado: «Ahora todo puede suceder», y era casi como si él le hubiera propuesto matrimonio.

Las llamas saltaban hambrientas dentro del círculo de piedra, pidiendo otro tronco. Los insectos danzaban y morían entre el humo que se alzaba en una delgada columna, retorciéndose luego hasta perderse en las estrellas y la oscuridad circundante. Al borde de la hoguera los niños se agazapaban impacientes junto al saco de semillas, los ojos clavados, más allá de las llamas, en las mesas que los mayores habían sacado de la granja y estaban colocando ahora: una mesa plegable, una de costura y la mesita cuadrada de la cocina de los Porothe, dispuestas en fila y cubiertas con una tela oscura para formar una sola plataforma alargada. La puerta sonó de nuevo y cuatro mujeres cruzaron apresuradas el patio como si fueran camilleros, tambaleándose bajo algo pesado que transportaban en una sábana blanca. Tras ellas aparecieron otras cargadas con grandes termos marrones que pusieron en el fuego. Nadie hablaba ni sonreía; el único ruido era el estruendo lejano de las sartenes dentro de la cocina y el lento latido regular de los grillos.

De pronto, y por segunda vez, el silencio nocturno fue hendido por una campana de latón que sostenía uno de los ancianos. La dejó en el suelo y luego cogió un tronco que lanzó al fuego: la madera chisporroteó y gruñó como un ser vivo. Las mujeres habían colocado ya la sábana sobre las mesas y estaban agrupadas junto a ella, dándole la espalda al fuego, moviendo con gestos afanosos una masa de color pajizo que yacía inerte sobre la tela. Habían estado trabajando desde la puesta de sol alrededor de la gran cocina de hierro, midiendo las porciones de melaza, harina, leche y huevos. Con dedos llenos de práctica habían sacado las porciones aún ardientes de las sartenes y las habían mezclado siguiendo la receta obligada, usando un mortero helado. Y ahora, al fin, estaba listo, humeando caliente junto al fuego, esperando que los braceros volvieran de los campos. Las mujeres avanzaban tras los hombres. Su labor, como dictaba la tradición, había sido más pesada que la de los hombres; su turno vendría después con el cultivo y la cosecha. Estaban cansados, hambrientos y no muy dispuestos a recibir sorpresas, pero todos, hombres y mujeres, se detuvieron al ver el pan sobre la sábana, emitiendo destellos dorados a la luz del fuego. Lo que les dejó asombrados era el tamaño, mayor que el de un hombre: ocupaba casi todas las mesas que habían juntado. Su forma recordaba una enorme estrella de cinco puntas cubierta por una compleja trama de nueces, ríos de melaza y piñones. Olía a trigo y a fruta y su sola presencia sugería la fiesta después del duro trabajo. Lo único que tenía de corriente era su nombre, nacido de una larga costumbre: le llamaban pan de algodón. Ceremoniosamente, fueron sentándose a las mesas.

—No creí volver a ver otro tan pronto —dijo uno de los hombres limpiándose las manos llenas de tierra—. Es bastante mayor que el nuestro de la semana pasada, ¿verdad, Rachel?

—Porque no tenemos tantas bocas que alimentar —dijo su esposa.

—¡Todavía no!

Sonrió un hombre muy corpulento, dándole al otro con el codo en las costillas. Todos rieron..., menos Porothe, el más joven del grupo, que seguía algo apartado de los demás, callado e incómodo. No sabía bromear y menos con ese tipo de cosas. Los niños eran sagrados, un don del Señor; el cuerpo de la mujer era su más sagrado instrumento. Miró inquieto a su esposa. Estaba en cuclillas junto a una niña, susurrándole algo al oído para hacerla sonreír. No era bueno que careciesen de hijos. Apenas hubiera saldado sus deudas la convertiría en madre; sabía que ella lo aguardaba con impaciencia.

Qué hermosa estaba con el cabello suelto..., mucho más que las mujeres de los otros. ¡Si aprendiera a contener su lengua! Después de todo ésta era su tierra y esta gente sus invitados. Aunque otras manos habían preparado la comida que tenían ante ellos, se había negado a aceptar sus ofertas caritativas y la había pagado, aunque ello le endeudase todavía más. Pero sólo se plantaba la primera cosecha una vez en la vida. Rezó para que nada enturbiase la fiesta. Detrás de todos sus amigos y la gente del pueblo que ocupaba las mesas pudo distinguir la severa figura de su madre hablando con la tía Lise y su hija, Minna Buckhalter, la viuda, que le llevaban una buena cabeza de altura. Lise era hermana de su difunto padre y tanto ella como Minna se le parecían de un modo casi inquietante. Su cara habría resultado mejor en un hombre (labios delgados y ascéticos, ojos marrones y algo hundidos), pero les otorgaba una innegable fortaleza. Su madre le daba la espalda como ocurría a menudo los últimos años desde que tomó su impetuosa decisión de abandonar la comunidad. Volvió más sabio gracias al paso del tiempo y nunca había lamentado esa decisión, pero seguía habiendo cierta frialdad entre ellos y el escaso amor que se tuvieron en tiempos se había ido agostando como una semilla incapaz de crecer en una tierra vuelta estéril.

Pero el único culpable de eso era él porque cuando volvió no lo hizo solo. Llevaba consigo una esposa; una extraña que, aun perteneciendo a su fe, procedía de otra zona y, lo que era más importante, no parecía esforzarse mucho para adaptarse a las costumbres locales. Su moral, por supuesto, estaba más allá de todo reproche y su educación había sido tan estricta como la de él; no habría podido ni pensar en casarse con ella de no ser así. Pero seguía habiendo quienes la consideraban frívola y algo alocada..., algunos, incluso peligrosa. Y luego estuvo el problema de la ceremonia, esa apresurada sesión de cánticos y danza celebrada por un capellán de la escuela sin que asistieran sus padres... Sí, eran demasiadas cosas que perdonar para una madre, especialmente no habiendo tenido más hijos. Con todo, a veces deseaba que no fuera tan tozuda y al menos pronunciase el nombre de su esposa. En los últimos tiempos, había empezado a preguntarse si ese rigor de su madre no estaría conectado, en algún aspecto misterioso y fundamental, con las cosas que habían hecho de ella algo tan especial en la comunidad..., sus supuestos «dones». No les tenía gran reverencia; ¿qué bien le habían acarreado? Y en realidad, ¿de qué le habían servido a ella? A veces, le parecía que malgastaba ese saber especial, pues aparentemente no le había proporcionado ni un momento placentero. Era como una persona que, habiendo encontrado una ventana mágica al futuro, bosteza y decide darle la espalda. Durante toda su vida había sabido cómo oír y ver las cosas, percibiéndolas antes

de que llegaran (los malos inviernos, las sequías, los nacimientos, las muertes y las tormentas), pero todas parecían carecer de importancia. Nada le llamaba la atención ni la conmovía. Al menos, nada dentro de los confines del mundo material. «No es bueno atarse a las cosas», solía decir, «el Señor no nos ha hecho para que nos amemos demasiado unos a otros.»

Incluso en los primeros tiempos le asombraba, ya antes de la muerte de su padre. A veces, parecía llevar una vida en secreto, apartada de la familia, y jamás había demostrado el menor interés en sus asuntos. No compartía la devoción de su esposo por el negocio, la marcha del pueblo, las cosechas de los otros o la suerte de su amado almacén; importándole muy poco la compra y venta de granos o la fidelidad con que cada noche anotaba sus entradas en el libro, y cómo rezaba antes de irse a dormir para que Dios le guiase equilibrando sus obligaciones para con Él y la comunidad, con igual cuidado que cuadraba sus libros. En vez de eso, incluso entonces, solía distanciarse y quedarse absorta, como si oyera voces lejanas o la preocupase un sueño medio olvidado. Ya entonces estaba claro que a los Hermanos les inquietaba su presencia, aunque elogiaran profusamente su piedad. Muchos seguían mirándola como a un oráculo y se decía que gozaba del don de ver el futuro. Porothe nada sabía sobre esos poderes y sus límites; sólo que él no los había heredado, de lo que más bien se alegraba. Con todo, viéndola allí inmóvil en la oscuridad, con su rostro apartado de él como siempre y el frío brillo de la luna en su pelo, se encontró recordando todo lo que esta noche representaba y ansiando un pequeño signo por su parte, una palabra de bendición o de ánimo. Mas sabía que esas palabras sólo podían venir de otra persona, como así fue. Los demás habían callado y contemplaban a una mujer de cabellos grises, la Hermana Corah Geisel, que ocupaba la cabecera de la mesa y cuyas manos sostenían algo oculto bajo la madera.

—Somos gente sencilla —dijo, contemplando los rostros familiares que la rodeaban—, y no soy muy buena haciendo discursos. Todos sabéis que esta granja llevaba demasiados años vacía desde que Andy Baber dejó de cultivarla y que todos nos sentimos realmente felices de verla cultivada otra vez. Pero es probable que nadie se alegre tanto como Matthew y yo porque, no sé si lo entendéis, al vivir aquí, tan cerca, siempre nos hemos sentido como parte de lo que sucediera y..., bueno..., -¡nos alegra tener de nuevo compañía! Por lo tanto, dado que somos los vecinos más próximos y que nadie más se lo va a ofrecer, nos gustaría que Sarr y Deborah se quedaran nuestro rosario. —Alzó una reseca guirnalda hecha de maíz: dos mazorcas envueltas en una hirsuta masa de hojas—. Es de una buena cosecha, pues el Señor fue generoso el último verano y todos sabéis que no es bueno plantar sin un rosario. Esperamos que para estos dos jóvenes sea un buen inicio.

Con gesto solemne, como si coronase a una reina, puso la guirnalda encima del pan de algodón. Todos los rostros se volvieron expectantes hacia él, incluido el de su madre. Porothe se dio cuenta de que debía decir algo.

—Hermano Matthew y Hermana Corah, nos habéis hecho un gran honor y sé que el Señor os bendecirá por ser tan buenos vecinos. Os damos gracias por el pan que vamos a comer y por haberlo preparado. Está hecho con grano comprado en el almacén, pero el año que viene, gracias a vosotros, usaremos nuestro propio grano.

—¡Y el año que viene plantaremos a tiempo! —añadió Deborah.

Había ocupado el lugar de la Hermana Corah a la cabecera de la mesa, y sostenía un largo cuchillo de sierra en el que la hoguera brillaba con destellos rojizos que se reflejaban en sus ojos.

—Y ahora —se apresuró a decir Sarr—, inclinemos nuestras cabezas en una plegaria silenciosa.

Se quedó muy quieto, mordiéndose los labios con los ojos cerrados, pero sólo oyó a los niños que ahuyentaban alguna alimaña hambrienta de las semillas. Alzó los ojos después de un tiempo. No había rezado; en su corazón sólo había enfado hacia su mujer. Se preguntó si los demás lo habrían notado, pero todos miraban pensativos el pan de algodón como perdidos en sus propios ensueños. Sólo Deborah le miraba... y, al otro lado de la hoguera, siete pares de grandes ojos que no pestañeaban. No se había percatado de ellos hasta entonces.

—¿Cómo han logrado salir? —susurró, señalando los gatos con la cabeza cuando estuvo junto a su esposa.

—Nunca los dejo encerrados —dijo ella encogiéndose de hombros.

—De todas las estupideces... —Bajó nuevamente la voz—. Ya sabes lo que le pasa al Hermano Joram cuando...

—Oh, cariño, no te enfades, no es nada. Joram tendrá que vigilar dónde pisa y nada más. —Extendió el cuchillo—. ¿Estás listo?

—Sí —respondió él secamente.

Un destello metálico. Ella alzó la mano y con un firme movimiento cortó la punta superior de la estrella. Más allá de la hoguera los siete pares de ojos seguían cada gesto sin perder detalle. Silenciosos como sombras, dos gatos se levantaron y volvieron a la casa en tanto que los demás se agazapaban junto a las llamas, ronroneando suavemente. El olor del grano se cernía sobre la mesa haciendo que todos los presentes se acordasen de que tenían el estómago vacío. Con el primer tajo del cuchillo el encanto que les había tenido paralizados se esfumó y en su lugar quedó simplemente el hambre.

—Hermanos, hermanas —dijo Porothe en tono grave—, compartamos el pan.

Esta vez la orden era realmente literal. Los celebrantes rodearon el enorme pan de algodón y tomaron sus porciones con las manos. Actuaron con gran cortesía y cogieron trozos pequeños, pero pese a ello la estrella de pan no tardó en perder sus contornos y muy pronto, devorados sus miembros, quedó reducida a una informe masa amarillenta. Un pedazo de forma triangular, tan grande como una cometa, les fue entregado a los niños, que lo acogieron con gritos de placer. Ese pedazo era el que había sido adornado con más golosinas, incluyendo tres manzanas rellenas de pasas y melocotones en almíbar. La guirnalda de maíz había sido quitada previamente y puesta en la cabecera de la mesa, desde donde parecía presidir la destrucción del pan de algodón. El comerlo no tardaba en dar sed y los termos se fueron abriendo, entregando su contenido: café negro mezclado con chocolate. Los niños de más edad se apresuraron a pedir su parte; los más pequeños se pusieron a cantar o se quedaron dormidos. Algunos empezaron breves disputas por las mejores golosinas. Los hombres se habían tendido sobre la hierba, pues no se habían traído bancos para esta fiesta y algunos de los matrimonios se habían escondido en la

oscuridad, comiendo los restos de sus porciones mientras observaban el cielo en busca de estrellas fugaces. Otros seguían de pie, sorbiendo su café y contemplando las llamas con aire soñador. La roja y cálida luz de la hoguera parecía convertir sus rostros en máscaras carentes de edad. Algunas luciérnagas brillaban sobre la hierba y en el cielo, más allá del trigal, las estrellas giraban serenas hacia el horizonte. Unos niños asustaban con gritos y manotazos a un insecto que se había posado en las semillas y sobre sus cabezas el Dragón y la Reina se perseguían eternamente. En la cola del dragón brillaba Thunan, la estrella polar de los antiguos, en tiempos guía de los pastores y la luz a la que apuntaron las pirámides sus ángulos de piedra. Cinco mil años habían pasado desde entonces con el breve destello de las ascuas en una hoguera. Los cielos habían cambiado, pero hasta ahora el mundo no había cambiado demasiado.

De noche la ciudad parecía inmensa. Las aceras eran tan anchas como calles y las calles semejabán autopistas; la avenida, vacía de tráfico, recordaba un coliseo desierto en el que todos los espectadores se hubiesen ido a casa. De vez en cuando pasaba un coche que se oía venir a manzanas de distancia. La voz de Carol resonaba con fuerza en el silencio nocturno.

—¡Jeremy, no puedo correr tanto!

—Lo siento, pero me preocupa esa dichosa bolsa.

Se dirigían hacia el norte, a Chelsea, y Freirs ya no tenía su bolsa de libros. Habían cenado en un diminuto restaurante italiano de la calle Sullivan, lleno hasta los topes, y Freirs había colgado la bolsa de su asiento, pero luego, cuando la había buscado, ya no estaba... Robada, seguramente, aunque Freirs albergaba todavía la esperanza de que se la hubiesen llevado por error y la hubiesen devuelto, dado que sólo contenía libros y los trabajos de sus estudiantes. La pérdida de la bolsa había estropeado lo que hasta entonces había sido una noche feliz, aunque para Carol el incidente ya estaba perdiéndose en las nieblas del pasado. Durante la cena habían compartido una botella de chianti; no había comido nada desde su descanso de la tarde y la primera copa se le había subido inmediatamente a la cabeza. Luego, después del café, él la había convencido de que se tomase también un brandy; nunca le había costado demasiado emborracharse y esta noche se encontraba especialmente susceptible a la bebida. Pese al café, empezaba a sentir sueño y en su imaginación se veía ya derrumbándose en la cama y durmiéndose entre las frescas sábanas. Mañana pensaría en todo lo que había sucedido esa noche...

Eran ya las doce pasadas. A un kilómetro y medio de distancia, las luces rojas, blancas y azules que indicaban el Empire State durante las fiestas del cuatro de julio, se habían apagado y sólo seguía encendido un faro rojo que indicaba la cima con sus guiños regulares, en tanto que a lo largo de la avenida las luces de las tiendas vacías brillaban pálidas bajo las rejas de acero. En la sombra del escaparate de una carnicería los pedazos de carne y un pavo enorme se apretaban contra los barrotes metálicos como animales en una jaula. Caminaba despacio, consciente de que había comido demasiado. ¡Claro que su invitación había sido maravillosa! Nueva York estaba llena de restaurantes demasiado caros para ella, sitios ante los que debía pasar sin poder entrar en ellos, pero hoy su fortuna parecía haber cambiado. Toda la noche había estado pensando en el cheque de

Rosie, cuidadosamente doblado en su monedero, y en cómo iba a gastarlo. Dos benefactores el mismo día..., era casi demasiado para creerlo.

—Creo que he comido lo suficiente para todo el fin de semana —dijo, esperando transmitirle con esa frase toda la gratitud que sentía.

—Ojalá pudiera decir yo lo mismo. —Freirs se contempló con aire lúgubre la barriga, como sorprendido de que siguiese allí—. Este verano realmente tengo que adelgazar. Si no pierdo unos kilos...

Meneó la cabeza. Estaban pasando junto a un bar que seguía abierto y del que brotaba ruido de música caribeña y alguna discusión. Carol apretó el paso para no quedarse atrás.

—Pues yo creo que no tienes tan mal aspecto. De veras...

—Bueno, gracias. —Jeremy se irguió un poco más—. Pero tendrías que haberme visto hace un año, durante mi régimen. Entonces sí que estaba delgado, como tú.

—Mis dos hermanas mayores son menos delgadas —dijo ella, encogiéndose de hombros, aunque sabía que él lo había dicho como un cumplido—. Yo siempre fui flaca.

—Pues yo no —se quejó él—. Cuando empecé a crecer me convertí en una bolita y mis padres tuvieron que mandarme a un campamento en Connecticut para que adelgazara. —Se detuvo un instante para dejar que ella le alcanzara—. Sabes, ahora que lo pienso, ésa fue la única vez que estuve en el campo. Ésa, una excursión en grupo y unas semanas aprendiendo a jugar al tenis en Long Island. Todo un ciudadano, ¿no? Casi diría que un pueblerino...

—Oh, no diría tanto. —Se preguntó si estaría bromeando—. Apuesto a que tú sí nos consideras pueblerinos a los demás.

—¡No lo niego! —Y sonrió—. Pero eso es resultado de-vivir aquí toda mi vida.

Con un gesto de la mano abarcó la calle vacía, los lejanos semáforos, las luces del tráfico y, o eso le pareció a ella, todo el titánico paisaje nocturno de la ciudad, los callejones oscuros y los edificios silenciosos y los millones de personas dormidas en sus lechos. Sintió que le envidiaba haber crecido aquí: era un mundo que conocía lo bastante bien como para estar a gusto en él y quizá pudiese ayudarla a conocerlo mejor..., al menos, valía la pena tener esa esperanza. Por un momento, en esa avenida, con Freirs adelantándola ya de nuevo, le pareció que se hallaba en una calle totalmente distinta, una en la que si no tropezaba le aguardaba al final un futuro en el que todo sería posible.

—Me pregunto qué pensarías de mi pueblo...

—Estoy seguro de que me gustaría.

—No lo estés tanto. —Y se rió—. No es muy interesante.

—Bueno, ya sabes, Pennsylvania y todo eso. —Movié la mano vagamente hacia la izquierda—. Creo que el paisaje es muy bonito allí.

—Oyéndote parece que nunca hayas estado al oeste del río Hudson.

—Oh, no es para tanto. He viajado bastante. Los Ángeles, Chicago, Miami... —Se detuvo otra vez y la esperó—. Mis padres se trasladaron a Florida hace unos años, ¡un sitio terrible! Y después de mis estudios pasé un tiempo en Europa, pero en lo que se refiere al auténtico campo de los auténticos Estados Unidos..., ya sabes, irse a dormir con las gallinas y levantarse con los cerdos...

Se encogió de hombros. Estaban acercándose a otro bar y Carol se pegó un poco más a él. No sabía por qué, pero se encontraba segura con Freirs, pese a que él estuviera cada vez más claramente nervioso. La pérdida de la bolsa les había despejado bastante y cuando salió del restaurante al aire frío de la noche se había sentido totalmente sobria, pero ahora se notaba de nuevo aturdida. Quizá fuese Jeremy, quizá sólo la bebida. Cuando leía novelas de amor siempre acababa llorando, fuesen o no realmente tristes y después de tomar mucho café la estremecía cualquier novela de misterio, aunque no fuese demasiado terrorífica.

Normalmente habría debido estar mucho más nerviosa, pues, aunque ya se estaban acercando a sus barrios de Chelsea, no estaba acostumbrada a salir de noche, cuando cada desconocido era una amenaza potencial. El estudiante soñoliento que pasaba junto a ellos con las manos en los bolsillos quizá estuviese acariciando con ellas un rosario oculto, su propio cuerpo o un cuchillo. Rostros que de día habría sido fácil ignorar cobraban ahora un aspecto peculiar y las figuras que se acercaban por la calle vacía parecían venir de muy lejos. Hasta sus pisadas eran audibles, anunciando el encuentro varias manzanas antes de que sucediera. En ese momento, ante ellos, sólo había un hombre aburrido paseando a su perro. A su espalda resonaban las voces de una pareja hablando rápidamente en castellano, y al otro lado de la avenida los ecos de una silueta encogida que avanzaba apoyada en un bastón negro, con un paquete arrugado bajo el brazo. Hojas de periódicos bailaban como espectros en la entrada de un cine abandonado, cerca de la esquina. El viento removió los montones de basura acumulados en la puerta y los dos apretaron el paso, Carol pensando en el otoño y las hojas marchitas.

—¿Sabes? —dijo ella—. Creo que el campo te irá bien.

—¿De veras? —Parecía importarle mucho que así fuese—. Eso espero, porque tengo la impresión de haberme perdido algo no conociéndolo antes.

—Oh, claro que sí... —Carol tropezó y él la sujetó para que no cayera. El contacto se prolongó un segundo o dos más de lo que habría sido estrictamente necesario—. Aunque no te conozco muy bien —dijo ella después de recobrar el equilibrio, apartándose levemente—. Puede que te aburras. ¿Qué piensas hacer si no te encuentras a gusto? Quiero decir..., ¿puedes volver si resulta que no te apetece quedarte? Espero que no lo hayas pagado todo por adelantado...

—No, aún no he pagado nada. Pero les dije a los Porothe que me quedaría todo el verano y ellos esperan que lo haga, así que supongo que estoy comprometido.

—Bueno, pero no se trata de un contrato, ¿verdad?

—Puede que no —dijo él mirando un segundo hacia atrás—, pero creo que el darle mi palabra a los Porothe es algo que me obliga tanto como un contrato. Así hacen los negocios y, de todos modos, ya he firmado con otra pareja de la ciudad el subarriendo de mi apartamento. Querían el piso hasta septiembre, lo querían todo por escrito y se lo di. Por lo tanto, estoy decidido: me quedaré allí todo el verano y no hay más que hablar. ¡No pienso volver aquí llorando a medio verano! —Por un momento le pareció que había algo de verdadera autocompasión en su tono, pero de pronto él torció el rostro como un bebé haciendo pucheros y Carol se echó a reír. Freirs rió también, pero sólo un instante, su mente llena aún con las dudas que ella le había sugerido—. Cristo, espero no aburrirme

allí... Realmente lo espero. Sólo con mi tesis debería estar lo bastante ocupado. Si vieras mi lista de lecturas... —Meneó la cabeza—. Qué mierda lo de la bolsa... Aparte de los trabajos tenía cosas más y me haría falta mucho tiempo para volver a hacerlas. El otoño que viene tengo que dar un curso para el que no estoy nada preparado, la clase nocturna en Columbia...

—Creí que enseñabas en la New School.

—Claro, pero nadie puede pagar el alquiler con eso. Estos días hay que moverse mucho para encontrar trabajo y tienes que aceptar lo que sea con la esperanza de acabar encontrando algo bueno. Admito que no soy nada exigente, voy adonde me pagan y enseño lo que ellos quieran.

—La paga debe de ser buena en Columbia —dijo ella con algo de envidia.

—Bueno, no voy a estar en la universidad exactamente, sino en el programa de Estudios Generales, pero es lo mejor que puedo conseguir ahora. El curso es parcialmente idea mía...

El resto de sus palabras se perdió al estremecerse el suelo con lo que parecía un centenar de tambores y en un segundo les sumergió un rugido cavernoso, como si algo enorme e invisible se lanzase sobre ellos. En los corredores subterráneos que había bajo sus pies un convoy del metro partió ruidosamente hacia el norte, dejando a su paso un hondo silencio. Silencio..., pero roto por un leve ruido a su espalda, un golpe ocasional seguido luego de un roce.

—¿Sobre qué es el curso?

—¿Cómo? —Estaba mirando por encima de su hombro, pero apartó rápidamente la vista; era de mala educación quedarse mirando a los lisiados. A lo lejos, la figurilla con el bastón, la cabeza gacha, seguía su laborioso avance por la acera, pareciendo vacilar bajo el peso de la noche y la calle desierta—. Ah, sí... Le llamo «La imaginación gótica». Es el tipo de títulos que adoran. Les dije que empezaría con Shakespeare y acabaría con Faulkner y, lo creas o no, se lo-tragaron. Deben de pensar...

—¡Un segundo! ¿Desde cuándo Shakespeare escribió algo que fuera gótico?

—Bueno... —Hizo una pausa—. Siempre está *Hamlet*, con su fantasma en los muros y su herencia perdida... Pero eso fue sólo mi discurso de vendedor, igual que con Faulkner; los metí de relleno por la fama. La verdad es que voy a leerme un montón de viejos cuentos de terror del tipo que debería haberme leído hace diez años. Ahora tengo la ocasión de ver lo que me he perdido. —La miró sonriente—. Debería ser divertido, ¿no?

Ella sintió un leve impulso de hacerle enfadar, pues en su entusiasmo había algo que la molestaba... Esa tozuda fe en la buena suerte, quizá, que ocasionalmente reconocía en ella misma. O quizá fuese sólo el que no pareciese importarle ni lo más mínimo el abandonarla en la ciudad.

—¿Y qué harás allí si te cansas de las historias de fantasmas?

—Oh, no debería ser un gran problema —dijo—. Siempre he sabido mantenerme ocupado. Una cosa está clara, no voy a pasarme el verano sentado haraganeando. Me pondré en forma, puede que me dedique a correr... Establecer una rutina y cumplirla. Yogur en el desayuno, un buen lavado de dientes por la noche, los zapatos dispuestos y limpios antes de irme a la cama... —Carol, divertida, se dio cuenta de que entusiasmado

con su discurso había empezado a agitar los brazos—. Y por la noche, ¿quién sabe? Podría aprender astronomía, eso es algo que no se puede hacer aquí... Mirar las estrellas. Me llevo un libro con mapas celestes. Será estupendo enterarme de qué hay realmente ahí arriba. — Los dos alzaron la vista, pero en el cielo apenas si había estrellas. La luna se había ocultado en el oeste, detrás de los edificios; sólo podían ver su brillo en los solares vacíos y las encrucijadas de las calles—. Y si todo empieza a aburrirme supongo que siempre puedo pasear por Gilead, aunque no sea muy grande. Y, claro, si llego al último extremo, puedo dedicarme a observar pájaros, he oído decir que es muy divertido, o a pasear por los bosques. De hecho, ¡no te rías!, me he provisto de un buen montón de libros y guías de campo ilustradas. Quiero decir, siendo sincero, que no tengo ni idea del campo... Soy como ese del chiste, la última vez que froté dos palitos fue en el restaurante chino. Pero hay algunas cosas que realmente me gustaría aprender: recoger setas, seguir huellas de animales, los nombres de algunas flores... no-me-olvides, aulagas, pies de gato.

Los nombres parecían ir cayendo de sus labios y Carol no pudo contenerse y le dio un leve codazo.

—Me recuerdas a mi consejero del CJBC.

—¿Ah, sí? Y, dime, te lo ruego, ¿qué es eso del CJBC?

—Campamento Juvenil de Beaver County.

Él abrió la boca en una exagerada mueca de incredulidad y Carol se echó a reír. Freirs, con cierto alivio, se unió a su risa.

—La chica de Beaver County... ¡Qué hallazgo! —Fue como si se hubiese roto un muro que los separaba. Se apoyaron el uno contra el otro, estremeciéndose de risa—. ¡Y qué título para una película! Tendríamos... —De pronto retuvo el aliento y ella vio cómo su cuerpo se envaraba—. ¡Cristo! ¿Cómo puede ese tipo mantener nuestro paso? —Miró hacia la oscuridad—. Nunca había visto a un lisiado moverse tan de prisa.

Ella se volvió a mirar, pero detrás de ellos la acera estaba desierta y las calles en silencio salvo por el gemido distante de una sirena de policía que subía y bajaba incesante, como el grito de un bebé hambriento al que nadie hace caso.

El tiempo de la inactividad tocaba a su fin. Algo apartados de los demás, junto a los rosales que había a un lado de la casa, los Porothe estaban tendidos en la hierba, escondidos entre las sombras proyectadas por la luz de la cocina. Estaban solos con la excepción de tres de sus gatos, dos durmiendo entre ellos y otro enroscado ronroneando sobre el vientre de Deborah. Con el murmullo de las voces casi inaudible y la hoguera escondida por la casa, Sarr sintió la tentación de abrazarla (estaban acostumbrados a hacer el amor delante de los gatos, tanto en la casa como fuera de ella) pero apartó el deseo de su mente. No, al menos durante un día más, hasta completar la siembra. Pero el domingo, después de los servicios...

—Sólo unas horas más tarde, alabado sea el Señor —dijo—. Aunque tampoco tengo demasiadas ganas de que nos quedemos solos. Apuesto a que nos tocará trabajar toda la mañana del domingo...

—Espero no volver a quedarme dormida en mitad del sermón. ¡Nunca me dejarán olvidarlo! —dijo Deborah.

—No te preocupes, me aseguraré de que no te duermas —le dijo él con cierta brusquedad—. Pero tan pronto como volvamos aquí pienso dormir el resto del día y tú estarás a mi lado, tan desnuda como nuestra vieja madre Eva, para que cuando me levante...

—Oh, no, cariño, no estaré así y tú tampoco. —Alargó la mano y le acarició el mentón—. ¿No te acuerdas? El domingo tendremos un visitante.

—Le había olvidado. —Sarr frunció el ceño en la oscuridad. Con un suspiro se incorporó, ahuyentando a un gato que estaba a punto de instalarse en su pecho—. Bueno, al menos nos traerá algo de dinero y el Señor bien sabe que podemos aprovecharlo.

Se volvió y miró hacia el cobertizo, una forma negra y cuadrada que se recortaba contra el cielo nocturno.

—Tendremos que limpiarlo mañana —dijo ella como leyendo sus pensamientos—. Poner las persianas, quitar la yedra. Y no pienso hacerlo todo yo sola. —Él gruñó sin comprometerse a nada—. Será mejor que lo hagamos pronto. De noche tendremos que seguir sembrando y el domingo nos faltará tiempo. Sería horrible que llegase aquí con todos sus trastos, le echara otra mirada al lugar y luego se largase de vuelta a la ciudad... Espero que no le importen los insectos.

Él se puso en pie y empezó a limpiarse los pantalones llenos de polvo.

—Bueno, con esa gente de la ciudad nunca se sabe. —Bostezó, aspirando el aromático aire nocturno; el viento soplaba desde el pantano, pero sintió el fragante olor de la tierra recién sembrada, el suelo húmedo y la vegetación—. ¡Muy bien, mujer! —La empujó suavemente con el pie—. Ya es hora de que volvamos con los demás. ¡O el viejo Joram se pondrá a chillar!

Apenas lo hubo dicho sintió una oleada de ira hacia ella. Empezaba a hablar como ella. Lleno de turbación, apartó los ojos para mirar hacia la lejanía. El paisaje le calmó, como siempre. Ya lograría que lo entendiese todo, que cambiase. Pero no ahora, no en una noche así... Había un leve resplandor en el cielo, hacia el este, más allá del cobertizo y los bosques. Sintió soplar el viento a su espalda agitando con un silbido las copas de los árboles; parecían hacerse gestos compartiendo un secreto. De niña, en noches parecidas, solían imaginar que si se ponía de puntillas vería los edificios, las vías del tren..., y luego las luces, las luces de la ciudad que estaban a más de cincuenta kilómetros de distancia.

Se reunieron con los demás alrededor de la hoguera y paladearon los últimos instantes antes de volver al campo. Aquí y allá un cuchillo brillaba a la luz rojiza, blandido por algún hombre que afilaba su estaca. Ya habían sembrado dos acres y antes de partir esta noche completarían dos más. Aún quedaría el quinto acre, pero la noche del día siguiente Poroht y su mujer se ocuparían de él.

—Así no harán travesuras la noche del sábado —bromeó uno de los otros—. ¡A la mañana siguiente les veremos entrar dando tumbos en el servicio, con el pelo lleno de semillas!

Poroht no respondió. Estaba acucillado junto a la mesa, siguiendo la tradición: ataba la guirnalda del año pasado a la punta de su estaca. Las mazorcas secas y la hojarasca oscilaban colgadas de la madera como talismanes de una lanza. Algunas de las mujeres

más jóvenes estaban cerca de los hombres, pero sólo hablaban entre ellas, pasándose la mano por sus largas cabelleras. La regla exigía que las llevaran siempre recogidas en un estilo deliberadamente poco atractivo, soltándoselas únicamente ante su esposo al irse a dormir, pero durante la siembra la regla se pasaba por alto.

—¡Mira qué grupo de colegialas! —dijo una voz grave y lacónica desde las tinieblas—. Padre, aparta mis ojos para que no contemplen su vanidad.

—Vaya, Rupert Lindt, ¿es eso todo lo que sabes decir cuando llevas media noche mirándonos? —dijo Deborah, apartándose de las otras mujeres. Avanzó hacia él y, agitando la cabeza, adoptó una pose de burlona seducción—. Más valdría que leyeras la segunda mitad del libro: «Si una mujer lleva larga su cabellera, no habrá gloria mayor para ella».

En la oscuridad, resonó una risita avergonzada y todos respondieron automáticamente «amén». Joram torció el gesto y miró a otro lado. Entre los Hermanos se consideraba de mala educación que una mujer le hablara a otro hombre que no fuera su esposo y no se tenía muy buena opinión de quienes usaran las citas de la Biblia durante una discusión; algo que, para gente tan familiarizada con las Escrituras, era demasiado fácil hacer.

—Sarr —dijo finalmente Joram, volviéndose hacia él—, has vuelto a nosotros como el hijo pródigo y nos alegramos de ello..., al igual que de la esposa que has traído contigo. Todos sabemos que el Espíritu Santo mora en ella, pero también sabemos que le queda mucho por aprender. Ésta no es noche para bromear. «Quienes siembran entre lágrimas cosecharán entre risas.» Creo que ya conocéis el resto.

—Sí —dijo Sarr, sabiendo cuál era la respuesta adecuada—. «Quien se marche llorando con su preciosa semilla, tened por seguro que volverá lleno de alegría y cargado de grano.» No te preocupes. Hermano Joram. La enseñaré a llorar.

Empezó a soplar una brisa del oeste que llevaba con ella el olor del agua pantanosa y el pino podrido. Los rosales se agitaron y la noche se hizo más fría. En sus cuerpos se había secado ya el sudor del trabajo, y todos se acercaron un poco más al fuego, los hombres con sus chaquetas y las mujeres con sus largos vestidos. Sobre sus cabezas revoloteaban los murciélagos como sombras de pájaros diminutos y las mariposas nocturnas se agolpaban sobre las llamas agitadas. La puerta de la cocina se abrió y de ella fue saliendo una fila de mujeres con pequeñas linternas metálicas para empezar a limpiarlo todo. La puerta volvió a cerrarse. En el cielo la luna parecía estar tan cerca que se la podía tocar, como la pesada uña del pulgar de Dios suspendida sobre sus cabezas. Joram se puso en pie.

—Arriba, hermanos y hermanas —dijo echando a andar hacia los campos—. Tenemos un rudo trabajo ante nosotros. —Al llegar junto al grupo de niños se inclinó sobre el más pequeño de todos, que aún lo parecía más al lado del enorme saco—. ¡Vigila bien, que las alimañas no coman ni una sola semilla! ¡Sería un mal presagio!

Con su rostro apartado de la luz era imposible decir si sonreía o no. Los demás le siguieron en silencio. El descanso había terminado.

Las mesas ya habían sido limpiadas y habían sacado la tela. Pusieron una linterna sobre la del centro y a su luz una de las jóvenes empezó a plegar la mesa, su cabellera

recogida como las de las mujeres mayores de la cocina. Porothe dejó su estaca y se le acercó.

—Quiero darte las gracias, prima Minna —dijo, poniéndole la mano en el hombro—. Fuiste muy buena al venir. Ojalá hubieras podido acompañarnos en el campo.

Ella asintió con gravedad. Su rostro sencillito parecía prematuramente viejo.

—Piet no habría querido que permaneciera en casa. Ya sabes cuánto amaba estas noches, con toda la comunidad junta bajo las estrellas. Siento su espíritu aquí, a mi lado, a cada momento de estos días, y espero que tú lo sientas también.

—Lo siento —dijo Porothe... y, en cierto modo, era verdad. O quizá sólo hubiera sido la brisa—. Juraría que casi puedo tocarlo... —Oyó un movimiento a su espalda y se volvió para encontrarse con su madre, que llevaba los cacharros vacíos a la cocina—. Deja que te ayude.

Se los quitó de las manos y echó a andar hacia la casa, esperando que ella le seguiría, pero unos instantes después miró hacia atrás y vio que no se había movido. Estaba absolutamente quieta, como si ante sus pies se extendiesen las costas de algún vasto océano invisible, y le observaba con una expresión que le resultó imposible descifrar a la tenue luz de la linterna.

—Entra —dijo ella—. Tu tía Lise está lavando los cacharros.

—Ya lo sé —dijo él, sorprendido, sin entender nada—. ¿No vienes?

—Tengo que irme —dijo ella meneando la cabeza—. Es más tarde de lo que pensé. —Porothe percibió cierto cansancio en su voz. Se le acercó un poco, pero ella extendió la mano, apartándose—. No te preocupes, aquí ya no tengo nada que hacer. Debes volver al campo, los otros ya habrán llegado.

—No voy a tenerles esperando, pero antes querría saber cómo piensas volver.

—El Señor me dio dos buenas piernas —dijo ella encogiéndose de hombros—, y no soy lo bastante vieja como para no usarlas.

Ya había sabido lo que le contestaría. Cuando tomaba una decisión era inútil discutir con ella pero creyó su deber intentarlo.

—Madre, lo menos hay diez kilómetros hasta tu casa. Es mucho trecho...

—No hace falta que me lo digas, ya he hecho ese camino antes.

—Pero de día, y ahora lo recorrerás en la oscuridad.

—Ya sabes lo que dice el Libro: «Sólo es oscuro para quienes no quieren ver».

—No te entiendo... ¿A qué tanta prisa? Viniste con la tía Lise y ella esperará llevarte a casa. Si no te importa esperar un poco, puedes ir con Amos Reid. Él y Rachel han traído su coche, igual que muchos otros.

Pero ella sacudió la cabeza, vagamente inquieta. O quizá no fuera exactamente inquietud sino una especie de resignación que le nublabla la mirada.

—No tengo tiempo para esperar —dijo casi con un gemido—. Esta noche, no sé cómo, me ha hecho pensar en lo que será el futuro y en el pasado y en que debería hacer algo que no estoy haciendo. No puedo quitarme de encima la idea de lo que va a suceder...

Murmuró algo que Sarr no pudo oír, aunque le pareció que sonaba como «los Voolas» o algo parecido. Nunca la había visto así antes.

—Cálmate, esta noche no debes estar así —dijo—. ¡Es una noche de alegría! ¡Mírame!

—Extendió los brazos—. Estoy de nuevo aquí, en nuestra propia tierra, y voy a quedarme

en ella.

—No digas tonterías, hijo. Esta tierra no es nuestra, sabes muy bien que Andy Baber vivió aquí y antes que suya fue del padre de Andy y del suyo antes de eso.

—Bien —dijo él torciendo el gesto—. Hace cien años fue nuestra y eso quiere decir que vinimos antes que ellos. Por eso compré la granja, porque creí que estarías contenta siendo tus antepasados los que la construyeron.

—No eran mis antepasados. Ya sabes que la familia es muy grande. Eran sólo otra rama.

—Eran Troet.

—Y ya recordarás qué fue de ellos —dijo ella con un gesto amargo. Él sintió un escalofrío. ¿Por qué había sacado ese tema? ¿Quería acaso arruinarle la noche? Pero su madre ya intentaba disculparse—. No me hagas caso, sólo soy una vieja inútil. La verdad es que me ha gustado verte aquí, en tu propia casa, con la tierra sembrada y el pan en la mesa. Esta noche ha sido perfecta, y estoy segura de que las cosechas irán muy bien. Ojalá pudiera hacer algo por ti y por Deborah, pero... —Se detuvo, como perdida en sus recuerdos—. Pero creo que es aún más tarde de lo que pensaba.

Le hizo un incierto gesto de adiós y se alejó de la granja, dirigiéndose hacia el sendero. Por un instante, mientras cruzaba las manchas cuadradas de luz que la ventana de la cocina formaba sobre la hierba, su figura pareció crecer y hacerse casi altiva, pero luego volvió a confundirse entre la penumbra, tan carente de sustancia como un espectro bañado por la luna. Rodeó la granja y él dejó de verla. Sarr se quedó inmóvil, esperando verla reaparecer entre los árboles que bordeaban el sendero, pero después de uno o dos minutos se volvió y, dejando los cacharos junto a la mesa, recogió su estaca y fue hacia el campo a reunirse con los demás. Sí, la noche había sido perfecta y los dolores privados de su madre ya empezaban a esfumarse en su memoria. Al fin había pronunciado el nombre de su esposa en voz alta, y eso quería decir mucho, y había dicho que la cosecha sería estupenda.

De pronto, sintió deseos de cantar.

Las mujeres habían vuelto a llenar sus sacos de semillas y en el gran saco vigilado por los niños ya sólo quedaba una cuarta parte del contenido original. Con los rasgos llenos de tensión y fatiga los niños vigilaban que no se perdiera ni un grano, pero su vigilancia no era más intensa que la de los cuatro gatos que, agazapados sin que nadie les viese más allá del anillo de piedras, permanecían inmóviles, los ojos ardiendo como ascuas. Las mujeres se echaron al hombro sus sacos, ahora otra vez pesados, y volvieron lentamente a los campos y el más pequeño de los niños metió la mano en el saco y extrajo de él un puñado de semillas. Moviendo el dedo en solemne imitación de sus mayores, le habló en un ceremonioso murmullo:

*Mírala, fijate bien,
es la colina del zarzal...*

Encorvadas sobre los surcos, las mujeres retomaron el cántico repitiendo la misma

advertencia reiterada siempre por la tradición:

*Si el cuervo no te coge,
el ratón te pillaré.*

Cuando volvieron a incorporarse, una de ellas gimió frotándose el estómago.

—¿Qué tienes, hermana? ¿Demasiado pan de algodón? —dijo sonriente su compañera. La otra asintió.

—Esa estrella era tan grande como la puerta de un granero. ¡Y pensar que me comí la mitad! No sé por qué le llaman pan de algodón..., pesa como una roca.

—Mi esposo sabe mucho de eso —dijo Deborah, deteniéndose para quitarse un mechón de pelo de la cara—, pero creo que no desea soltar prenda al respecto.

La luna estaba ocultándose entre los árboles. Delante de ellas los siete hombres eran una fila de sombras en movimiento.

—Era grano de la mejor calidad, molido con piedras —decía Porothe—, Tuve que mandar por él a Tipton y el que me lo vendió (un sombrero negro) dijo que el molino era de agua.

—¡Probablemente por eso te cobró el doble! —dijo otro meneando la cabeza.

Algunos rieron, pero Sarr fingió no haberle oído.

—Estaba cultivando con la misma semilla que estamos plantando esta noche —prosiguió—, la que usaban los indios. Dicen que crece muy de prisa, así que es la mejor semilla cuando se planta tan tarde.

—Esperemos que no crezca demasiado aprisa —dijo una voz firme desde el extremo de la fila—. «Corta es la vida del hombre y su tiempo para cosechar.»

—Venga, Joram, reconócelo —dijo otro—, también a ti el pan te pareció bueno.

Su mujer, que iba algunos pasos detrás, había estado aguardando ese momento.

—Amos —dijo—, ¿quieres preguntarle algo por mí al Hermano Sarr? —El cántico cesó y en el repentino silencio sus palabras resonaron en el campo—. Pregúntale por qué le llaman pan de algodón.

—Creí que todo el mundo lo sabía —dijo Sarr rápidamente, sin volver la mirada ni dar tiempo a que le repitiesen la pregunta—. Solían hacerlo cocer con madera de algodnero, ¡y apuesto a que sabía realmente bien!

Como para cerrar el tema, clavó con vehemencia su estaca en el suelo y la guirnalda de hojarasca crujió con fuerza. La pregunta le había cogido por sorpresa. Esperaba haber resultado convincente. Obviamente Deborah había vuelto a irse de la lengua. ¿Aprendería alguna vez? Junto a la hoguera el Hermano Joram casi le había dicho que le diese una buena paliza y, pese a toda su educación universitaria, él había estado de acuerdo. Su mujer estaba empezando a darle muchos dolores de cabeza...

Se detuvo un momento y se volvió para ver cómo dejaba caer tres semillas en el agujero que él acababa de hacer. Su cabello le cubría el rostro, igual que cada noche cuando se metía en la cama a su lado. Deborah se incorporó y cubrió el hoyo con un grácil gesto del pie, y al levantar la vista sus miradas se encontraron. Ella le sonrió, y en su sonrisa había amor. Sarr bajó los ojos y se mordió el labio. La deseaba y ella lo sabía. Toda

la semana había evitado sus caricias, atesorando toda su energía para la siembra; eso ayudaría a que la cosecha fuera abundante. Pero ahora, al verla caminar y encorvarse hacia el suelo, moviendo casi con arrogancia sus caderas... estaba tan excitado que tuvo que volver el rostro o habría gritado. Hundió salvajemente la estaca en el suelo y la hizo girar con violencia; varias hojas se soltaron de la guirnalda, perdiéndose entre la oscuridad. Si no hubiera hecho ese voto... Pensó en la redondez de su cuerpo, la suave textura de su piel bajo el tosco vestido y se preguntó, entrando otra vez en la fila, si osaría alzar ese vestido y penetrarla esta noche, con la semilla que aún quedaba por plantar.

Deborah tocó con el codo a la mujer que tenía al lado y señaló hacia su marido.

— ¿Has visto cómo me miraba? — dijo en voz baja y gutural—. ¡Apenas os hayáis ido, juraría que me hará el amor en este mismo campo!

La imagen era escandalosa, pero fácil de creer y todas se echaron a reír. Poroth oyó la risa, pero no lo que la había causado. Como colegialas, había dicho Lindt, y tenía razón. Qué deliciosamente inocentes eran, Deborah la primera, y qué cara pondrían si les dijera lo que realmente habían hecho esa noche.

*Corre ya, escóndete,
en la colina del zarzal...*

Lo había descubierto por accidente en la clase de alemán, y un libro de la biblioteca que confirmaba sus sospechas había aludido a cosas aún más oscuras y viejas que las pirámides, más antiguas que la historia escrita. Había leído en él sobre el tipo de adoración precristiana y cómo cada primavera la tribu sacrificaba a uno de sus dioses en forma humana. Lo demás se lo había imaginado él. Bajo la tranquila piedad de sus vecinos había distinguido el rostro pintarrajeado del salvaje, y bajo la extraña celebración de esa noche un altar manchado de sangre y una figura tendida sobre él, formando una estrella de cinco puntas. Había presenciado su degüello ritual y cómo era despedazada; en tanto que sus amigos disfrutaban con el festín bajo la luna, él había tenido una visión de manos enloquecidas que desgarraban una cosa sin cabeza, en tanto que, más allá de la hoguera, los niños luchaban por apoderarse de algo que parecía una cara. Aunque el nombre moderno de su alimento fuera engañoso, antes se le llamaba el pan Gottin, símbolo de lo que habían devorado... La carne de la diosa cuya cabellera era la guirnalda que ahora coronaba su estaca.

*Si el topo no te come,
el gusano ya lo hará.*

Por supuesto que todo eso eran ritos del pasado que hoy en día se habían vuelto totalmente inocuos. Quizá ella leía más historia que el resto de los Hermanos y quizá esa noche había visto más claramente lo que hacían, pero su fe seguía siendo tan fuerte como siempre. El origen de todo aquello era indudablemente oscuro, pero la sangre derramada hacía ya mucho que estaba seca y el tiempo, como bien sabía él, lo volvía todo respetable; había quienes cada domingo se comían a su Dios. Para él todos los dioses y diosas eran

uno, aspectos de una divinidad que lo abarcaba todo y después del sacramento de esta noche, seguido por la bendición de su madre, en su paso había la confianza de quien se sabe elegido. A su espalda, de un modo muy adecuado, las mujeres habían llegado al último y más optimista de los versos:

*Corre, vuela, huye ya
a la colina del zarzal...*

Se obligó a olvidar el altar, la víctima desnuda y el recuerdo de su esposa y alzó su voz uniéndose a los otros en un grito exuberante:

*Que si el gusano no te come
¡ya te comeré yo!*

De pronto, oyó crujir la madera. La punta de su estaca había golpeado algo duro que se retorció, y en el suelo, ante él, se alzó un siseo irritado, como el de la grasa en el fuego y algo se movió, retorciéndose frenético, casi arrancándole la estaca. Una mazorca seca se partió y cayó en silencio a sus pies. Uno de los gatos se incorporó de un salto y cruzó como un rayo la hierba. Sarr alzó la estaca y examinó su punta, pero la luna se había ocultado y no pudo ver nada. La madera estaba agrietada y al tacto parecía pegajosa y extrañamente fría. Con el estómago revuelto, clavó de nuevo la estaca en el suelo para hacer otro hoyo. No dijo nada a los otros, y cuando terminaron el tercer acre ya había apartado el incidente de sus pensamientos. Y entonces ocurrió. La noche estaba ya muy avanzada. Seguía oyéndose el canto de los grillos, pero ya no había luciérnagas y la luna se había puesto detrás de los pinos. De pronto, junto a la distante hoguera, un niño gritó lastimeramente.

Un grupo de hombres no tardó en llegar junto a él. Le vieron señalar algo junto al saco de semillas y uno de los hombres dijo con voz áspera: «¡No es nada!». Les indicó con gestos que volvieran al campo, pero Porothe y su mujer se acercaron a toda prisa al fuego y a su luz. Entre un creciente grupo de niños y personas mayores, vieron el saco tumbado y algo menos lleno de como lo recordaban. En el fondo del saco había un pequeño agujero circular por el que brotaba un chorrito de semillas. «No es nada, lo recogeremos todo», repitió quien había hablado antes, y sus camaradas ya estaban buscando las semillas esparcidas entre la hierba. Pero de lo que ninguno habló fue del otro agujero que habían visto y tapado a toda prisa... Un agujero que, antes de volcarse el saco, conectaba justo con el hoyo de la tela y que se perdía retorciéndose sinuoso en el suelo.

Cuando al fin llegaron a su piso, Carol sintió ver las dos miserables aspidistras que, en sus mugrientas macetas a cada lado del portal, luchaban por sobrevivir entre las bolsas de plástico y los envoltorios de caramelos. El lugar le había parecido hasta entonces un refugio, algo que podía permitirse y que le gustaba, pero de pronto lo encontraba miserable y sucio; se alegraba de que estuviera oscuro y que el farol más próximo estuviera a varios portales de distancia. Freirs hizo como si no hubiera notado nada, pero ella temió que meramente estuviera siendo cortés. Estaba segura de que era más rico de lo

que decía, uno de esos muchachos judíos neoyorquinos llenos de confianza en sí mismos que habían crecido con todas las ventajas y no se daban cuenta de su buena suerte. O, si no era rico, al menos tenía el dinero suficiente como para estar muy pronto descansando en el campo mientras que ella tenía que trabajar el verano. Durante todo el paseo, a cada manzana que pasaban, se había ido dando cuenta cada vez más de que el domingo ya no estaría en la ciudad, y aunque no cesaba de recordarse que el día había sido prácticamente perfecto, tampoco lograba dejar de pensar que Dios estaba siendo curiosamente cruel. Apenas había encontrado a alguien de quien realmente podía enamorarse, se lo arrebató.

Percibió que Freirs se había ido poniendo nervioso a medida que su recorrido finalizaba. De hecho, le había parecido ver figuras ocultas en cada sombra. Decía que les seguían, y finalmente le había contagiado algo de sus nervios. Apenas a unos metros de su casa se había parado en seco y, cogiéndola del brazo, la había hecho retroceder como al borde de un abismo, señalando sin decir palabra algo del tamaño de un guisante que se había escurrido luego en la oscuridad. Carol había lanzado un grito antes de darse cuenta de que era sólo una chinche. ¿Cómo semejante persona iba a soportar el campo? Se detuvo ante los peldaños, no muy segura de si despedirse o decirle que subiera a tomar café.

—Bueno, Jeremy, parece que vas a pasar un gran verano. Te envidio, de veras. Espero que me llames cuando vuelvas a la ciudad.

—Diablos, podemos hacer algo mejor. ¿Por qué no vienes a verme? Apartarte de esos libros polvorientos y de los viejecillos te sentaría bien. Podrías venir un fin de semana o...

—Su confianza en lo que le proponía pareció flaquear un instante—. O sólo un día, como quieras.

—¡Oh, Jeremy, me encantaría!

—Gilead está sólo a dos horas de autobús —prosiguió él—. El viaje es bonito. También podrías ir hasta Flemington, unos quince kilómetros al este, y ahorrarte casi una hora. De todos modos, yo vendría a buscarte. Los Porothe me dejarán usar el camión.

—Suena estupendo..., salir al campo un fin de semana.

Deseaba preguntarle dónde dormiría si se quedaba el fin de semana, pero no se atrevía. Seguramente los Porothe tendrían un cuarto libre que pudiera usar...

—Perfecto, arreglado entonces. —Ya tenía un trozo de papel sobre la rodilla y, con el pie en el último peldaño, estaba garabateando el número de su casa—. Te escribiré cuando llegue allí y te diré si todo ha ido bien.

Carol, de pie en la acera, a su lado, siguió su mirada hasta las ventanas del quinto piso. Estaban a oscuras, quizá Rochelle había salido con su amigo y por una vez Carol tuviera el piso para ella sola. Aunque lo más probable sería que estuviera en cama y, desde luego, acompañada.

—Si quieres subir a tomar un café —dijo Carol, decidiéndose al fin—, tendremos que ir con cuidado y no hacer ruido. Mi compañera de piso estará dormida.

—Oh, no importa. —Después de haber logrado el triunfo de que ella viniera a verle, no parecía sentirse muy inclinado a forzar demasiado su suerte—. Es tarde y tengo una tonelada de libros que empaquetar para mañana.

—No te olvides de las guías de campo —dijo Carol empezando a subir los peldaños—. Para cuando venga yo, quiero que estés hecho todo un rastreador.

Le oyó vacilar y luego subir detrás de ella. Cuando se volvió lo tenía al lado, sonriendo.

—Esperaba que vinieras antes de eso —dijo—. Quizá el próximo fin de semana...

Él le sostuvo la puerta mientras Carol buscaba las llaves en el bolso.

—Bueno —dijo ella algo sorprendida—, quizá pudiera... —Rebuscó en su mente: dudas, objeciones, otros planes... y, como una tonta, se dio cuenta de que no tenía nada que oponer a su propuesta. No tenía ningún plan para el verano—. Sí, podría estar muy bien. Creo que conseguiré escaparme.

—Muy bien, entonces te escribiré apenas llegue. ¡Y más valdrá que me contestes! —Le golpeó suavemente la nariz con la punta de un dedo—. Recuerda, cuento con ello.

—Tranquilo. Tengo dos hermanas casadas aparte de mi madre y jamás me salto una carta. —Se detuvo, con la llave ya en el cerrojo: hora de la despedida—. Bueno, ha sido una noche maravillosa y quiero darte las gracias... ¡Oh, no! Mira.

Sacó la llave y empujó la puerta, que se abrió. Freirs se agachó para examinar el cerrojo.

—Parece que han desatornillado el protector metálico —dijo y, meneando la cabeza, añadió—: Me pregunto si habrán robado. Esta jodida ciudad... —Carol miraba con incertidumbre la entrada tenuemente iluminada—. Oye, ¿quieres que suba contigo? Sólo hasta la puerta, nada de entrar.

—¿Podrías, por favor? Estoy segura de que no ha pasado nada, pero si hubiera alguien dentro...

Tragó saliva.

—Será un placer. Yo iré primero.

Entró en el vestíbulo y ella le siguió. El pasillo era angosto y a aquellas horas muy silencioso. Sus pies resonaban sobre el embaldosado blanco amarillento que llegaba, roto y sucio, hasta media pared. En el final del pasillo una gruesa puerta de metal negro ocultaba un ascensor apenas más grande que un armario, iluminado por una bombilla desnuda colgando de un cable eléctrico. Cuando entraron, la cabina tembló ostensiblemente y con un lejano ruido de engranajes, después de una fuerte sacudida, se puso en marcha ascendiendo lentamente por el hueco en penumbra, con sus sombras saltando alocadas a cada balanceo de la bombilla. Observaron en silencio las sombras, la pintura que había saltado junto al botón de emergencia y los números que iban desfilando por la mirilla de la puerta. En cada piso un pálido círculo luminoso se abría y luego se cerraba como un ojo hasta desaparecer bajo ellos. Permanecieron en silencio escuchando, y finalmente la cabina se detuvo con un gemido tembloroso en el quinto piso. Carol miró por el cristal antes de que Freirs abriese y vio que el vestíbulo estaba vacío. Fueron hacia la puerta y ella introdujo la llave en la cerradura. Por un momento que le resultó incómodo, estuvo a punto de suplicarle que entrara.

—Bueno —se oyó decir—, otra vez gracias. He pasado una noche estupenda. —Deseó que él se diera cuenta de que decía la verdad, y se preguntó si sentiría lo mismo. La puerta giró hacia dentro revelando un descansillo en tinieblas. En un murmullo, añadió—:

Y el acompañarme hasta aquí ha sido... Bueno, ojalá no fuera tan tarde.

A toda prisa, antes de que le faltara el valor, le rodeó el cuello con su brazo y le besó en la comisura de los labios. Él no pareció sorprenderse, como si pensara que se había ganado ese beso.

— Amén — dijo —. Te veré en Jersey.

— Esperaré a que me escribas.

Entró en la oscuridad. Él levantó una mano despidiéndose y se volvió. Al cerrar la puerta, Carol oyó el golpe del ascensor al ponerse en marcha y empezar a bajar. El piso olía a carne frita y ajo, y de la puerta del salón llegaba un fuerte aroma a loción de afeitado. Así pues, Rochelle y su amigo no habían salido. Aquella noche nada de quedarse un rato en la cocina, y ni una luz para guiarla hasta su cuarto. Carol, con las manos extendidas, caminó de puntillas por el salón; la única luz venía de la rendija de la puerta del baño, al otro extremo. Al pasar junto a ella, la puerta se abrió en silencio, revelando al amigo de Rochelle, que se quedó mirándola boquiabierto. Al reconocerla, retrocedió de un salto y ella desvió los ojos, tratando de no ver su pene. La luz se esfumó y luego Carol oyó una risita en la oscuridad.

— ¡Creí que eras Shelly! — dijo.

Su aliento olía a pasta dentífrica.

— No, soy yo.

Sintió el roce de su cuerpo al pasar junto a él y se abrió paso a ciegas hacia su dormitorio. Oyó un breve jadeo a su espalda, una pausa y ruido de pasos alejándose hacia el salón. Una vez en su dormitorio cerró la puerta y encendió su lamparilla de noche. Los bailarines de los posters parecieron saltar de la pared, extendiendo los brazos para acogerla (Merrill Ashley, Baryshnikov, Karen Kain como la reina de los Cisnes), pero le era difícil echar de su mente aquella figura en el cuarto de baño, el pelo aplastado por el agua, la piel olivácea. Se obligó a pensar en Jeremy, esperando que realmente mandara la carta y recordándose, para que no le doliera en caso de no hacerlo, lo poco que en realidad le conocía. ¡Qué extrañamente nervioso había estado al final, buscando criminales y lisiados en las sombras, pero sin perder ni un segundo esa típica arrogancia de neoyorquino! Quizá habría debido insistir para que entrara; deseó tenerle al lado y poder pasar toda la noche abrazándole, pero en aquellos momentos ya debía de estar en la calle. Se acercó a la ventana y separó dos tirillas de la persiana para mirar hacia abajo.

Sí, allí estaba, bajando apresuradamente los peldaños. Se movía con rapidez, alargando la zancada a cada paso. Ojalá fuera por estar alegre y no por ganas de marcharse. Dentro de unos segundos llegaría al arce moribundo que había a media manzana y luego doblaría la esquina, perdiéndose de vista. Iba a apartarse de la ventana cuando de las sombras de la acera de enfrente, casi en el límite de su visión, creyó ver una pequeña figura blanca que avanzaba silenciosa detrás de Jeremy, agitando algo que le pareció una vara. Antes de llegar a doblar la esquina la figurilla hizo una extraña pirueta y desapareció detrás de unos coches aparcados. No podía ser un lisiado; parecía tan ágil como un niño, aunque no creía que un niño pudiese andar a esas horas por la calle. Tiró del cordón y abrió todo lo que pudo la persiana para ver mejor. Las tiras de plástico cedieron por completo y haces de luz entraron de la calle, inundando el cuarto. Miró

nuevamente hacia fuera pero ya era demasiado tarde: la luna se había ocultado, la calle estaba desierta y callada, el árbol recortaba su silueta oscura e inmóvil contra el cielo. Una leve neblina alzaba tentáculos fantasmales sobre la acera. Las dos figuras habían desaparecido.



Veinticinco de junio

¡Un día muy especial! El alba ha nacido en el horizonte como si levantase una inconmensurable cortina y el cielo rosado parece lleno de promesas. En el tejado de su casa, cómodamente instalado en su silla de lona, contempla satisfecho los cielos con el rostro iluminado por el primer sol de la mañana. El aire es ya cálido y lleva bajo los olores de la calle y del alquitrán del tejado un levísimo aroma a rosas. Los pájaros chillan roncamente en el cielo y la brisa remueve su cabello. Bajo él yace el oscuro río que cruza las colinas aún cubiertas de sombras y hacia el este, delante de él, se extiende la ciudad con sus torres que semejan una fila interminable de lápidas negras contra el cielo cada vez más brillante. El Anciano bosteza y se permite una sonrisa. Un día y una noche muy ocupados, llenos de papeles que jugar y rituales que celebrar. Ha pasado gran parte de la noche observando al hombre y a la mujer, y luego se ha concentrado en él montando guardia en la calle bajo su ventana: una figura rechoncha y mal vestida, paciente y solitaria bajo su negro paraguas, sin prestar atención a la lluvia ni al silencio que la ha seguido. Por fin, la ventana se ha oscurecido (igual que la de ella, a casi dos kilómetros de distancia) y, anotando la hora con un gesto satisfecho, ha emprendido el regreso a su hogar. Incluso durante el viaje ha estado ocupado preparando futuras conversaciones, recitando ciertos cánticos, musitando una palabra en una lengua hace mucho olvidada. Años de cálculos que deben ser verificados durante un ocaso; lecturas que debe tomar según las sombras que arroje el sol, las luces rojas y amarillas de un barco desconocido que pasa en silencio por el Hudson y los reflejos de una estrella borrosa en un charco de agua. Sus cifras deben ser precisas y sus cálculos impecables, pues sólo así, y no de otro modo, podrá elegirse el escenario final para las Ceremonias.

Está cansado, demasiado débil para hacer algo que no sea girar la cabeza y contemplar el cielo despejado. Pero aún no ha dormido ni lo hará hasta que sus planes se hayan llevado a cabo, pues de todas las necesidades humanas sólo conserva la de alimentarse y tomar de vez en cuando algo de sol para calentar sus huesos. Hace tiempo que ha dejado atrás la absurda rutina del sueño, el aplastar la cabeza en la almohada, el rostro relajado o tenso, la mente a la deriva durante ocho horas perdida entre fantasías infantiles: se libró de ello con la misma facilidad que muda la piel una serpiente. En cuanto a los sueños, no le han turbado desde hace más de medio siglo.

Pero tampoco podría dormir pues sus progresos le alegran demasiado. La mujer es perfecta en cada uno de sus actos y palabras, seguramente incluso en sus pensamientos: su

primer día transcurrido de modo espléndido y después de un leve retraso carente de consecuencias (y que, desde luego, no era culpa suya) ha logrado establecer una relación emocional de lo más prometedora con el hombre elegido. El contacto final se ha completado y el hombre en sí es perfecto, incluso en la fecha de su nacimiento hace casi treinta años. También es perfecto que sea un solitario fácil de sugestionar, el tipo de hombre que no planteará problemas si le usa correctamente. Y lo usará, eso es seguro, pues, después de todo, ¿para qué son si no las herramientas? La compañera de piso es otro asunto, algo tendrá que pensar respecto a ella. ¿Un espíritu libre? ¡No, una simple ramera! ¡No le dará oportunidad de que tiente a su pequeña virgen! Sí, decididamente tendrá que hacer algo... y pronto. No está seguro del método, pero las ideas nunca le han faltado.

El sol le deslumbra formando un arco iris en sus ojos. El Anciano pestañea y aparta la mirada. Junto a él, pulcramente dispuestos sobre el murete de ladrillo que rodea el tejado, están los escasos instrumentos que le ocuparán el resto del día. La jarra, aún vacía, y la bolsa llena y, apoyado en un método de solfeo para que las páginas no se agiten al viento, el maltrecho estuche de cuero que contiene su flauta. Su tarea de hoy no es demasiado agotadora, pero esos objetos tan comunes le tendrán bien ocupado.

Cuelga la bolsa de un clavo dejándola a unos centímetros del tejado. Lo siguiente es el estuche. De su interior, recubierto de terciopelo extrae una corta y gruesa flauta blanca que reluce como si fuera de marfil. Antes de llevársela a los labios abre el libro sobre su regazo en el séptimo ejercicio: música atonal sincopada. De hecho, no le interesa la música y no piensa perder el tiempo con esa composición, pero el séptimo ejercicio se parece un poco a las complejas melodías que va a tocar, y si algún inquilino aparece hoy en el tejado verá sólo a un hombrecillo inofensivo con los carrillos hinchados y el almuerzo junto a él, practicando una nada melodiosa serie de chirridos y disonancias. Siempre es bueno estar prevenido, piensa. El aire cada vez es más cálido pero a esta altura la brisa es muy refrescante, con alguna fragancia ocasional del parque doce pisos más abajo. Aspira hondamente y sosteniendo con las dos manos la flauta sopla suavemente tres notas que se pierden en el silencio. Sus ojos ansiosos se clavan en la bolsa y en el interior de ésta algo se mueve.

Una leve sonrisa le ilumina el rostro y vuelve a tocar las mismas notas. La bolsa se agita violentamente como si en su interior algo luchase por salir. Una repentina sacudida está a punto de hacerla caer del clavo. Coloca cuidadosamente la jarra a sus pies y empieza a tocar. No hay en su música ritmo ni melodía discernible. A quien la oyese le parecería, salvo por cierta calidad exótica en algunos pasajes, una sucesión de notas al azar, como si un hombre pulsase a ciegas las teclas de una máquina de escribir en un idioma desconocido. Pero las notas componen una canción. La Canción de la Muerte que, curiosamente, es también una canción de nacimiento.

La flauta baila ante su rostro y sus dedos bailan sobre ella como frenéticas arañas. Sobre su cabeza el aire se estremece con la música y torbellinos invisibles se alzan hacia los cielos. Es el momento de despertar. La bolsa se agita salvajemente y con ella lo hace toda la naturaleza (los ríos, los árboles, el aire que danza) y algo que no pertenece a la naturaleza, algo en las entrañas de la tierra donde la roca muele lentamente la roca. El Anciano oye

como se mueve y se alegra de ello y sigue tocando, los ojos clavados en un cielo tan azul que parece dispuesto a romperse en un millón de pedazos como una cascara de huevo. Va a ser un día precioso.

Durante toda la mañana sigue tocando su flauta, agitando su rosada cabecita a su ritmo y compitiendo con su música para apagar los gritos de los pájaros. De vez en cuando se detiene a observar los movimientos de la bolsa en cuyo interior algo se agita ferozmente, a punto de romper la tela. Cada vez que eso ocurre sonríe, y cuando el sol empieza a ponerse hacia las colinas del oeste toca sus tres últimas notas, las mismas que tocó al empezar, pero en orden inverso. Deja la flauta en el suelo y pronuncia cierta palabra. Luego se incorpora: faltan menos de cinco horas para la medianoche y su trabajo actual ha terminado.

Cuando el sol desaparece está preparado. Pliega la silla y la coloca junto a la garita del ascensor, abandonando la música. El estuche y la jarra, ahora llena, se las lleva abajo dejando detrás de él, en el centro del tejado, el desenlace de un día de labor: un reluciente crucifijo rosado de entrañas atadas con un cabello rojo robado y bajo él, como desgarrada por unas garras afiladas cual navajas, los restos de la bolsa vacía... La bolsa que, hasta el día de hoy, no había contenido más que libros.

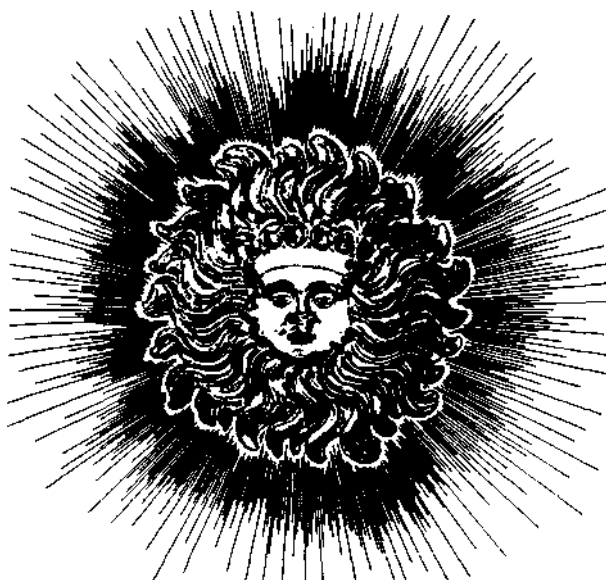
La oscuridad le encuentra agazapado junto a la orilla del río, con su borrosa figura blanca reflejándose en el agua y moviendo lentamente la mano por el espacio que hay entre el asfalto y la barandilla. Visto desde el parque parecería una figura pequeña y vulnerable, como un chicuelo absorto ante un charco fangoso entregado a alguna labor solemne y secreta. Su mano gira y una cascada de pequeños objetos brillantes, blancos como huesos, caen bajo la luz de la luna para esfumarse en las aguas. Una pluma, como un pedazo de nube, es barrida por el viento y sólo queda la Libación, la ofrenda de los Orh'teine. La fórmula pide una jarrita o una copa, pero él sabe que su jarra de mermelada servirá igual y, con gesto grave, la vierte en el río. Por un instante, antes de perderse de vista, mancha el agua con una nube negra que, a la luz del día, habría sido roja.

Agarrándose a la barandilla se incorpora quedando de cara al río. Más allá está la costa de Jersey y aún más allá las granjas y la tierra sembrada que se enfría tragada por la noche. Allí está su destino: mañana partirá hacia el campo con la cabeza llena de estupideces románticas y cargado de libros... Los libros perfectos. Qué útil será cuando llegue el momento y, a la luz de la luna, lea ese pasaje del relato... El Anciano musita el Cuarto Nombre, tres palabras más y luego sonríe. Una brisa helada del río agita su pálido cabello. Mira las estrellas que giran majestuosas en el cielo y piensa en el futuro que vendrá.

La mujer debe jugar el papel principal, pero el hombre debe desempeñar antes el suyo. No lo sabe aún, pero en esas colinas distantes sufrirá cambios que están más allá de su imaginación y la noche en que cumpla los treinta años... todo empezará para él.

Libro segundo

La granja Poroth



Seguramente poco queda ya por explorar —dije yo—. Ha nacido usted algunos siglos demasiado tarde para eso.

Pienso que se equivoca —me replicó—; créame cuando le digo que aún existen extraños países que descubrir, incluso continentes de asombrosas extensiones.

ARTHUR MACHEN, *La novela del Sello Negro*



Veintiséis de junio

Querida Carol:

¡Saludos! Llevo aquí sólo cuatro horas y media pero ya he adquirido el pintoresco acento del campo. Mañana espero andar con un sombrero de paja y una brizna de hierba entre los dientes. Es sorprendente lo que puede hacer el aire de aquí. He llegado a preguntarme qué es lo que llevo respirando durante los últimos veintinueve años (sólo espero que no me despierte uno de esos legendarios apetitos campesinos) y cuando salgo puedo percibir realmente como crecen las plantas, lo que para un servidor es toda una novedad.

Por aquí todo es ridículamente verde y tan silencioso que siento la tentación de sentarme sólo a escuchar. No hay tráfico, ni metro ni obras ni psicópatas y, gracias a Dios, tampoco teléfonos. Créeme, aquí hay tanto silencio como en la biblioteca, te sentirías como en casa. Llegué hoy en el autobús de la tarde cargado con dos monstruosas maletas atiborradas de libros, papelotes y un poco de ropa. Sarr me recibió en Gilead con su

camión. Es justo como te lo describí: al principio resulta un poco solemne (a veces, hasta lúgubre), pero debajo de esa apariencia creo que sólo hay mera timidez. Te gustará y probablemente Deborah te guste aún más.

Ya me he puesto al día de todos los cotilleos locales (al parecer Gilead no se compone sólo de santos, aunque me di cuenta de que no sacó el tema en presencia de su esposo). Insistió también en narrarme las historias, completas y sin abreviar, de cada uno de sus siete gatos pero te ahorro los detalles. Cuando llegues probablemente se repetirá la función. Por cierto, la ciudad la tiene fascinada, supongo que por no haber estado en ella desde que conoció a Sarr.

Así que aquí me tienes, en mi retiro rural, sentado ante una vieja mesa que voy a usar de escritorio. Deborah me encontró dos pequeñas librerías y, aparte de sacar los libros de las maletas, he pasado las dos últimas horas limpiando un poco todo esto. Por las ventanas entra el sol a raudales y el lugar es mucho más alegre de lo que probablemente parece así descrito. Ya lo verás cuando llegues (no hace falta decir que te espero el próximo fin de semana) y, ciertamente, no creo que vaya a tener ningún tipo de problemas. Bien, supongo que debería empezar a trabajar en mis cosas. Pienso dedicarme a leer y a escribir y un poquito a la aritmética (tengo que descubrir el modo de que un verano me cunda como si fuera un año entero de trabajo). Y para mantenerme al tanto de mis progresos pienso llevar un diario, aunque dudo que pueda rivalizar con el de Thoreau. He encontrado algunas sillas plegables en el almacén del otro lado y creo que sacaré una fuera y leeré hasta la hora de cenar. Sólo quedan una o dos horas de luz y será mejor que las aproveche. Espero verte pronto. Escíbeme. Besos.

JEREMY

P. D. Te mando un horario de autobuses de Flemington. Tienes que advertirle de antemano al chófer que quieres ir a Gilead o pasará de largo. Podrías venir el viernes cuando salgas del trabajo y llegarías aquí antes de que anocheciera.

Horace Walpole, *El castillo de Otranto* (1764). Capítulo uno. «Manfred, príncipe de Otranto, tenía un hijo y una hija. Ésta, una bellísima virgen de dieciocho años, se llamaba Matilda. Conrad, tres años más joven, era apuesto y...» Bueno, no puede decirse que Walpole se ande con rodeos. Temas de ensayo: Mostrar cómo las técnicas teatrales del escenario son usadas para producir tensión. La fantasía gótica en tanto que una literatura de escenarios, el misterio como una literatura de tramas, la ciencia ficción como literatura de ideas. Razón de que el gótico sea inherentemente conservador. Naturaleza sexual de la aflicción y el dolor. Naturaleza sexual del miedo.

Después de cenar, capítulos dos al cinco. «"Querría añadir algo más —dijo Matilda, debatiéndose—, pero no puede ser... Isabella... Theodore... por todo lo que más... ¡oh!" Y expiró. Isabella y sus mujeres arrancaron a Hippolita de su cadáver, pero Theodore selló con mil besos sus manos frías como la arcilla...» La verdad es que no me gusta un pelo. Castillos, monjes, yelmos gigantes... Quizá no debería haberme remontado tan atrás o quizá es sólo la luz de esta maldita lámpara. La próxima vez que vaya al pueblo he de buscar una buena pantalla o me quedará ciego. Le pediría una a los Porotheos pero no creo

que sean de mucha ayuda dado que, benditos sean sus masoquistas corazones, parecen decididos a arreglárselas con lámparas de gas y linternas de queroseno. (Algo que intencionadamente olvidé en la carta.) De todos modos, gracias te doy, Señor, por Thomas Alva Edison. Ya es de noche, los Porothe han apagado la luz y un millón de bichos se estrellan contra las rejillas, uno de ellos una enorme polilla blanca que parece un pájaro pequeño. Nunca vi una igual, me pregunto cómo sería la oruga... ¡Jesús!, espero que esas malditas cosas no logren atravesar la rejilla. Me parece que la humedad las atrae. Hay colinas no muy lejos, pero aquí estamos bastante bajos y el aire nocturno huele como si hubiera agua cerca. Me he fijado que hay un poco de moho verdoso en la parte baja de los muros.

Hormigas también, a montones. Este lugar se encuentra realmente infestado. (Algo más que olvidé en la carta. ¿Para qué desanimarla antes de que venga?) Creo que los Porothe debieron limpiar un poco antes y no esperar a que viniera yo; tuve que inspeccionar por dos veces la habitación cuando Deborah se hubo marchado y cada vez encontré bichos nuevos, sabe Dios qué serían. No pienso buscarlos en mi guía de insectos, eso es seguro. Lo peor son las arañas, especialmente cerca de las ventanas. Creo que me he cargado a la mayoría, pero tuve que gastar medio rollo de toallas de papel aplastándolas. Compraré más la próxima vez que vaya al pueblo y un par de aerosoles insecticidas. Creo que matar arañas trae mala suerte («Si quieres vivir y medrar, ni una arafia has de matar»), pero no pienso acostarme con esos monstruos arrastrándose por ahí. De todos modos ya es tarde: me he convertido en un asesino de masas, pueden ir echando sumas en el cielo.

Aún no sé muy bien qué pienso de los Porothe. Todo lo que hacen parece tener un significado especial que los forasteros no pueden ni imaginar; hasta la granja parece dotada de algún tipo de significado religioso. Se supone que les acerca a Dios —Sarr dice que aquí pueden estar «en el mundo sin ser parte de él»— y se supone que el trabajo cotidiano es más satisfactorio que el dinero a ganar haciéndolo. Por eso no tienen reglas contra trabajar en domingo y por eso el progreso es casi una blasfemia, pues supone rehuir el trabajo facilitándolo. Deborah parece afanarse casi tanto como Sarr. Cuando llegué estaba limpiando esto de rodillas en el suelo. Hay algo curiosamente erótico en una mujer en esa posición, matándose a trabajar en tanto que uno no hace nada.

Sarr intentó ayudar un poquito pero finalmente se excusó y se fue. Supongo que volver al campo fue un alivio, allí no hay que hablar. Esta noche me contó paso a paso el servicio de la mañana (aparentemente toda la comunidad se reúne cada domingo en el patio trasero de alguien; a ellos les toca el mes próximo) y luego se lanzó a una larga y laboriosa explicación de las abundantes diferencias teológicas entre los Hermanos y el resto de adoradores de Mammón, las cuales son de lo más hondo según él. (Para ser un tipo callado habla por los codos cuando se suelta.) Me perdí después del primer minuto y, en lo que a mí respecta, todos son fundamentalistas y visten raro. He notado que de vez en cuando se les escapa algo de acento local, sobre todo cuando hablan de la Biblia; supongo que es fácil en estos pueblos. Esta noche cometí mi primer error en la cena. Me senté y empecé a comer, y de pronto oí a Sarr rezando. Me disculpé en seguida, claro, y esperé a que acabara pero creo que no me sentí tan incómodo como antes. Será porque me acerco a los treinta. ¡Mierda!, sólo falta una maldita semana. Temo un poco ese momento, mejor no

pensar en él.)

Al menos la comida fue aún mejor de lo que esperaba: pollo, guisantes, patatas al horno. De postre pastel con especias, también casero. A Deborah está claro que le gusta guisar. Apuesto a que Deborah es una esposa excelente. Sarr la tocaba cada vez que podía, supongo que el plantar pone cachonda a la gente. No puedo decir que le culpe; esta tarde casi sentí lo mismo cuando estaba fregando el suelo, aunque no puede decirse que ella intente ir por ahí seduciendo a los hombres. Me gustaría verla con el cabello suelto. Aún no he logrado sacarme de la cabeza su imagen al despedirme, desnuda bajo ese largo vestido negro. Me parece que es la perfecta esposa fértil: buenos pechos, caderas anchas, siempre llena de energía. Creo que tendrá montones de niños pero de momento esos malditos gatos son el sucedáneo más aproximado y los miman como si fuesen niños auténticos. Uno de ellos, la gata de Sarr, puede llegar a ser un problema. Es la mayor y la peor. Quizá está celosa, quizá nació simplemente de mal humor. Sólo sé que de todos es la única que ha mordido a alguien (varios amigos y parientes, incluyendo algún pez gordo local llamado Hermano Joram). Después de ver cómo le gruñe a los demás gatos cuando se cruzan en su camino o se acercan demasiado a su comida, he decidido mantenerme a distancia de ella. Por suerte parece temerme un poco y se aleja cada vez que yo aparezco.

De hecho, probablemente lo mejor será mantenerme a distancia de todos ellos. Cada vez que andan por ahí estornudo y me lloran los ojos. Debí visitar al alergólogo cuando tenía la ocasión. Los Porothe parecen a veces bastante felinos, un caso interesante de parecido entre amos y animales domésticos: Sarr tiende a ser moroso y taciturno (un solemne y algo suspicaz gato viejo) en tanto que Deborah es parlanchina y alegre, como una gatita. Claramente son un caso de opuestos que se atraen, pese a lo similar de su aspecto inicial. En la cena Sarr dijo que alguna gente de por aquí sigue usando «aceite de serpiente» para sus males. Le pregunté cómo las mataban, citando ligeramente mal una línea del *Vathek*: «El aceite de las serpientes que he atravesado con mi espada será un buen obsequio.» Discutimos sobre modos de matarlas. Me enteré de que puede haber una víbora cabeza de cobre cerca del arroyo, cosa que los Porothe se arreglaron para no mencionar en mi primera visita. Tendré que vigilar dónde piso. (Aunque según mi guía de campo cada año muere más gente por picaduras de abeja y avispa que mordidas por serpiente. El veneno de los insectos es más tóxico.) Se supone que por ahí hay también ranas y tortugas pero aún he de ver una. Puede que sólo salgan de noche.

Con el café, Sarr me habló de la casa que espera llegar a construir algún día, cuando tengan hijos. La hará de piedra, me dijo, con «tres pisos de alto y tres palmos de pared». Luego se calló y yo tuve que mantener viva la conversación hasta el final. Odio comer en silencio: ruidos animales de masticación, estómagos que burbujan. ¿No dijo algún personaje de Balzac que la charla ayuda a la digestión? Probablemente es cierto. La verdad es que los dos parecían tener muchas ganas de irse a la cama (aunque dudo que dormir fuera lo único que tuvieran en mente), así que creí educado salir de en medio. Me cepillé los dientes (sin olvidar el elixir), aparte de tomarme las vitaminas de costumbre, por si acaso.

Apenas salí de su casa y volví aquí empecé a sentirme algo solitario. Aún había algo de luz en el cielo pero la hierba ya estaba llena de luciérnagas: nunca he visto tantas. Me

arrodillé para observarlas mientras oía cantar a los grillos, un ruido que falta en la ciudad. Una pena que Carol no esté aquí; le gustaría. Me pregunto si llegará a venir. Espero que mi carta haga que este sitio resulte atractivo y espero no haberme pasado. Quizá debí ser más honesto con ella. Tampoco mencioné lo angosta que es mi cama (la verdad es que casi es una litera), esas cosas ya puede ir las descubriendo ella sola. Además, será un incentivo para perder algo de peso esta semana. Debo recordar cortarme el pelo si puedo llegar a Flemington. Puede que sea mi último corte de pelo en bastante tiempo.

Más tarde: después de abrirme paso a través del *Otranto* (un principio nada prometedor) pasé casi una hora arreglando los libros. Primero intenté ponerlos en orden cronológico, dado que así espero leerlos, pero los copyright son algo ambiguos en las obras más viejas y demasiados autores acaban sin un chavo. Luego lo intenté cronológicamente siguiendo la fecha de nacimiento del autor, pero la mayoría no las conozco y no hay modo de averiguarlas. Por lo tanto, vuelta al aburrido orden alfabético por autores con las antologías al final. Tras arduas deliberaciones decidí colocar las obras de Saki en la M de Munro. ¿Por qué seré tan neurótico con mis libros? Bueno, al menos tienen muy buen aspecto puestos en las estanterías...

Ann Radcliffe, *Los misterios de Udolpho* (1794). Levantado hasta las tantas luchando con el primer volumen: todos los elementos del típico romance gótico. Heroína pasiva pero llena de recursos; héroe/villano oscuro, misterioso y cruel (saqueando a Byron y las hermanas Brontë). Montones de sustos (entiéndase que todos explicados «científicamente» al final del segundo volumen; todo un error. M. R. James habla de su «irritante timidez» al respecto. Comprobar cita). Argumento anticuado pero me encantaron las descripciones de escenas pintorescas, especialmente la de Udolpho, un imponente castillo de los Apeninos. Me gustaría ponerlo en el currículum pero sólo un estudiante de cada doce lo leería. Monstruosamente largo, incluso para mí. De hecho tuve que recordarme a cada momento que debía tener paciencia e ir despacio. Veinte años de estudios me han acostumbrado a leer las novelas saltándome páginas como si fueran periódicos. Intenté ponerme en la situación mental de un lector del dieciocho, con montones de tiempo libre y ninguna distracción. No es que aquí las haya: ni TV ni cine ni el dichoso suplemento dominical del *Times* ni amigos que llamen o pasen a verte..., nada salvo los insectos aporreando estúpidamente las persianas. ¿Qué dijo Emerson en su diario? «¡Gracias a Dios vivo en el campo!»

Supongo que es hora de dormir. Ojalá hubiera un lavabo en el cobertizo. Los Poroth dijeron que iban a dejar abierta la puerta de la cocina pero no tengo ningún deseo de andar tropezando en la oscuridad sin una linterna, quizá despertándoles. Ahí fuera está condenadamente oscuro. ¿Dónde se han metido todas las luciérnagas? Quizá debería conseguir una lata para orinar y hacer ejercicios de pesas cada día, como ese tipo que empezó levantando un novillo cada mañana y cuando llegó a mayor podía levantar un toro entero. Supongo que acabaré regando la hierba delante del cobertizo: mearé bajo las estrellas, como mis antepasados. Muy romántico, aunque sabe Dios qué se arrastrará mientras por mis tobillos... Al menos los grillos siguen ahí para hacerme compañía.

Otra vez dentro. Me sentí muy vulnerable perdido en la noche pero debo decir que el cielo estaba espectacular. Creo que nunca he visto tantas estrellas y no recuerdo cuándo vi por última vez la Vía Láctea. Otra cosa que no hay en la ciudad aunque (típico) lo primero que pensé al mirar hacia arriba fue que era igualito que el Planetario. De todos modos me quedé pasmado hasta que se me puso tieso el cuello, pero lo más impresionante fue ver el cobertizo. La lámpara de mi escritorio debe de ser la única luz que hay en kilómetros. Parecía un faro con docenas de formas voladoras lanzándose en picado sobre las ventanas. Cuando estás dentro es como estar en un escaparate: todo bicho viviente puede verte, ya esté en el bosque, en los campos o entre la hierba. Pero lo único que tú ves es oscuridad. No sería tan malo si esta habitación tuviera las tres paredes que faltan, aunque supongo que eso deja entrar el aire. Ojalá los árboles no estuvieran tan cerca de la cabecera de mi cama.

Las dos de la madrugada y aún hay bichos en las ventanas. Creo que ha entrado uno cuando abrí la puerta: está volando alrededor de la lámpara acompañado de otros demasiado pequeños como para matarlos. Ahí fuera hay montones de ruidos. ¿Cómo pude decir que este lugar era silencioso? Árboles que se mueven, ramas que se parten, los ruidos de la brisa y el agua que corre. Ahora las ranas, croando en la lejanía, con los grillos coreándolas en segundo plano.

Bueno, supongo que esto es lo que yo quería.

Pero acabo de ver una araña enorme y de lo más desagradable correteando por el suelo junto a los pies de mi cama. Se ha metido por algún sitio. Tengo que acordarme de conseguir ese insecticida y una linterna.

Me pregunto qué estará haciendo Carol ahora.



Veintinueve de junio

Querido Jeremy:

¡Saludos desde Nueva York! Estoy muy contenta sabiendo que te lo pasas bien y que aún no te has caído en un pozo, te has pinchado con un zarzal o te ha devorado un oso. ¡Aún haremos de ti todo un hombre de los bosques! La verdad es que te merecerías una larga carta de contestación pero me temo que ésta va a ser corta dado que estoy escribiendo durante mi pausa del desayuno, con media docena de personas metidas en esta minúscula oficina jadeando sobre mi nuca. Sólo quiero hacerte saber que gracias al bueno de Rosie podré verte antes de lo que esperaba. Resulta que Rosie tiene coche y me dijo que podía tomarlo prestado el fin de semana dado que tiene «negocios muy importantes» (frunció sus diminutos labios y al decirlo puso cara de enorme decisión) que le mantendrán en la ciudad.

La única pega es que necesita el coche el lunes para algo relacionado con el Cuatro de Julio, así que no podré disfrutar el fin de semana largo. De todos modos, será magnífico

salir de la ciudad y podremos pasar algún tiempo juntos. Espero salir pronto la mañana del sábado, así que, si todo va bien, debería estar allí hacia el mediodía. Ojalá tuviera un mapa, pero Gilead parece ser uno de esos pueblecitos donde todo el mundo se conoce entre sí, por lo que cuando llegue ahí espero que alguien me indique cómo llegar hasta los Poroth. No creo que vaya a tener problemas; acuérdate de que fui la tercera en el Campeonato de Rastreadoras Veteranas del CJBC. Debo admitir que Rosie ha hecho mucho por mí. Es encantador y me trata como si fuera su propia hija (más bien su nieta). Dice que no como bien, así que mañana, antes del trabajo, va a llevarme a un restaurante lujoso de la calle Veintiuno. Ése es el tipo de vida al que me gustaría acostumbrarme... ¡Dos copas de burbujas y andaré todo el día flotando! Y ayer me trajo una botella de vino de lo que él llama su «bodega privada» (supongo que será una alacena encima del fregadero). Quizá te la traiga este fin de semana como regalo.

Lo creas o no, he estado trabajando mucho. Quiero que Rosie le saque partido a lo que me paga. El sábado pasado estuve leyendo todos esos artículos que me dio para tenerle listos los resúmenes cuando pase el lunes. Creo que le dejé realmente impresionado..., al menos eso espero. Le cobré doce horas de trabajo (la verdad es que fueron unas dieciséis) y me dio un cheque de 144 dólares allí mismo. Se fió por completo de mi palabra y después del modo en que me trata cierta gente en esa estúpida biblioteca realmente lo aprecié. Por cierto, he preferido traerte el libro este fin de semana antes que todo el jaleo y los gastos de fotocopiar los cuentos que me pediste. Será mucho más sencillo y, de todos modos, Rosie me ha convencido de que es mucho más divertido leer las cosas de primera mano y no en copias.

Rosie es increíble en eso de los libros; quiero decir que sabe un montón de cosas. Te sorprendería lo divertido y agradable que es para su edad. Ha estado en casi todo el mundo (creo que investigando cosas de lingüística, principalmente) y puede contarte historias increíbles. La noche pasada estuvo en mi piso para tomar algo de pastel y café y me habló en algo llamado Agon di-Gatuan, lo que significa «la Vieja Lengua». Me está enseñando una canción y me ha prometido que podré hablar bastante bien en ese idioma para cuando acabe el verano. La verdad es que no se parece a ninguno de los idiomas que he conocido... Bien, se me está acabando el tiempo y será mejor que termine la carta si quiero echarla hoy al correo. Te veré el sábado. Besos.

CAROL

P. D. Rosie me ha dado algo para ti, le encanta hacer regalos. Además es muy estricto en lo tocante al orden, la limpieza, las reglas y todo ese tipo de cosas, y siempre me anda diciendo lo «anticuado» que es... y lo orgulloso que se siente de serlo. Creo que no le gusta demasiado Rochelle. La noche pasada, cuando estaba a punto de irse, entró ella con algunos amigos y uno de ellos hizo una broma estúpida sobre «los ancianos que siempre se llevan a las mejores chicas». Lo dijo en broma y Rochelle me aseguró que debía tomarlo como un cumplido pero el pobre Rosie se disgustó mucho.



Treinta de junio

Hay días en que la rabia le domina.

Cuando amanece está en la playa, andando sin parar junto a la orilla con el maltrecho paraguas bajo el brazo. No presta la más mínima atención a los bañistas ni a los gritos de los niños que desafían las olas y juegan sobre la arena cubierta de basuras, y menos aún a los cuerpos recalentados y cubiertos de loción solar de sus padres que yacen inertes tendidos en sus toallas con transistores y bolsas de plástico junto a sus cabezas. Durante esos instantes se olvida de la humanidad y su griterío, su fealdad y su repugnante suciedad son fáciles de ignorar. Está demasiado ocupado estudiando el modo en que rompen las olas o alzando la vista hacia la cegadora cúpula celeste. Si alguno de los bañistas le observase sólo vería una torpe figurilla azul con los zapatos empapados que avanza penosamente a través de la arena mojada y que bien podría parecerle un turista de una época pasada. Cuando recorre con los ojos la playa podría pensarse que está buscando algún pintoresco paisaje costero para el pintor o el fotógrafo. Quizá le tomaran por un despistado pero inofensivo octogenario que se ha escapado de alguno de los asilos que bordean el paseo. Pero en realidad las preocupaciones del arte o de la libertad están muy lejos de su mente. Asuntos mucho más importantes le han traído hoy aquí: la geografía, las mareas, la forma de las dunas.

Está buscando un lugar. De pronto se detiene, el cuerpo envarado. Algo en la playa le ha distraído: dos amantes estrechamente abrazados bajo la sombra del paseo. Una ola de rabia le sumerge. Avanza con paso espasmódico hacia ellos, apretando los labios, el rostro enrojecido. En sus puños cerrados puede sentir el latido de sus aborrecibles corazones y el aire que le rodea resuena con las viejas voces incitándole a matar. ¡Oh, erigir el teine de los Voola! Ahogarles, quemar sus cuerpos allí mismo, subir al paseo y lanzar cuchillos sobre sus carnes a través de las grietas de los tablones... Por un instante fugaz ve a los cuerpos jóvenes de los amantes debatiéndose bajo oleadas de arena pero logra calmarse y se aparta de ellos. El día es aún joven y tiene otros lugares que visitar.

Pasa la tarde andando con su paso inseguro por el parque, balanceando el paraguas y haciendo cálculos silenciosos con las cifras que vislumbra en las ramas de los árboles. El sol se esconde bajo una nube con dos cuernos protuberantes mientras él espía a un grupo que se le aproxima por el sendero: un hombre delgado con gafas y su pálida mujer de ojos enormes, la niña vestida de rojo y el bebé dormido en su cochecito.

Y como si la luz que se esfuma fuera una señal, su rabia vuelve. Frunce los ojos y se le oscurece el rostro; su rechoncha manecita aprieta el puño del paraguas. Gira tembloroso y les sigue, el rostro congelado en una sonrisa amable. La familia tuerce hacia el este: el zoo. Él les sigue, cada vez más cerca, y cuando se detienen para contemplar los osos, los pingüinos y los hipopótamos está a su lado, dirigiendo un gesto bondadoso hacia los padres, observando con aire pacífico cómo van hacia la pantera enroscada en la sombra o al león que dormita al sol o al tigre que anda de un lado a otro en su jaula con pasos feroces... Siente el aire vibrar alrededor del cuerpo de la fiera, su hambre frustrada, el ansia

de saltar y hacer pedazos la carne. Guiñando lentamente los ojos ante la jaula, sonriendo a los niños, se deja extraviar en una fantasía de muerte. ¡Cómo le gustaría apretar a ese asqueroso bebé contra los barrotes, lacerando su carne, aplastando el latido de su cuello con sus propias manos!

Y podría hacerlo, sí. Pero no se atreve. Aún no.

Pero durante un breve instante, cuando la familia tiene los ojos clavados en la jaula y sólo el bebé le mira, deja que su máscara resbale. La sonrisa desaparece, los ojos se vuelven como piedras y los dientes se muestran en un gruñido silencioso... Sonriendo de nuevo se aparta de ellos, momentáneamente aliviado y detrás de él, asombrando a sus padres, el bebé empieza a gemir aterrado.

Al norte del zoo, a un lado del sendero, se alza un pequeño grupo de magnolias y rododendros que esconde, a su vez, una oscura extensión de maleza y arbustos. Ahí se encuentra ahora, los rasgos nuevamente retorcidos, blandiendo el paraguas (*¡swoosh!*, y las hojas caen de los árboles, *¡swoosh!*, y las flores son bruscamente decapitadas). Los nudillos blancos, el rostro rojo, el aliento entrecortado entre sus dientes apretados y el aire a su alrededor lleno con el silbido de las hojas rotas. Todo dura sólo un minuto. Luego, otra vez tranquilo, sonriendo de nuevo con una frágil magnolia rosa en el ojal, sale al sendero.



Uno de julio

La carta estaba esperándole en la cocina y Freirs la leyó mientras comían. Alzó los ojos y vio a Deborah contemplándole desde el otro lado de la mesa.

—¿Recuerdan algo que dije sobre tener invitados? —Ella asintió y Sarr siguió comiendo—. Bueno, espero que no vaya a ser ningún problema pero, lo crean o no, una amiga mía está pensando en venir aquí mañana. Ya sé que...

Deborah le hizo callar.

—Nada de preocuparse, todo irá bien. —Se puso en pie y empezó a recoger los platos—. Nos encanta tener invitados, ¿verdad, cariño?

—Mmmm-hhmm —asintió Sarr sin gran entusiasmo—. Nos encantará conocerla. ¿Se quedará a dormir? —preguntó Sarr con un leve brillo de enfado en los ojos.

—Creo que sí.

Freirs se calló, no deseando añadir más.

—Habrá que acomodarla en el cuarto de arriba —dijo Sarr, los labios fruncidos.

Deborah, al pasar junto a él, le tocó el hombro.

—Cariño, eso es Jeremy quien debe decirlo.

Sarr la miró irritado.

—Será perfecto —se apresuró a decir Freirs, sin ganas de convertir el asunto en una pelea en toda regla. Que le preparen una habitación: eso no quiere decir que vaya a dormir en ella—. Debería llegar mañana al mediodía; le han dejado un coche. Estaba pensando en

la comida... Podría ir a la ciudad y comprar algo.

—No, no hace falta —dijo Sarr levantándose—. Los huéspedes son una bendición del Señor y le daremos la bienvenida. —Se limpió la boca con el dorso de la mano y añadió—: Bien, supongo que será mejor que me ocupe de esas plantas antes de que lo hagan los gusanos.

Salió de la cocina y sus fuertes pisadas resonaron en los peldaños. Unos instantes después le oyeron dirigirse hacia los campos. Freirs esperó a que se hubiera ido.

—No parecía muy contento, ¿verdad?

—Oh, no es de los que lo demuestran, pero no le molesta. Le gusta que venga gente de fuera para admirar la granja. Eso le recuerda que es suya..., que ha vuelto al lugar donde están sus raíces.

—¿Raíces? —Freirs rió—. La verdad es que dijo algo sobre eso cuando me enseñó la granja. Creí que estaba bromeando.

—Mi esposo nunca bromea —dijo Deborah meneando la cabeza—. Esta granja es realmente especial para él.

—Creí que la habían comprado el invierno pasado.

—Lo hicimos..., pero la familia de Sarr fue su propietaria hace mucho. Fueron los primeros en instalarse aquí.

—¿Quiere decir que esto lo construyeron los Poroth?

—No, fue el lado de su madre. Los Troet. Son una de las viejas familias de Gilead.

—Sí, ya me acuerdo. Algunos de ellos murieron en un incendio.

—Y aquí es donde vivían.

—¿Quiere decir que el incendio fue aquí mismo?

—Hace mucho tiempo —dijo ella asintiendo—. Cien años o más. Sarr me lo contó. Dice que esta casa está construida sobre los cimientos de la antigua que se quemó por completo: sólo quedó la chimenea y este trasto. —Señaló la vieja cocina—. Ya no recuerdo cuánta gente murió. Creo que seis o siete. La madre, el padre, los niños..., toda la familia.

—Excepto uno —dijo Freirs—. El chico que, según creen, inició el fuego. Matt Geisel me habló de él.

—Bueno, fuera cual fuese la causa... fue una tragedia.

Freirs asintió, alargando la mano hacia el cuenco del budín, mientras que Deborah empezaba a lavar los platos.

—Tuvo que ocurrir de noche, cuando estaban todos durmiendo. De lo contrario habrían podido escapar.

—Sí..., debió de ser de noche. —Deborah estaba junto a la ventana, contemplando absorta el paisaje. Serían casi las doce y Freirs estaba ocupado con el postre. Fuera de la granja estaba su huerto, los trigales, el granero y las lejanas colinas..., cosas familiares, las constantes de su vida. Pero en ese instante todas parecían hablarle como espectros que fueran a desvanecerse en un segundo. Intentó concentrarse en los platos, pero sus ideas estaban en otro lugar, un sitio que no pertenecía a este día claro y brillante: la imagen de un cielo frío y negro bajo el que se alzaba una pirámide llameante que enrojecía la noche. Oyó una cuchara rascando el cuenco—. Venga, Jeremy —dijo haciendo un esfuerzo—. Quiero ver cómo se acaba ese budín.

—Una elección realmente inteligente. —Cruelmente iluminadas por el sol que inundaba el umbral, las arrugas que surcaban su rostro parecían revelar más cansancio que alegría—. Siempre es un placer tratar con alguien que sabe lo que desea. —Puso aspas en varias casillas y empujó el impreso hacia él, sobre el maltrecho escritorio—. Y ahora, todo lo que necesito es que me firme aquí, al final de la página..., aja, y ahí también... Eso es, muy bien. Muchas gracias. —Recogió los papeles, echó hacia atrás su silla y se puso en pie—. Bueno, sólo tendrá que esperar un minuto, señor..., esto... Rosebottom. En seguida me ocuparé de todo.

—Es usted muy amable.

El sol brilla en las carrocerías de los coches sobre los que revolotea una hilera de banderines rojos. Sentado junto a la puerta de la oficina, canturrea entre dientes una canción y mira pasar el tráfico de la tarde. El Anciano siente vibrar el edificio con el paso de los camiones. A su olfato llega el olor de la gasolina y los tubos de escape. Aquí, donde la ciudad termina, el mundo parece envuelto en una cápsula de cemento, pero sus pensamientos están muy alejados de él, perdidos en lugares donde la hierba se abre paso a través del suelo y casas diminutas duermen a la sombra de los bosques. Ahí estará ya el visitante, instalado entre los granjeros: quizá duerme o lee o se ha embarcado en alguna cansina exploración de sus nuevos alrededores. Quizá ya ha saboreado el primer instante amargo de soledad o aburrimiento, aunque no desee admitirlo todavía. Otro día debería bastar; el tiempo justo para que llegue su cumpleaños y la entrega del libro. Cuando venga ese instante, ya estará listo. Y en cuanto a la mujer...

—Todo suyo, caballero. Aquí está el certificado y las llaves están en el coche. —El vendedor ya ha vuelto y le acompaña hasta el coche. Atraviesan la reja y la extensión de terreno donde brillan los cromados y los parabrisas con sus precios dibujados con pintura blanca. Uno de ellos acaba de ser borrado—. Bien, aquí lo tiene. Ya puede llevárselo. —Acaricia con la mano el metal de la carrocería—. Le aseguro que le dará años de buen servicio.

—¿Años? —dice él con aire despistado.

—¡Sin duda alguna! General Motors construye coches que duran. Compre productos americanos y nunca se equivocará. —La carrocería resuena huecamente bajo su mano—. Su garantía y todos los documentos están en la guantera. Como ya le dije, todos los problemas que pueda tener están cubiertos por ella. Vale para un año o quince mil kilómetros, lo que llegue antes.

«¿Y si no llega ninguna de las dos cosas?», se pregunta él sin demasiado interés.

Está pensando en la granja y en la mujer que acudirá a ella este fin de semana. Su posición es mucho más clara que la del hombre y sus motivos son transparentes como el cristal; su conducta puede ser predicha de antemano... e igualmente, provocada. Cuando haya realizado con éxito algunas pequeñas tareas su educación auténtica podrá empezar. Está seguro de que será una alumna entusiasta. Pero aún debe acudir otro visitante, aunque nadie pensaría llamarle con ese nombre, no al menos hasta que haga acto de presencia...

—Y no olvide —está diciendo el vendedor—, allí en la gasolinera hay todo un tanque

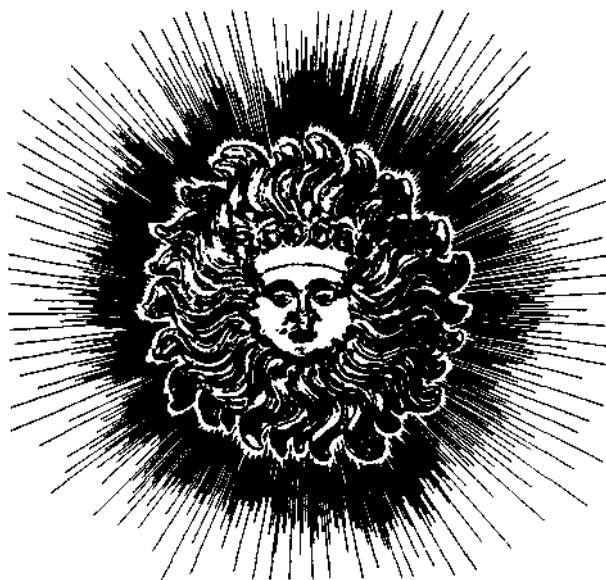
de gasolina gratis esperándole. —Le abre la puerta del coche para que entre—. Créame, caballero, ha conseguido usted todo un señor coche por su dinero. Puede llevarle sin problemas alrededor del mundo.

El Anciano sonríe.

—Oh, no va a ir tan lejos. Sólo hasta New Jersey y luego de vuelta aquí.

Libro tercero

La llamada



12. INVOCANDO AL DHOL

Sólo el jugador que tenga el Libro en su poder puede invocar al Dhol, y ello solamente en el momento indicado.

Instrucciones para el Dynnod



Dos de julio

Hace mucho calor dentro del diminuto Chevrolet pero bajar la ventanilla supone no poder oír la radio. Bah, ya está harta de anuncios e informes sobre lo bueno que va a ser el tiempo este fin de semana. Qué modo de hacerle concebir a una falsas esperanzas... Pero aún podía ser un fin de semana excelente. Carol giró la cabeza dejando que el viento la refrescase y una vez más se encontró dando gracias a Dios por haberse cortado el pelo de ese modo. ¿Acaso los hombres tenían siempre esa sensación de libertad y limpieza? La Biblioteca Voorhis le parecía ahora una prisión situada al otro extremo del mundo.

Había perdido el sentido del tiempo y junto con él también la orientación. Sólo sabía que era muy tarde. Pese a sus intenciones de salir a las diez había estado trabajando demasiadas horas la noche anterior para Rosie (artículos sobre cierta canción de cuna de los montes Ozark y algo llamado el Juego Mao, aunque no fuera chino sino gales) y se

había quedado dormida esa mañana pese al sol que entraba a chorros por la ventana. Rochelle, quien debía despertarla, había salido a comprar («unos zapatos», dijo al volver, justo cuando Carol se iba), y sacar el coche del aparcamiento donde lo había dejado Rosie fue cosa de una hora o más. Cuando salió de la ciudad sería como la una y el último noticiario de la radio había sido el de la una cuarenta y cinco. Ahora ya no podía oírla a causa del viento que entraba por la ventanilla. En el asiento de al lado notaba el bulto tranquilizador de la bolsa de viaje roja que le había pedido prestada a Rochelle para el fin de semana. Dentro, junto al camisón y un chandal que probablemente no iba a necesitar, estaba la botella que le había traído Rosie (vino blanco, seguramente de cosecha casera, carente de etiqueta) y un delgado paquete envuelto en papel blanco que le había dado para Jeremy. Le dijo que era una baraja, «una divertida variación sobre la vieja baraja del tarot». Muy típico de Rosie el pensar en todos. Estaban también los tres libros que se llevaba a la granja; dos para ella si tenía tiempo de leer (una maltrecha edición de bolsillo de *La campana de cristal* y un Teilhard de Chardin copiosamente subrayado por una compañera que se lo había prestado en su lejana época de noviciado) y el tercero, el Machen, para Jeremy, con instrucciones especiales de Rosie: «Por el amor del cielo, no se lo dé nada más llegar. Guárdelo para el sábado noche. Es el tipo de relato que debe leerse antes de dormir, de otro modo ¡no funciona!».

Realmente, Rosie se tomaba la literatura muy en serio...

Freirs estaba sentado delante del cobertizo, intentando concentrarse en la lectura, mientras ahuyentaba dos moscas diminutas que no dejaban de zumbear en torno a su cabeza. Le habría gustado volver a la fría sombra de su habitación pero intentaba broncearse un poco antes de que llegara Carol. Ojalá se hubiera esforzado un poco más por hacer régimen pese a la buena cocina de esta semana, pero al menos se había obligado a correr unos minutos esta mañana (seguidos por un buen baño) y luego había intentado seriamente alegrar un poco su habitación: sábanas nuevas, un póster de la película *Providence* de Resnais clavado con chinchetas en la pared y un jarrón con rosas recién cortadas, aparte de poner en orden sus libros y papeles. Incluso había podado un poco la yedra que rodeaba las ventanas.

El calor había llegado al máximo y la atmósfera invitaba al sueño. Pese a las moscas, continuar despierto le exigía un auténtico esfuerzo de voluntad: estaba empezando a sentirse levemente culpable sentado allí, leyendo y dormitando, moviéndose sólo para despegar su espalda sudorosa del respaldo, con Sarr y Deborah trabajando en el campo de al lado al son de una monótona cancioncilla. Trabajaban realmente duro... al menos, esforzándose mucho más que él para volver las páginas de su novela y, desde luego, se aburrían mucho más. Pero no hizo ningún intento de ayudarles y tampoco volvió a su habitación. «Piensen lo que piensen de mí —se dijo— estoy pagando muy bien mi tiempo de lectura y tengo derecho a disfrutarlo.» La verdad es que lo estaba disfrutando. *El monje*, el libro en el que andaba ahora enfrascado, resultaba mucho más distraído que los anteriores y, como había descubierto con alivio, era imaginativo y más bien soez, incluso para los tiempos modernos. Resultaba fácil imaginar la sensación que debió de causar en el siglo dieciocho.

Pero estaba empezando a impacientarse. ¿Dónde estaba Carol? ¿Qué podría retenerla? Le había dicho que llegaría al mediodía y ya eran las dos y cuarto. Quizá había surgido algún problema y no había podido venir. Deseó que los Poroth tuvieran teléfono; depender del correo podía llegar a ser muy frustrante. Había dejado una dirección en la oficina de correos de la ciudad, pero hasta el momento no había recibido más que la carta de Carol, dirigida directamente a la granja, y unas cuantas felicitaciones de cumpleaños, tarjetas huecas y de una falsa alegría, que se congratulaban de verle entrar en su cuarta década de vida, algo que de hecho sucedería mañana. Había escondido cuidadosamente las tarjetas en el cajón superior de su escritorio, entre los cuadernos de notas, para no tener que acordarse de ese día. Se preguntó si el correo de mañana traería una tarjeta de Laura o de su ex mujer. Tenía la esperanza de que no fuera así.

¡Dios!, ¿era posible que fuera mañana? ¿Cómo había llegado tan pronto? Le parecía ser el doctor Fausto con sólo una hora por vivir aunque, claro, el cumplir los veinte había sido aún peor. Qué trágico le había parecido despedir su adolescencia con toda su arrogancia y sus privilegios especiales, por no hablar de esa sensación de gloriosas posibilidades futuras...

El libro se cerró por sí solo. Estaba quedándose dormido de nuevo, cayendo en un mundo purpúreo donde se mezclaban sueños y realidades, todo recalentado por el sol que llameaba sobre sus párpados. Carol estaba sentada junto a él estirándose perezosamente hasta tocarle, dejando que sintiera sus caderas en el dorso de su mano. Al instante Freirs supo que no llevaba nada bajo la falda y casi le pareció notar el vello en la yema de sus dedos. Pero no era el vello de Carol, era Deborah que se alzaba ahora ante él con sus rotundas caderas y sus senos opulentos. Vio como le miraba, vio como abría la boca dispuesta a decirle algo y de pronto sus dedos tocaron una piel mojada y suave.

Despertó sobresaltado. Era «Rebekah», una de las gatas, que iba y venía ante él frotando suavemente su cabeza en la mano que Freirs había dejado colgar de la silla. «Rebekah» le miró y Freirs le devolvió la mirada. Una lengüecita rosada surgió como un dardo para lamerle los dedos.

Con la espalda dolorida por las horas que habían pasado encorvados sobre los surcos bajo un cielo ardiente, Sarr y Deborah plantaban calabazas entre los surcos donde no tardarían en asomar los primeros brotes de trigo. A unos cincuenta metros estaba sentado su visitante, la cabeza inclinada sobre el libro, apartando de vez en cuando algún insecto invisible. Deborah le miraba y sonreía, pero Sarr se limitaba a sacudir la cabeza y seguir sembrando. Cuando les venía en gana cantaban otra canción de siembra, ésta más adecuada a su tarea actual:

*Una para el arrendajo,
una para el cuervo,
una para el gusano
y tres para crecer.*

De pronto, Deborah dejó de cantar y dio un leve codazo a su esposo.

—Mira —dijo, bajando la voz y sonriendo—. Fíjate en él.

Freirs se había quedado dormido. El libro seguía abierto en su regazo, las páginas movidas por el viento. Sarr frunció el ceño y apartó la mirada. Normalmente lograba autoconvencerse de que le gustaba su trabajo (¡infiernos, le gustaba!), pero con Freirs tan cerca entregado a la vagancia era mucho más difícil. Habría preferido realmente estar dormido o al menos tendido entre las frescas sábanas mientras Deborah, en la cocina, estuviese preparándole algo bien frío para beber. Luego subiría la escalera con dos grandes vasos en una bandeja y los cubitos de hielo tintinearían a cada paso que diera y su largo vestido rozaría suavemente sus piernas... Meneó la cabeza para apartar esa imagen y cubrió de tierra las últimas semillas que había plantado.

—¡No me extrañaría que fuera capaz de dormir veinte horas al día!

—Vamos, cariño, eso no es justo. —Deborah sonrió—. Ya sabes lo tarde que se acuesta y esta mañana le he visto levantado realmente pronto, haciendo gimnasia. Él no me vio.

—¡Gimnasia, vaya risa! —Sarr lanzó un bufido despectivo—. Y luego se pasa toda la mañana en la bañera... ¡como si hubiera sudado algo! Deja que te diga la verdad: si quisiera ponerse realmente fuerte lo que debería hacer es ayudarnos. Bien sabe el Señor todo lo que hay por hacer. —Puso otra hilera de semillas en el suelo, las tapó y se irguió de nuevo, frotándose la espalda—. Yo le daría todos los músculos que quiere. Apuesto a que en toda su vida no ha trabajado de verdad ni un solo día. —Se dio cuenta de que su esposa le miraba de un modo raro—. ¿Qué te hace tanta gracia? —le preguntó.

—Tú —dijo ella rozándole con la cadera—. Actúas como si llevaras haciendo esto desde niño y te olvidas de que te he visto crecer y que lo más cerca que estuviste de un campo fue ese solar donde jugabas al lado de la escuela. ¡Hace unos años no tenías ni un callo en las manos! De hecho, ahora que me acuerdo, eso era lo que me gustaba de ti: tenías las manos más suaves de todo el mundo.

Sarr no pudo menos que reírse. A veces ella le sacaba de quicio, pero era la mujer que le convenía, sin duda.

—Pongo al Señor por testigo —dijo—, que cualquier mano te habría parecido suave comparada con las de esos destripaterrones con los que salías. ¡Probablemente yo fui el primer hombre que viste con la cara limpia y sin estiércol de caballo en las botas!

Deborah, bromeando, le arrojó una pella de barro.

—¡Bien, señor, pues ahora no estás tan limpio!

Sarr alargó los brazos hacia ella y estuvo a punto de cogerla, sabiendo que eso era lo que ella esperaba, pero en ese mismo instante una nubecilla pasó por delante del sol y el campo se cubrió de sombras. Su sonrisa desapareció de pronto y Sarr dejó caer las manos.

—Luego habrá tiempo para eso. Ahora tenemos trabajo que hacer.

Y volvió a inclinarse sobre los surcos. Siguiendo su brusco cambio de humor ella se apartó. Estaba acostumbrada a sus reacciones y no le importaba.

—Y tampoco entonces habrá mucho tiempo —dijo limpiándose la frente con la manga del vestido—. Si esa amiga suya viene hoy tendré que meterme pronto en la cocina.

Sarr asintió en silencio. El que Deborah mencionase a la muchacha le había recordado algo que le inquietaba. Pensó que había sido un tonto bromeando con ella de

ese modo. Tenía cosas más importantes en que pensar.

Carol había decidido que no dormir con Jeremy era una pena. Le habría gustado y puede que en circunstancias distintas lo hubiera hecho. Dios lo habría entendido (aunque quizá los dos granjeros no), ya que nunca había pretendido ser una santa; si Rochelle podía acostarse con todos esos hombres, a ella no le haría ningún daño acostarse con uno. De hecho, ya iba siendo hora; su bendita virginidad estaba empezando a resultarle una carga molesta. En tiempos le había parecido algo digno de conservar, algo que la situaba un peldaño por encima de los demás, pero ahora le parecía poco más que un recuerdo del convento, algo que la separaba de sus amigas, sus hermanas y sobre todo de Rochelle. Estaba cansada de ser distinta, pero éste no era aún el momento de cambiar. Tras veintidós años de agarrarse a una cosa no iba a entregársela al primer hombre medianamente aceptable que surgiera en su vida. Especialmente no esta noche, en la que iba a tener su segunda cita, en un cobertizo incómodo rodeado de extraños de religiosidad inflexible que la mirarían con aire de reproche. Tenía la esperanza de que Jererhy lo entendería y pensaba que tendría el sentido común suficiente como para haber arreglado que ella pasara la noche en la granja y no en el cobertizo. No se trataba de que hubiera algo malo en Jeremy; tanto podía ser él como cualquier otro. También debía recordar que si lo pensaba de modo crítico no era el hombre que habría escogido en primer lugar, y que su interés por él derivaba en parte de ser, realmente, el primero que se le había puesto a tiro. Pero su elección, pese a todo, no era sólo pragmática. Jeremy le gustaba y era capaz de hacerla sonreír.

Toda la semana pasada había pensado mucho en él. Se había encontrado de pronto parada en la acera de la Octava Avenida con los ojos clavados en el oeste, como si esperase ver maravillas lejanas... ¡en Jersey, nada menos! Había llegado incluso a inventarse conversaciones enteras con él que, ya fueran serias o humorísticas, terminaban invariablemente en una declaración de amor. «Debo de estar loca», se dijo por enésima vez. ¿Estaba realmente tan vacía su vida como para prendarse del primer hombre que mostraba interés por ella? ¿Hacía falta acaso tan poco..., una copa, una cena italiana no muy cara, un paseo en la oscuridad?

Flemington, decía el cartel. MANTENGA SU DERECHA. Metiéndose de nuevo en la calzada más lenta, Carol empezó a contar las cosas buenas de su vida. Su familia, claro, aunque dispersa ahora, y Rochelle, y las hermanas de Santa Agnes a las que seguía viendo de vez en cuando, y las noches de ballet cada una o dos semanas y este verano quizá alguna cena ocasional con Rosie y las filas interminables de libros que se extendían ante ella en Voorhis, sus treinta horas semanales... Eso debía bastarle a una muchacha, ¿no? Pero una vocecilla despectiva dentro de su cabeza no paraba de repetir: «¿A quién crees estar engañando?». Bien, que todo siguiera su curso. Giró el volante y apretó el acelerador. El coche enfiló la rampa de salida que llevaba hacia Gilead.

Freirs dejó el libro y miró el reloj. Casi las tres menos cuarto. Miró hacia la derecha y vio a Sarr y Deborah en el campo, avanzando entre los surcos con sus bolsas de semillas al lado, cantando. A Freirs le recordaban dos enormes insectos negros depositando hileras

interminables de huevos. Detrás de ellos el sol hacía brillar uno de los espantapájaros caseros hechos por Sarr: meras placas de aluminio atadas con cuerdas que colgaban como flácidas cometas de una hilera de palos, y que, a la menor brisa, se movían golpeando suavemente los palos produciendo un sonido similar al de lejanos gongs de oración. Qué extraño y pintoresco le parecía todo eso..., como si estuviera en un país remoto. Era muy fácil olvidar que ellos dos eran seres humanos a cuya mesa comía cada día, gente igual a él.

Esperaba que Carol llegara pronto; el día parecía transcurrir tan de prisa que incluso con el sol todavía alto en el cielo notaba ya el primer frío del atardecer. Una mosca se posó osadamente en su mejilla y al asustarla casi hizo caer sus gafas. Se apresuró a ponerlas bien, esperando que los Porothe no le hubieran visto. En nombre de Dios, ¿dónde estaba Carol? Dentro de muy poco empezaría a preocuparse, a enfadarse o las dos cosas a la vez. Intentó sumergirse de nuevo en la novela, como si con ello pudiera acelerar su llegada.

Mientras contaba las semillas, Sarr pensaba en Carol y se preguntaba si habría hecho bien dejando que Freirs la trajera. Quizá su madre tenía razón. La había visto en su casa la noche antes para pedirle consejo, con la excusa de traerle unos huevos frescos y guisantes del huerto de su esposa, sobre el mejor modo de tratar a los miembros de la cooperativa; estaba a punto de finalizar el plazo de su deuda con ellos. Tres mil setecientos por la hipoteca, mil de reparaciones..., en agosto les debería casi cinco mil dólares. Claro que no debía desesperar del todo. Estaba el modesto fondo familiar dejado por su padre del que, en caso de emergencia, quizá pudiera sacar algo...

Cuando mencionó de pasada que Jeremy Freirs iba a traer a una chica el sábado, su madre pareció casi trastornada, como si acabara de enterarse de que un enemigo había irrumpido por su puerta.

—Hijo —dijo por fin—, yo no le abriría mi casa.

—Vamos, vamos, no es que vayan a pasar la noche juntos. Yo no consentiría algo parecido en mi propiedad.

Ya estaba empezando a lamentar haber sacado el tema y a sentirse culpable por haber accedido tan fácilmente al argumento de su esposa sobre que no era asunto suyo lo que Carol y Jeremy pudieran hacer. Por supuesto que era asunto suyo; todo lo que sucedía bajo su techo o en su propiedad era asunto suyo. La noche, tan agradable al principio, seguramente al no haber traído él a Deborah, que siempre era una fuente de tensión con su madre, había terminado con la típica discusión inflexible, en la que ninguno de los dos cedía un milímetro, que no había tenido con su madre desde niño. Incluso al irse él ella seguía pareciendo inquieta y trastornada.

—No —repetía ella sin cesar—, esa mujer no debe venir. No debe venir aquí...

—Bien —dijo Sarr—, ya es tarde. No puedo impedir que venga; sería romper mi palabra y como mínimo le debo ofrecer mi hospitalidad. No te preocupes, madre, que no pecarán en mi propiedad.

Pero eso no había parecido confortarla. Y ahora, trabajando en sus campos, Sarr no podía quitarse el asunto de la cabeza. Quizá, de un modo oscuro que no lograba entender, había cometido un error... y quizá tuviera que pagarlo.

La señora Porothe torció el gesto bajo su espeso velo. De su ahumador surgían nubecillas de humo grisáceo que se perdían en el aire y cada dos o tres minutos sacudía la cabeza, inquieta, como intentando librarla de alguna idea que no lograba digerir. Antes, mientras examinaba las colmenas para recoger la miel del día, había llegado a considerar bastante en serio la posibilidad de bloquear el camino..., cualquier cosa para impedirle la llegada a esa visitante. Naturalmente, quizá fuera sólo una simple amiga de Freirs y no la mujer cuya llegada tanto temía; no había modo de estar segura. Pero odiaba correr el riesgo. Si la mujer resultaba ser quien ella temía, ¿qué debía hacer entonces? Matarla sería un pecado y el Señor castigaba tales actos aunque se cometieran con un buen fin y por mucho que estuviera casi dispuesta a aceptar el pecado y el castigo eventual... De todos modos, matarla sería probablemente un acto de piedad para con esa pobre muchacha. Pero no podía hacerlo; debía jugar siguiendo las reglas ya que el Anciano jugaría también con ellas. Ahora no podía hacer nada más que intentar descubrir lo máximo posible. Se ajustó el velo y dirigió nuevamente el ahumador hacia la colmena para que los insectos, creyendo que se trataba de un incendio, se atiborrraran de miel quedando adormilados. Quitó la tapa y sacó uno de los cuadrados de madera cubierto de abejas y ya lleno de miel que guardó en una cámara de almacenaje en la parte superior de la colmena. Luego se incorporó y se dispuso a esperar el coche. Si la mujer elegida iba en él, la reconocería por el pelo, aunque no fuera por otra cosa. Sería rojo. Esa era otra regla.

Gilead, al fin. El almacén, obviamente la cooperativa de que le había hablado Jeremy, era inconfundible y Carol le recordó mencionando algo sobre «muros» que rodeaban el pueblo, aunque sin duda exageraba. De momento, los únicos que había visto eran unas pequeñas ruinas junto al sendero que partían de éste y se perdían en seguida entre el bosque. Si no la hubiera advertido quizá no se habría dado ni cuenta. Pero quizá hubiera muros de un tipo distinto, pensó. El lugar parecía distinto de otros pueblos y desde luego era más limpio a juzgar por el hermoso césped de todas las casas que había visto. Frente a la cooperativa, donde asomaba una escuela de ladrillo rojo por entre los árboles, un grupo de niños jugaba en los columpios sin risas ni gritos, a pesar de que no se viera ningún adulto vigilándoles. Y tampoco había el típico grupo de ancianos ociosos sentados en el porche del almacén.

Aparcó ante los surtidores de gasolina y subió los peldaños. Al entrar vio que el almacén estaba mucho mejor surtido de lo habitual y a su olfato llegó el olor de las especias y las manzanas maduras. Era casi como entrar en una cueva: de las vigas colgaban toda clase de artículos, desde salchichas a raquetas de nieve, pasando por ajos, pábilos de lámpara, sartenes y grandes rollos de tubería. En la parte trasera ronroneaba suavemente un gran refrigerador atestado de queso, latas de refresco y alimentos envueltos en papel encerado. En la parte delantera había estantes con salazones, tarrinas envueltas en celofán y artículos para barbacoa. Junto a la caja registradora había un gran jarro de huevos en salmuera. La mujer que había tras el mostrador hablaba con una clienta; las dos eran ya mayores y vestían de negro. Carol oyó referirse a un tal Hermano Joram y a Lotte Sturtevant, que parecía estar cada día más hinchada, pero al verla las dos

se callaron volviéndose a mirarla.

—Estoy intentando llegar a la granja Porothe —le dijo a la del mostrador.

—Bueno..., creo que Sarr y esa esposa suya compraron la vieja casa de Baber.

—Mi Raquel estuvo allí el viernes por la noche —asintió solemnemente la otra mujer—. Son los que han sembrado tan tarde.

Entre las sombras, Carol distinguió un cuarto con otro mostrador de madera que parecía el reflejo de éste y una pared llena de estanterías y compartimentos polvorientos en algunos de los cuales asomaban sobres blancos. Debía de tratarse de la oficina de correos local, y parecía muy poco utilizada.

—Tiene que seguir el sendero —estaba diciéndole la mujer del mostrador, que había dejado éste y, sosteniendo la puerta abierta, le indicaba con la mano los arcos y la lejana línea de las colinas—. Siga recto hasta pasar la lechería de los Verdock, al otro lado del recodo, y entonces gire a la derecha y vaya recto, más o menos un kilómetro.

Se embarcó en una compleja y detallada relación de senderos y atajos locales, incluyendo el camino del molino («Claro que ya no está, lo cerraron cuando yo era niña») y un desvío («No vaya por el de la izquierda porque ése la llevaría a los Geisel y a Matt y Corah les gustan tanto los visitantes que se la quedarían a cenar»). Carol se encontró asintiendo cortésmente pero olvidándolo todo a medida que se lo contaba. «Pasar la lechería de los Verdock», sólo logró retener eso. Encontraría el lugar, no debían preocuparse. Se despidió de las dos mujeres y salió del almacén.

—Y no se olvide de darle recuerdos a la Hermana Deborah —gritó la mujer del mostrador—. La esperamos en la adoración de mañana.

La otra se rió entre dientes. Su pequeño coche color crema, aparcado delante del almacén, como un recordatorio del mundo que había dejado, era el objeto más vistoso y brillante de la calle; los vehículos que había visto en el pueblo, tanto coches como camiones, carecían de adornos y tenían como mínimo diez años de antigüedad. Tomó la carretera en la que pensó era la buena dirección (al menos, era la que seguía antes) y al principio fue despacio, estudiando cada granja por la que pasaba, buscando señales que pudiera distinguir si tenía que retroceder y luego cobró confianza al darse cuenta de que su camino era bastante recto. Siguiendo un impulso, más por acordarse de lo que le había contado Freirs que la mujer del almacén, torció a la derecha al pasar una gran lechería y se encontró bajando la colina hacia un rápido arroyuelo que resonaba estruendosamente entre los campos.

Condujo durante lo que le parecieron varios kilómetros siguiendo su curso, evitando un angosto puente de piedra (¿había dicho algo la mujer sobre un puente?) y llegó finalmente a un claro en el que había un grupo de edificios como acurrucados en el bosque. El camino que había estado siguiendo se curvaba ascendiendo por entre los árboles y antes de llegar a los edificios engendraba un sendero polvoriento que esperó no fuese el que llevaba a los Porothe. Tres grandes perros de raza indeterminada se lanzaron hacia el coche ladrando ferozmente. Un hombre en mangas de camisa (carente de barba pero sin afeitar y con la revuelta y larga cabellera de un montañés) alzó los ojos de un automóvil oxidado que había estado raspando para contemplar su Chevy con cara suspicaz. En el patio lleno de hierbajos varios niños pálidos y con cara de luna vestidos

con *shorts* y camisetas detuvieron sus juegos para verla pasar. Parecían sorprendentemente sucios y pobres para esa zona y ella pasó a toda prisa, decidida a no preguntarles nada. Con el corazón encogido siguió el sendero que ascendía por la colina y a la primera ocasión retrocedió en dirección al arroyo. Esta vez el camino le pareció familiar y cuando llegó de nuevo ante el puente giró a la izquierda confiadamente, cruzándolo. El camino ascendía de nuevo, pasando junto a una casita de piedra muy hermosa y rodeada de flores.

Estaba tan absorta admirándolas que apenas si vio la alta figura sin rostro que estaba al borde del camino. Giró bruscamente dando un chillido para evitarla y el coche, como si tuviera voluntad propia, pasó rugiendo junto a ella. El sendero seguía subiendo, curvándose ahora hacia el otro lado; no se atrevió a mirar atrás. Sólo un rato después se dio cuenta de que la figura que había visto era una mujer con un largo vestido negro y la extraña máscara parecida a un sudario que usaban los apicultores.

—Pronto estará aquí —decía Deborah—, y, cariño, lo mínimo que puedes hacer es ir hasta los Geisel y traer un poco de ese vino de bayas suyo.

—Ya te oí la primera vez. No te preocupes, ya voy. —Se limpió la frente sudorosa—. Pero no pienso coger el camión para algo así. ¡Algunos aún sabemos andar! —Clavó los ojos en Freirs, dormido—. ¿Tienes listo su cuarto?

—Si es que va a usarlo. —Pretendía irritarle con esa frase y lo consiguió.

—¡Maldición, más le valdrá! —dijo él, exasperado—. ¡Esto no es un burdel!

—Oh, cariño, cálmate, no es cuestión nuestra el decidirlo. No te olvides que no son de los nuestros. —Se calló pensativa—. Me pregunto si será bonita. Es difícil imaginarse los gustos de Jeremy.

—Yo puedo decirte lo que le gusta. ¿No has visto nunca cómo te mira?

—Lo que haga con sus ojos es asunto suyo. —Sonriendo aún levantó el puño—. Pero deje que le diga algo, señor. ¡Lo que hagas tú con los tuyos es asunto mío! ¡Ahora, a casa de los Geisel a comprar el vino! Llegará de un momento a otro..., ya tendría que llevar aquí horas. ¡En marcha!

—Ya voy, ya... —dijo él fingiendo encogerse aterrorizado ante ella, algo aún más cómico dada su corpulencia.

Fue a la casa para coger el dinero y Deborah oyó sonar la puerta. «Me pregunto qué la habrá retrasado. Probablemente se ha dormido, hará buena pareja con Jeremy.» Le miró y vio que ya no dormía. Le sonrió y él le devolvió la sonrisa. La puerta de la cocina sonó de nuevo. Sarr salió de la casa y, saludándoles con la mano, se fue por el sendero.

El camino estaba resultando difícil de seguir. Parecía retorcerse como un ser vivo al que no le gustase sentir los polvorientos neumáticos en su espalda y Carol tenía que luchar con el volante cada minuto para no salirse de él y estrellarse en la espesura. De pronto las ruedas delanteras se metieron en un bache invisible con un agudo chirrido metálico. Frenó un poco y avanzó más despacio, temiendo que el polvo, los golpes y los baches acabaran averiando el coche de Rosie. Se imaginó intentando explicarle cómo había ocurrido, la sonrisa infantil de Rosie oscureciéndose poco a poco y su sensación de vacío si

la despedía. ¿Cómo se habría metido en esto? Siguió avanzando con la mandíbula tensa, imaginando con anhelo el consuelo de la cama que la esperaba en la granja. Su deseo de ver a Jeremy había cedido hacía rato ante cierta sensación de resentimiento. ¡Qué idiota debía de parecer tomándose tantas molestias por él! Mejor dejarlo todo claro de entrada; si se imaginaba que había hecho tanto camino por el privilegio de dormir con él, el chico se iba a llevar una sorpresa. ¿La tomaba acaso por una de sus colegialas cachondas? Ya le enseñaría lo equivocado que estaba...

Una voz en la radio profetizaba buen tiempo; que la voz no temblara con los baches le pareció casi mágico. «La hora», dijo («la hora de la Biblia»); eran las cuatro y trece minutos.

¡Dios, qué tarde! Y quizá no fuera éste el sendero, quizá fuera haciéndose más y más angosto hasta esfumarse entre los árboles y la maleza, quizá estaba internándose cada vez más hondo en el bosque y nunca fuera capaz de volver con el coche... «Todo va a salir bien», se repetía a sí misma. La radio, mientras tanto, repetía las mucho menos optimistas frases del profeta: «Y les daré dominio sobre los cuatro puntos cardinales —dijo el Señor— : la espada para matar y los perros para desgarrar la presa, y las aves del cielo y las bestias de la tierra para devorar y destruir».

Estaba a punto de dar la vuelta cuando delante de ella, medio oscurecida por el polvo y la calina, vio una figura que avanzaba hacia ella como una sombra. Cuando frenó vio un rostro austero y más bien agradable que la contemplaba, los ojos muy grandes y tímidos. Supo inmediatamente quién era.

—Sarr —dijo casi sin aliento a causa del alivio que sentía—. ¡Al fin!

La señora Porothe guardó la máscara en el armario y se dejó caer cansada en la cama. Estaba preocupada. Había visto a la mujer y era ella, la mujer cuya venida tanto temía. Había reconocido el cabello rojo y el rostro fervoroso, casi ascético, como el de una Juana de Arco que no conociera su destino. Una víctima sagrada... Sacó de la mesilla de noche una maltrecha carpeta amarilla y desató la cinta que la cerraba. Una vez más contempló las Imágenes y, con mano vacilante, cogió la primera (un paisaje dibujado con tiza blanca sobre un fondo gris) y le dio la vuelta. Examinó las demás sin ningún orden establecido, dejando vagar su mente mientras sus ojos pasaban de una Imagen a otra. Se fijó en seguida en el libro, un grueso y obscuro volumen amarillo con las tapas hinchadas como si apenas pudieran contener lo que había dentro de él. También la luna llamó su atención, pero la luna que aparecería esa noche en el cielo, bien lo sabía, no sería como ese cruel y afilado creciente de la Imagen, con la estrella aprisionada entre sus puntas. Esta noche habría luna llena... Dejó las Imágenes a un lado y cerró los ojos intentando desesperadamente hallar la conexión entre una y otra.

Los insectos empezaban a distraerle. Sintió en el oído el zumbido de un mosquito como si fuese a perforarle el cerebro y, como telón de fondo, el ruido, al que ya se había acostumbrado, de las avispas, las abejas y esas moscas que parecían joyas volantes. ¿Qué había de particular en ese ruido nuevo? Inclino la cabeza para oír mejor y por un instante creyó entender: el zumbido era el del mundo funcionando, preocupado pero sereno, con

todos los engranajes marchando a la perfección... Un mecanismo digno de toda confianza. Pero había otro ruido, otro motor..., y a lo lejos un pequeño coche blanco apareció coronando lentamente la cuesta que llevaba a la granja. Por el rabillo del ojo vio a dos gatos cruzando la hierba para investigar, los rabos enhiestos. Se puso en pie y se dirigió al camino justo cuando Deborah salía por la puerta trasera, y para cuando el coche aparcó frente a la granja los dos estaban allí para recibirle, con los gatos jugueteando entre sus piernas, como si él y Deborah fueran esposos legítimos y los amos de la granja.

Carol había llegado al fin, pero con cuatro horas de retraso e incluso a través del sucio parabrisas pudo ver que de bastante mal humor. Bien, tendría que capear el temporal hasta que se le pasara. La vio cerrar el contacto, pasarse una mano por la frente y bajar en silencio del coche. Logró dirigirle una sonrisa a Deborah, que le daba la bienvenida, pero le salió bastante forzada y para él, que se había quedado atrás, no hubo ni sonrisa ni tan siquiera un hola..., aunque su saludo no fue de los que se olvidan fácilmente.

—¡Juro que sería capaz de estrangularte! —dijo dando un portazo y haciendo huir a los gatos—. ¿Cómo pudiste decirme que esto se hallaba a una hora de camino?

Le incomodó que le hablara así delante de otra persona y su humor, desde luego, haría bastante difícil que las cosas se pusieran románticas... que, presumiblemente, era lo que ambos querían. Metió vacilante la mano por la ventanilla para coger la bolsa de viaje. Era más pesada de lo que había pensado; sintió a través de la tela el bulto de una botella y algunos gruesos paquetes. Iba a dirigirse hacia el cobertizo pero Carol le quitó la bolsa de la mano.

—Deja, yo la llevaré —dijo, intentando calmarse. Se volvió hacia Deborah que, en segundo plano, la había estado examinando con ojos críticos—. Me gustaría lavarme un poco, me siento como si hubiera corrido el maratón.

—Adentro, pues. El baño está junto a la cocina.

Deborah subió en primer lugar los peldaños hablando con ella del calor anormal que hacía. Vistas juntas, la morena opulenta y la delgada pelirroja, parecían una alegoría victoriana de la oscuridad y la luz. Después de tantas noches solitarias en la granja le alegraba que una de las dos fuera suya.

Jeremy volvió a su habitación para echarle una última ojeada antes de que Carol la viera. Las rosas eran un buen detalle, decidió, aunque era una pena que no entrara más luz por las ventanas de atrás. Finalmente, aburrido, regresó a la granja. Sonaban voces en el segundo piso, pero no venían, como de costumbre, del dormitorio de los Porothe. Sintiendo que se le caía el alma a los pies subió corriendo la escalera para encontrarlas, tal y como había temido, en el cuartito de la parte trasera que sería en tiempos el dormitorio de los niños. Hablaban de los cuadros que había en la pared, recortes de escenas bíblicas y litografías con canciones infantiles destinadas al futuro ocupante del cuartito. Deborah sostenía una botella envuelta en papel y la bolsa de Carol estaba ya sobre la cama con una toalla limpia al lado.

—Jeremy —dijo Carol, el rostro radiante—, ¡es igual que el cuarto de mi hermana y mío! Te juro que incluso teníamos alguno de esos cuadros.

—Oh, ¿de veras? —dijo él parado en el umbral esperando que su decepción no resultara demasiado aparente—. Supongo que sólo le falta una cuna.

Deborah le miraba atentamente, pero no pudo decidir si compadeciéndole o divertida.

—Bien —dijo—, si necesitas algo llámame. Ahora tengo que ir abajo..., cosas en el horno. —Alzó la botella—. Y gracias por el vino.

—Carol —dijo él cuando Deborah se hubo marchado—, no pretenderás quedarte aquí, ¿verdad?

—¿Dónde iba a quedarme si no? —preguntó ella abriendo mucho los ojos.

Freirs suspiró. Todo empezaba a ir mal. Fuera, baj»el sol, el mundo giraba tranquilamente, pero en este cuartito algún engranaje se había estropeado.

—Había pensado que te quedarías conmigo, a decir verdad.

—Eso, ciertamente, no es lo que yo pensaba. Y no creo que los Poroth aprobasen demasiado el que una chica soltera pasara la noche contigo ahí.

—Su opinión no importa.

—Claro que sí, Jeremy. Somos sus invitados y ésta es su casa.

—No soy un invitado. Pago un alquiler.

—Sí, pero yo soy una invitada —dijo ella con firmeza—, y no quiero ofenderles. Y de todos modos, aunque te suene tonto, no hago ese tipo de cosas.

«Me lo he merecido —pensó—. No hay nada más estúpido que discutir con una chica para convencerla de que se acueste contigo y eso es exactamente lo que he estado haciendo. Bueno, al menos le había hecho ver las cosas claras.»

—Vale —dijo—, te entiendo. —Quizá todavía pudiera hacerla cambiar de opinión.

—Y, mira..., siento ese pequeño estallido en el patio. No quería hacerte pagar los platos rotos. Creo que me puse nerviosa conduciendo el coche de Rosie.

No me he enfadado —dijo él encogiéndose de hombros—. De veras, sólo lamento que tuvieras tan mal viaje. —Contempló con ojos desanimados el techo bajo, las grandes tablas cubiertas con una alfombra y la angosta chimenea manchada de humo que ocupaba casi todo un extremo del cuarto. ¿Cómo podía pensar en quedarse aquí? Era tan condenadamente claustrofóbico... El papel de la pared azul claro estaba lleno de figuras: rostros sonrientes en las murallas de un castillo, un sacerdote vestido de blanco haciendo gestos solemnes ante un altar de fuego, una vaca danzando soñolienta bajo la luna. Abarcó la habitación con un gesto de la mano—. Bien, de todos modos, bienvenida a la Tierra de Nod.

—Parece muy cómoda...

—Huele un poco a cerrado —dijo él, husmeando el aire.

Con el ceño fruncido se dirigió al otro lado del cuartito. Ante una pequeña ventana que daba al patio, colgando de un gancho sobre el dintel, había una bola de cristal rojo rubí que giraba lentamente bajo el sol. Tan grande como una manzana, tenía la función de mantener alejados a los espíritus malignos; dentro de ella había un tallo de angélica, la hierba preferida del Espíritu Santo. Al otro extremo del cuartito, por un truco de la luz, un disco brillante del tamaño y el color de una rosa parecía flotar sobre la cabecera del lecho.

Oyó a su espalda el ruido de una cremallera. Contuvo el aliento y se volvió,

esperando a medias ver a Carol quitándose los téjanos. No, estaba revolviendo en la bolsa: sobre la cama había ya un cepillo para el pelo y dos pantalones. En el interior de la bolsa vio un grueso libro amarillo con las tapas dibujadas. Carol hizo el gesto de sacarlo pero luego volvió a meterlo entre la ropa. «¡Jesús —pensó él—, pero si se ha traído hasta un catecismo!» Con un suspiro se volvió de nuevo hacia la ventana; abrió los postigos y dejó entrar la brisa. Las hojas del manzano susurraban junto a la ventana y la bola giraba perezosamente colgada de su cuerda. En el jardín el coche polvoriento parecía dormitar al sol y a lo lejos podía ver su cobertizo con el sol de la tarde brillando ferozmente sobre el techo y, aún más allá, el viejo sauce negro que crecía junto al granero. Tendría una buena vista de noche..., mucho mejor que él desde su ventana, solo en el cobertizo.

«Quizá cambie de opinión», pensó su lado optimista. De hecho, confiaba en que lo hiciera. Lejos de molestarle, su conducta en el patio le hacía sentirse curiosamente protector; toda una chica de campo, supuestamente llena de recursos, que al parecer había logrado perderse dos o tres veces por el camino y que obviamente había sufrido bastante para hacer el último trecho. Dijera lo que dijese, no era desde luego ninguna rastreadora. Se dio cuenta de que en la semana que llevaba aquí había empezado a sentirse como en casa.

—Anda, deja que te enseñe donde vivo —dijo.

Bajaron juntos la escalera, los tablones crujiendo bajo sus pasos y detrás de ellos, en el cuartito desierto la bola de cristal rojo rubí siguió girando bajo el sol como un planeta. La imagen proyectada en la pared de enfrente ardía con una luz rosada y en su centro ondulaban bandas rojas. Gradualmente, hora tras hora, el sol iría bajando y la luz rosada iría ascendiendo por la pared y por último, temblando con los rayos del ocaso, pasaría sobre una litografía de la Biblia, luego sobre una línea de hojas mal pintadas, una roca, un trozo de musgo, el extremo de una larga túnica blanca..., hasta que, como un faro sobrenatural, brillase directamente en el centro de la imagen formando una estrella resplandeciente justo sobre el altar de fuego. E, inevitablemente, el altar y la rosa se confundirían durante un segundo. Luego el sol seguiría bajando y el faro se desplazaría, pero durante ese instante fugaz el fuego habría parpadeado bajo sus rayos cobrando vida y durante un segundo las llamas serían más altas y arderían con un hambre vasta e insondable, cambiando, extendiéndose, devorando la imagen, el planeta... todo.

Nubes perezosas derivaban sobre los árboles; sombras huidizas bailaban sobre la hierba. Freirs estaba sentado junto a Carol en una roca junto al arroyo, bajo la sombra de los sauces. Los momentos de silencio, para su comodidad, habían sido bastante frecuentes y ahora apenas si se movía salvo para apartar una mosca o lanzar una piedra al agua, un agua tan clara que era imposible adivinar su profundidad. En la otra orilla, donde empezaba el bosque, los pinos se agitaban incesantemente bajo el calor del atardecer, pero junto a él las aguas del arroyo estaban tan frías que casi le helaban los dedos. Carol se inclinó sobre el arroyo intentando ver su reflejo pero la corriente era demasiado rápida. El sol arrancaba destellos a la superficie, poniendo de relieve hojas muertas o ramitas arrastradas por el agua. Entre las sombras podían verse formas suaves y pálidas, parecidas a serpientes, retorciéndose entre las rocas del fondo.

Carol parecía preocupada. Freirs la observaba por el rabillo del ojo con un anhelo que no había sentido desde los días anteriores a su matrimonio. Ojalá se quedara más de una noche; hasta ahora no se había dado cuenta de lo solo que estaba aquí. De hecho era toda una sorpresa: tenía un aspecto tan maravillosamente adecuado sentada junto a él con su vieja camisa y sus téjanos apretados, su piel pálida brillando al sol, su rojo cabello contra la verde hierba... Y tampoco ella era inmune a esa sensación. Parecía feliz de estar aquí con él cuando salieron de la granja. Deborah cantaba en la cocina y la atmósfera se había enfriado un poco. La hierba estaba llena de mariposas.

—¡Dios! —había dicho—. ¡Me siento como en casa!

Pero algo inexplicable había alterado su humor y sin ningún aviso había empezado a mostrarse huraña justo cuando él empezaba a sentirse muy próximo a ella. Había sucedido en el dormitorio, cuando entre sus libros y sus papeles había sido como si un pesado silencio cayera sobre ellos. Cuando cruzaron el umbral vio en su rostro una confusa expresión de repugnancia (¿había llegado acaso a arrugar la nariz?) y cuando había mirado de su lecho a la ventana y de ésta nuevamente al lecho, como midiendo la distancia, le pareció que había en sus ojos algo parecido a un temor cauteloso. Había intentado mantener la conversación, algo que normalmente le era muy sencillo pero en lo que quizá había perdido práctica. Hablaron de un paseo que proyectaban hacer, de dónde buscar huellas de animales, puntas de flecha y raíces comestibles, pero no había servido de mucho. Parecía inquieta y como distraída y no tardó en sugerir que salieran del cobertizo. Ni tan siquiera quiso sentarse... De hecho, se negó a sentarse en la cama a su lado. Ni que fuera virgen, a juzgar por su comportamiento.

Se preguntó si todo sería culpa de la cama, de su sola presencia material. Sabía que en el fondo las mujeres eran seres prácticos (algunas eran implacablemente calculadoras, como su ex mujer) pero siempre había unas cuantas románticas que lograban olvidarse de que hacer el amor era algo que exigía un lecho, sábanas húmedas y espacio para poner los codos. Quizá Carol fuera de esas, la cabeza llena de fantasías perfumadas hasta que, con un respingo, topase con la dura realidad física de ese angosto catre de hierro; quizá prefiriese pensar que iban a hacerlo flotando en el aire, como ángeles... Bien, al menos lo había intentado pese a sentirse gordo, torpe y sudoroso; la había besado pese a todo, mientras ella examinaba los grabados de un *grimoire*, plantando un firme beso en la comisura de sus labios. Naturalmente, Carol se había sorprendido; no es que hubiera lo que se dice caído en sus brazos..., pero tampoco se había apartado. Pero luego él, como un chaval en su primera cita, no había logrado continuar. Se había limitado a hacer algún torpe comentario sobre los Hermanos y su actitud hacia el sexo («muy Viejo Testamento», había dicho) y los dos habían vuelto a sumirse en una renqueante conversación. El momento había pasado.

Luego, aún más tensos y con más silencios que llenar, habían paseado sin rumbo por la granja con Freirs indicando los edificios igual que había hecho Sarr y, bajo una conducta exteriormente igual de reservada, observando con la misma ansiosa curiosidad las reacciones de Carol. No quedó muy impresionada; al principio el lugar, paradójicamente, le había parecido a la vez nuevo y familiar, pero su entusiasmo inicial aparentemente se había agotado y ahora ya no la conmovía la simple visión del paisaje rural. Contempló con

aire crítico las anchas tierras sin cultivar más allá del arroyo, la vieja garita que se pudría bajo la yedra, la maquinaria agrícola oxidada en el granero y, finalmente, declaró que a la granja «le hacían falta muchos arreglos». Claro que tenía razón pero sin saber por qué el comentario le había irritado. ¿Qué esperaba? Después de todo, era el primer año que llevaban aquí los Poroth; Freirs se dio cuenta de que empezaba a sentir una cierta lealtad hacia ellos.

¿Cómo cambiar su humor? ¿Cómo hacer que volvieran a estar cerca el uno del otro? Había estado pensándolo durante el resto del paseo y ahora, sentado junto a ella sobre la roca calentada por el sol mientras las sombras cubrían la hierba, seguía sin estar seguro de cómo hacerlo. ¿Quitarse los pantalones? ¿Recitar poesías? ¿Sacar una navaja imaginaria y tallar sus iniciales en el árbol más cercano? Un acercamiento físico directo era inimaginable (después de todo no iba a tirarse sobre ella, sin más, entre los insectos y las rocas) y hacía rato que se le habían acabado los temas de conversación. Después de todo, ¿qué había estado haciendo la semana pasada salvo tomar notas sentado? Ya había intentado describirle los excesos góticos de *El monje*, pero aunque había parecido bastante interesada («¡Dios mío! —repetía sin parar—. ¡Tenerle tanto miedo a las monjas!») de un modo repentino e inexplicable los horrores de la novela habían empezado a cansarle. Mazmorras subterráneas, inquisidores y cadenas parecían más bien tontos e insustanciales bajo ese potente sol, con las libélulas flotando inocentes sobre el agua y el olor de los pinos de la otra orilla que invadía el aire. Y, de todos modos, Carol parecía inquieta y distraída.

—Espero que lo entenderá —dijo de pronto— - Me refiero a Sarr. Tendría que haberle llevado en el coche, no creí que fuera a tardar tanto.

Freirs se encogió de hombros, alegrándose de que al menos Carol no hubiera decidido llevar a Sarr antes de venir a la granja. Entonces aún habría llegado más tarde y... bueno, no le gustaba la idea de que los dos compartieran algo si él no estaba presente. ¿Por qué sacar el tema ahora?

—Dijo algo esta mañana sobre comprar vino —replicó Freirs—. Lo hacen unos vecinos suyos con ruibarbo, bayas silvestres y cosas parecidas.

El vino le hizo acordarse de la cena; miró hacia la casa y en ese mismo instante vio a Sarr subiendo los peldaños del porche con una garrafa en la mano. Se volvió hacia Carol sin mencionárselo, pero también ella había estado mirando hacia la casa.

—Ya ha vuelto —dijo. Se puso en pie y se limpió los téjanos—. Supongo que no tardaremos en cenar; será mejor que vaya allí y me lave un poco.

Freirs se puso también en pie y la siguió con lentitud. Pasaron junto al cobertizo cubierto de yedra que, sin saber por qué, le pareció feo y poco acogedor.

—¿Aún quieres ver esa guía de campo? —le preguntó esperanzado—. ¿La de los gatos monteses?

—Después de cenar —dijo ella, sin ni tan siquiera mirarle. De pronto rió—. Y hablando de gatos... —A su lado habían aparecido dos de los gatos, una hembra de pelo grisáceo y un macho de color anaranjado, seguramente previendo la cena—. ¿Dónde están los otros? —dijo Carol agachándose para acariciar a la hembra.

Con la típica ambivalencia de su especie, la gata rehuyó su caricia pero el macho, agitando la cola, se acercó cauteloso y dejó que le rascara la cabeza.

—Los mayores tienden a ser solitarios —dijo Freirs, viendo como los dedos de Carol se deslizaban por el sedoso pelo del animal. Bicho afortunado—. Se pasan el día arrastrándose por entre la hierba como tigres de cacería. Hay una hembra enorme de color plateado, ya la verás esta noche, que se pasa todo el tiempo en el bosque como un animal salvaje. Sarr dice que come lo que caza...

Deborah apareció en la puerta trasera y luego en el porche, el delantal muy blanco contra la negrura del vestido. Llevaba en las manos un cuenco enorme y colgando del vestido un delgado cuchillo para cortar pan que parecía una espada ceremonial. Se agachó y puso el cuenco junto a otro más pequeño que había en el suelo; el cuchillo resonó contra el suelo y el sol poniente lo hizo brillar. Se apartó un mechón de pelo de los ojos, les saludó con la mano y luego, inclinando la cabeza a un lado, gritó lo que parecía el nombre místico de un demonio: «Bekariabwada... ¡Bekariabwada!» Y detrás de ellos, entre la hierba, aparecieron tres figuras confusas, una negra como el carbón, otra rayada como un tigre y una tercera gris plateada («Rebekah», «Azariah» y «Bwada»), cruzando como rayos el césped para plantarse en los peldaños del porche. Freirs estuvo absolutamente seguro de que entre las fauces de una de esas figuras se debatía una diminuta alimaña.

Esta tarde la ciudad parece desierta. El fin de semana de tres días ha empezado ya y hasta algunos de los pobres han logrado huir de ella. El resto, sentado en los portales de sus casas, maldice el calor. Al Anciano no le importa el calor y, de hecho, se encuentra extremadamente contento. Está esperando ante el edificio donde vive la mujer y canturrea en voz casi inaudible. El sol se hunde hacia el río como una rosa agonizante. Líneas de sombras medio rotas se arrastran por la acera. Uno a uno, mientras el sol se esconde, el Anciano flexiona sus dedos rechonchos.

—Cariño, ¿estás segura de que Matthew no te ha engañado? Sarr alzó los ojos de la columna astrológica en el *Home News* del día: «Luna llena esa noche y, bajo ella, señales inesperadas».

—Matthew Geisel, tonto. ¿Acaso ese viejo ha intentado engañarte?

—Ése no es modo de hablar de un Hermano...

—Porque esta garrafa ni siquiera está llena —siguió Deborah, como si no le hubiera oído—. ¿Ves? Lo menos le faltan diez centímetros. —Señaló la garrafa que había sobre la mesa y de pronto le miró con expresión suspicaz—. Eh, ¿acaso la has probado? —Sarr, con cara de mal humor, clavó los ojos en el periódico.

—Y si lo hice, ¿qué pasa? Hace mucho calor.

—Pues te vas a poner enfermo andando bajo el sol con la tripa llena de vino. eso es lo que pasa —suspiró ella meneando la cabeza—. Me extraña que dejaras algo.

Él lanzó un gruñido inexpresivo, pensando ya en terminarse la garrafa durante la cena, junto con el vino que la flaca pelirroja amiga de Freirs había traído. Los Hermanos no apreciaban la embriaguez pero la consideraban un pecado venial y no valía la pena discutir por unos cuantos tragos de vino de ruibarbo. Alzó nuevamente los ojos y miró a Deborah.

—¿Quieres que lave algo? ¿O que le dé la comida a los gatos?

Pero ella no estaba dispuesta a dejarse aplacar fácilmente.

—Ya está todo hecho —dijo—. La cena estará lista dentro de un minuto. Anda, ve a buscarles.

—La última vez que me asomé seguían ahí fuera intentando hacer amistad con «Zillah» y «Toby». Me pareció que al fin dejaba en paz a «Zillah» (sin que la arañase, alabado sea el Señor) y entonces empezó con «Toby». Le cogió en brazos como a un bebé.

—¿Y él se dejó coger?

—Parecía gustarle.

—Con ese pelo que tiene ha debido de confundirle con su madre —dijo ella, encogiéndose de hombros y empezando a cortar metódicas tajadas de tomate—. ¿Crees que es teñido?

Sarr sonrió. Estaba tentado de contestarle algo sobre mujeres y gatos, pero se contuvo prudentemente.

—Oh, no lo sé —dijo—. Aquí la tienes. ¿Por qué no se lo preguntas?

Le hizo bastante gracia ver como ella se olvidaba repentinamente del tema. Mientras Carol primero y luego Freirs pasaban por el baño para lavarse antes de la cena. Deborah estuvo aparentemente muy ocupada con la cocina. De pronto se detuvo y le miró fijamente.

—Por cierto —le dijo—, ¿no te olvidas de algo? —Señaló con la cabeza el porche—. Será mejor que lo hagas antes de lavarte.

Sarr gimió en silencio. Casi había olvidado la hora del recuento. Se puso en pie lanzando un suspiro.

—Ah, sí. No debemos olvidar a los muertos...

Salió al porche y con los brazos en jarras examinó el espectáculo de los gatos agrupados en torno a un cuenco cuyo contenido era una mezcla de sobras de la noche anterior y alimento para felinos. Unos instantes después los dos gatitos que faltaban, la negra «Dinah» y el aún más negro «Habakkuk», ascendieron a toda prisa los peldaños para reunirse con los demás. «Bwada» alzó su cabezota y clavó en ellos sus ojos llameantes lanzando un gruñido de advertencia, pero los dos la ignoraron y ronroneando suavemente empezaron a tragar todo lo que podían, comiendo con delicadeza pero con firme decisión al mismo tiempo. Mientras comían, Sarr, de mal humor, emprendió su tarea; no era agradable, aunque la bebida le embotase un tanto los sentidos. Con la llegada del verano cada noche los gatos habían adquirido de nuevo la costumbre de traer a la casa los cadáveres de sus presas diurnas: ratones de campo, topos, pájaros..., una vez incluso una diminuta serpiente. No parecía que considerasen a sus presas como alimento (aunque «Bwada», la más gorda del grupo, había llegado a comerse alguna) y normalmente se limitaban a dejar los cuerpos junto a los peldaños del porche para que los vieran los Porothe. Sarr pensaba que se trataba de una especie de tributo ceremonial.

Esa noche, gracias a Dios, el botín era relativamente escaso: sólo dos maltrechos ratones y, medio escondido entre las sombras, el aún palpitante cadáver de un petirrojo que agitaba una de sus delicadas alas marrones. Por suerte Deborah no lo había visto; los pájaros siempre la enfurecían. Frunciendo el ceño, Sarr cogió los ratones por la cola y con la otra mano agarró las patas del pájaro. Bajó los peldaños y se dirigió hacia las dos tinas

de basura que había bajo el porche. Tenía la cabeza levemente espesa a causa del vino, pero sabía que su intoxicación no hacía sino acercarle más al misterio esencial. Dejó el ave en el suelo y le aplastó la cabeza con el tacón sintiendo al hacerlo que un alma diminuta pasaba rozándole en su camino al cielo. Arrugando la nariz alzó la tapa de la basura y al instante sintió el asfixiante hedor de la carne podrida que surgía del recipiente. Lanzó rápidamente los tres cuerpos a su interior y volvió a poner la tapa. Era un proceso que, con leves variantes, se repetía cada noche y al que aún no había logrado habituarse. Antes de volver a la granja se apoyó un instante en uno de los postes blancos que soportaban el tejado y contempló los campos que se perdían en la distancia, más allá del cobertizo y el arroyo hasta confundirse con el bosque. Solía pasar mucho tiempo allí, sobre todo al anochecer, contemplando los campos en silencio. El paisaje nunca dejaba de emocionarle y aunque había llegado a serle familiar, seguía haciéndole sentir como un extraño.

Sí, era una paradoja... Durante el día, mientras sudaba bajo el sol luchando con alguna raíz indomable o arando el suelo de un pastizal lejano, sentía que era el amo de esa tierra que se le resistía con toda su fuerza. Pero en estos momentos, de noche, cuando el mundo estaba tranquilo y podía inspeccionar sus dominios desde la señorial comodidad del porche, le parecía realmente que esa tierra no era de él y que, sin ninguna figura humana maculando el paisaje, la granja volvía a ser lo que había sido siempre: un ser vivo que no tenía ningún amo: La hierba ondulante y los campos recién plantados parecían entregados a sus pensamientos secretos y una fuerza consciente se agitaba entre las sombras del manzano. Ciertamente, había comprado la granja el otoño pasado y el documento, firmado, fechado y protocolizado por el notario, estaba en el escritorio del piso superior. Pero qué estúpido había sido pensando que esa tierra, la tierra que había estado allí mucho antes que él y que seguiría allí mucho después de que su cuerpo se hubiera convertido en polvo, fuera capaz de reconocerle como amo... No era más que otro visitante y ya bastaba que esa noche le hubiera regalado el olor de las rosas, los pinos y el agua, la débil brisa crepuscular que ahora le rozaba el rostro y la oscuridad que, una a una, le robaba las hojas de los grandes árboles.

De pronto, un olor inquietante se superpuso al de las rosas. La podredumbre, el recuerdo de lo que aguardaba a todo ser vivo sobre la tierra... Se apartó a toda prisa de las tinas de basura y echó a caminar hacia la granja.

Cuando salió del baño después de lavarse las manos, débilmente turbado, como cada noche, por el inevitable recuerdo de Pilato, el olor de la muerte parecía perdurar en su olfato, mezclándose gradualmente con el de la carne asada en la cocina. Deborah aún no había terminado: con una mano removía una gran cacerola mientras no perdía de vista el contenido de la otra. Carol y Freirs, que jugaba como de costumbre con el anillo de su servilleta, estaban ya sentados a la mesa. La botella había sido abierta y los cuatro vasos estaban llenos. El vino parecía dulce y al mismo tiempo fuerte; Sarr deseó que tuvieran más.

—Esto ha quedado precioso —dijo Carol. Pasó apreciativamente la mano sobre la vieja madera de la mesa en la que había cuatro protectores de paja. En esa misma mesa, una semana antes, había descansado el pan en forma de estrella—. Esta cocina debe de ser diez veces mayor que la de mi apartamento y apuesto a que unos cinco grados más fría.

—Conozco a cierta persona según la cual la ciudad es mucho más calurosa debido a su proximidad a ya sabéis dónde —dijo Deborah, removiéndola aún la cacerola.

Sarr logró sonreír pese a haber sentido un leve disgusto ante el comentario.

—Oh, yo no lo expresaría exactamente así —dijo—, pero bien sabe el Señor que la tranquilidad de espíritu no abunda mucho allí. —Apartó su silla y se dejó caer pesadamente en ella—. Supongo que es algo relacionado con la ciencia..., el pavimento y los ladrillos. No es el tipo de sitio en el que yo querría vivir.

Bien, ya había arrojado el guante y era inútil culpar al vino. No había querido decirlo tan crudamente pero era demasiado tarde para lamentarse. Cuando vio que Freirs había dejado de jugar con el anillo de madera pensó que se había metido en una verdadera discusión.

—Bueno —dijo Freirs—, claro que en la ciudad hace un poco más de calor. Pero para eso nos dio el Señor los acondicionadores de aire.

Sarr oyó la risa de las dos mujeres y su sonrisa se desvaneció. Las bromas siempre le hacían sentir incómodo, especialmente las bromas sobre Dios. Empezó a pensar alguna réplica pero Deborah se acercó a la mesa con un enorme cuenco de sopa de cebada que dejó sobre una loseta de cerámica pintada a mano en el centro de la mesa. Su esposa tomó asiento y juntó piadosamente las manos. Hora de rezar...

—Dios nuestro —dijo Sarr con inesperada vehemencia, juntando las manos y bajando la mirada—, al igual que nosotros, tus sirvientes, nos disponemos a gozar de tu abundancia, te damos gracias por estas dos buenas gentes que han venido a compartirla con nosotros... —Alzó los ojos para ver su reacción. Freirs, como siempre, tenía los ojos clavados pensativamente en el plato de sopa cual si se tratara de probar que el ser cortés no implicaba comulgar con las creencias de los Poroth. Pero le complació ver que Carol juntaba las manos en una plegaria ferviente, con los ojos cerrados y la expresión arrebatada, casi angélica—. Y te damos gracias, oh Señor, por ser la fuente de toda alegría y bienestar.

—Amén —murmuraron todos, incluso Freirs, quizá para quedar bien ante Carol.

Carol... una amiga extraña para que Freirs la trajera aquí. No la habría creído su tipo y no porque no fuera atractiva. Lo era y Sarr era lo bastante honesto como para saber reconocer los sentimientos que le había inspirado desde su primer encuentro esa tarde en el camino. Era bueno tenerla aquí; se dio cuenta repentinamente de que habían pasado años desde la última vez que compartió la cena con una mujer que no perteneciera a su familia y, especialmente, una que poseyera la extraña mezcla de independencia y sumisión de Carol. Su tez suave y su limpio cabello rojo, casi tan corto como el de un chico, la hacían distinta a todas las mujeres de Gilead. No pudo evitar el imaginarla en su lecho, delgada, pálida y temblorosa, y supo que esa noche, cuando le hiciera el amor a su esposa, sus pensamientos se dirigirían sin que pudiera impedirlo hacia esa nueva mujer, a menos que no lograra obligarse a pensar en cosas más santas. Deborah había empezado a charlar con sus invitados, llenándoles los vasos y tratando de aliviar un poco la tensión, algo en lo que siempre había sido mucho más hábil que él.

—Pues yo no cambiaría el campo por nada —decía—, pero a veces echo espantosamente de menos la ciudad. Si no me hubiera casado creo que habría intentado

vivir allí unos años. Aún sigo pensando en volver algún día, de visita.

—Pues ya sabes —dijo Freirs haciendo una reverencia burlona—, si vas tienes un sitio donde alojarte. No es lo que se dice exactamente el Waldorf, pero es cómodo —alzó su vaso—, por el viaje y sus efectos expansores sobre la mente.

—Por las virtudes del campo —dijo Carol sonriendo mientras todos alzaban sus vasos—, y por quienes aún las recordamos. —Deborah rió levemente—. ¡Y por los vicios de la ciudad! —Bebió un sorbo de vino—. Mmmm, qué bueno...

Sarr la observaba inquieto, preguntándose si Freirs y Deborah estaban coqueteando entre ellos. Incapaz de pensar en otro brindis, se llevó el vaso a los labios y bebió un buen trago, casi sin notar su sabor. «Los bandos están cambiando —pensó—, ahora somos yo y la extranjera contra el invitado y mi mujer.» Sólo él seguía siempre inmutable. El pensarlo le hizo sentirse más fuerte y, por fin, le dio ánimos para hablar.

—Deborah —dijo escogiendo cuidadosamente sus palabras—, ya sé que la ciudad te atrae. Te lo he oído decir y repito lo mismo que cuando nos casamos: eres libre de hacer lo que quieras, no voy a interponerme en tu camino. —Tomó otro sorbo y se limpió los labios—. Pero yo jamás pondré pie en esa fortaleza sin Dios. Es un lugar de corrupción y sus moradores están hinchados de codicia y vanidad. Hasta el mejor de ellos está infectado, lo oigo en sus voces: la obsesión del lujo, el dinero y las cosas del mundo. —Miró sus rostros y vio que le tomaban en serio aunque Freirs parecía algo escéptico. Sin duda le molestaba no ser el centro de la atención (¡muy típico de un maestro!) y tomaría cada palabra en contra de la ciudad como un ataque personal. Probablemente intentaría quedar bien ante las mujeres aunque eso fuera algo, después de todo, muy natural; era voluntad de Dios que los hombres compitieran. Sarr lo entendía y lo perdonaba—. Por eso me alegra tanto que estéis los dos aquí esta noche —prosiguió, señalando a Freirs y Carol—. El Señor es testigo de que en verdad creo que os hará bien; al menos por ahora no estáis en peligro.

—¿Peligro? —dijo Freirs—. ¿Te refieres al crimen callejero?

—No hablo de los criminales, de la suciedad o del ruido —dijo Sarr meneando la cabeza—. Hablo del peligro espiritual. Veo la ciudad como la vieron los profetas, un sitio que rivaliza con Babilonia. Todos compran y venden y todo está en venta. Hasta sus almas tienen un precio...

—De eso no estoy tan seguro —dijo Freirs sonriendo—. He intentado comprar unas cuantas recientemente y nadie la vende. En mi última clase le pedí a uno que...

—Quizá debiste ofrecer más —dijo Sarr sin dejarle terminar—. Recuerda que compites con el diablo y que tiene a la ciudad metida en el bolsillo. —Seguía notando la cabeza algo ida. Demasiadas horas al sol, sería bueno comer algo—. Mira —añadió, casi disculpándose—, no siempre pensé así. Cuando crecí solía soñar que me escapaba para ver el Empire State y de noche fingía verlo iluminando el cielo. Creía que si la luz es el bien y la oscuridad el mal entonces Dios debía amar a las ciudades por encima de todas las cosas. Sabía que Él hizo al hombre y éste a la ciudad y pensaba que era allí donde Él vivía. —Se detuvo, dominado por los recuerdos—. Ya no pienso así.

—Supongo que fue una mala visita —dijo Freirs con tono burlón, mirando a Carol—. ¿Qué pasó, te atracaron?

—No, eso no. Puede que incluso entonces ya fuera demasiado fuerte para eso. He

oído decir que prefieren a las viejas.

—Usan lo que tienen a mano. ¿Qué edad tenías? —Sarr calló, frotándose el mentón.

—Dijiste que era la Navidad de tu último año como estudiante —repuso Deborah.

—Mi padre murió entonces —dijo Carol—. Quiero decir... en otoño. Este noviembre hará un año.

—¿De veras? —La miró con un nuevo interés—. Otra cosa que tenemos en común.

—¿Aparte de ser los dos del campo? —dijo Freirs alzando los ojos, habiendo percibido de inmediato los inicios de una conspiración en su contra.

—No, quiero decir aparte de que los dos seamos gente religiosa. Hablamos de ello cuando me la encontré en el sendero.

—Estaban dando un programa bíblico en la radio, eso es todo —dijo Carol. Parecía enfadada, pero era difícil decir con quién—. En cuanto a nuestros padres...

—Los dos hemos sufrido una pérdida —dijo Sarr.

Estaba a punto de añadir una observación bíblica sobre lo efímero del hombre pero Deborah le interrumpió.

—Apuesto a que su madre sufrió mucho más que...

—Mi madre llevó su pérdida con dignidad —dijo Sarr, haciéndola callar con una mirada—. Siempre ha sido muy reservada y no muestra sus sentimientos. Pero yo sabía lo que había en su corazón... Sabía lo que sentía y pensé que si hubiera algo que yo pudiera darle, algo capaz de interesarla, algo que la apartase de... bueno, de todo lo que la atormentaba... Así que un sábado por la mañana me puse el viejo abrigo de mi padre, ese de piel de oveja...

—¡Como si fueras al matadero! —dijo Deborah con un gesto malhumorado.

—... hice autostop hasta Flemington y allí cogí el autobús a Nueva York. Pensaba traerle algún regalo, quizá una joya. Algo hermoso. —Meneó la cabeza—. Hace mucho.

—¿Y a tu madre no le importó que te fueras? —dijo Carol.

—Le dije que me quedaría en Flemington hasta la noche, buscando algún trabajo. Creo que fue la primera mentira que le dije, aunque no la creyó.

—Nada puede engañarla —dijo Deborah—. Lo sabe todo.

—Pero nunca había parecido importarle demasiado adonde iba —dijo Sarr—. Así que cedí a la tentación y me marché.

Se irguió en su asiento como intentando apartarse físicamente de aquel recuerdo. En ese mismo instante oyó arañazos en la puerta y distinguió cuatro caritas parecidas a lechuzas atisbando por ella. Eran los gatos jóvenes, aquellos a los que aún solía referirse como «los gatitos». Se levantó para dejarles entrar y vio como Carol interrogaba con los ojos a Freirs, que se encogió de hombros sin mucha alegría.

—No importa —dijo Freirs—. Están aquí casi cada noche, más vale que me habitúe.

Como siempre, los gatos parecieron dudar apenas se les abrió la puerta, aunque Sarr seguía de pie junto al umbral. «Bwada», impaciente, se abrió paso y saltó bajo la mesa pero los demás siguieron quietos, como intentando decidirse y cuando al fin entraron en la cocina lo hicieron con una especie de cautelosa indiferencia. Sus padres, «Rebekah» y «Azariah», se quedaron fuera recorriendo los escalones como si fueran tigres al acecho y muy pronto se esfumaron entre la hierba. Sarr volvió a la mesa para ver como Deborah

servía más sopa con los gatos agrupados como discípulos a sus pies. Freirs alzó los ojos y le miró. Sarr volvió a sentarse.

—Bien, ahí estabas —dijo—, en marcha hacia Gotham y sabe Dios qué iniquidades. Y luego, ¿qué pasó?

—Bueno..., es una larga historia —dijo Sarr, sonriendo inseguro.

—Sin duda —dijo Freirs.

—Ya sabes que no puedes dejarnos en el autobús —añadió Carol.

—Me temo que Deborah ya la ha oído...

—Y más de una vez —dijo ella—. Pero mejor cuéntala, ahora que tienes público.

En tanto que anfitrión habría debido callarse, pero todo en esta cena había ido mal desde el principio. Quizá fuera el vino, quizá...

—Bien... —Tomó otro sorbo—. Quizá podáis aprender de mis errores. Recuerdo que llegué a la ciudad algo después del mediodía y lo primero que hice fue plantarme en mitad de la estación de autobuses y mirar a la gente. Nunca había visto tanta ni de pieles tan distintas; era como estar en mitad de un hormiguero. Yo era más alto que casi todos ellos y sé que siempre hay Alguien ahí arriba vigilando —señaló hacia el techo—, así que no me asusto fácilmente. Pero creo que ésta fue la vez en que más cerca estuve.

—Es difícil creer que no hubieras estado allí nunca —dijo Freirs, como si ya empezara a lamentar haberle dejado la voz cantante—. Después de todo, estáis a poco más de una hora. —Miró con cierta culpabilidad a Carol—. Bueno, puede que dos si el tráfico es malo.

—Los Hermanos no lo vemos así. Que un lugar esté a una o dos horas de distancia no significa que deseemos visitarlo. Yo diría que la mitad de gente del pueblo nunca ha estado en la ciudad. —Deborah asintió—. Leen sobre ella en el *Home*.

—Los que no tienen miedo de leer el periódico —añadió ella—. Hay gente por aquí que piensa que es pecado leer todo lo que no sea la Biblia.

—Y hay gente que no lo piensa —dijo Sarr con firmeza—. Algunos ven la TV si la tienen, o incluso van al cine en Lebanon. Lo saben todo de la ciudad pero sencillamente no desean ir allí. Mi madre no ha ido ni irá nunca. Pero yo era curioso y difícil de asustar y ahí estaba, en mitad del hormiguero, yendo a la calle. Lo primero que vi al salir fue un hombrecillo vestido de rojo plantado en la acera agitando una campanilla. Tenía una barba tan blanca como la del viejo Hermano Mogg y el doble de larga, pero vi que era sólo lana de cordero. Claro, sabía a quién representaba (en esa época del año no puedes alejarte un kilómetro de Gilead sin ver un Papá Noel eléctrico en el jardín de algún idiota), pero la verdad es que no esperaba ver a un adulto vestido así en público.

»Me quedé a mirarle un rato. Resultó que estaba recogiendo para la beneficencia y pensé que debía darle algo. Llevaba los ahorros de trabajar en el almacén de mi padre, que ahora no me parecen gran cosa (serían menos de cuarenta dólares), pero eran todo lo que tenía. Metí la mano en el bolsillo para cogerlos y entonces descubrí que habían desaparecido. Aún puedo recordar lo que sentí, como si alguien me hubiera partido con un hacha en dos pedazos. Volví tambaleándome a la estación mirando a todo el mundo, intentando descubrir quién había podido hacerme eso... como si fuera a saberlo por sus ojos. Y te diré algo: cualquiera de ellos tenía el aspecto de haber podido hacerlo. Quizá era

yo, pero te juro que no había un solo rostro honesto entre ellos. —En la cocina reinaba el silencio, roto sólo por el ronroneo de la gata. Sonrojándose, se dio cuenta de que los demás habían acabado su sopa hacía rato y que le estaban esperando—. Toma —dijo, empujando enfadado el cuenco hacia su mujer—. ¡Llévatelo! Ya he tomado bastante.

Deborah recogió los cuencos y él, frunciendo el ceño, se agachó para acariciar a la gata. Carol le estaba mirando inquieta.

—Qué horrible —dijo al fin—. ¡Perder así todo el dinero! Y siempre le ocurre a quienes más lo necesitan.

—Supongo que volverías a Flemington en el primer autobús —dijo Freirs.

No había tanta simpatía en su voz como en la de Carol.

—Pues no conoces a Sarr —dijo Deborah, riéndose, junto a la cocina. Abrió la puerta del horno y sacó algo que hervía y burbujeaba. La habitación se llenó de olor a estofado—. Es de lo más tozudo, y nunca abandona sin pelear.

—Vale, soy tozudo —dijo Sarr sonriendo—. ¡Y también soy un idiota! Podría haberme ido porque tenía el billete de vuelta en el bolsillo de la camisa, pero eso habría sido demasiado fácil. Quería justicia; quizá fuera una señal de Dios pero yo lo tomé como una prueba. Por lo tanto, volví a la acera y me quedé allí con los ojos como platos mirando a la gente. Tenía la loca idea de que quizá viera como robaban a otra persona. No fue así, claro (no hay ladrón tan idiota), pero de pronto me tiraron de la manga y cuando miré, era ese diminuto Papá Noel alzando los ojos hacia mí. La barba le tapaba el rostro pero tenía los ojos tristes. «Les vi coger tu dinero», dijo con una voz muy suave que parecía una antigua flauta, «eran dos chicos negros con abrigo como el tuyo. Se fueron corriendo por ahí». Señalaba hacia el norte, más allá de los bares, las tiendas de empeños y las marquesinas de los cines. A lo lejos vi una hilera de árboles, como si la ciudad acabara ahí. Le di las gracias; él me deseó suerte y me marché en esa dirección.

Sarr se detuvo y su mujer puso en la mesa una bandeja con una humeante pierna de cordero a la que acompañaban patatas, la mermelada de menta casera de su tía Lise y judías del huerto. Vio cómo Carol contemplaba la carne con aire de duda y supuso que le preocuparía el precio. Bueno, no había sido barata y menos para alguien ya endeudado, pero había ciertas obligaciones para con un invitado que era imposible rehuir.

—Me habría gustado una comida así cuando eché a caminar —dijo, cogiendo la bandeja y el gran cuchillo que le entregó Deborah—. Por desgracia sólo llevaba unos centavos atados en mi pañuelo, lo justo para una chocolatina.

Cortó una tajada y cogió el plato de Carol.

—Gracias, pero no quiero. No como carne —dijo ella.

Sarr sintió una breve chispa de enfado. «Por eso está tan flaca.» Deborah la miró preocupada.

—Carol, ¿por qué no lo dijiste? Podría haber hecho otra cosa esta noche.

—Oh, no es nada —dijo ella, pareciendo incómoda—, no hacía falta tomarse la molestia. He sido vegetariana desde la escuela y me las arreglaré perfectamente bien con lo que tenéis.

—Pero, Jeremy, ¿por qué no dijiste nada tú?

—No lo sabía —dijo él encogiéndose de hombros—. Lo único que hemos comido son

espaguetis. Carol, ni lo mencionaste.

—Lo siento, supongo que no surgió el tema. De veras que no es para tanto. Me encantan las judías y las patatas.

—Bueno —dijo Deborah a regañadientes—, mientras no te quedes con hambre...

—Claro que no —dijo Carol, y Sarr notó que le molestaba el tema—. El pobre Sarr sólo tenía una chocolatina para comer.

—Bien, eso fue después —dijo él, agradeciéndole que se acordara—. En ese momento sólo quería encontrar mi dinero. —Sirvió cuidadosamente a los demás y luego se sirvió él—. Supongo que era una tontería por mi parte el intentarlo.

—Una ingenuidad, como mínimo —dijo Freirs—. ¿Cómo pensabas reconocer al ladrón? Hay montones de abrigo como ésos en la ciudad.

—Esperaba que el Señor me daría una señal. Sabrás que nunca me ha abandonado.

—¿De veras? —dijo Freirs escéptico—. ¿Otra?

—No abandona a los creyentes —asintió Sarr—. Y sabiendo eso en mi corazón, seguí hacia el norte. Recuerdo que hacía frío y el cielo estaba muy gris. Soplaban viento pero no había nieve en el suelo y debajo de él debía de hacer mucho calor porque salía humo del pavimento y todo el mundo parecía ir de un lado para otro mirando los escaparates, corriendo de una tienda a otra. La mayor parte de cosas me parecieron feas y sin nada especial salvo el precio: ni con mi dinero habría podido comprar gran cosa, pero todo el mundo parecía llevar algún paquete bajo el brazo. Nadie sonreía, no había una sola alma feliz entre ellos, pero todos deseaban esas cosas, como cerdos que pelean por un montón de basura. Supongo que así celebran la Navidad allí, y me asombra que no la odien.

—Muchos sí —dijo Freirs—. La tasa de crímenes y suicidios aumenta en esa época pero creo que tú dices que se lo tienen bien merecido, ¿no? —Sarr percibió la expresión disgustada de Carol pero no así Freirs—. Crees que son todos unos malvados, ¿no?

—No. Creo que muchos lo son pero que muchos otros son sólo víctimas y es cosa nuestra castigar a unos y salvar a otros. Te concedo que a veces cuesta distinguirlos pero sigo sin condenarles a todos, ni a las mujeres que me paraban en la calle y me llamaban al pasar. Entonces no entendía qué deseaban pero lo presentía, pues no iban vestidas para el frío que hacía; no les contesté y seguí andando. —Eso iba dirigido a ; Deborah; no podía darle una falsa idea de todo aquello—. Ahora sé lo que son, claro. Decían querer amor pero sólo querían dinero. Todo estaba en la Biblia aunque nunca había creído verlo con mis ojos; algunas , eran malvadas, una abominación a los ojos del Señor pero otras, estoy seguro, eran sólo víctimas de la ciudad.

—Vamos, cariño —dijo su mujer con expresión divertida—. Diles qué hiciste.

—Ya lo haré. Lo que digo es que había toda clase de tentaciones en esa ciudad: lugares en los que podía entrar, cosas que podía hacer. Pero pasé de largo.

—¡No tenías ni un dólar! —sonrió Freirs.

—No —dijo Sarr malhumorado—. Era fuerte, el Señor estaba conmigo. Pasé junto a las tentadoras mujeres y seguí andando hasta llegar a los árboles que había visto desde la calle. Eran el inicio de Central Park, al ; fin algo verde. Había oído hablar de él y me habían dicho que era peligroso, pero cuando miré por encima de un pequeño muro vi que estaba lleno de gente paseando, comiendo castañas asadas o simplemente sentados en los

bancos con las manos en los bolsillos. Seguí mi instinto y me adentré en la arboleda. Supongo que creía que Dios iba a guiarme hasta los ladrones pero tenía otros planes para mí... —Una leve brisa agitó las cortinas de muselina junto al fregadero. Estaba anocheciendo y el ruido de los cubiertos al comer ahogaba el débil ritmo de los grillos—. Al principio, el parque era horrible, no dejaba de oír el ruido de coches y bocinas y de gente gritándose entre sí. Mirara donde mirase veía edificios detrás de los árboles; quizá en esta época del año habría sido distinto con las hojas tapándolos pero entonces las ramas estaban desnudas. Además, ese lugar no me parecía real. Debía de ser como un bosque, era fácil ver cómo esperaban engañarte con las rocas, los arroyos y el caminito que serpenteaba entre los árboles. Pero la basura cubría el suelo y los árboles estaban negros de hollín. Pero seguí hacia el norte y el parque empezó a gustarme. Era tan grande para ser un parque de ciudad, nunca terminaba...

—De hecho, parece ser que es el doble de grande que Monaco.

—Oh, Jeremy, ¡calla!

—... y empecé a dejar de pensar que estaba en la ciudad. Aún podía ver edificios lejanos pero el lugar era más tranquilo. Podía oír el viento en las ramas y no había mucha gente, sólo algunos hombres extraños de aspecto solitario, ancianos dando un paseo invernal. De pronto, los árboles se hicieron más escasos (no me lo esperaba) y llegué a una gran pradera. Casi toda la hierba estaba muerta y había grandes pedazos de tierra desnuda y todo parecía muy triste bajo ese cielo gris. A lo lejos vi dos o tres figuras jugando a pelota, pero no me interesaban, así que me desvié siguiendo los árboles que empezaron a hacerse de nuevo abundantes. El terreno se volvió escabroso; crucé un puentecillo de piedra, luego avancé por un túnel y al otro lado ya no vi la pradera ni tan siquiera los edificios. Estaba dentro de un frondoso anillo de árboles..., un círculo perfecto, con las ramas tocándose entre sí como niños jugando al corro y yo estaba solo en el centro, sin nada que me distrajera. Podría haberme encontrado en mitad de un bosque, el bosque más espeso del mundo, sin nadie para verme excepto el Señor.

»Supe de inmediato que era un lugar santo, un sitio consagrado a Dios en el mismo centro de la maldad. Y no me importa deciros... —Aferró el borde de la mesa y se inclinó hacia delante, dirigiéndose especialmente a esa nueva mujer que había venido a ellos y que parecía tener dentro algo del Espíritu Santo—. No me importa deciros que en ese lugar solitario, con mis diecisiete años, caí de rodillas y recé. Esto es lo que dije: «Padre, haz de mí un recipiente de tu luz purificadora y libérame del mal. Y si tú me indicas el camino, yo lo seguiré». Eso es lo que dije y cuando me levantaba, por el rabillo del ojo, creí ver algo moviéndose fuera del círculo. Cuando me volví a mirar no lo vi pero después, algo más lejos, vi dos formas oscuras más allá de los árboles. Os recuerdo que las vi un instante y luego las perdí, pero estaba seguro de que Dios me había conducido hasta los dos chicos negros que andaba buscando, los que llevaban abrigo como el mío. Pero cuando crucé corriendo el círculo y me adentré en el bosque no había nadie y la maleza era tan espesa que no pude ver modo alguno de que dos personas hubieran pasado a través de ella una al lado de la otra. Pensé que había visto una sola persona y su sombra, o quizá la de un pájaro.

Freirs pareció a punto de preguntar algo pero Deborah habló primero.

—¡Eh, les harás pensar que estabas bebido! —Bajó los ojos—. Claro que yo sé que jamás bebes ni una sola gota...

—¡No diré tanto! —Sarr sonrió brevemente—. Pero la verdad es que me sentía bastante raro: no había comido nada desde la mañana y aún me quedaba mucho camino.

—¿Hasta el autobús, quieres decir? —le preguntó Carol.

—No, seguí andando hacia el norte al salir del parque. Tomé luego por una calle y avancé en zigzag, yendo de un lado de la isla a otro. Quizá pensaba recorrer todas sus manzanas, no lo sé. Aquí las calles eran aún más sucias y no parecía haber tanta gente como antes. Pero había los mismos agujeros en el suelo con humo saliendo de ellos, como si la ciudad entera hubiera sido construida sobre un volcán. Hasta mi aliento humeaba como el de un dragón y cuando cruzaba una de esas nubes de vapor me era imposible decir cuál salía del suelo y cuál de mi boca. Estaba cansado y hambriento y cada vez hacía más frío, pues sólo quedaban unas pocas horas de luz solar. Casi todos los rostros que veía ahora eran de negros o de gentes que parecían extranjeras y cuando llegó la noche creí haberme perdido en un país extraño; pero me confié al Señor y seguí andando. Cuanto más lejos iba más aumentaban los rostros negros y todos me miraban al pasar, a veces con curiosidad, a veces de otro modo. Algunos sonreían como ante una broma ignorada por mí, otros me miraban con ojos de odio. Un grupo de chicos intentó impedirme pasar por su calle formando una línea a través de la acera y diciéndome que debía pagarles peaje, igual que los reyes de Jerusalén se lo pedían a los peregrinos. Pero ya os he dicho que es difícil asustarme y aunque había muchos, yo era el más alto y sabía que el Señor estaba conmigo. Les enseñé mis bolsillos vacíos y seguí andando. Nadie intentó detenerme y no me volví a mirarles. Mis bolsillos siguieron así, vueltos al revés, todo el resto de la noche.

—El resto de... —Freirs le miró incrédulo—. ¿Pasaste la noche en Harlem?

—No lo sé. —Sarr se encogió de hombros—. Seguí andando y no fui consciente del tiempo, incluso se me olvidó lo que le había dicho a mi madre. Sólo sabía que no tenía mi dinero y que todo a mi alrededor era feo, maligno y carente de Dios. Las casas... eran horribles, parecían llevar años abandonadas aunque en algunas ventanas había luces. Y las tiendas eran sucias y miserables aunque sus precios fueran igual de elevados que las otras. Incluso las iglesias parecían tiendas con sus grandes letreros sobre la entrada. Había una, la Iglesia del Perro... —Se estremeció—. ¡ Y la gente que vi! Si pudiera olvidarlos... Los de los callejones, los que estaban sentados en la calzada o tendidos en ella durmiendo con botellas alrededor... Ya casi era noche cerrada, hacía un frío horrible y deberían estar en sus casas, igual que yo aunque no pensé mucho en ello hasta que el cielo se volvió negro del todo. Logré distinguir algunas estrellas pero eran muy escasas y débiles, no como aquí. Entonces se encendieron las farolas sin un solo ruido a lo largo de todas las calles y todo me pareció aún más oscuro y dejé de ver las estrellas. Creo que entonces fue cuando me sentí más solo. Miraba hacia cada ventana deseando reunirme con quienes estuvieran tras ella, aunque fueran negros, porque el interior me parecía cálido e iluminado en contraste con las calles llenas de gente sin hogar, perros muertos de hambre y gatos medio congelados.

Miró a «Bwada», enroscada junto a su silla, muy ocupada lamiéndose su rechoncha zarpa izquierda con todas las relucientes uñas extendidas. Sorprendida por el repentino

silencio «Bwada» dejó de lamerse un instante, le miró y luego reemprendió su tarea.

—Parece una apacible anciana —dijo Deborah —, pero está fingiendo. Vi cómo le dejó la mano a Joram.

—No fue nada —dijo rápidamente Sarr, viendo la cara que ponía Carol—. No fue con intención de hacerle daño..., sólo un malentendido, un choque de voluntades. —Pero la ciudad había sido momentáneamente olvidada y la oleada de afecto que había sentido invadiéndole (casi un reflejo cada vez que pensaba en la gata) dejó paso al recuerdo hiriente del alarido de dolor, la sombra gris que salía huyendo hacia el bosque, sus tartamudeos disculpándola y la mirada furiosa y acusadora del anciano viendo como la palma de su mano se iba llenando lentamente de sangre.

«Engañoso sobre todas las cosas es el corazón e irremisiblemente malvado: ¿quién podrá conocerlo?» ¡Cuánta razón tenía Jeremías! Qué eternamente misterioso era el mundo y todo lo que contenía... Sobresaltado, se dio cuenta de que Carol le había preguntado algo sobre la ciudad y de que empezaba a dolerle la cabeza. El efecto eufórico del vino se estaba disipando.

—No hay mucho más que contar —dijo—, no recuerdo gran cosa aparte de una pelea delante de un bar con un hombre escupiendo los dientes y algunos niños jugando a los dados junto a un muro. Lo que más recuerdo es una fila de coches de la policía aparcados en una calle solitaria con las luces apagadas y el motor en marcha y los hombres de uniforme sentados dentro, hablando y riendo como si esperasen algo. Me quedé a mirar y vi como uno de ellos salía de un edificio y entraba otro. Y algo más lejos un chico de mi edad, sentado en cuclillas en la acera, me miró con mala cara (debió de pensar que yo era de la policía) y me preguntó si quería entrar y coger mi porción. Así mismo lo dijo. Señaló el edificio y dijo que en el sótano vivía una chica de catorce años cuya madre se había escapado a Puerto Rico y cuyo padre había entrado en la cárcel esa misma tarde y ahora ella estaba sola y la policía pasaba el rato con ella.

Se quedó callado un instante, sorprendido ante lo vivido de sus recuerdos y preguntándose qué pensaría Carol de él. En lo más hondo de su ser, donde vivían sus ideas más oscuras, sintió con desagrado el primer coletazo de lujuria e intentó sofocarla. Carol había dejado de comer y le miraba con el ceño fruncido.

—No puedo creer que algo así pasara en Navidad. ¡Es demasiado horrible! ¿Qué hacía toda la gente decente, esconderse?

—Estarían en sus casas. Yo sólo veía a la gente en la calle, pasando frío. Todos hablaban solos, cantaban borrachos o manoteaban en el aire gritándole a cosas invisibles para mí. Recuerdo a un hombretón negro, grande como un oso, que pasó tambaleándose junto a mí conversando consigo mismo en dos voces distintas y luego pasó un viejo blanco y muy flaco, el único que vi allí, siguiéndole como un niño detrás de los payasos, riendo, señalándole con el dedo y haciendo muecas como para decirle a todos, «¡Mirad, está loco!» —Sarr agitó el índice junto a la sien—. Creo que él estaba tan chalado como el primero. Y todo era horrible y todas las personas estaban locas y corrompidas y yo no dejaba de repetirme que no toda la ciudad era así, que no podía ser así, pero eso sigue siendo lo único que recuerdo. En todo el día sólo había comido la chocolatina y cuando llegué al río estaba a punto de perder el sentido. Allí había más árboles y un campo para deportes; ya

no podía seguir hacia el norte así que di la vuelta y empecé a retroceder. Hoy no podría hacer algo así (todos esos kilómetros con el vientre vacío y sin haber dormido) pero entonces era joven y demasiado impulsivo. —Contempló sus rostros, el fregadero, las cortinas y la ventana pero en realidad sólo veía la oscuridad de sus recuerdos—. Esa noche era la más larga del año y empecé a preguntarme si vería el día. Cada vez que llegaba a un surtidor de vapor lo cruzaba esperando calentarme algo pero me castañeteaban los dientes tan fuerte que creí que se me iban a romper como una porcelana y el viento parecía atravesar mi abrigo y mis guantes. Tenía la sensación de haber estado siempre así, andando, seguido por esos ojos que me contemplaban desde las ventanas, los umbrales y las calles, esos rostros oscuros y tristes que hablaban sin dirigirse a nadie en particular.

»Pero finalmente el cielo empezó a iluminarse y cuando me encontraba unos cuatro kilómetros más al sur me di cuenta de que las farolas se habían apagado. Entonces todo me pareció algo más fácil y por primera vez me pregunté si acaso había juzgado todo demasiado de prisa y con excesiva dureza. —Por el rabillo del ojo vio como Deborah movía casi imperceptiblemente la cabeza—. Me dije que si esa gente parecía no tener Dios era sólo porque nunca les habían enseñado la verdad y que si algunos obraban como locos eso no significaba que todos lo estuvieran. Y justo entonces, como para probármelo, el humo se aclaró y vi a un hombre de piel café y aspecto muy elegante que se me acercaba por la acera. Vi que tenía frío pero andaba muy erguido y llevaba un abrigo con una bufanda en el cuello, un sombrero precioso y un largo paraguas negro con un reluciente mango de madera que iba balanceando. Empezaba a despuntar el día y me acordé de que era domingo y me dije: «Mira, es un buen hombre que debe de ir a la iglesia. Aún quedan personas decentes en esta ciudad». Y entonces, al acercarme, vi que no me estaba mirando, que tenía los ojos vidriosos y clavados en algo que yo no veía y que hablaba... no, gruñía.... palabras que yo no habría dicho ni loco de ira. Supe entonces dónde estaba y dónde había estado toda la noche. Supe que el Todopoderoso me había concedido una visión: esas calles heladas, el cielo sin estrellas, el suelo que humeaba... Hay lugares del mundo por los que asoma el fuego del infierno y yo acababa de estar en uno. Naturalmente, era un aviso. Olvidé mi dinero, mantuve el río a mi derecha y seguí yendo hacia el sur. Hasta las noches más largas tienen final, eso es algo que he llegado a aprender, y cuando el sol brillaba sobre los edificios y hacía algo más de calor ya estaba a medio camino de la estación de autobús. Creí estar de nuevo en el mundo normal y haber dejado atrás tanta maldad y, cuando pasé junto a una zona con estatuas, verjas de hierro y grandes edificios que parecían griegos (de hecho, la antigua universidad de Jeremy), decidí que ya era hora de sentarme un poco y reposar. Un poco más adelante había visto brillar el río y un pequeño parque que bajaba hacia su orilla en el que parecía haber muchos bancos donde podría reposar antes de seguir andando. Estaba empezando a sentirme agotado y sólo deseaba descansar un poco.

Esa mañana de domingo había muchos ancianos en el parque, paseando a sus perros o contemplando el río y todos parecían buenos, apacibles y felices de estar allí. Supe que me hallaba al fin entre mi gente y pongo a Dios por testigo de que era un gran alivio. Había ya bastantes bancos llenos, pero algo más arriba vi uno vacío salvo por un anciano envuelto en un abrigo y una enorme bufanda, con su cabecita rosada asomando como la

de un bebé con la coronilla cubierta de un rizado cabello blanco. Tenía en el regazo una bolsa de papel marrón y supuse que se disponía a desayunar. Pero cuando me senté recogió su bolsa y se levantó, como si deseara estar solo. Bueno, no me importaba; de pronto, me sentí tan cansado que apenas podía mantener los ojos abiertos. Pero recuerdo que me miró al pasar por mi lado y que una sonrisa le iluminó todo el rostro, haciéndome pensar en mi abuelo o quizá incluso en mi padre cuando estaba de muy buen humor, como a veces después de la adoración. Creo que me quedé dormido, al menos unos segundos, porque cuando abrí los ojos seguía allí de pie y con cara de preocupación. Pero cuando vio que yo estaba bien hizo un leve gesto con la cabeza y pareció guiñarme un ojo. Metió la bolsa en una papelería y se alejó, canturreando una extraña tonadilla.

—Odio esta parte —dijo de pronto Deborah.

Se levantó y fue al horno a buscar el resto de patatas y judías, pero Sarr no le hizo caso.

—Aún puedo ver ese guiño y el modo casi despectivo con que arrojó su bolsa... Supongo que volví a dormirme porque no recuerdo nada más, sólo un sueño que tuve sobre alguien con alas blancas como la nieve. Creí que era mi padre en forma de ángel... No sé cuánto dormí, pero debió de ser un buen rato porque cuando me desperté estaba temblando, con las manos apretadas en los bolsillos, y el día se había vuelto más oscuro. Me pareció que el grito de un niño me había despertado pero en el parque no había ya ningún niño y muy pocos adultos. La tarde estaba acabando. ¡Dios, cómo me dolía el cuerpo! Cuando pasé junto a la papelería oí un levísimo gemido, tan débil que parecía sonar a kilómetros de distancia. Pero algo me hizo detener. Miré a mi alrededor y estuve seguro de que el gemido venía de la bolsa. Bueno, Deborah ya conoce el resto. Dentro de ella había los sobrantes de un bocadillo, papel encerado con migas de pan y algo de embutido... y seis o siete gatitos recién nacidos. Muertos. Helados, supongo, aunque dos parecían tener la espalda rota, como si...

—¡Cariño, por favor!

Él asintió, la visión desvaneciéndose rápidamente.

—Lo siento, Deb, tienes razón, me estoy portando como un idiota. Baste decir que no era un espectáculo para ojos cristianos. Entonces vi moverse algo, metí la mano y descubrí que uno de los cuerpos, una cosita gris escondida bajo los otros, contenía aún un levísimo soplo de vida. La cogí (era tan pequeña que me cabía en la mano) y entonces empezó a gemir muy, muy quedamente... —Sintió de nuevo la fría brisa del río, el gemido, la rigidez de sus miembros y el dolor de sus dedos ateridos, el cansancio de ese viaje. De pronto se dio cuenta de que estaba agotado—. Las tiendas seguían abiertas —dijo al fin—, y eso es lo único que la gente de allí y los Hermanos tenemos en común, que ninguno somos tan orgullosos como para no trabajar en el día del Señor. Pero esos tenderos tenían corazones duros como el pedernal y ninguno de ellos quiso darme ni un centavo de leche, y yo ni siquiera tenía ese centavo para pagarla. Así que le pedí a Dios que me perdonase y robé un cartón de leche de un supermercado. Le di esa leche, calentándola antes en mi propia boca y nadie me miró, o si alguien lo hizo no le importó. Y lloré. Dios mío, ésa es la única vez que he robado..., ese domingo, en esa ciudad vuestra. Han pasado algo más de diez años y no he vuelto a poner el pie en ella. Dicen que los caminos del Señor son misteriosos. Yo

quería traer a casa una joya y encontré una... la última criatura inocente que había entre toda esa corrupción. La metí dentro de mi camisa y la llevé hasta la estación del autobús y luego hasta Flemington. Cuando entré en casa estaba prácticamente muerta pero yo sabía que mi madre la curaría hasta sanarla.

—¿Y lo hizo? —dijo Carol dejando su tenedor sobre la mesa.

—La madre de Sarr puede hacerlo todo —dijo Deborah, trayendo más ensalada—. Posee el don de curar.

—No lo voy a negar —dijo él—. Si lo desea, puede hacer que las cosas vivan y crezcan.

—Así que, después de todo, el final fue feliz —dijo Carol con alivio-. ¿Y...?

—¿No lo has adivinado?

Sarr se agachó y puso a «Bwada» en su regazo. Con las uñas hundidas en la pernera del pantalón y las orejas echadas hacia atrás, la gata parecía sólo un animal gordo, malhumorado y peligroso pero, apenas Sarr empezó a rascar su pelaje gris, entrecerró los ojos con aire satisfecho y se aposentó confiadamente en su regazo con un ronroneo casi inaudible. Todos le miraron sonriendo, incluso Deborah parecía complacida pese a haber oído la historia antes y no apreciar demasiado a «Bwada», la única de los siete animales que pertenecía a Sarr. Pero él no compartía su satisfacción. Perdido en sus ensueños, estaba ahora a muchos kilómetros y años de distancia, recordando el ronroneo de «Bwada», el susurro del viento corriendo bajo un helado cielo grisáceo a través de ese desolado círculo de árboles; y a medida que el ronroneo fue haciéndose más fuerte, como si le avisara de algo, oyendo de nuevo la extraña tonadilla del anciano.

«Me encuentro entre locos —pensaba Freirs—, ¡Todos están locos! Cada vez que alguien se tira un pedo piensan que es Dios dándoles una señal.» Durante todo el relato había estado observando el rostro de Carol, que lo había oído con arrebatada atención y en ciertos puntos (cada vez que Porothe rezaba o invocaba al Señor) con ojos francamente arrobados. Pero quizá no fuese Dios la causa de ello, quizá fuese Porothe.

«Bien, ¿qué esperabas? Es mucho más alto que yo y está en mucha mejor forma y esa voz ronca y sensual suya les debe recordar a todas cuando su papi las arropaba en la cama.»

Se preguntó si Porothe hablaría tanto cada vez que había una mujer nueva por los alrededores, aunque quizá fuera el vino; ese brebaje casero había resultado sorprendentemente fuerte. Aún sentía la cabeza algo torpe... Y, naturalmente, estaba esa tristeza que poseía, la melancolía, ese... algo. Freirs sabía por experiencia que a las mujeres parecía gustarles aunque fuera tan fácil equivocarse y confundirla con una auténtica profundidad de espíritu. «Quizá todo ha sido una mala idea, quizá nunca debí pedirle que viniera. Está claro que aquí es el amo y éste es su mundo.»

—No, no lo niego —estaba diciéndole a Carol—, sigo sintiendo la atracción de las luces pero ahora soy más sabio (ya sé que suena orgulloso pero es cierto) y sé qué camino debo seguir. Debemos abandonar los senderos del hombre y de la ciudad: la corrupción, la ociosidad, el amor a las ganancias mundanas. También tú deberías hacerlo y volver a las únicas cosas que perduran: la tierra..., y Dios.

«¡Bastardo! ¡Está usando a Dios para camelar a mi chica!»

—No digo que esto sea fácil para mí y para Deborah y tampoco digo que tengamos gran cosa aparte de montones de trabajo. Pero vivimos como lo desea el Señor, como la gente en la Biblia. —Porothe extendió las manos abarcando la cocina, la granja y todo su entorno—. Nuestra única meta en realidad es seguir lo que dijo el profeta: «No os apartéis de su sendero y mirad, preguntando dónde está el viejo camino, pues ése es el bueno y el que debéis seguir.»

—Sí, eso es de Jeremías —dijo Carol asintiendo como si le entendiera—. Hoy he oído pasajes suyos en la radio. Parece ser muy importante por aquí.

Eso a Deborah pareció resultarle irresistiblemente divertido pero no a Sarr.

—Es el profeta de nuestra secta —les explicó.

—Buena cosa —dijo Freirs—. A veces creo que sólo por eso se le permite a un incrédulo como yo seguir aquí..., porque les gusta mi nombre.

Carol no pareció oírle; tenía los ojos clavados en Sarr.

—Lo que no entiendo —dijo—, es dónde habéis escondido vuestra iglesia. Recorrí toda Gilead con el coche y no vi ni una.

—Oh, no vamos a la iglesia —dijo Deborah poniéndose en pie—. Celebramos nuestras reuniones en las casas de los Hermanos. Este mes tendremos una aquí y seréis bienvenidos si queréis echar una mirada.

—Seguimos los Evangelios —añadió Sarr—. «Donde os reunáis dos o tres de vosotros en mi nombre, allí estaré con vosotros.»

—Ya veo —dijo Carol—. Mateo, ¿verdad?

—¡Eh, muy buena! —dijo Freirs sorprendido.

Carol pareció ligeramente incómoda.

—¿No te lo dije? Fui doce años a la escuela parroquial.

—¿En serio? —dijo él abriendo mucho los ojos—. Sabía que eras católica y todo eso, pero..., bien, supongo que me parecías sólo una linda muchacha criada a base de cereales y procedente de alguna escuelita de ladrillo rojo entre los campos.

Intentó recordar si había dicho algo sobre la escuela parroquial en la cena de la semana anterior. Probablemente él había hablado tanto que no le dio la ocasión.

—Jeremy, hay muchas cosas de mí que desconoces. —Carol se volvió hacia Sarr—. Mira, puede que veamos ciertas cosas de un modo distinto, pero también yo he intentado vivir siguiendo el camino del Señor.

Freirs les contempló con cierta amargura. «Parece que hablen cada día con Dios —pensó—. Pero no estoy muy seguro de que me gustara encontrar al Dios de Sarr una noche oscura.» Se apoyó en el respaldo de su silla y miró por la ventana que había sobre el fregadero. La noche era realmente oscura: la luna parecía oculta tras una nube y sólo una franja pálida sobre los árboles indicaba su presencia. Recordó una línea de un poema: «En la granja, la oscuridad vence». Aunque, sin duda, los Hermanos dirían que esta oscuridad era la oscuridad de Dios. Deborah estaba recogiendo los platos de la ensalada; los Porothe comían al estilo europeo, justo antes de los postres.

—Eh —dijo ella, dándole un leve codazo en el hombro—, vuelve con nosotros. Me ha costado mucho preparar lo que viene ahora.—Resultó ser un humeante budín que había

estado casi tres horas en el horno. Estaba hecho con maíz y melaza recubiertos con crema fresca procedente de la lechería de los Verdock—. Bien, Carol —dijo—, espero desde luego que no tengas objeciones contra esto.

—Ni la más mínima —dijo Carol, contemplando con los ojos muy abiertos como Deborah les iba sirviendo generosas raciones—. ¡Dios, no sé cómo podéis comer tanto!

—Aún intento averiguar cómo se mantienen tan flacos —asintió Freirs con aire miserable.

—¡Tengo que vigilarle como un ave de presa! —dijo Deborah riendo—. Si le dejara se comería hasta el plato.

—Ya me lo advirtieron cuando me casé contigo —dijo Porothe lamiendo pensativo la cuchara hasta dejarla limpia. Alzó los ojos y añadió—: Dijeron: «¡Sarr, esa mujer de Sidon te matará de hambre!». —Había afecto en su mirada—. Pero la verdad es que trabajamos muy duro, tanto ella como yo, cada día y siete días a la semana. Eso impide engordar. No creemos en quedarnos sentaditos sobre el trasero.

Hubo un instante de silencio y Freirs decidió que eso iba por él. «No te piques.»

—Oh, el trabajo físico supongo que está bien, si tiene esos efectos. Pero como el filósofo le dijo al granjero: «Señor, mientras alimentáis vuestros cerdos le hacéis pasar hambre a vuestra mente». —Miró de soslayo a Carol buscando su aprobación y la vio sonreír; quizá la noche aún pudiera salvarse—. Por cierto, ¿te he hablado de mis ejercicios? —Mientras Deborah quitaba la garrafa y dejaba en la mesa el vino de Rosie, se lanzó a describirle su rutina diaria: las flexiones, el levantamiento de pesos, los ejercicios de espalda—. También he estado corriendo un poco: esto es mucho más interesante que la ciudad y nadie te molesta. Puede que explore el sendero en la otra dirección, o que vaya a las colinas...

Se oía a sí mismo parloteando volublemente, la típica conversación neoyorquina. Pero debía de haberse excedido un poco pues Carol estaba de nuevo mirando a Sarr, que había permanecido callado y serio todo el rato. «Comparten algo que yo no puedo tocar», pensó. Deborah le miró sonriendo con simpatía.

—Me parece estupendo —dijo—, mucho más divertido que lavar platos.

Se levantó y empezó a recoger los cuencos. Carol pareció despertar con una sacudida.

—Oh, ¿me dejas que te eche una mano?

—¡No pienso negarme! —Deborah le lanzó un trapo—. Puedes irlos secando.

Ni Porothe ni Freirs hicieron el gesto de ayudarlas. Freirs lo había hecho unas noches antes y su oferta fue cortésmente rechazada por Deborah diciendo que eso era «cosa de mujeres». Le sorprendió oírsele decir pero no insistió: si tanto le gustaban las tradiciones no iba a ser él quien la disuadiera de seguir las. Aprovechó la oportunidad de estar a solas con Sarr. Metió la mano en el bolsillo y sacó un billete de diez dólares.

—Por la cena de esta noche —dijo en voz baja—. Muchas gracias. Fue magnífica. —Porothe sonrió distraídamente y meneó la cabeza, sin ni tan siquiera mirar el dinero—. Venga —insistió Freirs—, acéptalo. Es por Carol; la verdad... es mi invitada, no la vuestra.

Porothe no pareció entender su insinuación y, de hecho, a Freirs le pareció que estaba dolido. Quizá esa noche había estado hablando con mucha más sinceridad de lo que Freirs

había creído.

—Guarda tu dinero, Jeremy —dijo hablando también en voz baja—. Ya sé que tu intención es buena pero no puedo aceptarlo. Nuestra hospitalidad es para todos y tu invitada es también nuestra. La verdad es que ya me duele cada centavo que he aceptado de tu dinero. Me gusta pensar que eres un invitado y me gustaría tratarte como se merece un invitado.

«¡Maldición, típico de los cristianos! —pensó Freirs—. Justo cuando has decidido odiarles a muerte, van y se las arreglan para hacerte sentir culpable.»

Mientras estaba secándose las manos, Carol bostezó y se dio cuenta de lo realmente agotada que estaba. Probablemente se quedaría dormida apenas pusiera la cabeza en la almohada. Eso le recordó el regalo de Jeremy y el libro. El anciano le había recalcado que debía leerlo antes de dormir y seguramente ese momento no tardaría mucho en llegar. Se volvió hacia Deborah, aún ocupada fregando.

—Voy arriba un momento —dijo bajando la voz, aunque los hombres seguían hablando en la mesa—. Un amigo mío me dio un regalito para Jeremy. —Al salir de la cocina vio como éste la miraba. Parecía preocupado, temiendo probablemente que no volviera a bajar—. En seguida estoy de vuelta —dijo al pasar junto a ellos.

La salita tenía un techo bajo y el mobiliario era sencillo, madera de roble, agrupado alrededor de una alfombra hecha a mano. Junto a un banquito de madera había varios aperos de labranza tirados en el suelo y de aspecto no muy limpio, con partes del metal brillando y otras oxidadas, como si el pulir las herramientas fuera el modo habitual de pasar el rato después de la cena. Al lado de la escalera se alzaba el reloj de pared cuyo tictac, cuando no había otros ruidos, podía oírse en toda la casa, y en el otro rincón había un pequeño escritorio de madera con un polvoriento estante lleno de libros, muchos de ellos textos universitarios; Carol vio un *Fundamentos del cambio social* y un volumen de poesías; por su posición estaba claro que no solían leerse pero también resultaba claro que Porothe no había logrado aún decidirse a tirarlos o guardarlos en el sótano. Quizá fueran una fuente de orgullo... o de tentaciones.

En la otra pared había un escobón y unas tenazas de hierro apoyadas en la chimenea. La estancia olía a madera y aceite de limón y, más levemente, a carbón de leña; aunque la chimenea debía de llevar algún tiempo vacía, obviamente se había usado mucho durante el invierno. Carol se acercó y, poniéndose de puntillas, leyó la tosca placa de madera que colgaba sobre la chimenea, con una frase de alguien llamado Cowley grabada a fuego: «El arado que labra los campos es la más honrosa de todas las armas.» Bajo ella había una guirnalda de flores secas, un grupo de gatos de porcelana, varios de ellos incompletos, y una de esas casitas de madera para indicar el tiempo, con el hombrecillo asomándose. Se parecía bastante a Sarr. Cogió una lamparilla encendida que estaba sobre la mesa y subió rápidamente los peldaños. A su luz vacilante, el Hombre de la Luna la contempló benignamente desde la pared mientras hurgaba en la bolsa de viaje buscando el paquete y el libro. En el exterior, la auténtica luna se ocultaba tras una nube. Apretó el rostro contra el cristal intentando distinguir el cobertizo y el granero; era difícil verlos, ya no se acordaba de lo oscuro que era el campo después del ocaso. Jeremy estaría allí, solo, esta

noche... Bueno, era algo imposible de evitar, pues no osaba ofender a los Poroth reuniéndose furtivamente con él y no se le ocurría un pretexto para hacerlo abiertamente. Además, estaba demasiado cansada para pensar en acostarse con él: el viaje, el vino, las tensiones de esa estúpida conversación... Había sentido clavados en ella durante toda la noche los ojos de Sarr y, al menos por un instante, le pareció ser la mujer más deseable de la habitación. De pronto Jeremy le había parecido demasiado brusco e insistente.

Pero de hecho, se había decidido ya esa tarde nada más ver el horrible edificio de ladrillos grises en el que vivía. Era feo incluso como gallinero y le recordaba un cuartel abandonado por el ejército. Claro que Jeremy había intentado arreglarlo un poco (las mantas dobladas, los muebles limpios, los libros bien ordenados) pero en cierto modo, eso no hacía sino volverlo más deprimente. El jarrón de rosas junto al lecho no lograba ocultar el omnipresente olor a moho (arrugó la nariz al recordarlo) y los restos del insecticida y en el exterior un grupo de árboles que arrojaban sombras sobre su almohada le habían parecido espectadores aguardando un sacrificio. Prefería pasar la noche en la granja.

Los dos hombres seguían sentados a la mesa, Sarr jugueteando con una vieja pipa mientras que Deborah acababa de limpiar la cocina. Los Poroth parecían cansados aunque Jeremy estaba tan vivaz y hablador como siempre. Bueno, no como siempre; antes se había dado cuenta de que ya no balanceaba la pierna bajo la mesa como hacía incesante y nerviosamente en la ciudad. Al menos el campo estaba teniendo algún efecto.

—... o ese pasaje de Butler —decía... ¡Dios, nunca era capaz de parar!—, sobre cómo prefería comprar leche a tener una vaca. Y, la verdad, tiene algo de cierto. Por ejemplo, yo prefiero alquilar una habitación a tener toda una casa.

—Por otro lado —dijo Deborah riendo—, apuesto que prefieres tener una esposa a... Cuando Carol entró todos la miraron.

—Jeremy —dijo ella sonriéndole—, quiero que sepas que no he venido con las manos vacías. De hecho, tengo dos cosas para darte: el libro que querías —con burlona solemnidad lo dejó sobre la mesa ante él—, y que según mis instrucciones debes abrir al irte a la cama, y este regalo de Rosie —lo dejó junto al libro—, que debes abrir ahora.

—¡Oh, Jeremy, qué suerte tienes! —dijo Deborah acercándose a la mesa. Pasó los dedos sobre los dibujos de la tapa—. En esos días sabían hacer cosas bellas.

—¿Qué libro es? —dijo Sarr, sin hacer el gesto de tocarlo.

—Oh, ya me acuerdo —dijo Freirs, desenvolviendo el otro paquete—. Son relatos. Hay un par de cosas en él que necesito para mi proyecto.

—Lo tomé prestado de Voorhis —dijo Carol—. Debo devolverlo mañana.

Deborah cogió el libro y examinó su lomo.

—Ah, ya veo, es de una biblioteca. *La Casa de las Almas*. —Miró a Freirs y le sonrió—. ¡Desde luego tiene aspecto de poderte enviar a la tierra de los sueños!

Freirs había deshecho el paquete y examinaba el estuchito que contenía.

—Dynnod —leyó, descifrando las retorcidas letras doradas, y luego abrió la tapa—. Hmmm, parece una especie de baraja.

—Rosie dice que son como el tarot —le explicó Carol atisbando sobre su hombro; no había visto las cartas antes—. En galés «dynnod» quiere decir «imágenes», según me contó Rosie. Se supone que corresponden a las veintidós..., ¿cómo se llaman?..., bueno, las cartas.

—Los Grandes Arcanos —dijo Sarr y todos le miraron.

—¿Sabes qué son, cariño? —dijo Deborah.

—Sí, conozco el tarot. Pero éste no. —Las contempló con cierta inquietud. La primera carta representaba un rostro redondo de color amarillo con las palabras «El Sol»—. Al menos, no estoy seguro; tendría que verlas.

—Sarr ha leído más libros antiguos raros que cualquiera —dijo Deborah sentándose a su lado—. Sabe al menos tanto como su madre. —Sarr sacudió la cabeza—. Pues yo apuesto a que sí, cariño. Sencillamente, ella se las arregla sin leer.

—Nunca las había oído mencionar —dijo Freirs, que había estado examinando el estuchito—. Pues en la etiqueta no dice «Gales». Dice: «Fabricado en los EE.UU., Crystal Novelty Co., Cranston, R. I. Instrucciones incluidas». Pero no parece haber ninguna instrucción.

Les enseñó el estuchito vacío.

—¡Vaya, qué lata! —protestó Carol—. ¿No dice nada en el otro lado?

Freirs le dio la vuelta.

—No. Sólo dice: «Para juegos únicamente». —Cogió la baraja y sacó la primera carta; la de abajo mostraba un cuarto de luna—. Supongo que eso querrá decir que no deben usarse para apostar.

—Bueno, claro que no —dijo Carol—. Son para predecir la suerte. ¿Verdad, Sarr?

—Quizá. —Sarr se encogió de hombros—. ¿Qué dijo tu amigo?

—¿Rosie? Nada. Pero el tarot es para eso, ¿no?

Tomó asiento y cogió la carta con la luna. El pálido cuarto creciente no tenía ningún rostro dibujado y el telón de fondo era un cielo purpúreo. Entre sus dos puntas brillaba una estrella.

—Pero un tarot tiene setenta y ocho cartas —dijo Sarr lentamente—. Éste sólo tiene... ¿dijiste veintidós?

—Veamos.

Freirs empezó a contarlas y a cada una, Carol iba leyendo su título.

—El Sol. —Carol pensó que el rostro era misterioso y cruel..., nada apropiado para un sol, en todo caso—. La Luna.

—Fijaos dónde está esa estrella —dijo Deborah—. Es imposible, ¿no?

—Hay algo parecido en el *Viejo Marinero* de Coleridge —dijo Freirs, musitando un «dos» para sí—. En un momento alza la vista y eso es lo que encuentra.

—Pero no es natural...

No se supone que lo sea.

—El Libro.

—Vaya, pero si se parece a este libro —dijo Deborah, señalando con el dedo *La Casa de las Almas*.

El libro de la carta era muy grueso y de un feo color mostaza, careciendo de título visible.

—El Pájaro.

Una grácil figura blanca con un manchón rojo en el pecho.

—Los Vigilantes.

—Son sólo unos gatitos —dijo Deborah.

Carol la estudió durante unos instantes.

—Hmmm, tienes razón. Me pregunto por qué le darán ese nombre.

—La Mariposa —dijo Freirs enseñando la siguiente carta.

Parecía más bien como dos hojas pegadas, decidió Carol. No le gustaba mucho el extraño regalo de Rosie (que, en cierto modo, era también su regalo). Las ilustraciones no eran muy bonitas y recordaban más bien apagadas litografías y, de todos modos, ¿de qué servían si se habían olvidado de incluir las instrucciones?

—La Vara. —Negra como el ébano, e igual de brillante.

—Qué extraño —dijo Freirs—, parece tener agujeros en el lado.

—El...Dhol.

—¿El qué?

Deborah se acercó para ver mejor la carta y Sarr la contempló con aire suspicaz. El objeto dibujado era de un sucio color negro y tenía cuatro patas; su aspecto, maltrecho y como a medio formar, recordaba un ratón de *papier mâché*.

—Debe de estar mal impreso —dijo Carol—. Será topo, quizá.

—Bueno, cariño, puede que luego se aclare su significado.

—La Serpiente. —Una cosa pálida y con forma de serpiente. Qué raro, pensó Carol; había esperado ver un típico dragón rojo galés—. El Montículo... Los Amantes. —Un hombre y una mujer sonriendo—. El Ojo. —Un ojo solitario perdido entre el ramaje de un árbol—. La Rosa. —Era difícil decidir la razón de que la imagen resultase tan inquietante, pensó Carol. Quizá fuese por la hilera interna de pétalos con espinas que se parecían mucho a unos dientes—. El Matrimonio. —Qué extraño, la criatura que había junto a la mujer recordaba un poco a la criatura con aspecto de topo o ratón de la carta anterior. El Estanque. —Rodeado de una verde espesura... —. El Árbol.

—Es la misma que vimos antes —dijo Deborah—. Es «El Ojo».

—Tienes razón —dijo Carol, más decepcionada que nunca—. Debe de ser otro error de impresión. —La baraja se salía de lo acostumbrado, cierto, pero obviamente era bastante barata. Freirs cogió otra carta—. Hmmm, ésta ni tan siquiera tiene título.

En la carta había un sencillo dibujo con tres círculos concéntricos cruzados por una línea roja vertical.

—Quizá sea como el joker en la baraja de póquer —dijo Freirs y cogió otra.

—Primavera. —En la carta había un paisaje totalmente dibujado con líneas blancas—. Qué extraño... Se supone que el blanco es para el invierno. Verano. —Un paisaje completamente verde—. Otoño. —Rojo—. Invierno. —La imagen era totalmente negra, como la tierra calcinada por un fuego.

—Aquí está la última —dijo Freirs—. Veintidós.

—El Huevo. —Carol torció el gesto—. ¿Se supone que es una broma?

La imagen representaba el globo terráqueo con los familiares contornos de los continentes.

—Bueno —dijo Freirs como intentando alegrarles—, tu amigo Rosie hace regalos fuera de lo normal, tendré que escribirle una bonita nota de agradecimiento. —Juntó de nuevo las cartas en un mazo, dejando primero la del sol. El rostro amarillo parecía

contemplar el techo—. Una mirada vacía e implacable como la del sol —dijo Freirs—. ¿Alguien desea que le digan su destino? No tengo ni la menor idea de su significado pero siempre puedo improvisar algo.

—Para mí no, gracias —dijo Carol—. Después de tanto conducir estoy realmente agotada. —Echó su silla hacia atrás y se levantó. ¡Dios, realmente estaba agotada!—. Y creo que también he bebido demasiado: será mejor que me vaya a la cama. —Vio cómo la sonrisa de Jeremy se esfumaba.

—Nosotros también estamos bastante cansados —dijo Sarr—. Subiremos en seguida.

—Y no te olvides —dijo Carol, sintiéndose incómoda y tendiéndole el libro amarillo a Jeremy, como intentando animarle—. Tengo que llevármelo mañana.

Jeremy se quedó mirando el libro con aire miserable, como si fuera su sentencia de muerte.

—Oh, sí. Gracias.

Ni siquiera la miró.

—Bueno, entonces... —Volvió a desearles buenas noches y, en un impulso repentino, se inclinó sobre Jeremy besándole en el cuello, preguntándose al hacerlo qué pensaría él y, peor aún, qué pensaría Sarr. «¡Tonterías, ni siquiera ellos pueden ser tan severos!» Al volverse sintió los ojos de Sarr clavados en ella pero no logró descifrar su expresión. Jeremy, sin embargo, no presentaba enigma alguno. Al llegar a su dormitorio, miró por la ventana y le vio salir de la cocina y cruzar la hierba arrastrando los pies, con el libro bajo el brazo. Por un instante su silueta fue visible a la luz de la cocina y luego la noche le envolvió como un sudario.

De no haber tomado Rochelle ese segundo vaso de vino y haberse fumado los restos del porro, quizá hubiera prestado más atención al encontrarse por segunda vez en la misma semana con que la cerradura de la calle estaba rota. La puerta se abrió al tocarla y se cerró detrás de ella con un eco metálico que resonó en todo el vestíbulo. La luz era aún más tenue de lo que ella recordaba; faltaban dos bombillas al final del vestíbulo (robadas, probablemente) y el pasillo que llevaba al ascensor estaba oscuro. Pero era muy tarde y su estado no le permitía hacer caso de tales detalles; encogiéndose de hombros, como si intentara apartar las tinieblas, entró en el vestíbulo y avanzó hacia el ascensor.

Tenía la sensación de haber sido timada. Buddy no había aparecido y no había logrado llamarle por teléfono. La fiesta había resultado agradable pese a su ausencia (conocía a la mayoría de los asistentes y le había dado su número de teléfono a uno de los amigos del anfitrión que se había pasado la noche mirándola y con el que había terminado charlando) pero luego, regresando a casa en el taxi, había vuelto a deprimirse, abrumada por una indefinible sensación de haber sido traicionada. Carol se había ido todo el fin de semana, nerviosísima por un tipo con el que ni siquiera se había acostado y por primera vez en meses ella y Buddy habrían podido tener el piso para ellos solos, sin necesidad de esconderse delante de Carol o de soportar su envidia de solitaria. Y en vez de eso, volvía sola a casa; tenía la impresión de que había malgastado la noche.

La farola del portal llevaba casi una semana fundida y la luna se había ocultado hacía ya rato detrás de los tejados. Aún tenía la mente algo embotada por el alcohol; había

bajado torpemente del taxi, después de darle una propina excesiva al conductor, golpeándose la rodilla con la portezuela. Se detuvo a mitad del vestíbulo para frotarse el golpe y siguió andando en la oscuridad. Algo pareció encogerse en su interior cuando recordó lo que la esperaba arriba, las habitaciones oscuras y silenciosas, el vacío junto al que iba a dormir. Giró hacia el ascensor y estuvo a punto de caerse al tropezar con algo informe que parecía un montón de harapos, ocultos por las sombras, junto a la pared. Musitó un juramento. Apenas tuviera el dinero suficiente se iría de esta sucia ratonera. Ya estaba harta de ver siempre basura en la escalera. Cuando abrió la maltrecha puerta metálica del ascensor el montón de harapos se puso en pie y la siguió.

Rochelle se volvió, emergiendo de su estupor alcohólico, para encontrar junto a ella una vieja flaca y marchita, sucia y tan encorvada que su espalda parecía a punto de romperse. También su rostro parecía doblado, como si lo torciese para no verla, por miedo o por respeto, pero a la luz de la solitaria bombilla que colgaba del techo Rochelle distinguió una hirsuta masa de pelos y una piel llena de pálidos surcos y dos manos rechonchas que parecían cerradas en un gesto de plegaria. Las manos fueron lo que más la inquietó. Apretó el botón de su piso y retrocedió un poco. La puerta metálica se cerró.

—¿Vive aquí? —se oyó preguntar. Su voz parecía raspar las paredes metálicas.

La vieja no le contestó pero cuando el ascensor arrancó con una sacudida algo se removió dentro de los harapos.

—¡Le he hecho una pregunta! —gritó Rochelle—. Si no vive aquí...

Boquiabierta, vio como la figura se volvía hacia ella y empezaba a erguirse. En el techo, con un *plap* casi audible, la bombilla pestañeó y luego se fundió. Tuvo tiempo para lanzar un grito fugaz y desesperado que despertó ecos en la negrura del ascensor... y luego las rechonchas manitas se cerraron sobre su cuello.

El canto de los grillos llenaba la noche, como una vasta maquinaria carente de cerebro que girase y girase eternamente. Las luciérnagas brillaban sobre la hierba y los murciélagos revoloteaban bajo los aleros del granero. Iluminadas por la ventana de la cocina las ramas del manzano parecían relucir entre la oscuridad. Freirs miró tristemente el cielo, preguntándose, ahora que ya era demasiado tarde, si habría debido pedirle a Carol que saliese a dar un paseo. Pero no hacía buen tiempo para pasear: la noche era demasiado oscura y poco acogedora, la luna se escondía detrás de las nubes. De todos modos, habría sido un truco demasiado evidente y la humillación si le hubiera rechazado habría sido excesiva. No, no había nada que hacer o decir delante de los Porothe. Invitarla a dar un paseo habría sido casi como suplicarle de rodillas... Meditando sobre el significado del breve y condescendiente beso que le había dado en el cuello, Freirs volvió a su cuarto.

No pensaba escribir esta noche. Supongo que me había imaginado a Carol tendida a mi lado durante toda la noche... En vez de eso, ella está ahora en la granja, a punto de dormir el sueño de los justos en ese asfixiante cuartito mientras que yo estoy aquí, garabateando líneas en este maldito diario para pasar la noche, intentando extraviarme en los dudosos consuelos de la prosa. Probablemente todo es culpa mía. Supongo que no se atrevió a hacer nada delante de los Porothe y yo no la animé bastante; quizá realmente

estaba cansada... Si hubiera actuado con más firmeza, si no me hubiera portado de un modo tan condenadamente caballeresco, ahora estaría aquí conmigo. Cómo deseo que no tuviera que volver a la ciudad mañana... Además tengo dolor de cabeza, sin duda gracias al vino de Rosie. Maldición.

Desahogó su ira en los insectos. Durante casi una hora recorrió su habitación, con el aerosol de insecticida en la mano, buscando sus escondrijos. Pero cada vez que recorría la habitación (las esquinas del techo, las rendijas alrededor de las ventanas, las grietas de la pared) encontraba siempre nuevos ejemplares; no había forma de mantenerlos fuera del cuarto. Cada vez que veía uno lo fulminaba con el aerosol. Las arañas se enroscaban formando una bola, como hombres desesperados agarrándose las rodillas con las manos; quizá le hubieran dado pena de no ser por sus velludas patas marrones y sus crueles ojillos. Mató algunos enormes escarabajos que se aferraban a las rejillas intentando abrirse paso por ellas; convulsos e irritados perdían presa y caían al suelo. Observó atentamente a muchos ciempiés morderse la cola y morir, vio como se retorcían las gordas orugas. Pero a las mariposas y las polillas no las mataba (parecían demasiado vulnerables y llenas de esperanza, casi como seres humanos, luchando por acercarse a la luz que brillaba al otro lado de las persianas, sus pálidos cuerpos destacando entre la oscuridad), a menos que fueran demasiado ruidosas en sus evoluciones.

Sólo le gustaban las luciérnagas. Cuando mató unas cuantas por error y las vio morir agarrándose a un alambre sintió pena. Rociadas por el insecticida su luz parecía brillar con más fuerza y su frío destello no se apagaba: seguía brillando y brillando demasiado tiempo hasta que finalmente se esfumaba. «Es el único modo de distinguirlas —decidió—. Las muertas no se encienden y se apagan.» Y en ese momento empezó el cántico, cruzando débilmente la noche desde la granja de los Porothe. Ya les había oído cantar sus himnos antes: sus devociones nocturnas, así las llamaban. Pero nunca les había oído cantar tan tarde y jamás con tal intensidad y emoción. «Estarán expiando esos dos vasos de vino —pensó—. ¡Vaya gran pecado!»

*La gracia maravillosa de nuestro amantísimo Señor,
la gracia que redime nuestros pecados y culpas,
la que fluyó en el monte del Calvario
donde se derramó la sangre del cordero.*

Habrían enrollado la alfombra y estarían de rodillas sobre los tablones, observados por algunos gatos, con las manos juntas y los ojos fuertemente cerrados, como si buscasen algo que estaba en el interior de sus cráneos.

*Negra es la mácula que no podemos ocultar,
¿qué habrá capaz de lavarla?*

Sus voces subieron de tono a medida que la emoción del cántico les invadía.

*¡Mirad! Ahí fluye una marea escarlata;
hoy más blancos que la nieve podréis ser.*

Durante un segundo Sarr pensó en Carol, en la habitación contigua, en su cabello rojo derramándose sobre la blanca almohada.

*Gracia, gracia, la gracia de Dios,
la gracia que perdona y limpia al ser.*

Puso toda su alma en el himno, alzando la voz para recobrar lo que había perdido.

*Gracia, gracia, la gracia de Dios,
la gracia que vence todos nuestros pecados.*

Cuando empezaron a cantar Carol estaba casi dormida. Se incorporó en el lecho pero estaba demasiado cansada (era extraño que no pudiera recordar la última vez que había estado tan cansada) y unos instantes después volvió a hundirse en la negrura, incorporando las palabras del himno a sus propios sueños.

*Hay días tan oscuros que en vano busco
el rostro de mi Amigo en lo alto...*

El rostro de Jeremy..., el de Sarr, sus ojos oscuros y penetrantes... Una cosa oscura observándola desde un árbol. Despertó sobresaltada, pensó un segundo en el Dynnod y volvió a dormirse.

*Mas aunque las tinieblas lo oculten
Él está ahí para guiarme
con su mano y con su amor.*

Y en el sueño la mano de Sarr, la de Jeremy y la de Dios estaban sobre ella.

La habitación olía débilmente a insecticida. Finalmente dejó el aerosol a un lado y, sentado en la cama, se dedicó a escuchar las voces que llegaban de la granja.

Le hacían sentirse aún más solitario: todos estaban allí, en la granja, mientras que él estaba aquí solo, exiliado hasta el amanecer. Se preguntó si Carol estaría cantando con ellos. No lo creía aunque fuera difícil distinguir una sola voz en el cántico; probablemente ya estaría en la cama. «Me pregunto si estará pensando en mí. Daría cualquier cosa por estar ahí con ella...» De pronto, el cántico se detuvo. Imaginó a los Porothe metiéndose en la cama y envidió el calor familiar de sus cuerpos uno junto al otro con el colchón cediendo suavemente bajo su peso. Ahora todo estaba silencioso salvo por los grillos.

Por desgracia no estaba demasiado cansado. De hecho, tenía los nervios de punta y el efecto soporífero del vino ya se había desvanecido. Quizá una breve inmersión en otra

mente tuviera buenos resultados. Se desnudó y se puso el albornoz. Buscando algún libro que leer sus ojos se posaron en las gastadas tapas amarillas del libro que Carol había traído. Fue al escritorio buscando los datos que poseía sobre su autor. Machen era hijo de un sacerdote gales que se trasladó a Londres viviendo allí solo muchos años, a punto de morir de hambre, acosado por imágenes fantásticas sobre extraños ritos paganos y anhelando las verdes colinas que había abandonado. Lovecraft, en su ensayo sobre la literatura fantástica, le dedicaba grandes alabanzas.

Freirs pasó rápidamente las amarillentas páginas buscando el relato que el viejo le había recomendado, «El pueblo blanco». Estaba aproximadamente a mitad del libro y las páginas parecieron abrirse por sí solas en él. Alguien (quizá Rosie en persona, ¿no había estado garabateando algo ese mismo día?) había escrito con lápiz encima del título: *Efectivo sólo si se lee bajo la luna*. Una pena que esta noche hubiera tantas nubes; habría valido la pena intentarlo. Sólo para divertirse, claro. Hizo el experimento de apagar la lamparilla y, sorprendentemente, la luz de la luna inundó el cuarto, derramándose sobre la cama y estriando el suelo con un resplandor mucho más fuerte del que hubiera podido imaginar aunque dejando en sombras su escritorio. Miró por la ventana y vio que el cielo se estaba despejando. Se puso en pie y se instaló en la cama dejando el libro en el alféizar. Descubrió que, forzando la vista, podía leer y pensó que sería divertido pasar el rato de ese modo. Quizá terminara durmiéndose... Sosteniendo el libro con las manos, empezó a leer.

Sus ojos bailaban como insectos sobre las líneas pero tenía la impresión de que se habían helado, como si ya no estuviera leyendo y fueran esas líneas las que le leyeran a él, arrastrado por ellas como el escarabajo que había visto debatiéndose en la rápida corriente, arrastrado por el arroyo hacia sabe Dios qué rompientes... El prólogo del relato, un obvio truco literario, le había confundido con todas sus elevadas disquisiciones sobre el alma humana y el significado del pecado y ni siquiera sabía exactamente cuál era el escenario de la historia..., sólo estaba seguro de que era en el campo, en una enorme mansión cerca del bosque lleno de lugares secretos, colinas, estanques y arboledas perdidas. Pero la parte básica de la historia, los extractos del cuaderno de notas de la muchacha, era absolutamente irresistible, como si esas palabras se dirigieran directamente a él pronunciadas por una voz atronadora.

«Contemplé la secreta oscuridad del valle y detrás de mí se hallaba el gran muro de hierba y rodeándome los espesos bosques que hacían del valle un lugar de ocultos secretos...»

No podía leer lo bastante rápido para calmar su impaciencia; la atmósfera de éxtasis pagano, los ritos que es imposible atreverse a describir, los diminutos rostros malévolos asomando entre hojas y sombras... Estaba seguro de que era el relato más convincente que jamás se había escrito y se encontró musitando las líneas a medida que las leía, las palabras cada vez más y más veloces...

«Sabía muy bien que estaba sola y nadie podía verme... Por lo tanto dije las palabras e hice los signos.»

Y al terminar estaba medio convencido de haber oído otra voz, más suave y vieja que

la suya, susurrando dentro de su cabeza una historia aún más extraña, una historia en una lengua que le parecía recordar confusamente. No tenía ni la menor idea del tiempo transcurrido, bien podría tratarse de días. Su cabeza aún daba vueltas, inundada de palabras, o quizá fuera sólo el esfuerzo de leer con una luz tan débil. Un par de moscas, atrapadas en la habitación en penumbra, se estrellaban incansables contra las persianas; los grillos zumbaban su eterna canción y las ranas croaban locamente junto al arroyo pero él ya no oía nada. Atrapado aún por el hechizo del relato se quitó el albornoz y salió andando lentamente de la habitación, abriendo la puerta para penetrar en la oscuridad.

Pero no estaba oscuro. Había entrado en una noche distinta que parecía brillar como un escenario. Cada roca era visible, cada hoja de hierba y cada objeto proyectaba una sombra. Las nubes habían sido enrolladas y el cielo se había abierto dejando brillar la luna con toda su potencia sobre el lugar. Una luz pálida parecía fluir del cielo revelando cosas que no habían sido creadas para que se las viera: el lado secreto y nocturno del planeta... Sintió la hierba mojada bajo sus pies y criaturas diminutas agitándose y cosas duras de bordes aguzados, pero siguió andando. Como un danzarín notaba algo que le atraía a través de la hierba, más allá de la granja y la hilera de oscuros rosales que bordeaban el edificio como centinelas. La casa, sus ventanas a oscuras, dormitaba bajo la luna, pero él seguía sintiendo la atracción que le llevaba hacia el arroyo ruidoso y burbujeante, más allá de la imponente forma del granero. Ahora la luna brillaba tanto que pudo ver su sombra flotando sobre la hierba, avanzando hacia el viejo sauce retorcido que crecía junto al granero. Y su propia sombra anhelaba unirse a la sombra del árbol y él, como un mero espectador, la vio seguir avanzando inexorablemente hacia las oscuras ramas y finalmente su sombra tocó esa otra sombra, fundiéndose con ella, dejándose absorber. Y, sin saber lo que hacía, Freirs siguió avanzando.

Deborah, asombrada, contuvo el aliento. Junto a ella dos gatos alzaron la cabeza contemplándola con curiosidad y volvieron a dormirse. Había estado dormida, pero la desaparición de las nubes y el brillo de la luna inundando repentinamente el cuarto la habían despertado. No había cortinas en las ventanas ya que los Hermanos no las apreciaban, pensando que era más correcto levantarse con el sol. Incapaz de volver a dormirse se incorporó en el lecho y miró distraídamente por la ventana, con la mente algo revuelta aún a causa del vino y las imágenes del Dynnod, para ver cómo de pronto se abría la puerta del cobertizo y Freirs salía por ella, su cuerpo desnudo y pálido sobre la hierba.

Su expresión era muy extraña, como absorta o preocupada. Le vio caminar alrededor de la granja y sintió la tensa emoción de una niña que ve algo que sabe no le está permitido presenciar. Aparte de su esposo no había visto un hombre desnudo desde... no podía recordar cuánto hacía de eso. Pero aquí, delante de ella, estaban las nalgas suaves y pálidas de Jeremy, sus muslos, su sexo... ¿Adonde iba a esas horas? «Ir a orinar —pensó—. Pero, ¿por qué camina tanto?» En ningún instante miró él hacia la ventana (aunque, de todos modos, no podría haberla visto, con lo oscuro que estaba y sin llevar gafas) y, con lo tarde que era, debía creer que no había nadie mirando. No estaba muy segura de la hora ya que el único reloj de la casa, el enorme reloj de péndulo que había heredado Sarr, estaba

en el piso de abajo, desde donde le llegaba su rítmico tictac, pero estaba bastante segura de que eran casi las doce. Freirs andaba muy despacio, como un sonámbulo. Quizá lo fuera, pensó, ya que le daban demasiado miedo todos esos bichos, gusanos, ciempiés, como para andar descalzo de ese modo, pero pese a todo, desapareciendo ya entre las sombras del granero.

Quizá debiera detenerle. Si estaba andando en sueños puede que corriera peligro. Bah, no parecía probable y, ¿por qué molestarle? Si llegaba a meterse en el bosque..., bueno, no se haría ningún daño; el Señor vigila a quienes duermen, y si empezaba a caminar por un terreno más árido sencillamente se despertaría. Pensó en llamarle por la ventana pero estaba ya demasiado excitada. Notaba como se le iba acelerando la respiración y de pronto cobró conciencia de que su mano, deslizándose bajo el camisón, iba camino de su pecho. Lanzó un leve suspiro y volvió a tenderse con deliberada brusquedad, esperando despertar a Sarr que dormía con el rostro hundido en la almohada. Sarr se removió agarrando más fuerte la almohada y siguió dormido. Deborah se acercó a él hasta notar el calor de su cuerpo. También él llevaba el camisón tradicional entre los Hermanos pero metiendo la mano bajo las sábanas notó que había resbalado por encima de su cintura y sus dedos acariciaron el contorno familiar de sus caderas deslizándose entre su vello suave y casi femenino. Con delicadeza pero con decisión cerró su mano sobre el pene de Sarr y éste, aún dormido, protestó en sueños volviéndose hacia ella, los ojos cerrados. Ella apretó un poco más y en un movimiento reflejo él pegó sus caderas a las de ella, pasando el brazo alrededor de su cuerpo y encontrando al fin sus pechos. Con mucho cuidado, intentando respirar en silencio y con lentitud, Deborah se deslizó sobre el cuerpo de Sarr.

Carol seguía durmiendo bajo el brillo de la luna, con un brazo tapándole los ojos. Su respiración regular se fue acelerando y, de pronto, su mano aferró las sábanas y un profundo estremecimiento recorrió su cuerpo como si tuviera fiebre. Tensó las piernas y luego volvió a doblarlas y su figura pareció hacerse más consistente, apretando el colchón como si, en sus sueños, rehuyera algo indeseable que se le aproximaba. Su boca articuló palabras silenciosas y sobre ella, bañadas por la pálida luz, las estampas infantiles parecieron clavar en ella sus ojos indiferentes.

Notó en las plantas de los pies la rugosa corteza y percibió vagamente que estaba trepando por el viejo tronco nudoso de sauce que crecía junto al granero. Las ramas se doblaron bajo su peso pero no se rompieron y Freirs siguió trepando, con el instinto infalible de una ardilla, como si lo hubiera hecho ya muchas veces antes y supiera exactamente dónde poner las manos y los pies. Llegó a las ramas más altas y avanzó por una de las más gruesas hasta que, en precario equilibrio, pasó al techo del granero justo antes de que la rama cediera, sintiendo bajo los dedos la madera húmeda. Siguió trepando, ahora bajo la luna, con su redondo rostro ante él, susurrándole: «Adelante, adelante». Cuando llegó al ápice del tejado se irguió lentamente, apoyando una pierna en cada vertiente: un pie hacia el este y el otro hacia el oeste, sentado a horcajadas sobre la línea central. La luna estaba tan cerca que casi podía tocarla. Freirs alzó las manos hacia ella.

Deborah le dio lentamente la vuelta a Sarr, aún dormido y, arrodillándose, montó sobre él. Cogió su miembro con las manos y lo deslizó dentro de ella.

Alzando las manos con un gesto de súplica Freirs sintió vagamente que estaba haciéndole gestos y muecas a la luna, invitaciones de tal obscenidad que nadie habría podido contemplarlas, invitaciones que nadie había visto antes ni vería después. Quizá alguna antigua fuerza estuviera controlándole pero no pensaba explicarle lo que hacía ni la razón de sus actos. El pasado y el futuro no existían, sólo sus movimientos eran reales. El suelo parecía muy lejano pero no tenía miedo de caer y desde esta altura el paisaje, la granja distante con sus diminutas ventanas negras como ojos, el cobertizo y el huerto parecían casi resplandecer bajo la luna, con los árboles rodeándoles como un negro océano.

Sarr despertó y sus ojos velados por el sueño miraron a Deborah, el rostro pálido, los ojos medio cerrados. Alargó la mano para acariciarla y le quitó el camisón dejando que sus opulentos senos quedaran libres. Rozó levemente con la lengua uno de sus oscuros pezones y primero despacio, luego más de prisa, Deborah empezó a moverse.

Freirs intentó tocar el rostro de la luna llena y alzó sus labios hacia ella y oyó que alguien le hablaba en susurros pronunciando palabras que nunca había oído antes y cuyo significado ignoraba, palabras que olvidó al instante. Bajo él las luciérnagas parecían estrellas fugaces y la niebla plateada flotaba sobre la hierba. Sintió el olor de las rosas y su boca se llenó de sabor. Escuchando el cántico empezó a mover los brazos, gesticulando y trazando las figuras con sus dedos, como la sombra de un loco señalando a la luna y a los negros bosques que se extendían bajo él.

El momento había llegado. Echó atrás el cuello, agitando la cabeza, retorciendo su tórax, besando los pechos que colgaban ante él, formando un arco con su cuerpo unido al de su esposa y Deborah se echó sobre él en el mismo instante en que Freirs abría los brazos y Sarr se abría paso dentro de ella haciéndola jadear y los tres se estremecieron al unísono y Deborah lanzó un gemido en el mismo instante en que Carol gritaba en sueños y Freirs oyó los susurros y el cántico cada vez más alto dentro de su cráneo y se dio cuenta de que todos los sonidos que había estado oyendo venían de él mismo. Dejó de cantar de pronto y el trance le abandonó: el sueño había huido. Estaba en el techo del granero, jadeando, súbitamente exhausto como si acabara de correr, bailar y pelearse al mismo tiempo. Miró hacia abajo y estuvo a punto de perder el equilibrio y caerse. Se quedó atónito, contemplando su precaria percha y su desnudez. Carol, por primera vez ese día, no había estado presente en sus pensamientos pero en el techo del granero, con el planeta a sus pies y la boca llena del sabor de las rosas, miró su miembro y vio que tenía una erección.

El sueño, los árboles retorcidos en formas imposibles, los ojos. Carol aún temblaba intentando librarse de él, tendida, respirando pesadamente en el pequeño lecho, las sábanas húmedas pesando sobre su cuello. La luz lunar parecía filtrarse en el cuarto como un veneno diluyéndose en su mente, haciendo que todo pareciera extraño y amenazador: las diminutas figuras de las estampas con sus sonrisas sabias y malignas, el negro agujero de la chimenea, la bola de un rojo pálido que colgaba de la ventana como una hija de la luna. La luna... hasta su resplandor era inquietante. Recordó una historia que había leído

hacía mucho tiempo sobre un marinero que se quedó dormido en cubierta con la luna llena brillando en su cara y cómo, al despertar de un sueño en el que una anciana le arañaba la mejilla, se encontró con que su rostro había quedado congelado para siempre en una rígida mueca de horror... Se dio cuenta repentinamente de que algo había cambiado, de que faltaba algo. De un modo inconsciente su respiración se había acompasado al tictac del viejo reloj en el piso de abajo y cuyos pesados engranajes podían oírse en toda la casa a través de las rendijas del suelo, las puertas y las delgadas paredes. Y, de pronto, el reloj se había callado.

Ah, ya volvía a oírlo, con un ritmo más acelerado, como si quisiera compensar el tiempo perdido. Un resorte roto, sin duda. Bien, todo acababa gastándose con el paso de los años... Volvió a dormirse y su rostro fue librándose de la tensión y el ritmo de su respiración fue haciéndose más lento. El sueño se disipaba como el humo que se alza en un altar.

El hechizo se había roto, la magia ya no funcionaba. Resbaló tres veces mientras se arrastraba por el tejado, el culo al aire, agarrándose lleno de miedo a cualquier asidero. Cuando llegó a la primera rama del sauce ésta se le rompió entre las manos y sin saber muy bien cómo logró alcanzar otra y pasar al tronco. Finalmente, con bastantes dificultades y un codo sangrando, llegó al suelo, temblando de agotamiento. «Jesús — pensó —, ¿qué diablos había en ese vino?» Rodeó cautelosamente el granero cubriendo su desnudez como un Adán después de la caída y atravesó corriendo la hierba mojada hasta llegar al cobertizo. A cada paso se estremecía de repugnancia, imaginando docenas de criaturas, algunas imaginarias y otras no, retorciéndose bajo sus pies descalzos. Rezó para que no hubiera nadie mirando.

Una vez dentro del cobertizo se dio cuenta de que tenía el cuerpo lleno de picaduras de mosquito. «¡Buen modo de pillar una pulmonía!», se dijo. Las noches eran húmedas y tenía los pies helados. Se puso el albornoz, sintiendo la piel pegajosa y sucia. Miró el reloj que había dejado junto a la cama y vio que pasaba apenas un par de minutos de la medianoche. Sacudiendo la cabeza se dejó caer en la cama. «¡Y luego dicen que sólo los estudiantes hacen locuras! — pensó, limpiándose los pies y frotándose los tobillos para entrar en calor—. Como si estuviera poseído...» Y de pronto se le ocurrió algo extraño. Mientras estuvo allí, intentando recobrar la calma, había estado oyendo de modo inconsciente a los grillos, dejándose calmar por la cadencia de su canto que le recordaba el sonido de una maquinaria bien engrasada. De hecho, los grillos le daban sueño. Pero durante un instante los grillos habían perdido el compás. Habían estado chirriando de modo constante y regular desde que bajó del granero y de pronto sencillamente se habían parado, como una rompiente apareciendo sin aviso en un arroyo tranquilo... y unos segundos después hablan vuelto a oírse pero durante unos breves instantes su canto había parecido desacompasado, como si una mano hubiera hecho saltar de golpe la aguja de un tocadiscos. Bueno, ya volvían a ser tan ruidosos como siempre. No era algo por lo que debiera preocuparse, probablemente se debería a un cambio de temperatura o algo así.

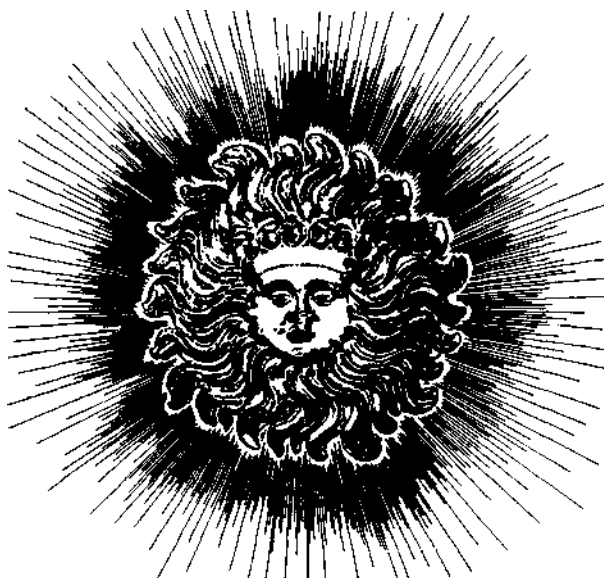
Hizo los preparativos para acostarse: cerró la puerta, dejó el Machen sobre la mesa y cogió su diario. Sólo cuando abrió el cajón superior del escritorio para guardar el diario y

vio las chillonas tarjetas de felicitación que había metido entre sus papeles se dio cuenta, con una repentina tristeza, de que había sucedido sin que él se enterase: el momento que tanto había temido ya había pasado. Había cumplido treinta años.

Y en su casa de piedra sobre la colina junto al arroyo, sentada ante la ventana de su dormitorio con la luna flotando sobre los setos del sendero y las Imágenes esparcidas a sus pies, la señora Poroth oyó interrumpirse el ritmo de los grillos y sus ojos abandonaron la luna para posarse en la imagen del libro amarillo y luego en la que estaba junto a ella, un informe garabato negro con algo que parecían unas patas cortas y rechonchas y, por fin, entendió la razón de que la mujer hubiera venido en el día de hoy.

Libro cuarto

El sueño



¿Piensa acaso que todas ellas —el Gusano, la Virgen y las demás—, son meramente los símbolos de la pureza y la corrupción? Entonces, piénselo de nuevo...

NICHOLAS KEIZE, *Bajo el musgo*



Tres de julio

Carol abrió los ojos y luego volvió a cerrarlos ante el torrente de luz que entraba por la ventana carente de cortinas. Fue abriéndolos con lentitud y se estiró lánguidamente. No había dormido bien; toda su noche había estado turbada por malos sueños..., o mejor dicho, por un mal sueño. Le alegraba estar despierta. Ayer, la habitación olía a moho, pero esta mañana estaba llena de sol y del olor de la hierba joven. Desde la ventana llegaban a ella los roncós chillidos de las aves y fuera de eso el mundo estaba en silencio, sin el menor ruido de platos o voces en la cocina. Se puso los tejanos y una camiseta limpia y, tras pasarse la mano por el pelo, miró por la ventana. No vio a nadie; la granja parecía abandonada. Luego se acordó de que era domingo y los Porothe estarían en sus servicios en una de las casas de los Hermanos. Probablemente no volverían hasta después del mediodía.

Bajó la escalera y sus pisadas sobre los tablones rompieron el silencio matinal. En el reloj de la salita vio que aún no eran las ocho, aunque quizá el reloj estuviera estropeado; recordó de pronto que la noche pasada había oído cómo se paraba. ¿O eso también había sido parte del sueño? Vio que había un transistor en uno de los estantes de la cocina y,

esperando enterarse de la hora, lo puso en marcha. Un himno, como los que Sarr y Deborah habían estado cantando la noche anterior, aunque éste interpretado por docenas de voces en éxtasis, acompañadas por un órgano. Lo escuchó durante un instante y luego lo apagó. Esas voces le recordaban que esta mañana debería encontrarse en la iglesia. Bueno, cuando volviera a la ciudad por la tarde pasaría por una y rezaría. Dios sabría entenderlo.

El silencio en la cocina parecía oprimirla de un modo extraño, pero el canto de los pájaros en el exterior era como una invitación a salir al porche. Hacía ya mucho sol y los campos que se extendían hasta el arroyo lejano tenían un aspecto precioso, aunque en el aire había un atisbo de humedad. Dos de los gatos más jóvenes (uno anaranjado y otro gris cuyos nombres no conocía) estaban lamiéndose mutuamente, tendidos al sol, pero cuando bajó los escalones se incorporaron y echaron a trotar detrás de ella. Se dirigió hacia el cobertizo de Freirs sintiendo el roce mojado de la hierba en sus tobillos. Miró a través de la persiana, algo nerviosa. Sí, ahí estaba, una forma pálida tendida en la cama, el cuerpo retorcido en la postura del durmiente. La forma se removió y Carol se dio cuenta de que estaba desnudo. Se apartó rápidamente de la ventana, esperando que no se hubiera despertado y la hubiera visto mirándole.

Siguió andando hacia el arroyo. Enjambres de pececillos plateados se agitaban a la sombra de las rocas y el agua parecía tan tentadora que por un instante se vio a sí misma tomando un baño. Después de todo, esta mañana no se había lavado. Dejaría la ropa sobre las piedras y entraría cautelosamente en el agua. Estaría helada, claro, sobre todo cuando le llegase por los muslos y quizá mientras ella estuviese desnuda y absorta en su baño Jeremy se despertaría y, siguiéndola en silencio, le daría una sorpresa atrapándola bajo la cálida luz del sol. Extendería su mano hacia ella y... ¡Bueno, éste no era modo de portarse una mañana de domingo! «Además —pensó—, el agua tendrá apenas cuatro palmos de profundidad y estará llena de piedras afiladas.» Con un suspiro, se dejó caer sobre un gran peñasco y contempló los pinos al otro lado del arroyo, intentando convencerse de que estaba en un lugar sagrado. Cuando le diera la gana, Jeremy ya se levantaría por sí solo.

Me he despertado más tarde de lo que pretendía, sintiéndome tieso y resacoso. Carol y yo hemos ido a dar una vuelta en el coche de Rosie, conmigo al volante. Mientras conducíamos le dije que hoy es mi cumpleaños; me felicitó del modo adecuado. Yo estaba de un humor pésimo. Telefoneé a mamá y papá desde un supermercado en las afueras de Flemington; parecieron preocuparse por mi alergia («¿quieres decir que tienen siete gatos?») y por si este lugar tan aislado es bueno para mí. Después de comer en Flemington, Carol insistió en comprarme un pastelito de cumpleaños para que nos lo lleváramos. Pasamos la tarde conduciendo por ahí, atravesando interminables extensiones de tierra de labor, hipermercados y urbanizaciones. Esta zona está cambiando muy de prisa. Tuve un encuentro un tanto desagradable en el pueblo...

Gilead ostentaba un aire dignamente festivo cuando entraron en el pueblo. Una docena de coches, la mayoría negros y todos antiguos, estaban aparcados a lo largo de la calle principal, y grupos de figuras con ropas oscuras charlaban junto al edificio de la

cooperativa. Algunas de ellas se volvieron con mal disimulada curiosidad al ver su coche, pero la expresión de sus rostros parecía más bien amistosa.

—Paremos —dijo Freirs al ver el edificio—. Quiero comprar más insecticida. —La puerta principal estaba abierta y el porche lleno de barriles—. Este lugar es una cooperativa —le explicó Freirs en voz baja mientras pasaban junto a cajas llenas de cubiertos y clavos—. Pertenece a todos los Hermanos y todos comparten los beneficios. A Karl Marx le habría encantado.

Después de tanto tiempo en el camino, a Carol le costó un poco acostumbrar los ojos a la tenue luz del interior. Buscó a la mujer con la que había hablado ayer, pero no parecía haber nadie detrás del mostrador. Junto a la parte trasera había tres hombres cerca de un pasillo que llevaba al depósito del cereal. Los tres llevaban barba y eran flacos y de aire solemne, con rostros que parecían haber sido tallados en madera. Habían estado hablando de alguien que tenía problemas con la bebida («Un escándalo para la comunidad», estaba diciendo uno de ellos, «y he oído decir que el chico Orin sigue sus pasos»), pero cuando Carol y Freirs entraron dejaron de hablar. El del centro se volvió hacia ellos.

—¿Y qué desean? —les dijo.

Había cierta tensión en su voz, pero Freirs no se dio cuenta de ello.

—Necesito un aerosol de insecticida —dijo—. Uno que sea bueno y fuerte.

Su interlocutor se le quedó mirando como si reconociera a Freirs y tratara de recordar dónde le había visto. De pronto, asintió con la cabeza.

—Ah, sí, ya... Tiene usted problemas con los insectos, ¿verdad? Claro, siendo esta época del año... —Carol vio cómo miraba rápidamente de soslayo a los otros dos—. Vamos a ver lo que puedo encontrar para usted.

Le hizo una seña a Freirs y los dos desaparecieron detrás de unos estantes. Carol oyó como hablaban y luego ruidos metálicos. Se había quedado sola con los otros dos y se encontraba a disgusto. Aparentemente, ellos también, pues seguían callados mirando al suelo, sin reconocer ni tan siquiera que estaba presente. Oyó ruido de pisadas en el porche a su espalda y en el umbral apareció una silueta corpulenta invisible a causa del contraluz.

—Steegler, si vas a decirme que no tienes más papel de lija —gritó—, juro que te... —Se detuvo en seco al verles—. Ah... ¡Adam, Werner! —Se acercó a ellos haciéndoles un gesto con la cabeza y Carol vio que era un hombretón, negro e hirsuto como un oso. Él la miró entrecerrando los ojos, interesado—. ¿Y quién tenemos aquí?

—Estoy de visita —dijo ella tímidamente—. Con él.

Señaló vagamente hacia los estantes.

—¡En seguida estoy contigo, Hermano Rupert!

El tendero salió de entre los estantes, seguido por Freirs, cargado con un pesado recipiente metálico. El hombretón no le hizo el menor caso.

—Ah, sí... —dijo al ver a Freirs. Sus ojos fueron de él a Carol y luego volvieron a Freirs—. ¿El de la ciudad? ¿El que vive con Sarr Poroth?

—Eso es —dijo Freirs con voz átona—. Ése soy yo. ¿Y usted es...?

—Rupert Lindt. —Extendió una manaza en cuyo interior desapareció la de Freirs como engullida, pero si el apretón le hizo daño Freirs no dio señal alguna de ello—. Y éstos son Adam Verdock y Werner Geisel.

Freirs les estrechó igualmente la mano.

—He estado bebiendo su leche —le dijo a Verdock y, dirigiéndose a Geisel añadió—: A juzgar por su nombre, debe de ser usted pariente de nuestro vecino.

—Supongo que sí —dijo Geisel. Era el más viejo de los cinco. Estaba casi calvo y su barba empezaba a encanecer—. Conoce a mi hermano Matthew, ¿no?

—Claro —dijo Freirs—. Vive muy cerca de nosotros. De hecho, podría decirse...

—Y también podría no decirse —le interrumpió Lindt—. El hecho es que esos Porothe viven lejos del sendero principal..., no sólo en el espacio, quiero decir. Matt Geisel está en la otra dirección, la que no se aleja tanto del pueblo. Estará unos buenos..., ¿qué dirías tú, Werner, dos o tres kilómetros más cerca? —Werner asintió con aire de incomodidad—. Sólo el Señor sabe por qué compraron la granja. El viejo Barber hizo un buen negocio cuando le vendió ese sitio a los Porothe. Si quiere usted mi opinión, está demasiado lejos del resto de nosotros.

—Y demasiado cerca del Cuello —añadió el tendero, pulsando las teclas de la máquina registradora.

—¿Qué cuello? —Freirs pareció sorprendido.

—El Cuello de McKinney —dijo Geisel—. No ande metiendo las narices por ahí. En esta época del año el suelo es muy traicionero y lo más seguro es que se ahogue.

A Lindt eso pareció divertirle.

—Caray, nadie va a ahogarse en un charquito de barro, a menos que su mamaíta no haya sabido cómo enseñarle a caminar. —Miró con frialdad a Freirs y luego, de un modo mucho más cálido, posó los ojos en Carol, que sintió cómo empezaba a latirle más de prisa el corazón—. ¿Va usted a dar paseos por el bosque con él? —preguntó, señalando a Freirs con la cabeza—. ¿O ha venido para darle a Deborah un poco de competencia?

—¡Vamos, Rupert! —dijo Adam Verdock; Era el más alto y delgado de todos y su expresión la más solemne. Cuando Freirs y Carol entraron en la tienda era el que hablaba—. El Hermano Rupert está bromeando —explicó—. Esta mañana estuve hablando con Sarr y su mujer después de la adoración (es mi sobrino, como quizá sepáis; yo me casé con la hermana de su padre) y dice que todo anda de perlas y que son ustedes los mejores invitados que hombre alguno pueda desear. Dice que si pudiera le gustaría tener un montón de huéspedes así.

—¡Claro, así saldría de sus deudas! —dijo Lindt con un bufido despectivo.

Freirs recogió el recipiente de insecticida y por un momento Carol temió que fuera a rociar con él la cara del hombretón... y, de modo instintivo, deslizó su mano entre las suyas, como para protegerle.

—Vamos —dijo él—, nos marchamos.

Carol vaciló un instante. Había visto fugazmente en su mente a ella y Jeremy metidos hasta el cuello en arenas movedizas.

—Oiga —dijo nerviosa, volviéndose hacia Geisel—, sólo por si se nos ocurriera dar un paseo..., ¿deberíamos evitar esa parte que usted mencionó?

—Bueno, como ya le dije —respondió él—, resulta un poco traicionera, especialmente para un forastero. Y hay algunos —miró de soslayo a Steegler—, según los cuales el lugar está encantado.

—Vamos, vamos, Werner —dijo el tendero abandonando el mostrador—, yo no diría tanto. Aunque todos sabéis muy bien que ese sitio tiene una historia extraña.

—¿Qué es eso de encantado?

Carol vio como a Freirs se le despertaba el interés; probablemente ése era el tipo de historias que había venido a buscar aquí. Lindt le contestó, pareciendo divertirse ante su interés.

—Creo que encontraron una chica ahorcada antes de la guerra. Una chica casi tan guapa como usted, sí señor. —Señaló con la cabeza a Carol—. ¿Verdad, Werner?

—Me acuerdo de que fue por los años treinta —asintió Werner.

—¿Un suicidio? —preguntó Freirs.

—No es probable. Hablaron de otras cosas que le habían hecho...

—Os pido que me perdonéis —dijo Verdock con expresión contrita—, pero no creo que éste sea tema adecuado de conversación para un domingo.

—Tiene razón —se apresuró a decir Freirs, acompañado por un coro de gestos de cabeza y varios «amén»—. Bueno, tenemos que irnos. Sarr y Deborah tendrán una buena comida esperándonos..., pese a las deudas. —Miró brevemente a Lindt—. Señor Verdock, señor Geisel..., ha sido un verdadero placer. —Y cogiendo la mano de Carol dijo por encima del hombro—: Ah, Rupert..., la próxima vez que vaya a la ciudad venga a verme.

Cuando salieron por fin de la cooperativa, Carol estuvo a punto de lanzar un suspiro de alivio.

No volvieron directamente a la granja. Freirs estaba nervioso y la hizo cruzar la calle hasta los enormes robles que había al otro lado, escondiendo el edificio de la escuela.

—Vamos —dijo—, me ha entrado un interés repentino por la historia local. Vamos a investigar ese asesinato...

—Pero ¿dónde vamos? —preguntó Carol siguiéndole a través del polvoriento campo de juegos.

Freirs señaló con un gesto los rojos ladrillos de la escuela.

—La biblioteca local. Supongo que estará aquí.

—¡Estas vacaciones no están siendo nada descansadas! —dijo Carol riendo.

—Oh, no espero que ésta sea como Voorhis. Sarr dice que apenas si es mayor que una biblioteca escolar..., y encima ésta es una escuela de la Biblia. De hecho, me habló de ella. «No encontrará los estantes llenos de pornografía, como en la ciudad.» ¡El viejo Sarr! —Freirs sacudió la cabeza—. Oyéndole hablar uno pensaría que somos vecinos de Gomorra.

La biblioteca resultó estar en el primer piso del edificio y, siguiendo la ética laboral de los Hermanos, estaba abierta incluso en domingo. Pronto descubrieron que Sarr no había exagerado: un rápido examen de la pequeña sala con sus magros estantes no reveló nada capaz de corromper ni al más tierno infante. Había libros de cocina, de agricultura y de remedios caseros, pero la mayor parte eran libros religiosos y la mayoría de ellos parecían haber sido escritos cuando la gente iba en su Ford T a la iglesia. Había un estante completo dedicado a refutar las teorías de Darwin y otro combado bajo el peso de gruesos tomos a favor de la moderación en la bebida, casi todos escritos antes de la Prohibición.

—Sarr tenía razón —dijo Carol—. Ciertamente, aquí no hay nada que te encienda la sangre.

—Sí, ¡una pena! —dijo Freirs.

Carol buscó en vano a la bibliotecaria. No parecía haberla, ni tan siquiera una mesa o un escritorio en el que pudiera trabajar. Qué lejos quedaba Voorhis... En la sala había solamente otra persona, una mujer no muy alta y de porte altivo que se abanicaba vigorosamente mientras examinaba la sección de novelas edificantes.

—Me las he leído todas una o dos veces —les confió una vez que se hubieron acercado a ella y se presentaron—, pero cuando sé el final me gustan todavía más. —Les explicó que en realidad no había bibliotecaria—. Al menos, no en verano, cuando la escuela está cerrada. La gente viene, coge lo que desea y devuelve los libros cuando puede.

—¿En serio? —dijo Freirs—. Entonces, ¿qué le impide a cualquiera entrar y llevarse todos los libros?

—La gente que viene aquí no es de la que roba —dijo ella sorprendida y mirándole de modo algo suspicaz—. Y los ladrones no son gente que vaya a venir aquí.

Freirs, que había estado examinando a la mujer, acabó por considerarla como una habitual de la biblioteca. Le explicó lo que estaba buscando y ella les condujo hasta un cuarto en la parte trasera, cubierto del suelo al techo con estantes deformados bajo montañas de unos delgados libros marrones parecidos a los atlas: toda la colección del *Hunterdon County Home News* pulcramente encuadernada.

—Perfecto —dijo Freirs.

Rupert Lindt les había dicho «antes de la guerra». Entre los dos fueron buscando los volúmenes de los años treinta y los descubrieron en una pila cerca del suelo. Por el modo en que estaban pegados entre sí cuando Freirs sacó el de 1937, Carol supuso que no eran consultados con mucha frecuencia. Freirs abrió el volumen: los periódicos se habían vuelto amarillos con el tiempo y olían como un sótano mohoso. La encuademación no había resistido muy bien: a la mayoría les faltaban las esquinas y de vez en cuando había páginas rotas. En aquellos tiempos, el *Home News* era un semanario y pocos números tenían más de ocho páginas aunque, obviamente, era la única fuente local de noticias, ya que Gilead jamás tuvo un periódico propio. Carol fue mirando cómo Freirs pasaba las hojas. Lo que la impresionó inmediatamente de las noticias fue su violencia, pues en vez de la era tranquila que ella había imaginado, los artículos conjuraban la visión de unos años carentes de ley, repletos de accidentes extraños y muertes repentinas. Un dentista local que iba de Flemington a Sergeantsville conduciendo a toda velocidad había atropellado a su mejor amigo, suicidándose luego: ARRESTADO POR CONDUCIR BORRACHO, decía el titular. INHALA ÓXIDO NITROSO. Un hombre de Pennsylvania había muerto cuando otro cazador le disparó, después de una discusión sobre un ciervo. Un habitante de Baptistown muerto a consecuencia de picaduras de abeja.

Otras noticias eran más frívolas y hablaban de una época feliz. Una convención de profesores de baile en Atlantic City proclamaba el fin de la era de los bailes violentos («La gente está cansada del *Shag*, el *Big Apple* y todos esos bailes que parecen ejercicios gimnásticos», explicaba uno de ellos), y los ferrocarriles llegaban a todas partes. Acababa de inaugurarse una línea especial que iba de Flemington a Nueva York y su Feria

Mundial, con el billete por sólo cincuenta centavos. Un ferrocarril de New Haven sugería a sus clientes: «DUERMA EN EL TREN — DESPIERTE DESCANSADO EN MAINE». Estaba claro que algunas cosas buenas de la vida habían desaparecido con los años. Tardaron casi media hora en examinar el tomo de 1937 y el siguiente, antes de encontrar el artículo que Freirs buscaba, en el número del 3 de agosto de 1939. El verano había sido apacible y tranquilo y la población local había estado muy ocupada con una larga serie de ferias, subastas y reuniones eclesiásticas. Ese fin de semana había hecho calor y había luna llena. Entre el resto de las noticias el informe sobre el crimen cerca de Gilead —EL CUERPO DE UNA CHICA ASESINADA HALLADO EN EL BOSQUE— habría pasado desapercibido si no hubieran sabido lo que buscaban. El artículo era breve, y sin duda gran parte de los detalles habían sido suprimidos. La chica, una tal Annelise Heidler, de veinte años, había sido denunciada como desaparecida la tarde del 31 de julio por su padre, un importante abogado de Flemington. Dos días después un grupo de cazadores había encontrado su cadáver colgado de un árbol en los bosques, cerca de Gilead. El cuerpo estaba particularmente quemado y había en él inscripciones «de naturaleza obscena», trazadas con grasa. El artículo añadía que, pese a que «la policía se negaba a hacer especulaciones, antiguos residentes de la zona opinaban que el culpable o culpables podrían haber estado imitando un crimen similar cometido el 31 de julio de 1890 en el mismo lugar».

—Jesús —dijo Freirs mirando a Carol—, parece que hubo un precedente.

—No sé por qué, pero eso hace que sea aún más horrible.

—Veamos qué dice el periódico —dijo él, asintiendo sin haberla oído en realidad.

Volvió a poner el tomo en su sitio y buscó el de 1890.

—Ahí está —dijo Carol, señalando hacia el estante de arriba.

Freirs tuvo que ponerse de puntillas y aun así le costó llegar hasta él. Por suerte, esta vez conocían la fecha exacta del artículo a buscar, pues hallarlo en aquel viejo volumen habría resultado bastante difícil. Durante el tiempo transcurrido el *Home News* había cambiado mucho y la versión del periódico que ahora examinaban contenía muchas menos fotos y estaba impresa en tipos más pequeños, con una primera plana mucho más apretada y unos titulares que, siguiendo la costumbre de la época, mantenían una discreción casi enigmática: DISCUSIÓN FATAL, CIERRE DE UNA DESTILERÍA, DESGRACIADO ACCIDENTE EN HIGH BRIDGE. Freirs hojeó rápidamente el tomo viendo desfilas ante él la historia del municipio. Construcción de fábricas; rápidas fortunas en el ferrocarril; un granjero de Baptistown cosechando una calabaza con el peso récord de 200 kilos. Encontró el artículo que buscaban en el primer número de agosto. La zona estaba pasando un verano desusadamente caluroso y los anuncios recomendaban la «Zarzaparrilla de Hood como un remedio excelente para los mareos veraniegos durante los días opresivos y asfixiantes». Un muchacho de West Portal se había quedado ciego cogiendo fresas durante un día de sol y once participantes en el festival de la cosecha de Hunterdon («la celebración más importante de la historia del municipio») habían sufrido insolación. El artículo en cuestión era relativamente breve y estaba rodeado por otros sobre la fiesta de la cosecha. SE DESCUBRE UNA TRAGEDIA. Decía:

Gilead, 2 de agosto.— Las autoridades han informado sobre la muerte de Lucina Reid,

hija de Jared Reid, natural de esta localidad. Su desaparición fue denunciada el 31 de julio y su cuerpo fue encontrado por una partida de búsqueda en la parte del bosque popularmente conocida como el Cuello de McKinney, ayudando a ello la luna llena. La identificación del cuerpo fue difícil dado que habían sido cometidas ciertas abominaciones en él, aunque informes posteriores indican que la muerte fue debida a estrangulamiento. Las autoridades están buscando...

Carol oyó como Freirs contenía el aliento y, por una razón que desconocía, sintió como se le aceleraba el pulso al leer nuevamente el pasaje en cuestión.

Las autoridades están buscando a Absolom Troet, de 22 años, de esta misma localidad, quien se cree fue la última persona que vio viva a la señorita Reid.

Para Freirs fue como ver un rostro familiar en mitad de una pesadilla. La pesadilla resultaba aun peor. «Aquí termina la pista», pensó. Todas aquellas maldades llevaban nuevamente hasta Absolom Troet, el niño con el diablo en el cuerpo. Freirs recordó el espacio en blanco de aquella lápida y, pese al calor que hacía en la biblioteca, sintió un escalofrío.

—Él le prendió fuego a la granja —le explicó a Carol, sabiendo que había demasiadas cosas por explicar—. Era un antepasado lejano de Sarr y de pequeño mató a toda su familia, haciéndoles arder mientras dormían. Y parece que siguió matando gente...

—¡Dios santo! —dijo Carol sacudiendo la cabeza—. Creí que cosas como ésa sólo ocurrían hoy en día.

En el número de la semana siguiente no había nada sobre el crimen, pero dos semanas después aparecía un breve artículo sobre Absolom Troet, «buscado en relación con el asesinato de una muchacha de Gilead», que aún no había podido ser localizado por las autoridades, «creyéndose que se ha quitado la vida». El crimen no volvía a ser mencionado.

—Bueno —dijo Freirs—, otra cosa que buscar.

Volvió a dejar el tomo en el estante y cogió el de 1877. Examinar los volúmenes al revés producía una sensación extraña: el tiempo corría hacia atrás y Hunterdon rejuvenecía. En 1877 New Jersey no era un lugar demasiado civilizado; había artículos sobre estampidas de ganado, graneros incendiados y accidentes de caza. Un chico de Milford había muerto en febrero atacado por un «toro furioso», y otro mordido por una serpiente. En marzo un tat Deto Turo, descrito como «un emigrante italiano», había acuchillado a tres hombres en un bar de Flemington. En junio, Moses Rehmeyer, de cuatro años, había caído en un pozo, ahogándose y un hombre había sido sentenciado a doce años de cárcel por robar caballos. Un artículo de julio: MUERTO POR BEBER DEMASIADA LECHE, hablaba de un cocinero «empleado en la gran lechería del Gen. Schwenck», que había muerto a consecuencia de lo que el artículo describía como «una ingestión excesiva de leche fresca». Freirs se preguntó qué tal se habrían tomado eso los partidarios de la templanza alcohólica. Había docenas de artículos sobre incendios (la civilización en esos días parecía consistir en un colosal conjunto de bloques de madera), pero hasta ver un

titular que decía: TRÁGICO INCENDIO EN GILEAD, casi al final del tomo, no se dio cuenta de que lo había encontrado.

—Aquí está —dijo.

El artículo era breve y no destacaba demasiado entre los demás.

Gilead, 1 de noviembre.— La granja de Isaiah Troet, de 38 años, fue ayer noche el escenario de una terrible tragedia cuando, aparentemente, las chispas de la estufa prendieron fuego a material combustible en la cocina. Se cree que ocho miembros de la familia perecieron en el holocausto que destruyó su hogar. Entre los muertos estaban Troet, su esposa Hanna y seis de sus hijos, todos ellos aparentemente dormidos cuando empezó el fuego. La brigada de bomberos voluntarios llegó demasiado tarde para salvar a la desgraciada familia. Las autoridades de Annandale y Lebanon examinaron esta mañana los restos carbonizados y atribuyeron el incendio a «un acto de Dios». El único sobreviviente, Absolom Troet, de nueve años de edad, se encontraba fuera de la casa en el momento del incendio, cuidando de un novillo enfermo en el establo. Las autoridades dicen que el niño irá a vivir con sus parientes.

—Jeremy, ¿podemos irnos ya? —susurró Carol—. Estas letras tan minúsculas están empezando a darme dolor de cabeza o puede que sea el pensar en todos esos pobres desgraciados...

—Claro —dijo Freirs—, siento haberte tenido aquí tanto tiempo.

Dejó el tomo en el estante y se limpió las manos llenas de polvo. Durante todo el trayecto de vuelta a la granja estuvo pensando en Absolom Troet. Y durante todo ese tiempo siguió limpiándose las manos sin darse cuenta.

Cuando volvimos, Sarr y Deborah estaban en la granja, inflamados aún por el Espíritu Santo; les podía oír desde aquí revolviendo cosas en la cocina y cantando de vez en cuando fragmentos de himnos. Supongo que eso es lo que haces cuando no tienes a mano espectáculos de Broadway o TV: te conformas con la primera diversión que encuentras. Los dos me contaron una y otra vez lo «exaltados» que se encontraban, pero en lo que a mí respecta tuve más bien la impresión de que la palabra justa sería «exhaustos», dado que se habían pasado las últimas cuatro horas rezando de rodillas, levantándose para cantar, arrodillándose y volviéndose a levantar... Puede que eso sea un buen modo de prepararse para las labores del campo, pero no es la clase de religión que yo escogería.

Pero se portaron muy bien respecto a mi cumpleaños..., tendría que haberlo dicho, Deborah habría hecho algo especial, etc., etc. Me dio un beso prácticamente en los labios. (Sentí el roce de su pecho en mi brazo. Creo que no lleva nada debajo de ese vestido.) Sarr dejó a un lado la impresionante guadaña que estaba afilando y se contentó con darme un firme apretón de manos. Me gustaría saber lo que siente Carol hacia él. Naturalmente, no pudo pasar nada entre ellos la noche anterior (pese a lo cual aún he fantaseado un poco al respecto), pero siento todavía cierto interés al menos por parte de Carol. En cuanto a Sarr, ahora estoy convencido de que tiene la mente puesta en Dios y los ojos exclusivamente en su mujer. Pero ¿quién puede estar seguro de estas cosas? ¿Cómo saber lo que hay dentro

de la cabeza de alguien? Le apliqué cierta presión a Carol y accedió a quedarse a comer pese a montones de gemidos y quejas sobre el viaje de regreso. La comida fue estupenda y esta vez Carol pudo comerla: tortilla de queso, ensalada del huerto, y como postre ese pastel de costumbre. Nos acabamos el resto de vino de la noche anterior; los Poroth no quisieron: supongo que con una noche de transgresiones es suficiente para la semana.

Deborah, como de costumbre, se pasó todo el rato riendo y bromeando, y básicamente pasándoselo bien (obviamente tiene muchas ganas de estar acompañada), pero Sarr estuvo algo ausente, como la noche anterior, a medida que pasaba el tiempo. Permaneció sentado como si fuera uno de sus gatos, silencioso, meditabundo e inescrutable. Quizá se debiera a que cometí el error de preguntarle sobre los asesinatos...

—Jeremy, pongo a Dios por testigo de que sabes más sobre ellos que yo. Sencillamente no me interesan: no estaba aquí en 1939 y menos aún en 1890. He oído decir que mi madre tuvo una especie de premonición sobre el del 39 pero no estoy muy seguro. Entonces era casi una niña y ya te hablé sobre su don.

—Obviamente, en este caso no sirvió de nada —asintió Freirs.

—Supongo que no —dijo Poroth con cierto desánimo—. Mi madre no suele hablar de eso, imagino que la pone nerviosa.

—Lo que encuentro más intrigante es el tipo de leyendas que surgen por hechos así. Imagino que la gente habrá visto fantasmas en esa zona del bosque.

—Algunos así lo dicen. —Poroth se encogió de hombros—. Personalmente no creo en esas historias y creo que se equivocan. Aunque podría haber algo de cierto en ellas: no son cosas que podamos llegar a saber.

Freirs decidió que le gustaba la idea de tener un lugar encantado tan cerca. Era exactamente el tipo de cosa que le sería útil en sus clases: evidencias sobre la superstición moderna. Carol estaba mirando a Sarr con expresión de simpatía.

—Entonces, ¿no crees en los fantasmas?

—Al contrario —dijo él—. Estoy tan seguro de que existen como de que existen los huevos, las luciérnagas y los ángeles. Sencillamente, no creo que anden por esos bosques.

Pero Freirs empezó a concebir esperanzas de que no fuera así.

Carol quería irse antes de las ocho para tener luz diurna mientras tuviera que abrirse paso por ese polvoriento sendero de vuelta a Gilead, pero el reloj de los Poroth estaba parado y yo me había dejado el mío aquí, así que probablemente fueran más bien las nueve cuando se fue, ya que había empezado a oscurecer. Espero que no tenga problemas; estaba realmente nerviosa con el dichoso viaje de regreso. Lamenté que se fuera. No he llegado a conocerla tan bien como esperaba y no sé cuándo tendrá otra ocasión de venir aquí. Hay en ella algo auténtico que no he encontrado en la mayoría de chicas de la ciudad; me hace sentir de nuevo como un adolescente, lo que realmente no es tan malo como suena especialmente para un viejo de treinta años. «Oh, venga», dice otra voz. «Sólo quieres acostarte con ella.» Podría ser (suspiros). Quizá intente verla la próxima vez en la ciudad, en mi propio ambiente, mejor que en el terreno de juego de otra persona.

Volví aquí después de que se fuera e intenté trabajar un poco. Empecé a leer *Melmoth*

el Errabundo, del reverendo Charles Robert Maturin. Potente, pero después de leer el Lewis me estoy empezando a cansar un poco de tanto cebo católico. Sin duda debe de ser muy divertido para quien le gusten las escenas de atrocidades (aún más madres aferrando los cadáveres agusanados de sus niñitos —todo un cliché gótico, empiezo a sospechar—, y prisioneros muertos de hambre obligados a comerse a sus amadas, aunque ése es nuevo para mí), pero la Inquisición ha desaparecido, sus villanos han muerto convertidos en polvo y todo lo que un libro así puede hacer conmigo es enfurecerme. Sin duda será estupendo para los ejercicios gimnásticos de mañana (unas gotas de adrenalina hacen milagros), pero por lo demás es totalmente inútil. Hmmm, nunca pensé que iban a terminar en el bando de los papistas. Será la influencia de Carol.

Ojalá hubiera tomado algunas notas sobre «El pueblo blanco». Carol se llevó el libro y parece que ya lo he olvidado casi todo y lo que recuerdo me parece extrañamente confuso y repetitivo. Encontré en una antología otro relato de Machen sobre un empleado londinense llamado Darnell que tiene visiones místicas de una antigua ciudad y bosques y colinas.

Nuestros estúpidos antepasados nos enseñaron que llegaríamos a ser sabios estudiando libros sobre la «ciencia», jugando con probetas, especímenes geológicos, preparados de microscopio y cosas parecidas; pero quienes han dejado a un lado tales tonterías saben que el alma se vuelve sabia mediante la contemplación de ceremonias místicas y rituales extraños y complejos. En tales cosas Darnell halló un lenguaje lleno de misterios y maravillas que le hablaba a la vez de un modo más secreto y más directo que los credos comunes y vio que, en cierto sentido, el mundo entero no es más que una gran ceremonia.

El párrafo era precioso: había en él verdadera magia pero no logré concentrarme en lo que leía. Había leído ya bastante cuando bajé los ojos y vi algo encima de mi almohada, justo debajo de mi nariz, algo que parecía un cruce entre un grillo, una rana y una araña y mientras la observaba aquella criatura empezó a parlotear, chillar y gimotear sacudiendo su puño diminuto y luego me desperté. El relato seguía donde yo lo había dejado y una polilla enorme con antenas que parecían los cuernos de un demonio golpeaba mis persianas.

Ahora debe de ser ya medianoche y el tiempo es muy frío. Es realmente extraño que el día haya sido tan cálido, pero con el anochecer empieza a hacer frío. La humedad de este lugar debe hacer que los cambios de temperatura sean más acentuados. Carol se quejó de que tuvo malos sueños la noche pasada, pero no quería hablar de ellos. Sí, es más de medianoche; acabo de mirarlo. Ahora tengo treinta años a mis espaldas y otro cumpleaños acaba de pasar. ¿Adónde se dirigen todas las malditas cosas de este mundo?



Cuatro de julio

No parecía un día festivo. Había amanecido con el cielo cubierto y hacía bastante humedad cuando Freirs se levantó vacilante para empezar su ritual gimnástico de cada mañana. Ayer se lo había saltado y hoy los ejercicios no le salían bien; en vez de hacer una flexión más que la última vez apenas sí logró resistir el tiempo preciso para hacer una menos. Pasó casi toda la mañana leyendo el *Melmoth* pero hacia el mediodía ya tenía la cabeza llena de cadáveres y se había extraviado en el mareante argumento de la novela, lleno de historias dentro de historias encajadas dentro de más historias... Sería perfecta para ponerla como trabajo y citarla en clase, pero su lectura resultaba agotadora. Le alegró dejar el libro para comer algo. Deborah estaba trabajando en el huerto acompañada de varios gatos pero le había dejado preparada una ensalada de huevo, pan de jengibre y un enorme vaso de leche para que le acompañara durante la lectura de los anuncios agrícolas del *Home News*.

Al salir de la cocina vio que el cielo estaba despejado y un potente sol cocía la tierra eliminando los restos de humedad de la mañana. Hacía ya más calor. Examinó distraídamente el cuarto buscando algo con que distraerse y el jarrón de rosas atrajo su atención: las flores de un rojo oscuro parecían brillar como llamas contra el verde pálido de las paredes. Flores... Parecía una idea tan buena como cualquier otra. Cogió su *Guía de flores silvestres* y salió a dar un paseo. Fue bajando por la pendiente que daba al patio trasero y decidió dirigirse hacia el arroyuelo y seguir su curso; recordaba que después de girar hacia el norte cruzando el campo abandonado parecía desaparecer en el bosque y quizá valiese la pena explorarlo. Vio en el agua docenas de pececillos plateados, varios de ellos muertos flotando panza arriba o medio enterrados en el barro. En cuanto a las ranas que oía cada noche, no vio ni una; debían de dormir todo el día, costumbre que esperaba no llegar a adquirir él también. Al llegar al primer giro del arroyo oyó un ruido y vio a Porothe algo más lejos, su alta silueta recortándose contra el sol con la cabeza erguida y la mandíbula bien apretada, limpiando el campo de maleza con la guadaña. A Freirs le recordó un extra en una película de Einstein o quizá, decidió finalmente viendo su seriedad, a la Muerte en persona.

—Hola —dijo Porothe—. ¿De paseo? ¿No sientes deseos de probar un poquito? —Le alargó la guadaña y Freirs no supo si era una invitación o un desafío. Lanzó un suspiro y se abrió paso a través de la hierba para recoger la herramienta que Porothe tenía en las manos—. Hay que sostenerla así —le dijo Porothe, enseñándole dónde quedaba el filo—, y hay que hacerla girar de este modo. —Acompañó la explicación con un expresivo gesto de las manos. Sintiendo como si sostuviera el manillar de una bicicleta, Freirs apuntó hacia un macizo de malas hierbas y movió la guadaña en un arco que pasó inofensivamente junto al macizo y a punto estuvo de terminar en su pierna—. Pones demasiada fuerza en el golpe —dijo Porothe, ocultando muy bien su diversión, si era eso lo que sentía—. No retuerzas tanto el cuerpo.

Freirs lo intentó de nuevo; aún se encontraba incómodo con ella pero esta vez la hoja cortó limpiamente la maleza de raíz.

—La tienes bien afilada —dijo Freirs contemplando la hoja con un nuevo respeto.

—Como una navaja —dijo Sarr metiendo la mano en el bolsillo y sacando un delgado rectángulo de piedra gris—. La afilo una docena de veces al día. Pero debes mantener la

hoja bien alta o golpearás la piedra y entonces no me servirá nunca más de nada. Aún tengo que limpiar esta parte del campo. —Freirs intentó mantener alta la hoja pero la posición era más difícil y hacía que le dolieran los hombros. Unos cuantos golpes después tuvo que dejarlo.

—¡Dios, tendría que ser más pequeña y con la hoja más ligera! —dijo deteniéndose—. No me gusta nada el diseño de este trasto. Cada vez que golpeas tienes que girar todo el cuerpo.

—Amigo mío —le dijo Porothe, sonriente—, lo han estado usando durante más de mil años sin el menor cambio. Lo que tú necesitas es una hoz: es más pequeña y puede usarse con una sola mano. Tengo una en casa.

—Estupendo —dijo Freirs, nada convencido—. Ésa puede ser mi próxima lección. —Le devolvió la guadaña a Sarr—. Por hoy ya he jugado bastante a granjero, ahora creo que jugaré a exploradores.

Se despidió con un gesto de la mano y echó a caminar mientras Porothe le observaba.

—Cuidado con las serpientes. Dicen que este año el bosque anda lleno de ellas. El Hermano Matt vio un par la semana pasada unos kilómetros más abajo siguiendo el arroyo. No metas el pie en agujeros o maleza demasiado frondosa y no andes levantando piedras.

Freirs se detuvo y contempló el suelo con aire suspicaz.

—¿Y si me muerde alguna?

—No te morirás —dijo Porothe encogiéndose de hombros y levantando la guadaña—, pero no te gustará nada.

Empezó a mover la guadaña siguiendo un ritmo implacable. Freirs reemprendió la marcha con bastante menos entusiasmo. Ya sabía que a Sarr le gustaba anunciar desastres y más a un visitante de la ciudad, pero el atractivo de la exploración había disminuido.

Pronto descubrió que lo peor eran los mosquitos. Junto a la casa no habían sido tan malos pero el aire junto al arroyo estaba cargado de ellos y a cada paso tenía que ahuyentarlos con la mano. También había unas gordas orugas verdes, que reventaban al ser pisadas, y otras amarillas, más pequeñas, que colgaban de los troncos en filamentos invisibles y sedosos. Varias veces tuvo que sacarse las gafas al metérsele entre el cristal y el ojo pedazos de hierba o algún insecto. Durante unos ciento cincuenta metros le resultó difícil decidir si estaba aún en el campo o ya en el bosque. Tuvo que ir siguiendo el arroyo, a lo largo del cual corría un sendero casi impracticable, pues la vegetación habría hecho imposible cualquier otra ruta. Se alegró de haber traído la guía ya que de vez en cuando pudo ver flores bastante bonitas... sin contar las que había pisado sin darse cuenta. Vio, entre otras, una rosa de pantano que recordaba de *Juegos prohibidos* y una enorme verruga de San Juan que la guía, de modo más bien innecesario visto su aspecto, le advirtió no era comestible. Parecía haber muchas cosas venenosas en estos bosques y trató de grabarse en la mente cómo eran las ortigas.

No tardó en perder el interés hacia las flores y las plantas exóticas. El bosque iba haciéndose cada vez más espeso y los troncos se curvaban sobre su cabeza tapando la luz solar. A medida que se adentraba en ellos intentando seguir el curso del arroyo, protegiéndose el rostro de las ramas, descubrió que se vería obligado a mojarse los pies,

dado que el sendero había desaparecido por completo y la vegetación llegaba hasta el mismo borde del agua. Se arremangó los pantalones y, algo vacilante, metió primero un pie y luego el otro en el agua. Era como entrar en un arroyo subterráneo y a su mente acudió la imagen de hondas cavernas heladas. Apretó los dientes y siguió andando. Pronto dejó de tener frío: o se estaba acostumbrando o ya tenía los pies insensibles. Delante de él, como un puente cruzando el arroyo, se alzaba una arcada de lianas y ramas medio podridas. Pasó bajo ella agachándose y siguió avanzando entre ruidosos chapoteos.

Al otro lado, el arroyo se curvaba hacia el oeste formando un pequeño estanque circular con orillas arenosas rodeadas por robles que parecían estatuas y cuyas raíces desaparecían bajo las aguas. Estaba claro que sería un abrevadero natural; vio huellas en la arena... ciervos, sin duda, y lo que podían haber sido huellas de zorro o el perro de un granjero. Ojalá hubiera traído el manual de rastreo; sería difícil identificarlas de memoria. Avanzó algo más y el lugar le pareció sorprendentemente familiar aunque no sabía por qué razón. ¿Lo habría soñado? En el centro del estanque el agua le llegaba más allá de los tobillos. Todo guardaba silencio excepto los pájaros, y había muy pocos, sus llamadas resonando en los árboles por encima de su cabeza despertando un sinfín de ecos.

Se sintió extrañamente impuro, como si su presencia aquí fuera la razón de que los pájaros empezasen a chillarse unos a otros. Cobró conciencia repentina de su cuerpo, de los jugos aceitosos que brotaban de sus poros, el ruidoso entrar y salir del aire por sus fosas nasales, la suciedad urbana aferrada aún a su pelo, la profunda vileza escondida en lo más hondo de su cuerpo. No tenía nada que hacer aquí; su mente era una intrusa, como lo habría sido la de cualquier otro ser humano. El estanque no había sido hecho para seres pensantes, pues el pensamiento consciente lo profanaba. Sintió el roce extraño de las playeras en sus pies, la tela y el plástico, la suciedad de la urbe que lo había engendrado y bajó los ojos para verse y contempló el agua y en ella su propio reflejo... Durante un instante los dos seres, el hombre de la ciudad y el hombre del bosque, se contemplaron mutuamente. Y durante ese instante no hubo ruido ni movimiento alguno. Freirs se tendió en el estanque.

Luego se puso en pie, chorreando agua y oyó de nuevo a los pájaros cantando con algo que no supo si era furia o alegría y vio la luz del sol alanceando con sus resplandecientes barras doradas el follaje. Sintió un extraño anhelo, el deseo de avanzar hacia el oeste y cuando, como la aguja de un compás, se volvió en esa dirección, fue como si los árboles se abrieran ante él. Pudo ver como el arroyo se extendía interminable hacia adelante brillando hasta perderse en el corazón del bosque como un hilo plateado señalando lugares conocidos sólo por pájaros y bestias. Al verlo sintió el anhelo de seguir avanzando y al mismo tiempo sintió miedo de hacerlo y se encontró repentinamente tan cansado que se volvió, salió del estanque y se acostó en el suelo arenoso. A medida que transcurría la tarde el cielo volvió a cubrirse y la lluvia colgó como una promesa del aire. Freirs aspiró hondamente y se puso en pie para volver a la granja dándose cuenta, al irse, de dónde había visto antes el lugar. Era en el Dynnod, en la carta marcada como *El Estanque*. El parecido era increíble.

El cielo siguió nublado pero no llovió. Esa noche el cielo estuvo cubierto de nubes y las estrellas permanecieron ocultas.

Gracias a los excesos del día estaba famélico y me encontré sirviéndome una segunda ración de pastel. ¡Vaya fuerza de voluntad la mía! No me sorprendería ganar algún kilo extra antes de que termine el verano. Sarr y Deborah parecían un poco susceptibles; creo que todos notamos la ausencia de Carol o puede que sea el tiempo, esa tensa sensación que se tiene antes de la lluvia, como si estuvieras esperando algo que se contiene. La verdad es que nunca les había visto irritarse del modo en que lo hizo Deborah con un gato. Durante toda la semana pasada ha estado intentando convencer a Sarr para ponerles cascabeles (le dan pena todos los pájaros y ratones que matan), de modo que esta noche, cuando «Toby» apareció en la puerta con la boca llena de plumas y entre ellas una patita amarillenta, estuvo a punto de tener un ataque; cogió el cuchillo del pan y le persiguió por el porche y hasta medio camino del huerto antes de volver aquí, con cara de estar muy avergonzada. Por un instante pensé que realmente iba a matar al gato.

«Feliz Cuatro de Julio», dije yo, pero no estuve muy afortunado. Para ellos el día es básicamente la celebración de la guerra, de lo militar, y una excusa para no trabajar. La verdad es que la sensación de fiesta era mínima; nada que lo distinguiera de otro día salvo la cita que Sarr entonó lúgubramente: «Cuatro de Julio, el grano hasta la rodilla». ¡Ay, dado que la siembra fue tan tardía el grano no llega ni a mis tobillos! No me extraña que estuviera de tan mal humor. Me las arreglé para distraerles un poco con el relato de mis «aventuras del día», es decir, mi pequeña excursión. De hecho, parecían ansiosos por enterarse de todo, igual que los padres preguntando qué se ha hecho hoy en la escuela. Estoy seguro de que habrán estado por ahí docenas de veces, dado que el sendero cruza su propiedad, pero también a mí me gusta oír cómo los visitantes describen el primer día en la ciudad y supongo que para ellos se trataba del mismo placer: alrededores familiares vistos a través de unos ojos nuevos. Por lo tanto, hice todo lo posible para no decepcionarles: escenifiqué mi odio hacia todo insecto, mi nerviosismo al hallarme solo en el bosque con serpientes, lobos, arenas movedizas, etcétera. Puede que se me fuera algo la mano, pero creo que se divertieron.

O al menos Deborah se divirtió. Me dijo que en mi siguiente paseo debo llevar detrás de la oreja un tallo de no sé qué para evitar que los mosquitos hembra se enteren de por donde voy. (Las hembras son las que pican.) Dijo que ella me buscaría un poco, ya que crece en el huerto. En cuanto a Sarr, no estoy tan seguro de que supiera cuándo bromeaba sobre mis hazañas del día y por lo que vi puede que me haya estado despreciando en secreto, aunque sospecho que básicamente estaba preocupado. Me dijo con gran seriedad que más me valía haberme detenido donde lo había hecho, dado que si me hubiera internado unos tres kilómetros más en el bosque habría acabado en el lugar donde el arroyo desemboca en una zona pantanosa en la que es muy fácil perderse. Dijo que más allá de ese lugar puede verse ciertas noches cómo el terreno está lleno de nubes de vapor y gas de los pantanos y fuegos fatuos y árboles que uno no esperaría encontrar por ahí. Es el sitio del que estaban hablando esos nombres ayer en el almacén, aquel donde mataron a las dos chicas..., el lugar que llaman Cuello de McKinney.

Cuando pienso en ella ahora, toda la tarde me parece tan irreal como un sueño. Me alegra estar nuevamente aquí con estas cuatro paredes manteniendo a raya la noche, con

la cama, los libros y la luz a mi lado. En momentos así, la granja me parece una isleta preciosa y sólo un loco se aventuraría entre la oscuridad para ir a sitios a los que no pertenece. Tengo el cuerpo tieso y también tengo un montón de sueño para seguir sentado aquí escribiendo. Hora de guardar el diario y meterme en la cama. Probablemente, Carol estará ahora yéndose también a la cama, sin saber nunca la suerte que tiene rodeada por todo ese cemento y ladrillos, esas calles ruidosas y bien iluminadas... Puede que Manhattan sea solamente otra isla pero no es nada parecida a este lugar. Diez a una a que esta noche vuelvo a soñar con la ciudad... tan arrogante, tan enorme y tan segura.

Cuatro de julio

Querido Jeremy:

Bien, parece que no será el tuyo el único verano solitario. Cuando llegué aquí la noche pasada me encontré con que mi compañera de piso se había esfumado junto con la mayor parte de sus ropas. Me había dejado una nota escrita a máquina diciendo que se iba de viaje con uno de sus amigos (nunca he sido capaz de identificarlos a todos) y que debería guardar su correspondencia y regarle las plantas mientras esté fuera. Ni siquiera sé adónde se ha ido. No puedo entender que se haya limitado a hacer las maletas y largarse de ese modo sin darme ningún aviso previo; me parece algo absolutamente falto de consideración pero supongo que debía haber esperado algo semejante de ella. Siempre ha sido extremadamente irresponsable. Gracias a Dios me ha dejado su parte del alquiler, todo lo necesario para el verano, hasta el último céntimo, en dos ordenados montoncitos de billetes etiquetados como «Julio» y «Agosto».

Por cierto, y en caso de que no te resultara obvio, pasé un fin de semana maravilloso. Ya sabes que era justo lo que necesitaba. Voy a mandarles a los Poroth una notita apenas termine con tu carta: se portaron muy bien conmigo los dos y espero tener oportunidad de volverles a ver antes de que pase mucho tiempo. No puedes ni imaginarte lo distintos que son de la gente de la ciudad. Ah, lo creas o no, el viaje de vuelta duró sólo una hora y media y no tuve el más mínimo problema en el aparcamiento. Supongo que es cosa del fin de semana largo: toda la ciudad parece abandonada. Claro que el regreso fue algo deprimente pero no he dejado de pensar en el campo, los Poroth, sus gatos... y en ti. Rosie vino esta noche e insistió para que fuéramos a cenar. Me hizo ver que debería estar realmente agradecida por todo el espacio extra que tengo ahora, por no hablar del silencio y la tranquilidad sin todos esos horribles amigos de Rochelle andando por aquí a todas horas.

Ya sé que tiene razón y en cierto modo supongo que me alegro de que se haya ido, pero no puedo evitar la sensación de haberme quedado un poco abandonada. La echo de menos. Quién sabe, puede que hasta te eche un poco de menos...



Seis de julio

¿Pretendía que la carta fuera un cebo? Pensándolo después, Carol se vio obligada a admitir que quizá había un poquito de cálculo, pero su única esperanza al escribirla había sido que pudiera volver a visitar la granja como invitada antes del final del verano. Ni por un momento había pensado que Freirs pudiera aparecer en la ciudad..., y sólo dos días después.

—Había pensado volver a ese restaurante —dijo al llamarla al trabajo—, por si esa maldita bolsa de libros aparecía. —Y añadió, como si se le acabara de ocurrir—: De todos modos, me pareció que no te desagradaría un poco de compañía, así que... aquí estoy.

Llamaba desde la terminal de autobuses del Puerto; serían las cuatro de la tarde de un miércoles cálido y pegajoso. Un poco después de leer la nota de Carol había hecho que le llevaran a Flemington y había cogido el primer autobús. Aunque haría una parada en la calle Bank para pasar por su piso y hablar con los nuevos inquilinos, esperaba estar libre para la noche. ¿Le gustaría ir a cenar? La recogería a las siete y media.

Faltaban aún dos horas para que pudiera salir del trabajo y Carol las pasó pensando en cómo iría la noche. Freirs no había dicho nada sobre dónde planeaba dormir y sin duda había pensado quedarse con ella... en su cama. Era una idea turbadora, pero innegablemente atractiva a la que fue dando vueltas una y otra vez en su mente. Lo que más le sorprendía era lo presuntuoso que podía llegar a ser. ¿Acaso creía que después de haberle dado largas una vez (dos, si se contaba la primera cita) le debía esta noche? Sí, era muy probable que lo creyera pues considerando lo metódico, pedante y preciso que podía llegar a ser no le habría sorprendido nada que fuera una de esas almas que actuaban siguiendo un esquema preordenado: un beso en la primera cita, algo más fuerte en la segunda y en la tercera la cama. Pero... un momento, quizá estaba siendo algo anticuada, quizá vivía en el pasado. Después de todo, Jeremy había estado casado y quizá para él lo que era dable esperar de tres días había terminado comprimido en una sola noche. En ese caso, Carol se dio cuenta de que estaba en doble deuda con él, aunque eso no hacía la perspectiva mucho más atrayente; que la colgaran si iba a entregarse a él por una simple obligación social. Cuando tuviera amante tendría que ser alguien especial y no un hombre impaciente pidiendo que se le saldara una deuda.

Y con todo... Y con todo al final de esos días juntos ella se había resignado (no, era algo más que eso) al hecho de acostarse con él si no en la granja en algún otro sitio. Lo había sabido desde su primera cita: iba a ser ese nombre. Había estado lista entonces y lo estaba ahora. Y sería tan agradable estar acostada junto a él esta noche, sabiendo que estaba ahí, junto a ella, en la oscuridad, haciéndole compañía en el piso que se había quedado vacío de pronto; sintiendo su piel desnuda contra la de ella, su calor entre las frescas sábanas. Ninguno tendría que levantarse pronto al día siguiente: podían permitirse el lujo de dormir hasta bien avanzada la mañana.

El día no daba señales de acabar. La luz seguía inundando la habitación y las persianas brillaban con un fulgor amarillo bajo el sol que había convertido la estancia en una jaula de aire estancado. Se arrodilló para ordenar los libros en el carrito y sintió el sudor corriéndole bajo la blusa y un pinchazo de ansiedad. Si julio era así, ¿cómo iba a ser el resto del verano? Guió el carrito a punto de rebosar por un delirante laberinto de

pasillos, mesas y estantes, su mente muy lejos de las tareas rutinarias y sus pisadas siguiendo el mismo chirrido rítmico de las ruedecillas. Al entrar en la pequeña oficina acristalada para cursar unos pedidos de suscripción pensó que iba a desmayarse: el acondicionador de aire estaba roto desde septiembre y con las tres mesas atestadas la estancia parecía aún más pequeña de lo que era en realidad y doblemente abarrotada. Su mesa había sido sepultada bajo pilas del *Library Journal* y todo un surtido de libros rotos o estropeados, aparte de que el cajón inferior seguía atascado. Carol se pasó la mano por el pelo húmedo y se dejó caer en su asiento. Iba a ser una noche muy cálida para hacer el amor.

Luego, con los brazos llenos de libros devueltos, pasó entre las hileras de clásicos infantiles que había junto al umbral: *Mujercitas*, en versión reducida; *El rey Arturo y sus nobles caballeros*, con ilustraciones victorianas; *Jóvenes famosos de la Historia*, con una Juana de Arco bastante infantil en la tapa. Maltrechos y sobados, con sus colores chillones y sus lomos llenos de arrugas los volúmenes parecían depósitos de una inocencia que ella ya no podría compartir después de esta noche. Se detuvo junto al escritorio de los ficheros para examinar las fotos de un cartel de las Girl Scouts, reliquia de alguna lejana campaña de reclutamiento y se encaró con todo un repertorio racial de muchachas sonrientes. También ellas parecían habitantes de otro mundo más inocente, uno que ya se desvanecía en el pasado y Carol se preguntó si mañana estaría riéndose de ella. ¡Basta! No debía perder la perspectiva de las cosas y, después de todo, ¿qué era un retazo de piel y unas gotitas de sangre comparadas con la decapitación de santa Agnes, Catalina clavada en la rueda, Úrsula violada por los hunos o Marcos asaeteado hasta morir por las avispas? ¿Por qué fingir que lo de esta noche tenía un significado místico, fuera el que fuese?

Dejó los libros en la mesa de las devoluciones, junto a la ventana. Ya estaba empezando a refrescar un poco. Ésta era la zona donde se amontonaban los libros de diez centavos el día de lectura; volúmenes mugrientos de colores suavizados por el sol camino del ocaso en cuyas cubiertas habían brillado en tiempos los dorados medallones de la colección Newbery como símbolos de pureza. ¡Pureza! Otra vez se alzaba en su interior esa absurda sensación de pena nostálgica. Éste era el mundo que iba a dejar esta noche y tenía la sensación de ser una condenada a muerte que lo contemplaba todo como si fuera la última vez que lo veía.

A su alrededor, los niños leían en voz alta con sus bocas articulando dificultosamente las palabras en tanto que otros permanecían sentados en silencio sin entender nada ante los libros más difíciles o iban y venían a lo largo de los pasillos, en una somnolencia inducida por el calor, cogiendo libros al azar y volviendo luego a dejarlos. Casi todos los niños, absortos en su lectura o en sus ensueños, no se daban cuenta de ella o de la señora Schumann, y los que estaban aburridos lo dejaban bien claro, a diferencia de los adultos del piso de abajo, hojeando impacientes libros ilustrados o peleando con sus amigos. De todos modos, el piso estaba bastante tranquilo y la atmósfera era desusadamente callada, con muy pocas peleas auténticas que apaciguar. La estancia zumbaba con el eco confuso de muchas voces y alguna que otra risa o queja proferida en tono agudo. A Carol le pareció que la mezcla era extraña y a la vez sedante.

Cuando faltaba poco para cerrar y estaba colocando unos libros en un estante de la

parte trasera se encontró al doblar por el pasillo con una niña pálida y delgada que se estaba levantando el vestido por encima de la cintura dejando al descubierto sus enaguas. Dos niños que habían estado agachados delante de ella se levantaron de un salto y salieron huyendo estrepitosamente, desapareciendo al otro extremo del pasillo. Carol oyó el ruido de sus pasos mientras cruzaban corriendo la estancia. Uno de ellos fue directo hacia la puerta y se esfumó por la escalera; el otro se detuvo sólo para recoger una gorra de béisbol y un guante y le siguió a la carrera. Pero la niña se había quedado inmóvil, los ojos muy abiertos y llenos de culpabilidad: había tenido tiempo de bajarse el vestido, pero sus manos seguían aferrando el elástico de la cintura. Lo soltó de pronto, trató de alisar el arrugado tejido y lanzó un lacrimoso «¡No hice nada!». No, claro que no. Ciertamente no había razón para castigarla, y aunque Carol no pudo resistir la tentación de soltarle un breve recordatorio entre susurros de cómo cierta gente se aprovecha de la inocencia de otra, no dijo nada cuando unos minutos después la madre vino a reclamarla con cara de pocos amigos.

De hecho, y aunque tardase en admitirlo a Carol aquello la había divertido..., y de un modo confuso y no muy digno, la había excitado. No lograba quitarse la escena de la mente: el vestido de la niña, el sol brillando en sus piernas y los dos niños como adoradores ante ese frágil trocito de piel carente aún de vello del tamaño de una galleta. Había cierta fuerza en el espectáculo y le traía recuerdos de cuando jugaba a médicos con el niño del vecino en el altillo sobre el garaje y..., ¿no había visto una vez un cuadro similar? Ese grupo de hombres contemplando con asombro y miedo el cuerpo desnudo atado sobre el altar..., ¿qué era, un cuadro, un sueño? Sólo un sueño, pero esa tarde en la ducha, preparándose para la llegada de Jeremy, la visión seguía dentro de ella y, mientras permanecía inmóvil bajo el caliente chorro de agua que le azotaba la piel, con la cabeza echada hacia atrás, sentía dentro de ella una oscura excitación y unos ojos que la miraban.

Jeremy llegó con media hora de adelanto, quejándose del calor, el ruido y la escalera llena de basura. En el restaurante no habían encontrado su bolsa y tampoco se la habían devuelto al piso y la pareja a la que se lo había subarrendado le hizo sentirse «como un extraño en su propia casa». Había quedado con un amigo para tomar una copa, pero la conversación había resultado aburridísima. Se quedó mirando a Carol con aire expectante como si esperase que ella lo arreglara todo.

Carol sentía aún el frescor de la ducha y llevaba el albornoz y el pelo mojado envuelto en una toalla. La había sorprendido algo que llegara tan pronto y después de su llamada al interfono había logrado ponerse a toda prisa la ropa interior y había recorrido frenética el piso recogiendo las ropas desparramadas para meterlas en un armario, quitando migas de la mesa de la cocina y pelos de la piletta y examinando sus rasgos a toda prisa en el empañado espejo del baño. Se había encontrado extrañamente pálida, aunque era difícil estar segura con la poca luz del baño pero, como mera precaución, se pellizcó las mejillas igual que hacía Scarlett O'Hara antes de todas sus citas. Claro que Scarlett jamás se había encontrado dando vueltas por el piso con un albornoz y un turbante en el pelo y ninguno de sus pretendientes había aparecido con la camisa manchada de sudor y el aliento oliendo a bebida. La noche parecía tener un mal comienzo o al menos eso pensaba,

hasta que, tras instalarse en el diván, Jeremy la había mirado de pies a cabeza y había dicho que tenía un aspecto condenadamente atractivo. Carol se había quedado esperando la sonrisita burlona que a veces era la única señal de que bromeaba, pero tanto su boca como sus ojos habían seguido serios.

—Supongo que será mejor que me vista —dijo apretándose nerviosamente el cinturón del albornoz.

—¡Eh, por mí no lo hagas!

—Creí que pensabas ir a cenar —dijo ella riendo.

—Claro que sí, pero no hay prisa. Venga, siéntate aquí un minuto. —Le dio una palmadita al cojín de al lado y luego, como sorprendido ante su propia audacia, apartó rápidamente la mano. Y Carol, sorprendida ante la suya, tomó asiento en el diván. Permanecieron callados un momento como si los dos consideraran cuáles podían ser las implicaciones de la nueva situación. Carol oía la respiración de Jeremy siguiendo el ritmo de la suya y sentada tan cerca de él era más que consciente de la poca ropa que llevaba bajo el albornoz. Aún sentía en la piel el cosquilleo de la ducha; si se le ocurría alargar la mano y tocarla, la encontraría limpia. Por último, con algo que parecía un suspiro, Jeremy alargó la mano... y se rascó la rodilla diciendo—: Jesús, recuérdame que nunca beba con el estómago vacío.

—¿Quieres que haga café? —dijo Carol empezando a levantarse.

—No, no, siéntate, sólo empeoraría las cosas. Una taza y me creería en el Maratón de Boston. —Se golpeó levemente el corazón—. Y después de la segunda no dormiría en toda la noche aunque estos días, sin tomar ni gota, cada día me acuesto más tarde. Todo mi horario se ha ido al cuerno.

—El mío también —asintió Carol—. Supongo que no estoy acostumbrada a disponer de tanto sitio. —Permaneció en silencio, observando como los últimos rayos de sol iban subiendo por la pared y le sorprendió ver lo miserable que parecía el piso incluso con tan poca luz. En la sala se notaba aún débilmente el olor de Rochelle, especialmente en el diván donde estaban sentados. Rochelle dormía en él cuando estaba en casa, ya que desplegado se convertía en una cama bastante mayor que la suya. Carol pensó en todos los hombres que había visto en aquel diván. Ya había decidido que allí era donde dormirían los dos aquella noche.

—Rochelle era una de las personas más ruidosas que he conocido —dijo, preguntándose durante un instante por qué hablaba de ella en pasado—. A veces, la oía roncar cuando apagaba la luz y cuando tenía aquí alguno de sus amigos... —Torció el gesto exageradamente—. Bueno, les oía incluso con la puerta cerrada. Supongo que por eso el silencio me resulta tan raro y últimamente no consigo irme a dormir antes de las dos o las tres de la madrugada.

—¿Ah, sí? Pues esa noche en la granja te acostaste muy temprano.

Había en su voz algo de resentimiento. «¡Dios —pensó ella—, qué ridículamente egoísta puede llegar a ser!» Pero al menos aún parecía interesado por ella.

—Estaba agotada de tanto conducir —dijo—. Y, de todos modos, dormí poco.

—Sí, me acuerdo. Dijiste algo de pesadillas. ¡Diablos, yo también las tendría con todas esas estampas bíblicas sobre la cabeza! La próxima vez, ¿por qué no te quedas

conmigo? —La miró con expresión traviesa.

—¿Quién sabe? Quizá lo haga. —Vio que le había sorprendido y sintió ganas de reír—. Es decir —añadió—, si me prometes que no volveré a tener malos sueños.

—Ojalá pudiera —dijo él sacudiendo la cabeza—. Pero te prometo que estaré allí cuando te despiertes.

—¡No me digas! —Sonriendo, Carol se le acercó un poco más—. ¿Y eso de qué crees tú que servirá?

—Oh, no sé. Estaré allí para hablarte y consolarte un poco. Y siempre puedo hacer esto. —Él la rodeó con los brazos y Carol sintió cómo todo su nerviosismo volvía de golpe. No podía entenderlo; estaba muy orgullosa de su figura y éste debía de ser teóricamente un instante carente de inhibiciones en el que dejarse ir y sus pasiones naturales se encargarían del resto. Cuando se tendiera de espaldas se convertiría en la mujer que deseaba ser y Jeremy en su verdadero amante; los muros iban a romperse y el secreto sería revelado. Pero en vez de eso notó que su cuerpo se envaraba, que el corazón le latía con furia y que le empezaban a temblar las manos. En nombre del cielo, ¿qué le pasaba? No es que le hubiera faltado tiempo para estar preparada: había tenido casi un cuarto de siglo. Sabía perfectamente bien lo que iba a ocurrir o, al menos, lo que se suponía iba a ocurrir, todo lo que él le haría y cómo se esperaba que respondiera ella. Era como saber todas las respuestas sin que nunca le hubieran hecho las preguntas—. Oh, Carol, por favor, no te pongas así —le dijo él al oído y ella pensó que su voz nunca le había parecido tan suave y amable antes—. Siéntate y relájate. No te haré daño, de veras. Ni siquiera voy a moverme, mira. —Posó su mano sobre su cadera y ella la sintió apretando levemente su albornoz, como un ser vivo que se movía y alentaba cuando ella lo hacía—. Vamos —le susurró—, háblame.

—¿De qué?

El sonido de su propia voz la horrorizó; sonaba tan asustada y ronca que estuvo a punto de no reconocerla.

—De lo que tú quieras. Cuéntame un secreto, o un sueño.

—Los secretos los guardo para la confesión —dijo ella intentando relajarse con todas sus fuerzas—, y los sueños siempre se me olvidan.

—Excepto el de la granja Porothe... ¿Recuerdas?

—Un poco, sí. No todo.

—No importa —dijo él atrayéndola hacia su cuerpo. La toalla se soltó de su pelo y resbaló sobre el diván—. Adelante, cuéntamelo.

—Estoy segura de que estaba relacionado con todas esas cartas tan raras que Rosie te regaló —dijo—. Algunas de esas imágenes se me quedaron en la cabeza. —Con gran relucencia dejó que su mente volviera atrás—. Recuerdo que estaba en una especie de jungla..., un sitio horrible. El suelo estaba lleno de vegetación y el aire de vapor. Me costaba respirar y a lo lejos se oían unas flautas que parecían gemir y unos tambores resonando una y otra vez sin detenerse. Estoy segura de que era de noche, pero a mi alrededor todo relucía como si ardiese. —Carol sintió un temblor casi imperceptible en la mano de Jeremy—. No sabía quién era ni cuál era mi aspecto. Quizá estaba muerta y sólo era un fantasma porque me parecía flotar sobre el suelo y deslizarme entre los árboles. Las

lianas y la espesura parecían abrirse ante mí y yo pasaba entre ellas sin un solo araño. Cuanto más avanzaba más alto sonaban las flautas y los tambores, y más frondosos se hacían los árboles, pero antes de llegar al final empecé a distinguir una especie de claro delante mío. Por primera vez pude ver el cielo. Había luna y...

—¿Y qué?

—Brillaba como un faro en el centro de ese claro.

—Para que vieras mejor —dijo él deslizándose suavemente su mano hacia sus senos. Carol puso su mano sobre la de él, apretándola.

—Ojalá no hubiera mirado —dijo—, porque no era nada agradable de ver. En el centro había un árbol solitario y hombres a su alrededor mirando algo en el suelo. Se apartaron y yo vi que al pie del árbol había una especie de altar y en él un cuerpo..., el cuerpo de una muchacha.

—Y entonces supongo que viste que esa muchacha eras tú. Y te despertaste dando un grito. —Jeremy estaba acariciándole el pecho.

—No, fue mucho peor. —Carol sintió como se le aceleraba de nuevo el pulso y se preguntó si él lo sentiría también—. Me desperté al oír que algo caía sobre el cuerpo y entonces vi bajo la luna una cosa muy larga, blanca y viscosa, que se enroscaba y se desenroscaba y, de pronto, se apartó del cuerpo irguiéndose y empezó a balancearse cada vez más rápido y me di cuenta de que estaba bailando, que seguía la música como una gigantesca serpiente ciega...

—¡Ah, ya sabes lo que eso significa! —Carol asintió y se apartó un poco de él.

—Sí, sí, ya lo sé pero esta vez no estoy segura de que sea eso. Y de todos modos, ¿por qué una serpiente debe ser siempre un símbolo fálico? ¿Y si fuera simplemente... una serpiente?

—Supongo que es posible. —Carol sintió su mano bajo el albornoz—. De hecho, está esa loca novela de Bram Stoker...

—Jeremy, espera, ¿qué estás haciendo?

—Nada.

—Pues a mí me ha parecido que era algo.

—No voy a hacerte daño. Levanta el cuerpo un momento...

—Quieres decir... ¿así?

—Mmm. ¿Tienes que mantener las piernas tan...? Eso, así es mejor. —Carol observó los movimientos de su mano, aún bajo el hechizo del sueño—. Intenta relajarte. Cuéntame cómo acabó, hablame del altar y esa serpiente que no era un símbolo. No pienso hacer nada que tú no quieras que haga.

Carol sentía los párpados cada vez más pesados. Inhaló una honda bocanada de aire y luego exhaló ruidosamente.

—No me entiendes —dijo—. Era algo totalmente distinto, algo más..., creo que sólo vi la parte que había sobre el altar. Recuerdo cómo subía y bajaba siguiendo la música, al ritmo de los tambores y las flautas. El otro extremo parecía enterrado en el suelo y no sé a cuánta profundidad, pero yo me daba cuenta de que estaba enterrado ahí, de que sólo estaba viendo un extremo. Y entonces... —Contuvo el aliento, en parte sintiendo curiosidad por ver lo que hacía Jeremy y en parte no atreviéndose a pensar en ello—.

Entonces me di cuenta de que los tambores debían de estar también bajo el suelo, en los más hondo de la tierra... Y de pronto se me ocurrió que todo lo que estaba viendo (el altar, el claro, la jungla entera) eran parte de algo más, algo enorme y vivo y lleno de odio... — Sintió cómo Jeremy le bajaba las medias y le gustó esa sensación y el hecho de que no estaba en manos de ella hacer nada, que no hacía falta ni que se moviera. Podía dejar que su mente retrocediera de nuevo hasta aquella noche—. Y entonces supe sin la menor duda que estaba ahí, rodeándome, extendiéndose de un confín de la noche a otro, una monstruosa criatura tan grande como el planeta. El sonido de las flautas era su aliento y los tambores eran los latidos de su corazón y esa horrible serpiente blanca que se agitaba sobre el altar era solamente una arteria diminuta en la que corría su sangre. Pero colgando del árbol estaba lo más horrible de todo lo que vi, porque entre sus ramas, mirándome, estaba el ojo, el rostro y el cerebro...

El ruido del interfono al sonar la hizo incorporarse de un salto. Alguien llamaba desde la calle, alguien quería entrar. Se apretó el albornoz en torno al cuerpo y cruzó a toda prisa la sala para pulsar el botón del interfono.

— ¿Quién es? — preguntó con voz temblorosa.

No hubo réplica alguna. Del altavoz surgía sólo el silbido de los vientos espectrales que iban y venían por los pasillos desiertos. Freirs se removió impaciente en el diván.

— ¿Quién es? — preguntó esta vez en un tono más alto.

Oyó un leve crujido y por fin, entre el vacío, llegó a su oído la voz tenue y familiar de Rosie.

Está rezando para que no sea demasiado tarde, pero ni siquiera ahora, mientras espera jadeando en el portal a que la mujer le abra la puerta, hay el más leve temblor en su paciente sonrisita y nadie que le viera desde la calle sería capaz de suponer que tras ella hay oculto un aullido de ciega rabia demoníaca. Durante todo el día ha seguido el progreso del hombre hacia la ciudad a lo largo de cada kilómetro de su trayecto. Ha estudiado la reacción de la mujer, catalogando cada uno de sus gestos y suspiros y hasta el más leve latido de su corazón, pero ha cometido un descuido, ha olvidado tomar en cuenta un pequeño factor en sus cálculos. El aire es una fracción de grado más cálido de lo que había previsto, lo bastante como para que eso pueda suponer una diferencia final en el resultado. Sabe muy bien que incluso en un día más frío la proximidad entre un hombre y una mujer, siendo los seres humanos como son, puede dar lugar a cualquier cosa y lo que para ellos dos en el piso puede ser visto como una consumación para él sería una catástrofe. Toda una vida de planes puede quedar reducida a la nada en el espacio de un breve jadeo y un grito repentino de dolor. Y es muy posible que eso ya haya ocurrido en cuyo caso, naturalmente, los dos deberán morir.

Pero aunque haya llegado a tiempo hay un segundo problema no menos urgente creado por ese calor inesperado: un problema, podría decirse, de eliminación de basuras... Al principio no le pareció importante (se trataría meramente de mantenerlas guardadas durante un tiempo), pero a causa del clima, la situación está empezando a hacerse crítica y ya no hay más tiempo que perder. Debe hacerlos salir del piso, pues si se acercan demasiado a ese diván..., bueno, los resultados podrían ser lamentables para todos. Sí,

realmente lamentables, casi tanto como su estado actual. Pero cuando la puerta se abre con un zumbido y entra en el vestíbulo su rostro sigue congelado en su sonrisa habitual, pues incluso aquí puede haber alguien observándole, nunca puede saberse con seguridad. Sólo una vez dentro de los familiares confines del ascensor, a salvo entre la intimidad de sus maltrechas paredes metálicas, deja que su máscara resbale durante un segundo. Mientras la puerta se cierra con un chirrido y el camarín empieza a subir, la sonrisa se esfuma y los labios se retuercen en un rugido de furia animal. Los dientes rechinan entre sí con el ruido de piedras al partirse, y con los rasgos convulsos hasta ser casi irreconocibles, sus puños diminutos se agitan en el aire y toda la rabia que ha estado conteniendo sale de él en un chorro frenético de ruidos, escupitajos y miembros convulsos. Como un poseso, se lanza de un lado a otro del pequeño recinto golpeando las paredes con los puños y todo el ascensor tiembla bajo sus pies, agitándose de un lado a otro como si dentro de él hubiera encerrado un enjambre de abejas enloquecidas.

Y por último, el ascensor se detiene en el quinto piso abriendo sus puertas para dar paso a la figura rechoncha y apacible de un viejo. Permanece un instante inmóvil, el rostro alegre y tranquilo, aunque algo más sonrosado de lo habitual y en los ojos un destello de travieso buen humor y luego sale al pasillo dirigiéndose hacia el apartamento situado al final. Se limpia la frente con un pañuelito blanco, guiña amistosamente los ojos al vacío y con la sonrisa de nuevo bien puesta llama al timbre. Oye voces en el salón. Inclina su pequeña cabeza para oír mejor y husmea el aire que sale bajo la puerta. No, es indudable, tendrá que hacerles salir, alejarles de ese maldito diván..., y pronto, antes de que lo abran y descubran lo que hay escondido dentro. La carne, por muy bien preparada que esté, acaba oliendo siempre cuando hace calor.

Iba a contestar yo, pero Carol me ganó por la mano. Nunca he visto a nadie vestirse tan rápido. Supongo que con su mentalidad retorcida de costumbre debía sentirse culpable porque yo estuviera allí, dado que montó un escándalo absolutamente innecesario con Rosie... Qué sorpresa tan maravillosa, las ganas que tenía de que nos conociéramos bien, etc., etc. No puedo decir que me complaciera demasiado verle de nuevo, considerando el momento en que apareció (de hecho, me pasé varios minutos maldiciéndole en silencio), pero debo admitir que parece inofensivo, aunque no me entusiasma ese ceceo que gasta a veces y su modo de andar como a saltitos. Apenas entró casi bailoteando por la puerta fue todo sonrisas y pese a su edad no estuvo quieto ni un segundo y anduvo husmeando la sala como un cachorrito demasiado crecido; casi me parecía verle meneando el rabo.

Naturalmente, le di las gracias por su extravagante baraja (aún no le había mandado una nota y ahora ya no tendría que hacerlo), aunque debo admitir que el viejo demostró un interés de lo más halagador por mi trabajo. Parloteamos un poco sobre los cursos de cine, los estudios y los apuros de los licenciados, pero tuve la impresión de que lo hacía sobre todo en beneficio de Carol. Parece estar prácticamente atado a ella; de hecho, la única vez que pareció un poco dolido fue cuando ella dijo que le había sorprendido su visita. Sencillamente, no podía entenderlo; ¿acaso había olvidado que iban a cenar? Aparentemente sí o al menos es lo que ella dijo. Puso cara de sentirlo mucho, se disculpó y

todo eso pero cuando él no miraba se encogió de hombros sacudiendo la cabeza. Puede que el olvidadizo sea Rosie, pero de todos modos decidimos salir los tres a cenar. Jugando a ser la perfecta anfitriona, Carol nos dijo si queríamos tomar una copa de vino antes de salir y yo, ciertamente, habría podido tomarme una, preferentemente helada, tal y como me sentía, pero Rosie dijo que estaba famélico y parecía estar ansioso por salir.

En la calle ya era de noche, una de esas noches cálidas y llenas de olores de la ciudad en que las calles resuenan con tambores y música de mambo. Había incluso más violencia de lo habitual en el ambiente y todo el mundo parecía andar por las aceras bailando, bebiendo o esperando a que ocurriera algo. En noches como ésta y en los barrios portorriqueños como el de Carol es fácil imaginar que estás en el trópico. El ruido te pone impaciente y hace difícil concentrarse, aunque no es una sensación realmente mala del todo, pese a que dé un poco de miedo. Es fácil entender la razón de que muchos se vayan a vivir a Hampton o la Isla del Fuego durante el verano y también es fácil pensar que si yo fuera algo más joven y pobre, condenado a quedarme en la ciudad sin nada que perder, sintiera la tentación de reventarle los sesos a cualquiera con una cadena de bicicleta. Claro que mis impulsos eran bastante menos salvajes: tenía ganas de apartar a Carol del resplandor de los faroles y hacer el amor con ella toda la noche. Incluso habría estado dispuesto a volver a ese pisito asfixiante con las cucarachas y el calor.

Debo admitir que en su pobreza hay algo que me atrae. Siento cierta excitación al pensar que, aun con lo poco que tengo, podría realmente ayudarla financieramente hablando. Nos costó cierto tiempo decidarnos por un restaurante, dado que Rosie no paraba de sugerir todo tipo de lugares desconocidos y remotos al otro lado de la ciudad. Quizá trataba de impresionarnos. Finalmente optamos por Harvey's; está sólo a unas cuantas manzanas al este y nunca tienen prisa por cerrar. Carol y yo comimos tortilla (con todas esas locas ideas sobre la comida creo que va a ser muy barata de invitar), en tanto que el viejo Rosie devoró un filete mignon la mitad de grande que su cabeza. La cena fue estupenda aunque a mitad de ella nos quedamos a oscuras unos momentos; Carol dice que este año hay muchos apagones. De pronto, todo el lugar se ennegreció pero las luces volvieron en seguida, aunque yo agradecí mucho que hubiera una vela sobre la mesa.

No estoy seguro de cuál fue la razón, pero Carol nos dejó solos unos instantes justo después de eso y cuando volvió a sentarse estaba como distante y apenas habló durante el resto de la cena. Me pregunté si la había inquietado el apagón o si era algo que yo había dicho, pero ahora pienso que sencillamente se encontraba algo incómoda (puede que incluso, con lo raros que son los católicos, sintiera remordimientos), por lo que había pasado en el piso. Supongo que es natural: cuando te has abierto mucho a otra persona, luego tiendes a retraerte un poco a modo de compensación. Sin embargo, deseé que no se hubiera quedado tan seria. Como yo esperaba, Rosie se ofreció a pagar pero acabamos partiendo la factura entre los dos, lo que supongo quiere decir que me estafó un poco. Esperaba que considerara concluida la noche con eso y pudiera pasar un poco de tiempo a solas con Carol, pero no hubo tanta suerte; parece que nuestro Rosie es un ave nocturna. Insistió en que Carol y yo le acompañáramos a un viejo bar de West Chelsea que conoce (pagó las copas, al menos) y el cual resultó estar lejísimos siguiendo la Undécima Avenida hasta caerse prácticamente al Hudson. Con su paso y lo cortas que tiene las piernas

tardamos una buena media hora sólo en llegar.

El sitio no era nada especial, pero de todos modos tomamos un par de rondas. Hacia el final, Rosie empezó a ponerse sentimental, recordando su infancia en el campo y le dejamos desahogarse. Cuesta bastante imaginarlo en una granja. No volvimos al piso de Carol hasta pasada la medianoche y creo que para entonces Carol habría sentido el mismo alivio que yo perdiendo de vista a Rosie, pero él murmuró algo con esa lastimosa vocecita suya sobre estar «al borde del agotamiento» y zas, ella le ofreció en seguida un café. Apenas salimos del ascensor Carol dijo que olía algo raro y un momento después yo lo olí también. Nos preparamos para lo peor mientras ella abría la puerta y claro, de ahí venía. Conteniendo el aliento corrí hacia la cocina para toparme con el piloto apagado y el trasto que tiene por calentador siseando como una serpiente. Probablemente llevaba horas perdiendo y todo el piso estaba lleno de gas. Si hubiéramos encendido un fósforo todo habría volado.

Rosie y yo abrimos las ventanas mientras que Carol iba a buscar al encargado, que resultó ser un viejo cubano gruñón dispuesto a considerarlo todo culpa de Carol. Echó una mirada, dijo que se había roto una cañería encima de la válvula de cierre y que por la mañana lo haría arreglar. Rosie insistió en que fuéramos a su casa y nos encontramos metidos en un taxi a la una treinta de la madrugada con Carol inquietándose por su calentador, pero quizá secretamente aliviada del rumbo que tomaba todo, yo maldiciéndome a mí mismo, y Rosie sin enterarse de nada, sonriéndonos radiante desde el asiento delantero. Vive en uno de esos horrendos edificios viejos de Riverside Drive, cerca de Columbia y su piso realmente le viene grande (dos enormes dormitorios, techos altísimos llenos de molduras y adornos de escayola), aunque gracias a los alquileres limitados estoy seguro de que el viejo bastardo casi no paga nada por él. Nos dijo que llevaba allí más de treinta años, pero la verdad es que no le ha sacado mucho partido al sitio. La cocina era agradable (abarrota de porcelanas, tazas y bandejitas pintadas como el hogar de una solterona), pero el resto del piso parecía casi abandonado. Nada en las paredes salvo algunas litografías de calendario enmarcadas y un dibujo infantil tosco y casi obsceno cuyo autor dijo conocer. Para haber viajado tanto como dice, la verdad es que no parece haber adquirido nada interesante; ciertamente, no se le puede acusar de ser un materialista. Los únicos libros que vi eran cosas como *Sea usted su mejor amigo* y polvorientos novelones victorianos de esos que suele haber en los estantes de las ancianas, sin que nadie los lea nunca. Carol pareció algo decepcionada, supongo que esperaba un museo.

Rosie se disculpó por el aspecto «espartano» del lugar y dijo algo sobre no estar mucho en casa. Parece que hasta hace un par de años pasaba casi todo el tiempo de viaje o en la biblioteca, a veces compaginando las dos cosas. Pensé en una sucesión de bibliotecas y salas de lectura a lo largo del mundo con ese diminuto rostro arrugado oculto en un rincón de cada una de ellas. Los dos estábamos ya cayéndonos de sueño y tuve muy claro lo que iba a pasar: de hecho, habría debido tenerlo claro apenas sonó el interfono en el piso de Carol. Sin comerlo ni beberlo, había logrado adjudicarme el más estúpido de todos los papeles: era el amante siempre en celo y siempre frustrado de una de esas irritantes comedias de Howard Hawks, condenado a pasar la noche solo. Naturalmente, Rosie

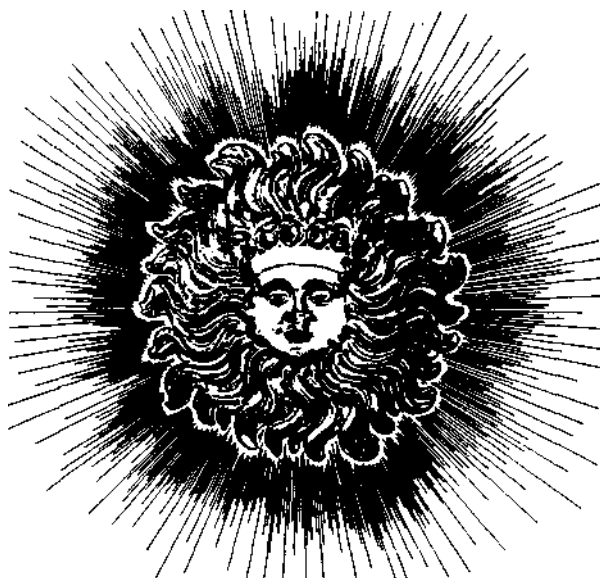
procedió a prepararme un sofá en el cuarto que había junto al suyo, en tanto que Carol se instalaba en el otro dormitorio, dejando su cuerpo regordete aparcado entre nosotros dos.

Así pues, me acosté célibe de nuevo con una resaca prematura, un humor de perros y una erección inútil. No podía quitarme a Carol de la cabeza, la veía constantemente con esas medias blancas casi inexistentes compradas en Woolworth ya a medio sacar y con el aspecto de una hija de granjeros delgada y solemne con su pequeño trasero y sus delgados muslos blancos: un espectáculo increíblemente sexy. Jesús, cada vez la deseo más.

De todos modos, dormí profundamente sin tener ni un solo sueño y me levanté sintiéndome igual de mal que al acostarme. Rosie andaba revoloteando por el piso preparando el desayuno y silbando una tonadilla (tenía un aspecto horrible, creo que se había quitado la dentadura postiza), pero Carol estaba más distante que nunca. Cuando volvimos luego en el metro parecía preocupada por su piso y su trabajo, y estaba claro que había llegado el momento de la despedida. Por lo tanto, me bajé en la calle Cuarenta y dos, aguanté la mitad de una película porno llamada *Ya me viene* y cogí luego el autobús para volver a la granja de los Poroth.

Libro quinto

La Ceremonia Blanca



Y están luego las Ceremonias, siendo todas ellas importantes, aunque algunas sean más placenteras que otras.

MACHEN, El pueblo blanco



Siete de julio

Era una suerte que Jeremy se hubiera ido. Carol necesitaba tiempo para ordenar sus ideas. Que la noche anterior hubiera llegado tan lejos, que ella hubiera estado desnuda ante él, tan obviamente excitada y dispuesta a ceder... en cierto modo, eso le parecía mucho más íntimo de lo que habría sido irse a la cama los dos. ¡Y pensar que durante todo ese tiempo él ni había llegado a quitarse los pantalones! Todo aquello era demasiado complicado y la irritaba igual que la había irritado volver al piso y encontrarse con el calentador igual.

—¿Acaso no han podido arreglarlo? —le preguntó al encargado que estaba sentado con cara malhumorada ante su puerta del primer piso con una emisora hablando en castellano sintonizada en la radio y algo de olor picante friéndose en la cocina.

—Vendrán esta tarde —dijo él, impaciente por que le dejaran a solas con su comida—. Son gente muy ocupada. Vuelva esta noche y todo arreglado.

—¿Quiere decir que aún no han venido? Pues es raro porque estoy segura de que arriba ha estado alguien.

De vuelta en el piso y teniendo mucho cuidado de no acercarse a la cocina, Carol inspeccionó el lugar. No, estaba claro que se había equivocado: no pudo encontrar nada fuera de sitio y no faltaba nada (aunque, pensó, no había nada que valiera la pena robar) como tampoco había ninguna señal auténtica de que alguien hubiera estado en el piso desde la última noche. El sol entraba a raudales por las ventanas abiertas pero el piso seguía apestando a gas y no le apetecía quedarse en él más de unos minutos. Examinó sin gran interés los artículos de Rosie que tenía en el dormitorio para resumir: *Mitos de los cherokee* (Washington, 1900). *Descripción de una extraña raza aborigen en la cumbre de las colinas Neilgherry* (Londres, 1832). Cuando volviera seguirían allí y por suerte no le hacía falta repasarlos ahora. Se cambiaría de ropa, iría a trabajar y trataría de olvidar todo lo sucedido la noche anterior.

Entró en la cocina conteniendo el aliento, lavó unos cuantos vasos, para que los del gas vieran que mantenía la casa limpia, y fregó algunos estantes. Luego corrió las cortinas de la sala preguntándose si debía dejar la vieja TV en el piso para acabar diciendo que de todos modos nadie la iba a querer robar. Si los del gas robaban algo ya les denunciaría a la compañía... Vio de pronto que había algunos cabellos negros sobre la alfombra, al pie del diván. «Siempre hay algo de Rochelle por aquí», pensó recogiendo y tirándolos por la ventana. Una brisa cálida se los llevó, flotando como telarañas hasta hacerlos desaparecer.

La biblioteca seguía igual que el día antes, pese al calor. Tuvo la impresión de no haber salido nunca de ella. En esta época del año había menos estudiantes, pero los viejos, esos pálidos espectros que llenaban cada día las mesas y los expositores de revistas, no parecían darle importancia a la época del año ya que no tenían playas ni chalets a los que huir cuando empezaba a hacer calor. Había los montones acostumbrados de libros maltrechos que guardar y a eso se dedicó en silencio casi toda la tarde aunque su mente no estuviera en tal labor. Estaba pensando en el piso, en el encargado (¡qué grosería la de algunos hombres!) y en Jeremy, que la había hecho sentirse tan vulnerable. ¿Se estaría riendo de ella ahora mismo? ¿Pensaba acaso en ella? Quizá no fuera más que otra conquista y se dijo que, de todos modos, lo era, no había modo de negarlo; la última noche había sido conquistada. Pensó en Rosie... pero lo apartó rápidamente de su cabeza. Era el único hombre que la había tratado de modo bondadoso y no quería pensar en lo que había visto la noche anterior en el restaurante, era demasiado horrible...

Mientras recorría luego los pasillos de la sección infantil, casi logró apartar de su mente el incidente del restaurante. La señora Schumann estaba leyendo cuentos de Hans Christian Andersen a un grupo de niños en la mesa del rincón. Carol pasaba junto a ellos de vez en cuando haciendo sus rondas e iba oyendo retazos de cuento: «La niña que pisó una mosca». Sin duda aquellos pequeños monstruos habían pedido precisamente ése, el más repelente y retorcido de toda la colección, con su niña que arrancaba las alas de las moscas y su extraño castigo: presenciar, paralizada e indefensa, cómo esos mismos insectos se arrastraban sobre su cara y su cuerpo. Le alegró ver que al menos dos de los niños no prestaban atención al cuento. Estaban sentados en el suelo ante el primer estante de la sección de biología dedicado, según sabía Carol, a textos médicos y consejos sanitarios para adolescentes. Pasó junto a ellos dos veces y siempre les vio absortos sobre un gran libro de anatomía con sus caritas estudiando algo que las tapas del libro

ocultaban. Por el modo en que uno de ellos la miró al pasar la segunda vez, Carol imaginó que estaban buscando algún desnudo, ocupación muy común entre los niños que usaban la biblioteca. Los ventiladores situados sobre los estantes zumbaban incansables y la voz de la señora Schumann parecía arrastrarse por la sala como un eco de su zumbido. Al pasar por tercera vez, Carol se dio cuenta de que uno de los niños estaba arrodillado en el suelo mientras que el otro seguía sentado con las piernas cruzadas. Estaba pensando si mandarles a sus asientos (ya que estaban ensuciándose los pantalones) cuando el mayor de los dos agachó la cabeza y se lanzó sobre el otro agarrándolo con furia. Un segundo después, los dos rodaban por el suelo gruñendo y arañándose. Aunque Carol era mayor que ellos (como le había recordado una vez la asistente de la supervisora) no tenía el tamaño suficiente para separarlos. Corrió en busca de la señora Schumann que se incorporó abandonando a su círculo de oyentes como un leviatán surgiendo de las aguas y entre las dos separaron a los contendientes. Resultaron ser hermanos y la pelea no tenía como motivo el libro tirado en el suelo sino un cortaplumas que los dos reclamaban como de su propiedad. La pelea acabó con el cortaplumas confiscado permanentemente en el cajón de la señora Schumann y los dos niños avisados de que no pusieran de nuevo el pie en la biblioteca sin una nota de su madre..., nota que, como sabían las dos mujeres, no llegaría jamás a escribirse.

Fue el cortaplumas lo que la hizo acordarse de nuevo del incidente durante la cena. Recordaba lo feliz que la hacía sentirse todo: el que Rosie y Jeremy parecieran llevarse bien; quizá, incluso, el que Rosie hubiera llegado a tiempo para impedirle hacer algo irrevocable o solamente por el hecho de estar pasando una noche veraniega con dos hombres a los que apreciaba en un cómodo restaurante con velas, buena comida y un aparato de aire acondicionado que funcionaba. Recordaba a Rosie habiéndole con una sonrisa cariñosa de su futuro y de cómo se le habían subido a la cabeza todas esas palabras sobre cursos, oportunidades y trabajos. Rosie le había dicho, agitando entusiásticamente su cuchillo, que era una joven dotada de un talento fuera de lo común y que esperaba grandes cosas de ella. Y entonces, como un sueño que se acaba (incluso ahora sentía un escalofrío al recordarlo) las luces habían oscilado un par de veces y se habían apagado dejando como única fuente de iluminación las velas de la mesa.

Todo había ocurrido en un instante. Unos segundos después, la luz había vuelto y el zumbido del aire acondicionado había llenado de nuevo el aire y con él había vuelto el movimiento, la risa y la conversación. Pero en ese instante congelado de sombras y silencio, con sólo la luz de la vela en la mesa, había visto a Rosie mirándola... y había sido como verle por primera vez. En ese instante, bajo aquella luz alterada, todo había parecido distinto: el rostro del viejo era duro, gélido y cruel, y el cuchillo que tenía en la mano parecía apuntarla, mientras que en sus ojillos la luz de la vela hacía brillar mil reflejos aguzados como navajas.

El gran lecho llenaba prácticamente la pequeña habitación. Estaban desnudos y algo atontados por el calor de la tarde, contemplando la luz de la linterna que oscilaba sobre la mesa junto a la pared. Deborah tenía el cabello suelto y su negrura destacaba aún más sobre la blanca sábana. A su alrededor yacían su siete gatos: «Dinah» y «Toby» junto a la

cabeza de ella, «Habakkuk» o «Cookie» a sus pies, «Zillah» con la cabeza metida bajo la oreja de Sarr, «Riah» y «Rebekah» en una esquina de la cama y, finalmente, «Bwada» medio escondida bajo el lecho pero siempre dentro del radio de acción de la mano de Sarr. Yacían en silencio, escuchando y esperando a que Freirs saliera de la granja. Desde el cuarto de baño les llegaban sus ruidos al lavarse los dientes, hacer gárgaras, cerrar la cremallera de su neceser y, por último, soplar apagando la lámpara de queroseno. Oyeron abrirse la puerta con un crujido y luego sus pasos en la cocina justo bajo ellos. Deborah se medio incorporó en el lecho para seguir su avance a través de las grietas del suelo por el débil resplandor de la linterna de Freirs. La puerta se abrió y volvió a cerrarse con un chasquido del pestillo seguido por los pasos de Freirs bajando los peldaños de la parte trasera. Luego hubo silencio, roto sólo por un leve «¡Maldición!» (había pisado algo en la hierba, seguramente), y por fin los dos se quedaron a solas con sus pensamientos.

—Estaba de mal humor, ¿no? —susurró Deborah—. Creo que era por Carol. Cada vez que hablaba de ella ponía mala cara.

Sarr tenía los ojos medio cerrados y se apoyaba voluptuosamente en el duro colchón como si estuviera relleno de plumas.

—Se lo tenía merecido —dijo lentamente—. Volvió a la ciudad por una sola razón que los dos conocemos. Tenía el corazón lleno de lujuria y el Señor le hizo sufrir por ello.

—Cariño, es algo más; la echa de menos. La está cortejando igual que tú a mí.

Sarr pareció meditar un instante.

—Bueno, puede que sea natural seguir así a una persona cuando tu corazón se ha decidido por ella... ¡Pero nunca debió seguirla hasta allí!

Su rostro había vuelto a endurecerse; se parecía mucho a la borrosa foto de su padre que les contemplaba con expresión austera desde el escritorio.

—No hacía más que ir a su casa.

—Estaba dejando todo lo que le hemos ofrecido aquí como si no significara nada para él..., como si nosotros no significáramos nada. ¿Y por qué? Por un revoltijo de luces, ruidos y espectáculos. Volver allí fue un error.

Deborah permaneció callada unos instantes.

—Supongo que sí —dijo finalmente—. Pero ya sabes que este lugar es todo un cambio para él, cariño. Aún no está acostumbrado a nuestro modo de vida, le gusta tener gente alrededor. —Hizo una pausa—. Y no es que yo le culpe por eso.

—Oh, ya veo. —En sus labios aleteó la sombra de una sonrisa y sin volverse a mirarla alargó la mano para acariciarle los pechos—. Estás diciendo que ya no soy lo suficiente hombre para ti, ¿verdad? Y que le quieres a él, ¿no?

Deborah rió y se apretó contra él haciendo moverse a dos gatos.

—Justo. Estoy harta de ti y creo que voy a buscarme un amante. —Se apretó contra él y Sarr le pasó los dedos por el cabello dejando al descubierto la pálida piel de su hombros.

—Tendría que haberle hecho caso a mi madre —dijo besándola. La miró y luego sonrió—. Pero me alegro de no haberlo hecho.

Los gatos se apartaron a regañadientes para dejarles hacer el amor. El viejo lecho crujió y tembló. Después, aún dentro de ella, los ojos cerrados y respirando con fuerza, Sarr tendió la mano hacia la Biblia que había en la mesilla de noche. Sus dedos se cerraron

sobre las gastadas tapas de cuero pero el libro resbaló y Sarr tuvo que estirarse para que no cayera. Sus cuerpos se apartaron.

— Cariño, ésta será la última noche durante un tiempo —dijo ella suspirando.

— ¿Hmmm? —Sarr estaba apoyado sobre los codos pasando las hojas desgastadas y tratando de leer pese a la escasa luz.

— He dicho que no podremos hacerlo durante un tiempo..., a menos que desees tener otra boca que alimentar.

Sarr la miró un instante, como dándole vueltas al asunto, y luego, sacudiendo la cabeza, volvió a la Biblia.

— Ya habrá tiempo para eso. Debemos demasiado y tenemos muy poco y... bueno, quizá el profeta pueda guiarnos. —Le tendió el grueso libro y se levantó, dirigiéndose sin hacer ni un ruido hasta la esquina del cuarto en que había la chimenea y la pared daba al interior de la casa, sin un solo cuadro ni una ventana interrumpiendo la superficie. Apartó la alfombrilla y se arrodilló frente a la pared —. Empecemos —dijo cerrando los ojos.

Deborah se incorporó en la cama sintiendo la dureza del cabezal contra su espalda; sentir la resistencia y el peso de la madera parecían ser lo más adecuado cuando abría la Biblia en su regazo. Como siempre que ejecutaban la ceremonia conocida entre ellos como «sacar las suertes», las páginas elegidas eran las de Jeremías, aunque a veces Sarr se ponía a prueba eligiendo un capítulo menos familiar. Deborah alzó los ojos para mirar a la pared donde bajo un gastado banderín de Trenton colgaba un viejo bordado representando el Ave del Paraíso en el Árbol de la Vida. Con los ojos clavados en el follaje verde y oro, pasó el dedo al azar sobre la página, deteniéndose al final.

— Veintinueve tres —dijo.

Sarr permaneció silencioso y rígido. Deborah leyó el texto y frunció el ceño.

— Me temo que he empezado con uno malo —dijo—: «Por la mano de Elasah el hijo... el hijo de Shaphan, y Gemaria el hijo de Hilkiah, a quien Zedekah, el rey de Judá, mandó a Babilonia, y al rey Nabucodonosor...». —Deborah fue leyendo en silencio las palabras a medida que Sarr las decía en voz alta y luego volvió a pasar páginas al azar hasta detener su dedo en otro pasaje—. Me pregunto si Jeremy habrá estado usando las cartas que le dio Carol del mismo modo que nosotros usamos la Biblia para adivinar el destino. Ocho quince.

— «Buscamos la paz y nada bueno nos aconteció; buscamos un tiempo de prosperidad y vimos nacer el descontento.» Francamente, Carol se dejó engañar como una tonta con esas cartas. El Dynnod no es para adivinar el destino.

— ¿Cómo lo sabes, cariño?

— Uno de mis cursos de religión.

— Creí que las cartas eran un juego inventado por esa compañía.

— Las cartas sí, pero los dibujos son mucho más antiguos.

— Entonces, ¿para qué son?

— Se supone que proporcionan visiones.

Deborah miró el techo mientras sus dedos escogían otro pasaje.

— Hmmm. Bueno, supongo que Carol no lo sabía. —Miró la página—. Cuatro cuarenta y siete.

—«Y así cometeréis esta gran iniquidad contra vuestras almas, separando de vosotros al hombre y a la mujer, al hijo y al recién nacido...»

—Bien. —Escogió otro pasaje—. Treinta y siete cuatro. Hablando de recién nacidos, Lotte Sturtevant tiene la barriga tan enorme que todas pensamos que va a ser un niño. Puede que hasta mellizos. Si yo fuera a tener un...

—«Y Jeremías fue entre su gente...»

—...un chico podría ayudarme en la casa mientras fuera pequeño y luego te ayudaría a ti en el campo. Has estado diciendo últimamente que no te iría mal una mano extra y además... —Miró la página—. Esto, once seis. Hay montones de cosas por hacer en esta granja.

—«Y el Señor me dijo: "Proclama estas palabras en las ciudades de Judá y en Jerusalén y diles: Oíd las palabras de esta Alianza y acatadlas."»

—Correcto. —Pasó las páginas hacia atrás—. Tengo ganas de que todos esos trastos oxidados del granero estén limpios para venderlos o para lo que sea... cuarenta y nueve dieciséis.

—«Tu arrogancia te engañó y la soberbia de tu corazón: tú, que habitas en cavernas de peñas, que tienes la altura del monte, aunque alcas como águila tu nido de allí te haré descender.»

—¿Y te has fijado en la cantidad de orugas que hay últimamente? La última vez que miré bajo los aleros había todo un nido, y el otro día Jeremy se quejó de que también hay en el cobertizo. Cinco treinta. Y los bosques están llenos de maleza...

—«Se han cometido hechos horribles y prodigiosos en esta tierra.»

—Sí, la tierra... se está echando a perder. Diez veintidós.

—«Contemplad, pues se acerca un gran estruendo y una gran conmoción que vienen del norte para desolar las ciudades de Judá y hacer de ellas cubil de dragones.»

—Oh, oh. —Deborah se alisó el pelo y contempló pensativa el techo—. Dijiste que esas cartas proporcionan visiones..., ¿crees que realmente funcionan?

—Claro —dijo Sarr aún de cara a la pared—. Toda la magia funciona.

—Quizá tendríamos que avisar a Jeremy.

—No creo que sea deseo del Señor que interfiramos —dijo Sarr pasados unos segundos—. Considéralo como parte de su educación espiritual.

—Yo no diría que eso... —Sarr la miró con impaciencia.

—Venga, Deb, sigamos.

—Vale, sólo uno más. —Pasó rápidamente las páginas al azar y dejó que su dedo escogiera un pasaje—. Ciento treinta.

—«Se han cometido...» Espera, ése acabamos de hacerlo.

Deborah leyó el pasaje.

—¡Santo Dios, tienes razón! Qué raro... —Pasó la página y, mirando al techo, fue siguiendo las líneas con el dedo. En ese momento oyeron un repiqueteo sobre sus cabezas que parecía proceder de la esquina del cuarto, algo parecido a las pisadas de Freirs al salir de la granja, y que se movió pasando por encima de ellos hasta perderse más allá de la pared. Los gatos alzaron la cabeza y gruñeron agitando el rabo—. ¡Oh, no, otra vez no! —gimió Deborah, dejando la Biblia a un lado. Lo habían estado oyendo durante las últimas

noches: el ruido de unas pequeñas patas amplificado por el eco de las tablas. Ratones nacidos durante la primavera que habían ido creciendo durante las desacostumbradamente altas temperaturas del mes pasado y que en sus correteos por el desván hacían resonar las tablas del suelo como si tuvieran el tamaño de comadreas. Sarr, aún de rodillas, estaba mirando el techo.

—Tendremos que soltar a los gatos ahí, no se puede hacer otra cosa.

—¡Oh, no, cariño, por favor! No quiero que anden matando ratones y que se acostumbren a... —Contuvo con un ademán protector a «Zinah» y «Toby», pero éstos siguieron contemplando ansiosamente el techo, emitiendo un ronco gruñido mezcla de impaciencia y hambre. Sarr se puso en pie y fue hasta el lecho.

—Mira —le dijo suavemente—, no querrás que esos ratones nos tengan despiertos todas las noches, ¿verdad? Ya sabes que seguirán multiplicándose.

—Pues entonces tú y yo subiremos para echarles..., para que se marchen a otro sitio donde tengan más comida. No quiero que nada muera en mi casa.

Cerró la Biblia y volvió a dejarla en la mesilla, acostándose luego de cara a la pared. Estaba claro que se trataba de su última palabra sobre el asunto. Sarr, suspirando, se acostó junto a ella y apagó de un soplido la luz mientras sobre sus cabezas se iniciaba una nueva serie de carreras. Pese a los ruidos, él y Deborah no tardaron en dormirse profundamente con sus pechos subiendo y bajando al unísono, pero durante toda la noche los siete gatos no dejaron de mirar hacia el techo con los ojos muy abiertos, gruñendo de vez en cuando.

Rosie fue a verla esa noche. Se parecía más que nunca a un querubín, todo guiños, mofletes y sonrisas. Casi logró hacer que olvidara lo que había visto en el restaurante la noche anterior.

—He pasado sólo a ver si ese horrible gas estaba ya controlado —dijo meneando su cabecita—. Francamente, jovencita, estaba algo preocupado. —Le había traído un regalo en una gran caja de cartón («debe de ser un vestido», pensó Carol con cierta ansiedad), pero no pensaba dejárselo abrir hasta que no hubieran hablado—. Primero quiero ver esos resúmenes —dijo agitando su índice regordete como si imitara a un maestro preocupado, pero cuando ella le entregó sus notas sobre los cherokees y los aborígenes apenas sí las miró—. Excelente, excelente —dijo con aire distraído, metiendo los papeles en una carpeta de la que sacó un libro delgado de color gris—. Bien, está claro que ha llegado la hora de profundizar, jovencita; ya es tiempo de que empiece con algunas lecciones de idiomas.

Ghe'el... ghavoola... ghae'teine... La lección tuvo lugar en el dormitorio al que Carol le había invitado a pasar ya que la salita le traía malos recuerdos y Rosie parecía también ansioso por no encontrarse en ella. Estuvieron sentados bebiendo té helado, Carol en su cama y Rosie muy tieso, como un muñeco de peluche dotado de vida, removiéndose todo el rato en la silla. Durante más de una hora le estuvo leyendo el libro que había traído, un volumen muy antiguo y de encuadernación frágil llamado *Algunas notas sobre el Agon-di-Gatuan o «La Vieja Lengua», con atención especial a su eliminación en el subcontinente malayo. Apéndices con un ciclo de canciones Chian y un glosario*. La edición era privada, hecha en 1892

en Londres, y las tapas estaban reforzadas con cinta aislante negra. Rosie, el rostro medio enterrado en el libro, le iba leyendo con un extraño sonsonete cantarín toda una retahíla de palabras que luego, teóricamente, Carol debía repetir con el mismo acento y entonación. *Riya migdl'eth... riya moghu...*

—Es el único modo auténtico de aprender un idioma —le aseguró él—. Tal y como lo hace un niño..., mediante la imitación y la repetición constante... —Parecía totalmente seguro de ello y Carol supuso que debía de saber más que ella al respecto. Pero las palabras que iba repitiendo carecían totalmente de significado, como si fueran el catecismo de una religión desconocida y aunque su vida hubiera dependido de ello no habría sido capaz de recordarlas unos segundos después de haberlas repetido. No lograba comprender cómo el familiarizarse con algunas enigmáticas frases de un dialecto nativo desaparecido hacía mucho, iba a ayudarla en sus resúmenes. ¿De qué le iba a servir y qué diablos era esa Vieja Lengua?—. Es bastante especial —le explicó Rosie alzando la vista del libro—. Es el lenguaje que hablan las personas cuando están inspiradas por los espíritus..., el «hablar en lenguas» bíblico. —A Carol le pareció más bien ridículo pero no tenía ganas de discutir con él.

—Creo que lo entiendo —dijo, esperando que Rosie no se impacientara—. ¿Qué significan las palabras?

—Es una canción sobre ángeles —dijo Rosie sonriendo—. Uno de los cánticos Dhol.

—¿Dhol? —No sabía cómo pero la palabra le resultaba familiar.

—Sí, como en el Dynnod. Supongo que lo recordará.

—Pero yo creía que eso era galés —dijo ya totalmente confundida y más bien cansada. Quizá fuera el calor; el té helado no parecía estarle sirviendo de mucho—. ¿Cómo puede algo ser a la vez galés, malayo e inspirado por los ángeles si...?

—Carol —dijo él amablemente sacudiendo la cabeza—, lo importante es, sencillamente, memorizar esta cancioncilla. —Volvió a posar los ojos en el libro. *Mlgghe'el ghae'teine moghuvoola...* Carol luchó con las palabras que le parecían formadas para ser pronunciadas por bocas y lenguas no humanas. De todos modos, a Rosie no parecía importarle lo que dijera, ya que lo único que hacía era sonreír, mover la cabeza y mirarla con ojos llenos de satisfacción. Los sonidos extraños resonaban en el dormitorio como si cada una de esas palabras quedara colgando en el aire llenando la atmósfera como incienso, suavizando los contornos de las cosas y aturdiéndola hasta impedirle pensar con claridad. Luego recordaría a Rosie explicándole pacientemente algo sobre «quiénes son los Vodies» y no estuvo segura de haber oído bien; y luego hubo algo acerca de «cosas ocultas detrás de las nubes» (¿habría estado soñando?) y promesas medio olvidadas sobre enseñarle las reglas de juegos muy antiguos, competiciones y bailes, y ella pensando cómo todo eso al menos podría serle útil en el trabajo para enseñárselo luego a los niños en Voorhis...—. Y la próxima vez —añadió Rosie—, habrá algo especial: los auténticos nombres de cada día de la semana.

Quiso preguntarle a qué se refería, por qué estaba llenándole la cabeza con todas esas cosas extrañas e imposibles que no tenían ningún sentido, pero él se había levantado y estaba ya abriendo la caja que había dejado antes sobre la mesilla de noche.

—Por haber sido tan buena alumna —dijo con los ojos chispeantes.

Cortó la cinta con una uña sorprendentemente afilada y alzó la tapa. En el interior había algo de color claro cubierto con un papel de seda. Rosie metió la mano en la caja y sacó un traje blanco de seda con mangas cortas que pareció brillar con mil destellos bajo la luz. Carol se quedó boquiabierta.

—¡Oh, qué preciosidad! —Se levantó de la cama y tocó el tejido: su tacto era suave como el del agua. Vio que no había etiqueta o que ésta había sido quitada; quizá Rosie no deseara que ella viera el precio o supiera dónde lo había comprado. Lo sostuvo junto a su cuerpo y vio que el estilo era antiguo y quizá le estuviera algo grande aunque el traje en sí era corto... De hecho, casi demasiado corto. Debería acordarse de mantener juntas las piernas cuando lo llevara, pero ¡era tan hermoso!—. Tengo que probármelo ahora mismo.

—No quiero que se lo pruebe, estoy seguro de que la talla es perfecta. —Le sonrió mansamente—. Debo confesar que este vestido perteneció a una amiga pero ella sólo tuvo una oportunidad de ponérselo y, bueno... —se encogió de hombros—, quería que fuera suyo. Quizá lo encuentre un poco grande pero creo que no demasiado, me he tomado la libertad de hacerlo arreglar.

—Estoy segura de que me quedará perfecto —dijo Carol.

—Esperaba que... bueno, si estuviera libre, podría llevarlo esta noche del sábado. Podríamos salir juntos a menos que... claro, a menos que haya algún joven apuesto dispuesto a invitarla.

—Oh, no —dijo ella agradeciendo ya la perspectiva de algo que hacer esa noche—, sería estupendo. No tengo ningún plan hecho y con toda sinceridad el regalo me parece magnífico. La verdad es que necesitaba un vestido veraniego; no tenía nada bonito que ponerme.

—Bien —dijo él meneando la cabeza—, la verdad es que cuando vi ese vestido pensé inmediatamente en cierta jovencita porque —sonrió—, el blanco es su color natural.

Mientras vuelve a su casa por la noche, sentado en uno de esos asientos para los ancianos que hay en las paradas del autobús, guiñando los ojos ante las luces de tráfico y sonriendo a los pasajeros que le rozan al subir y bajar de los vehículos piensa en el vestido blanco como la nieve, en la mujer que acaba de abandonar... y recuerda la primera vez. La primera mujer que llevó ese vestido era la hija de un granjero. Era fuerte y tenía mucho más músculo que las flacas jovencitas de hoy en día. Era piadosa hasta la náusea. Y era muy confiada. Como ocurre siempre las primeras veces, no había ido muy bien.

El trabajo preparatorio había sido aburrido pero inevitable, consistiendo exactamente en el tipo de estúpida historia sentimental en la cual le habían enseñado a creer. Le había dicho que iba a casarse con ella y que tenía grandes planes, que pretendía llegar a ser alguien. Había dado largos paseos por los senderos del campo y por el bosque. Sobre todo por el bosque... ¡Cómo había gozado ella imaginándose un futuro a su lado! Probablemente había sido feliz hasta el último instante. El error que cometió fue atarla demasiado fuerte. Ella era más corpulenta de lo que pensaba y eso hizo que los nudos se apretaran aún más y cuando empezó a debatirse después de que él le quitara el vestido hicieron que la cuerda la asfixiara antes de que él hubiera hecho ni la mitad de todo lo que debía hacer. Oh, sí, había entonado los cánticos adecuados y había trazado sobre la tierra

las imágenes necesarias mientras que ella forcejeaba con las cuerdas e incluso había ungido su cuerpo con el polvo negro de ese modo tan especial prescrito por el Amo...

Pero la cuerda estaba demasiado apretada y ése había sido su gran error. Había muerto mucho antes de lo que él pretendía.

Pero acababa de cumplir los veintidós años y eso era sólo un experimento. Aún era joven. Practicaría.

Y juró que la próxima vez lo haría bien.



Ocho de julio

Es bueno volver a despertar en el campo: brisa cálida, sol, pájaros cantando fuera. Me he quedado acostado un buen rato oyéndolos. Sarr estaba limpiando maleza detrás del arroyo y de vez en cuando podía oír su guadaña resonar cuando chocaba con alguna rama más gruesa de lo normal. Deborah estaba más cerca, justo detrás de la granja, colgando la ropa después de hacer la colada. (Debo acordarme y darle el pijama y puede que también estas sábanas. La humedad que hay aquí hace que las cosas se ensucien muy rápido.) Luego la oí trabajando en el huerto; de vez en cuando llamaba a gritos a un gato riñéndole por andar persiguiendo pájaros. Me ha costado mucho abandonar la cama; la verdad es que ayer noche dormí fatal, despertándome bastantes veces a causa de lo que supongo serán ratones correteando por mi tejado. (De todos modos espero que sean ratones, ¡no ratas!)

No sé exactamente la hora que sería cuando me levanté, pero me sentía famélico y realmente tuve que hacer un buen esfuerzo de voluntad para no saltarme los ejercicios. Supongo que se debe a haber dejado de hacerlos otro día. Sólo logré hacer veintisiete flexiones aunque para ahora ya debería andar haciendo cuarenta. Voy para atrás, será mejor que me ande con cuidado. Conseguí tragarme toda la «Carmilla» de LeFanu antes de comer. Alusiones maravillosas a libros prohibidos: *Magia Posthuma*, *Phlegon de Mirabilius*, *Augustinus de cura pro Mortuis* y algo llamado *Philosophicae et Christianae Cogitationes de Vampiris*, por un tal John Christofer Harenberg. ¡Oh, poder echarle una mirada a tales joyas!

Huevos de nuestras propias gallinas para desayunar. Aunque, a decir verdad, yo no encuentro la menor diferencia, Deborah parece considerar como artículo de fe que los huevos del campo deben saber mejor que los de la ciudad, siempre consumidos como mínimo una semana después de puestos. Por lo tanto, siempre la complazco chasqueando los labios y diciendo que no hay comparación posible. Estoy empezando a pensar que la gente del campo necesita realmente que de vez en cuando alguien les confirme que han escogido el modo de vida adecuado. Después del desayuno, vuelta a los libros. Empecé los cuentos de Hoffman pero lo dejé; horribles, inquietantes y nada que ver con la suite del Cascanueces. Impulsado por esa extraña imagen fálica en el sueño de Carol y por algo que Sarr mencionó anoche sobre la abundancia desacostumbrada de serpientes este verano

(¡vaya suerte la mía!), cogí *La guarida del Gusano Blanco*, de Stoker, sobre un monstruo legendario que vive bajo un castillo en Derbyshire. Al principio me gustó el cambio de estilo: no era demasiado sutil pero me gustaron las referencias a la historia local y un lugar llamado por el autor «Bosque de Diana». (Cf. «El bosque de Lucky» en el relato de Wakefield, consagrado al dios maligno Loki.) Pero después de unos pocos capítulos empecé a distraerme; me cansé de esperar a que el condenado Gusano asomara la cabeza y acabé hartándome de la nada inspirada prosa. El libro exhibía concienzudamente toda la parafernalia de lo sobrenatural (los druidas, los ritos de la vieja Roma, incluso una discusión sobre el vudú africano) pero todo ello sin auténtica magia ni sentimiento.

Por lo tanto decidí distraerme con las tijeras y un aerosol de insecticida podando la yedra que ha crecido en mis ventanas. Esos brotecillos verdes se pegan a las persianas como hombres que se ahogan: cuando los saco a veces estoy a punto más de una vez de romper alguna. Hay algo casi aterrador en su tenacidad, en toda esa decisión insensata pero inconmovible: comparadas con ella las arañas me parecen casi tímidas, huyendo frenéticamente a refugiarse entre las hojas. Sólo maté unas cuantas que parecían decididas a plantar cara y resistir; y ahora, sentado ante esta mesa desvencijada con las ventanas oscuras y nada salvo las persianas interponiéndose entre mi persona y lo que haya ahí fuera, me dedico a torturarme con imágenes dignas de una película Hammer acerca de como los sobrevivientes van a vengarse. Ahora desearía no haber matado ninguna... o habérmelas cargado a todas.

Estofado de buey para la noche, alabado sea el Señor, y de postre pastel de manzana. Fui a la cocina un poco temprano; no sabía qué hora era pero sí que estaba hambriento y olía algo bueno. Los gatos también lo habían olido: los siete estaban congregados ante la puerta trasera esperando a que les dieran de comer, yendo de un lado a otro con las colas sin parar quietas. «Bwada» estaba gruñendo a los demás y tuve que pasar entre ellos para entrar (pasando por encima del acostumbrado surtido ensangrentado de ratones y topos que habían dejado ahí para ser inspeccionado y que evité cuidadosamente mirar). Deborah estaba cantando una especie de himno y pareció alegrarse de verme. En ese mismo instante sonó todo un coro de maullidos fuera de la puerta y luego el estruendo de un cubo de basura volcado y pequeñas garras arañando los peldaños del porche. Por encima del ruido pude oír a Sarr maldiciendo (palabras que no le había oído usar nunca antes) y unos instantes después entró en la cocina para anunciar, no sin cierta diversión en la voz, que acababa de ser mordido por un cadáver.

Al menos había creído que eso era. Acababa de llegar de los campos, ansiando comer y la compañía de los demás y allí estaban los gatos esperándole en el porche, ronroneando y frotándose en sus piernas mientras parecían enseñarle sus presas del día, todos los animalillos infortunados a los que habían logrado cazar entre la hierba. «¡Cómo ronronean! —pensó—. Son unos asesinos natos. Aunque el Señor debe amarles más que a un pecador como yo...» Se agachó para coger el cadáver más cercano y el siempre afable «Azariah», con el pelaje rayado como el de un rechoncho tigre en miniatura, ronroneó frotando con la cabeza el brazo de Sarr. «¡Largo!», musitó éste haciéndole retroceder con el dorso de la mano y luego cogió al ratón por la cola con una mueca de asco y lo arrojó entre

las basuras. Uno por uno fue recogiénolos y cuando sólo le quedaba uno se dio cuenta de que éste parecía distinto de los demás: al principio creyó que era algún despojo de un animal más grande (quizá una pata de zorro o el muñón de algún miembro mutilado) hasta que, examinándolo más de cerca, distinguió cuatro patas delgadas como palillos y en uno de los extremos de la figura una hilera de diminutos dientes amarillentos.

La criatura era de color negro y recordaba por la textura de su piel a las hojas marchitas: parecía un torpe intento infantil de moldear un animal. Finalmente se dio cuenta de lo que debía ser: el cuerpo reseco e hinchado de una musaraña que parecía haber sido arrastrado por el suelo y quizá incluso haber estado enterrado. Sin duda los gatos habían estado divirtiéndose con ella pues la boca estaba retorcida en una mueca casi imposible y el pelaje estaba lleno de tierra y barro. Buscó en vano sus ojos o una cola por donde cogerla y finalmente, torciendo el gesto, tuvo que coger el cuerpo por su parte central. Tenía un tacto muy extraño, como una pella de barro a medio secar. Y de pronto se movió: la sintió retorcerse en su mano y morderle en el pulgar. La dejó caer con un chillido y vio como se escurría entre la hierba con «Bwada» y los demás gatos lanzados en una persecución frenética. Les llamó a gritos para que volvieran, pero los gatos no le hicieron el menor caso: no volvieron hasta casi terminada la cena y no traían con ellos ningún trofeo de caza.

—Pues no estaba muerta, ya veis —dijo sirviéndose una última ración de ensalada—. Debía de estar fingiendo que lo estaba o medio dormida, como una marmota.

—Bueno, espero que no cojas la rabia —dijo Deborah—. En verano nunca se sabe, y esa muerte no se la desearía ni al mismísimo Lucifer.

—Aún no estoy muerto —dijo Sarr extendiendo la mano—. Ni siquiera me desgarró la piel, ¿ves?

—No sé... —dijo—. He oído decir que los ratones voladores de aquí la llevan...

—Los murciélagos —explicó Sarr ante la expresión desconcertada de Freirs.

—...y nadie sabe qué otros animales podrían estar infectados. Me encontraría más segura si tuviéramos un médico a mano.

Empezó a recoger los platos moviéndose con nerviosismo.

—Eh —dijo Freirs—, ¿es posible que un ratón normal contraiga la rabia?

—¿Por qué lo preguntas? —dijo Sarr, distraído examinándose aún el dedo.

—Porque tengo la impresión de que hay ratones en el cobertizo.

—¿Tú también? —dijo Deborah desde el fregadero con el ceño fruncido—. Parece que estamos en plena temporada de ratones.

—Sí —dijo Sarr—, nosotros también los hemos oído. —Miró a Deborah y luego bajó la voz—. ¿Quieres que suelte a los gatos por ahí?

—Lo he oído —dijo ella—. ¡Y la respuesta es no! Jeremy tendrá que aprender a convivir amistosamente con ellos.

—Claro —dijo él sonriendo—. Les compraré zapatillas deportivas para que corran mejor. —Se volvió hacia Deborah—. Pero espero que no vayan a pasarse así todo el verano, porque me cuesta un poco dormir.

—Pues asegúrate de que no te duermes panza arriba —dijo Sarr mirándole con aire

sombrío—. Y, si lo haces, asegúrate bien de no roncar.

—¿Por qué?

—Porque si uno consigue acabar royendo el techo te caerá dentro de la boca. —Freirs se rió y dejó de hacerlo al ver que Sarr seguía serio.

—Creo que le iría mucho peor al ratón que a mí —dijo.

—No estés tan seguro. Una vez leí sobre un hombre que murió a causa de un ratón que trepó corriendo por su brazo y saltó dentro de su boca. Logró quedarse atascado en el cuello y estuvo a punto de abrirse paso a mordiscos..., sólo le faltó un par de centímetros para lograr salir.

Desde el fregadero les llegó un «¡Cariño!» lleno de irritación.

—¿Qué pasó? —preguntó Freirs.

—Se ahogaron los dos, hombre y ratón. —Sarr vio la expresión de incredulidad en el rostro de Freirs—. Es cierto, hasta había un dibujo. No lo olvidaré nunca.

Aún le parecía ver la tosca ilustración victoriana con el rostro aterrorizado de la esposa de aquel hombre y la boca de éste tan abierta como sus ojos en el momento en que una diminuta forma oscura saltaba hacia él.

—Pienso que le estuvo bien empleado —dijo Deborah trayendo a la mesa un cuenco lleno de fruta—. Probablemente estaría intentando matar al ratón cuando habría podido limitarse a echarlo de la casa. —Le dio un codazo a Freirs—. Apuesto a que nunca te lo habrías imaginado contando semejantes historias, ¿verdad?

—Di lo que quieras. Tú sí me crees, ¿verdad, Jeremy?

—Bueno... —Freirs se rió—, francamente no. Pero de todos modos esta noche creo que dormiré con la boca cerrada.

¡Por ahí anda uno de esos pequeños bastardos! Estoy acostado oyendo lo que pasa sobre mi cabeza: hace un segundo uno de mis amiguitos peludos y un momento antes un aeroplano, el primero que oigo en toda la semana. Pareció pasar directamente sobre la granja; aún puedo oír el rugido de sus motores perdiéndose lentamente en la distancia. Qué sonido tan familiar hace cierto tiempo ¡y ahora me parece algo salido de otro mundo!

También hay ruidos en el bosque. Los árboles están realmente cerca de mis ventanas por un lado del cobertizo y siempre hay algún sonido entre la maleza aparte del constante golpeteo en las persianas y la tela de los mosquiteros. Probablemente ahí fuera hay como un millón de criaturas; la mayoría insectos y arañas, supongo, aparte de una colonia de ranas en la parte más cenagosa del bosque y puede que incluso alguna que otra mofeta. Según el humor de que ande uno se puede escoger entre ignorar los ruidos y marcharse a dormir o (como estoy haciendo yo ahora) quedarse despierto escuchándolos.

Cuando me encuentro aquí acostado pensando en lo que hay ahí fuera y en lo fácil que es verme desde ahí, me siento vulnerable y carente de toda protección, como si estuviera metido en una vitrina de cristal. Supongo que lo mejor será que deje de escribir y apague la luz.

El piso está lleno de tinieblas..., las tinieblas y el soporífero zumbido del acondicionador de aire, como si esas dos cosas fueran la misma y el zumbido fuera el

ruido que hace la oscuridad al fluir como un velo sobre los suelos y los muebles, estirándose sobre los umbrales abiertos y enmascarando los libros en los estantes y los cuadros en las paredes. El zumbido ahoga todos los sonidos: el piso es una caverna aislada, separada del mundo y más allá del alcance del tiempo. En el exterior, doce pisos más abajo, ha empezado el fin de semana. La noche del viernes ha llegado a su cénit y aún faltan cinco horas para el amanecer. Las calles están llenas de ruido: música, voces, sirenas lejanas. El planeta rueda serenamente entre la negrura y las estrellas se ocultan bajo la colina mientras que en lo alto brilla una luna gibosa y amarillenta a la que sólo le falta un día para estar llena, contemplando la ciudad como la pupila de un gato.

En el interior del piso, de vez en cuando, una tira luminosa reflejada por los faros de un coche que pasa barre el techo y luego resbala por la pared haciendo destacar un pequeño dibujo enmarcado cuyos toscos trazos parecen obra de un niño. El papel ha cobrado un tono amarillento y el tiempo lo ha agrietado: es la imagen de una muchacha desnuda junto a un diminuto animal negro. Bajo la imagen una mano de mayor edad ha escrito lacónicamente, «Matrimonio». Sólo esos faros ocasionales rompen las tinieblas... Esos faros y el solitario cono de luz amarilla sobre la mesa donde trabaja el Anciano.

Tiene el cuerpo inclinado hacia delante contemplando con gran atención los objetos que hay en la mesa: la alfombrilla de paja, la aguja de hueso, las tenacillas, el pequeño cuenco de fluido ambarino, la vela que chisporrotea en su palmatoria de latón y el trozo de metal. Lleva el rostro pintado como el de un salvaje, de sus ojos y su boca parten bandas de color y una gruesa línea negra le divide la frente en el mismo lugar donde se ha ungido con el polvo sagrado. Parece un león, un rayo de sol, una flor tan grande como un hombre. Alrededor del cuello, colgando de una tira de cuero trenzado, lleva algo que se parece a un pendiente, algo curvado que a cada día que pasa se vuelve más amarillento y duro: un índice (humano, femenino) que sólo una semana antes apretó los botones de un ascensor en otra parte de la ciudad. Coge el metal con las tenacillas y lo sostiene sobre la llama. Su aliento de viejo turba el silencio mientras espera a que el metal se caliente, empiece a humear y se vuelva rojo... Cuando ya reluce con un fulgor oscuro lo deja sobre la alfombrilla y con la aguja de hueso traza el primer signo sobre la superficie. Coge de nuevo el metal con las tenacillas y lo hunde en el cuenco del líquido ambarino. Hay un leve siseo y la superficie se llena de burbujas; un breve olor pestilente llena el cono de luz y luego se desvanece. El viejo murmura con voz acariciante cierta palabra y sonríe.

Sonríe porque el signo ha prendido y la ceremonia no será en vano. Contando en silencio se vuelve hacia la ventana que tiene al lado a tiempo de ver como una estrella solitaria centellea en el cielo nocturno. La ve flotar en la ventana, centrada en el cristal de arriba y luego, mientras él sigue contando, la estrella desaparece, su luz apagada detrás de un banco de niebla. El viejo deja escapar el aire y vuelve a su trabajo. El visitante está ahora ahí, en algún lugar de las colinas de Jersey..., lo nota. Durante toda la semana ha percibido la evidencia de su llegada, ha sentido los cambios y ha leído los «ignos». Ahora ya puede estar seguro de que ha venido. Sostiene una vez más el metal dentro de la llama que chisporrotea y una vez más el metal humea, primero ennegreciéndose, luego volviéndose rojo. Lo deja sobre la paja y traza otro signo.

Otro paso. Siempre hay pasos que seguir y reglas que observar. Es gracioso que sea

él quien deba jugar siguiendo esas reglas, y también el visitante debe encontrarlo gracioso. El Anciano no le ha visto desde hace más de un siglo, pero sabe lo que debe de estar ocurriendo: en algún lugar de las colinas de Jersey el proceso ha empezado y ahora seguirá avanzando cada vez más de prisa, voraz como la llama. La llama de la vela lame el metal. Los signos que ha trazado hasta ahora son minúsculos y complejos... Minúsculos como el visitante, aparentemente insignificantes, tan fácil el pasarlos por alto... Pero mañana a esta hora, cuando haya hecho que la mujer celebre la Ceremonia Blanca, el Ghavoola... sí, entonces se podrá avanzar un peldaño más. Vuelve a dejar el metal sobre la alfombrilla de paja musitando otra palabra mientras traza el tercer y último signo. Le cuesta no sonreír, pues aunque sabe muy bien cómo debe terminar todo, siente cierta nerviosa emoción ante lo que va a suceder ahora. La mujer ya ha prestado un servicio muy útil como mensajera, pero ahora es el momento de que se vista de blanco y avance asumiendo el papel que le corresponde por derecho.

El metal está aún caliente. Sonriendo, con los trozos de pintura ondulando en sus mejillas, lo coge con las tenacillas y toca con él la punta del índice amputado que cuelga de su cuello. El dedo se retuerce como intentando huir del calor. Aparta el metal y lo examina dándole la vuelta una y otra vez. Los dibujos del metal brillan con una luz maligna bajo la lámpara.

Pronuncia en un susurro el Quinto Nombre. La hoja ya está lista.



Nueve de julio

Llegó a las siete de la tarde, exactamente la hora que había dicho. Aún quedaba más de una hora de luz, pero el sol estaba escondido tras los edificios y sus sombras oscurecían la avenida. «La espero abajo —había gritado junto al interfono—. Esta noche tengo el coche.» ¿El coche? Entonces quizá fueran a salir de la ciudad... Sería un alivio haciendo tanto calor. Carol cruzó los dedos y atravesó corriendo el vestíbulo hasta el ascensor. Atrás dejaba un piso lleno de trabajo. Había pensado pasar todo el día concentrada en el proyecto de Rosie y había estado absolutamente decidida a completarlo hoy, pues esa misma semana la había inundado con un formidable surtido de nuevos artículos de periódico e informes con un amplio abanico de títulos llenos de misterio (*Diecisiete años entre los Dyaks marítimos de Borneo*, Londres, 1882; *Costumbres festivas en Malta, junto con deportes, usos, ceremonias, presagios y supersticiones del pueblo maltés*, La Veletta, 1894) pero el calor era imposible de aguantar pese a las ventanas abiertas y se había quedado tendida en la cama como si estuviera drogada toda la tarde y no se había puesto a trabajar hasta hacía muy poco. Mañana la esperaban aún horas de lectura y tendría que pasarse todo el día recuperando el tiempo perdido.

No sabía por qué pero, pese a la paga, su entusiasmo inicial por el proyecto se había esfumado. Los documentos no eran tan apasionantes como ella había esperado y Rosie había seguido demostrando un interés sorprendentemente escaso en sus resúmenes: los

miraba por encima alabándolos de modo mecánico y le iba pasando sus cheques, sin hacerle ni una sola pregunta sobre el material que le entregaba. Todo el proyecto había empezado a parecerle un simple capricho de Rosie.

Salir del asfixiante pisito era una bendición igual que lo sería el salir de la ciudad. La idea de huir le parecía tan excelente, de hecho, que casi logró hacerle olvidar lo mal que se había estado encontrando todo el día. Pero cuando pulsó el botón y esperó que subiera el ascensor, una vez más, la debilidad de sus piernas le hizo acordarse de que no debía prolongar demasiado la velada. Había estado notando calambres en el estómago desde la mañana y ahora parecía que una tira metálica le apretase la cabeza cada vez más. Estaba a punto de tener el período y al entrar en el ascensor sintió la pesadez familiar, como si su estómago, sus muslos y su pecho estuvieran a punto de reventar. Por suerte, el vestido de Rosie no le quedaba demasiado ceñido y de hecho casi le estaba demasiado holgado: obviamente había pertenecido a una persona más corpulenta que ella y por mucho que al arreglarlo hubieran recortado demasiado la falda...

«De todos modos —se dijo—, tenía que ponérmelo, no podía decir que no, después de todo fue un regalo...»

Rosie no estaba en el vestíbulo ni tampoco en los peldaños que daban a la calle. Carol le buscó en vano hasta que algo más arriba de la calle sonó una bocina. Reconoció el coche y en su interior, no muy bien, vio su pequeño rostro, rosado y sonriente. Estaba saludándola con la mano y cuando ella se dirigió al coche, Rosie bajó a toda prisa y dio la vuelta para abrirle la portezuela, igual que si el viejo Chevy fuera una carroza con cuatro caballos y ella la princesa que había estado esperando durante toda su larga vida. Tenía bastante buen aspecto con su elegante traje azul y blanco aunque a Carol le pareció distinguir un leve trazo rojo bajo una de sus orejas. Parecía lápiz de labios: quizá el viejo pillo tuviera una mujer escondida en algún lado.

—Querida mía, un aspecto arrebatador —dijo él contemplándola de pies a cabeza—. El traje encaja a las mil maravillas y mi único deseo sería tener cuarenta años menos. —Sus ojos brillaron alegremente—. Y me gusta ver que se ha puesto esos preciosos zapatos blancos, una gran idea. Sabía que trataba con una chica inteligente.

«Se está portando como un bobo», pensó ella, pero pese a todo sintió una oleada de placer ante sus atenciones.

—La verdad es que los zapatos son de Rochelle —dijo—. Me sorprendió que no se los llevara. Me quedan algo grandes, tuve que poner papel en la punta.

—¡Ésa es mi chica! —dijo él radiante—. Estoy seguro de que a Rochelle no le importará y en cambio... qué visión, una visión totalmente blanca. —Con una reverencia exagerada la cogió del brazo para ayudarla a entrar en el coche pero de pronto se detuvo cuando ella ya se agachaba para entrar—. Oh, oh... —le oyó decir—, esto no puede ser. —Ella volvió a erguirse y al mirarle vio que tenía el ceño fruncido. Aunque desvió rápidamente los ojos, Carol se dio cuenta de que le había estado mirando las caderas y que, obviamente, se encontraba incómodo. Carol se hizo un rápido examen personal, preocupada ya por su período. Rosie carraspeó y, acercándose a ella, le habló en un susurro apremiante—. Carol, con un vestido tan delgado como ése creo que lo más sabio sería llevar la... digamos la ropa interior del mismo color que el vestido.

Carol miró hacia abajo y se ruborizó. Tenía razón: sus medias rosadas se transparentaban claramente a través de la delgada tela del vestido. Pese a que una voz interior le decía «¿Y qué importa? Te hacen sexy», se encontró tartamudeando disculpas como si acabara de cometer alguna terrible falta social.

—Subiré corriendo y me cambiaré ahora mismo —dijo—. Será sólo un minuto.

Volvió al piso y mientras subía acalorada los peldaños sintió sus ojos clavados en ella. Una vez en su dormitorio, sintiéndose como una niña a la que han acusado sin que ella sepa el porqué de haber hecho algo malo, se quitó las medias y se puso otras de color blanco que sacó del cajón. «Ya está —se dijo mirándose al espejo—, ahora sí que soy realmente una visión blanca...» Se miró una última vez al espejo, temerosa de que el triángulo rojo de su vello púbico pudiera transparentarse a través de la tela: no, con el vestido puesto parecía una pálida escultura.

Rosie seguía de pie junto al coche y su expresión de placer al verla fue tan genuina que el humor de Carol mejoró nuevamente. Se dijo que no había hecho el comentario con mala intención ni para avergonzarla; la verdad es que había sido culpa suya. Y su expresión al mirarla no había sido lúbrica, nada de eso: sencillamente, actuaba como si fuera su abuelo queriendo que tuviera el mejor aspecto posible.

—Magnífico —dijo él—, toda una mejora. ¡Ahora ya estoy seguro de que puedo llevar a mi chica a cualquier sitio! —La ayudó a subir al coche y cerró la portezuela—. Aaaajá, cuidado con los dedos. ¡No quiero que pierda ninguno!

Mientras esperaba a que subiera, Carol intentó bajarse un poco el vestido a tirones. Esperaba que no hiciera más comentarios sobre su aspecto y estaba decidida a cambiar de tema. «Puedo llevar a mi chica a cualquier sitio», había dicho; quizá se tratara de un lugar muy elegante. Esta noche le encantaría ir a un sitio así, con rosas y manteles blancos..., sí, rosas muy rojas, un jarrón de rosas en cada mesa.

—¿Puedo saber adonde vamos o es una sorpresa? —le preguntó al subir al coche. Él giró la llave y el motor se puso en marcha.

—De hecho —dijo él con una sonrisita traviesa—, esta noche vamos a ir a un sitio especial dado que se trata de nuestra primera salida en fin de semana. Sí —dijo observándola por el rabillo del ojo mientras el coche empezaba a moverse—, esta noche vamos a Coney Island.

Bromeaba, claro, al menos en parte. Apenas vio la incertidumbre y la decepción en su rostro, ya que Carol fue incapaz de disimularlas, se rió explicándole que, en realidad, su destino era un diminuto y encantador restaurante escandinavo cerca de Cobble Hill, en Brooklyn, donde ya había reservado mesa. Pero después de una deliciosa comida en la que no hubo carne pero sí un pastel casero de chocolate que compartieron y casi media botella del vino anónimo de Rosie (que éste había traído en una neverita en el asiento trasero del coche), se volvió hacia ella y le dijo:

—Ya es hora de que cumpla mi promesa. ¡Próxima parada, Coney Island!

A ella le pareció divertido después de haber cenado tan espléndidamente. Había oído hablar de Coney Island desde niña pero nunca había estado allí.

—¿No será un poco..., bueno, peligroso? —le preguntó mientras cruzaban la desierta

acera hacia el coche.

Brooklyn era muy distinto a su vecindario; ahora que ya había anochecido podía oír el débil canto de los grillos y la ciudad parecía muy lejana. Se encontró pensando en Jeremy.

—¿Peligroso? —respondió él—. ¿Pensando acaso en montones de negros y chicanos?

—Bien, yo... sí, supongo que sí. —Él sonrió para tranquilizarla.

—No hay nada de qué preocuparse. Allí hay mucha gente de todo tipo pero ya verá que su único interés es pasar un buen rato. Además, repito que ésta es una noche especial. ¡Yo jamás pondría en peligro a mi jovencita! —Sonrió más ampliamente—. ¡Y menos aún a mí! ¡Si ha de quedar entre los dos, confesaré que pienso vivir eternamente!

Encendió los faros, hizo girar el volante y el coche empezó a avanzar por las calles oscuras. Rosie había insistido en que se pusiera el cinturón de seguridad y también él lo llevaba puesto. Como muchos ancianos era un conductor torpe y vacilante que iba siempre demasiado despacio. Tenía tan poca talla que se veía obligado a estirar el cuello por encima del volante y siempre miraba en todas direcciones al llegar a un cruce, avanzando con extrema cautela como si no estuviera muy seguro del camino.

—¿Buscando señales? —le preguntó ella?

—¿Cómo? ¿Señales? —Rosie la miró nervioso.

—Para ir a Coney Island.

—¡Oh! —se rió—. No, realmente no, sólo quiero que lleguemos sanos y salvos. Yo siempre digo que nunca se es lo bastante cuidadoso. —Acarició el salpicadero—. La verdad es que nunca me han gustado estos artefactos.

Carol no tardó en ver que se había equivocado; Rosie conocía el camino pese a la oscuridad y al laberinto de las calles de Brooklyn. Una vez incluso le vio alzar los ojos dejando de mirar a la carretera, como si navegara siguiendo las estrellas. Unos minutos después estaban en Shore Parkway, con el agua a su derecha reflejando las luces de los cargueros y buques tanque. Una brisa cálida entraba por las ventanillas cada vez que un coche les adelantaba o pasaba junto a ellos. Detrás de ellos, más allá del agua, vio Staten Island y la forma iluminada de la Estatua de la Libertad. Hacia delante se extendía el puente Verrazano, una telaraña de cables y luces. La autopista pasaba bajo uno de sus arcos como si éste fuera un inmenso portal y cuando el coche lo atravesó, Carol sintió que el puente les cubría como una ola, como si estuvieran entrando en un nuevo país, en cierta medianoche, en un nuevo año: le pareció que el cambio inundaba cada una de sus células y le daba vigor como si el respirar ese aire más limpio la hubiera hecho dejar atrás de ella, en ese otro mundo, todas sus preocupaciones, su soledad y su pobreza.

Delante de ellos, en la distancia, pasada la bahía de Gravesend, brillaban las luces del parque de atracciones. Una gran estructura con forma de palmera destacaba por encima de las otras.

—El salto en paracaídas —dijo Rosie—. Creo que ése lo dejaremos de lado. Hay otras muchas cosas que hacer.

Ella tenía los ojos clavados en las luces llena ya de impaciencia y el coche pasó junto a un grupo de formas que corrían sobre la hierba a su derecha. ¿Gente que hacía ejercicio a estas horas? ¿Fugitivos? Habían desaparecido demasiado rápido para saberlo, pero Carol

sintió que aquella fugaz visión tenía algo de inquietante... Unos momentos después el coche dio una sacudida. Miró hacia atrás, luchando con el cinturón que la sujetaba, y pudo distinguir el oscuro bulto de algún animal muerto sobre la carretera. Rosie no pareció darse cuenta. Carol se dijo que no lo habían atropellado, pues estaba claro que llevaba ya muerto un tiempo, pero de todos modos su ánimo se ensombreció de nuevo. Y cuando Rosie dejó el coche en un aparcamiento de la avenida Neptuno, junto al paseo, y oyó un trueno lejano al salir del coche, su estado de ánimo empeoró aún más.

—Quizá será mejor que no nos alejemos del coche —dijo contemplando el cielo con incertidumbre aunque su aspecto era bastante despejado y la luna brillaba con un fulgor casi sobrenatural permitiéndole distinguir estrellas allí donde, en Manhattan, sólo habría podido ver cielos cubiertos de neblina sucia. Rosie meneó la cabeza y sonrió sin ni tan siquiera mirar el cielo.

—Tranquila —dijo—. Oí el informe meteorológico. No lloverá hasta dentro de un buen rato. Tendremos tiempo para hacer un par de cosas, lo prometo. —Meditó un momento—. De hecho, tendremos tiempo para hacer tres cosas deliciosas: la noria, la playa y... —ladeó la cabeza—, y una sorpresa.

Ante ellos se extendía la oscura longitud del paseo que separaba la playa del área de las atracciones. A lo lejos se alzaba la noria destellando como una enorme rueda enjorada y a medida que se acercaron a ella, la multitud fue haciéndose más espesa: la mayoría eran jóvenes, negros, blancos o de piel cobriza, algunos con barbas y yarmulkas, parejas y grupos de adolescentes y, pese a ser noche de sábado, bastantes familias con niños pequeños o cochecitos. El aire estaba lleno con una cacofonía de música y voces: el ritmo machacón de la música discotequera procedente de los autos de choque, salsa desde un puesto de *cuchifrito* abierto toda la noche, canciones rock surgiendo de transistores, música de órgano en el carrusel de al lado, gritos de las montañas rusas que atronaban sobre sus cabezas con las letras CYCLONE delineadas por luces multicolores en el costado, el griterío de los vendedores de pizza, salchichas italianas, almejas preparadas, dulce de algodón y mazorcas de maíz con manteca. Había hombres en cabinas de colores chillones anunciando a gritos juegos de habilidad y suerte, como si el lugar fuera un bazar árabe electrificado. Carol oyó alguna que otra sirena, una risa enloquecida surgiendo de un altavoz junto a la Casa de la Risa, feroces ruidos animales saliendo de la excursión safan y el zumbido, el cascabeleo y el rechinar de cien atracciones que, rodeándoles por todos lados, les deslumbraban con sus luces y su continuo movimiento..., todo un nuevo mundo de movimientos en el que máquinas extrañas y descomunales giraban, ascendían y se desplomaban como una fábrica que se hubiera vuelto loca.

Había una zona dedicada enteramente a los niños pequeños que le recordó la sección infantil de Voorhis con sus padres embobados mirando sonrientes a sus retoños, que montaban coches de bomberos miniatura girando en interminables revoluciones. Y junto a ellos todo tipo de vehículos: coches de carreras, buggies, helicópteros, carretas arrastradas por ponies, autos antiguos, botes que avanzaban traqueteando por un angosto anillo de agua, naves espaciales que imitaban el enorme Cohete Lunar que se alzaba en el paseo, una montaña rusa en miniatura («Ésa es la única donde podrían llegar a subirme», pensó Carol), una larga oruga con ojos enormes y una ancha sonrisa y por último un tiiovivo de

aspecto alicaído del que salía música, con los lados recubiertos de espejos, la pintura descascarillada y caballos que parecían flacos y hambrientos.

—Estoy algo mareada —dijo Carol—, este lugar parece un sueño.

Y se acercó instintivamente más a Rosie que se abría paso a través del gentío. Tenía la sensación de que su vestido blanco la hacía peculiarmente vulnerable, que destacaba de entre todas las ropas que la rodeaban y a cada paso temía verlo manchado de helado y mostaza o que alguien le vertiera encima un vaso de naranjada. Había comida y bebida por todos lados, tanto en las manos de la gente como tirada en el suelo y en la atmósfera se mezclaban docenas de olores distintos. Volvió a pensar en su período y temió que fuera a volverle a doler la cabeza. El vino de la cena ya estaba empezando a darle sueño.

—Probaremos la noria primero —dijo Rosie, volviéndose hacia ella y alzando la voz para hacerse oír—. Quizá nos ayude a orientarnos un poco. —Señaló con la cabeza la inmensa estructura que tenía delante, cien metros de acero y bombillas multicolores llamada la Rueda Maravillosa. Los asientos estaban situados en jaulas metálicas recubiertas de alambre y las de la parte exterior tenían la mejor vista en tanto que un anillo más interior se balanceaba locamente hacia adelante y hacia atrás colgando de unas cortas viguetas metálicas. Carol le perdió de vista un momento y luego distinguió su pequeña figura junto a la garita de los billetes—. Vamos —le dijo al volver—, entraremos en una de la parte exterior. Nada de miedo, ¿verdad?

—Bueno... —Carol vaciló—, ya he estado antes en norias, en ferias del campo..., pero nunca en una tan enorme.

—Tranquila —dijo él con una risita, empujándola levemente hacia una de las jaulas—. No es más peligroso que subir en ascensor.

La jaula era bastante grande y en su interior había ya media docena de personas sentadas en dos angostos bancos de madera. Ella y Rosie ocuparon el tercer banco y Carol se aseguró antes de que su asiento estuviera limpio. Un empleado cerró la puerta dejándolos encerrados dentro de la jaula de alambre. Una vibración repentina y la gran rueda empezó a girar. Con una sacudida, la cabina se alzó por los aires y en el banco de atrás una pareja empezó a parlotear con nerviosismo en castellano, mientras que en el primer asiento un niño preguntaba a sus padres cuándo se iba a parar la noria.

El mecanismo se detuvo cuando había recorrido ya medio círculo para dejar que se llenaran otras dos cabinas en el suelo. En la parte de fuera brillaba una hilera de bombillas, parte de las miles que cubrían la noria, iluminando los gruesos remaches de hierro, la sucia pintura color turquesa y el alambre oxidado que se extendía como una telaraña entre las traviesas metálicas, como una advertencia de que visto tan de cerca el mundo material era algo carente de sustancia y lleno de ávidos abismos. Carol se volvió para mirar hacia atrás y contempló la grotesca fachada iluminada del Sust-o-Rama, con su extraño monstruo de cinco metros que sonreía a los espectadores y las paredes puntuadas de anuncios: ¡VEA CORTAR LA CABEZA DE DRÁCULA Y OIGA SU ALARIDO! ¡VEA A FRANKENSTEIN HABLANDO DESDE LA TUMBA! HOY ATRACCIÓN ESPECIAL: VEA AL HOMBRE INVISIBLE. Sonrió y estaba a punto de hacérselo notar a Rosie cuando la cabina se sacudió de nuevo y empezó a subir. Los carteles anunciando a la Mujer Vampiro, la Mujer Gato, Nell la Chillona y la Abuelita Ataúdes pasaron brillando bajo ella y luego les siguieron los de Sam el Huesos Pelados y

Skully la Cabeza Fantasma y por último, con un coro de «oohs» y «ahs» de los otros bancos se encontraron en el aire, en la cima de la noria, mientras que la cabina oscilaba suavemente.

Se detuvieron de nuevo para dejar que subiera más gente, pero ahora todo el panorama de diversiones se extendía a sus pies como una tierra salvaje llena de luces: las atracciones se retorcían por sus diminutos senderos como juguetes infantiles bajo un árbol de Navidad y las ruedas luminosas giraban como sombrillas de playa. A su espalda se oían los gritos medio aterrados medio deleitados de las montañas rusas y al otro lado de la avenida Surf, tras un muro de edificios en construcción un convoy del metro que pasaba por un viaducto parecía simplemente otra atracción más, como si toda la ciudad que palpitaba al oeste fuera un mero parque gigantesco.

—¡Es precioso! —dijo Carol.

Rosie alzó los ojos y contempló distraído el panorama; había estado mirando su reloj.

—Sí —dijo—, sabía que iba a gustarle.

Canturreó una tonadilla en voz baja y se apoyó en el respaldo sin mirar el mundo que tenía debajo. Miraba el cielo. Hacia la derecha, Carol podía ver el perfil del puente Verrazano y más cerca, a la izquierda, se extendía el paseo y las oscuras arenas y más allá la superficie más oscura del océano con hileras de luces reflejándose en el agua a kilómetros de distancia, allí donde los barcos anclados reposaban inmóviles y misteriosos. Hasta ella ascendía toda una combinación de sonidos: música y voces, máquinas y olas distantes, como una marea que llevara en ella todos los recuerdos del mundo.

Otra sacudida y la cabina empezó a bajar. La gran rueda giró y les pareció que caían sin ningún tipo de sujeción, resbalando hacia el ruido, las luces y las oscuras paredes que subían hacia ellos ocultando todo el panorama. Dieron una segunda vuelta y una vez más el paseo, la playa y el océano aparecieron ante ellos. Carol se preguntó qué tierras se esconderían tras el oscuro horizonte. Sintió un cosquilleo en la mano y vio una mariquita avanzando afanosa por su pulgar, como un diminuto juguete de brillante plástico rojo salido del parque de atracciones que había bajo ellos.

—Hola —dijo—, ¿vienes a dar un paseo con nosotros? —Alargó la mano hacia Rosie para que la viera y éste sonrió sin demasiado interés.

—Cuando bajemos —dijo él—, podemos dar un paseo por la playa. ¿De acuerdo?

—Perfecto —dijo ella, volviéndose a mirar hacia la arena. Al girar la noria la cabina de la parte interior avanzó estruendosamente hacia ellos. Carol lanzó un leve chillido de alarma pero se calló en seguida, sintiéndose algo tonta, cuando la cabina, con un coro de gritos saliendo de su interior, se desvió en el último instante. Rosie sonrió. Carol se miró la mano y vio que la mariquita se había esfumado, imaginó que asustada por el brusco movimiento. Al subir de nuevo la noria, Carol sintió la misma excitación cuando el panorama se desplegó nuevamente bajo ellos, e idéntica decepción cuando la cabina empezó a bajar de vuelta hacia el suelo. Ese paisaje había llegado a serle querido precisamente por su cualidad fugaz de algo visto desde una plataforma eternamente en movimiento. También a veces su propia vida le había parecido igualmente huidiza—. Me pregunto si daremos aún otra vuelta —dijo.

—¿Hmmm? Oh, no, creo que ésta será la última —dijo Rosie. Parecía preocupado;

había estado mirando con envarada fascinación la bombilla que ardía junto a la ventanilla de la cabina. Carol miró también con el tiempo justo para ver un puntito rojo con patas negras que se consumía pegado al vidrio recalentado de la bombilla. La cabina rozó ruidosamente la última vigueta y un empleado abrió las puertas ayudando a salir a la gente. Siguió a Rosie sintiéndose vagamente inquieta sin saber por qué. La cabeza estaba empezando a dolerle de nuevo—. Vamos —estaba diciéndole—, echémosle un vistazo a la playa.

Ascendieron por una rampa junto al paseo y pasaron luego junto a una hilera de puestos donde vendían golosinas, hacían tatuajes y predecían la buena fortuna. Bajo ellos se oía música y voces tenues y, más adelante, otra rampa llevaba hacia la arena que se extendía hasta confundirse con la ondulante línea negra de las aguas. La playa iluminada tenía un aspecto misterioso, punteada aquí y allá por formas que tanto podían ser personas dormidas, pedazos de madera traídos por el agua o cadáveres. Siguió a Rosie por la arena sintiéndola ceder bajo sus pies. Como le costaba caminar se quitó los zapatos y sujetándolos en la mano se quedó descalza, notando el delicioso frescor de la arena entre los dedos. Rosie se volvió para ver lo que hacía.

—Cuidado —le dijo con una leve repulsa en la voz—, hay montones de vidrios.

Detrás de ellos, entre las sombras que se amontonaban bajo el paseo, pudo distinguir figuras de adolescentes fumando, oyendo la radio o abrazándose sobre la arena. Dio la vuelta y el sonido de la música fue esfumándose al avanzar ella lentamente hacia el agua. A su derecha una pareja negra permanecía inmóvil besándose en la playa como un árbol que se alzara solitario en una llanura desolada. Detrás de la pareja vio las luces de un muelle de acero que entraba en el agua y, mucho más lejos, las luces de los barcos. A medida que ella y Rosie se fueron acercando al agua el ruido de las radios y el estruendo de juegos y carruseles fue siendo ahogado por el constante rugido de las olas.

—Vamos —dijo Rosie con voz apremiante—, busquemos un sitio más solitario—. Echó a andar siguiendo la playa, alejándose de las luces. Las olas parecían sonar cada vez con más fuerza aunque era difícil juzgar el estado del mar en la oscuridad. Carol oyó de nuevo el lejano retumbar del trueno y se preguntó cuánto tardaría en llover. Caminaron en silencio hasta llegar a una parte de la arena donde no parecía haber tanta basura y en la que Carol no pudo ver a nadie, a no ser que hubiera alguna pareja tendida en la oscuridad haciendo el amor. Los únicos habitantes de esa parte de playa eran las gaviotas, dispersas sobre la arena como espectrales estatuas blancas. Las aves guardaban un silencio total y su paso no parecía inquietarlas: lo único que hacían era volver la cabeza para verles, como si esperasen algo. De pronto Rosie se detuvo y miró hacia el agua—. Creo que ya hemos ido lo bastante lejos —dijo—. Volvamos atrás. —Dio unos pasos y se detuvo—. Qué extraño —dijo de pronto—. Venga, le enseñaré un truco.

Estaba señalando hacia el suelo allí donde las olas acababan de retirarse. Carol vio una hilera curvada de almejas que parecían ceniceros llenos de arena y que le hicieron acordarse del animal muerto en la autopista. Carol se acercó más a Rosie, que seguía haciéndole señas para que viniera.

—Sería mejor quitarse los zapatos, Rosie —dijo—, o la próxima ola va a...— Pero Rosie se llevó el índice a los labios haciéndola callar.

—Shhh —dijo en un murmullo—, hace falta saber el truco. Sólo hay que cerrar los ojos y procurar no moverse. —Carol hizo lo que le decía y oyó el sibilante ruido de la ola aproximándose. Apretó los ojos esperando sentir la frialdad del agua pero en vez de eso sintió como Rosie la abrazaba y el repentino griterío de las gaviotas a lo largo de toda la playa. Estaba tan sorprendida que abrió los ojos y vio a Rosie contemplando la luna y cómo justo delante de ellos la ola se abría pasando a su lado sin tocarles... Cerró de nuevo los ojos y sintió cómo los brazos de Rosie la soltaban—. Siento haberla asustado —le dijo quedamente, con una voz íntima y algo ronca—. Ya puede abrir los ojos.

—¡Rosie, eso fue magnífico! —dijo—. ¿Cómo se hace?

—Es sólo cuestión de encontrar el lugar adecuado —dijo él, de nuevo en marcha, sin volverse a mirarla—. Es un juego que los viejos conocemos y que, realmente, no tiene nada de particular.

Empezó a silbar y en la negrura del cielo, sobre su cabeza, la media luna pareció flotar sobre la playa como una presencia extraña que escondiera algo fuera de lo normal en su geometría. Carol se apresuró a seguirle, sus pies tan secos aún como si no hubiera salido del parque.

La música y el griterío eran aún más fuertes ahora. Estaban pasando por una hilera de atracciones bajo el paseo, ignorando los gestos y voces de los empleados. ¡TIRO AL BLANCO! ¡PRUEBE LOS AROS!, proclamaban los letreros. Vieron la despintada fachada del Museo El Mundo en Cera pero no se detuvieron para entrar. De hecho, Rosie parecía tener prisa. Al salir de la playa le había cogido la mano murmurando algo sobre que «pronto llovería» y que había «tiempo para otra atracción» y no había parado hasta convencerla, medio avergonzándola por su temor, de que fueran a la única atracción que ella se había prometido no visitar. Iban hacia las montañas rusas.

A su lado se abría la entrada del Agujero Infernal con un enorme Satanás rojo que sostenía un tridente apuntando obscenamente a su ingle. DEJAD TODA ESPERANZA LOS QUE AQUÍ ENTRÁIS decía el cartel. Satanás pareció hacerles muecas al pasar.

—Creo que nos aconseja ir a casa —dijo Carol, sintiéndose cada vez más nerviosa.

—¿Qué? ¿Quién? —Rosie parecía de nuevo distraído; había estado mirando el cielo y las estrellas.

—Satanás —dijo Carol—. Creo que sabe adonde vamos. —Rosie rió brevemente.

—¿Satanás? ¿Quién es? —Carol sintió que le agarraba la mano con más fuerza llevándola hacia el puesto de venta—. Venga —dijo—, creo que llegaremos a tiempo de subir en esta tanda. —Los coches rojos estaban llenándose rápidamente. Carol iba a meterse en uno del medio pero Rosie la hizo dirigirse hacia el último—. Aquí estaremos mejor —dijo—. Confíe en mí, siendo la primera vez, aquí atrás no asusta tanto. —Le apretó suavemente la mano.

—Vale —dijo Carol tragando saliva.

Sintió el frescor de la brisa marina en su nuca y tomó asiento junto a él. Sacó un delgado pañuelo azul del bolso y se lo ató al cuello: cuando se pusieran en marcha haría más frío. Rosie estaba mirando de nuevo hacia el cielo. Luego la miró a ella y torció el gesto.

—¿Qué ocurre? —preguntó Carol.

—El pañuelo —dijo Rosie alargando la mano hacia él—. Es demasiado bonito. La verdad, creo que éste no es sitio para llevarlo. Podría soltarse ¡y entonces yo me llevaría las culpas! Éste irá mejor. —Se lo desató y le tendió un pañuelo blanco que sacó del bolsillo de su chaqueta—. Guarde el azul y póngase éste. Si se pierde, no pasa nada. Venga, Carol, el viaje va a empezar en seguida.

Carol se ató el pañuelo bajo el mentón y se encogió en el asiento. El corazón le latía tan fuerte que apenas si podía oír el estruendo de los otros coches y los gritos de sus ocupantes. O quizá no fuera su corazón, quizá eran truenos... Un corpulento empleado iba recorriendo la hilera de coches para asegurarse de que los pasajeros se pusieran los cinturones de seguridad—. Vamos, vamos, tranquila —le dijo la vocecilla de Rosie al oído. Estaba sonriendo, contemplándola con ojos alegres—. Sólo debe repetir esa canción de los ángeles que aprendimos y todo irá mejor. Venga, un poco de memoria. Acompáñeme. —Empezó a canturrear la tonadilla que habían repetido esa tarde en su dormitorio—. *Ghe'el, ghavoola, ghae'teine...* —Ella sabía que las palabras pertenecían a la Vieja Lengua, pero su significado lo había olvidado hacía mucho y su boca se negaba a formar las sílabas—. No lo está intentando —dijo él—. Créame, es un modo excelente de calmarse. Venga, probaremos de nuevo. *Riya migdl'eth, rita moghu...* —Cantó las palabras y ella las cantó mirándole. Con un chirrido metálico y coro de gritos nerviosos de los otros pasajeros el coche empezó a correr por la vía—. Cante —le ordenó Rosie—. No piense en donde estamos. ¡Cante!

Carol cerró los ojos y pronunció las palabras.

—*Migghe'el ghae'teine moghuvoola...*

Sí, la ayudaban tal y como Rosie había dicho..., la ayudaban aunque no supiera lo que estaba cantando. ¿O era justamente eso lo que las hacía tan poderosas? Intentó no pensar en la vibración del coche ni en la empinada ascensión que la clavaba al respaldo. Apretó con fuerza la mano de Rosie, cerró los ojos y cantó. Cuando abrió los ojos, el coche parecía frenar y Carol se quedó boquiabierta, pues delante de ellos los otros coches parecían estar cayendo en un abismo..., y luego también ellos se precipitaron hacia abajo, mucho más rápido de lo que nunca había creído posible, y los gritos la ensordecían y apretaba los ojos con toda su fuerza para no ver y sintió la mano de Rosie cogiendo la suya y, otra vez, cantó las palabras como si fueran una oración.

Con los ojos cerrados no era tan malo. Incluso logró abrirlos antes de la última rampa cuando le pareció notar una gota de lluvia en su mejilla. Estaban en lo alto de la última montaña, la mayor de todas; el coche subió cada vez con más lentitud y casi se paró. Durante un segundo pareció quedar inmóvil, balanceándose entre los dos mundos, listo para avanzar e igualmente listo para resbalar hacia atrás. Y en ese mismo instante, suspendidos sobre el abismo con todo el parque a sus pies (la noria, la playa, el oscuro océano), creyó ver una neblina cubriendo la rampa ante ellos. Pensó por un instante que podía ser humo de una bombilla fundida o algún engaño causado por la luna..., y al instante siguiente, el coche se lanzó hacia abajo y todos chillaron, Carol agarrándose a Rosie con todas sus fuerzas, el coche cayendo a tal velocidad que por un instante estuvo segura de que los cinturones se romperían dejándola caer fuera del coche, perdida en la

oscuridad. «¡Cante, Carol!», le ordenó él, y ella cantó, uniendo su voz a la de Rosie hasta que las dos voces se impusieron a los alaridos y el rugido metálico, y de pronto, como una visión, había ante ellos un enorme pájaro blanco cerniéndose como un ángel en el aire, y Rosie alzaba la mano (protegiéndola, lo sabía) y había algo en ella, algo que brillaba, pero su mano se movía tan de prisa que Carol no pudo distinguirlo y Rosie debió de partirle el cuello, pues un segundo después ella sintió el cuerpo del ave chocando con el suyo para perderse luego en las profundidades, dejando una mancha roja en su vestido blanco nuevo.

Y cuando salieron algo vacilantes del parque, con Rosie consolándola e intentando sin éxito limpiar su vestido, Carol sintió casi como por simpatía que un hilillo de su propia sangre le corría por entre las piernas. Cuando llegaron al coche, el cielo se había cubierto y ya empezaba a llover.

En las tardes de lluvia después de que Bert Steegler cerrara la cooperativa y pusiera el cerrojo en las enormes puertas correderas del granero que les servía como almacén de grano y provisiones, y después de que su mujer, Amelia, hubiera cuadrado los libros del día registrando cuidadosamente en ellos las entradas y las ventas, los dos cruzaban corriendo la calle dirigiéndose hacia su casa para cenar con su hija mayor y su familia. Luego volvían a ponerse los viejos impermeables y salían de nuevo al exterior, daban un rodeo evitando el terreno fangoso junto a la escuela y seguían, pasando junto al cementerio, hasta la casa de Jacob y Elsi van Meer.

Si el tiempo era cálido, algunos solían reunirse en el porche de los Van Meer sorbiendo té de menta con trozos de hielo procedentes del refrigerador de la cooperativa, los hombres fumaban sus pipas y las mujeres hacían ganchillo o media. Allí sentados, hablaban de las cosechas y de las Escrituras, y cuando pasaba algún vehículo por el camino, cosa que sucedía raramente, especulaban acerca de sus ocupantes y su destino. Cuando se terminaba el té helado, las mujeres empezaban a bostezar y los hombres, habiendo fumado ya su última pipa, se ponían en pie, estirándose con un gruñido, intercambiaban adioses y volvían a sus casas. No siempre tenían ganas de hablar. A veces, se limitaban a estar sentados en silencio, escuchando los variados ruidos de la noche. No les hacía falta ningún tipo de diversión; eran felices.

O, al menos, la mayoría de ellos. Adam Verdock, que acababa de llegar tras cerrar su lechería, recordaba a un pariente suyo en Lebanon que había acabado cediendo ante su esposa (no perteneciente a la secta) y que le había hecho la instalación eléctrica de su casa.

—Luego la cosa fue imparable. Primero le compró a ella una plancha eléctrica a vapor, luego uno de esos trastos con luces azules que matan los insectos y acabó comprándose una televisión, igual que el joven Jonas Flinders. —Hubo un suspiro general de los presentes y un meditabundo agitar de cabezas. Sabían la continuación, la mayoría había oído la historia—. Bueno, pues instaló esa cosa en su sala de estar para poder verla todo el tiempo, y al principio creyó que era algo especial. Pero luego los pequeños se acostumbraron a ella y oí decir que les trastornó la cabeza. Empezaron a dejar de comer y hacer sus tareas para poder verla, pedían todas las cosas que anunciaban en ella y el mayor de los chicos estuvo a punto de ser expulsado de la escuela porque empezó a

portarse muy mal con las chicas. Con eso tuvo bastante; cogió ese trasto infernal y lo enterró junto al aprisco de los cerdos. Ahora hace penitencia dos horas cada noche, sentado mirando un punto de la pared..., el mismo donde estaba antes esa cosa. Dice que es para recordar su pecado.

Más meneos de cabeza, ruidos de asentimiento, otra ronda de té. Bethuel Reid se puso en pie para ir al cuarto de baño; Jacob van Meer siguió balanceándose en su mecedora favorita; Adam Verdock llenó su última pipa. Y, finalmente, Van Meer carraspeó.

—No me sorprendería que ese sobrino tuyo decidiera comprar uno de esos trastos para complacer a su esposa. —Verdock permaneció callado unos instantes, aspirando pensativamente el humo de su pipa.

—No —dijo por fin—, no es eso lo que ella quiere. Lo que desea es compañía. Ya sabes que viene de una gran familia, uno de esos clanes de la Nueva Iglesia en Sidon, y está acostumbrada a tener montones de gente alrededor. Creo que no será feliz hasta que tenga algunos críos... y eso no es cosa suya, es cosa de Sarr. En estos momentos no puede criar un hijo... y aún sabe menos sobre cómo criar una cosecha. —Hizo una pausa—. ¿Tengo razón, Lise?

Su mujer no alzó los ojos de su ganchillo. Era una Porothe y, por lo tanto, estaba más inclinada a la indulgencia.

—Yo pienso que Sarr está haciendo todo lo que puede ahí —dijo—, y creo que está intentando complacer a su esposa. Ha tomado un huésped, al menos.

—Sí, le vi en el almacén —dijo su esposo—. Debes acordarte, Bert, fue el domingo pasado. Un tipo tirando a gordo y de aspecto blanducho..., aunque parecía bastante agradable. Se puso algo insolente con Rupert. —Steebler asintió.

—Eso me pareció a mí también, aunque el joven Sarr parece hablar bien de él. Ya sabes que el Hermano Rupert nunca habla bien de nadie que no se gane su propio sustento. Claro que Rupert siempre anda hablando así, ¿no?

—Oh, no seas mal cristiano —dijo Amelia—. Mañana por la mañana vamos a la casa del Hermano Rupert, no lo olvides.

Todos asintieron. La adoración semanal iba a celebrarse en la casa de los Lindt. El domingo siguiente sería en la de Ham Stoudemire y luego vendría el turno de los Porothe. Elsi van Meer alzó los ojos.

—¿Pensáis que Lotte Sturdevant asistirá? Por el aspecto que tiene ya está a punto...

—Aún le quedan unas semanas —dijo Amelia—. Pero desde luego está hinchadísima, nunca había visto nada parecido. Apuesto a que será chico... y grande.

—No le toca hasta finales de mes —dijo Lise Verdock—. Puede que hasta agosto.

—Esperemos que sea así —dijo Van Meer dejando de mecerse—. Esperemos que pase la víspera de Lammas.

—Amén —se apresuraron a decir todos, asintiendo.

—Amén —dijo Bethuel Reid, que acababa de salir otra vez al porche. Caminó arrastrando los pies hasta el viejo diván de mimbre y se dejó caer pesadamente junto a su esposa. Van Meer volvió a mecerse y su mujer ahuyentó con la mano un insecto que intentaba meterse en la jarra del té. Lise contemplaba pensativa la lluvia que caía en

espesas ráfagas sobre los aleros del porche. A lo lejos retumbó un trueno.

—Está lloviendo realmente a cántaros —dijo—. Es raro que nadie lo predijera. Hoy no parecía que fuera a llover. —Calló unos instantes—. Aunque ya iba siendo hora de que lloviera un poco, al grano le empezaba a hacer falta.

Los demás, en silencio, contemplaban la noche. A los lejos se oyó otro trueno. Más allá de la esquina de la casa, detrás de los árboles, podían oír el repiqueteo de la lluvia sobre las lápidas del cementerio.

—Amén —repitió Reid.



Diez de julio

Sarr y Deborah iban a pasar todo el día en la adoración. Habían salido a pie hacia Gilead horas antes de que Freirs despertase. Le habían dejado solo para que compartiera la granja con los animales: los siete gatos, cuatro gallinas y el gallo, los pájaros invisibles que cantaban escondidos entre el follaje y los insectos que giraban frenéticos en la tierra recalentada. El sol estaba oculto bajo una capa de neblina grisácea y el suelo seguía húmedo a causa de la lluvia nocturna, con un olor a moho y fango. En días como éstos la tierra parecía capaz de engendrar insectos, como en tiempos se creyó que sucedía con los despojos de animales. Desde la ventana, Freirs vio a «Bwada» y «Rebekah» persiguiendo algo detrás del granero, con la gata gris llevando la delantera pese a su edad más avanzada. En los últimos tiempos se habían acostumbrado a cazar saltamontes, siempre abundantes en el grano.

Olvidándose de sus ejercicios, Freirs fue a la granja y se preparó algo para desayunar en la cocina mientras hojeaba sin gran interés una de las revistas religiosas de los Porothe. Luego volvió a su cuarto para dedicarse a lecturas más importantes. Cogió *Drácula*, empezado la noche antes, pero no logró redactar más que unas breves anotaciones poco inspiradas.

Intenté meterme en el Stoker, pero todo ese rastrero sentimentalismo victoriano empezó a molestarme otra vez. El libro empieza de maravilla, con unos pasajes realmente aterradores: Harker atrapado en ese castillo de los Cárpatos, condenado a ser la presa de su terrible propietario... Pero cuando Stoker cambia el escenario a Inglaterra y sus personajes principales empiezan a ser mujeres, sencillamente es incapaz de sostener la tensión inicial. Y si a eso vamos, ¿qué hay de espantoso en convertirse en vampiro si eso quiere decir la vida eterna? Ojalá llegara uno y me mordiera; estoy seguro de que acabaría gustándome la sangre. Además, la historia en sí no funciona conmigo. No dejo de ver a Carol en todos los papeles femeninos y me encuentro pensando en ella, deseándola. Querida Carol, hace un tiempo de perros; cómo desearía que estuvieras aquí...

Con los Porothe fuera se encontraba solitario y aburrido. Se dedicó a mirar las

telarañas de una esquina del techo, el moho de la paredes y las rosas marchitas del jarrón. Era difícil concentrarse. Aunque se había traído carretadas de libros para entretenerse, se encontraba inquieto; ojalá hubiera tenido un coche. Habría ido a dar un paseo, a visitar unos amigos de Princeton, quizá incluso hubiera vuelto a la ciudad... Pero, tal y como estaban las cosas, lo único que podía hacer era andar por el campo. Cogió los dos tallos de mejorana que Deborah le había aconsejado como remedio para los mosquitos y se los puso detrás de las orejas, sujetos por las gafas. Le molestaban casi tanto como los insectos que se suponía ahuyentaban y aunque no había nadie para verle tenía muy claro que le daban un aspecto ridículo, así que cuando llegó al arroyo los tiró al agua.

Siguió su curso a medida que se internaba en el bosque y, aunque sólo lo había visto una vez antes, el camino le resultó ya familiar. Se agachó una vez más para pasar bajo el arco de ramas y lianas y torció el gesto preparándose para mojarse los pies. Para su sorpresa el agua parecía menos fría que la otra vez. En la superficie flotaban algunos hilillos de algas muertas, pero cuando llegó al estanque lo encontró tan limpio y cristalino como antes. Había algunas huellas nuevas de animales en la arena mojada y el lugar, rodeado por los robles, parecía extrañamente bello aunque ni tan siguiera en él logró librarse por completo de su sensación de hastío. Vadeó nuevamente el agua hasta llegar al centro y miró al cielo por entre los árboles. En el centro de su campo visual una bandada de gaviotas cruzaba las alturas dirigiéndose hacia el oeste con sus grandes alas totalmente desplegadas. Casi le pareció oír sus gritos.

Las gaviotas se perdieron a lo lejos y una vez más se encontró solo. Se acordó de la extraña emoción que había sentido esa noche en el techo del granero y, para hacer un experimento, intentó repetir los gestos de entonces..., pero su memoria no era lo bastante fiel, el momento había pasado y esos movimientos desanimados le parecieron torpes y, de un modo inexplicable, carentes de todo poder. Pensó que de pie en el estanque, con el agua hasta los tobillos, debía de ser un espectáculo de lo más risible. Y lo que fue aún peor, al salir del agua se encontró con una hinchada sanguijuela de un color rojo purpúreo colgando como un tumor de su tobillo derecho. No era muy grande (le faltaba bastante para llegar al «amasijo de uvas negras» que algún héroe de Faulkner, según recordaba, se había encontrado colgando de su ingle) y pudo quitársela rascando con una piedra; pero de todos modos, le dejó con una pequeña mordedura redondeada que sangraba y una curiosa sensación de riesgo físico. Los bosques habían vuelto a serle hostiles y estaba seguro de que lo seguirían siendo para siempre. Algo había terminado.

Siguió el curso del arroyo para volver a la granja, con el ánimo sombrío. Cuando llegó al final del bosque, oyó de nuevo gritos lejanos en lo alto y vio otra hilera de gaviotas, si eso eran, atravesando el cielo. «¿Qué andan haciendo unas gaviotas aquí? —se preguntó—. Estamos muy lejos del mar.» Al bajar la cabeza distinguió por el rabillo del ojo una familiar forma gris. Era «Bwada»..., pero una «Bwada» que nunca había visto antes. Estaba agazapada al otro lado del arroyo entre las rocas y la vegetación, helada como un animal representado en un diorama de museo el momento antes de saltar. Tenía los ojos muy abiertos y algo vidriosos, con una expresión casi de asombro, como si estuviera mirando algo que estuviera justo delante de ella y no pudiera verlo. Su cuerpo se estremeció un segundo con algo parecido a un hipo espasmódico y Freirs vio hilillos de

espuma rosada en sus patas. De pronto, se dio cuenta de que estaba herida y recordó las advertencias de los Poroth sobre la rabia pero no les hizo caso. La rabia no era tan rápida; había visto a «Bwada» corriendo por la hierba una hora antes. Lo más probable era que hubiera comido algo y le hubiera sentado mal.

Permaneció unos instantes observando a la gata, sin saber qué hacer... si es que debía hacer algo. Los insectos zumbaban a su alrededor en el silencio del bosque y desde el campo llegaba el ronco griterío de los cuervos.

— ¿Estás bien, chica? — dijo al fin con forzada alegría en la voz —. ¿Te duele algo?

«Bwada» no movió la cabeza y la expresión vacua de sus ojos siguió inmutable. Vio con sorpresa que tenía las uñas fuera, aferrando la roca sobre la que se encontraba como si ésta fuera a moverse bajo ella en cualquier instante. Sin ningún aviso previo, su cuerpo se estremeció con otro espasmo. De todos los animales, «Bwada» era la única que le caía mal y la única que le bufaba siempre que podía, pero con los Poroth fuera sentía cierta responsabilidad hacia ella. Frunciendo el ceño fue hasta el arroyo y, haciendo pie en una gran roca plana que había en el centro, pasó al otro lado. Extendió una mano vacilante pero los ojos de «Bwada» siguieron fijos. De pronto, la gata entreabrió las fauces y un ronco gruñido resonó en su cuello apagando el murmullo del agua. Freirs retiró al instante la mano e iba a dar la vuelta cuando un fugaz rayo de sol entre las nubes le hizo darse cuenta, por primera vez, de una mancha oscura y brillante sobre la roca, allí donde reposaba el cuerpo del animal. Se movió cautelosamente para ver mejor, manteniéndose a distancia de «Bwada» y el gruñido de ésta fue haciéndose más potente y cada vez más agudo. De pronto Freirs vio, en el costado del animal que hasta ahora le había quedado oculto, medio tapado por el pelaje, un agujero de un color rojo rosado entre sus costillas. Alrededor de la herida, la piel retrocedía en pequeñas dobleces triangulares, como pétalos diminutos. Incluso a esa distancia estaba claro que la herida había sido hecha desde el interior.

Recordó la historia de Sarr sobre el ratón atrapado en la garganta del hombre y también una especie de oruga capaz, según había leído, de abrirse paso a través del estómago del pájaro que la comiese. Pero nunca había oído hablar de cosas semejantes sucedidas a un gato. Lo más probable, decidió, era que se hubiera quedado clavada en una rama de árbol o una raíz aguzada..., algo que, cuando logró liberarse, le habría arrancado la carne. Le sorprendía que no hubiera más sangre. Una cosa era segura: si intentaba cogerla habría mucha sangre..., la suya. En su estado, lo más seguro era que tratara de sacarle los ojos, pero aun así debía hacer algo. Los Poroth habrían esperado que lo hiciera y, después de todo, el maldito bicho era como un hijo, especialmente para Sarr. Pensó brevemente en avisarles, pero no tenía ni la menor idea de su paradero e incluso con un teléfono sería casi imposible encontrarles; el servicio podía celebrarse en cualquier casa de la comunidad.

De pronto, se le ocurrió una idea: conseguir un par de guantes (seguramente Sarr debía de tener algunos para el trabajo) y usarlos para transportar a la gata herida hasta la casa y esperar a que ellos volvieran. Sí, eso era. Pasó de nuevo al otro lado del arroyo y subió presuroso la colina hacia la granja. La cuesta le resultó más agotadora de lo que esperaba y le demostró que su estado físico era penoso. Cuando llegó a la casa, le faltaba el

aliento y apenas pudo subir los peldaños del porche, desde los que dos gatos le contemplaron con ojos alarmados. Una vez dentro, se dio cuenta de que no sabía dónde buscar. «Esto es una locura —se dijo mientras subía la escalera—, estará muerta antes de que vuelva.» Registró el armario del salón pero sólo contenía ropa blanca y manteles. Entró en el dormitorio de los Porothe sintiéndose como un intruso a cada crujido del suelo y se detuvo jadeante en el centro de la alfombrilla. ¿Dónde podía guardar Sarr sus guantes? Había una Biblia en la mesilla y una linterna de queroseno sobre la cómoda. Examinó los estantes pero sólo halló sombreros, cajas de zapatos atadas con cordeles, un juego de acuarelas, una caja de costura y algunos trajes negros pertenecientes a Deborah, que no osó desplegar. La cómoda sólo contenía ropa pulcramente doblada, y en el primer cajón un ordenado fajo de diplomas, recibos de un préstamo, facturas y algunas fotos viejas, incluyendo una de un hombre barbudo y de aspecto severo, con la mandíbula y las cejas idénticas a las de Sarr.

Cuando llegó a la conclusión de que los guantes debían de estar en el cuartito superior del granero, estaba igualmente seguro de que ya era demasiado tarde. De todos modos, ya estaba harto. Bajó cansinamente la escalera y fue a su cuarto para arrancar de un tirón la sábana sucia del lecho. Si el maldito animal seguía vivo, esto le iría igual de bien que los guantes. Bajó trotando la cuesta hacia el arroyo con la sábana debajo del brazo, pero incluso antes de llegar a él, vio claramente que la roca donde estaba antes «Bwada» se encontraba vacía. «Probablemente se habrá metido a rastras en el bosque para morir», pensó, aún más disgustado por sus vanos esfuerzos que por la suerte del animal. Contempló los frondosos pinos al otro lado del arroyo; no habría modo de encontrarla allí.

Se preguntó qué iba a decirles a los Porothe cuando volvieran. Los portadores de malas noticias nunca eran bien acogidos y, después de todo, hoy le habían dejado a cargo del lugar. Pudo imaginar su ira cuando les contara cómo habían fracasado sus esfuerzos por ayudar al animal herido. Si no se hubiera entretenido tanto en la granja quizá aún estuviera viva. Quizá su camisa habría bastado. Quizá había sido un cobarde al no cogerla con las manos desnudas. Sarr no habría vacilado ni un segundo... Regresó desanimado a su cuarto y tiró la sábana sobre la cama. Lo mejor sería no decir nada, pensó; mejor fingir que nunca había visto a la gata. Que fuera el mismo Sarr quien descubriera el cadáver... Pasó el resto de la tarde leyendo en su cuarto, abriéndose paso penosamente a través de *Drácula*. No estaba de un humor muy adecuado para concentrarse en la lectura.

Sarr y Deborah volvieron pasadas las cuatro. Les oyó saludar y luego meterse en la casa. Cuando Deborah llamó a Freirs para comer, ninguno de ellos había salido aún. Los seis gatos estaban en el porche trasero lavándose concienzudamente después de haber comido cuando Freirs subió los peldaños.

—¿Has visto a «Bwada»? —le preguntó Sarr al entrar Freirs con los seis gatos desfilando detrás de él.

—No la he visto en todo el día.

Bueno, ya les había soltado su mentira. No había modo de volverse atrás.

—A veces no viene cuando les llamo para comer. Creo que eso se debe a que siempre anda cazando y a veces debe de estar harta —dijo Deborah.

—Bueno —dijo Sarr—, después de que cenemos aún hará algo de luz y saldré a buscarla.

—Estupendo —dijo Freirs—, te ayudaré. —Pensó que quizá le fuera posible guiar a Sarr hacia el arroyo para que los dos encontraran su cadáver. Resignado, ocupó su asiento ante la mesa; Y cuando estaban a media cena oyeron unos arañazos en la puerta. Sarr se levantó y abrió.

Y «Bwada» entró en la cocina.

¡Qué alivio! No creí volver a verla nunca y menos en tan buen estado. Sé que estaba malherida; ese agujero del costado tenía un aspecto fatal, pero ahora apenas si se distingue un punto hinchado y sin pelo. Por suerte, los Porothe no se dieron cuenta de mi sorpresa; estaban demasiado ocupados haciéndole carantoñas a «Bwada» e intentando ver si le había pasado algo. «Mira, se ha hecho daño —dijo Deborah—. Parece que se ha dado un golpe.» La verdad es que se movía con dificultad, como si tuviera el cuerpo rígido. Cuando Sarr volvió a dejarla en el suelo después de examinar la zona hinchada, resbaló al intentar caminar, como si estuviera pisando hielo en vez de los familiares tablones de madera.

Los Porothe llegaron a una conclusión similar a la mía: había caído dándose con algo, una roca o una rama, y se había llevado un buen golpe. Atribuyeron su falta de coordinación a una leve conmoción o, como lo expresó Sarr, «a un pinzamiento de los nervios». Supongo que parece bastante lógico. Sarr me dijo que si mañana se encuentra peor la llevará al veterinario, aunque el tratamiento puede ponerle en aprietos monetarios. Me ofrecí a dejarle algo de dinero o incluso a pagar la factura; me gustaría oír la opinión de un veterinario al respecto. Quizá la herida no fuera tan honda después de todo; quizá por eso había tan poca sangre. Dicen que los animales tienen una saliva dotada de maravillosos poderes curativos, no sé... Quizá se metió en el bosque y se curó ella sola. Quizá la herida se cerró sencillamente sin ninguna ayuda. Pero... ¿en tan pocas horas?

No tenía ganas de seguir cenando y les dije a los Porothe que me dolía el estómago, lo que era cierto en parte. Todos mirábamos a «Bwada» dando tumbos por el suelo de la cocina, ignorando la comida que Deborah le ponía delante como si no estuviera ahí. Sus movimientos eran torpes y vacilantes, como los de un animal recién nacido aún no muy seguro de cómo usar los músculos. Cuando salí de la casa hace un rato, estaba encogida en un rincón, sin dejar de mirarme. Deborah la acariciaba y le decía cosas, pero el animal no me quitaba los ojos de encima.

Esta noche he matado una araña monstruosa escondida detrás de mi maletín. Ese nuevo insecticida realmente funciona. Cuando Sarr estuvo aquí hace unos días dijo que todo el cuarto apestaba, pero supongo que mi alergia me impide enterarme. Me gusta mirar el zoológico que tengo fuera de las ventanas. Pego la cara a la rejilla y me dedico a mirar fijamente a los insectos. A los que no me gustan los fulmino con mi aerosol. He intentado leer algo más del libro de Stoker, pero hay una cosa que me sigue inquietando: la forma en que me miraba la gata. Deborah estaba cepillándole el lomo, Sarr andaba muy ocupado con su pipa y esa gata no dejaba de mirarme sin pestañear. Yo le devolví la mirada y dije: «Eh, Sarr, mira a "Bwada". Esa maldita gata ni tan siquiera pestañea».

Entonces, cuando él la miró, «Bwada» pestañeó. Varias veces.

Espero que mañana podamos ir al veterinario porque quiero preguntarle cómo es posible que una gata se quede clavada en una roca o en un palo y lo rápido que puede llegar a curarse una herida semejante.

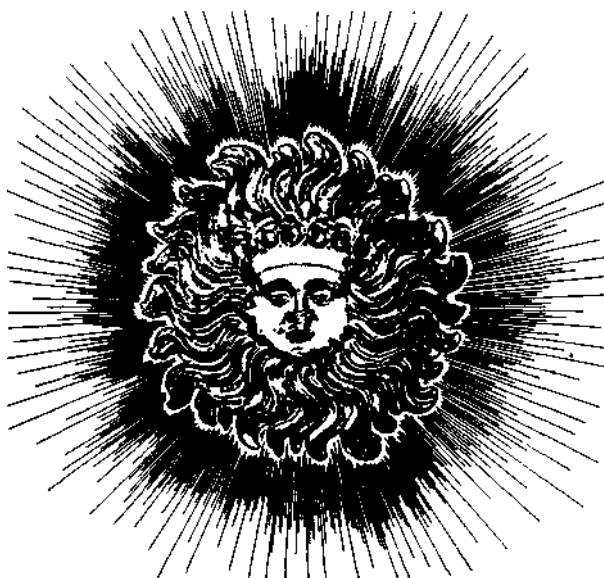
Hace una noche fría. Las sábanas están húmedas y la manta me pica. Se ha levantado viento del bosque..., eso debería de ser agradable en verano, pero no tengo la sensación de estar en verano.

Esa maldita gata no pestañeó hasta que yo no lo comenté.

Casi parece que me hubiera entendido...

Libro sexto

La ceremonia verde



Y mi corazón estaba lleno de las malignas canciones que habían introducido en él y sentía el deseo de retorcer mi rostro y mi cuerpo igual que lo hacían ellos... Por lo tanto, repetí el encanto y toqué mis ojos, mis labios y mi cabello de cierto modo peculiar y dije las antiguas palabras... y me alegré mucho de poder hacerlo tan bien y bailé en solitario cantando las extraordinarias canciones que me venían a la cabeza... canciones llenas de palabras que no deben ser pronunciadas ni puestas por escrito. Y luego imité con mi rostro el rostro de las piedras y retorcí mi cuerpo como lo hacían ellos y acabé acostándome en el suelo igual que los muertos.

MACHEN, *El pueblo blanco*



Once de julio

El cielo por encima de la ciudad tiene el color del agua sucia y el aire está cargado de humedad. Una llovizna intermitente mancha las ventanas del enorme edificio gris junto al parque Riverside y traza dibujos negruzcos sobre los ladrillos. El interior del piso huele a muebles y alfombras viejas y a un viejo que sólo se baña cuando no tiene más remedio.

Pero al Anciano no le importan los olores. Cargado con una bolsa de papel marrón llena de comestibles sobre la que se balancea su correo del día, cierra la puerta del piso para dejar luego su paraguas en la bañera, después de sacudirlo un poco y sentarse en la tapa manchada del inodoro para quitarse con mucho cuidado los chanclos. No le presta ninguna atención a lo poco acogedor del lugar ni a los placeres hipotéticos del regreso al hogar. Va a la cocina y guarda los alimentos en el refrigerador casi vacío. El correo lo tira

sin abrirlo, a excepción de dos facturas. Se quita la dentadura postiza de cuyos extremos se desprenden dos hebras gemelas de saliva y la deja en un vaso con agua en el cuarto de baño. La media hora siguiente la pasa ante su escritorio cuadrando su talonario de cheques y preparando los del alquiler y la electricidad, lamiendo con gran cuidado los sellos que guarda en una cigarrera del cajón y pegándolos delicadamente luego en los sobres, que deja sobre la mesa del salón preparados para la siguiente vez que salga del piso. Después, rascándose distraídamente la nariz, se dirige hacia la librería del salón para detenerse ante un juego de volúmenes victorianos de apagadas tapas marrones que recogen polvo en el segundo estante.

«Qué divertido... —piensa cogiendo uno de ellos—. Qué divertido es que la clave de unos ritos tan antiguos y oscuros perviva bajo una forma tan inofensiva. Un joven estúpido como Freirs probablemente se negaría a creerlo esperando encontrar, al igual que el resto de su especie condenada, tales saberes encerrados en viejos volúmenes con tapas de cuero, letras góticas y títulos portentosamente siniestros. Los buscaría en viejos arcones misteriosos y bóvedas ocultas, en las secciones de acceso restringido de las bibliotecas y en escritorios completamente tallados con cajones ocultos.»

Pero el Anciano sabe que no existen auténticos secretos. Los secretos acaban resultando siempre demasiado difíciles de ocultar. Las llaves a los ritos que transformarán el mundo no están escondidas, no son caras ni difíciles de conseguir: están a disposición de cualquiera y pueden encontrarse en la sección de libros de bolsillo o en cualquier librería de viejo. Sólo hace falta saber dónde mirar... y reunir luego las piezas.

Algunas de ellas se encuentran en un panfleto religioso ya agotado de un tal Nicholas Keize. Y en cierto texto para estudiar idiomas en cuyo apéndice están transcritas unas canciones infantiles en un dialecto malayo ya desaparecido que se parece sorprendentemente al gaélico. Y en un relato supuestamente de ficción (pero que no es tal si se lee en el momento adecuado), escrito por un poco conocido visionario galés que poco sospechaba lo que en realidad estaba escribiendo y que años más tarde llegó a lamentarlo muriendo convertido en un fervoroso creyente. Y también en las imágenes de una baraja de módico precio basada en otras imágenes de una antigüedad difícil de suponer o en una danza popular toscana incluida en cierto viejo libro sobre bailes en la que el danzarín, junto con las piruetas y los *pliés*, ejecuta en cierto momento unos pasos llamados «los cambios». Las piezas son, pues, muy sencillas y sólo esperan a ser encajadas en lo que desde el principio están destinadas a ser: las instrucciones para las Ceremonias.

Cuidadosamente, el Anciano envuelve el libro en papel de seda y cierra el paquete con cinta adhesiva, dejándolo luego sobre la mesa del salón. Mañana lo enviará dentro de la caja que ya ha preparado.

Espera que a Carol le guste su pequeño regalo. Después de todo, se supone que la danza es su especialidad.

«Bwada» camina ya mejor, parece más afectuosa que nunca con los Porothe (incluso permite que Deborah la acaricie, lo que es algo nuevo) y tiene un sorprendente apetito, aunque parece que le cuesta algo tragar. Puede que se trate de alguna pequeña infección bucal; no deja que nadie le abra la boca. Sarr dice que su recuperación demuestra que el

Señor vela por los inocentes y dice que eso afirma su fe. Cita: «Si la hubiera llevado a Flemington a ver al veterinario lo único que habría conseguido sería tirar el dinero». Dentro de unos días hará que su madre le eche un vistazo. Antes ya curó una vez a «Bwada» y puede que logre hacerlo de nuevo, pero incluso sin ella la hinchazón en el costado de la gata casi ha desaparecido. Le está volviendo a crecer el pelo casi tan rápido como el moho en mis paredes.

Moho. Ahora me resulta de lo más familiar. Cada día sube más alto por las paredes, como una inundación; me alegra que los libros estén a salvo en los estantes lejos del suelo. Hace tanta humedad aquí dentro que mis notas se deforman solas y los libros se vuelven flácidos, como si estuvieran hechos con trapos mojados. De noche, las sábanas están pegajosas y frías, pero cada mañana me despierto sudando. Todos mis sobres se han echado a perder; la cola se ha estropeado con la humedad y todos están pegados entre sí. Los sellos de mi cartera se han enganchado a los billetes. Cuando escriba luego a Carol, tendré que usar pegamento para que el sello no se caiga.

He pasado gran parte de la tarde aquí releiendo «Otra vuelta de tuerca», que había olvidado desde mis días de estudiante. Parece que soy el único que la considera el más pretencioso y excesivamente alabado relato de fantasmas jamás escrito (aunque resulte perfecto para las hordas de la Asociación de Lenguaje Moderno). La película que hizo Clayton, y que pasé en clase este año, es diez veces más efectiva. He buscado en vano, a través de todas las abstracciones psicológicas, un auténtico momento que dé miedo y sólo he hallado una imagen capaz de conmoverme: su descripción de la calma rural como «ese silencio en el que algo se agazapa...». Otro día lluvioso. Cielos que parecen grises tejados húmedos, un lúgubre atardecer, truenos. No ha parado desde la noche del sábado y resulta de lo más deprimente; una nube colosal parece haberse instalado sobre el paisaje como un cuenco y unas cuantas figuras pálidas (¿otra vez gaviotas?) se mueven en lo alto pero no se ve ningún otro pájaro y no hay rastro del sol.

He dado un breve paseo por la granja al anochecer, harto de estar encerrado. Los Porothe estaban arrancando las malas hierbas del campo y por una vez, benditos sean, no cantaban himnos. Sentí la tentación de unirme a ellos, pero no tenía ganas de ensuciarme las manos y mucho menos de pasar una o dos horas encorvado. Noche lluviosa. Después de la cena, sintiendo renuencia a quedarme solo otra vez tan pronto, me quedé en la casa con los Porothe, leyendo casi con ansiedad *Walden* en la sala mientras que Sarr tallaba trozos de madera y Deborah hacía ganchillo. La lluvia suena mejor allí, se está mucho más cómodo que no en este cobertizo de gallinas. Cuando eran las nueve o las diez, Sarr fue a la cocina, trajo la radio y todos nos sentamos a su alrededor escuchando las noticias con un círculo de gatos ronroneando. Sarr tenía en el regazo a «Azariah», Deborah acariciaba a «Toby» y yo, cada día más alérgico, resoplaba y estornudaba. (Mi experimento de «inmersión total» no funciona.) De todos modos, ha sido agradable oír la radio y sentir ese tenue contacto con el mundo exterior. Incluso Sarr debe de sentir esa atracción y me acuerdo de cómo, en Maine, algunas familias pobres se pasan cada domingo sentadas en el patio dentro del coche, escuchando la única radio que tienen.

Supongo que no he nacido para ser un moderno Thoreau. Cuando la radio estaba a mitad de un aburrido informe sobre agricultura, señalé a «Bwada», enroscada a mis pies y

dije: «¡Eh, fíjaos! Cualquiera diría que está escuchando las noticias». Deborah rió y se inclinó para rascarle detrás de las orejas y al hacerlo «Bwada» se giró para mirarme. Me pregunto qué tendrá esa gata para hacerme sentir tan inquieto...

Parece que la lluvia está amainando un poco. Sigo aquí sentado, encorvado sobre la mesa, intentando decidir si estoy lo bastante soñoliento como para irme a la cama. Quizá debería intentar leer un poco más o limpiar algo la habitación. Las cosas se desordenan en seguida, aunque no tengo demasiados trastos que mantener en su sitio. Los alféizares están llenos de polvo, hay telarañas perennes en cada esquina del techo y la mesa está llena de notas, recortes y pétalos de rosa secos. Creo que, después de todo, la lluvia me hará dormir. Casi ha parado, pero aún puedo oír el goteo de los árboles junto a la ventana, primero de una hoja a otra y luego cayendo sobre las hojas muertas que cubren el suelo del bosque. Probablemente seguirá así toda la noche. De vez en cuando me parece oír un ruido en alguno de los grandes árboles junto al granero pero debe de ser la lluvia.



Doce de julio

Carol entró agotada en el piso, abanicándose con un arrugado ejemplar de *Spring*: «Refrésquese con nuestro programa veraniego en tres partes». Su clase de danza de la tarde del martes había sido muy pesada y el regreso no había sido precisamente mejor: veinticinco minutos en un autobús lleno de gente con el aire acondicionado medio estropeado. Bueno, en el piso no había ningún aire acondicionado que pudiera estropearse. «Apenas tenga dinero, me compraré un aparato —se recordó así misma—. Lo menos estamos a treinta grados aquí dentro.» Apenas hubo cerrado la puerta, se quitó las ropas empapadas y las dejó caer al suelo formando un montón para dirigirse al cuarto de baño.

Después de una ducha se sintió algo mejor. Cogió el ventilador que había en el dormitorio y lo puso junto a la TV. Conectó las dos cosas y se dejó caer desnuda en el diván, los ojos medio cerrados, para oír las noticias. Salvo por el tiempo el día había sido normal. La ciudad veía cerrar otro hospital; unos vándalos habían mutilado una estatua de Alicia en el País de las Maravillas situada en el parque; portavoces de la comunidad negra acusaban de brutalidad a la policía por el arresto de alguien acusado de ser «sacerdote vudú»; el alcalde había presidido un desfile de modas; se había descubierto la cabeza de una chica en un cubo de basura junto al campus de Columbia y la Con Ed advertía a los usuarios que esta semana «no se excedieran» en el uso de sus aparatos de aire acondicionado. El catálogo era extrañamente sedante, como una letanía carente de todo significado; Carol pensó que podría quedarse dormida oyéndolo.

«Los bomberos del distrito de Brownsville, en Brooklyn, extinguieron finalmente un incendio que se cobró las vidas de, como mínimo, siete personas, todas las cuales eran niños, excepto dos. Y ahora...» —El interfono sonó detrás de ella. Carol se puso en pie y fue a contestar.

—Un paquete de un tal señor Rosebottom. —Carol le dejó entrar y fue al dormitorio para ponerse un albornoz. Un minuto después sonó el timbre de la puerta; bajó la TV y abrió—. Firme aquí, por favor —le dijo el repartidor, entregándole una caja alargada de cartón y luego una tira de papel amarillo y un lápiz. Pareció sorprenderle encontrar una chica atractiva ataviada con un albornoz esperándole y puso cara de esforzarse por pensar algo inteligente que decirle. Carol sintió sus ojos examinándola mientras garabateaba su nombre y se envolvió más apretadamente con el albornoz—. Gracias, encanto —le dijo él, con leve sonrisa—. A pasarlo bien.

Al abrir la caja, vio que Rosie le había mandado otro vestido. El modelo era anticuado y se parecía bastante al primero, pero esta vez el color era un verde oscuro. «Considérelo como un recambio —había escrito Rosie en un papel—. ¡Al menos en éste no se verán las manchas de la hierba!» En la caja, junto al vestido, envuelto en papel de seda, había puesto también un delgado libro marrón de aspecto antiguo cuyo lomo había perdido hacía tiempo todo rastro del título. En la primera página ponía *Serie de danzas Ridpath, volumen IV. Sobre las danzas populares de la Umbría y la Toscana. Nueva traducción. Nueva York, 1877*. Carol lo hojeó sin mucho interés, observando los toscos dibujos con campesinos bailando, con trajes que parecían bastante incómodos, con el rostro absolutamente inexpresivo, pero la mayor parte del libro estaba ocupada por los diagramas, una compleja masa de pisadas y flechas negras. Creyó reconocer algunos pasos sencillos, pero era bastante difícil imaginar a qué se parecían los demás una vez llevados a la práctica. Dejó el libro a un lado; probablemente Rosie lo sabría.

El vestido tampoco llevaba etiqueta («¿Dónde los encontrará?») y, como el otro, la tela parecía seda. Se quitó el albornoz y se pasó el vestido por encima de la cabeza para examinarse luego en el espejo del armario, apretando la tela contra su silueta. Igual que en el primero, ahora entregado a las seguras manos de la tintorería, la falda era bastante corta y se dio cuenta de que otra vez tendría que acordarse de mantener juntas las rodillas cuando lo llevara. Quizá Rosie disfrutaba viéndole las piernas o quizá, sencillamente, no sabía cuál era la longitud de las faldas en boga estos días. Tendría que llamarle para darle las gracias («realmente, me mima demasiado»), pero ahora se encontraba demasiado cansada. Con el vestido aún puesto volvió al diván. La tela le resultaba suave y fresca sobre la piel y le sugería pensamientos... ¿pecaminosos? Sí, eso era. Se tendió en el diván y estiró las piernas. La TV, con el volumen aún bajo, resultaba casi inaudible.

«Temperaturas sin precedentes —estaban diciendo—, extrañas tormentas...» Pasó la mano por el interior del traje, tocándose el cuello. «Masas de aire cálido sobre New Jersey...»

New Jersey. Imágenes del campo y los apacibles cielos azules de la granja volvieron a ella como traídas por la brisa del ventilador. Recordó los pequeños peces plateados moviéndose veloces por el arroyo, los campos recién sembrados, a Sarr y Deborah, a los gatitos.

«...truenos... —decía la TV—, cambios atmosféricos...» Carol hundió la mano cada vez más abajo, cerró los ojos y pensó en Jeremy.

Oí truenos la noche pasada pero no llovió. Me pregunto si el tiempo estará afectando

al arroyo porque al pasar hoy junto a él me di cuenta de que está llenándose de algas. Gallina y puré para comer. Di cuenta de tres raciones; a Deborah no pareció molestarle.

La abadía de Northanger, Jane Austen, 1818, primeros siete capítulos. No es la parodia que esperaba (obviamente el trozo de imitación gótica no es la parte central de la historia), pero de todos modos la encontré ingeniosa. Divertido imaginar a Deborah en el personaje principal. Las historias de amor tienden a cansarme, pero de momento ésta me parece bastante soportable.

«Bwada» ya parece estar completamente curada, al menos por fuera, aunque puede que tenga alguna especie de obstrucción en la garganta. Cuando maulla, el timbre de su voz es distinto, como más apagado y ronco. La madre de Sarr vendrá mañana a echarle una mirada. He leído un poco más de LeFanu en la cama. «Té verde», sobre un mono fantasma con ojos resplandecientes, y «El familiar», sobre un hombrecillo que vigila constantemente al héroe hasta volverle loco. En ninguno de los dos casos (cf. «El Horla», Maupassant), el héroe llega a estar seguro de por qué ha sido elegido para tal destino. La verdad es que no han sido elecciones muy adecuadas, dado el modo en que me siento con esa gorda gata gris ronroneando constantemente delante de los Porothe y sin dejar de mirarme a mí. También me gruñe. Supongo que el accidente puede haberla enloquecido un poco más o puede que me eche la culpa a mí del accidente, o que se haya olvidado de quién soy, o lo que sea... ¿Puede cambiar tanto la personalidad de un animal?

Esta noche le estuve haciendo mimos a «Toby», el anaranjado; es mi favorito de toda la pandilla, aquel con el que me gusta jugar aunque se me atasque la nariz y me lloren los ojos. Sentí un cosquilleo en el brazo cuya causa no descubrí hasta irme a la cama. Una cosa muy delgada, parecía casi de papel, como una araña aplastada; tenía un apagado color rojizo, sin duda a causa de haber desayunado con mi sangre. Como resultado, incluso en estos momentos siento cosquilleos imaginarios que suben y bajan arrastrándose por mi columna vertebral.

Maldito gato.



Trece de julio

He vuelto a dormir fatal. Me desperté un poco antes del alba a causa de los truenos, esta vez no tan lejanos. Juraría que el suelo tembló una o dos veces; me parece muy raro, ya que cuando me fui a la cama hacía un tiempo bastante apacible y ahora está exactamente igual, sin señales de haber llovido. Puede que el ruido lo causara algo parecido a un fuego de san Telmo o una especie de aurora boreal, pero, aunque estuve levantado casi media hora mirando por la ventana, no vi nada parecido. Oí cantar (o al menos eso intentaban) bastante tarde en la dirección de la granja o el sendero. Posiblemente fuera algún vagabundo que pasaba por allí, pero no me pareció que sonara como tal, aunque es difícil estar seguro de esas cosas cuando estás medio dormido; quizá fuera solamente Sarr o Deborah haciendo gárgaras en el cuarto de baño.

Últimamente he estado pensando mucho en Deborah y lo poco que Sarr parece tenerla en consideración. Ciertamente, anda todo el tiempo metiéndole mano y está claro que le gusta tenerla por aquí, pero me pregunto si no actuaría del mismo modo con cualquier otra mujer a su alcance. Aún no he logrado estar seguro de que no pasara nada entre Carol y él. La verdad es que también he empezado a preguntarme hasta qué punto le quiere Deborah. Es alto y tiene una constitución robusta, desde luego, si le gustan esas cosas... (supongo que a la mayoría de las mujeres les gustan), pero ese tipo de hombres pueden llegar a ser espantosamente aburridos. Por supuesto, puede que a ella no le importe aburrirse. Cualquier mujer capaz de pasarse el día limpiando guisantes, metiendo semillas dentro de agujeros o rezando arrodillada es obvio que tiene un altísimo nivel de resistencia al aburrimiento. No logro dejar de pensar que Deborah está interesada por mí y, desde luego, es muy atenta conmigo, especialmente en la comida y defiende mis posturas cada vez que discuto de algo con Sarr. Cuanto más la veo, más bonita la encuentro. Puede que ese largo vestido negro la tape hasta el cuello, pero la tela es delgada (¡gracias te doy, Señor, por el verano!), y estoy seguro de que no lleva nada debajo.

Ya sé que no está bien tener esos pensamientos (sin duda la soledad me está afectando), pero no puedo evitar preguntarme si Sarr va a salir alguna noche..., una juerga con los chicos, quizá. De lo que estoy seguro es de que no me importaría estar un rato a solas con ella... De todos modos, esta mañana los tres estuvimos juntos en el sitio que Sarr se ha despejado para trabajar, en lo alto del granero. Ellos estaban cortando listones para el cuarto de arriba y yo les echaba una mano en lo que podía; es decir, yo tomaba las medidas, Sarr cortaba con el serrucho y Deborah pulía la madera. No me sentía demasiado útil, pero ¿qué más daba?

Cuando no tenía nada que hacer y ellos andaban más ocupados, me dediqué a mirar por la ventana. Hay un angosto sendero enlosado que va del granero a la casa y «Toby» y «Zillah» estaban agazapados en el centro, tomando el sol. De pronto, «Bwada» apareció en el porche y se metió por el sendero, meneando la cola de un lado a otro, y cuando estuvo cerca de los otros dos gatos les gruñó (vi el gesto de sus fauces) y ellos se incorporaron de un salto, el pelo erizado, y salieron corriendo hacia la hierba. Se lo hice notar a los Porothe y dijeron que no les resultaba ninguna novedad. Deborah dijo que siempre se había portado muy mal con los demás gatos, quizá debido a que nunca había criado. (Me pareció detectar cierta melancolía en el modo en que lo dijo.) Sarr dijo que también se debía a que estaba envejeciendo.

Cuando volví a mirar por la ventana, «Bwada» ya no estaba. Le pregunté a los Porothe si les parecía que había empeorado y me di cuenta de que, al hablar, había bajado la voz de un modo inconsciente, como si alguien pudiera estar escuchándome por las rendijas del suelo. Deborah admitió que la gata había estado actuando de un modo raro desde el accidente. No sólo se porta mal con los gatos jóvenes; «Azariah», el macho ya crecido de color naranja, parece tenerle un miedo particular. Sarr dijo que estaba seguro de que se le pasaría y que prefería esperar a ver qué opinaba su madre.

La señora Porothe LLEGÓ mientras comían. Los tres estaban sentados a la mesa hablando de la cooperativa.

—No siempre lo fue —decía Sarr—. Hace años, antes de que la llevara mi padre, pertenecía solamente a dos familias: los Sturtevent y los Van Meer. En esos tiempos iba bastante bien, o eso me han contado, pero luego vinieron varios años malos seguidos. Llovió poco, algunas cosechas fueron muy escasas y el precio del cereal cayó en picado. Fue una racha de mala suerte. Nadie tuvo la culpa y nadie lo hubiera podido imaginar...

—Había algunos que sí podían hacerlo. —Se volvieron para encontrarse con los rasgos serios y austeros de la señora Porothe en el umbral de la sala.

—Madre —dijo Sarr—, ¿cómo...?

—He entrado por la puerta delantera —dijo ella. Entró en la cocina y la examinó con la mirada—. ¿El animal está fuera?

—Iré a buscarla —dijo Sarr, y salió al porche.

Le oyeron bajar rápidamente los peldaños.

—Señora Porothe —dijo Deborah—, éste es Jeremy Freirs. Jeremy, la madre de Sarr.

—Me alegro de conocerla —dijo Freirs, poniéndose de pie.

Ella hizo un vago gesto con la cabeza, sin apenas mirarle.

—Jeremy es de la ciudad —añadió Deborah—. Es nuestro huésped de verano.

—¿Huésped? —dijo ella mirándole con frialdad—. Creí que pagaba su habitación.

Freirs quedó un tanto sorprendido por su brusquedad, pero Deborah no se dejó impresionar.

—Pues ya hemos llegado a considerarle un huésped..., casi un invitado —dijo—. Nos está ayudando mucho. Vaya, pero si justamente esta mañana...

En ese instante, Sarr entró por la puerta con «Bwada» medio dormida en los brazos, aunque vigilando cautelosamente, con los ojos entreabiertos, a todos los de la habitación. Freirs miró primero a «Bwada» y luego a la señora Porothe. La conducta anterior de la mujer le había sorprendido y le sorprendió igualmente ver la expresión de concentración casi feroz con que miraba ahora a la gata, como si buscara con los ojos los de «Bwada» antes de que ésta lograra rehuirla. Finalmente, la señora Porothe meneó la cabeza.

—No es la gatita que cuidé —dijo.

—Bueno, madre... claro que no —dijo Sarr—. Eso fue hace diez años. Desde entonces, la habrás visto un centenar de veces o más.

—No quería decir eso. —Se acercó a Sarr, alargando las manos hacia la gata—. Dámela.

El animal pareció desmadejarse en los brazos de Sarr, cerrando los ojos por completo, como si fuera a quedarse dormida. Pero Freirs creyó oír en lo más hondo de su garganta un ronco gruñido cargado de amenazas. Las manos de la señora Porothe se cerraron firmemente en torno al animal y Freirs estuvo seguro de que ahora sí había oído el gruñido, que se había vuelto más agudo y aún más amenazador, pero ella no pareció darse cuenta o no pareció importarle. Alzó a la gata y la sostuvo delante de su rostro.

Y de pronto, el animal explotó. Con un aullido de rabia se retorció entre sus manos y le lanzó un feroz zarpazo al rostro. Deborah chilló y la señora Porothe se llevó una mano a la mejilla, dejando caer la gata al suelo. «Bwada» empezó a correr en círculos por la cocina, bufando y gruñendo, en tanto que Sarr y Deborah retrocedían de un salto, alarmados. Freirs miró a la señora Porothe. Para su asombro, ella parecía estar sonriendo, como si no se

hubiera dado cuenta de las cuatro rayas sanguinolentas que le cruzaban la mejilla. Con un movimiento veloz y preciso fue hasta la puerta de la cocina y la abrió de golpe; en un segundo, como un cohete gris plateado, la gata salió corriendo y bajó los peldaños. Al mirar por la ventana, la vieron correr hasta esfumarse en el bosque.

¡Esta tarde Deborah estuvo impresionante! Cuando pienso en el modo como le plantó cara a esa... Después de haber oído cómo la describía en días anteriores creo que había llegado a imaginarme una especie de bruja del campo llena de homilías, ensalmos y sabiduría casera. En vez de eso, me he encontrado sencillamente con una vieja repulsiva sin nada de extraño; aún no me he logrado hacer a la idea del modo tan grosero en que me trató... Probablemente odia a los de la ciudad. Apuesto a que también será antisemita.

Estoy pensando ahora en cómo la atacó esa maldita gata y casi me río. Aunque en ese momento no tuvo nada de gracioso...

La buscaron por todas partes. Todos estaban nerviosos y pálidos excepto, y eso era lo más raro, la señora Poroth, que parecía de lo más tranquila.

—He visto lo que había venido a ver —le dijo a Sarr. No parecían importarle los profundos y dolorosos arañazos de su mejilla y se negó a quedarse más tiempo—. Es lo que había pensado. En ese animal hay un espíritu, algo que es contrario a todo lo natural, pero no puedo hacer nada, pues sé que no harás caso de lo que te diga. El animal es tuyo y eres tú quien debe destruirlo.

Sarr no dijo nada hasta que ella no se hubo marchado, pero estaba claro que se encontraba muy inquieto.

—No —se repetía una y otra vez a sí mismo—, no, yo no podría hacer algo así. Esta vez se equivoca.

—Claro que se equivoca —dijo Deborah con los labios fruncidos—. Sencillamente, lo sucedido la ha trastornado un poco.

Sarr asintió, pero no pareció quedar demasiado convencido. Recorrieron la zona sin lograr encontrar a la gata y registraron en vano el granero y la garita donde estaban las avispas. Deborah recordó que a veces «Bwada» se quedaba escondida todo el día bajo el porche, pero tampoco estaba allí. Finalmente, abandonaron la búsqueda.

—Estará en el bosque —dijo Sarr—. Ya volverá cuando tenga ganas.

—Y espero que vuelva de mejor humor —añadió Deborah.

Freirs les dejó en la granja, bastante desanimados, para volver a su habitación. Al acercarse se dio cuenta de que la puerta del otro extremo del cobertizo estaba entreabierta. Quizá Sarr o Deborah la habían dejado así (dado que esa mitad del edificio era usada como almacén, los dos estaban entrando y saliendo continuamente de ella), pero luego se preguntó si la gata habría logrado meterse dentro. Sintió la tentación de volver a la granja para decírselo a los Poroth, pero no deseaba darles la impresión de ser miedoso... especialmente, no a Deborah. Además, sería un chasco considerable hacerles venir hasta aquí para que luego no encontraran nada. Se dijo que, después de todo, «Bwada» era sólo una gata y no había nada que temer. Si la encontraba sería todo un héroe.

Entró en el cobertizo cerrando la puerta detrás de él y encendió la luz. La habitación

olía fuertemente a moho y excrementos de ratón y en su interior se amontonaban en desorden las botellas, los muebles viejos, sacos cuidadosamente doblados, pilas de madera. Freirs se acuclilló para examinar, algo nervioso, la parte inferior de un viejo sofá a punto de hundirse bajo su carga: cuatro maletas rebosantes y una caja de cartón que contenía frascos de cristal vacíos. Oyó detrás de él el zumbido de los insectos estrellándose contra las ventanas; todos los alféizares estaban llenos de sus restos y se fijó en el cadáver de una avispa, seguramente procedente de la vieja garita, que había caído a unos centímetros de la diminuta rendija por la que habría entrado probablemente. Freirs la imaginó estrellándose en el cristal y se preguntó si al morir había logrado finalmente distinguir el agujero por el que había entrado, dándose cuenta de la futilidad de sus esfuerzos.

En una esquina del cuarto, distinguió una vieja plancha de hierro encima de una mesa desvencijada y con la superficie llena de golpes. En la plancha había aún los restos de una vieja funda de ganchillo que parecía datar, como mínimo, del siglo anterior y junto a ella había varias pilas de libros mohosos. Los fue cogiendo uno a uno con gran cuidado y manteniéndolos bien apartados de su rostro por si resultaban estar llenos de gusanos o algún otro tipo de insectos. Eran panfletos religiosos, tan aburridos como todos los de su estilo. *Mensajeros del cielo*, leyó disgustado. *Temas bíblicos para los buenos obreros*. *El pastor y las ovejas*. Dejó los libros a un lado y se dirigió al escritorio que estaba junto a la mesa.

Al levantar la tapa vio que dentro había más libros y un montón de vestidos plegados sin gran cuidado. Bien, ése era el fin de sus fantasías sobre proyectores estereoscópicos, postales viejas o joyas... Los vestidos, aunque casi destruidos por la polilla, quizá tuvieran aún cierto valor. Se fijó en un vestido negro de mujer, con los botones delanteros recubiertos de tela, y le pareció que, pese a su aspecto austero, podría alcanzar un buen precio en alguna tienda del Village. La verdad, sin embargo, era que no le interesaban los vestidos y los libros resultaron ser aún peores: *Ayuda para creyentes*, *Las manos que auxilian*, *Bajo el musgo*, *Las pisadas del Maestro*. En el fondo de todo, medio oculto por los libros, había lo que resultó ser un montón de revistas que sacó del escritorio esperando encontrar algún viejo ejemplar del *Munsey's* o quizá un *Harper's Weeklies* de los tiempos de la guerra de secesión, pero que resultó ser algo aún más fuera de lo corriente: anuarios. En las tapas ponía: *Escuela Bíblica de Spring Street, Gilead, New Jersey*,

Había en total casi dos decenas dispuestas sin ningún orden especial, abarcando desde principios de los años ochenta del siglo pasado hasta 1912. Las tapas eran de un papel frágil y amarillento y el formato correspondía al de los folletos, con una extensión normal de unas treinta hojas. La mayoría llevaban nombres escritos por manos infantiles: Isaac Baber, Rachel Baber, Andrew Baber... Recordó que esa familia había sido la que anteriormente fue dueña de la granja. Cogió el número más reciente y empezó a hojearlo. Las páginas estaban llenas de redacciones estudiantiles con los títulos trazados en anticuadas letras góticas y temas como «El deber de un cristiano» o «Vivir siguiendo el camino del Señor». Había también una selección de canciones que no celebraban las glorias de la escuela y que reconoció en seguida como himnos, con títulos como «Galilea azul», «Hay un poder en la sangre» o «Recogiendo la cosecha de la vida».

*¡Al trabajo, al trabajo! Hay labor para todos;
pues el reino de las tinieblas y el error debe caer;
y el nombre de Jehová exaltado ha de ser,
y así con los salvados gritaremos, «¡La salvación es de todos!»*

En la portada había cuatro retratos de grupo: dos correspondían a los estudiantes y otros dos al profesorado, agrupándose cada uno por sexos. Obviamente, la escuela mantenía una rígida separación de sexos en las clases. El total de estudiantes era de unos sesenta y el de profesores de una media docena. Tenían un aspecto imponente y austero, sentados muy rígidos y con el rostro serio mirándole desde ese día lejano que había desaparecido bajo una neblina color sepia. Examinó los letreros y se encontró con toda una serie de nombres familiares: P. Buckhalter, J. van Meer, varios Lindt, Reid y Poroth. Se dio cuenta de que la mayoría de ellos debían de estar ya muertos y de que el nombre de Saber había sido cuidadosamente subrayado cada vez que aparecía. En la primera fila, entre los estudiantes más jóvenes, le divirtió encontrar un rostro pálido y de aspecto preocupado bajo el que se leía M. Geisel. De pronto, se fijó en otro nombre: V. Troet. Entre las chicas había una R. y una S. Troet, y también una B. entre el profesorado femenino. Deborah había dicho que se trataba de una familia grande.

¿Y la rama que había desaparecido en el incendio, la que había vivido aquí mismo? ¿Estaría representado aquí alguno de ellos? Volvió a examinar los libros. No, el más antiguo era de 1881. Para entonces todos estaban ya muertos y enterrados. Todos menos uno... Cogió de nuevo el primer libro; el muchacho debía de tener entonces trece años.

Sí, ahí estaba, en la fila del medio, casi escondido por los demás. A. Troet.

Llevó el libro a la luz y escrutó con más atención el rostro diminuto y borroso que le contemplaba desde la página. No parecía muy alto, tenía un rostro de rasgos bien marcados y aspecto honesto pero más allá de eso había algo que no lograba distinguir bien. Quizá (¿sería acaso un engaño de la poca luz?), quizá había una sombra levísima en la comisura de sus labios, como una sonrisa solitaria entre todos esos serios rostros infantiles... No, era sólo su imaginación.

Cogió el tomo siguiente, 1882. Ahí estaba de nuevo, A. Troet, y seguía siendo un poco más bajito que los otros. Sintió un leve e inexplicable escalofrío. Esta vez no podía haber duda: estaba sonriendo. No se le mencionaba en el tomo siguiente ni en ninguno de los demás. Sin duda había dejado la escuela y se había perdido en el ancho mundo... Bueno, su foto sería un macabro y divertido recordatorio que clavar en la pared sobre el escritorio de Freirs. Retrato del diablo como adolescente. Cogió los anuarios, volvió a meter los otros libros dentro del mueble y los tapó con los vestidos. Esperando no haberlos puesto mal, de modo que impidieran cerrar la tapa, tendió la mano, la bajó...

Y retrocedió de un salto. «Bwada» estaba allí, agazapada detrás del escritorio a unos centímetros de su cara, con los ojos fijos e inmóviles que parecían arder clavados en los suyos. Un siseo apagado salió de su garganta y todo su cuerpo pareció hincharse. Con las uñas fuera, se preparó para saltar. De pronto, sin que hubiera razón aparente para ello, pareció pensarlo mejor; volvió a quedarse quieta, se lamió los labios y ronroneó.

—Gatita bonita —dijo Freirs, empezando a salir de la habitación sin darle la espalda

—, gatita buena. —Había algo extraño en su modo de lamerse los labios, pero no tenía tiempo para pensar en qué radicaba esa extrañeza—. No te muevas de ahí que en seguida vuelvo con tus amos.

Cerró dando un portazo y echó a correr hacia la granja.

Volvió a su casa, pensativa, siguiendo el sendero polvoriento que giraba entre el bosque y los campos. No pensaba en su mejilla herida; había nueve modos de hacer que se fuera el dolor y ella los conocía todos. Además, ahora tenía cosas mucho más importantes de que ocuparse. El visitante había llegado. Estaba allí, entre ellos. Cuando miró los ojos de la gata le vio allí, contemplándola fijamente como a través de los agujeros de una máscara.

Era una suerte que le hubiera visto cuando aún era tan débil. Una prueba, sin duda alguna, de la providencia divina..., pues ella sabía cómo luchar contra esa criatura. Su hijo Sarr era inútil para eso, pero ella sabía lo que debía hacer. Sí, ésa era una posibilidad con la que el viejo Absolom no había contado..., que ella, una de los Hermanos, lo supiese y estuviera preparada. Había estado preparada durante más de veinte años. Había sabido que todo ocurriría de este modo, igual que sus visiones.

Apretó con más firmeza las mandíbulas, pensando en la contienda que la esperaba y siguió andando por el polvoriento sendero con un paso aún más decidido que antes. Tenía razón después de todo, pensó satisfecha. La sangre de su mejilla ya se había secado y la herida empezaba a curarse.

Cuando salió del trabajo a las siete, Rosie la estaba esperando. Se había instalado en una mesa junto a la ventana del mugriento y diminuto café que había al lado de Voorhis, pasando el tiempo con un batido de chocolate y una rebanada de pastel y al verla pasar llamó con los nudillos en el cristal y le hizo señas de que entrara.

—Un momentito para pagar —dijo, sorbiendo con mal disimulada codicia el resto del batido con la pajita. Se metió las últimas migajas del pastel en la boca—. ¿Puedo acompañarla hasta su casa? Quiero hablar. —Carol había hablado con él por teléfono la noche anterior al llamarle dándole las gracias por el vestido, pero le alegraba verle de nuevo. Hoy Voorhis había sido francamente difícil de aguantar. La señorita Elms había conseguido herir a Carol con una observación bastante cáustica, a primera hora de la tarde, sobre su falta de entusiasmo («Cuando vino a trabajar aquí todos pensamos que iba a ser una buena adquisición para Voorhis, pero de momento...»), y uno de sus superiores, el untuoso señor Brown, del departamento de adquisiciones, le había hecho una alusión acerca de que él y la señora Tait estaban pensando en reducir aún más sus horas de trabajo mientras durase la calma veraniega. «Pero si ni ahora me pagan un salario con el que pueda vivir», había pensado Carol, demasiado acobardada como para decírselo.

El rostro sonriente de Rosie era un agradable contraste después de los rostros avinagrados de sus superiores y mientras andaban por la acera, ella riendo ante el excitado nerviosismo con que Rosie miraba cada escaparate junto al que pasaban, como si pudiera comprar todo su contenido ya fuera un juguete, una espalda de buey o un uniforme de criada, pensó que era justo lo que necesitaba para olvidar sus problemas y relajarse.

—¿Ha mirado el libro que le mandé? —dijo él mientras esperaban a que se pusiera verde el semáforo del cruce entre la calle Veintiuno y la Octava—. ¿El de los bailes populares?

—Sólo he tenido tiempo para echarle un vistazo —dijo ella—. Algunos de esos pasos parecen realmente complicados.

—¿Le gustaría que probáramos uno o dos? —Carol se encogió de hombros.

—Claro. ¿Alguna razón en particular? —Rosie pareció dolido.

—Pensé que sería divertido, ¿no?

—Oh, claro que sí, Rosie —se apresuró a decir ella—. Claro que sería divertido. Yo sólo quería decir que el envío, del libro se debía a que formaba parte de la investigación..., al menos eso creí yo. ¿O era sólo porque a mí me gusta la danza?

Rosie se metió las manos en los bolsillos y se acercó un poco más a ella para cruzar la calle.

—De hecho, jovencita, ese libro está extremadamente relacionado con lo que los dos andamos estudiando. Esos pasos que bailaron en tiempos los campesinos de esas minúsculas y aisladas aldeas del norte de Italia eran los mismos con los que bailaban los niños de la Inglaterra isabelina... y con los que siguen bailando en el este de África hoy en día.

—No, ¡eso no puede ser!

—Oh, sí. Y estrictamente *entre nous*, su seguro servidor es el primero que ha descubierto esa conexión. Por lo tanto, jovencita, va a encontrarse usted metida en una investigación francamente importante..., una investigación de lo más original que puede llegar a causar un buen revuelo. Cuando la hayamos terminado es posible que tenga por delante una carrera de lo más prometedor.

—¡Caray, eso sí que sería increíble! —Se obligó a recordar que el viejo probablemente estaba intentando impresionarla o que era igualmente posible que estuviera equivocado. Pero ¿y si estaba en lo cierto? ¿No sería algo realmente maravilloso hacer una auténtica contribución a la ciencia, ser respetada al fin como una autoridad en algo y que su obra fuera estudiada por las personas llenas de interés por la obra de otros que cada día acudían a Voorhis? Las miserias de la biblioteca quedaron temporalmente olvidadas. Estaba pensando ya cómo los tediosos resúmenes que preparaba dos veces a la semana para Rosie y sus extractos de periódicos y artículos académicos puede que fueran valiosos después de todo. Cuando llegaron a su casa, Rosie estaba secándose la frente con un gran pañuelo blanco.

—Madre mía —dijo—, no me acuerdo de la última vez que hizo tanto calor.

—Es horrible, sí. Odio pensar en lo que nos espera todavía.

—¿Sería posible que subiera un momentito a descansar? —dijo enjugándose el cuello con gesto de cansancio.

—Oh, por supuesto. Tomaremos un poco de té helado. De todos modos, debo avisar de que seguramente ahí arriba aún hará más calor que en la calle. —Rosie sonrió.

—Bueno, me arriesgaré.

Mientras subían en el ascensor siguió sonriendo con aire de misterio y cuando llegaron a la puerta de su piso, Carol empezaba a estar algo inquieta. Abrió la puerta y, al

hacerlo, una oleada de aire frío le bañó el rostro. Se volvió hacia él, los ojos agrandados por el asombro.

—Rosie, ¿acaso...? —Él asintió con una risita.

—Lo hice instalar esta tarde, mientras no había nadie.

—¡Oh, Rosie, ésta es la mejor sorpresa que me han dado en mi vida!

Fue corriendo hacia la salita y allí, colocado en la ventana, estaba un Fedders blanco y reluciente con dos orificios redondos de ventilación que parecían contemplarla como si fueran ojos. Rosie la siguió y se plantó en medio del salón, contemplando sonriente su obra.

—Debería hacer el piso algo más habitable, ¿verdad?

—¡Jesús, y tanto! Pero, ¿cómo pudo entrar aquí?

Rosie se encogió de hombros.

—El encargado se mostró de lo más comprensivo.

Carol inhaló profundas bocanadas de aire fresco, dejando que la brisa del aparato le acariciara el rostro. Deseó que hubiera algún modo de pagarle ese regalo o, al menos, de poder demostrarle su gratitud.

—Bien —dijo finalmente—, ciertamente este piso va a ser mucho más cómodo, no hace falta decir gracias a quién. Ahora podré trabajar el doble que antes.

—Vaya, creo que eso es dar en el clavo. De hecho —paseó lo ojos por la sala—, creo que hay una cosa que los dos podríamos hacer esta noche. Si puede echarme una mano con esto...

Empezó a mover la mesita del café hacia la pared.

—¿Qué hace? —preguntó ella, haciendo ya el gesto de ayudarle.

—Voy a quitar de en medio algunos muebles —dijo él, gruñendo a causa del esfuerzo—. Eso nos dará más sitio.

—¿Sitio para qué?

—Pues... ¡para bailar, claro! —dijo él, sonriendo.

Pero Carol fue la única que bailó esa noche. Rosie abrió el libro de danzas populares aparentemente al azar y escogió una de la parte final.

—Aja —dijo, entregándole un libro—, ésta parece interesante.

—*Il Mutamentos* (Los cambios) —leyó ella en voz alta—. De origen desconocido. Se dice que esta danza representa, en términos simbólicos, la transformación del mundo en una mariposa. Puede bailarse en solitario o por parejas. Tiene aspecto de ser algo monótona —dijo ella estudiando los diagramas—. Todas esas vueltas...

—Tonterías —dijo Rosie—, sólo hay que probar. Resultará mucho más divertido de lo que parece al principio. Venga, yo haré de chamán y mi jovencita será la nativa virgen. —Empezó a dar palmadas y a cantar con su aguda vocecilla de anciano, primero muy bajo y luego con un creciente entusiasmo—. *Da'moghu... da'fae moghu... riya daeh...*

¿Chamanes? ¿Nativas vírgenes? ¿De qué estaba hablando?

—Un momento —dijo Carol, intentando oír el ritmo de los compases antes de empezar a moverse—, eso no me suena a italiano.

—Es un dialecto —dijo él, sin dejar de dar palmadas y moviendo la cabeza con

entusiasmo—. De la Toscana.

—Oh. —Carol miró por encima del hombro los diagramas, aún no muy segura de cómo empezar—. ¿No podríamos probar con alguna de las otras? Las del principio me parecen bastante divertidas. —Rosie sonrió pacientemente y dejó de dar palmadas.

—No hay que preocuparse, Carol, ya llegaremos a esa parte. Podemos hacerlas todas, hay tiempo. —La cogió por los hombros con un ademán paternal y la llevó hasta el centro de la habitación—. Pero creo que en estos momentos deberíamos probar con la que he dicho. Sólo para ir practicando.

-Pero...

Rosie alzó la mano haciéndola callar.

—Créame, Carol —dijo—, es su danza. Es para usted.

Y empezó nuevamente a dar palmadas inclinando la cabeza hacia un lado, cantando cada vez más fuerte. Y acompañada por el incesante ronroneo del aire acondicionado, Carol empezó a bailar en el centro de la habitación.



Catorce de julio

Tomar un baño en la granja de los Poroth era una operación que requería tres etapas en las que Freirs había llegado a ser todo un experto. Primero era necesario encender el piloto en el moderno calentador de gas (un artefacto tubular casi tan alto como una persona que ocupaba la mayor parte del cuarto de baño) mientras que al mismo tiempo se hacía girar un grifo en el costado del calentador, dejando entrar más agua en el tanque. Entonces había que esperar media hora o más, haciendo lo que fuera o leyendo distraídamente los catálogos de semillas o los folletos bíblicos que el cartero hubiera traído el último día o, como era usual en el caso de Freirs, celebrando el final de los ejercicios matutinos mordisqueando cualquier vianda apetitosa que hubiera descubierto en el sótano, que era donde se guardaban todos los comestibles perecederos. Cuando al fin el agua estaba ya caliente había que volver al cuarto de baño, apagar la llama del piloto y cerrar el grifo del agua del calentador para abrir luego los de la gigantesca bañera llena de manchas a causa de la edad y en la que hubieran podido caber tres personas. Finalmente, después de esperar un poco más, se podía finalmente trepar con cautela al interior de la bañera y disfrutar de un bien merecido baño. Era un proceso tedioso pero que tenía finalmente su recompensa y Freirs pasaba por él casi cada día.

Eran las nueve y media y se disponía a realizar el primer paso del procedimiento. El día era cálido y el cielo estaba nublado y mientras iba hacia la granja, con la toalla al cuello, se encontró una vez más deseando tener un coche a su disposición..., algo que le permitiera alejarse de la atmósfera opresiva y aprisionante de la granja. «Puede que sea ridículo pensar en pasarme todo el verano aquí —se dijo a sí mismo y no por primera vez—. Está claro que no he nacido para esto.» Claro que, entonces, ¿dónde iba a quedarse? No podía ir a su piso y echar de él a patadas a sus dos inquilinos; tenían derecho a ocuparlo

hasta septiembre. Y los Porothe dependían de sus noventa dólares semanales.

Ahora estaban cantando (no estaba muy seguro de si cantaban o si en realidad rezaban) mientras quitaban las malas hierbas del campo que estaba junto al sendero y no parecieron fijarse en él cuando pasó. Dos de los gatos jóvenes y «Azariah», el que parecía un tigre, estaban enroscados como espectadores en la hierba, observándoles con gran atención. El campo, que había estado vacío cuando Freirs llegó a la granja por primera vez, estaba ya cubierto por un espeso entramado de tallos de pepino. Porothe le había contado, en el tono de quien hace una confidencia importante, que los pepinos crecían muy de prisa y que esperaba tenerlos maduros a finales de agosto... «A tiempo de ponerlos en la ensalada», según dijo. Bueno, puede que para entonces aún estuviera aquí. Ya vería...

Subió los peldaños del porche y entró en la cocina. Una silla de madera estaba apoyada en la puerta del cuarto de baño y, sin pensarlo, Freirs la apartó y abrió la puerta. Oyó un ruido de arañazos y por el raballo del ojo vio una figura gris que pasaba como un cohete junto a sus pies, cruzando la cocina. Era «Bwada».

Por un instante discutió consigo mismo si debía intentar cogerla (sabía lo peligrosas que podían llegar a ser esas zarpas) y entonces, para su asombro, la gata se lanzó contra la puerta de la cocina, abriéndola con su cuerpo. Unos instantes después se había esfumado en el exterior. «¡Jesús! —se dijo—, ese truco no lo conocía ayer.» Sarr y Deborah estaban metidos hasta los tobillos entre las grandes hojas de los pepinos cuando oyeron un estruendo detrás de ellos. Un borroso manchón anaranjado se abría paso en zigzag a través de la hierba con una figura gris plateada persiguiéndole a gran velocidad y de pronto «Azariah» se echó prácticamente sobre ellos con «Bwada» aferrada a su espalda con toda la fuerza de sus garras. En menos de un segundo los dos se habían convertido en una bola de pelos anaranjados y grises que bufaba y gruñía y en la que se veía de vez en cuando el destello ocasional de unos dientes o unas zarpas.

Unos segundos después Sarr se había lanzado sobre ellos, gritando con una furia igual a la suya. Su brazo nervudo se movió a la velocidad del rayo y «Bwada» se encontró suspendida en el aire, retorciéndose y luchando contra Sarr que la tenía cogida del cuello. Sarr fue hacia la casa blandiendo al animal delante de él como si fuera un trofeo de guerra.

—¡Bájala, por el amor de Dios! —le gritó Deborah—. ¡La estás estrangulando! ¡Vas a romperle el cuello!

Sarr se volvió a mirarla, los ojos enloquecidos de ira y el cuello convertido en un bajorrelieve de venas. Unos instantes antes le había estado suplicando que tuviera mucho cuidado con sus garras y, unos momentos antes de eso, le había rogado que detuviera la pelea.

—Si la mato —dijo casi rechinando los dientes—, ¡pongo a Dios por testigo que no derramaré ni una sola lágrima por ella!

La gata había dejado de luchar hacía ya rato y ahora colgaba como un saco informe de su mano, aparentemente sin dar señales de vida salvo por los siseos esporádicos que salían de lo más hondo de su garganta. Sarr ascendió los escalones y entró en la cocina, con un azorado Freirs sosteniéndole abierta la puerta y, de un manotazo, lanzó al animal al interior del cuarto de baño. Cerró la puerta con un estampido y volvió a dejar apoyada la silla contra ella.

—Lo siento —dijo Freirs—, yo la dejé salir.

—No importa —dijo Sarr. Se dejó caer cansadamente en una de las sillas de la cocina con la mano y la muñeca convertidas en una masa de arañazos y heridas. Respiraba de modo tenso y entrecortado—. No importa. —Calló unos instantes y trató de recobrar la calma—. ¿Ya habías dado el agua?

—Esto... no. Iba a hacerlo pero... —Sarr meneó la cabeza.

—Pues no lo hagas. Retrasa tu baño hasta que acabe el día. Quiero dejarla ahí dentro durante un buen rato. Dios es testigo de que acabaré jurando que mi madre tenía razón. El diablo se ha metido dentro de ese animal.

Deborah había entrado en la cocina y se quedó de pie junto a Sarr, acariciándole el cuello.

—Imagínatelo —dijo dirigiéndose a Freirs—, ésta es la segunda vez que se ha lanzado sobre el pobre «Azariah» en el día de hoy.

La noche anterior la habían encerrado en el cuarto de baño después de que Freirs la hubiera encontrado entre los libros viejos del escritorio. En esos momentos había estado extrañamente complaciente y fácil de tratar, dejándose llevar en brazos por Sarr y sin protestar en lo más mínimo cuando éste la dejó encerrada. Sarr dijo que odiaba hacerlo viendo lo bien que se portaba pero que cuando pensaba en lo que le había hecho a su madre...

Cuando bajaron esta mañana a las siete «Bwada» había desaparecido. Aparentemente había descubierto el modo de hacer girar el picaporte con la zarpa aunque debía seguir en la casa dado que la puerta de la cocina estaba cerrada, tanto la de rejilla como la pesada puerta exterior de madera. Cuando Sarr y Deborah bajaron la escalera seguidos por los seis gatos que habían compartido su lecho vieron salir a «Bwada» corriendo del sótano y lanzarse sobre «Azariah».

—Y ahora lo ha vuelto a hacer —dijo Deborah estremeciéndose—. Asegúrate de que esa silla sujeta bien la puerta. —Desde el cuarto de baño les llegó un maullido desconsolado—. ¡Pues ahí vas a quedarte! —le gritó Deborah enfadada—. ¡Ya veremos si te gusta!

Oyeron un nuevo maullido pero esta vez muy prolongado y terminando en un desconcertante sonido que se parecía de un modo inquietante a un gemido humano. Sarr, Deborah y Freirs se miraron entre ellos con temor.

—Últimamente ha estado muy rara, como si no fuera la misma —dijo Sarr—. Hay en ella algo... áspero, malo. Al principio creí que era el accidente. Ahora no estoy tan seguro. —Freirs asintió.

—Ayer había algo muy extraño en su modo de portarse cuando la encontré.

—¿Extraño?

—Se lamió los labios... como haría un animal, sí... pero me pareció como si tuviera algo en la boca. —Sarr se encogió de hombros.

—Puede que tuviera algo en la boca. Ese lugar está lleno de ratones.

—¡O quizá tenía una rana en la garganta! —se rió Deborah.

—No lo sé —dijo Freirs meneando la cabeza—. No estoy demasiado familiarizado con los gatos, ni por dentro ni por fuera, pero yo diría que dentro de esa gata hay algo

malo, algo que no funciona. Puede que alguna especie de tumor... Yo haría que la viera un experto, la verdad.

—Lo haré —dijo Sarr—, tan pronto como la deje salir esta noche. He estado pensando incluso en llevarla a ese veterinario de Flemington. No hay mucho más que pueda hacer. —Se quedó pensativo, mirándose las manos en silencio. Luego alzó los ojos y les miró—. Bueno, sí hay algo... Jeremy, ¿podrías disculparnos unos minutos? Quiero que Deborah y yo recemos.

—Oh, sí, claro.

—Y, ¿sabes?, quizá al terminar le eche una mirada a su boca. No hay razón para esperar hasta la noche. Será mejor encontrar de inmediato la raíz del problema y tratar con ella.

Freirs fue al salón y hojeó aburrido unas páginas del *Almanaque del Viejo Granjero* mientras que Deborah tomaba asiento frente a su esposo. Los dos apoyaron los codos en la mesa y juntaron las manos. Freirs les miró unos instantes; permanecieron en silencio, los ojos fuertemente cerrados. Volvió al salón y esperó, oyendo el tictac del reloj.

¿Había algún sonido aparte de éste?

Sí, ahora lo oía. Un apagado rumor de arañazos que venía de la otra habitación. Volvió a oírlo, esta vez seguido por ruido de sillas que caían al suelo y los enfurecidos juramentos de Sarr. Freirs entró corriendo en la cocina a tiempo de ver como Sarr abría la puerta del baño.

—¡La ventana! —gritó Deborah señalando hacia ahí.

La rejilla que la cubría estaba doblada hacia afuera y había en ella dos profundas hendiduras.

El cuarto de baño estaba vacío.

Esta vez no la encontramos en el cobertizo ni en ninguno de sus escondrijos habituales. Sarr y yo registramos el granero y el cobertizo de las gallinas a fondo. Montones de polvo y unas moscas gordísimas, pero ni rastro de la gata. Incluso le echamos una mirada a la vieja garita, al menos lo que nos dejaron las avispas. Estuvimos buscándola hasta la hora de cenar pero se había ido sin dejar ni una sola huella.

Empezó a llover mientras comíamos y anduve rondando por la casa hasta que paró. Cuando volví aquí traté de relajarme leyendo las «Viejas brujerías» de Algernon Blackwood. Quizá se trate de una de sus historias de segunda fila pero de todos modos la encontré cualquier cosa menos relajante y tranquilizadora. Trata de un pueblo habitado por un grupo de brujas medio felinas..., mujeres-gato, supongo que sería el nombre adecuado y ha tenido efectos de lo más desagradables en mi imaginación. Deben de ser ya casi las doce de la noche y pese al calor del día, de momento, ésta es la noche más fría en el tiempo que llevo aquí. Creo que me va a costar dormirme: esta noche todo me parece extraño, aún peor que de costumbre. El trueno suena con regularidad (más lluvia en camino, sin duda) y viene acompañado de relámpagos, claramente cerca de aquí. Pero, entonces, ¿por qué hay muchos más truenos que relámpagos?

Ése ha sido fuerte... He sentido temblar todo el cuarto y el suelo se ha estremecido. Desearía pasar esta noche en la granja. Desearía no tener que dormir solo. Puedo oír a los

Poroth cantando sus plegarias nocturnas. Debo admitir que me resulta un sonido reconfortante aunque no comparta sus sentimientos religiosos. Quizá logre quedarme dormido si finjo que...

Alzó los ojos. Había oído un ruido en la ventana que tenía junto a la cama, la que estaba encarada al bosque. Se volvió a mirar pero le cegaba el brillo de la lámpara y la ventana era sólo un gran cuadrado negro. De pronto, un relámpago iluminó el cielo. Freirs lanzó un grito y retrocedió: a la luz del relámpago había distinguido una silueta gris pegada a la ventana. Tenía unos ojos muy grandes que no pestañeaban y parecían tan helados como los de una serpiente. La boca estaba medio abierta y dentro de ella le pareció ver algo agazapado...

Vio todo esto al breve resplandor del rayo mientras el rostro pálido y diminuto de Absolom Troet le contemplaba burlón desde la foto clavada en la pared. Un instante después, las tinieblas volvieron y oyó que algo se dejaba caer pesadamente desde la ventana y unos pasos que se perdían sobre la espesura, ahogados luego por el ronco rugir del trueno. Al siguiente relámpago en la ventana no vio más que el bosque.



Quince de julio

Me despertó el hacha de Sarr. Probablemente se oía en toda la granja. Andaba por entre los árboles junto a los límites de la propiedad, cortando estacas para las tomateras del huerto. Salí y estuve un rato con él. Le hablé de que la noche pasada había visto a «Bwada» y él dijo que no había vuelto a la casa. Pues mejor que no vuelva nunca, pienso yo. Le estuve ayudando a cortar algunas estacas mientras él le quitaba la corteza a las que ya había cortado. ¡Cristo, esa hacha en seguida pesa! Me dolía el brazo después de haber cortado tres malditas estacas y Sarr ya había cortado quince o más. Obviamente lo que necesito es más ejercicio pero creo que voy a esperar hasta no tener el brazo tan cansado.

Dejé a Sarr con sus cosas y fui a la granja. Supongo que llegué más pronto de lo normal porque Deborah estaba aún llenando con agua la bañera y justo al salir yo del sótano con la leche, me tropecé con ella en la cocina con una toalla por único atuendo. Dio un bote y yo también. No sé cuál de los dos se quedó más sorprendido. Le eché una mirada a esos hombros blancos y cremosos, que no había visto nunca antes, y a esas preciosas piernas blancas y sentí cómo la polla se me removía un poquito. Como un tonto aparté inmediatamente los ojos y ella se metió corriendo en el cuarto de baño, pero al cerrar la puerta se estaba riendo. La oí cerrar el agua y entrar en la bañera. El hacha de Sarr resonaba de vez en cuando desde el bosque. Esperé un poco y luego fui hasta la puerta y llamé diciéndole en un tono fingido de broma que no correspondía del todo a lo que sentía realmente: «¿De verdad no quieres que te frote un poco la espalda?». Estuvo callada un segundo, quizá dándole vueltas a los pros y los contras de la idea. Luego dijo algo sobre que a Sarr no le gustaría. Yo dije que estaba a un kilómetro de distancia, siempre dispuesto

a darle una oportunidad al viejo Freirs. Realmente me habría encantado solamente el verla... Rió de nuevo, creo y luego dijo (¡ay!) que ese día no.

Bien, así termina ese sueño. Si en ese momento no estaba dispuesta estoy seguro de que no lo estará nunca. Ocasiones así no suelen darse con mucha frecuencia. Lo raro es que se mostró de lo más amistosa (de hecho la verdad es que estuvo casi afectuosa) durante el resto de la mañana. Después de vestirse me preparó unos deliciosos pasteles de moras que ella misma había recogido y tuve bastante claro que le gustaba tenerme allí mientras ella andaba trasteando por la cocina. Me informó que hoy era el día de san Swithin (ignoro de quién diablos se trata) y me recitó un pequeño poema:

*Si en el día de san Swithin ves llover,
verano seco no has de temer.*

o algo parecido. Aparentemente se supone que el clima de hoy determina el de los cuarenta días siguientes, algo de lo más científico. Miré por la ventana pero el cielo tenía un aspecto tan variable que me resultó difícil llegar a una decisión sobre el tiempo que hacía y, por lo tanto, mucho menos sobre el tiempo que iba a hacer. Las nubes desfilaban a gran velocidad por delante del sol y en el horizonte se alzaba una masa colosal de nubarrones grisáceos. Por lo tanto y en mi opinión, nos esperaban cuarenta días de sol, nubes, tiempo de perros y neblinas, con un chaparrón o dos por entremedio.

Sarr llegó a la hora de comer con cara preocupada. Al parecer había matado por accidente una minúscula serpiente blanca que se arrastraba por una de las ramas. La había cortado en dos con el hacha y resultó que la serpiente tenía crías dentro.

—Era una culebra de leche —le dijo a Deborah como si ello fuera de gran importancia.

Ella le preguntó si había mucha sangre. Él dijo que sí, pero que era blanca. Me explicó que las culebras de leche, según se supone, obtienen su alimento chupando las ubres de las vacas. Puede que ésta volviera de la lechería de los Geisel, ya que por aquí son los propietarios de las vacas más cercanas.

Yo dije que todo eso me parecía una simple leyenda. Sarr asintió diciendo que él también pensaba lo mismo antes. Enterró en seguida a la serpiente antes de que la vieran los gatos. Las crías habían logrado escaparse.

Luego se puso a hablar de otras leyendas locales como la del Fantasma Saltarín, que te sigue dando saltos cuando pasas junto a una iglesia a medianoche, o la del Magra, una especie de compañero indeseable. También habló del «Diablo de Jersey», el descendiente número trece de una tal señora Leeds que había maldecido al saber que estaba otra vez embarazada. Sarr contó que había acabado dando a luz a una criatura horrible, mitad hombre mitad pájaro, que salió volando por la chimenea y desapareció. También me habló de los escarabajos dragón, que se supone son tan grandes como la mano de un hombre; de unos gusanos que se cree pueden habitar en las fosas nasales de una persona y de las serpientes-aro, que se tragan la punta de su propia cola y luego se echan a rodar para seguir a sus presas.

Sentí cierta curiosidad ante esta última leyenda; me pareció una variación sobre el

viejo mito del Uroborus, el dragón con la cola metida en la boca. Los alquimistas lo habían usado como símbolo de la eternidad, de la unidad, el todo-en-uno o alguna paparruchada semejante. Puede que después de todo hubiera algo en ello: la verdad es que siempre he sentido deseos de leer esa novela de Eddison, *La serpiente Ouroborus*, pero me han dicho que no hay modo humano de llegar hasta el final. Estuve leyendo algunos poemas de *Las leyendas de Ingoldsby* antes de la cena y ya tuve suficiente castigo. Esta noche tuvimos tortilla aromatizada con hierbas del huerto: condenadamente buena. Las gallinas se han portado muy bien últimamente.

De noche empezó a soplar con fuerza el viento del norte y el cielo se despejó. Me pasé casi una hora sentado fuera con mi ejemplar de *La astronomía asequible* y una linterna. No había luna pero las estrellas eran tan abundantes que casi habría podido leer el libro con su luz. Encontré el Águila, el Cisne y la Osa y me quedé embobado viendo como el Dragón perseguía a Virgo. Voy a olvidar todos los nombres en uno o dos días y tampoco pretendo aprenderlos cuando se me olvidan, pero de todos modos ha sido hermoso saberlos aunque sea por unas horas. Conté como mínimo unas once estrellas fugaces antes de cansarme.

El instituto Park West de Danza era uno de los pocos lugares del barrio que aún no había sido dignificado por la moda, aunque en el viejo edificio de dos pisos situado al lado oeste de Broadway que lo alojaba ya se habían instalado una tienda de artículos deportivos y una boutique femenina bastante cara. Carol llevaba unos seis meses asistiendo a él y ya empezaba a sentirse como una veterana del lugar. Hasta el verano se había contentado con una sola clase de danza la noche del martes pero ahora, gracias a Rosie, podía permitirse el lujo de una clase adicional cada vez que le apetecía, y ésta era una de las noches en que le apetecía. Era viernes y su falta de conocidos y sitios a los que ir la agobiaba más que de costumbre. Al menos mañana tendría algo con que distraerse (Rosie iba a llevarla a un concierto nocturno al aire libre en Central Park) pero esta noche no se veía con ánimos de volver al piso inmediatamente después del trabajo para quedarse sentada y solitaria leyendo los artículos de Rosie, con aparato de aire acondicionado o sin él.

Mientras se ponía los leotardos en el siempre ruidoso vestuario se preguntó cuántas de las mujeres que la rodeaban tendrían maridos o amantes esperándolas en casa. Por su aspecto no debían de ser tantas: formaban un grupo más bien de edad avanzada y aspecto poco feliz que no se parecía al de la noche de los martes. Pensó que eran mujeres que venían aquí para llenar un vacío en sus vidas o para escapar de sus decepciones; aquí se desahogaban lanzándose a un ejercicio para el que no les hacía falta confiar en nada que no fuera su propio cuerpo. Le gustó comprobar que, como de costumbre, era casi la más delgada de todas; se dijo que conservaría el aspecto juvenil durante años y no sintió envidia alguna hacia la mujer que tenía al lado, a la que el destino había maldecido con unos pechos enormes que ya empezaban a hundirse. Había una franca abundancia de muslos rechonchos y estómagos blandos: la danza, para algunas mujeres, parecía muy probablemente ser sólo un método agradable de ponerse a régimen.

La sala principal se extendía a lo largo de medio edificio. Una de las paredes estaba

recubierta con espejos que iban del techo al suelo y en algunos de los cuales el azogue estaba empezando a saltar. En la pared de enfrente estaban las ventanas y bajo ellas la barra de ejercicios, pulida por años y batallones de estudiantes de ballet. Carol no había practicado el ballet desde la escuela y lamentaba haberlo abandonado. No se hacía ilusiones y sabía que las clases de danza moderna del Park West sólo servían para mantenerla ágil y flexible. Esta noche la clase constaba de dieciséis personas, incluyendo tres jóvenes delgados y de aspecto agradable a los que clasificó inmediatamente como homosexuales. La profesora, distinta de la de los martes, era una mujer bajita y nervuda a punto de cumplir los cuarenta, con una espesa y rizada cabellera negra y una voz de sargento que no pegaba nada con su escasa talla. Tampoco ella parecía demasiado feliz por tener que encontrarse aquí esta noche.

La primera media hora de la clase estuvo dedicada a ejercicios de colchoneta y de barra en los que se tensaban los brazos y los hombros, se torcía el cuello en varias direcciones y se levantaban las piernas en todas las variantes posibles del *plié*, todo ello al ritmo de un meloso calipso procedente del magnetófono que había en un rincón del cuarto. Por las sucias ventanas podía distinguir las luces de los edificios al otro lado de la calle y, sobre ellos, el negro cielo carente de estrellas. No batía luna. En ese momento la profesora dio una palmada para atraer su atención.

—Muy bien, vamos a repasar las combinaciones que aprendimos la última vez.

Durante esta parte de la clase se dedicaron a moverse sobre el pulido suelo de madera en filas de cuatro, siguiendo las evoluciones de la profesora mientras que en el aparato sonaba una música disco bastante más alta que los calipsos anteriores y a cuyos compases vibraban levemente las paredes. Los pasos le resultaban familiares a Carol por su clase nocturna del martes y los hacía bastante bien; aunque no estaba aprendiendo nada nuevo le gustó que la profesora la pusiera varias veces de ejemplo. «Fijaos en la pelirroja», decía, y Carol necesitó que lo repitiera más de una vez para darse cuenta de que se refería a ella. Mientras bailaba, retorciendo el torso y dejando los brazos sueltos, se observó en los espejos de una pared y en la reluciente negrura de las ventanas del otro lado. Le gustó lo que veía.

Cuando aún quedaban veinte minutos de clase la profesora cambió las cintas y la música disco cedió paso a un grupo de reggae que Carol no había oído nunca. Puso el volumen aún más alto: el ritmo se fue acelerando y haciéndose cada vez más insistente.

—Bueno, gente —dijo la profesora—, ha llegado la hora de improvisar. Colocaos junto a la pared en grupos de cuatro y venid cuando os llame.

Después de haber dividido de este modo la clase le indicó con una señal al primer grupo que empezara. Improvisar era algo que Carol no había hecho antes e inmediatamente su orgullo se esfumó dejando paso al nerviosismo, como si acabaran de pedirle que hablara en público sobre un tema que aún permanecía en secreto. Pese a todo, la música era muy persuasiva; se encontró en seguida siguiendo el ritmo con los pies y moviendo las caderas mientras observaba al primer grupo de cuatro mujeres situarse en el centro de la sala.

—Sentid vuestros cuerpos —dijo la profesora, aparentemente sin el menor efecto—. No miréis a nadie, dejad que vuestro cuerpo siga la música, que fluya de un modo natural.

A Carol sólo una de las cuatro le pareció aprovechable, una chica morena de aire altivo que agitaba los hombros y meneaba la cabeza como si estuviera en una playa del Caribe rodeada por una docena de negros dispuestos a cumplir hasta el más pequeño de sus caprichos. Carol empezó a preguntarse qué haría cuando le llegara el turno. La profesora llamó a otros cuatro y dos mujeres y dos de los jóvenes ocuparon el centro de la sala mientras el grupo anterior volvía junto a los espejos.

—He dicho que no miréis a nadie. —El reproche, con voz algo irritada, iba dirigido a los dos jóvenes que bailaban fatal mirándose a los ojos—. Si hace falta cerrad los ojos. —Así lo hicieron, con resultados no muy buenos, como era de esperar. Un gesto de la profesora le indicó a Carol que su grupo era el siguiente. Carol avanzó hasta el centro de la sala junto con dos mujeres bastante mayores y el otro joven restante—. Cerrad los ojos —dijo la profesora—, y sentid la música. Dejad que ella mueva vuestro cuerpo.

Carol seguía el ritmo con los pies sin demasiada gracia, intentando hacer lo que le decían pero, aunque la música le gustaba, era una tontería pensar que fuera capaz de hacerla moverse. No era justo, se dijo; jamás había deseado ser coreógrafa. De pronto se le ocurrió que podía probar con los Mutamentos, la Danza de los Cambios que había practicado dos noches antes. Era un baile más lento y sinuoso y realmente no iba nada bien con la alegre música negra que ahora sonaba pero consistía en sólo nueve movimientos muy sencillos y si los hacía siguiendo el ritmo adecuado quizá lograra aguantar hasta que se le acabara el tiempo a su grupo. Cerró los ojos intentando recordar. Había dos giros distintos, luego un paso hacia un lado y luego otro hacia atrás...

Sí, era eso, ya lo tenía; el truco era recordar el extraño movimiento de las manos y cuándo debía hacerse. Era extraño estar bailando una danza popular en la clase; quizá estuviera haciendo el ridículo. Sin duda las otras mujeres estarían probando con algunas frenéticas combinaciones de danza moderna o algún paso de reggae que ya conocieran. Esperando que la profesora no estuviera demasiado disgustada abrió los ojos y se encontró de cara al espejo en el que se reflejaba la imagen de ésta. La profesora parecía sorprendida; miraba alternativamente a Carol y a las otras dos mujeres, con los ojos cada vez más abiertos. Carol miró de soslayo a las otras dos y se quedó boquiabierta; también ellas parecían estar bailando los Cambios. Tenían los ojos fuertemente cerrados y parecían inmensamente felices, como en trance. El hombre, los ojos también cerrados, estaba un poco más lejos, dando torpes pasos de música disco.

Carol sintió un cierto enfado; estaba claro que las otras dos hacían trampa. Habían abierto los ojos mientras que ella los tenía cerrados y estaban copiando los pasos de Carol. Quizá lo hicieran para burlarse; quizá tampoco habían sabido cómo salir del apuro. Carol miró de nuevo a la profesora y vio que su expresión de sorpresa era aún más acusada... Ahora estaba mirando al hombre. Carol giró para observarle y vio que también él estaba bailando los Cambios, siguiendo perfectamente el compás de las tres mujeres aunque sus ojos seguían cerrados. «¡No es justo!», pensó Carol, ahora indignada. Era su danza y los demás estaban copiándola. Ahora los cuatro bailaban al unísono, golpeando el suelo con los pies en el mismo instante, girando a la vez, los demás con los ojos cerrados y con la gran estancia resonando con sus movimientos. Era casi increíble. Se dio cuenta, incómoda, de que la ingle del joven había empezado a mostrar un sospechoso abultamiento y se

preguntó quién de los presentes sería la causa. Y entonces la profesora se movió por fin.

—Bueno, ¿acaso estaba ensayado? —gritó—. Pues lo hacéis muy bien, claro que sí.

Sin dar tiempo a que nadie le respondiera le indicó con una seña al último grupo que avanzara. Sus tres acompañantes retrocedieron hacia los espejos pero Carol, que se había quedado algo rezagada, notó que le costaba dejar de bailar; el ritmo seguía dominándola. Oyó que los demás hablaban en voz baja y que el joven le estaba explicando a sus amigos cómo se había limitado a hacer lo que la música le decía que hiciera. Al mirar el espejo se dio cuenta de que el nuevo cuarteto de mujeres parecía haber aprendido la danza meramente observando a sus predecesores: también ellas estaban bailando los Cambios y lo hacían de un modo igualmente perfecto y acompasado.

Quiso hablar con los demás, preguntarles cómo habían aprendido a bailar tan rápido pero estaba demasiado ocupada observando su reflejo, viendo como sus caderas se agitaban y su cabeza se sacudía, perdida en los movimientos de sus manos... y de pronto, con un chasquido seco que parecía un disparo, su imagen reflejada se hizo mil pedazos. Oyó un estruendo a su espalda y al volverse vio cómo una de las grandes ventanas se rompía. Alguien gritó: todos empezaron a retroceder apartándose de los pedazos de vidrio. Las cuatro mujeres que bailaban se detuvieron de pronto y abrieron los ojos mirándose unas a otras totalmente confusas. La profesora se apresuró a quitar la música.

—Puede que haya sido un niño con un tirachinas —oyó que decía uno de los hombres.

—¿Un loco con un arma? —gritó alguien. Las mujeres huían chillando hacia la puerta. Carol les siguió preguntándose mientras corría cómo había ocurrido todo con tanta rapidez..., pues le parecía haber oído que la ventana se rompía un instante después de que se hubiera partido el espejo.

—Creo que más vale dejarlo por esta noche —dijo la profesora.

Todos la siguieron en dirección a los vestuarios. La gente siguió hablando excitada sobre el incidente mientras Carol se vestía. Cuando ya salía, vio a la profesora de danza hablando con un negro muy alto que llevaba un mono de trabajo. Estaban de pie en una esquina de la sala de baile señalando con el dedo una zona del techo en la que los resistentes ladrillos estaban cubiertos por una compleja telaraña de grietas minúsculas. Cuando pasó junto a ellos, oyó cómo el negro le decía que en el piso de abajo también se había roto una ventana. Vaciló un segundo y se detuvo para hablar con él, nuevamente nerviosa.

—¿Realmente hay alguien disparando por las ventanas? —El negro meneó la cabeza.

—No, señora, no hay nada de qué preocuparse. Ahí fuera no hay ningún francotirador loco. Esta vieja casa se estaba asentando un poco, eso es todo.

—¡Oh, qué alivio!

De todos modos, estuvo contenta al salir por fin de la escuela y mientras atravesaba el vestíbulo y luego la escalera, estuvo segura todo el rato de que oía unos levísimos crujidos.

Hacía una noche clara y fresca y en el cielo brillaba toda una panoplia de estrellas. Cuando llegaron los Verdock en su camión, los demás ya estaban en el porche con los

rostros enrojecidos por el reflejo de la lámpara.

—¿Cómo está, Hermano Adam? —dijo Jacob van Meer, sentado en su mecedora como si fuera un trono.

—Me temo que no muy bien —dijo Verdock meneando la cabeza. Él y Lise subieron al porche y cogieron dos sillas—. Debemos tratar de recordarla esta noche en nuestras plegarias. Le hará falta.

—Dejamos con ella a Mina para que la cuidara hasta mañana —dijo Lise. Se dirigía a todos los del porche pero, como era costumbre, sólo miraba a Elsi van Meer y las otras mujeres—. Mina cuidará de que esté cómoda y también se ocupará del huerto hasta que Hannah recupere las fuerzas.

—Si las recupera.

El que había hablado era Rupert Lindt, que esa noche se había unido a ellos y ocupaba una parte considerable del sofá.

—Vamos, vamos, Hermano Rupert —dijo Verdock—, el Señor cuida de quienes saben cuidar de su alma.

Rupert se encogió de hombros.

—Puede que sí, pero el espíritu y el cuerpo tienen que separarse un día u otro. No puedo decir gran cosa sobre el alma de Hannah, pero su cuerpo está muy viejo.

Hannah Kraft era una viuda de escasos recursos y costumbres solitarias que había andado mal de salud desde hacía décadas, aunque nunca tan mal como a ella le gustaba proclamar..., al menos, no hasta ahora. En esos momentos, con ochenta años auestas, parecía tener al fin prisa por morir. Los Verdock la habían visitado a primera hora de la tarde con su hija Mina y la habían dejado allí para que pasara la noche con la anciana en su casita de tres habitaciones, algo lejos del sendero.

—El clima le sienta muy mal últimamente —decía Adam—. Es una suerte que esta noche haga tan buen tiempo. Le dijo a Mina que no había logrado pegar ojo con tanto trueno y tanta lluvia.

—Bueno, Hannah seguirá adelante —dijo Bethuel Reid, quizá la más cercana a ella en edad—. Recuerdo como hace años no te dejaba ni abrir la boca de tanto que hablaba y como ni una sola palabra de todo lo que decía tenía el menor sentido.

Todos asintieron y Lise Verdock alzó luego la voz para añadir algo que parecía preocuparla.

—Dice que oye ruidos cada noche. Ella lo llama el rugido, como algo enorme que se moviera.

—Bueno, claro —dijo Bert Steegler—, es de cajón que si te quedas junto al Cuello a vivir oirás ruidos por la noche.

Van Meer parecía más escéptico.

—O puede que algunas ranas y un chotacabras que otro. Y puede que sean también los chicos de Fenchel haciendo sus diabluras de siempre. Pero confío en que no andaréis creyendo todas esas historias sobre fantasmas.

—Yo puede que las crea y puede que no. Todo lo que digo es que en esos bosques hay agujeros muy grandes, que hay manantiales subterráneos y bolsas de gas en el pantano... Y que ese tipo de cosas suelen hacer ruido, como estoy seguro que el Hermano

Rupert recordará.

Lindt asintió, complacido al verse distinguido de ese modo ante los demás. Era el más joven de todos los hombres presentes y el más corpulento; tenía la costumbre de soltar frases desagradables, casi siempre con voz de trueno, pero ellos le conocían desde niño y toleraban pacientemente sus costumbres algo bruscas. Y sabían muy bien que siempre que les hiciera falta ayuda podían confiar en sus fuertes hombros.

—Yo crecí cerca del Cuello —dijo—, y conozco los ruidos que puede hacer el pantano. Pero esta vez no estoy tan seguro. Yo también he oído el trueno y no es el mismo ruido. Creo que es una señal, igual que todas las serpientes que hemos visto este verano.

Van Meer dejó de mecarse.

—¿Adonde quieres ir a parar? —Lindt se removió inquieto.

—Todo lo que yo digo es que debemos mirar bien lo que pasa. Pasa que hay una nueva influencia en la comunidad..., una víbora en nuestro pecho, por así decir..., y creo que todos sabéis de quién hablo.

—Sí, desde luego que te entiendo —dijo Adam Verdock—, pero creo que cometes un error. Yo también me encontré ese día al muchacho en el almacén y me cayó muy bien. Además me parece que tiene un buen nombre, uno que honra al profeta.

—O que se burla de él —dijo Lindt.

—Le pregunté a Sarr sobre él —dijo Bethuel Reid, chupando pensativo su pipa—. Dice que se pasa el día leyendo libros.

Todos menearon la cabeza. Permanecer ocioso era un pecado cuando había tierra por trabajar.

—¿Le habéis visto las manos alguna vez? —dijo Lindt—. Suaves como las de un bebé. Cualquiera tonto puede ver que no ha trabajado ni un solo día en su vida. Debe de tener un montón de dinero en los bolsillos..., como todos esos de la ciudad.

Reid asintió, alegrándose interiormente de no tener bolsillos.

—Aja. Ése es su problema. —Steepler asintió también y sonrió mirando de soslayo a Lindt.

—Pues yo sólo sé que la semana pasada tuvo allí a una joven. Debe de hacer algo más que leer.

—Bueno, ya sabéis cómo son esos de la ciudad —dijo Lindt—. No creen ya en el matrimonio. —Lindt había pensado más de una vez en Carol desde que la vio. Él estaba casado y no era feliz; pasaba poco tiempo con su mujer y esa misma noche había venido sin ella—. Y cuando se casan —añadió—, no siguen casados mucho tiempo. Algún día, y acordaos de mis palabras, esa ciudad será barrida por el fuego, como las ciudades de la Llanura.

Hubo un coro general de asentimiento, aunque con algunas abstenciones.

—Bueno, yo hablé de él con Sarr —dijo Verdock—, y no creáis que no intenté razonar... Le dije que sencillamente no era decoroso aceptar el dinero de una persona y luego llamarle huésped. Pero Sarr..., bueno, cuando decide algo es difícil hacerle cambiar de opinión.

—No está bien —dijo Van Meer—. No está bien traer a alguien así a nuestra pequeña congregación, alguien que no teme al Señor y desconoce nuestras costumbres.

—Nuestra Rachel estaba hablando de eso el otro día —terció su mujer—. Dice que Amos no quiere que sus niños anden con gente así.

—Pues yo creo que no tiene sentido preocuparse de cosas así —dijo Lise—. Al menos, no ahora. Todo lo que podemos hacer es rezar, confiar en el Señor y mantenernos vigilantes.

Cuando calló esperó el habitual coro de «amén», pero tardaron bastante en llegar y no fueron demasiado entusiastas.

Minna salió andando lentamente de la cocina cargada con una gran bandeja de madera cuya pintura rosada había desaparecido casi por completo. Al pasar por debajo de la viga del umbral agachó instintivamente la cabeza para no chocar con ella.

—Ya está, Hannah. Con esto verás como en seguida te duermes.

La anciana estaba sentada en el lecho con la cabeza vuelta hacia la ventana abierta que había detrás de ella. No se movió al entrar Minna y sólo cambió de postura cuando sintió que le dejaba la bandeja en el regazo. Sus ojos llenos de inquietud se posaron sobre el cuenco de gachas y el vaso de leche humeante.

Una brisa fría entraba por la ventana llevando con ella el olor de la tierra húmeda y las hojas otoñales, logrando casi tapar los olores de vejez y enfermedad que dominaban la atmósfera de la habitación. Los insectos vagabundeaban por la rejilla. Minna oyó los ruidos nocturnos del bosque: animales llamándose entre sí, el canto de las ranas y el chirriar de los grillos. Con el ceño fruncido, la anciana probó una cucharada de las gachas y bebió un sorbo de leche. De pronto, dejó el cuenco con un golpe seco sobre la bandeja y meneó la cabeza.

—No —dijo haciendo gestos de que se llevara la comida—, ¡no puedo dormir! Si no es una cosa entonces es otra. Primero el trueno y la cabeza que me dolía... ¡Y ahora esto! Todo está demasiado silencioso.

Minna sonrió sin demasiada sinceridad.

—¿Silencioso? ¿Con todo el jaleo que hay ahí fuera? Lo único necesario para dormir es quedarse un ratito escuchando los grillos y beber un poco de esa leche. Le he puesto miel y en unos momentos te quedarás dormida como un niño de pecho.

—Hmmm —gruñó la anciana—. ¡Más bien dormida como una muerta!

Tomó unos cuantos sorbos más de leche y luego dejó a un lado el vaso volviéndose en la cama para clavar nuevamente los ojos en la ventana.

—Cuidado, se va a caer —dijo Minna señalando con el dedo la bandeja precariamente suspendida sobre el regazo de la anciana.

Cruzó nuevamente el umbral, agachándose otra vez, y se metió en la cocina.

Había bastantes platos que lavar y en la casita no se disponía de agua corriente, así que Minna cogió el cubo que colgaba junto al fregadero y salió al exterior tomando el sendero que llevaba hasta la bomba. Accionó vigorosamente el mango con un brazo tan fuerte como el de un hombre mientras que una estrella fugaz surcaba el cielo sobre su cabeza. Desde la casa le llegó el ruido de algo que caía. «Lo sabía», pensó Minna, maldiciéndose y volviendo a toda prisa al dormitorio para encontrarse con los relucientes fragmentos del cuenco esparcidos en un charco de gachas. El vaso estaba sobre la

alfombra.

Minna se fijó primero en ellos antes de ver el cuerpo de la anciana retorcido mitad dentro y mitad fuera del lecho... Tenía la boca muy abierta, los ojos a punto de salirse de las órbitas y las manos crispadas sobre el cuello. De sus labios surgían los últimos espasmos de un estertor agónico. Minna era fuerte y había visto la muerte de cerca otras veces. No gritó. Cogió a la mujer por los hombros, la sacudió, le abofeteó el rostro pálido como el de una muerta y le buscó el pulso. No lo encontró.

—Señor bendito —murmuró—, acoge el alma de la Hermana Hanna con tu sempiterna misericordia. Amén.

Luego puso bien recto el cuerpo en el lecho y, metódicamente, subió las mantas hasta taparle el rostro y se inclinó para recoger los trozos del cuenco, las gachas y la leche. Y sólo entonces gritó... cuando, al levantar el vaso, vio lo que había estado enroscado en su interior, la minúscula forma blanca, delgada como el dedo de un niño, que no dejaba de retorcerse sobre la alfombra.

Tres de la madrugada. El edificio está dormido. Fuera, en la oscuridad, una lluvia fría tamborilea sobre el pavimento. El farol de la esquina crea reflejos que parecen de aceite en un charco de lluvia. Las luces de los faroles que se ven a lo lejos están medio veladas por la niebla.

El pasillo está vacío y apenas si hay luz. Descalzo, con la camisa y los pantalones puestos, aferrando su bolsita de herramientas, baja andando de puntillas hasta el sótano. El corredor gira ante él como un laberinto, sus recodos iluminados por bombillas recubiertas de alambre: el techo está apenas a un palmo de su cabeza, como si el peso del edificio lo fuera hundiendo lentamente. De algún lugar lejano llega el zumbido apagado de grandes máquinas. Se ha sacado la dentadura postiza y el mentón le cuelga como un pellejo flácido. Siente el frío del suelo de cemento bajo los pies y pasa a toda velocidad ante las puertas de acero grisáceo del almacén, el cuarto de las lavadoras y el cubículo donde el encargado guarda sus trastos de limpieza. Aquí está al fin, una maltrecha puerta metálica con un letrero de «Prohibida la entrada». Mete impaciente un alambre en la cerradura y lo hace girar. La puerta se abre.

La habitación está a oscuras y desde esa oscuridad le llega el zumbido de la maquinaria, ahora más fuerte que antes. Mete la mano dentro y le da al interruptor. Bajo él, más allá de un tramo de peldaños de hierro, se encuentra el horno. Es enorme, parece llenar la habitación como un monstruoso árbol de metal, un vasto enjambre de tuberías que se curvan saliendo de su núcleo central extendiéndose como ramas a través del techo. Cierra la puerta y baja a toda prisa los escalones para ponerse de cucullas ante él, como un penitente, vaciando su bolsa de herramientas en el suelo. Primero aparece un destornillador, luego una llave inglesa y por último dos gruesos guantes de amianto.

Tarda sólo un minuto en quitar la cubierta que tapa el calderín. En el interior arde la llama azul brillante del gas y su rugido parece una cascada. La llama no es muy alta dado que en verano el horno sólo sirve para calentar el agua del edificio..., pero su fuerza sigue siendo grande y al dejar a un lado la placa metálica siente cómo le arde el rostro a causa de las bocanadas de aire caliente. A la luz del fuego las franjas negras de su piel parecen

quemaduras producidas por tomar demasiado el sol.

Retrocede hasta dejar de notar tanto el calor y saca de su bolsillo un trozo de tiza azul con el que marca presuroso los círculos en el suelo y luego los círculos dentro de los círculos. El dibujo es bastante tosco y sencillo, en nada parecido al tetragrammaton o a la estrella de los cabalistas. Tiene ojos, lengua y zarpas. De hecho, se parece a un animal salvaje surgido de los primeros tiempos del mundo, una criatura con forma de serpiente enroscada y con la cola metida en las fauces. El dibujo está listo. Vuelve a subir los peldaños y apaga la luz. Ahora, la única iluminación de la habitación viene de la boca del horno y el fuego del dragón que arde en sus entrañas.

Permaneciendo fuera de la línea de tiza, se quita la camisa y los pantalones. Así desnudo entra en el círculo, su cuerpo rosado y suave tan carente de vello como el de un recién nacido. Cierra los ojos, inhala profundamente y da comienzo a la danza. Primero sus movimientos son algo torpes, pero luego van haciéndose cada vez más seguros. De pronto, extiende los brazos y empieza a saltar, primero sobre un pie y luego sobre el otro, siguiendo un ritmo cada vez más complejo. De su boca sin dientes sale un canturreo apagado y luego, como si estuviera en éxtasis, una retahila de palabras ininteligibles.

—*Da'moghu... riya moghu... riya daeh...*

Sigue bailando en círculos con los ojos cerrados y las manos trazando viejas figuras sobre su cabeza. Sus dedos se mueven cada vez más y más de prisa, sus pies suben y bajan sin cesar y la retahila de palabras se acelera hasta convertirse en un chorro continuo de sonidos. Con el cuerpo sudoroso y reluciente que parece despedir un fantasmal resplandor en la parpadeante luz azul que inunda la habitación sigue girando, saltando y encorvándose, haciendo piruetas como un niño travieso y dando vueltas cada vez más de prisa hasta que todo él gira como un derviche enloquecido con su pene diminuto y marchito saltando arriba y abajo y sus pechos gordezuelos sacudiéndose como los de una mujer. El canturreo sube de volumen para convertirse en un aullido y por último en un agudísimo gemido.

—*Riya moghu... davoola... ¡DA'FAE!*

Y, de pronto, con ese grito, todo ha terminado. La visión ha venido. Se deja caer exhausto al suelo y permanece allí tendido con la cabeza en el centro del círculo, el cuerpo aún tembloroso y los miembros sacudiéndose aún espasmódicamente a causa de la danza. Abre los ojos para mirar al fuego pero ve mucho más allá de él. Ve todo lo que le hace falta ver.

El Dhol ha llegado por fin al lugar en que debe estar.

Y está libre.



Dieciséis de julio

Hoy el sol ha calentado mucho. Cielo azul, nubecillas de algodón, refrescante brisa veraniega y toda esa mierda. El tipo de día que se supone debe hacerte sentir contento de

estar vivo: habría sido perfecto de no ser por los insectos.

Me levanté razonablemente temprano. Mariposas sobre la hierba y gatos jugando al corre-que-te-pillo. «Bwada» no ha vuelto, lo que es igualmente estupendo. Sarr estaba arreglando las grietas en el techo del granero y quitando los nidos de orugas que había bajo los aleros. Deborah andaba quitando malas hierbas del huerto, podando los rosales y luego colgando ropa a secar. Esta gente del campo no para quieta ni un segundo... Y yo tampoco debería estar quieto. Ya llevo aquí tres semanas y aún no he escrito ni una sola palabra de la tesis. Además, me estoy saltando los ejercicios de modo regular. Ayer no los hice y todavía no he hecho los de hoy.

¡Dios, tres semanas! Difícil de creer. Incluso aquí el tiempo corre cuando uno vuelve la vista hacia atrás. La mitad de julio ya se ha esfumado y casi puedo sentir el cálido aliento de agosto en mi cuello, como algo enorme y de malas pulgas que me estuviese esperando oculto más allá de la colina...

Desde su tejado, con la cálida brisa del atardecer dándole en la espalda, vigila la colosal urbe condenada que se extiende a sus pies bajo el sol. Oye subir hasta sus oídos el rumor del tráfico, las voces de la gente, el silbido del viento que sopla sobre el Hudson. Los niños chillan en el terreno de juegos de la otra manzana y, para verles mejor, se apoya en el parapeto. Hay dos peleando. El mayor ha derribado al otro y ahora le clava la rodilla en el hombro, abofeteando una y otra vez el rostro indefenso que tiene bajo él... Con los codos apoyados en el parapeto y la cabeza reclinada en las manos, el Anciano sonríe y aguarda a que broten las lágrimas. Ya está; ha distinguido su brillo. Su sonrisa se hace más ancha aún, extendiéndose por todo su rostro. Por un instante, mientras una nubecilla oscurece el sol haciendo cambiar las sombras, su piel tiene el color blanco de la tiza y todo su cuerpo parece convertirse en una gárgola de piedra.

Y después la gárgola se mueve, disolviéndose. Aparta sus ojos del terreno de juegos para posarlos sobre la línea de un verde oscuro que corta en dos el centro de la ciudad.

Esa noche tiene cosas que hacer allí..., él y la mujer. Está preparado y, cuando llegue el momento, también ella lo estará: pues esta noche va a llevar el vestido de la segunda víctima.

La noche anterior fue él quien bailó.

Esta noche lo hará la mujer.

Es ya de noche y estoy cansado. Me pasé mucho rato esta tarde sentado al sol leyendo la *Narración de Arthur Gordon Pym*. Las moscas hicieron que me resultara bastante difícil concentrarme, pero supongo que al menos me habré puesto moreno. Probablemente ya lo estaba algo (aunque resulta difícil saberlo mirándome al espejo; hay muy poca luz aquí). De pronto, se me ha ocurrido que no voy a ver a nadie en bastante tiempo excepto a los Poroth, así que, ¿para qué diablos me preocupa mi aspecto? Deborah tuvo su oportunidad; no vale la pena que me ande acicalando para ella después de eso.

Esta noche no hay luna, lo que redundará en beneficio de las estrellas.

Algo que me tiene bastante preocupado: cuando volví aquí después de comer tenía ganas de leer algo ligero para hacer contrapeso a todos los horrores claustrofóbicos de Poe

con sus piratas, cadáveres y caníbales, así que fui a coger la antología de Saki. Bueno, yo sé que había puesto el maldito libro en el lugar de H. H. Munro, donde debe estar. Me acuerdo muy bien de haberlo hecho y estoy igualmente seguro de que la noche pasada seguía así porque tenía a un lado a A. N. L. Munby con *La mano de alabastro* y al otro a Oliver Onions con *Grilletes*, los tres encuadernados con unas bonitas tapas antiguas y formando un conjunto excelente. Recuerdo que estuve sentado un rato admirándolos.

Pero esta noche el Saki no estaba ahí. Lo encontré en la S. Naturalmente, es una nadería, algo total y absolutamente trivial. Que yo vea no hay nada más fuera de su sitio y tampoco falta nada. Pero eso quiere decir que alguien debe de haber andado hoy por aquí..., alguien que estuvo mirando mis libros (puede que también el resto de mis cosas) y que, no sabiendo que Saki era Munro, lo puso en el sitio equivocado. No puedo creer que se tratara de los Porothe. Siempre han respetado mi intimidad y, de todos modos, ¿cuándo habrían podido entrar? No recuerdo ni un solo momento del día de hoy (excepto la hora de comer, claro) en el que no estuviera yo aquí, ya fuera en esta habitación o delante de la puerta. Oh, bueno, puede que me equivoque; puede que el calor esté empezando a sentarme mal. Supongo que entra en lo posible que haya puesto el libro mal yo mismo a última hora de la noche de ayer, cuando tenía mucho sueño, o cuando he estado trabajando hoy.

Pero como simple precaución pienso esconder este diario. Contiene demasiadas cosas que no deseo que ninguno de los dos lea... Me refiero a todas esas estúpidas fantasías sobre Deborah. Ahora mismo les oigo rezar allá en la granja; hasta hace unos pocos minutos estaban cantando himnos. Me conforta oírles en una noche tan oscura como ésta. Pero cuando pienso en ellos metiendo las narices por aquí sin decirme nada, me entra un cabreo de mil demonios.

Pensaba escribirle una carta a Carol esta noche dado que ya lo he ido posponiendo desde hace varios días, pero estoy demasiado cansado. Es posible que pese a todo me cueste dormirme; me escuecen los ojos y no dejo de estornudar. Debe de ser la humedad.

Estaba esperándola en la boca del metro frente al Dakota con una cesta para ir de campo en el suelo, junto a él. Al verla, todos sus rasgos parecieron iluminarse.

—Carol —dijo agitando entusiásticamente la mano—, parece una dríada que haya cobrado vida.

—¿Una qué?

—Una ninfa de los bosques, una doncella arbórea.

—Gracias —dijo ella riendo—. Me siento como si acabara de salir de un cuadro escénico de «La Sífide». ¡O puede que del desfile del día de san Patricio!

Esta noche iba totalmente vestida de verde: llevaba el precioso traje verde que él le había regalado (seguía encontrándolo bonito pese a que le quedase algo grande y la falda fuera tan corta) junto con unos zapatos verdes que había encontrado en el armario de Rochelle e incluso un pañuelo verde al cuello. La idea del pañuelo se le había ocurrido a ella justo unos segundos antes de salir, sabiendo que a Rosie le gustaría. Estaba empezando a conocer sus gustos.

Naturalmente, su ropa interior era blanca, pero ni siquiera el peor puritano del

mundo habría sido capaz de ponerle objeciones a eso ya que ni el menor rastro de ella podía transparentarse a través de la tela. De hecho, y dado que esta noche se encontraba un poco aventurera, ni tan siquiera se había puesto sujetador. Claro que la cosa no resultaba nada escandalosa dado que nadie podía notarlo, pero cada vez que respiraba podía sentir el levísimo roce de la tela sobre sus pezones y éstos tensaban de un modo imperceptible el vestido. Nunca había ido así antes y ahora que lo había hecho por primera vez le gustaba. Era bueno sentir que los hombres iban a mirarla con deseo y saber que les resultaba atractiva. «Despacio pero segura —se dijo a sí misma—, voy avanzando...»

—Venga —dijo él—, queremos lograr buenos asientos, ¿no?

Le cogió la mano y con la otra tomó la cesta, un anticuado modelo de mimbre tapado con una gran manta por uno de cuyos extremos asomaba el mango de su paraguas. Cruzaron la calle para dirigirse hacia el parque y se unieron a los grupos de gente que iba en esa misma dirección siguiendo los caminos que llevaban a la Gran Pradera. La mayoría de ellos, como Rosie, llevaban cestas, mantas enrolladas o bolsas de viaje.

—Nunca he estado antes en uno de estos conciertos —dijo Carol mientras pasaban bajo los árboles.

Andar junto con toda esa gente por lo que era casi un bosque le producía una sensación extraña.

—Pues entonces no sabe lo que se ha perdido —dijo Rosie—. La música fue creada para ser escuchada así, bajo las estrellas. —Carol miró hacia arriba. Aún no había estrellas, pues faltaba casi una hora para la puesta de sol, pero tras el dosel de ramas el cielo empezaba a oscurecerse—. Están ahí arriba, Carol —dijo Rosie siguiendo la dirección de su mirada—, le doy mi palabra.

Los árboles se abrieron de pronto y ante ellos se extendió el verdor de la Gran Pradera, hectáreas de hierba ya cubierta de figuras humanas. No recordaba haber visto nunca tanta gente reunida, excepto en fotos del festival de Woodstock. «Es como una celebración religiosa», pensó emocionada, y de pronto sintió una gran felicidad por estar allí entre toda aquella gente, no sólo en el parque sino por el mero hecho de encontrarse en una ciudad en la que cosas como ésta podían suceder y en realidad estaban sucediendo a cada momento.

—¿Nos ponemos muy cerca —estaba diciendo Rosie mientras se abrían paso entre la gente y las mantas—, o estaremos bien hacia la mitad?

—Oh, aquí está muy bien —dijo ella.

Rosie se detuvo en el primer lugar despejado que encontraron y con una fioritura extendió la manta sobre el suelo. Luego, metiendo la mano en la cesta, empezó a sacar platos de papel y cubiertos.

—¡Ya verá qué festín!

El menú consistía en panecillos calientes, paté de hígado, huevos rellenos y pollo frío, aparte del suave vino dorado de Rosie y tartas de fresa como postre. Era absolutamente perfecto y por unos momentos Carol tuvo la sensación de estar soñando, de que realmente no se encontraba allí, sentada sobre la manta de Rosie entre esa muchedumbre feliz (algunos de cuyos miembros seguramente ya la estaban envidiando, dada la extravagante

abundancia de sus provisiones), viendo a lo lejos la forma semejante a una concha del estrado para la orquesta y detrás de ella las torres del Central Park South que despedían reflejos dorados bajo la luz del ocaso.

Cuando la orquesta empezó a ocupar sus asientos estaban acabando de comer y bebiendo los últimos restos del vino. Carol oyó cómo iban afinando uno por uno los instrumentos y luego el sonido iba aumentando en volumen y complejidad hasta que una ola melodiosa pareció sumergirles. La multitud empezó repentinamente a aplaudir y todas las cabezas se volvieron; el director de orquesta acababa de llegar. Hubo un breve silencio y luego empezó a sonar la música, una pieza alegre y seductora que la hizo sentir ganas de bailar siguiendo sus compases.

—Es Dvorak —susurró Rosie—. Las Danzas Eslavas. Luego yo interpretaré algo aún más bonito.

—¿Con qué instrumento?

—Ya lo verá —dijo él sonriendo. La oscuridad era ya completa, rota solamente por la iluminación del estrado y las luces de los edificios. Carol buscó vanamente la luna—. Lo siento —dijo Rosie—, esta noche no hay luna.

Carol no se había dado cuenta de que estuviera mirándola.

—Qué pena. Me habría gustado que hubiera una gran luna llena en el cielo. Sería el toque que le falta a todo esto para ser perfecto.

Rosie se encogió de hombros.

—Este mes tiene dos lunas llenas, una al principio y una al final, lo que hace de él algo bastante especial. Pero de momento habrá que contentarse con la luz de las estrellas.

Cuando la orquesta llegó a la segunda mitad del programa las estrellas (o al menos las de mayor magnitud, capaces de atravesar la eterna neblina de luces y polución que cubría la ciudad) empezaban a llenar el cielo.

—La Consagración de la Primavera —dijo Rosie, mientras que en el aire flotaban las notas enigmáticas de un contrabajo.

—Lo sé —dijo ella—. Me encanta. Siempre he querido ver el ballet, pero nunca he tenido la oportunidad.

—Está inspirado en la imagen de una muchacha desnuda que baila girando sin cesar ante los ancianos de su tribu..., gira y gira sin parar hasta que muere.

—Sí —dijo ella sintiendo cómo se le aceleraba el pulso—. Parece que lo vea...

A medida que la pieza iba avanzando la noche fue haciéndose más oscura; la multitud permanecía callada e inmóvil. Tendida de espaldas sobre la manta de Rosie con los ojos clavados en el cielo, a Carol le fue fácil olvidar dónde se encontraba y de dónde procedía aquella música extraña y discordante bajo la que se ocultaba la velada amenaza de una maldad antiquísima. En algunos momentos le parecía casi como si ella fuera la única destinataria de todas aquellas notas y hacia el final, cuando las cuerdas alcanzaban el máximo de su estridencia y los timbales latían como un corazón gigantesco, Rosie se volvió de nuevo hacia ella. Carol sintió que la miraba en la oscuridad.

—Carol, aún no está cansada, ¿verdad?

—No. ¿Por qué?

—Pensé que al haberse acostado...

—No, de veras. Estaba disfrutando de la música.

¿Le habría ofendido sin saberlo? Volvió a sentarse sobre la toalla.

—Entonces, ¿no está cansada?

—En absoluto.

—Estupendo.

De pronto, con un redoble de timbales y una explosión de trompetas, la pieza terminó. El eco de los aplausos resonó sobre la pradera y después la gente empezó a levantarse plegando sus mantas y abriéndose paso lentamente por la oscuridad hacia los senderos que llevaban fuera del parque. Carol y Rosie recogieron sus cosas y siguieron a los demás. Rodeando a la muchedumbre se movían vendedores ofreciendo perros calientes, helados, bebidas refrescantes y aros de plástico blanco que brillaban en la oscuridad. Rosie desapareció un instante y volvió con uno de ellos, poniéndolo sobre la cabeza de Carol como si fuera una tiara.

—Bueno —dijo él—, ya tiene un halo. —La multitud estaba empezando a dividirse en dos grandes grupos, uno que se dirigía hacia el este y otro hacia el oeste. Carol empezó a seguir al segundo, pero Rosie la detuvo—. Dejemos que se vayan —dijo—, tengo una idea mejor. —La cogió de la mano y empezó a caminar hacia el norte, alejándoles de la gente.

—Un momento —dijo ella, repentinamente asustada—. ¿Adonde vamos?

Él se volvió a mirarla y sonrió, apretándole la mano con más fuerza.

—No se preocupe, es un lugar especial que conozco. Ya verá como le encanta.

Siguieron avanzando, atravesando los senderos y bajando luego por una cuesta en dirección a una zona boscosa. Muy pronto la multitud quedó lejos de ellos.

—Pero ¿no es peligroso? —dijo Carol en un susurro casi inaudible.

Los árboles eran ahora tan frondosos que le resultaba imposible ver las luces de los edificios que bordeaban el parque.

—Conmigo está a salvo —dijo él—. De verdad, confíe en mí.

Carol no dejó por ello de sentirse nerviosa; había oído demasiadas historias aterradoras sobre el parque e incluso antes, cuando iban al concierto, no le había hecho demasiada gracia el cruzarlo. Recordó la historia de Sarr Porothe sobre cómo había vagado por el parque ese día de invierno. No le había sucedido nada, pero entonces era de día y él no era viejo y débil como Rosie, por muy fuerte que le estuviera apretando la mano ahora. Le parecía que estaban andando a ciegas; había perdido todo sentido de la orientación y confiaba completamente en que él supiera hacia dónde se dirigían.

—No sé, no sé —dijo ella, intentando dominar su nerviosismo con una broma—, espero que sepa karate o algo así.

Le oyó reír levemente mientras seguía llevándola cogida de la mano.

—No me hace falta saber karate. Tengo a Dios de mi parte.

Unos cuantos pasos más y Rosie se detuvo a la entrada de un pequeño túnel que pasaba bajo un puente y de cuya boca salía un olor fétido.

—Bien, ¿recuerda esa cancioncilla que aprendimos? ¿La de la Vieja Lengua?

—¿Esa que cantamos juntos en las montañas rusas?

—Justo, ésa. En ese momento le dio valor, Carol, y ahora va a hacer lo mismo.

—Pero si me he olvidado de toda la letra...

—Yo no. Venga, volveremos a repasarla.

Avanzaron hacia las tinieblas del túnel con el eco de sus pasos resonando sobre las piedras y Rosie empezó a musitar las palabras y ella las fue repitiendo y después de ella las repetían los ecos del túnel. Y Rosie estaba en lo cierto: sucedía como la otra vez, el miedo la abandonaba como si fuera un mal sueño que al despertar nunca más iba a ser capaz de recordar. Salieron del túnel y luego abandonaron el sendero, avanzando por una frondosa arboleda: el terreno era abrupto y Carol estuvo a punto de caerse. Ante ellos se alzaba un arco de ramaje..., y de pronto Carol se encontró en un claro cubierto de hierba suave, un círculo casi perfecto totalmente rodeado de árboles, tan cerca unos de otros que sus ramas parecían entrelazarse entre sí. Supo que nunca había estado aquí antes, que ni siquiera había estado en las cercanías de ese sitio pero, pese a todo, le resultaba familiar («Es como un círculo de hadas», pensó) y también supo de pronto que allí, al menos, estaba a salvo.

Rosie le soltó la mano y empezó a rebuscar en la cesta.

—Ah, ya la tengo. Sabía que había cogido este viejo trasto.

En su mano había una flauta de madera blanca, gruesa y más bien corta.

—¡Oh, no sabía que tocara la flauta, Rosie!

Él la miró con una gran sonrisa.

—Digamos que he logrado aprender a tocar una o dos cancioncillas. —Se llevó el instrumento a los labios y de pronto se detuvo—. Un momento —dijo—. Antes de que empiece a quemarme los labios, ¿qué tal una prueba? —Le alargó la flauta—. Tranquila, está limpia.

—Pero yo no sé cómo...

—Oh, bueno —dijo él, la mano aún extendida—, sólo un intento.

Ella retrocedió (prácticamente le estaba metiendo el instrumento en la nariz), pero no quería herir sus sentimientos y parecía tan deseoso de que lo intentara que, finalmente, cogió la flauta y se la llevó a los labios. Poniendo los dedos sobre los agujeros logró hacer sonar algunas notas. El sonido era estridente y desagradable, pero el que lo hubiera intentado pareció complacerle.

—Muy bien —dijo cogiendo de nuevo la flauta—. ¡Ya veo que aquí hay talento auténtico! —Se rió.

—Muy gracioso —dijo ella, sintiéndose extrañamente humillada—. Su turno...

—Con sumo placer —dijo él haciéndole una reverencia—. Pero con una sola condición..., que baile para mí.

—¿Aquí? —Ella clavó los ojos en su rostro, intentando ver si bromeaba, pero la oscuridad le impedía ver su expresión—. ¿Qué tipo de baile?

El ladeó la cabeza.

—¡El que hemos estado practicando, por supuesto!

—Aún estoy un poco cansada por la clase de ayer noche —dijo Carol—. Y no estoy muy segura de que éste sea el lugar adecuado para...

—Vamos, Carol —dijo Rosie sonriendo—, este lugar es absolutamente perfecto. Siempre ha querido ser una bailarina. ¡Ahora es su oportunidad!

Quizá lo más cómodo fuera seguirle la corriente. Por otro lado, estaba tan oscuro que nadie iba a poder verla.

—Oh, está bien, ¿por qué no? Fingiré que soy una..., ¿cómo se llama? Una dríada.

Avanzó hasta el centro del círculo y aguardó en silencio intentando recordar los pasos de la noche anterior. Sabía que sólo eran nueve y que se repetían una y otra vez formando una compleja secuencia: primero hacia adelante, luego hacia atrás, una vuelta... Rosie se llevó la flauta a los labios y empezó a tocar una sucesión de notas bajas y cadenciosas que no formaban exactamente una melodía pero que parecían pertenecerse la una a la otra, fluyendo en una corriente ininterrumpida igual que la música de los encantadores de serpientes. Carol se concentró en el ritmo y empezó a bailar, primero lentamente, siguiendo el ritmo de la música, pero luego cada vez más rápido a medida que éste se aceleraba. Había empezado teniendo la impresión de que hacía el ridículo e incluso después de haber practicado tanto esa danza le resultaba difícil recordar los pasos, pero a medida que la música se iba apoderando de ella y se dejaba poseer empezó a dejar de pensar en los pasos y éstos se convirtieron en una segunda naturaleza para ella. Quizá era el vino porque lo único necesario era dejar que sus pies, sus manos y su cabeza se movieran tal y como deseaban, sintiéndose maravillosamente libre y sin una pizca de miedo.

La canción terminó. Se encontró de pie en el centro del círculo respirando hondamente pero, como la noche anterior, deseosa de seguir bailando. Tuvo que obligarse a respirar lenta y calmadamente: la cabeza le daba vueltas.

—¡Eso fue maravilloso! —dijo Rosie acercándosele—. Fue como ver a la música cobrar vida.

—Oh, vamos, si fue espantoso... —Meneó la cabeza, pero los elogios la complacían—. Me sorprende que pudiera verme. Aquí está prácticamente a oscuras.

—Podía ver ese aro dando vueltas en la oscuridad. —Rosie sonrió.

—¡Oh, mi pequeño halo de plástico! —Sintió el roce del collar sobre su garganta sudorosa y lo tocó—. Debo acordarme de bailar con él puesto alguna vez.

—Bueno, de hecho aún tenemos tiempo —dijo él mirando su reloj—. No es muy tarde y hay algo que me gustaría mucho intentar. Algo especial.

—¿Un baile distinto?

—No, una canción distinta.

—Bueno —dijo ella encogiéndose de hombros—. Claro que sí, será divertido probar con una nueva canción.

—En realidad no es nueva. De hecho, es muy, muy vieja, pero creo que le gustará bailarla. —No le dio tiempo para replicar. Extendió la manta en el suelo y tomó asiento sobre ella cruzando las piernas—. ¿Lista?

La nueva canción era aún más hermosa que la primera: le pareció más exótica aunque tenía la sensación de que algunas partes las había oído antes, sin que lograra acordarse de dónde. No importaba, estaba demasiado ocupada concentrándose en los pasos. «Hacia atrás, un giro, levantar el brazo, girar más rápido...» Esta vez el ritmo era distinto, y le costó un poco acostumbrarse a él, pero luego se dio cuenta de que, en realidad, era mucho más adecuado para el baile que la primera canción. «Levantar el

brazo, girar más rápido, los signos especiales que deben hacer las manos a la siguiente vuelta... Y luego el paso, el giro, el giro...» Y repentinamente se encontró inmersa en la música y la música estaba también dentro de ella y las estrellas giraban sobre su cabeza. Era una sensación maravillosa; jamás había imaginado que el bailar pudiera ser algo así... Y de repente, los pasos eran muy fáciles; acudían a ella de modo tan natural que ni tan siquiera le hacía falta pensarlos y podía dedicarse a mirar los árboles que la rodeaban como centinelas con los brazos entrelazados, sus formas negras y verdes bajo la luz de las estrellas.

«El giro, el giro...»

Y la noche parecía empezar a hervir y la hierba era tan suave y la melodía era tan indescriptiblemente bella que Carol se dejó mover tal y como la música quería que lo hiciera, dando un paso cuando ella se lo pedía y girando cuando así se lo decía y su cuerpo empezó a despedir calor mientras daba vueltas y vueltas con su sedoso vestido verde y su cabello color de fuego formando el centro de una enorme flor verde; su cabeza giraba y sus manos trazaban los signos...

«Los signos especiales que deben hacer las manos a la siguiente vuelta, el paso, el giro, el giro...»

Y ahora sentía mucho calor y los pies parecían arderle. Se detuvo un instante para quitarse los zapatos y de una patada los arrojó bajo un árbol y luego volvió girando hacia el círculo, ahora descalza, sintiendo como la música la alzaba de nuevo, haciéndola girar una y otra vez hasta que el vestido verde rodaba como un halo alrededor de sus piernas y su collar de plástico daba vueltas en la oscuridad y su cuerpo ardía, ardía... Y supo lo que debía hacer y mientras Rosie tocaba sin verla se ocultó girando detrás de un árbol y se quitó la ropa interior dejándola sobre una pequeña zona blanca que había entre la hierba y luego, siempre girando, volvió al círculo, Rosie nunca lo sabría, y ella giró y bailó para él y sentía la música alzándola como antes, la hierba cálida y viva bajo sus pies, el vestido arremolinándose ahora alrededor de su cintura, sus piernas y su cuerpo desnudo delineándose contra la noche y el frío contacto del aire sobre su piel mientras giraba y giraba.

«El giro, el giro...»

Los árboles bailaban a su alrededor y su cuerpo ardía y supo que tendría que danzar aún más de prisa para no arder y de un modo muy oscuro y confuso supo, mientras su danza se hacía aún más rápida, que con ella formaba un dibujo dentro del círculo de los árboles, una imagen tan enorme y monstruosa que nadie, ni en un millón de años, podría llegar a imaginar ni de lejos en qué consistía... Y las estrellas eran una parte de la danza ahora, pues giraban con ella mientras se movía dentro del círculo y oscuras criaturas verdosas se removían en la hierba alzándose de la tierra y revoloteando a su alrededor, diminutas mariposas verdes con alas como hojas o quizá fueran hojas moviéndose como mariposas, criaturas surgidas de una baraja mágica. Y hasta los árboles se movían al compás de la canción y en los árboles había cosas, y rostros en las hojas, en las ramas y en el aire, y ella danzaba y danzaba hasta sentir que le ardía el cuerpo con un fuego tal que creyó iba a consumirla y en ese momento supo que ella era la muchacha que bailó hasta morir y su cuerpo ardía y el fuego la rodeaba por doquier y en ese instante la canción

terminó y Carol se derrumbó como un fardo en el centro del círculo.

Luego apenas logró recordar cómo había vuelto a su casa. Veía confusamente a Rosie metiéndose con ella en un taxi y acompañándola en el ascensor, ella aún descalza, sintiendo el suelo que se le clavaba en los pies y le hacía daño, y estaba sucio y frío... Y también recordaba a Rosie dándole un firme apretón de manos ante su puerta y diciéndole adiós, como si él fuera un joven y educado caballero despidiéndose de la muchacha con la que acababa de salir. Y despertó para encontrarse con que era domingo por la mañana: llevaba aún el vestido verde, pero la tela estaba ahora húmeda y pegajosa, arrugada por haber dormido con ella puesta, y tenía el pelo grasiento y enredado y había un ridículo aro de plástico alrededor de su cuello.

Notaba el cuerpo envarado y le dolía todo, pero lo peor eran los pies. Estaban llenos de cortes y ampollas, como si en vez de bailar la noche pasada sobre la hierba del parque hubiera estado cruzando un desierto. Fue entonces cuando se dio cuenta de que se había olvidado los zapatos. Los había dejado, junto con las medias, bajo alguno de aquellos árboles, donde probablemente debían de seguir.

Bien, no había remedio. Tendría que ir a buscarlos ya que después de todo eran los zapatos de Rochelle, no los suyos. Probablemente le habrían costado cuarenta o cincuenta dólares y no le gustaría nada volver y encontrarse con que habían desaparecido.

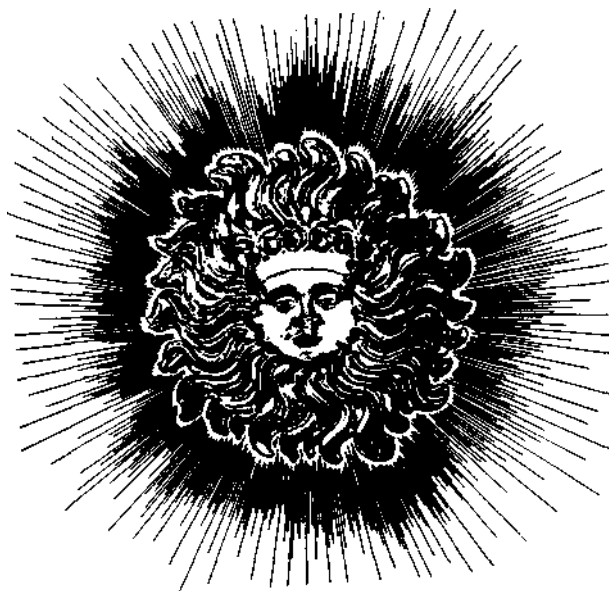
El parque estaba lleno de gente haciendo *jogging* y la atmósfera retumbaba con los perros, los transistores y las voces discutiendo en idiomas que no conocía. Negros con cintas en la cabeza y pendientes en las orejas aporreaban bongos junto a la fuente donde la noche pasada había resonado la música de Stravinsky. Vio basura por todas partes: no recordaba que hubiera estado allí la noche anterior, pero quizá entonces estaba demasiado oscuro para darse cuenta. Le costó casi una hora encontrar el claro donde había bailado y para entonces le dolían tanto las piernas que deseaba no haber venido.

El claro, visto a la luz diurna, fue un espantoso desengaño. Lo recordaba como algo salido de un sueño, un sueño muy vivido y consistente de hojas verdes, aire frío y música bajo las estrellas, pero el lugar parecía completamente distinto de día. Los árboles estaban como quemados y la corteza que daba a la parte interior del anillo estaba ennegrecida y la hierba sobre la que había bailado estaba muerta, reseca y calcinada en varios lugares. Hasta el mismo aire que había tenido un olor tan dulce la noche pasada apestaba ahora a quemado. «Qué vergüenza», se dijo contemplando el lugar, «no hay sitio para la naturaleza en esta ciudad. Examinó el tronco del árbol más próximo y vio que la corteza estaba totalmente muerta, como herida o quemada, igual que las hojas de la parte inferior. «Todos estos árboles van a morir», comprendió de pronto. «Esos horribles portorriqueños, encendiendo fuegos por todas partes...»

Recorrió varias veces el anillo de árboles y rebuscó entre la tierra quemada, pero no encontró las medias ni los zapatos.

Libro séptimo

El altar



22. OBJETO DEL JUEGO.

... En cada una de las rondas el jugador que actúe como Dhol debe intentar conseguir los puntos del poder según el modo prescrito. Cuando se hayan conseguido los puntos suficientes los jugadores pueden pasar a la ronda siguiente.

El juego continúa hasta la Última Ronda cuando, por supuesto, el objeto cambia y la regla ya no debe ser aplicada.

Instrucciones para el Dynnod



Diecisiete de julio

He pasado mala noche. Me costó dormirme, aunque estaba bastante cansado, porque mi condenada nariz estaba muy obstruida y, apenas había logrado dormirme, me despertó un ruido. Sonaba como si algo se moviera en el bosque junto al cuarto, algo no tan grande como un hombre pero, a juzgar por los ruidos que hacía, algo que tenía dos piernas... Andaba removiendo las hojas muertas, dándoles patadas como si no le importara demasiado que le oyeran. Oí cómo se quebraban las ramas, luego un silencio y luego un golpe, como si estuvieran saltando por encima de algún tronco caído. Me quedé muy quieto en la oscuridad escuchando y luego fui cautelosamente hasta la ventana a mirar. Vi algunos arbustos que se movían, pero quizá fuera tan sólo el viento.

Los ruidos fueron alejándose. Pude oír muy débilmente algo parecido a unos pies

andando sobre el fango. Fuera lo que fuese debió de alejarse hacia la parte más frondosa del bosque, allí donde el terreno se vuelve húmedo y pantanoso. Me quedé junto a la ventana casi una hora y finalmente volvió a reinar el silencio con excepción de las ranas de siempre. No tenía la menor intención de salir afuera con mi linterna para buscar al intruso: para mí eso queda reservado a las películas baratas de terror y me considero demasiado inteligente para tales tonterías, aunque estuve preguntándome si debía llamar a Sarr. De todos modos el ruido ya había cesado y fuera cual fuese su causa obviamente ya no estaba ahí. Además, tengo la impresión de que Sarr no se habría puesto de muy buen humor si les hubiera despertado a él y a Deborah a causa de algún perro vagabundo que se había metido en la granja.

Fui a las ventanas del otro lado y estuve escuchando un rato. Ni un ruido, un silencio completo. Estaba extremadamente oscuro y apenas si pude distinguir las siluetas de la garita y el granero, pero sí pude oír a los espantapájaros del campo y el tintineo del metal cada vez que soplaba un poco de brisa. Me quedé un buen rato en la ventana; probablemente me puse la nariz como un pimiento de tanto pegarla a la rejilla. Luego volví a la cama pero no lograba quedarme dormido y justo cuando empezaba a entrarme sueño volvieron a empezar los ruidos, esta vez mucho más lejos: una especie de leve y monótono ulular que podría haber sido una lechuza, aunque, si he de confesarlo, no me pareció que su causa fuera una lechuza o cualquier otro tipo de animal, y entonces, como en respuesta, oí otro sonido..., unos gemidos y chillidos bastante agudos que procedían de lo más hondo del bosque. No puedo decir si eran humanos o animales: estoy seguro de que no se trataba de ningún lenguaje articulado, pero de todos modos me dio la impresión de ser una especie de cántico. De una forma irracional y absolutamente carente de ritmo o melodía, ese sonido me parecía dotado de los mismos tonos solemnes que la plegaria nocturna de los Porothe.

El ruido duró sólo uno o dos minutos, pero me quedé despierto hasta que el cielo empezó a iluminarse. Probablemente tendría que haber leído un poco pero no tenía demasiadas ganas de encender la luz.

Serían ya las doce cuando me levanté. Cogí mi toalla y fui a la granja para darme un baño. No vi a Sarr ni a Deborah por ningún lado, así que esperaba encontrarles en la cocina desayunando, pero la casa estaba vacía a excepción de algunos gatos en el porche trasero: la granja parecía muy solitaria. Sólo entonces me di cuenta de que era domingo y los Porothe deberían andar por ahí, en la adoración. Había estado totalmente seguro de que era sábado...

Es curioso como se puede llegar a perder la noción del tiempo aquí. Supongo que en cierto aspecto es algo saludable el alejarse de las presiones que uno tiene que aguantar en la ciudad, pero también desorienta un poco. En ciertos momentos tengo la impresión de andar a la deriva: me he acostumbrado demasiado a vivir pendiente del calendario y el reloj. Estuve metido en la bañera hasta que oí a los Porothe en el sendero; habían estado en alguna granja cerca de los Geisel y traían un buen apetito. Yo también, aunque no había hecho nada en toda la mañana salvo dormir. Mientras comíamos (huevos con gruesas tajadas de bacon, tortitas caseras y pastel de moras) hablamos de los animales que había por esta zona y yo mencioné el ruido de la noche pasada. Sarr sugirió que los ruidos de la

maleza no tenían que estar necesariamente relacionados con los gemidos posteriores. Puede que el primero lo causara un perro, me dijo; hay docenas por los alrededores y les encanta vagabundear durante la noche. En cuanto a los gemidos..., bueno, ya no estaba tan seguro. Pensaba que pudo ser un buho o, según creía más probable, un chotacabras. Aparentemente los chotacabras son capaces de emitir ruidos de lo más raro y también tienen tendencia a hacerlo por la noche. (Lovecraft hizo que en uno de sus cuentos aparecieran junto a la ventana de un moribundo cantando con una malévola alegría mientras aguardaban para llevarse su alma.)

De todos modos, me pregunto si los gemidos no podían haber sido causados por algún perro que anduviera husmeando junto a mi ventana. He oído algunas grabaciones de cómo aullan los lobos; también he oído perros ladrándole a la luna y en los dos casos había el mismo elemento de adoración que en los ruidos de la noche anterior. No saqué el tema de los Porothe entrando en mi cuarto cuando yo no estaba, con todo el lío del libro fuera de sitio, etcétera. La verdad es que, sencillamente, no sabía cómo empezar. Deborah no me intimida pero nunca se sabe cuándo Sarr va a ofenderse por algo.

Después de comer se levantó para ir a trabajar mientras que yo, como de costumbre, me quedaba un rato en la cocina con Deborah. Un minuto después le oímos llamarnos desde fuera para que fuéramos a toda prisa a ver «la señal de los cielos». Al mirar por la ventana le vimos señalando hacia el cielo. Salimos a toda prisa, miramos hacia arriba y entre las nubes distinguimos una delgada línea verde que me recordó una brizna de hierba avanzando por el cielo. Nos quedamos observándola mientras sobrevolaba lentamente la granja. Era difícil juzgar su longitud, dado que en un momento pareció extenderse de uno a otro confín del horizonte.

—¿Qué es eso? —preguntó Deborah.

—Una señal de Dios —dijo Sarr. Y luego, respondiendo a su eterna manía de no olvidar del todo su educación, añadió—: Y también una migración.

Tenía razón, al menos en lo segundo, porque en ese mismo instante el viento llevó hacia nosotros una pequeña parte de la línea y pudimos ver que eran diminutas mariposas de color verde que parecían hojas. Por encima de nuestras cabezas, la línea siguió avanzando hasta perderse a lo lejos, al oeste, hasta que ya no pudimos distinguirla. Sarr estaba emocionadísimo («el Señor nos ha concedido una visión, una promesa de buenas cosechas», etc., etc.) pero a mí el espectáculo me resultó extrañamente inquietante. Cuando volví a mi cuarto le eché una mirada a mi *Guía de insectos* y aparentemente algunas mariposas (la mariposa monarca, por citar una) sí efectúan migraciones; aunque en el libro no encontré nada sobre esas miniaturas verdosas, ni tan siquiera su nombre.

Deborah terminó de guardar los platos y limpió la mesa. Cogió el viejo cántaro de peltre para la leche y lo llevó hasta la sala, donde encendió la pequeña lámpara de aceite que colgaba de un gancho junto a la escalera. Con el cántaro en una mano y la lámpara en la otra empezó a bajar los estrechos peldaños.

El sótano era la parte más antigua y primitiva de la casa: el suelo consistía meramente en tierra apisonada y las paredes eran de piedra. A lo largo de ellas corrían toscos estantes de madera. El techo era bastante bajo, como el de una caverna (de hecho,

era demasiado bajo para Sarr, que debía agacharse siempre) y el aire, que olía a vinagre y hierbas aromáticas, era perceptiblemente más fresco que en cualquier otro lugar de la casa. Levantando el cántaro, Deborah vertió la leche que contenía en un gran recipiente metálico situado al pie de la escalera y luego volvió a taparlo. En una estantería de la pared más próxima (sobre una hilera de tarros para conservas que tenía la esperanza de llenar cuando terminara el verano) había un cartón de huevos. Aquí abajo, en la fría oscuridad del sótano, los huevos puestos por las gallinas se conservaban más frescos durante semanas y ella iba añadiendo cada día los que habían puesto y cogía los más antiguos para las comidas. Se dio cuenta de que ya sólo quedaban tres huevos en el cartón; el resto los había usado para el desayuno, aunque si las gallinas seguían portándose tan bien como hasta ahora sabía que para la noche podía contar con otros cuatro huevos.

Una vez arriba cogió el cestillo del porche, ocupado ahora por los gatos con sus juegos, y se dirigió hacia el granero, con «Zillah» y «Cookie» trotando detrás de ella. Sarr, con las mangas subidas, se inclinaba sobre un abundante grupo de matorrales en el lindero del campo, manejando enérgicamente la hoz. Freirs había vuelto a su cuarto y estaba sentado ante el escritorio: podía verle un poco a través de la rejilla de las ventanas. Pensó que era una vergüenza cómo alguien tan inteligente como él era capaz de pasar tanto tiempo con la nariz metida en libros de fantasmas y, en cambio, no mostrar el menor interés por la religión. En todas las semanas que llevaba allí no les había preguntado ni una sola vez por los servicios del domingo. Bueno, la próxima semana podría verlos él mismo porque iban a celebrarse aquí, justo al lado de su puerta.

La adoración de esta mañana había sido excelente. Ciertamente, la habían celebrado bajo un sol francamente cálido ya que los árboles de Ham Stoudemire andaban últimamente tan infestados de orugas que el ponerse a su sombra significaba correr el riesgo de que alguna te cayera en el cuello. (Debía asegurarse de que Sarr comprobara todos los árboles de la granja esta semana, igual que los aleros del granero.) Algunos de los Hermanos habían estado haciendo comentarios bastante raros sobre «el forastero» que tenían en la granja... ¡Vaya tonterías! (Probablemente era un acierto que ni Sarr ni ella les hubieran dicho que era judío.) También se había dicho la plegaria fúnebre de la vieja Hannah Kraft y eso siempre era algo triste; la pobre Minna Buckhalter tenía un aspecto tan trastornado... Pero Deborah se había alegrado de ver a Lotte Sturdevant con el rostro tan rojo e hinchado; no, ella no tendría ese aspecto cuando llevara un niño dentro. (¿Y por qué habría insistido tanto en venir esa dichosa mujer? Quizá ese horrible Joram la había obligado.) Los cánticos le habían gustado mucho también; el calor que hacía esa mañana había parecido inflamar el espíritu de todos los presentes.

*Salvados por la sangre del Crucificado,
redimidos del pecado y una nueva labor iniciada...*

Balanceando el cestillo al compás del himno dio la vuelta al edificio del granero y entró en él. Los rayos del sol rebotaban sobre el abollado capó del camión aparcado junto a la puerta. Dos moscardones gordísimos con las cabezas semejantes a joyas zumbaban bajo el sol, y a lo largo de una pared una hilera de viejos aperos de labranza se oxidaba

silenciosamente sobre la paja, con todas sus ruedas dentadas y melladas fauces metálicas dándoles el aspecto de instrumentos medievales de tortura.

*Cantad alabanzas al Padre y alabad al Hijo,
salvados por la sangre del Crucificado.*

Hoy las gallinas andaban muy silenciosas. Normalmente cuando entraba las veía mirándola con impaciencia desde su recinto rodeado de alambres, graznando para exigir su comida, pero hoy sólo una cabeza asomaba por entre el alambre. Detrás de ella distinguí la figura del gallo andando nervioso de un lado a otro. Subió por la pesada escalera de madera hasta la plataforma sobre la que descansaba el gallinero y alargó la mano para quitar el pestillo lateral.

El pestillo ya había sido quitado. Deborah se quedó inmóvil, como helada, sintiendo a su alrededor el enloquecido zumbido de los moscardones. Subió un peldaño más y vio las razones de que el gallinero estuviera tan silencioso: los cuerpos rechonchos de tres gallinas, cubiertos con plumas y con sus patas amarillas torcidas en ángulos extraños, yacían en un confuso montón al fondo del gallinero... y a las tres les faltaba la cabeza.

Deborah sostiene que fue «Bwada». Nos ha hecho notar que la gata ya había demostrado su habilidad para hacer girar el pomo de una puerta y el mero hecho de que se haya esfumado no prueba que esté muerta. «Recordad que estaba acostumbrada a comer lo que cazaba en el bosque», ha dicho... Ahí es donde sus argumentos empiezan a caer por su propio peso, dado que las gallinas no habían sido devoradas. Desde luego que habrían sido un succulento festín para «Bwada» pero, pese a ello, sus cuerpos estaban prácticamente intactos. Sólo faltaban las cabezas.

Sarr dice que ha oído hablar de comadreas haciendo cosas semejantes y nos narró una docena de historias que apoyan su tesis. Mientras que hace sólo unos días estaba dispuesto a creer que esa gata tenía metido dentro a Satanás, ahora se niega de plano a creer que su amada «Bwada» pueda haber hecho algo así. «Puede que se peleara con los otros gatos, pero eso era por celos —dijo—. Jamás se rebajaría a una cosa así.»

La verdad es que en estos momentos estoy dispuesto a imaginarme lo que sea. Ya que esta tarde acabo de leer algo de Frederick «Lobo Blanco» Marryat, no me atrevo ni tan siquiera a excluir la posibilidad de un lobo, ya sean hombres-lobo o lobos sin trampa. Mi *Guía de campo de mamíferos de Norteamérica* habla tanto de zorros rojos y grises como de coyotes aquí mismo, en New Jersey. El libro dice que no quedan lobos pero, naturalmente, es posible que se equivoque. ¿Qué iba a hacer un animal, ya sea «Bwada», un lobo o una comadreja, con la cabeza de esas gallinas? ¿Decapitarlas fue entonces un acto de pura maldad? No me parece natural, la verdad...

Como si estuviera dispuesta a convencerme de lo desagradable que puede llegar a ser, la Madre Naturaleza aún me tenía reservado otro susto. Cuando volví a mi habitación por la noche, después de haber estado largo rato hablando con Sarr y Deborah, al extender la mano en la oscuridad para coger el pomo de la puerta... aplasté tres enormes orugas verdes que me dejaron los dedos cubiertos de un líquido decididamente apestoso.

—Bien, ¿qué tengo en la mano? —dijo Rosie, sonriendo y ocultando algo a su espalda. Al otro extremo del cuarto el aire acondicionado libraba un estrepitoso combate con la noche veraniega.

—¿Es para mí? —La sonrisa de Rosie se hizo aún más ancha.

—¿Puedo preguntar si he venido alguna vez aquí con las manos vacías?

—¿Algo de ropa? —Rosie sacudió la cabeza.

—¡Ah, ah, nada de ropas, jovencita, se acabó! Más vale que sea usted misma quien las escoja.

—¿Algo para leer?

—En cierto modo, pero nada de malas interpretaciones: no es un libro. —Hizo una pausa—. ¿Nos rendimos? Bueno, pues es... algo para jugar.

Le enseñó algo envuelto en papel marrón. Carol lo cogió y al quitarlo vio que contenía una pequeña caja de cartón y reconoció el dibujo verde y oro de la tapa. Las letras decían *Dynnod*, envueltas en guirnaldas de rosas y hojas de acanto.

—Oh, claro. Son las mismas cartas que le llevé a Jeremy. Vaya, Rosie, muchas gracias. ¡Son preciosas! —Aunque a decir verdad, Carol se había llevado una decepción: había estado esperando que le trajera alguna joya. Además, le pareció recordar que había algo no muy agradable respecto a esas cartas—. Nunca me explicó cómo funcionaban —dijo sacando las cartas del estuche y buscando una vez más en vano cualquier tipo de instrucciones—. Son para predecir el destino, ¿verdad?

—Sólo que eso se hace mediante una especie de juego —dijo Rosie, asintiendo—, y el ganador o ganadora consigue sus deseos. Bueno, vamos a sentarnos para ver cómo se juega.

Las reglas eran bastante confusas. Sólo había veintidós cartas, pero el ganador del juego tenía que memorizarlas todas dado que el objeto era adivinar qué cartas tenía en la mano su oponente. Carol se encontró mirando una y otra vez al hombre y a la mujer que sonreían en la carta marcada como *Los Amantes* y aunque trató de concentrarse todo lo que pudo, sus pensamientos volvían constantemente a Jeremy.

—Carol, no me está prestando atención —repitió Rosie por tercera vez—. Hay que estudiar todas las cartas. Veamos, este árbol es el *da'fae* porque verde es *daeh* y al fuego le llamamos *tein'eth* porque *teine* quiere decir rojo...

—Lo estoy intentando —dijo ella, empezándose a cansar ya del juego.

La verdad es que no le encontraba la gracia. Era muy difícil puntuar dado que cada carta tenía un valor distinto que debía ser igualmente memorizado, y de momento no lograba ver cuándo podía decirse que el juego había terminado y quién había sido el ganador.

—Las cartas —le repetía Rosie—. Hay que mirar las cartas... —Una hora después Rosie, de pronto, dejó sus cartas sobre la mesa y proclamó solemnemente que, al parecer, Carol le había vencido. En lo tocante al destino que las cartas le pronosticaban, le pareció por una parte demasiado vago (profecías sobre amistades, montones de trabajo y una segunda visita al campo), y por otra demasiado ridículas—. Hay una prueba en su futuro —dijo él, estudiando la carta marcada como *El Montículo*.

—¿Una prueba de qué tipo?

—Rosie golpeó suavemente la carta con el dedo y sonrió.

—Una prueba de voluntad, Carol. ¿Es usted capaz de mover montañas?

No, decidió Carol, sencillamente no le veía la gracia a aquel juego. No tenía ningún deseo de volver a jugar al Dynnod.

La habitación olía a sudor y a rosas. Tendida sobre el lecho con la mano sobre los ojos y sin hacer el menor caso de los ruidos nocturnos que podía oír por la ventana, la señora Poroth respiró hondamente y dejó vagar su mente, rozando delicadamente la superficie del sueño, como si éste fuera un estanque en el que no iba a dejarse hundir. A su alrededor, esparcidas sobre las ásperas sábanas tejidas a mano, reposaban doce Imágenes, sus toscas figuras brillando bajo la luz del cuarto como pinturas trazadas sobre los muros rugosos de una caverna. El resto de las Imágenes estaba en el suelo junto a la cama, donde habían ido cayendo antes.

Gradualmente su respiración se hizo más lenta y los rasgos de su rostro se suavizaron: las duras arrugas que marcaban las comisuras de sus labios fueron alisándose a medida que los pensamientos familiares iban quedando atrás y su mente se dejaba sentir en la oscuridad, cada vez más hondo, allí donde otras presencias, indistinguibles pero reales, flotaban expectantes a su alrededor como si las hubiera hecho acudir. También aquí olía a rosas, pero en el centro de ese aroma podía oír el chasquido de unos dientes. Sintió el roce de la tierra contra su mejilla y algo húmedo, y el pelaje; pudo oír un lento y lejano latido, tan vasto y pesado como un continente, y el ruido que hacían unas hojas gigantescas al removerse y algo que tenía forma de gusano buscándola a tientas en la oscuridad como si tratara de entrar en su cráneo...

Sintió una leve duda y, sin abrir los ojos, despertó de repente sintiendo un miedo que había creído enterrado hacía mucho tiempo, el miedo de que no pertenecía a este mundo, ni tan siquiera a esta diminuta habitación de pétreas paredes que había conocido durante los largos años que llevaba siendo viuda. ¿Qué estaba haciendo aquí, después de todo? ¿Cuál era su auténtico propósito y por qué estaba tan segura de que Dios la había elegido para ser el instrumento de Su voluntad?

El pensar en Dios hizo que su rostro volviera a endurecerse y reafirmó su decisión. El miedo era un arma del diablo. Sabía muy bien que había algo que ella debía destruir, y pronto. Era sólo cuestión de averiguar dónde se ocultaba, cosa que no sería muy difícil, y evitar un posible ataque por su parte. Todo lo que necesitaba era ser fuerte.

Sintió de nuevo el asalto de las dudas, la sensación de que todo aquello era fútil y vacío. «Es un error», pensó, «es una estupidez. Ya no soy joven; no tendría que verme obligada a llevar una carga tan pesada.» Pero incluso mientras pensaba eso rechazó tales ideas. Sabía que nadie podía ayudarla y que nadie era tan capaz como ella para hacer lo que debía hacerse.

Ya más calmada, sintió que algo la llamaba, atrayendo su atención como si fuera la aguja de un compás hacia lo que había junto al lecho. Abrió los ojos y examinó la habitación, sentándose en el lecho. En el suelo, justo allí donde se posó su mirada, vio lo que la contemplaba desde la Imagen..., las líneas toscas y retorcidas de un árbol, un mero

garabato de lápiz verde con algo que sugería unos ojos escondidos entre las ramas de la parte superior. Durante unos instantes le devolvió la mirada y, de pronto, miró su propia mano derecha: las yemas de los dedos estaban ligeramente apoyadas sobre otra Imagen, una que reconoció confusamente de su trance anterior. Era una forma oscura y abultada que parecía hincharse en el centro del papel como un montículo de tierra.



Dieciocho de julio

Por la mañana, pese al calor que hace, desconecta el aire acondicionado que está junto a su cama y abre la ventana que da al río. Una brisa cálida le baña el rostro trayéndole el olor de las rosas. A estas horas la atmósfera está despejada; puede ver figuras moviéndose en los apartamentos de cristal y ladrillos en la costa opuesta y, más hacia el oeste, la ondulante línea verde de las colinas. Es ahí, entre las colinas de Jersey, donde en estos mismos instantes crece la criatura. Durante toda la semana anterior ha estado celebrando sus propias Ceremonias especiales, tanto los ritos requeridos como, en ciertos momentos, los sacrificios necesarios. Gradualmente, a medida que la semana se precipitaba hacia su final, ha ido aguzando sus habilidades y reuniendo su irresistible fuerza.

Su momento se aproxima, al igual que el de él. Hay ciertos preparativos especiales que debe hacer. La concentración es vital; la oscuridad y el calor no le molestarán, pero la habitación debe estar en silencio. Cierra la ventana, baja las persianas y vuelve a tenderse desnudo en el lecho, entonando el Sexto Nombre y preparándose para lo que debe hacer.

Esta noche, cuando sea el momento de actuar, estará preparado.

Gracias sin duda a mi reciente decisión (no más raciones dobles en las comidas) me he despertado famélico esta mañana después de un sueño de lo más loco durante el cual me comía todo lo que veía, cosas y personas: Carol, los Porothe, los gatos, el campo de trigo, continentes enteros... Tal y como yo lo recuerdo, el sueño terminaba cuando empezaba a comerme mi propio pie. Jeremy Freirs, el Uroboros humano.

Carol... ¡Dios!, ha pasado casi una semana desde la última vez que le escribí. Mejor que lo haga antes de que deje de interesarse por mí, a ver si consigo terminar la carta a tiempo para echarla mañana al correo.

Esta mañana he repetido la ración de pan, diciéndome que era para compensar la falta de huevos. No veremos demasiadas tortillas por aquí .hasta que Sarr y Deborah no compren un nuevo par de gallinas: la pobre superviviente tiene tal aspecto que no creo que vaya a servir de mucho durante una temporada. Después del desayuno estuve sentado en el porche delantero leyendo algunos relatos de Shirley Jackson, pero su punto de vista sobre la humanidad (todo el mundo es despiadado y maligno excepto sus remilgadas heroínas cuarentonas, con las que obviamente se identifica) me resultó tan insoportable que cuando volví a mi habitación me refresqué con un poco del viejo Aleister

Crowley. Sus *Confesiones* son demasiado largas como para leerlas enteras y obviamente no merecen la menor confianza en cuanto a verosimilitud y sinceridad, pero me gusta su constante buen humor.

Inspirado por el jovial satanismo de Crowley di otro paseo por el bosque y, por primera vez desde que estoy aquí, oí ladridos lejanos y empecé a pensar en el sabueso de los Baskerville, los perros de Tíndalos, Zaroff y toda la pandilla. ¿Tenía Lovecraft también un sabueso o un mastín por ahí? Hacía un tiempo tan apetecible pese a los mosquitos que volví otra vez al estanque junto al pantano, allí donde se desvía el arroyo. Pero el estanque estaba cubierto por una capa de algas verdosas en el centro de la cual flotaba algo muerto. Di la vuelta y volví corriendo a la granja.

Puede que estas cosas resulten normales aquí a medida que el verano va llegando a su punto máximo.

Sarr estaba trabajando junto al campo quitando maleza con una hoz pequeña y de mango muy abultado. Estuvo de acuerdo conmigo en que era pequeña, pero dijo que tenía el filo como una navaja y me la ofreció para que probase. Había tenido tan malas experiencias con otras herramientas que no sentía demasiado entusiasmo ante la idea de probar ésta, pero me dije que, después de todo, probablemente iba a ser la única vez en mi vida que se me ofrecería la oportunidad de jugar con uno de estos trastos y que, bien pensado, lo mejor sería sacarle el máximo provecho. Acepté la hoz y estuve unos momentos sopesándola... Resulta difícil creer que a los rusos se les ocurriera meter este trasto en su bandera; es como meter un gancho para la carne o un punzón de hielo en el escudo nobiliario. Luego hice unos intentos y, para gran sorpresa mía, la hoz cortó limpiamente las ramas y tallos, pese a lo gruesos que eran. Es mucho más pequeña que la guadaña y se maneja mucho mejor; sólo hace falta una mano y, a diferencia del hacha, es fácil de sostener.

Jeremy estuvo contento y dijo que, al parecer, finalmente habíamos encontrado mi talento oculto.

Era difícil mantener el paso de los perros, ya que debía estar siempre vigilando a los dos machos, que se distraían fácilmente: la hembra, que aún no había pasado el primer celo, era algo más tratable. Nunca habían sido entrenados adecuadamente y estaban acostumbrados a vagabundear siguiendo su capricho. Tenían buen temperamento y se mostraban amistosos, pero eran tan inconstantes como animales salvajes. La señora Poroth sentía como el día iba llegando a su fin: las sombras iban inundando el suelo del bosque y la oscuridad se arrastraba, lenta pero segura, sobre el tronco de los árboles. Sabía que aún le quedaba bastante trecho por recorrer.

Se había levantado muy pronto, como tenía por costumbre: a las cinco ya estaba cuidando de las abejas y haciendo su ronda habitual del huerto. Sin embargo, los Fenchel, a cuya granja había llegado unas horas después para recoger a los perros, estaban acostumbrados a pasarse la noche cazando lo que pudieran y bebiendo, para no hablar también de lo que lograron robar de las granjas de sus vecinos. Sólo el joven Orin se levantaba antes de las diez y dado que ella tenía que hablar con el mayor, Shem, tuvo que aguardar a que éste despertara, lo que no sucedió hasta el mediodía. Sabía que no tendría

ningún problema y que Shem Fenchel le prestaría los tres perros, ya que le debía bastantes favores (los forúnculos que había reventado en el cuello de Orin, las dolorosas astillas que una vez le sacó de la mano al propio Shem o el parto del que se había encargado cuando la Hermana Nettie Stoudemire no estaba disponible) y no iba a negarle sus sabuesos para una tarde. De hecho, ni siquiera le había preguntado para qué los quería, suponiendo que deseaba seguir algún rastro.

Shem se equivocaba. Pero cuando abandonó la destartalada colección de edificios donde vivía el clan Fenchel y torció por el sendero para meterse en el bosque, con los perros tirando ansiosos de sus correas y removiéndose inquietos en todas direcciones, tenía ciertamente el aspecto de andar siguiendo el rastro de una presa. En realidad no confiaba en los perros para que la guiaran. Sabía muy bien adonde iba y cuál era el camino más rápido para llegar allí. Los perros eran sencillamente para protegerla, unas simples armas defensivas. Ella tenía buenos ojos y sabía lo suficiente, pero ya era vieja. De no ser por los perros no podría presentar combate a los dientes y las garras del Dhol en su forma actual, especialmente si, gracias a su silenciosa agilidad de felino, lograba sorprenderla desprevenida con la fuente de su poder tan próxima.

Estaba segura de que esa fuente de poder debía estar en algún lugar del Cuello de McKinney, pero su avance era más lento de lo que había previsto, dado que los perros no paraban de tirar de sus correas, olisqueando con nerviosismo ante cada nuevo olor, asustando a los pájaros, los insectos y a diminutas criaturas que huían agitando la hierba mientras los tres perros avanzaban ruidosamente por entre la maleza. El Cuello seguía aún a kilómetros de distancia y la luz iba empezando a disminuir. Rezó para llegar allí antes del ocaso, a pesar de que su misión no podía realizarse hasta que hubiera anochecido. Esta noche habría en el cielo una delgadísima porción de luna, pero sería suficiente. Y luego rezó también, pidiendo que el lugar no estuviera protegido.

«Pero quizá lo esté», se dijo a sí misma. Después de todo, era una parte clave del plan, ya que le permitía al demonio actuar para conseguir sus fines, crecer y aprender. El destruirlo no destruiría el mal, pero le daría un poco más de tiempo.

Apretó con más fuerza las correas y dejó que los perros la llevaran hacia adelante. Estaba empezando a preguntarse si el altar que buscaba sería tan pequeño como había imaginado y tan fácil de eliminar. No sabía cuál era su aspecto exacto, pero eso no la preocupaba. En cuanto lo viera lo reconocería.

Estaba escondido en el bosque al norte del arroyo, invisible a los ojos de los hombres, junto a las ciénagas y el pantano, entre las raíces que parecían garras de un viejo algodónero fulminado por el rayo que, al caer, había dejado un claro entre los árboles..., un claro a través del que podía distinguirse claramente el cielo, las estrellas y la luna.

Bastaba alejarse un metro o dos para confundirlo con una topera: era simplemente un pequeño montículo de palos y follaje, quizá un poco demasiado regular para ser obra de la naturaleza, pero sin nada que pudiera llamar la atención. A no ser por el anillo de guijarros verticales que lo rodeaban como una hilera de menhires en miniatura, un Stonehenge construido a escala infantil, nadie podría haber sospechado que se trataba en realidad de un altar..., un altar que, pese a contar apenas con una semana de antigüedad,

ya había sido profusamente utilizado. Sólo desde muy cerca se habría podido distinguir el complejo trazado de líneas en el fango, los círculos dentro de otros círculos que, a su vez, estaban rodeados por otros círculos e incluso entonces, si se pasaban por alto los guijarros pulidos, blancos y amarillos, que sobresalían a intervalos regulares, sería fácil no ver el más interesante de todos los detalles de la estructura: las capas cuidadosamente ordenadas de cráneos diminutos que formaban una pirámide debajo del fango.

Todos los cráneos estaban vacíos, limpiados de su carne por unas patas que no habían sido creadas para una labor tan delicada..., y por unos dientes y una lengua que sí habían nacido para ello. En el fondo y en la capa central había cráneos de ratón, con sus incisivos curvos y amarillentos, sus enormes cuencas oculares y muy poco sitio para el cerebro. En la parte superior había tres nuevas adquisiciones: unos cráneos más grandes, de estructura más primitiva y dotados de pico.

Una noche tranquila. Hicimos palomitas de maíz después de la cena y estuvimos sentados en la sala con la radio encendida, observando las cabriolas de los gatos y escuchando una loca emisora de Pennsylvania que se dedica a mezclar la música country con el evangelismo más desaforado. Ninguna de las dos cosas goza de un puesto muy elevado en mi lista de preferencias, pero esta noche me parecieron bastante apropiadas. Supongo que es algo parecido a los libros que estoy leyendo: o te gustan o los detestas, así de sencillo.

Gracias a Dios no hay ruidos ahí fuera. Estoy bastante harto de servirle de público sentado en primera fila a todo espécimen de la fauna local que se decide a desfilar junto a mi ventana. Estuve sentado leyendo (más bien lo intenté). «La esquina alegre.» James siempre me parece condenadamente pretencioso y elaborado (M. R. James de Cambridge, ése sí que sabía. ¿Por qué nadie le toma en consideración?). Normalmente, ese tipo de lectura me habría dado sueño en seguida, pero mi dichosa nariz vuelve a estar tan obstruida que me resulta difícil respirar cuando me acuesto. Suele despejarse apenas salgo de la granja y vuelvo aquí, pero durante la última hora ya he usado mi vaporizador nasal lo menos una docena de veces y luego pasan unos minutos y vuelvo a estornudar y tengo que usarlo de nuevo. Intenté leer un poquito más de James para tacharlo de mi lista o, al menos, para quedarme dormido, pero tengo los ojos demasiado irritados y llorosos.

Puede que sea el moho. La tira de un color verde oscuro que cubre mis paredes está cada día más alta. Mañana tengo que coger un trapo mojado y darle a este lugar una buena limpieza... También he de podar la yedra que está empezando a cubrir la fachada tapando la luz. Si espero demasiado tiempo puede que muy pronto me sea imposible salir por la puerta.

Agazapada sobre el armario del rincón aguarda en silencio, los músculos tensos como cables bajo el pelo color gris acero. Sus ojos, convertidos en dos rendijas, observan con intensa concentración a la que nada se le escapa, en tanto que las garras, largas y ganchudas, entran y salen de sus patas como estiletes. Con el cuerpo dispuesto e inmóvil excepto por unos leves temblores ocasionales de la cola, aguarda el momento adecuado y se prepara a saltar.

Bajo el armario, separado de ella por una distancia que cubrirá en un fácil salto, el hombre sigue sentado frente al escritorio, perdido en sus pensamientos, escribiendo de vez en cuando, su ronca respiración turbando el silencio de la habitación. Junto a su cabeza una pequeña mariposa verde y varios mosquitos dan vueltas una y otra vez alrededor de la luz. El cuerpo del hombre es blanco, gordo y blanco como el de los gusanos que esta mañana ha sacrificado en el bosque. Pero cuando desgarré la carne con sus garras esa blancura se cubrirá de rojo.

«¡Mátale!», aúlla en silencio. «¿Por qué no le matas?»

La atmósfera del piso es sofocante. Las persianas siguen bajadas y las ventanas cerradas, convirtiendo el cuartito en una celda impenetrable. Transfigurado por la profundidad de su trance, el Anciano yace en el lecho, cubierto de sudor, agotado, las sábanas manchadas de orina y de un fluido ambarino que rezuma de sus gordos labios entreabiertos. Tiene los ojos muy abiertos y no pestañea, pero no ve nada aunque lo vea todo; su cuerpo salta y se retuerce sobre las sábanas sucias y arrugadas; su cerebro retumba con un latido rabioso. La Ceremonia Blanca se ha completado y también la Verde ha sido realizada precisamente tal y como debe ser, precisamente como había dictado el Amo. Las palabras necesarias han sido pronunciadas y los signos requeridos han sido hechos; las fuerzas ya han sido liberadas. El Hijo está despertando...

Entonces, ¿por qué? ¿por qué la criatura no le ha matado aún?

El altar era una obscenidad mayor, increíblemente mayor de lo que ella había imaginado. Hasta los perros lo rehuían después de haber olfateado ávidamente los cráneos cubiertos de fango: los había dejado atados a una de las grandes raíces del árbol, inmóviles, esperándola entre la oscuridad. A veces les oía removerse inquietos, gruñendo roncamente.

La señora Poroth cogió una gruesa rama caída en el suelo y miró la luna por el claro. Estaba horriblemente cansada y sentía los brazos como muertos después de horas intentando controlar a los perros. Las manos se le habían cubierto de rozaduras y ampollas a causa de las correas y temía lo que iba a ser el camino de vuelta entre las tinieblas. Con un poderoso esfuerzo de voluntad se obligó a calmarse y observó el cielo, dejando que su mente se vaciara de toda idea consciente.

Y el momento llegó. Los perros se callaron y alzando la rama musitó una breve plegaria, estrellándola luego sobre el negro montículo que tenía delante. Hubo un ruido como de porcelana rota y sintió que la rama se hundía en la estructura, destrozándola. La alzó de nuevo y golpeó, viendo confusamente formas blancas que rodaban por el suelo a sus pies.

Siguió así durante unos minutos, aplanando la tierra y el fango hasta que sólo quedó una elevación irregular marcando el sitio donde había estado antes el altar. Luego alzó la rama por última vez y golpeó los restos de los cráneos minúsculos, reduciéndolos a polvo.

Sigue observando, sin un pestañeo, sin mover un solo músculo. Siente que el tiempo de espera está llegando a su fin.

De pronto, el hombre deja de escribir. Saca un pedazo de tela blanca de su bolsillo, se suena con él y maldice en voz baja. Con un rechinar metálico echa la silla hacia atrás y se levanta. Bosteza y luego apaga la luz.

La cosa que está sobre el armario se remueve un segundo y su cuerpo avanza unos milímetros. Ahora es el mejor momento: el hombre está cegado por la oscuridad y no puede ver con la perfección de que goza la criatura en su cuerpo felino. El cuerpo se tensa, arqueándose para saltar... Pero de pronto algo confuso ocurre, como si tiraran del cuerpo, reteniéndolo. Algo nuevo, una cautela hasta ahora desconocida..., un sentimiento brusco e inexplicable de que en estos mismos segundos le falta la fuerza requerida, como si la propia fuente de su poder fuera débil e insegura. El hombre es blando, sí, pero su cuerpo es enorme; es vulnerable, sí, dolorosamente vulnerable..., pero sigue habiendo una posibilidad, una minúscula posibilidad de que si intenta matarle esta noche pueda fracasar. Y ni siquiera esa minúscula posibilidad puede ser aceptada porque hay demasiadas cosas que dependen de ella.

Observa inmóvil cómo el hombre se deja caer en la cama y unos minutos después se queda dormido, respirando lenta y ruidosamente.

Salta al suelo sin hacer un solo ruido, con sus cuatro miembros flexionándose experta e inconscientemente para absorber el golpe. Cuando pasa junto a la cabecera del lecho el rostro del hombre, embotado por el sueño, está a unos pocos centímetros de sus colmillos. Qué bueno, qué hermoso será, cuando llegue el instante, hacer pedazos ese rostro...

Pero tales placeres deben aguardar, pues de pronto hay nuevos cálculos que hacer y más ritos que celebrar. Tendrá que hacerse más fuerte y más rápido, tendrá que poner aún más a prueba sus habilidades para matar. Esta noche, para acercarse un paso más a esa fuerza que le es tan necesaria, añadirá un nuevo trofeo a su altar del bosque. Cruza silenciosamente el cuarto y se detiene en la puerta. Muy lentamente, con unas patas que ansían convertirse en manos, agarra el pomo de la puerta y lo hace girar...

El hombre tendido en el lecho se remueve dándose la vuelta y luego sigue durmiendo. La puerta se abre quedamente y por ella se ve la hierba brillando bajo una pequeña tajada de luna. Algo cubierto de un pelaje suave y grisáceo se desliza por la abertura y la puerta vuelve a cerrarse lentamente con un chasquido.

Y en silencio, implacable y decidida, la criatura avanza sobre la hierba en dirección a la granja.

Sarr dormía profundamente rodeando con el brazo derecho la cintura de su mujer. Los seis gatos compartían la cama con ellos, enroscados junto a sus pies o apretados en el hueco entre sus cuerpos. El creciente de la luna, visible a través de las ventanas sin cortinas, flotaba a través de los oscuros cielos como un signo de interrogación.

Desde el piso de abajo se oyó el ruido de la puerta al abrirse. Sarr siguió durmiendo, pero Deborah se removió, medio despierta. Le pareció que Freirs había entrado en la casa para usar el cuarto de baño; siempre le habían dejado claro que tenía total libertad para hacerlo aunque, por lo que ella sabía, siempre había usado la hierba o el bosque si alguna noche... Medio dormida aún, y algo extrañada trató de oír el ruido de sus pisadas en la cocina que tenían bajo ellos, y en lugar de sus pisadas oyó un ruidito leve, una especie de

crujidos..., como si (y luego iba a recordarlo) las duras tablas del suelo de la cocina soportaran el peso de cuatro diminutos rastrillos.

Otro ruido. ¿En la escalera? Por un segundo despertó completamente y luego volvió a su anterior estado de duermevela. Notó confusamente cómo «Azariah», el macho color naranja, salía retorciéndose de su lugar acostumbrado a los pies de la cama para ir a investigar. Silencio. El sueño volvía a reclamarla. Un fuego cálido le rodeaba la cintura, tan cálido como el fuerte brazo de Sarr. Pero el fuego era cada vez más fuerte y siseaba, y de repente Deborah supo que no era un fuego sino el aliento de una bestia enorme...

Y entonces el viejo «'Riah» subió a toda prisa por la escalera para esconderse bajo las sábanas como un cachorro asustado. Notó cómo temblaba y se preguntó qué podía andar mal. ¿Cómo era posible que temblara de ese modo cuando estaban rodeados de fuego?

Desde la escalera le llegó otro ruido, un ronroneo quedo pero insistente, y luego recordaría que al oírlo había pensado: «¿Cómo es posible que oiga un ronroneo en la escalera? ¿Acaso no están todos los gatos aquí, en la cama, conmigo y con Sarr?». Pero el ronroneo siguió y había en él una nota casi de seducción, claramente audible incluso a través de la distancia y la oscuridad. Repentinamente, como en respuesta, como si para los gatos ese ronroneo hubiera sido una invitación, sintió cómo dos suaves bolas peludas abandonaban sus lugares de reposo junto a sus piernas para dejarse caer sobre la alfombra al pie de la cama y salir luego silenciosas de la habitación.

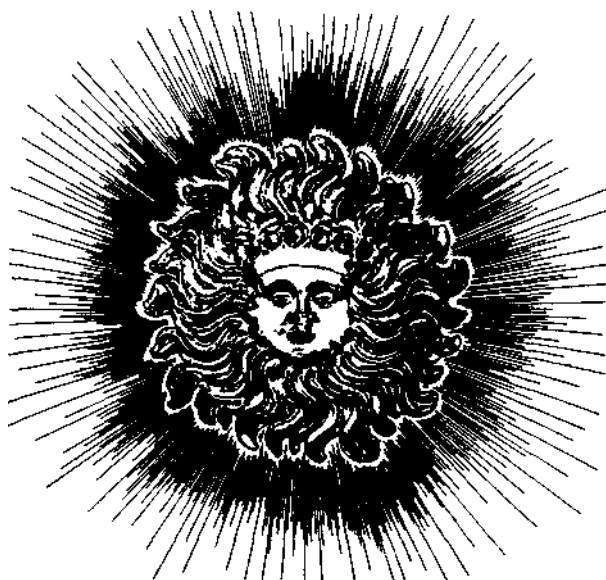
Un ruido como el de una rama joven que, al doblarse y ser soltada luego, golpea el rostro del imprudente que la ha doblado..., un ruido así y luego dos golpes sordos.

Y ella y Sarr despertaron, confusos y llenos de pavor, porque había un nuevo sonido que llegaba desde abajo, un sonido que nunca habían oído antes, el de unos gatos chillando aterrados. Antes de que pudiera saberlo que ocurría, Sarr ya había saltado de la cama para lanzarse por la escalera. Llegó al piso de abajo a tiempo para ver cómo «Toby», el pequeño doble anaranjado de «Azariah», se retorció en un espasmo final y a la débil claridad lunar distinguió la negra y delgada punta del rabo de «Habakkuk» desapareciendo por la puerta de la cocina.

Cuando Deborah llegó al piso de abajo «Toby» ya estaba muerto. Ninguno de los dos volvió nunca a ver a «Habakkuk».

Libro octavo

La prueba



No quisimos hacer ningún daño, fue sólo un juego...

MACHEN, *El pueblo blanco*



Diecinueve de julio

Querida Carol,

Siento haber estado un tiempo sin escribirte. Aquí es fácil perder el sentido del tiempo y la verdad es que me he estado matando últimamente para cumplir con mi lista de lecturas veraniegas. También hemos tenido problemas con uno de los gatos, en concreto con esa enorme hembra gris que quizá recuerdes, la primera que tuvo Sarr. Se estuvo portando de un modo más bien salvaje y la semana pasada se escapó al bosque. Creíamos que se había ido para siempre, pero al parecer la noche pasada se metió en la granja y mató a dos de los gatitos, aparentemente llevándose el cuerpo de uno.

«Toby», el pequeño de color naranja, era mi favorito de toda la pandilla (¿recuerdas cómo le gustaba que le acariciaras?) y el otro, «Cookie», era el más pequeño de todos y supongo que el más fácil de llevarse al bosque.

Los Porothe parecen haber tomado sus muertes como si se tratara de dos niños. Sarr me despertó hará cosa de media hora golpeando suavemente la rejilla de una ventana y diciendo: «Jeremy... Jeremy...». Llevaba el hacha a la espalda, igual que si fuera una escopeta y tenía un aspecto horrible (de hecho, me recordó las descripciones de las víctimas de un bombardeo). Hablaba con una voz ronca y apagada, llena de dolor y

confusión. Me explicó con la más aplastante seriedad que dentro de unos minutos iban a celebrar el funeral de los dos gatos y que les gustaría que yo estuviera presente.

Carol, este verano empezó como un folleto bucólico de viajes, pero va a terminar como una novelucha de terror barata. No logro decidir qué me parece más increíble: si lo que esa maldita «Bwada» hizo la noche anterior o la loca y sentimental ocurrencia de los Porothe de hacer un funeral a toda escala para dos gatos..., o el que yo, habiendo venido aquí a pasar el verano sin que nada me distrajera ni me molestara, estuviera empezándome a preguntar cómo debía ir vestido para la dichosa ceremonia. Bien, no quiero llegar tarde y herir sus sentimientos, así que voy a ponerle punto final a esto y trataré de echarlo al correo en seguida. Espero que vengas... y pronto. Lo digo de veras. Te quiero aquí para que las cosas no enloquezcan aún más.

Besos.

JEREMY

Tendido rígidamente en su cama contempla el techo sin verlo. Las sábanas están secas, el sol brilla en el cielo y sus miembros ya no tiemblan. Ha estado tendido en la cama sin pestañear durante casi veinte horas y durante las diez últimas no ha movido ni un solo músculo, a no ser por el casi imperceptible subir y bajar de su estómago. Todo lo demás ha sido olvidado: la habitación que le rodea, la calle, la masa informe y palpitante de la ciudad. No está aquí. Está al otro lado del río, el vientre pegado al suelo, avanzando a cuatro patas por el bosque.

Finalmente, el contacto se ha logrado.

¡Contacto!... Una fusión de las mentes como le había prometido el Amo hace tanto tiempo. Ahora ve a través de sus ojos, siente la áspera textura del suelo boscoso en sus patas y, con oídos mucho más agudos que los de cualquier ser humano, oye agitarse entre la espesura un sinfín de diminutas criaturas. Puede oler los brotes del pino, el agua del pantano y la carne que se pudre, y siente el movimiento suave de sus músculos parecidos a los del tigre. Ahora, el cuerpo del ser se mueve obedeciendo a su voluntad.

Siente la furia del ser y comparte su recuerdo de la noche anterior (el descubrimiento del altar destrozado, los guijarros esparcidos y los cráneos hechos pedazos), compartiendo también su hambre de venganza. La raza de los hombres pagará esto, tal ha sido también la promesa del Amo.

Avanza silenciosamente a través de la espesura hasta el límite del bosque y se desliza por la hierba que rodea el arroyo, nadando a través de él con una confiada facilidad que jamás felino alguno ha poseído. Escoge un arce al otro lado y trepa sin problema alguno por su tronco, algo tan sencillo y carente de esfuerzos como correr sobre terreno llano. Se arrastra a lo largo de una de las ramas más altas y se instala en su punta para vigilar.

Ahí están los tres, en el campo sin cultivar, figuras rígidas y torpes que permanecen inmóviles pronunciando palabras que leen en un libro. Ante ellos hay un agujero recién cavado y una pequeña forma envuelta en una manta. Por primera vez en las últimas diez horas, algo parece moverse en el rostro arrugado del Anciano, un tic casi imperceptible en las comisuras de los labios.

Y en ese mismo instante, mientras el ser contempla el desarrollo del funeral desde su

escondite en el árbol, la boca del animal se tuerce en una sonrisa casi humana.

Un día desagradable.

El funeral fue bien: la verdad es que resultó bastante conmovedor, incluso para mis ojos escépticos y alérgicos. Lo celebramos ante el huerto. Sarr había cavado un hoyo para el cuerpo, que estaba envuelto en una tela negra. El otro cuerpo..., bueno, sabe Dios lo que habrá hecho «Bwada» con él. Los Porothe iban también vestidos de negro, pero eso resulta normal en ellos. Yo llevaba mis mejores pantalones y una camisa limpia. Hice todo lo que pude para poner cara de circunstancias y cuando Sarr citó a Jeremías y preguntó, de un modo muy adecuado a la ocasión: «¿No hay bálsamo alguno en Gilead? ¿Nadie sabe curar allí?», yo asentí con toda la gravedad de que fui capaz. Leí con ellos pasajes sacados de la Biblia (Sarr parecía sabérsela toda de memoria y Deborah prácticamente toda), dije amén cuando ellos lo dijeron, me arrodillé cuando ellos lo hicieron y traté de consolar a Deborah cuando se echó a llorar. Le pregunté si los gatos podían ir al cielo y recibí un lacrimoso: «Claro que sí». Pero Sarr añadió que «Bwada» ardería en el infierno...

Lo que me preocupa aparentemente mucho más a mí que a ellos es cómo ese condenado animal pudo meterse en la casa. Deborah dijo con verdadera convicción (aunque no pensé que lo creyera realmente hasta ahora) que «el diablo le había enseñado cómo abrir las puertas». Sarr asintió solemnemente y añadió que siempre había sido una gata muy lista.

Me recordó a la madre de un bandolero, que no puede dejar de sentir cierto orgullo ante las fechorías de su niño.

Después de comer, él y yo registramos toda la granja buscando a «Bwada» para matarla.

Seguimos el mismo trayecto que ya habíamos hecho dos veces antes: granero, altillo, debajo de los porches..., incluso entre los pinos que crecen al otro lado del arroyo. Sarr la llamó a gritos intentando convencerla de que viniera y me juró que nunca había sido así y que nunca se había portado como ahora. Por desgracia, estaba claro que no podíamos registrar cada uno de los árboles de la granja y el bosque ofrece un escondite perfecto para animales incluso más grandes que una gata. Así que, naturalmente, no encontramos ni rastro de ella, aunque lo intentamos. Registramos todo el terreno desde el viejo basurero hasta el recodo más lejano del camino. Pero no nos habría hecho falta alejarnos tanto...

Volvimos para la cena y yo fui a mi cuarto para cambiarme de ropa. Mi puerta estaba abierta de par en par.

No había nada roto y todo estaba en su sitio, tal y como debería estar..., excepto la cama. Las sábanas estaban hechas pedazos y en algunos sitios incluso el colchón había sido destrozado: la almohada estaba hecha tiras... El suelo estaba cubierto de plumas. Había marcas de garras incluso en la manta.

Durante la cena, los Porothe intentaron convencerme de que me quedara a dormir en la sala; dijeron que cerrarían todas las puertas esta noche, de modo que ni siquiera un ladrón con forma humana podría entrar. Sarr cree que esa bestia, no sabe por qué razón, siente un odio particular hacia mí. Qué absurdo me pareció entonces. Quiero decir que, después de todo, es solamente una gata gorda y vieja...

Pero ahora, sentado aquí, con unas cuantas plumas esparcidas aún por el suelo alrededor de mi cama, pienso que ojalá hubiera aceptado su oferta. Desearía estar dentro de la casa. Al menos cedí ante la insistencia de Sarr y acepté su hacha. Pero en estos momentos la cambiaría muy a gusto por una sencilla habitación sin ventanas.

Creo que esta noche prefiero no irme a dormir. Estaré sentado muy quietecito sobre mi sábana nueva, la espalda apoyada en la almohada de repuesto de los Porothe, con la pared protegiéndome y el hacha junto a mí, en la cama, y este diario en el regazo. El problema es que estoy bastante cansado de tanto caminar. No estoy acostumbrado a hacer tanto ejercicio, últimamente me los he saltado casi todos los días.

Soy patéticamente consciente de todo ruido. Cada cinco minutos como mínimo se parte una rama o se agitan unas hojas, haciéndome dar un salto. ¿Quién habría creído que los ratones son capaces de armar tal estruendo correteando por mi techo? Puede que sean pequeños, pero por el ruido parecen verdaderos leviatanes.

¿Qué decía esa línea del Libro de Jeremías que leímos en el funeral? «En ti pongo mis esperanzas para que me guardes en días malignos.»

Bueno, al menos eso es lo que él decía...



Veinte de julio

He soñado con dragones. Me desperté esta mañana con el diario y el hacha entre los brazos. Lo que me despertó fue que casi no podía respirar..., tenía la nariz completamente tapada y estaba estornudando de un modo incontrolable. Justo en el centro de una ventana que da al bosque, la rejilla presentaba un enorme tajo que iba de un extremo a otro...



Veintiuno de julio

El día amaneció gris y nublado. El sol trataba de asomarse sobre las copas de los pinos y, sin embargo, la noche parecía no haber acabado aún. Era como uno de esos días breves y helados de invierno en que la oscuridad extiende su dominio hasta bien avanzada la mañana, el tipo de día en que todos los instintos de un hombre se rebelan ante la idea de levantarse y el pensar en salir de la cama a las cinco y media se convierte en algo inconcebible. Pese a todo, el sol salió a las cinco y media y con él Ham y Nettie Stoudemire se levantaron también.

Aparte de la oscuridad había otra razón para que Ham no sintiera muchos deseos de enfrentarse a esa jornada: el año había sido para él hasta el momento un año lleno de problemas. Cuando no se trataba de una helada tardía que dejaba maltrechas las raíces de

sus árboles más jóvenes, entonces era un moho que atacaba a los frutales o unos gusanos devorando las tomateras o una plaga de orugas cubriendo los arces justo cuando él y Nettie tenían que acoger a la asamblea de los Hermanos.

Y después de echarse un poco de agua fría en el rostro y sorber una taza de café como preparativo al desayuno con Nettie (que, como casi todas las esposas de la zona, parecía no tener tantos problemas a la hora de levantarse pronto), Ham salió casi a tientas de la casa y tras abrirse paso en la penumbra se encontró con lo que parecía otro problema en el aprisco de los cerdos. Los animales estaban todos juntos en un rincón del aprisco, bufando y hurgando con las patas en un punto del suelo. Sólo una cosa era capaz de poner tan nervioso a un cerdo, y mientras echaba a correr hacia el aprisco, Ham se imaginó sin el menor error lo que iba a encontrar... Y, en efecto, se encontró exactamente una serpiente bastante gruesa, de color negro y totalmente inofensiva, que había logrado meterse en el dominio de los cerdos, y que había sido pisoteada por ellos hasta morir.

Trepó la empalizada y, una vez dentro, apartó a los cerdos golpeándoles sin miramiento alguno los gordos flancos. Para los cerdos era casi una caricia y, lentamente, se fueron apartando para dejarle pasar. Recogió el cadáver destrozado que seguía estremeciéndose con espasmos nerviosos y lo lanzó hacia el bosque que había más allá del campo. Un mal presagio para empezar la mañana, pensó. Un mal presagio para todo el día...

Diez minutos después, cuando se dirigía hacia los campos con la azada al hombro, vio otra serpiente. Ésta era mucho más delgada y pequeña, de color verde, y reptaba lentamente a lo largo de un surco. Ese tipo de serpientes eran benéficas, ya que se alimentaban de los roedores que hacían del grano su nutrición preferida, y la dejó marchar, aunque una leve sombra de inquietud le cubrió el rostro. Se volvió para seguir el surco... y al hacerlo vio otra serpiente, menos pequeña, menos delgada y de un verde bastante más oscuro. Recordó fugazmente algo que había oído el domingo pasado en la oración, una observación casual motivada por la muerte de Hannah Kraft sobre que los últimos meses se habían visto más reptiles en el bosque de lo que nadie podía recordar...

Tratando de ignorar su creciente inquietud, se abrió paso por entre los tallos de maíz que le llegaban hasta la cintura y al llegar al surco siguiente vio con alivio que estaba vacío. Sólo distinguió el color marrón de la tierra, el verdor de los tallos y el amarillo que indicaba los brotes iniciales de las mazorcas de maíz..., y entonces vio una víbora del maíz, amarilla y de casi medio metro de largo, reptando entre los tallos en busca de alimento.

Dio la vuelta y se dirigió hacia la casa, reprimiendo el impulso de echar a correr. Otra serpiente se movía perezosamente entre los matorrales que crecían ante la ventana del sótano. Un momento..., había otras dos detrás de ella.

—Nettie —gritó—. ¡Nettie!

La puerta se abrió y Nettie apareció en los escalones del porche, estudiando su rostro con cierta ansiedad.

—¿Ham? ¿Qué...? —Sus ojos se clavaron en algo que estaba detrás de él—. ¡Oh, santo Dios!

Ham se volvió y por un instante le pareció que el campo estaba lleno de serpientes y

que cada uno de los surcos era un río de cuerpos fríos y ondulantes.

—Dios... —dijo—. ¡Es como las plagas de Egipto!

Bajó la mirada y vio que el mismo suelo sobre el que estaba plantado parecía engendrar más y más serpientes. Tres pequeñas cabezas oscuras aparecieron a un par de metros de distancia, tres cabezas diminutas con ojos de un negro brillante, cabezas que fueron creciendo como zarcillos de yedra y que, tras abandonar sus agujeros, avanzaron retorciéndose sobre la tierra. Con los ojos desorbitados por el asombro señaló otros dos cuerpos escamosos que emergían del suelo.

—Hay algo ahí abajo que las está haciendo salir...

Bajo la sombra del cobertizo se retorció lo que le pareció una auténtica cabellera de Medusa, una frenética masa que iba perdiendo hebras ondulantes que avanzaban hacia el bosque. ¿Cómo era posible que la tierra contuviera tantas serpientes? Era como si hubieran sido plantadas una o dos lunas antes y ahora empezaran a madurar.

Retrocedió hasta los escalones junto a su esposa y contempló los reptiles que infestaban su propiedad.

—¿Qué significa esto? —repetía ella una y otra vez. Y él no supo si la pregunta iba dirigida a ella misma, a él o a Dios—. ¿Qué significa esto?

Había otros que también se hacían la misma pregunta. En la granja de Abram Sturtevant su viejo y querido pony se volvió repentinamente loco y mordió en el cuello a uno de los niños; Hildegard Troet vio con horror esa mañana cómo toda una tribu de ratones salía brincando de sus cubiles bajo la cocina para corretear en círculos por el suelo; las vacas de Adam Verdock llevaban ya dos días dando leche rancia y en el gallinero de Werner Klapp una gallina acababa de poner su tercer huevo de dos yemas. Uno de los perros de Shem Fenchel, el más joven de los dos machos, atacó ferozmente a la hembra y tuvieron que encerrarle. Algo después del mediodía el canario de Rachel Reid se quedó como paralizado en su jaula, con el pico rígidamente abierto y lanzando chillidos extraños y penetrantes.

¿Qué estaba sucediendo? ¿Acaso había caído sobre ellos alguna maldición? Al principio, esas preguntas fueron individuales, pero a medida que pasaba el día y todos fueron enterándose de las calamidades de los demás empezaron a tener cada vez más miedo y se lo preguntaron unos a otros. ¿Qué estaba pasando?, se preguntaban. ¿Qué significaba todo esto?

El cuarto día ya ha amanecido y una fina capa de polvo cubre sus pupilas, pero sigue totalmente inmóvil. No escucha la estruendosa música salsera que surge de la radio en la calle, como tampoco escucha las voces de los niños que juegan a una manzana de distancia o el apremiante y repetido timbrado del teléfono. Está muy, muy lejos, al otro lado del río. Aún no ha roto el contacto. Quiere verlo todo hasta el final, ya que no hacerlo sería impensable.

Quiere estar presente en la matanza.

Freirs contó su cambio y trató de ordenar su historia mentalmente mientras

permanecía inmóvil contemplando el teléfono público pegado a la pared trasera de la cooperativa, en el interior del pasadizo que llevaba al almacén de grano. Se dijo que Carol no iba a dejarle plantado, que después de todo no estaba pidiendo tanto (solamente una o dos noches de simple hospitalidad) pero, de todos modos, era mejor estar preparado para esa posibilidad.

Esa misma mañana había decidido dejar a los Porothe. De hecho, se había despertado con esa decisión ya formada en su mente después de haber pasado la noche anterior refugiado en la granja, durmiendo sobre un colchón en mitad de la sala. Se había levantado un poco después del alba de bastante mal humor, con los ojos escociéndole y la nariz llena de mucosidades y la piel cubierta de pelos de gato. No era modo de pasar el verano, escondido en una granja infestada de gatos mientras que otro felino, éste decididamente un maniaco homicida, acechaba por los alrededores. Todo eso estaba convirtiéndose en una pesadilla y quería escapar de ella. Los Porothe, que no se habían dado cuenta de su estado de ánimo, se habían mostrado de lo más solícitos con él. Habían corrido a un lado todos los muebles de la sala, convirtiéndola en un dormitorio temporal y se habían asegurado de que la puerta delantera y la de atrás estaban bien cerradas. Ayer, mientras volvían a la granja, pasaron por la propiedad de Werner Klapp y compraron cuatro gallinas ponedoras nuevas y un pestillo para colocar en el interior del gallinero. Sarr había colocado en la salita una tosca lámpara de madera que había construido él mismo con un viejo perchero y unas maderas del almacén. Obviamente, los dos lamentaban mucho el rumbo que habían tomado los acontecimientos en la granja y, obviamente, querían que se quedara el resto del verano. «Probablemente sólo quieren mi dinero», se dijo él.

Aún no les había dicho nada sobre irse, aunque sin duda eran conscientes de esa posibilidad. No estaba muy seguro de cómo tratar el asunto y por otro lado había otra cosa que debía arreglar en privado: debía encontrar un sitio en la ciudad para quedarse hasta que su apartamento quedara libre. Quizá Carol estuviera dispuesta a... Claro que tendría que proponérselo como una medida temporal, sólo hasta que le subarrendaran algo para pasar el resto del verano. Podía preguntarle si le dejaba usar el diván durante unos días y luego, si las cosas iban tal y como él tenía la esperanza de que fueran...

Llegar al pueblo para telefonarla le había parecido en principio todo un problema. Era bastante improbable que los Porothe hicieran otra visita al pueblo, dado que habían ido allí ayer y no le gustaba pedirles prestado el camión, especialmente dado que necesitaría inventarse algún pretexto inocente para justificar su necesidad.

De todos modos, parecía que no tenía otra elección. Había estado sentado un rato en el porche preparándose para ir hasta el campo en el que estaban trabajando Sarr y Deborah a pedirles las llaves del camión, cuando oyó el ruido de un motor acercándose por el sendero, seguido por una nube de polvo tan gris como el cielo. Unos instantes después apareció una traqueteante camioneta amarilla con unas grandes letras rojas en el costado que decían HUNTERDON, ACEITE Y GASOLINA. Sarr volvió a toda prisa del campo a tiempo para ayudar al chófer de la compañía a cambiar uno de los grandes cilindros plateados que se alzaban detrás de la casa por uno nuevo y cargar el cilindro vacío en la trasera del vehículo. Luego, con una sonrisa de disculpa, como si estuviera

traicionando la confianza de los Porothe, el chófer les alargó un recibo impreso y junto con él la factura por el gas del mes pasado. Sarr firmó lenta y concienzudamente el recibo, pero ante la factura frunció el ceño y empezó a menear la cabeza.

Freirs, viendo su oportunidad, le preguntó al chófer si iba a Gilead, ya que necesitaba algunas cosas del almacén. Los Porothe se miraron entre sí.

—Tendrías que haberlo dicho ayer, cuando Sarr y yo fuimos allí —dijo Deborah—. No habría sido ningún problema traer lo que te hiciera falta.

Sarr, mientras tanto, miraba hacia otro lado con expresión lúgubre, como si ya supiera que Freirs iba a dejarles pronto y se hubiera resignado a ello.

—Necesito más insecticida —dijo Freirs—, algo que sea más fuerte.

—Pero ¿cómo volverás? —le había preguntado Deborah mientras Freirs subía a la camioneta—. Quizá...

—Ya se las arreglará —dijo en tono tajante Sarr—. Venga, mujer, hay mucho trabajo por hacer. —Le dio la espalda y echó a caminar hacia el campo.

—Haré autoestop —gritó Freirs mientras el motor de la camioneta cobraba vida con un rugido—. Os veré a la hora de cenar.

Muy pronto dejaron atrás la granja, con la melancólica y solitaria figura de Deborah aún observándoles y Sarr invisible ya detrás de la casa. Seguía sintiéndose levemente culpable mientras estaba ante el teléfono. Iba a traicionarles y Deborah en particular iba a lamentarlo mucho.

Se obligó a pensar en la ciudad mientras deslizaba una moneda en el teléfono y marcaba el número de Carol. El recuerdo de las calles pegajosas y asfixiantes de Nueva York empezaba a parecerle casi atractivo. Habría bastantes películas que ver para ponerse al día, muchos restaurantes que visitar... y Carol.

—Por favor, deposite setenta y cinco centavos —dijo una voz desconocida.

Sacó las monedas que llevaba en su bolsillo trasero y dispuso en su rostro una rígida sonrisa intentando colocarse en el estado de ánimo adecuado. «Bien —se dijo—, vamos a por todas.»

¿Dónde estaba Rosie? ¿Qué podía estar haciendo? Hacía días que no tenía noticias suyas y eso era algo muy raro en él.

Carol extendió la mano, cogió el teléfono y volvió a marcar. Lo dejó sonar casi un minuto entero con el oído pegado al auricular, como si escuchando con toda su fuerza de voluntad fuera capaz de oír el eco del timbrado resonando en los pasillos de su piso, el ruido del tráfico de la calle entrando por su ventana o el débil murmullo regular de la cansada respiración del anciano... No, era inútil. Nadie iba a contestarle. Colgó el auricular y se preguntó qué debía hacer.

Naturalmente, en realidad no había razón alguna para ponerse nerviosa. Rosie estaría probablemente fuera de la ciudad, ocupado en algún negocio o visitando a unos amigos. Volvería el fin de semana, estaba segura de ello, dado que le había prometido llevarla al ballet el sábado y siempre cumplía sus promesas... Claro que también había prometido que la llamaría durante la semana y había llegado ya el viernes sin tener noticia alguna de él. Eso no encajaba con su modo de ser; solía llamarla cada día, a menudo más

de una vez, y con frecuencia la llevaba a comer a cualquiera de los restaurantes cubanos o chinos del barrio. Había llegado a esperar sus llamadas, a vivir un poco pendiente de ellas en cierto modo..., quizá incluso había llegado a necesitarlas.

Su repentino silencio la preocupaba. Después de todo era viejo y débil; nunca había llegado a revelar su edad y ella nunca se había atrevido a preguntársela, naturalmente, pero cuanto más le conocía más pensaba que como mínimo debía rondar los ochenta años. ¿Y si en este mismo instante estaba tendido muerto en el suelo de su piso? Ese tipo de cosas ocurrían con frecuencia en la ciudad, lo había leído más de una vez. Un pobre viejo del Bronx había muerto de un infarto y había estado allí durante meses, de hecho todo un verano, con su cuerpo descomponiéndose, cada vez más hinchado y deforme, llenándose de gusanos y de gases hasta que la pestilencia invadió el piso de abajo.

¿Y si no estaba muerto sino sencillamente en coma, incapaz de oír el teléfono? Quizá estuviera perfectamente consciente pero fuera incapaz de llegar hasta el aparato... Entonces, qué acto tan horrible por su parte dejar sonar el teléfono durante todo un minuto; casi le pareció ver al anciano tendido en el suelo, paralizado, oyendo los timbrazos, sin poder hacer nada para detenerlos, rezando para que viniera alguien y le ayudara...

Saltó de la cama y se vistió apresuradamente. Quizá todo resultara bien, quizá no le hubiera pasado nada y ella no fuera sino una tonta aprensiva, pero no se encontraba capaz de ir a trabajar aquella tarde hasta haberse asegurado de que no sucedía nada malo. De todos modos, tenía que hacer algo. Se lo debía...

El teléfono sonó nueve, diez, once veces... sin que nadie respondiera.

—¡Maldición! —dijo Freirs.

Eran casi las doce. Quizá ya fuera de camino al trabajo. Bueno, tendría que esperar un rato y probar de nuevo en la biblioteca. Dado que se había tomado tantas molestias para hablar con ella no pensaba marcharse del pueblo sin haberlo conseguido.

Se preguntó cómo iba a matar un par de horas y deseó haber tenido el buen sentido de traerse un libro. Creía que los almacenes de los pueblos tenían revistas o al menos los diarios locales, pero en la cooperativa no había nada de eso. Le sorprendía cómo empezaba a echar de menos el *Times*. Dado el calor que hacía, el cementerio, al otro lado de la calle, no le atraía lo más mínimo, con sus lápidas polvorientas cociéndose al sol. Pensó por un segundo en los cadáveres enterrados bajo ellas: al menos allí estarían frescos... Se le estaba empezando a quedar pegada la camisa a la espalda y ya tenía las axilas manchadas de sudor. Con un suspiro se limpió la nuca cubierta de transpiración y entró en el almacén.

Una lástima que los Hermanos, aparentemente, nunca hubieran oído hablar del aire acondicionado: la única señal de refrigeración era la nevera que había en la parte trasera del almacén. Bert Steegler, que estaba apuntando precios de unos catálogos en el mostrador con aspecto de gran concentración, alzó los ojos y le miró con cara de pocos amigos, la misma que había acogido antes la primera entrada de Freirs en el almacén. La mujer de Steegler estaba al otro lado del corredor, en la sección de correos, rellenando un montón de impresos de aspecto oficial. Freirs empezó a examinar distraídamente el

estante más cercano, oliendo con cierto placer el aroma limpio y hogareño de las especias, el café y la cera para suelos. Junto al pasadizo que llevaba al depósito del grano había tres grandes sacos de yute, el primero de ellos abierto. «Me pregunto si esto es para que lo planten o para que se lo coman», pensó Freirs metiendo la mano y cogiendo un puñado de granos.

—¿Quiere algo? —Steebler había salido del mostrador y le estaba mirando. Freirs dejó caer el grano y señaló hacia la vitrina.

—Creo que me llevaré uno de esos bocadillos. —Cogió el más grande junto con una lata de Coca-Cola baja en calorías y no demasiado fría—. Y será mejor que me lleve un poco de insecticida —dijo luego, recordando de pronto la mentira que les había soltado a los Porothe.

Una lata de un color rojo oscuro con una etiqueta que decía Chemtex le llamó la atención. Parecía aún más fuerte que la marca anterior que había comprado: en la etiqueta decía «Usar sólo en exteriores»; probablemente eso quería decir que era muy potente. Steebler puso cara de duda al verle y no pareció demasiado dispuesto a vendérsela.

—No se preocupe —dijo Freirs, sonriendo—, tendré cuidado y no me rociaré con él.

Pero cuando Steebler le miró, Freirs vio la dureza de sus ojos, el gesto ceñudo de su boca y se dio cuenta de que había malinterpretado su expresión.

—¿Piensa quedarse mucho más tiempo aquí? —le preguntó Steebler.

Freirs se ruborizó, sintiéndose culpable. ¿Acaso le había leído los pensamientos?

—¿Qué quiere decir con eso de «aquí»?

—Quiero decir aquí, entre los Hermanos.

—Oh, no lo sé —dijo Freirs. Al otro lado del corredor la esposa de Steebler había dejado de rellenar impresos y parecía estar escuchando. Freirs escogió sus palabras con mucho cuidado—. Sarr y Deborah esperan que me quede hasta el final del verano. ¿Por qué?

Steebler meneó la cabeza.

—Por nada. Se me ocurrió preguntarlo, eso es todo. —Sumó las compras de Freirs con lápiz en un trozo de papel y luego metió el dinero en un cajón—. Dígale al Hermano Sarr que le mando saludos, ¿de acuerdo?

—Oh, claro —dijo Freirs—, de acuerdo...

Cogió sus compras y salió rápidamente del almacén, sintiéndose confuso. ¿Por qué se había mostrado tan hostil Steebler? Casi parecía como si deseara verle salir del pueblo...

No se le ocurrió una explicación hasta no haberse sentado en el duro banco de madera que había en el porche delantero de la cooperativa, cuando ya había empezado a desenvolver el bocadillo. «¡Claro! —decidió—. Me habrá oído usar el teléfono y se habrá figurado que llamaba a la ciudad. Probablemente teme que vaya a dejar plantados a los Porothe.» Se sintió mejor. Sí, eso debía de ser. No se trataba de que Steebler quisiera verle fuera del pueblo..., todo lo contrario. ¡Ese tipo quería que se quedara!

Desde la primera vez que le vio ese cálido domingo de mayo, Bert Steebler nunca le había perdonado al forastero que se durmiera en el cementerio. Oh, sí, le había visto allí tendido a la sombra del monumento funerario de los Troet, roncando toda la tarde con su

gorda tripa al aire, como si los que allí descansaban fueran su gente y tuviera todo el derecho del mundo a estar acostado entre ellos. Steegler y su mujer tenían familia enterrada allí (la pobre Annalee, que sólo había vivido seis semanas, el Señor acogiera su alma) y le irritó enormemente ver a aquel forastero vestido como un vagabundo tendido sobre los difuntos como si no fueran más que montones de tierra húmeda. Había visto cómo el Hermano Sarr Porothe trepaba ese día hasta la cima de la colina y le había visto luego despertar al tipo de la ciudad para llevarle hasta su camión. Había oído cómo los Porothe le habían abierto su casa de par en par y sabía que al Hermano Sarr el forastero no parecía molestarle, pero la verdad es que al Hermano Sarr había muchas cosas que no le molestaban ni le preocupaban: por ejemplo, el respeto que le debía a la comunidad, por no mencionar el que le debía a su propia madre dado el modo en que se fue para estudiar en otro sitio y luego volvió trotando a su casa como si fuera el hijo pródigo de la Biblia. Y ahora mismo estaba tomándole el pelo a la cooperativa (que, después de todo era simplemente la comunidad entera de los Hermanos inscrita legalmente en un papel), debiéndole..., ¿cuánto debía ya? Vaya, si la última vez que lo comprobó eran 4.900 dólares, ¿cómo diablos pensaba el chico pagar tal suma? Era una suerte que su padre no viviera, que el Señor diera descanso a su alma: al viejo no le habría gustado ni un pelo que un hijo suyo tuviera deudas con la cooperativa.

Steegler estiró su flaco cuello y miró por la ventana. Sí, ahí estaba; no le había oído bajar los peldaños del porche. Ahí estaba, sentado, en el banco, gordo y perezoso..., ciertamente era lo bastante joven como para trabajar, y probablemente sería fuerte (normalmente los tipos que cargaban con un montón de kilos tenían los músculos suficientes para transportarlos), pero prefería quedarse ahí sentado, mano sobre mano, engullendo su bocadillo y mirando la nada, sabe Dios qué pensamientos pecaminosos en la cabeza. El Hermano Rupert Lindt tenía razón sobre él: ese tipo de personas esperaban que los demás trabajaran para ellos, pero no eran capaces de mover ni un dedo. Verle ahí era un mal ejemplo, con los bolsillos abultados, enfrente del almacén que era el símbolo de la comunidad. No tendría que haber escuchado jamás a Amelia, tendría que haber quitado ese banco años atrás; le había dicho que era una invitación a la ociosidad, pero ella había mantenido que los ancianos necesitaban un sitio para descansar sus huesos. Como si los ancianos no tuvieran nada mejor que hacer, a este lado de la tumba, que sentarse y mirar la calle... Sí, por lo que a él respectaba, ese tipo no era bueno.

Se fijó en que la puerta de la nevera no estaba del todo cerrada; muy típico del forastero el marcharse dejándola medio abierta, malgastando el propano que acababa de subir de precio un dólar y doce centavos el tanque. Steegler fue presuroso hasta la nevera y vio, con cierta decepción, que se había equivocado: la puerta estaba cerrada. Se volvió para comprobar que no hubiese tirado algún grano al meter antes la mano en el saco... y entonces vio los gusanos.

El saco de maíz estaba lleno de ellos. Había docenas... No, se dio cuenta de que eran centenares: se retorcían entre el grano, criaturas de un color amarillento casi igual al del maíz, entrando y saliendo por todos los recovecos como habitantes de una ciudad satánica. Y en ese mismo instante, cuando Steegler se decía a sí mismo que no podía ser culpa del forastero, que los gusanos debían de llevar semanas incubándose en el saco, que

el clima más cálido que de costumbre era el causante o que la culpa era de quien le había vendido el maíz (¿no había sido el Hermano Ham Stoudemire?), en el mismo instante en que pensaba todo eso, la asociación de ideas ya se había formado en su mente: el forastero echaba a perder las cosas sólo tocándolas. Sí, igual que decía la Biblia: de sus manos nacían las alimañas.

Tenía que decírselo ahora mismo al Hermano Rupert. Ya casi podía ver su cara, sus ojos abriéndose lentamente a causa del asombro, el ceño que se fruncía gradualmente, sus enormes dedos convirtiéndose en puños furibundos.

Bert Steegler no era ningún estúpido. Tenía cierta idea de lo que se escondía tras el desagrado que Lindt sentía hacia el forastero: era esa chica delgada y pelirroja, la que le acompañó ese domingo cuando entró en el almacén. Steegler había visto cómo el hombretón le clavaba los ojos y luego no dejaba de mirarla, y en cierto modo le había compadecido: todos sabían que la Hermana Anna le hacía llevar a Rupert una vida más bien dura. Mas a pesar de todo eso seguía siendo capaz de apreciar la verdad que había en las palabras de Lindt. El forastero del porche no pertenecía a ese lugar. Había traído a los Hermanos la mancha pecaminosa de la ciudad y era una puerta por la que podía entrar el pecado. Gilead tenía que limpiarse librándose de él.

A última hora de la mañana el vagón de metro estaba casi vacío salvo por dos chicos (aparentemente estudiantes de Columbia que habían debido de quedarse en la ciudad a estudiar), uno de los cuales no dejaba de mirarla a hurtadillas, por encima de su libro, y un grupito de niños negros con gorras de béisbol y bolsas de gimnasia. Dos de ellos se estaban riendo y miraban algo que había detrás de ella. Carol fingió limpiarse el sudor de la frente y al volverse vio un maltrecho cartelito azul pegado a la ventana sobre su cabeza que decía *ES UNA BENDICIÓN SER VIRGEN*. Alguien había garabateado junto a esa leyenda las palabras «Pero es mejor echarles un polvo». Carol se apresuró a volver la cabeza, alegrándose de que la estación siguiente, la calle Ciento diez, fuera la suya.

Caminó hacia el sur hasta reconocer el viejo edificio de ladrillos grises junto a Riverside Drive. De las ocho a las seis había un conserje, un chicano de aspecto soñoliento que llevaba como único uniforme pantalones de color marrón y una camiseta. No pareció entender muy bien lo que Carol deseaba y una vez que ella se lo hubo explicado no pareció demasiado dispuesto a echarle una mano.

—No —dijo sacudiendo lentamente la cabeza—, no puedo abrirle la puerta a nadie.

—Pero es posible que esté ahí dentro muriéndose —suplicó Carol.

Aparentemente y a juzgar por su expresión al conserje eso le parecía de lo más improbable.

—Mire, señora, no tengo llave. El que tiene la llave es el encargado, pero ha salido. Vuelva mañana y hable con él, ¿vale? —Apartó el rostro con expresión impaciente, como si Carol ya se hubiera esfumado.

—Bueno, ¿puedo subir al menos y llamar a la puerta?

Él asintió sin mirarla.

—Muchísimas gracias.

Carol se metió en el ascensor apretando con furia el botón del piso número 12. Un

minuto después salió del ascensor en el piso de Rosie. Su apartamento estaba al final del pasillo, detrás de una puerta pintada con un sucio color verdoso y en la que brillaban tres cerraduras de gran tamaño e impresionante apariencia. Al viejo le preocupaban mucho los ladrones.

—¿Rosie? —dijo Carol en voz alta pulsando el timbre que había junto a la puerta—. ¿Rosie? —Oyó el apagado eco de los timbrazos en el interior del apartamento y pegó la oreja a la puerta, pero no logró oír nada más. Llamó con la mano, primero con suavidad y luego más fuerte, pegando de nuevo la oreja a la puerta. Nada. Se encogió de hombros y dio media vuelta dispuesta a irse, pero se detuvo acercándose de nuevo a la puerta—. Rosie —dijo acercando los labios a la rendija de la puerta y hablando en voz muy baja, porque le daba cierta vergüenza que alguien pudiera oírla—. Rosie, soy Carol. Si está ahí dentro... Bueno, ahora no puedo entrar en el piso pero mañana volveré y haré que el encargado me deje entrar. No se preocupe, volveré.

Había pasado más de una hora y no había conseguido hablar con Carol. En su piso nadie contestaba al teléfono y la mujer de Voorhis con la que había hablado, le dijo que Carol no había venido a trabajar. Freirs no quiso dejar ningún mensaje y colgó, inquieto, casi indignado ante la ausencia inesperada de alguien que había considerado como una persona de hábitos regulares en la que confiar. ¿Dónde diablos se había metido? ¿Con quién andaría?

Bueno, la llamaría dentro de uno o dos días cuando volviera a la ciudad. Ciertamente no pensaba quedarse aquí más tiempo; ya había hecho bastante el idiota. La calle principal de Gilead estaba casi desierta, con algún coche que pasaba de vez en cuando y un rostro ocasional, pegado a una ventana, contemplándole con cara poco amistosa y la biblioteca, donde creyó que podría pasar la tarde, estaba cerrada sin ningún tipo de cartel que explicase las razones. Había tomado demasiadas latas de Coca-Cola y había comido demasiadas patatas fritas sentado en el porche. Se puso en pie y bajó lentamente los peldaños, sintiendo que la cabeza empezaba a dolerle a causa del calor.

El camino de vuelta a la granja era bastante largo. Estuvo caminando más de veinte minutos por el sendero, pasando junto a la lechería de Verdock y la casa de los Sturtevant esperando que alguien le llevara, pero el único coche que pasó fue un viejo Ford, negro como una carroza fúnebre, que iba en dirección opuesta. La pareja de avanzada edad vestida igualmente de negro que iba en su interior le dirigieron una pétrea mirada de repulsa al pasar, obsequiándole con una bocanada del tubo de escape. Se quedó viendo cómo el coche se alejaba por el sendero hasta doblar un recodo y esfumarse, al igual que lo hizo unos segundos después el ruido del motor. La atmósfera quedó de nuevo silenciosa a excepción de un tractor lejano y los ecos de un hacha; nada se movía salvo las vacas que le contemplaban suspicaces desde un campo a su izquierda, las mariposas revoloteando de una flor a otra y, de vez en cuando, alguna serpiente de color verde que se aventuraba sobre el sendero y volvía a meterse en la hierba cuando él pasaba. Las sombras de los robles se iban alargando cada vez más, como si intentaran cubrir el pueblo distante.

Cinco minutos después, cuando bajaba la pendiente que estaba junto a la granja de Ham Stoudemire, evitando cuidadosamente la forma oscura e inmóvil de una culebra

enroscada durmiendo junto al sendero, vio aparecer por él un camión azul lleno de óxido en cuyo interior iban dos figuras vestidas de negro: un joven al que empezaba a salirle barba al volante y una chica más bien gorda y de nariz aplastada sentada junto a él. El camión se aproximaba rápidamente a él y Freirs levantó la mano con el pulgar extendido y su mejor sonrisa en los labios.

El camión no sólo no redujo la velocidad sino que aceleró girando bruscamente hacia la derecha. La culebra despertó justo a tiempo y se metió entre la hierba. Freirs retrocedió de un salto para evitar que le atropellaran.

—¡Cabrones! —gritó agitando el puño mientras el camión se alejaba, esperando primero que hubieran visto el gesto y luego, pensándolo mejor, esperando que no. Sería una idiotez meterse en peleas con gente del pueblo y, después de todo, todos los adolescentes son iguales, incluso entre los Hermanos. La verdad era que a lo mejor sólo intentaban matar a la serpiente, no podía estar seguro.

Encontró su buen samaritano cuando ya estaba a medio camino del arroyo y el sendero parecía esfumarse bajo un enrejado de sombras: era un granjero de rostro arrugado que conducía un camión lleno de basuras y que se dirigía al vertedero del pueblo, a casi un kilómetro al norte del último campo de los Geisel.

—Estuve a punto de no parar —dijo observando a Freirs con ojos cautelosos en los que el blanco se había vuelto casi tan amarillo como el maíz—. Creí que podía ser uno de esos delincuentes... —Freirs rió asegurándole que era tan honrado como la mayoría de la gente común. El viejo asintió solemnemente—. Está con los Porothe, ¿no?

—¿Cómo lo sabe?

—Me lo imaginé apenas abrió la boca.

—Debe de ser difícil mantener algo en secreto por aquí. Todo el mundo parece estar enterado de todo lo que sucede.

—Más o menos...

Freirs pensó, una vez que el viejo pareció perder algo de su reserva inicial, que quizá valiera la pena intentar sonsacarle algo.

—Pues para lo pequeño que es el pueblo creo que hay todo un tesoro en las historias familiares de aquí —dijo. El granjero meneó la cabeza.

—No demasiado, hijo. No somos partidarios de andar acumulando las riquezas del mundo, como otros.

—No, no..., quiero decir un tesoro de..., de recuerdos, un sentido de identidad común basado en compartir la misma historia, la familia. .. —¡Jesús, parecía un libro de texto!—. Como el mismo Sarr Porothe volviendo a su granja ancestral después de más de un siglo. Es algo muy sorprendente... —El anciano se encogió de hombros.

—La vendían a buen precio y alguien habría acabado quedándosela. Los Baber nunca le sacaron gran cosa..., no tanto como habrían podido sacarle otros.

—Supongo que por aquí la tierra no es tan fértil...

—No, señor, no tiene nada que ver con la tierra. Eso es sólo cuestión de quitar algunos árboles de vez en cuando. Hace falta la voluntad para hacerlo... —Calló unos instantes—. A menos que a uno no le importe vivir en mitad del bosque, como le pasa a ciertas gentes de aquí.

—Se refiere usted a familias como los Fenchel. He oído a Sarr hablar de ellos.

—Gente así —dijo él, asintiendo.

—Y los McKinney —dijo Freirs—. Ésos aún deben de vivir más adentro del bosque.

—El anciano pareció sorprendido.

—Nunca he oído ese nombre, al menos no por aquí.

—¿No? ¿Y ese lugar que llaman Cuello de McKinney? Me supuse que el nombre le vendría por alguien que viviese cerca.

—Puede que tenga razón, pero yo nunca he oído hablar de ningún McKinney por aquí.

Freirs intentó recordar su paseo por el cementerio. Ahora que lo pensaba, no le venía a la memoria ninguna lápida con ese apellido.

—De todos modos pienso explorar un poco esa zona algún día. Puede que incluso me tropiece con algún fantasma.

Pero el granjero no mordió el cebo.

—No se me ocurre razón para que un fantasma pierda el tiempo en el Cuello. Ahí no hay nada salvo fango y aguas pantanosas. Hay que tener cuidado o es fácil hundirse.

—Pues yo he oído que por ahí han pasado cosas bastante raras. —Vigiló el rostro de su interlocutor—. He oído decir que incluso un par de asesinatos.

La expresión del granjero apenas si se alteró, excepto por una cierta impaciencia.

—Recuerdo algo de eso pero fue hace mucho, desde luego antes de que usted naciera. Y, si me disculpa, me parece a mí que hablando de asesinatos esa ciudad de la que viene no tiene competidora posible.

—No lo niego —dijo Freirs, intentando parecer adecuadamente avergonzado—. Pero los asesinatos en los que estaba pensando eran algo raros..., los dos se cometieron el último día de julio. Supongo que el año pasado no sucedería nada especial en esa fecha, ¿verdad? O quizá el año anterior... Algún tipo de muerte violenta, quizá alguien que desapareciese..., incluso puede que una muerte inexplicable...

El granjero condujo durante un par de minutos en silencio.

—Pues no —dijo al fin—. No que yo recuerde. Los veranos son bastante tranquilos por estos lugares. ¿Por qué?

—Oh, por nada en particular —dijo Freirs—, sólo por preguntar...

El 31 de julio de 1890 y el 31 de julio de 1939... ¿Por qué el mismo día con casi medio siglo de separación? Debía de existir algo especial en esas fechas, algo que las hacía distintas de todos los demás 31 de julio.

—De hecho —dijo el granjero interrumpiendo los fantaseos de Freirs—, esa época es una de las más sagradas del año, dado que agosto empieza con la Fiesta del Cordero y se termina con las celebraciones de la cosecha.

—¿De veras? —Sintió una leve decepción—. Me imagino que para ustedes el año debe de estar lleno de fiestas religiosas.

—Bueno, tratamos de vivir siguiendo el camino del Señor. Por ejemplo, el domingo pasado en la adoración, el Hermano Amos se volvió hacia mí y dijo que...

Pero Freirs ya estaba mentalmente en la granja, repasando todos los preparativos que debería hacer antes de irse: las explicaciones que les daría a los Porotheos mañana por la

mañana, los montones de libros que tenía que empaquetar... Y constantemente, de un modo incontrolable, sus pensamientos volvían a la foto vieja y descolorida que había puesto en la pared sobre su escritorio..., la foto de ese extraño y diminuto rostro blanco que le sonreía desde el pasado.

Fue la pierna de cordero que, al volver a la granja, se encontró en el horno para la cena, perfumando con su olor la pequeña cocina, la que motivó su pregunta.

—Deborah, ¿qué es la Fiesta del Cordero? —Ella se encogió de hombros.

—Pues una de nuestras fiestas de precepto, nada más. ¿Por qué?

—El hombre que me trajo hasta aquí mencionó que es a principios de agosto. No la había oído citar nunca con anterioridad.

—¡Ay, Jeremy! —dijo ella riendo—, ¿no te has comido ni tan siquiera aún la de esta noche y ya quieres más! —Volvió a concentrarse en los pepinos y tomates que estaba cortando en rodajas para la ensalada—, ¿Qué más te contó?

—Nada que fuera interesante —dijo Freirs haciendo memoria—. La verdad creo que no sabía demasiadas cosas. Le pregunté sobre el Cuello de McKinney pero no había oído hablar de nadie que se llamara McKinney por aquí.

—Puestos a pensarlo, yo tampoco —dijo Deborah—. Cariño, ¿hubo alguna vez una familia McKinney por esta zona?

Sarr dejó de leer el *Home News* del día anterior, que le había tenido absorto hasta el momento.

—No que yo recuerde.

—Entonces, ¿de dónde viene el nombre del lugar? —dijo Freirs.

Sarr meneó la cabeza.

—No puedo decirlo, la verdad. Pero intentaré enterarme de algo.

Y volvió a concentrarse en su lectura.

—Si te interesa la Fiesta del Cordero —dijo Deborah—, podrías acompañarnos a casa de los Geisel. Este año se celebrará allí. La Hermana Corah es una cocinera magnífica..., aunque te advierto que se reza mucho.

—Entonces, ¿estoy invitado?

—No veo por qué no. Cariño, ¿puede venir Jeremy a compartir el cordero con nosotros, Matt y Corah?

—Será bien acogido —dijo Porothe—. Si es que sigue aquí para entonces.

Freirs se ruborizó.

—Pues la verdad es que espero seguir aquí.

—¿Por qué no iba a estar aquí? —dijo Deborah, ocupada con los platos y los cubiertos—. Cariño, deja de leer y vamos a la mesa. —Miró a Freirs—. Una comida así no merece que nadie la haga esperar.

—¿Cómo podría hacerlo? —dijo Freirs, con un tono alegre que realmente no sentía. Mientras contemplaba los alimentos que Deborah iba poniendo sobre la mesa (la ensalada de un brillante colorido rojo y verde, el jarro de leche fría, las judías recién cogidas del huerto) se preguntó qué habrían dicho hoy de él los Porothe.

EL TEMA DE SU MARCHA no volvió a ser comentado. Pero después de la cena, mientras ellos dos estaban en el porche de atrás viendo como la tierra se iba oscureciendo y oían a Deborah cantar himnos mientras trabajaba en la cocina, Sarr volvió, aunque fuera de modo indirecto, a la conversación de antes.

—Ya sabes —dijo con énfasis—, que Dios tiene muchos nombres distintos y es adorado de modos extraños. Pero siempre es el mismo Dios. —Calló unos instantes y Freirs sintió sus ojos clavados en él.

—Es cierto —dijo al fin, preguntándose adonde querría ir a parar—. Estoy seguro de que no importa demasiado el nombre que se le dé.

—No importa —repitió Poroth con más emoción en la voz—. Puede que las palabras sean distintas, pero el espíritu es siempre el mismo. En Trenton los profesores hablaban de «otros sistemas de creencias», igual que todos esos libros. —Señaló con un ademán hacia la casa donde los escasos libros de texto que había conservado se cubrían de polvo en la sala—. Y al principio no me importa confesar que eso me preocupó: Dios parecía adoptar demasiadas formas. Pero al final descubrí que eso no hacía sino aumentar mi fe, porque llegué a ver cómo pese a tener nombres distintos era siempre el mismo Dios que yo conocía.

—Una vez leí un relato —empezó a decir Freirs—, en el que decían que los habitantes del Tibet tienen nueve mil millones de nombres para Dios...

—No hace falta ir tan lejos —dijo Sarr—. Había una aldea en México de la que los católicos estaban enormemente orgullosos. Todos los indios de la zona se habían convertido... Llevaban siendo cristianos durante más de cien años y semana tras semana todos sin falta acudían a la iglesia para adorar a la Virgen. Y un día al sacerdote se le ocurrió hacer unas reparaciones en el altar y bajo él descubrió otro altar con un ídolo mucho más viejo que el suyo, un ser de aspecto cruel con cabeza y dientes de serpiente.

—¿Y era a ése al que en realidad habían estado adorando todo ese tiempo? —Sarr asintió.

—Pero lo que intento decirte es que en realidad a quien estaban engañando era a ellos mismos. Los católicos pensaban que le rezaban a un Dios y los indios a otro, pero en realidad estaban rezándole al mismo. Como si en el fondo tanto la Virgen como la serpiente fueran aspectos de otro Dios distinto..., el verdadero.

—El que de verdad tiene la D mayúscula —dijo Freirs, aunque en su fuero interno había sacado una conclusión muy distinta de esa historia, una conclusión confusa y llena de dioses más viejos y oscuros en cuyos rituales la sangre no era un mero símbolo.

—Con la Fiesta del Cordero sucede lo mismo —decía Sarr—. La verdad es que bajo ella se esconde otra celebración, aunque la gente de aquí nunca la haya oído mencionar.

—¿Qué clase de celebración? —Sarr se encogió de hombros.

—Una celebración pagana, el típico festival de la cosecha. —Abrióla puerta y le invitó a salir—. Ven, te lo enseñaré. —Cuando atravesaron la cocina Deborah seguía en el fregadero pero no les miró. El brillo de la linterna hacía que la noche, al acecho tras las ventanas, pareciera aún más oscura que en el porche. Sarr encendió otra lámpara y, una vez en el salón, examinó su parca reserva de libros, buscando entre los títulos—. Algunas veces fueron los cristianos los que tomaron una fiesta pagana convirtiéndola en fiesta

propia... como la Pascua. Supongo que ya sabrás que mucho antes de Cristo era un festival que celebraba la siembra. —Sacó un maltrecho volumen gris del estante inferior y empezó a pasar sus hojas—. A veces cambiaban un poco el nombre para disfrazar el origen y eso es lo que los Hermanos hicieron con la Fiesta del Cordero, un nombre que para los cristianos suena de lo más apropiado.

—¿No era ése su nombre original? —Poroth alzó los ojos del libro.

—No —dijo en voz muy baja—, y probablemente sólo yo lo sé.

—¿Qué es ese libro? ¿Algún rival de la Biblia? —Poroth rió intranquilo.

—No, es sólo un almanaque, hacía años que no lo miraba. —Le enseñó la tapa pero el nombre se había borrado hacía mucho tiempo. Sarr buscó la página del título—. *Almanaque Agrícola Nuevamente Revisado y Guía Celeste para los Campos, 1947* —leyó—. Lo encontré en una venta benéfica en Trenton, me costó quince centavos. —Miró nuevamente las páginas, pasó algunas más y luego se detuvo—. Ah, aquí está lo que andaba buscando. —Le tendió el libro a Freirs, señalando una línea en mitad de lo que parecía ser un gráfico—. ¿Ves? Ahí mismo.

El libro olía débilmente a moho y las tapas se habían deformado en los bordes. Freirs miró la página que le indicaba. *Fiestas de los Antiguos*, decía en la parte superior y bajo ella había un calendario de aspecto muy complicado. Encontró la línea señalada por Sarr y leyó: *1 de agosto. Lammas*.

—No tiene nada que ver con los corderos —dijo Sarr—, y tampoco la víspera.

Freirs miró la columna anterior. *31 de julio* —leyó—, *Víspera de Lammas*.

—Hmmm, ¡suena bastante siniestro!

—Quizá lo fuera. La magia negra siempre es poderosa en la Víspera de Lammas. Probablemente esa noche en el mundo se hagan cosas bastante extrañas.

—¿Por qué?

En vez de contestarle Poroth se limitó a señalar de nuevo el calendario. Había algo llamado Roodmas el tres de mayo, y el solsticio de verano el veinticuatro de junio, y también estaba el día del que le habló Deborah, san Swithin, el quince de julio. Se dio cuenta de que varias fechas estaban señaladas con asteriscos... Fechas como el uno de mayo y el último día de octubre. También estaba señalado así el último día de julio, la Víspera de Lammas. Miró el final de la página y junto al asterisco vio la sencilla nota a pie de página, sólo dos palabras:

Aquelarres, probablemente.

Los rayos de la luna penetraban suavemente la neblinosa atmósfera del lugar llamado el Cuello de McKinney, revelando motas de polvo e insectos, cruzando el entramado de viejas raíces que se extendía a partir de la columna formada por un algodonerero caído al suelo y, debajo de ellas, iluminando el pequeño altar de rocas, fango y huesos acabado de construir.

El altar era más pequeño que el primero, pero al mismo tiempo considerablemente más colorido. Entre los diminutos guijarros enhiestos que rodeaban el montículo como un Stonehenge en miniatura había pétalos de rosa recién cogidos que de día relucían como faros rojizos entre el barro y de noche parecían manchones de tinieblas. Y en la cima del

montículo, como una cómica borlita sobre el sombrero de un payaso, yacía ahora un cráneo redondeado, con las cuencas vacías, pero con las orejas y el bigote intactos... y con abundantes restos de un pelo negro y suave.

La noche. El creciente lunar está oculto entre los árboles mientras el animal avanza sobre la hierba para sentarse luego mirando hacia la granja. Desde una habitación del segundo piso resuenan unos cánticos: el granjero y su esposa, en sus plegarias nocturnas.

*Centinela de Sión, anuncia la nueva,
de cómo Su reino borrará el pecado y la muerte...*

Se acerca al edificio y se agazapa bajo la ventana. A cincuenta kilómetros de distancia, doce pisos más arriba, una figura marchita tendida en un lecho oye los últimos versos del himno.

*Y toda la tierra cantará Su gloria;
alabadle, ángeles que estáis en Su presencia,
grande es Jehová, Rey de todas las cosas.*

Las voces callan y luego se oye brevemente la del hombre, recitando una corta oración a la que se une la mujer, repitiendo sus palabras. Luego la luz se apaga como siempre y muy pronto en la habitación resonarán los ecos de sus cuerpos haciendo el amor. El animal sigue avanzando. Hay luces todavía encendidas en el primer piso y ante ellas vuelve a agazaparse. Ahí está sentado de nuevo el visitante de la ciudad, absorto en un libro, su rostro rechoncho y blanco brillando como una luna llena bajo la luz de la lámpara. El animal le observa y el Anciano ve como él pasa una página. Por un instante, como si fuera consciente de que le vigilan, el visitante deja el libro y se acerca a la ventana. Sus ojos inquietos miran ciegamente por ella, incapaces de ver nada más allá del brillo de su lámpara. A unos metros de distancia, envuelto en la oscuridad, el animal está inmóvil observándole.

El hombre vuelve a su asiento y unos instantes después al grueso volumen grisáceo que ha estado leyendo. El animal se vuelve y avanza veloz junto a la casa hasta los peldaños del porche trasero. Ahí, en la oscuridad que hay bajo el umbral, se encuentran dos cubos metálicos de basura que apestan a muerte y podredumbre. En uno de ellos el olor es ya antiguo, pero en el otro está acumulada toda una semana de pequeños cadáveres mutilados, todo un variado surtido de carne que se pudre.

E incluso la putrefacción tiene sus usos.

Un grácil golpe con la pata, un estruendo metálico y el cubo se vuelca, la tapa rodando estruendosamente medio metro sobre la hierba. Arriba, en la oscuridad, la mano de la mujer aprieta la espalda del hombre.

—Cariño, espera un momento —le susurra—. ¿Has oído eso?

Él asiente con un gruñido gutural.

—Alguna mofeta... —dice, penetrándola de nuevo.

Abajo, en la sala, el visitante deja de nuevo el libro y recorre la estancia cerrando cuidadosamente cada ventana.

El animal, sin que nadie le haya visto, se arrastra penetrando en las tinieblas del cubo volcado. La fragancia de la muerte llena sus pulmones. Ante él yace el montoncillo de cadáveres: ratones de campo, ranas, serpientes.... Con metódica delicadeza hunde sus garras afiladas como navajas en la carne podrida... Primero las patas delanteras, luego las traseras, haciendo tiras la carne con la eficiencia de una máquina, haciendo penetrar la podredumbre en la piel y luego aún más hondo a cada golpe de esas uñas cruelmente ágiles.

Y a lo lejos el Anciano lo ve todo, oliendo el aroma de la muerte, sintiendo la carne que se pudre bajo las uñas de sus propios dedos. Sí, la carne es buena y puede que sea útil para lo que debe hacerse mañana. Un poco más de veneno nunca es malo...



Veintidós de julio

Amos Reid llevaba una bolsa de polvo de Burdeos bajo el brazo para intentar salvar las hojas de sus frutales; el joven Abram Sturtevant se disponía a comprar su tercera lata de Malathion para tratar con una repentina plaga de áfidos y Rupert Lindt estaba acabando con el polvo patentado Gurney para gusanos, intentando contener a los gusanos y babosas que ya habían acabado con una tercera parte de sus tomates. Ninguno de ellos tenía problemas morales en lo tocante al uso de insecticidas: los problemas eran meramente económicos. Los pesticidas eran caros, pero dadas las circunstancias tendrían que confiar en ellos y salvar lo que pudieran. El año, sin aviso previo, iba a resultar bastante malo. Era algo que se veía en sus caras y se notaba en sus conversaciones. Ni tan siquiera Bert Steegler era feliz, aunque los negocios hubieran ido bien el día de hoy: tanto él como su mujer vivían básicamente de su salario y el beneficio o la pérdida que pudieran sacar del almacén no difería demasiado del de cualquier otro Hermano. Además, Irma, la hija de Bert, acababa de ver cómo en una sola noche todo un campo de calabazas desaparecía bajo una clase de voraz babosa gris de la que nunca antes se había oído hablar por los alrededores.

—¿Has oído lo que sucedió en la lechería de Verdock? —le preguntó Steegler, mientras iba sumando lo que había comprado Abram Sturtevant.

—He estado demasiado ocupado tratando de salvar mis cosechas para preocuparme de los demás —dijo éste.

—Pues yo te diré lo que ocurrió —gritó Rupert Lindt—. Una de las vacas de Adam le dio una coz en la cabeza a Lise cuando ésta trataba de sacarle un poco de leche.

—¡No me digas! Que el Señor se apiade de ella. ¿Cómo está?

—Bastante mal —dijo Lindt—. No creen que llegue al domingo.

—Hemos estado rezando por ella —añadió Amos Reid—. Es todo lo que podemos hacer.

—Yo rezaré también —dijo Sturtevant—. ¿Lo sabe mi hermano?

—Pregúntaselo tú mismo —dijo Steegler, que había estado mirando por la puerta—. Ahí viene.

Oyeron los sonoros pasos de Joram en el porche. Era una figura alta e impresionante con cejas negras y tan pobladas como su barba, pero al entrar en el almacén tenía el rostro pálido y bastante mal aspecto.

—Sí —dijo cuando le pusieron al corriente —, esta tarde pienso ir a rezar con el Hermano Adam y con su chica. —Parecía preocupado, pero por lo lacónico de su respuesta todos comprendieron que era por alguna otra causa.

—¿Y cómo le va a la Hermana Lotte en su prueba? —dijo Amos Reid.

—Todo lo bien que se puede esperar —dijo Joram con cara lúgubre—. Yo creí que era más fuerte de lo que está resultando ser, pero... —Se encogió de hombros—. Supongo que el niño es muy grande y que el parto será duro, pero tanto Lotte como yo estamos resignados a ello. Si es la voluntad del Señor, que así sea.

Avanzó por entre los estantes contemplando los diversos artículos, claramente poco acostumbrado a hacer unas compras de las que su mujer se había ocupado antes de su embarazo. De pronto, se encontró cara a cara con Lindt, el único de los presentes que era tan alto como él.

—Saludos, Hermano Joram —dijo Lindt—. Anna y yo hemos estado teniendo presente a la Hermana Lotte en nuestras oraciones.

Joram asintió sin gran entusiasmo.

—Un acto bondadoso por vuestra parte, Hermano Rupert. Si alguna vez hubo que rezar, sin duda es ahora...

—Tan cierto como los Evangelios —dijo Lindt—. ¿Ya sabe lo que le ocurrió ayer a Ham Stoudemire? Bueno, pues a mí me ha estado pasando lo mismo y en casa de Bethuel Reid igual... Esto parece la Tierra de Tophet, nunca había visto tantas serpientes juntas. Bethuel no se atreve ya ni a salir de su casa.

—Esto pasará —dijo Joram—, al igual que todas las cosas pasan. —Pero en su voz no había demasiada esperanza.

—Claro —dijo Lindt, siguiéndole a lo largo de los estantes—. El Señor cuida a sus ovejas. Pero si uno empieza a pensar en todo lo que ha estado pasando... —Fue contando con sus gruesos dedos, uno a uno—. Dicen que anda suelta una manada de perros que se han vuelto locos por el sendero de Annandale, igual que le sucedió ayer a los perros de Fenchel. Y lo que le sucedió a la pobre Hermana Lise, bueno... —Meneó la cabeza—. Acordaos de mis palabras, volverá a suceder, porque todas las vacas de Verdock se están portando igual de raro.

—Las de Matthew Geisel también —dijo Steegler desde el mostrador—. Contó que no paran de dar coces en la puerta del establo, como si quisieran tirarla.

—El hecho es que todos tenemos nuestras tribulaciones —dijo Lindt—, pero...

—Werner Klapp vino á primera hora esta mañana —le interrumpió Steegler—, y dice que tiene problemas con sus gallinas. Me contó que le vendió cuatro a Sarr Poroth y su mujer el día anterior y teme que le vayan a pedir que les devuelva el dinero cuando descubran que no ponen ni un huevo.

—Queríamos saber cuál es su opinión, Hermano Joram —prosiguió Lindt—. Cuando la gente tiene problemas como estos...

—El hombre ha nacido para tener problemas —dijo Joram—, y es a través de las penalidades como entramos en el reino de Dios. Ya lo sabes, Hermano Rupert... el Señor nos está poniendo a prueba.

—Sí —dijo Lindt—, pero, ¿no podría estarnos mandando un aviso también? Me refiero al extranjero que hay entre nosotros... ese que viene de la ciudad y que ha usurpado el nombre del profeta...

—Ya sé lo que sientes —dijo Joram—, y no debes tenderme trampas. Supe lo que había en tu corazón desde el principio, porque en el mío había lo mismo. Tengo muchas ganas de oír lo que vaya a decirnos el Hermano Sarr en la próxima reunión (no olvidéis que esta semana la adoración es en su granja)... y tengo también muchas, muchas ganas de ver al extranjero. Entonces sabremos cuáles son las órdenes del Señor. Pero hasta entonces no debemos hacer nada. Acordaos... «Bendito el que espera y vigila...»

—Amén —dijeron todos mecánicamente, no muy satisfechos, mientras Joram proseguía caminando absorto a lo largo de los estantes, sin dejar de pensar en su esposa embarazada.

También Sarr Poroth tenía problemas, como si los espesos nubarrones negros que antes asomaban por el horizonte cubrieran ya su cabeza cargados de trueno y lluvia. Le afligía una plaga de pequeñas contrariedades y temía por la suerte de su granja. Aunque la gallina superviviente había empezado otra vez a poner huevos, éstos eran unos objetos blandos y repugnantes, casi traslúcidos, que temblaban como gelatina al cogerlos en la mano. No dejaba de repetirse que no se trataba de una enfermedad demasiado rara en las cluecas y que en una semana o dos podía ser curada añadiendo calcio a su alimento, normalmente bajo la forma de cascara de huevo molida de otras aves sanas..., pero la sola idea de un nido lleno de huevos tan blandos como sus propios testículos le llenaba de repugnancia: eran cosas obscenas que iban contra la naturaleza, una abominación a los ojos del Señor. Deborah había jurado que se los podía comer, que no había nada de malo o peligroso en ellos, pero Sarr los había lanzado al suelo con una maldición. Se daba cuenta de que había sido un acto de irritación infantil que ahora le hacía sentir avergonzado, pero ya era tarde para disculparse.

Pese a todo, unos huevos blandos eran mejor que no tener huevos y, de momento, eso era lo que ocurría con las cuatro gallinas que habían comprado el miércoles por la mañana. Quizá fuera simplemente cuestión de haber cambiado de lugar: no tenía la suficiente experiencia como granjero para estar seguro, quizá sólo necesitaban tiempo para habituarse a la nueva granja. De todos modos había decidido que si no empezaban a poner con regularidad para finales de mes iría al Hermano Werner a pedirle que le devolviera su dinero. El dinero... ése era el auténtico problema, el que más le dolía y preocupaba, pues esa misma mañana había sucedido lo que ya venía temiendo. Freirs había dicho que se iba... Freirs, al que había dado refugio bajo su mismo techo durante las dos últimas noches y al que siempre habían tratado más como a un invitado que como a un inquilino. Esa mañana, después de engullir su enorme desayuno de costumbre, Freirs había carraspeado

y, obviamente avergonzado, había anunciado que se iba el sábado. ¿Y por qué? Todo porque le tenía miedo a esa condenada gata del infierno...

—Tú mismo dijiste que se le había metido el diablo dentro —le había contestado Freirs—, y puede que esté empezando a creerlo. De todos modos, no me fío de volver a dormir en ese sitio con un bicho por ahí al que le gusta abrirse paso a zarpazos por las rejillas.

—No hay que huir del diablo —argumentó Sarr—, no cuando estás en tu propia tierra. Debes quedarte y pelear con él.

—Es tu tierra —había dicho Freirs—, no la mía. Lucha tú con él. Yo me voy a casa.

Bueno, no le sorprendía esa traición, lo había estado discutiendo con Deborah hacía sólo dos noches. Le había advertido de que la gente de la ciudad volvía la espalda para huir al primer signo de adversidad. Después de todo, no tenían Dios alguno al que invocar y ninguna certidumbre de un cielo que les apoyara. Incluso los mejores de ellos carecían de fe... Al menos no había hecho ninguna escena. No había discutido con Freirs y tampoco le había suplicado.

—Espero que sepas qué es lo mejor para ti —le dijo, alargando su mano a través de la mesa del desayuno para estrechar los dedos regordetes de Freirs—. Te deseo toda la suerte que un hombre pueda tener.

Se había portado bondadosamente, como un auténtico cristiano debe hacerlo aunque en su interior se había sentido aplastado... por un instante, incluso aterrado, perseguido por una vocecilla burlona que iba repitiendo «Toda la suerte que un hombre pueda tener», para musitar luego «¡Estás arruinado!»

—Cariño —le había dicho Deborah cuando Freirs se marchó a su habitación—, eso quiere decir que tendremos quinientos dólares menos de lo que pensábamos. ¿Crees que...?

—¡Eso no importa! —le había contestado él, con más aspereza de la que habría querido—. Ya encontraremos ese dinero en algún otro sitio. Dios vigila a los suyos.

Dándole aún vueltas a lo que Freirs había dicho, bajó la cuesta hacia los campos y, de pronto, sus ojos se posaron en la vieja garita que había entre el granero y el arroyo. Siempre la había evitado a causa del avispero que había en su interior, pero ahora la veía como un desafío, un modo de dar salida a sus energías frustradas: era algo que estaba en sus manos hacer para limpiar la tierra. Cogió una escoba del granero y, preparado para salir corriendo en cualquier momento, metió la pequeña cabeza en el pequeño recinto de madera. Para su sorpresa no vio señal alguna de avispero hasta que, al mirar hacia arriba por un agujero del techo (destinado en principio a dejar salir el humo y ahora cegado al haberse tapado desde hacía mucho el espacio de arriba) distinguió en la oscuridad un pálido objeto de aspecto terroso y color gris que tenía el tamaño y la forma de un cerebro humano, adosado a las vigas.

Se dio cuenta de que el avispero era casi inaccesible. El único modo de llegar a él era usar el mismo trayecto que seguían los insectos, que entraban volando por la puerta y luego se metían por el agujero del techo. Si tuviera dinero sería un lugar estupendo para ocultarlo, pero la verdad era que no tenía nada digno de ser robado. Sin muchas esperanzas metió el mango de la escoba por el agujero y obtuvo como recompensa a su

esfuerzo un doloroso aguijonazo en la mano derecha, justo bajo el pulgar.

Volvió de mal humor al campo abandonado y pese al dolor empezó a quitar rocas hasta que, como un mensajero que acude a ver a Job, le interrumpió un preocupado Amos Reid, llegado dando tumbos por el sendero en su coche, con la nueva de que la tía de Poroth, Lise Verdock, había recibido una coz de una vaca la noche anterior cuando intentaba ordeñarla, encontrándose ahora a las puertas de la muerte. Así pues, él y Deborah, llenos de inquietud, habían subido al camión y seguido el coche de Amos en dirección al pueblo y luego subiendo la cuesta hasta llegar a la granja Verdock. La tía Lise yacía pálida e inconsciente en cama con una espantosa hinchazón purpúrea deformándole la sien como si fuera un ser vivo y hambriento, en tanto que su hija Minna montaba guardia, agotada, junto a ella y el pobre Adam Verdock (que, bien lo sabía Dios, ya había tenido bastantes problemas la semana pasada cuando sus reses habían dejado de dar leche) estaba demasiado trastornado como para decir nada coherente. Poroth había mirado a la mujer inconsciente y un miedo terrible le había invadido; por un instante pensó «Morirá si no la llevan a un hospital...». Pero ésa era la solución del diablo, no la suya; un resto de los años que había pasado en el mundo corrompido del exterior. Ahora estaba seguro de que la plegaria era tan eficaz como el pulido acero de los cirujanos.

Y eso habían hecho: rezar. Los cinco se habían arrodillado junto al lecho y habían rezado en silencio durante casi una hora. Y ahí había descubierto el más terrible de todos los secretos pues, mientras que los demás oraban, él había estado debatiéndose con imágenes en las que perdía su granja y esa vocecilla burlona no había dejado de susurrar «Dinero... arruinado... ¡maldito!». Y de ese modo, por su culpa, lo que habría debido ser una ocasión para la santidad, unos instantes colmados con la devoción que un hombre le debe a la única hermana de su padre, habían quedado malditos. La culpa era sólo suya: había descubierto el pecado, no bajo su techo sino en su propio corazón.

Luego estuvo un rato junto al camión aparcado delante del granero, contemplando los tallos de maíz, fáciles presas de todo tipo de alimañas y no habiendo crecido aún ni la mitad de lo que deberían para esa época del año, y se preguntó por primera vez en su vida qué le reservaba el futuro, qué destino aguardaba a Deborah y a los Hermanos. ¿Acaso Dios les había abandonado? ¿Es que las garras del diablo rodeaban ya sus tobillos? Y, de ser así, ¿era él en cierto modo culpable de eso? Absorto en sus pensamientos le dio un puntapié a una pella de barro, meditando en lo irónico de que los Hermanos fueran a venir aquí el domingo para celebrar su adoración... Esta granja no era lugar para bendiciones. La tierra estaba maldita.

El estudiante miró su reloj (las dos de la tarde en punto) y abrió la puerta con el letrero de SÓLO PERSONAL AUTORIZADO. Encendió la luz y abrió el armario donde se guardaban los rollos de papel milimetrado. Cogió uno nuevo y volvió a la sala principal donde estaba el instrumento de registro del departamento de geología en exhibición permanente, conectado mediante cables a un sismógrafo vertical Sprengnether situado en el sótano. Usando otra llave, abrió el gran estuche de acero y cristal, quitando luego la pesada tapa de vidrio que protegía el instrumento del polvo y las vibraciones de la estancia. El papel del tambor se cambiaba cada día a esa misma hora y la tarea debía

hacerse con rapidez; en 1979 el departamento no había logrado registrar uno de los mayores terremotos de la historia de New Jersey, sólo porque éste había pillado a un estudiante cambiando los rollos.

Levantó con delicadeza el punzón metálico del papel y la punta entintada dejó un pequeño garabato en el rollo, como si el suelo hubiera temblado levemente. Giró con gran lentitud el tambor metálico y quitó el rollo usado poniendo en su lugar el nuevo, ajustando los extremos a unas ranuras del metal. Volvió a colocar en su sitio el punzón y sacando una pluma del bolsillo anotó en el nuevo papel la fecha, la hora, la atenuación o señal constante del aparato y el nombre de su estación sismográfica (PRIN, de Princeton). Luego bajó la tapa de vidrio y la cerró de nuevo, volviéndose para examinar el registro del día anterior. Recorrió con los ojos la delgada línea negra que subía y bajaba por el papel como trazando los contornos de una cordillera. Sí, durante toda la semana el modelo parecía constante, al igual que durante la mayor parte del mes y aún sin triangular los datos con los de otras estaciones en la red de Lamont, sabía exactamente lo que representaba: seísmos menores en la parte norte del estado.

Durante la media hora siguiente estuvo transcribiendo los datos en una serie de impresos del Servicio de Vigilancia Geológica y luego archivó el rollo viejo en otro armario. Haciendo aún cálculos mentales llevó los impresos hasta una oficina al otro extremo del pasillo en cuya puerta se leía «Prof. J. Lewalsky - Director». Llamó dos veces y entró. El joven que había dentro no era el profesor Lewalsky; era un estudiante de geología graduado, que el departamento empleaba durante el verano. Cogió los impresos y los examinó brevemente.

—Hmmm, así que uno punto cuatro, ¿eh? Ha subido un poco, ¿no? —El otro estudiante asintió.

—Sí, el miércoles estaba en uno punto dos. Ha estado subiendo durante toda la semana. ¿Se supone que debemos informar a alguien de esto? —Su interlocutor se frotó la barbilla.

—Bueno, según la costumbre habitual, se supone que no debemos emitir informes a menos que los movimientos superen el tres, punto en el que pueden empezar a causar daños. De lo contrario lo único que se consigue es asustar a la gente. —Examinó nuevamente los datos y frunció el ceño—. Claro que esta tendencia es más bien interesante... Pero con este tipo de cosas nunca se sabe. Puede que se quede todo el año en uno punto cuatro o que se acabe mañana mismo. De todos modos, Lewalsky no volverá hasta agosto y no tengo ganas de que crea que deseo hacerme publicidad mientras no está aquí. —Abrió un cajón y metió los impresos en él—. Además —añadió antes de volver a su trabajo—, la gente ni tan siquiera se entera de todo lo que esté por debajo del tres. Sólo los animales pueden sentir seísmos tan pequeños...

Esta noche he vuelto al cobertizo... Mi última noche en la granja. No dejo de pensar que debí quedarme en la casa, pero me sentía tan culpable por acortar mi estancia que deseaba alejarme de los Porothe todo lo posible y ahora es demasiado tarde para cambiar de idea. No tengo intenciones de salir y mantendré las luces encendidas hasta el amanecer. Deborah pareció realmente disgustada al saber que me iba. Me pregunto si no habré

malinterpretado sus sentimientos; puede que me aprecie más de lo que pensaba. Sarr no pareció nada sorprendido y aunque puede que le haya dolido mi decisión, es demasiado orgulloso para dejar que se vea. De hecho se ha portado extremadamente bien: se negó a aceptar la semana de alquiler extra que le ofrecí intentando disculparme, aunque estoy seguro de que en estos momentos anda fatal de dinero. Incluso me prestó su hoz para esta noche, sabiendo que con ella me sentiría menos nervioso. Ciertamente es mejor que el hacha de la última vez... Espero de todos modos no tener que usarla.

Inmóvil en el silencio del piso, sin prestar atención a las luces del exterior, sigue tendido observando a través de los ojos del animal mientras que, detrás de las ventanas, el hombre escribe sentado ante la mesa.

Es muy tarde para que siga levantado y de momento no ha dado señales de que piense irse a la cama. Se muestra alerta, intranquilo, obviamente muy nervioso, moviendo la cabeza de golpe al menor sonido. Tiene la hoz cerca de su mano. Tendrá que hacerse rápidamente. Habrá sangre. E incluso ahora, con la nueva fuerza y velocidad que el animal ha conseguido, incluso con sus sentidos de una agudeza infinitamente superior y con el aguijón de sus garras envenenadas, matarle va a ser difícil.

Tendido en su cama, el Anciano tensa los miembros y un levísimo temblor recorre su cuerpo. Cierto, será difícil. Va a requerir toda su concentración, toda la fuerza del animal y toda la ferocidad de sus dos voluntades combinadas. Pero el temblor de su cuerpo es también un temblor de ansiosa alegría porque, después de todo, éste es el momento para el que tanto se ha preparado...

Tragando una honda bocanada de aire, sintiendo en sus pulmones de la ciudad la fría humedad de la noche del campo, el Anciano empieza.

Supongo que de un modo o de otro echaré de menos este lugar. Ciertamente es más apacible que la ciudad o al menos lo era al principio; supongo que la ciudad va a parecerme bastante sucia, calurosa y asfixiante cuando vuelva, y pese a todos mis temores rurales, por supuesto, es probable que sea mucho más peligrosa. Le pegaría mucho a mi mala suerte salir huyendo aterrado de lo que realmente es sólo una gatita desagradable... para ser brutalmente atracado minutos después de bajar del autobús.

Otra ironía: justamente hoy acabo de recibir una carta realmente ofensiva de mis amigos recordándome que «no tengo madera de hombre de los bosques» (¡quizá piensan que ando cocinando en hogueras y durmiendo en una tienda!) con un comentario típicamente irrisorio al final en el que me abroncan por querer llevar a cabo el «anticuado numerito a lo Thoreau». Casi he sentido la tentación de quedarme aquí el resto del verano sólo para frotárselo por las narices. No me gustaría nada darles la satisfacción de que llegaran a saber que estaban en lo cierto, que no he podido aguantar este lugar... Pero no tiene sentido correr más riesgos, y además pasarlo bien aquí se ha vuelto imposible con toda esta locura de «Bwada».

Supongo que si realmente voy a quedarme despierto, debería intentar hacer algo más útil y seguir avanzando en mi lista de lecturas. Probablemente debería elegir un libro que no... Acabo de oír algo: entre los arbustos, creo. Voy a apagar la luz.

Hojas que se agitan, ruidos de insectos, el contacto de la brisa sobre el pelaje. El animal salta del árbol y sus patas arañan primero el aire nocturno y luego la blandura del suelo al aterrizar en el espesura que crece bajo una de las ventanas, para empezar a moverse en un lento y cauteloso rodeo alrededor del cobertizo, buscando una abertura. En el interior, el hombre se levanta y apaga apresuradamente la luz. Aparentemente, el muy estúpido cree que la oscuridad le hace menos vulnerable...

Ése es su error. De hecho, la oscuridad hará más fácil pillarle desprevenido. Silencioso como una sombra que avanza sobre patas de terciopelo, el animal sigue dando vueltas al cobertizo.

Freirs se quedó muy quieto en el centro del cuarto intentando desesperadamente oír algo. Por un instante le pareció escuchar un crujido irregular del follaje procedente del bosque... ¿O venía acaso del lado que daba a la pradera? Se volvió intentando en vano seguirlo y su mano se extendió cautelosa en la oscuridad sintiendo la suave curva metálica de la hoz para cerrarse, unos centímetros más allá, sobre la linterna.

Sin ver nada, los ojos aún no acostumbrados a la luz de la luna, avanzó a tientas hacia las ventanas que daban al bosque y se quedó mirando hacia afuera, sin nada que distinguir, sin oír el menor ruido. ¿No había sido eso otro ruido en dirección a la pradera? Caminó de puntillas a través de la habitación, sintiendo la frialdad del linóleo en sus pies descalzos, y se detuvo ante la ventana más próxima, escuchando, sintiendo en su mejilla un levísimo soplo de brisa. ¿Otra vez el sonido? ¿Era quizá su imaginación? Contuvo el aliento y escuchó, apretando el rostro contra la rejilla...

Silencio. No, ahí estaba de nuevo, un leve roce entre la yedra, no muy distante por debajo de él. Otra vez el silencio. Se quedó allí como helado, sin apenas atreverse a respirar, luchando por oír algo. Pasó un minuto y al fin, agotada su paciencia, apuntó la linterna hacia la ventana y la encendió.

Retrocedió dando un grito, dejando caer la linterna. Un ruido de cristales y luego la oscuridad. Por un instante, atrapado en el haz luminoso, había visto la ancha cabezota gris del animal a unos centímetros tan sólo de su rostro, los colmillos amarillentos y relucientes, los dos ojos que ardían como carbones bajo la luz. Buscó ciegamente la hoz mientras a su espalda oía un sonido que le heló la sangre. Lenta, metódicamente, la rejilla estaba siendo hecha pedazos.

Ahora puede verle perfectamente. Sus dedos frenéticos tantean ciegamente a través de la habitación buscando un arma. Bajo sus zarpas los alambres se rompen como si fueran de la más fina tela, uno tras otro...

La marchita figura tendida en la cama siente la presión del alambre bajo las yemas de sus dedos, las hebras que ceden una a una, las garras que van ensanchando la abertura... Y de pronto oye otro ruido, un tintineo metálico que resuena en el silencio del piso. Al otro extremo del pasillo, uno tras otro, los cerrojos se están abriendo.

Vuelve febrilmente al campo y sus garras se apresuran a destruir los últimos restos de la rejilla. Un ruido en el umbral; la puerta que se abre, voces. Voces aquí, en el piso. No

puede seguir en el campo, debe volver de inmediato, dentro de un instante le descubrirán aquí, desnudo en la cama...

Mira una última vez por los ojos del animal y se decide. Puede que sin su ayuda, el animal no sea capaz de acabar con el hombre. El riesgo de fracasar es demasiado grande, hay demasiado en juego. Voces en el vestíbulo. Alguien grita roncamente, «¿Señor Rosebottom?». Sólo hay tiempo para un último pensamiento, una última orden antes de que se rompa el contacto.

«¡Déjale por ahora! —aulla en silencio—. ¡La otra presa, la más fácil!»

Una voz más suave.

—¿Oiga? ¿Oiga? ¿Hay alguien...? ¡Oh, Dios mío, Rosie!

Sabe que vuelve a estar solo, abandonado a sus propios recursos, pero no siente pena ni lástima. El hombre no podrá morir hasta dentro de un tiempo, pero tampoco siente impaciencia. Toda su fuerza y su astucia se aplicarán ahora con fría precisión a su nueva tarea.

Aparta una pata que se había quedado enganchada en la rejilla y se deja caer silenciosamente al suelo. Unos segundos después ya está corriendo a través de la hierba bañada por la luna en dirección a la granja. Rápido como una araña trepa por el tronco retorcido del manzano que crece junto a la parte trasera de la casa con sus pálidas garras hundiéndose profundamente en la corteza. Al llegar a la parte superior del tronco se lanza por una de las ramas y salta ágilmente hasta la ventana más cercana. Está abierta y da a una habitación vacía en cuya pared sonríen rígidamente estampas infantiles. Lo único que protege la ventana es una rejilla. Con el gesto delicado de un cirujano, el animal desgarrar los alambres, se desliza al interior y aterriza sin hacer ni un solo ruido sobre la alfombra que hay junto a la cama.

Una nueva oscuridad, nuevos olores. Caminando en silencio a través del vestíbulo pasa junto a una puerta abierta y mira por ella. Es el dormitorio. La luna ilumina dos figuras dormidas, el hombre y la mujer estrechamente abrazados y entre los huecos de sus cuerpos los ojos atentos de los gatos que se han apretado junto a ellos en la cama. Un gruñido de advertencia empieza a nacer en lo más hondo de la garganta de uno de ellos, un macho color naranja, un sonido gutural mezcla de ira y alarma...

Antes de que el gruñido se haga más fuerte el intruso ya ha desaparecido, cruzando a la carrera el vestíbulo para bajar como un rayo la escalera. Recuerda perfectamente la casa y sabe adónde ha de ir.

Una vez llegado el final de la escalera, gira pasando por el vestíbulo inferior y se detiene ante una puerta. Y luego se esfuma una vez más por los peldaños hasta perderse en las tinieblas del sótano.



Veintitrés de julio

Freirs se quedó dormido un poco antes del amanecer y soñó que huía a lo largo de un interminable pasillo oscuro perseguido por una criatura pequeña, silenciosa e incansable, que al mismo tiempo era enorme, mayor que él, mayor incluso que el laberinto en el que Freirs se debatía. Alguien pronunció su nombre a lo lejos. Despertó con el sol dándole en los ojos y sintió un atroz terror durante un segundo. Había un rostro mirándole por el hueco de la rejilla. Era Porothe, con un rastrillo en la mano.

—Son casi las doce —le dijo en voz baja—. Me dijiste que te despertara. —Señaló con la mano la rejilla rota—. ¿Qué es? ¿Volvió anoche?

Freirs, aún medio dormido, asintió incorporándose en la cama.

—Era ella, sí. Intentó entrar, pero no sé por qué razón luego se fue. No he vuelto a verla.

Frotándose los ojos se puso las gafas y miró por la ventana, preguntándose si la gata seguiría rondando por los alrededores. A la luz del día la granja parecía un lugar totalmente distinto: entre el calor y el canto reconfortante de los pájaros, con el brillante dosel verde de las hojas de arce danzando al sol, le parecía totalmente imposible que aquí pudiera suceder algo tan terrible. Porothe contempló con rostro preocupado la rejilla. Meneando la cabeza intentó juntar los bordes del alambre roto.

—Ese animal está maldito —murmuró—, o de lo contrario soy yo quien lo está. —Miró a Freirs—. Bueno, puede que deje de hacer maldades cuando te hayas ido. No pretendo entender al diablo. —Se echó el rastrillo al hombro y se volvió para marcharse—. Voy a estar cerca del granero. Cuando estés listo me lo dices y te llevaré al pueblo. —Señaló con la cabeza hacia la granja—. Deborah te preparará algo para desayunar antes de que te vayas.

Bostezando aún, Freirs le vio alejarse hacia el granero y desaparecer detrás de él. Unos instantes después Sarr apareció de nuevo llevando una gran escalera que apoyó en uno de los costados del edificio y por la que empezó a subir sosteniendo el rastrillo con una mano. Antes de vestirse, Freirs le vio empezar a remover sin mucho entusiasmo los nidos de orugas que colgaban como gruesos frutos de los aleros.

El autobús salía a la una menos cuarto y Freirs no tenía tiempo que perder. La idea de irse le hizo sentir una inesperada ola de tristeza, pero la combatió lo mejor que pudo. «Es una tontería —pensó—. ¡Nostalgia instantánea! Siempre te da pena abandonar un sitio sabiendo que no volverás a verlo.» Se echó una toalla al cuello, se abotonó la camisa y salió del cobertizo para dirigirse hacia la granja. La cocina olía a pan recién horneado. Deborah parecía encontrarse de mejor humor esta mañana que ayer noche. Aún estaba claro que le disgustaba verle marchar, pero se movía por la cocina con su energía habitual, amasando una enorme porción de harina amarillenta y comprobando periódicamente el pan que tenía en el horno.

—Si hubiera tenido más tiempo —le dijo—, te habría hecho un buen pastel de moras para que te lo llevaras a Nueva York. ¿Sabes cocinar?

—Un poco —dijo él—, aunque suelo comer mucho fuera. Pero nunca había comido tan bien aquí.

Deborah sonrió limpiándose las manos en el delantal.

—Realmente me habría gustado tener tiempo de prepararte un buen desayuno, pero

tengo un millón de cosas que hacer para mañana. —Cogió una gran hogaza de pan del estante y cortó varias rebanadas—. Es una pena que no vayas a estar aquí para la adoración. —Se encogió de hombros—. Claro que lo más probable es que te hubiera aburrido... —Freirs vio cómo le servía un vasito de leche—. Te daría más —le dijo—, pero no queda mucha. Los Verdock tienen el problema de la pobre Lise y Sarr dice que esta mañana el Hermano Matthew tampoco tenía leche para vender. Sus vacas no han andado muy bien últimamente.

Le puso delante un plato con un bocadillo gigantesco de jamón y queso sobre gruesas rebanadas de pan moreno. Freirs lo devoró con cierta pena: ésa había sido también su primera comida allí.

Cuando volvió a salir vio que Porothe ya no estaba en la escalera, sino en precario equilibrio sobre la parte inferior del tejado. Freirs no pudo reprimir un leve gesto de repugnancia cuando Sarr metió la mano bajo el alero para arrojar luego al suelo un convulso amasijo de orugas. Cuando hubo terminado, Sarr alzó la cabeza y al ver que Freirs le miraba señaló con la cabeza hacia el sendero.

—¿Listo para partir? —le gritó.

—Dentro de un minuto. Me quedan unas cuantas cosas por recoger.

Algunos insectos se habían aventurado por la rejilla rota y ahora se estrellaban zumbando contra los alambres en un vano intento de salir. «¡La naturaleza!», se dijo Freirs. Cerró su maletín y se puso el reloj. Era automático y teóricamente le daba cuerda el movimiento de su muñeca, pero desde que estaba en la granja no se lo había puesto demasiado y tuvo que darle cuerda a mano. Cogió su cartera del cajón, se la metió en el bolsillo junto con el bulto ya poco familiar de sus llaves, un puñado de monedas y el abono para el metro.

Entonces oyó un sonido que venía de la granja, una especie de gemido ahogado que duró sólo un segundo. Estaba atando con un cordel el último rimero de libros cuando, al otro lado de la pradera, oyó el golpe sordo de algo en el suelo. Miró hacia el exterior con el tiempo justo para ver a Porothe incorporándose: un instante después ya había desaparecido corriendo frenético hacia la casa. Freirs le vio luego subir a toda prisa los peldaños y meterse dentro y unos segundos después le oyó gritar el nombre de su esposa. Tirando al suelo los libros, Freirs salió corriendo del cobertizo.

Entró en la casa justo cuando Sarr bajaba estruendosamente por la escalera que llevaba al piso superior.

—Está aquí, en algún sitio —le dijo Sarr—, la he oído gritar. —De pronto, sus ojos se posaron en el gancho de la pared donde estaba colgada siempre la linterna de repuesto. El gancho estaba vacío—. ¡El sótano! —gritó. Atravesó el vestíbulo y se detuvo al pie de la escalera, intentando ver algo en las tinieblas, el rostro lleno de preocupación—. Hay otra linterna en la cocina —le dijo a Freirs—. Cógela y sígueme. —Extendió la mano y empezó a bajar a tientas los peldaños.

—¡Esperad! —la voz venía de abajo, apenas audible a través de las grietas del suelo. Era muy débil, apenas un graznido, en nada parecida a la voz que los dos conocían—. Esperad —repitió—. Ya... y a estoy bien. Sólo un... —se detuvo—, un segundo.

Un leve ruido desde el sótano, como de pasos vacilantes, y luego el claro eco de unos

pasos sobre los peldaños de madera. Gradualmente, vieron aparecer el oscuro perfil de su silueta, avanzando con lentitud hacia ellos por la escalera. Sarr tendió las manos y la agarró por el brazo y unos segundos después Deborah se tambaleó bajo la luz de la cocina. Su delantal había sido blanco; ahora estaba cubierto de un rojo pegajoso..., allí donde se había empapado de sangre. De pronto, Deborah puso los ojos en blanco, se le doblaron las piernas y se derrumbó. Sarr logró cogerla antes de que cayera al suelo y, levantándola como si fuera sólo una muñeca de trapo la llevó hasta el piso de arriba, subiendo los escalones de dos en dos, para depositarla con delicadeza en la cama de su habitación.

Freirs les siguió. Deborah parecía aún consciente... Tenía los ojos abiertos e inexpresivos clavados en el techo, pero su piel siempre pálida parecía ahora el blanco color de una muerta y bajo los ojos relucían unas negras ojeras que les daban el aspecto de las vacías cuencas de una calavera. Respiraba entrecortadamente, con un ronco jadeo que nacía en lo más hondo de su cuello y su cabeza yacía como una piedra sobre la almohada, pero a pesar de ello resistió todos los esfuerzos de Sarr por quitarle el delantal ensangrentado con el que se cubría el cuello.

—No —musitó roncamente—, todavía no.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Sarr—. ¿Puedes contármelo?

Sus ojos rodaron lentamente en sus órbitas hasta mirarles, pero siguió callada. Por último, sacudió débilmente la cabeza y, apartando una mano de su cuello, señaló hacia el suelo.

—«Bwada» —susurró.

Sarr, que había estado inclinado sobre el lecho, se irguió de pronto con los ojos llameando.

—¿Está ahí abajo ahora?

Se puso en pie y se dirigió hacia la puerta. Deborah le cogió por la muñeca, reteniéndole, y logró exhalar una palabra más.

—...muerta.

Corrimos hacia allí y bajamos a toda prisa hasta el sótano. Sarr cogió la linterna de la salita de arriba, pero incluso con esa luz se veía muy poco y el techo era tan bajo que debía agacharse. Junto al pie de la escalera vimos un jarro de leche tirado en el suelo, la linterna que debió de habersele caído a Deborah y lo que al principio parecía un montón de pieles grises y manchadas. Era «Bwada». Muerta parecía sorprendentemente pequeña. ¿Cómo era posible que una criatura de ese tamaño nos inspirase tal terror?

Parecía haber quedado paralizada en mitad de su ataque: tenía los ojos muy abiertos y vidriosos, las sucias garras extendidas, la boca totalmente abierta con los labios que parecían de goma grisácea echados hacia atrás, dejando al descubierto una hilera de colmillos amarillentos. Pese a que estaba claro que había muerto, no pude contener un estremecimiento porque a la luz de esa linterna tenía el mismo aspecto que aquella noche bajo el haz de mi linterna, cuando había visto su rostro apretado contra la rejilla. Vi un pequeño agujero en su flanco... Parecía como si se hubiera clavado algo, con los bordes de piel entre gris y rosada levantados. Cerca de allí, al pie de un escalón, vimos brillar el largo y delgado cuchillo que Deborah usaba para cortar el pan y empezamos a imaginar lo que

había pasado...

Después, habiendo dormido un poco, Deborah pudo contarnos, no muy coherentemente, el resto, aunque estaba claro que le seguía doliendo al hablar. Aparentemente, había bajado al sótano después de irme yo a ver cuánta leche quedaba y subir algunas cosas para el día siguiente. Ya había bajado varias veces y no había notado nada fuera de lo normal; la gata debía de estar oculta. Pero esta vez no había nadie en la casa; quizá eso bastó para decidirla. Dice que oyó un ruido por encima de su cabeza y de pronto se encontró con ella, agazapada en uno de los estantes. Apenas la vio «Bwada» saltó sobre su cuello.

Aquí es donde Dios, la suerte o lo que sea parece haberle salvado la vida a Deborah: durante todo el tiempo había tenido el cuchillo del pan colgando de su delantal; dijo que lo había llevado al sótano para cortar algo de bacon para la cena. Cuando «Bwada» la atacó tuvo la presencia de ánimo suficiente para buscar el cuchillo, logró sacársela del cuello y con la otra mano fue capaz de atravesarla con él. A juzgar por la naturaleza y la posición de la herida creo que tuvo aún más suerte de lo que ella y Sarr piensan, porque la punta del cuchillo debió de atravesar a «Bwada» justo en su vieja herida, reabriéndola..., de modo que cuando Deborah sacó el cuchillo la carne explotó materialmente hacia fuera igual que lo había hecho antes. Naturalmente, no me atreví a mencionárselo a Sarr.

Si uno se para a pensarlo, parece un caso claro de justicia poética: un animal asesino eliminado (de un modo bastante eficiente, además) por una débil mujer. Puede que Dios exista después de todo.

Deborah se encontró bastante débil a causa de la conmoción durante el resto de la tarde y se quedó tendida en la cama. Cuando finalmente logramos convencerla de que se quitara la ropa nos causó bastante alivio ver que las heridas de su cuello eran relativamente pequeñas y que las marcas de sus garras ya estaban empezando a coagularse (gracias a Dios la gata no tuvo la oportunidad de clavarle los dientes). Sarr estaba tan contento de verla con vida que no se le ocurrían atenciones suficientes para ella. Dijo que oía «coros celestiales». No paraba de arrodillarse en el dormitorio dándole gracias al Señor por haber salvado a Deborah y haberle librado de su maldición. Durante el resto de la tarde él y yo nos turnamos trayéndole cosas de la cocina..., toallas empapadas en agua fría, etc. Hubo un momento, cuando Sarr estaba abajo, en que ella me cogió de la mano y, apretándola, me dijo en un ronco susurro: «Gracias por quedarte».

Eso sí que fue una sorpresa. Con tantas emociones me había olvidado por completo del autobús. Miré mi reloj: ya era la una y media. Había perdido mi oportunidad de irme hoy.

—Bueno —dije, como si yo lo hubiera planeado todo—, no podía abandonaros en un momento así. Ya pensaré mañana en irme. —Aún me tenía cogida la mano.

—Por favor —musitó, clavando sus ojos en los míos, con los ojos muy grandes y no sé por qué, aún más hermosos en ese rostro pálido y lleno de moretones—, por favor, quédate.

No se me había ocurrido la idea de quedarme; ni me había pasado por la cabeza. Pero entonces pensé que con «Bwada» fuera del mapa (y esta vez para siempre), la razón de mi partida había sido eliminada.

—Bueno —dije, aún no muy decidido—, quizá pueda quedarme un poco más. Al menos hasta que te hayas recuperado.

Deborah sonrió y volvió a apretarme la mano, aún más fuerte. «Bien», susurró. Nos quedamos mirándonos un par de segundos más y luego, al oír los pasos de Sarr en la escalera, Deborah me soltó la mano.

Fue Sarr quien nos preparó la cena, consistente básicamente en sopa, ya que le pareció el mejor alimento dado el estado de su mujer. Deborah se quedó en la cama, descansando. Le costaba tanto hablar (tenía el aliento muy entrecortado y las palabras, a veces, apenas se le entendían) que Sarr le dijo que dejara de esforzarse y se callara. Habíamos dejado el cuerpo de «Bwada» en el sótano: es la parte más fría de la casa. Después de cenar, estuve sentado un rato junto a Deborah mientras que Sarr llevaba el cuerpo del animal a Flemington a que le hicieran la prueba de la rabia. (Por una vez no nos propinó la acostumbrada diatriba contra las facturas de los veterinarios; aparentemente, cuando se trata de algo serio como ahora, su fe en Dios no es a toda prueba.) Estuvo fuera casi dos horas, tiempo durante el que, como Deborah estaba demasiado nerviosa y cansada como para dormirse, hice todo lo que pude para distraerla leyéndole uno de los libros de poesías que encontré en el piso de abajo. Por las anotaciones de los márgenes vi que Sarr lo había usado durante sus estudios. (Muy típico que sus favoritos fueran viejos sombríos y aburridos como Milton, Vaughan y Herbert.) La mayoría de los poemas eran oscuros y tenebrosos, perfectos para leer durante un funeral puritano; el resto eran de un rosado optimismo..., como redacciones veraniegas, de hecho. Deborah se limitó a quedarse tendida en la cama escuchando, observándome con cierta cara de sueño (y espero que con cierto afecto), sonriendo sin decir nada, sin moverse y prácticamente sin pestañear.

Sarr volvió bastante después del anochecer, con cara de estar agotado. Dijo que el cuerpo de «Bwada» empezó a oler mal antes de llegar a Flemington y que ahora todo el camión apestaba. El veterinario se sorprendió mucho de lo rápida que había sido la descomposición: la humedad, aparentemente. Tomó muestras de sus dientes y mañana sabrá si hay señales de rabia. Eso le dará a los Porothe un motivo extra para rezar esta noche.

De hecho, eso es lo que hacían cuando me fui: Sarr estaba de rodillas en su lugar de costumbre, rezando en voz alta y Deborah le miraba en silencio desde la cama, aunque estoy seguro de que en su fuero interno estaba rezando con él.

Aún les oigo ahora, más débilmente, sentado aquí. No, acaban de callarse; la noche vuelve a estar silenciosa. Antes oímos truenos lejanos, pero también ellos se han acabado callando: Cuando pienso en lo nervioso que me sentí aquí solo la noche pasada, me invade un tremendo alivio; sólo Dios sabe la de veces que me he acostado en esta cama creyendo que cada ruido era obra de «Bwada». Me alegra que ese reinado del terror se haya terminado.

Hmmm, aún estoy un poquito hambriento..., la sopa de la cena no me ha llenado realmente. Probablemente esta noche voy a soñar con hamburguesas y pastel de chocolate. He vuelto a colocar los libros y mis trastos en su sitio; la ciudad tendrá que esperar un poco más. Parece que voy a seguir haciendo mi «numerito a lo Thoreau» durante algún tiempo...

Querido Jeremy,

Me alegré mucho tener de nuevo noticias tuyas. Lo de esos dos gatos fue horrible. Espero que esa gata gorda y gris recibiera su merecido. Debo decirte que nunca me gustó.

Desearía que los Porothe tuvieran teléfono. Hay muchas cosas que me gustaría decirte y la cabeza aún me da vueltas. Supongo que deberé esperar un poco para decírtelas..., pero afortunadamente sólo hasta el próximo fin de semana porque, aceptando tu invitación, espero venir de nuevo a verte (me refiero al fin de semana del día treinta). Y quiero traer a Rosie. Pienso que el viaje le sentará bien..., y además, el coche es suyo. Ha estado enfermo y realmente necesita tomarse unas vacaciones. Después de no haber tenido noticias tuyas durante toda la semana empecé a preocuparme de veras y la noche anterior hice que el encargado me abriera la puerta de su piso. Encontramos al pobre Rosie en un estado realmente horrible, desnudo en su cama: te juro que los dos le creímos muerto. Y su aspecto, sencillamente... Espero no volver a ver nunca nada parecido. La verdad es que me impresionó mucho. Estoy convencida de que si no me hubiera decidido a entrar en su piso entonces, le habríamos perdido.

Más tarde se disculpó y dijo que esto ya le había ocurrido antes; se trata de una especie de ataque de nervios y debo decir que se ha recuperado muy bien. Tú ya le conoces, Jeremy, y sabes lo fácil que es llegar a quererle. Estoy segura de que no les dará ningún problema a los Porothe. Dormiré en cualquier parte, incluso un sillón en la sala si hace falta (pretende que sólo necesita dormir una o dos horas cada noche) y traeremos algo de comida para no causar ningún gasto extra.

La verdad es que para su edad es realmente sorprendente. (Yo creo que no le falta mucho para los ochenta, si no los tiene ya.) En menos de una hora ya andaba por el piso, después de haber comido un poco, tan animado y lleno de energías como siempre y, como bien puedes imaginarte, dándome las gracias a cada momento. Estuvo descansando la mayor parte del día, pero esta tarde me ha llamado diciendo que estaba harto de tanto encierro y quería salir; y ayer noche, aunque yo no paraba de preguntarle si realmente se sentía con ánimos, insistió en llevarme al ballet, tal y como había prometido (a la gira del Royal Ballet, de hecho), aunque no me habría importado lo más mínimo no ir. De todos modos, me alegro de que fuéramos; teníamos unos asientos magníficos en la primera fila (¡Rosie siempre es de confianza para estas cosas!) y vimos, entre otras cosas, un precioso ballet de Anthony Tudor llamado *Juego de sombras*, una especie de danza pagana con espíritus del bosque y todo eso, y todo el rato era tan animada y llena de inventiva que estoy segura de que incluso a ti te habría gustado.

Luego fuimos a un pequeño café al otro lado de la calle (uno de esos que yo nunca podría permitirme de no ser por Rosie, de los que te cobran 5,95 dólares por un platito de helado), y luego insistió en llevarme hasta casa. Nunca hay modo de encontrar taxis en esa zona, así que acabamos cogiendo el metro. Estaba lleno hasta los topes (noche de sábado), pero Rosie, no sé cómo, siempre se las arregla para convertirlo todo en un juego. Nos quedamos en un sitio desde el que podíamos ver el túnel delante nuestro por una ventanilla y a medida que acelerábamos me fue contando una escena de *King Kong* en la que el gorila mete la cabeza entre las vías del paso elevado y hace descarrilar un convoy.

No he visto la película, ya sabes que antes de venir aquí rara vez tuve oportunidad de ver nada, pero intenté imaginar cómo debía de ser la escena y traté de ver una enorme cabeza gruñendo, llenando el túnel. Y entonces Rosie dijo: «Vale, pero ¿y si no fuera una cabeza, y si fuera sólo una mano lo bastante grande como para detener el tren?». (Ése es uno de sus juegos, el de «¿Y si...?», también llamado el Riya Mogu o algo parecido. Diga lo que diga el otro, no importa lo disparatado que sea, debes intentar creerlo con todas las fuerzas de tu ser.) Logré imaginar una zarpa enorme surgiendo de pronto en mitad del túnel, y luego dijo: «¿Y si fuera un dedo lo bastante grande como para llenar el túnel?» Y yo le dije: «¿Cómo sería la garra a la que perteneciera ese dedo? ¿La uña de esa garra? ¿Algo tan grande que pudiera llenar el túnel entero?»... Rosie se rió y dijo que sí, que ése era el espíritu del juego.

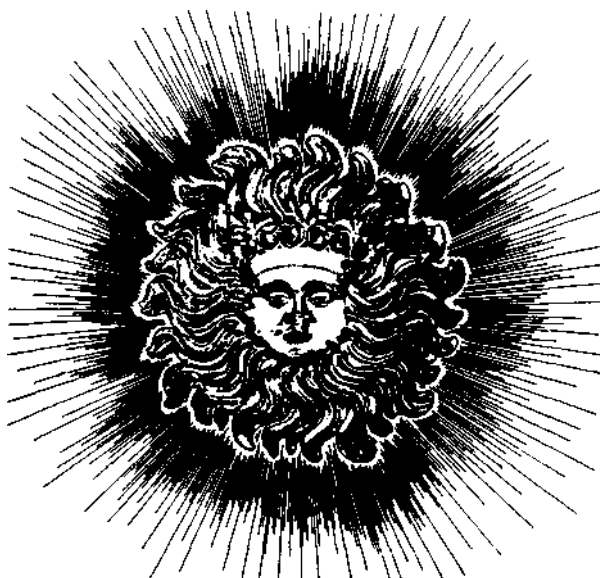
Pero quizá tengo una imaginación demasiado vivida porque no sé muy bien cómo acabé mareándome al imaginar todas esas cosas gigantescas delante nuestro; o quizá fuera el calor que hacía en el tren después de haber comido tanto helado, y la multitud y el rugido continuo. De pronto, empecé a sentirme muy débil y hubo alguien lo bastante amable como para levantarse cediéndome su asiento. Y justo entonces el tren se detuvo con un horrible chirriar de frenos en mitad del túnel, y de repente sentí algo helado en mi columna vertebral, una sensación tan horrible que pensé que iba a vomitar. Alguien dijo que teníamos delante un obstáculo y Rosie fue hasta la parte delantera del vagón para tratar de ver si había otro convoy, pero no logró avanzar de tanta gente que había; lo único que consiguió fue perder el sitio que teníamos ante la ventanilla.

Unos instantes después las luces volvieron a encenderse y el tren empezó a moverse. Luego se detuvo bruscamente y las luces se apagaron otra vez. Todas esas sacudidas hicieron que me sintiera aún peor. Sucedió varias veces, siempre igual, y yo cada vez me encontraba más enferma: cada vez que el tren se paraba yo notaba una oleada de náuseas, a pesar de que Rosie estaba allí a mi lado, apoyando su mano en mi hombro.

Avanzamos de ese modo un buen rato, entre frenazos y sacudidas: realmente, era como una pesadilla. Estoy segura de que mi mareo se debía a todos esos movimientos bruscos, aunque lo raro es que cada vez me parecía sentir la oleada de náuseas justo antes de que nos detuviéramos, como si por alguna razón inexplicable fuera el tren quien sufría los efectos de mi malestar y no al contrario. Le dije a Rosie que tenía miedo y que me encontraba muy mal, y él me contestó que aguantara, que en un par de minutos habríamos llegado. Logré aguantar todo el camino, pese a las náuseas y a que el mundo entero parecía oscilar y removerse dentro de mí. Aguanta, me repetía Rosie una y otra vez, y pareció funcionar. Cuando me ayudaba a salir del vagón se volvió hacia mí, sonriendo, me cogió de la mano y me dijo: «Felicidades, Carol, el examen ha terminado...».

Libro noveno

El Cuello de McKinney



Negros y terribles bosques se cernían alrededor de la colina; era como ver una alcoba enorme de negros cortinajes, y la forma de los árboles no se parecía a la de ningún árbol que yo hubiera visto antes.

MACHEN, *El pueblo blanco*



Veinticuatro de julio

El domingo amaneció gris y con mal aspecto: nubes ciclópeas cubrían el cielo como si fueran humaredas de incendios lejanos. Freirs se levantó temprano a causa de las voces que le llegaban desde la granja, seguidas por el repetido golpear de la puerta. Medio dormido aún, se acordó de que era domingo, el día en que los Porothe tenían que recibir en su granja a la congregación de los Hermanos. Se incorporó en la cama y miró hacia fuera. Junto a la casa había aparcada ya una ranchera de un brillante color azul. Buscó sus gafas y luego cogió el reloj de la mesilla de noche. Las siete y cuarto..., una hora no muy adecuada para pensar en Dios. Se preguntó si habría algún cambio de planes dado el estado de la mujer de Sarr, pero probablemente ya fuera demasiado tarde para ello.

Se puso unos pantalones cortos y una camiseta y cruzó la hierba mojada para ir hasta la granja.

—Habíamos pensado venir andando, pero dado el estado de Lotte... —oyó que decía una voz ronca mientras él subía los escalones del porche.

Freirs abrió la puerta y el hombre que había estado hablando se calló. Estaba sentado

a la mesa de la cocina con Sarr y una mujer delgada de rostro grisáceo y expresión dura que reconoció como la madre de Sarr. Los dos hombres estaban tomando café. Al entrar, los tres se volvieron a mirarle y Freirs tuvo la impresión de ser un niño que irrumpe por error en una fiesta a la que no ha sido invitado; sólo el rostro de Porothe mostró algo parecido a una expresión de bienvenida.

—Ah —dijo poniéndose en pie—, ¡esta mañana te has levantado pronto! —Se volvió hacia el otro hombre que estaba también levantándose—. Hermano Joram, nuestro huésped, Jeremy Freirs. Jeremy, te presento a Joram Sturtevant.

—Buenos días —dijo Freirs. Joram asintió sin demasiada alegría.

—Buenos días tenga usted.

Bien, así que éste era el líder de la secta; Freirs había oído hablar mucho de él. Llevaba barba igual que Sarr y tenía los ojos igual de oscuros y penetrantes, pero su rostro parecía más viejo y aún más severo. La austera chaqueta negra que vestía le daba un aire de autoridad. Freirs esperó un instante que le tendiera la mano, pero Joram no dio más señales de ir a saludarle. En el silencio repentino, Freirs oyó voces procedentes de la sala,..., niños, y una mujer. Los invitados empezaban a llegar temprano.

—Y ya sé que os conocéis... —estaba diciendo Sarr, haciéndole un gesto a su madre.

—Sí, ciertamente —dijo Freirs—. Bajo circunstancias más bien desagradables. —Se volvió hacia la mujer que permanecía sentada contemplándole en silencio, sin dar señal alguna de reconocerle. Aún había dos delgadas líneas rojas que le cruzaban la mejilla—. Parece que las heridas han curado muy bien.

—Si ésa es la voluntad de Dios... —dijo ella arqueando las cejas.

Porothe lanzó un suspiro y se dejó caer en una silla.

—Bueno, gracias al Señor todo eso es cosa del pasado.

—¿El pasado? —La mujer se encogió de hombros con cierto escepticismo—. No es cosa nuestra el decirlo.

Sturtevant tosió aclarándose la garganta.

—Con la ayuda del Señor esta mañana venceremos definitivamente el mal. —Miró a Freirs—. Me han dicho que ese animal maldito tenía un... interés especial por su persona.

—Sí —dijo Freirs, aún de pie en el umbral; nadie le había invitado a sentarse—. No sé muy bien por qué, pero parecía odiarme especialmente.

—Y pese a ello jamás llegó a hacerle daño...

En los ojos de Sturtevant había una sutil acusación. Freirs decidió poner punto final a la conversación.

—Supongo que incluso los infieles tenemos alguien en los cielos que nos protege. —Se volvió hacia Sarr—. ¿Qué tal anda Deborah?

—Bastante mejor —respondió él—. Ahora está descansando pero luego bajará. ¿Por qué no comes algo mientras nosotros vamos a la sala y esperamos a los demás?

Se oyó un ruido general de sillas y todos abandonaron la cocina. Freirs vio en la sala a un niño de unos nueve o diez años y una mujer joven bastante gorda, obviamente embarazada, que permanecía inmóvil en la mecedora como si estuviera agotada. Calentó un poco de café y sacó de un armario una caja de cereales que había comprado en su primer viaje a Gilead. El jarro de leche que había sobre la mesa estaba casi vacío. Lo cogió

y luego, tomando la linterna que colgaba al principio de la escalera, bajó al sótano a buscar más leche.

Aún quedaban unos cinco centímetros de leche en el fondo del recipiente metálico pero estaba claramente agria. El olor dominaba todo el sótano... ¿O se trataba quizá de otro olor, el de la podredumbre? ¿Era acaso posible que aún perdurara el olor del cadáver de «Bwada»? Se dirigió hacia la escalera y, al pasar junto al estante, miró si había huevos. No, las gallinas seguían sin poner. «¿Qué diablos está pasando aquí? —pensó—. Todo parece derrumbarse...»

Había empezado a llegar más gente, algunos en coches o camiones, otros (los que vivían más cerca) a pie. Los recién llegados se dirigían directamente hacia la pradera y los que habían estado sentados en la sala salieron para reunirse con ellos, dejando la casa vacía para Freirs. Mientras se preparaba un desayuno de tostadas quemadas y café vio como familias enteras vestidas de negro se iban congregando junto a la granja.

Reconoció algunos de los rostros que desfilaron ante la ventana, y en otros encontró parecidos de familia. Matthew Geisel había venido con una sonriente mujer de cabellos grises que Freirs supuso sería su mujer. Reconoció a Werner, el hermano de Geisel, por haberle visto en el almacén. Vio a Bert y Amelia Steegler, los encargados del almacén, y a Rupert Lindt, del que no tenía muy buen recuerdo, flanqueado por su mujer y sus dos hijas. Una de ellas, la más joven, le pareció familiar; la estuvo mirando durante un largo rato, cada vez más convencido de que la había visto en el camión que intentó atrepellarle. «No debo sacar conclusiones apresuradas —se dijo—. Con toda esta gente casándose entre sí, es fácil que se parezcan todos un poco.»

De hecho, era difícil distinguir al gentío congregado en la pradera; todos iban vestidos igual y su aspecto se parecía mucho. Más que nunca tuvo la sensación de ser un extraño. Éste no era lugar para él. Sería mejor estar de nuevo en la calle Bank, con el ruido de la radio y el tráfico de la calle. Por unos instantes, pensó retirarse a la intimidad de su cobertizo, pero con sus ropajes de aparatoso colorido supo que llamaría aún más la atención al cruzar la pradera. Además, tendría la sensación de ser un animal atrapado en su jaula. Decidió quedarse donde estaba.

La puerta se abrió bruscamente y Sarr entró a toda prisa con cara preocupada. Se dirigió hacia la escalera pero de pronto se detuvo y le dijo:

— ¿No piensas salir?

—La verdad es que no voy vestido adecuadamente —dijo Freirs—. Creo que me limitaré a mirar desde aquí.

Sarr permaneció callado unos segundos.

—Bueno, al final tendrás que salir —dijo—. Estamos celebrando una Limpieza.

—Una... ¿qué?

Pero Sarr ya estaba subiendo a toda prisa la escalera. Freirs le oyó andar por el piso de arriba y luego oyó crujir los tablones del suelo mientras ayudaba a Deborah a salir de la cama. Sus pasos al bajar los peldaños eran lentos e inseguros. Unos instantes después Sarr apareció en la sala con Deborah apoyándose en su brazo. Parecía tan pálida como antes y tenía las mismas ojeras: su palidez era aún más acentuada por el pañuelo negro que llevaba atado al cuello, tapándole casi hasta el mentón. Al pasar junto a él le sonrió

débilmente.

—Sarr, ¿qué es eso de la Limpieza?

—Algo especial —dijo él, ayudando a Deborah—. Ya lo verás. Lo mejor es que no salgas hasta que no se terminen los himnos.

La puerta se cerró ruidosamente y Freirs vio como los Hermanos se volvían para verles bajar lentamente los peldaños del porche, igual que si fueran los últimos invitados al baile, los más importantes. En esos momentos habría ya como cien personas en la pradera, y entre ellas reconoció al granjero que le había llevado en su camión y a la pareja de ancianos que no había querido pararse. Incluso creyó reconocer por la extraña forma de su cabeza al chico que había estado a punto de atrepellarle y una vez más deseó haber tenido más tiempo para verles mejor.

De pronto, la pareja de ancianos se dio la espalda y la mujer pareció alejarse sin una palabra o un gesto de adiós. De hecho, se dio cuenta justo entonces de que todas las mujeres, tanto jóvenes como viejas, habían empezado a dirigirse hacia la parte de la pradera más cercana al granero, dejando la mayor parte de ella para los varones. Una vez más, ahora lo veía, los sexos eran apartados uno de otro igual que en la escuela cuando era pequeño. «Como los judíos ortodoxos —pensó—. Unos locos...» Freirs había esperado que Joram Sturtevant dirigiera la adoración pero aparentemente la posición del hombre en cuestión era más social que teológica, pues cuando empezaron finalmente los servicios no fueron ni él ni los Poroth, que oficiaban de anfitriones, los que se adelantaron ante la multitud pidiendo silencio, sino un hombrecillo de edad avanzada, al que Freirs no había visto anteriormente, con una enorme Biblia de aspecto gastado entre las manos, surgió de la nada para dirigirse a los Hermanos pidiéndoles que rezaran con él por la Hermana Lise Verdock quien, junto con su familia, no podía acompañarles esta mañana a causa de su trágico accidente. Todos miraron al suelo mientras el hombrecillo entonaba su invocación, citando largos pasajes de Jeremías («Oh, Señor, mi fortaleza, mi coraje y mi refugio en los días de mi desgracia»), con la Biblia abierta entre las manos pero sin mirarla nunca, como si por el mero hecho de abrirla confirmara la verdad de todo lo que decía.

Después de la plegaria, el hombrecillo retrocedió tendiendo el libro ceremoniosamente a un joven que ocupó su lugar. A medida que avanzaba la mañana y los nuevos oradores, tanto hombres como mujeres, se iban sucediendo entre sí, todos sosteniendo la Biblia al dirigirse a la congregación, Freirs se fue dando cuenta de que lo que en principio le había parecido una reunión informal era de hecho una ceremonia altamente ritualizada. La gente parecía saber muy bien cuándo le tocaba hablar y cuando, como raras veces sucedía, dos miembros de la congregación avanzaban al mismo tiempo para dirigirse a la asamblea, uno de ellos siempre retrocedía aguardando su turno, como si obedeciera a un sistema previamente acordado de prelación.

Aproximadamente doce oradores, casi todos ellos hombres, se habían dirigido ya a la asamblea, pidiendo oraciones por prácticamente todo desde más lluvia a la destrucción fulminante de los ídolos, por no mencionar las plegarias en favor de Lise Verdock, cuando después de una pausa en la que nadie se ofreció como voluntario para hablar, Sarr Poroth se abrió paso entre la multitud. Desde su puesto en la ventana, Freirs vio cómo miraba a todos los presentes y le sonreía a Deborah, que se mantenía en pie apoyada en

otras dos mujeres..., observada atentamente todo el tiempo por la señora Poroith. Abriendo la Biblia ante él, Sarr empezó a hablar. Freirs se acercó más a la ventana para oírle.

—«Y toda la carne de la tierra murió, ya fuera ave, ganado o bestia, tanto la del reptil como la del hombre...»

A Freirs le costó unos instantes reconocer el pasaje. Aunque la mayor parte de los oradores habían citado a Jeremías, Sarr estaba hablando del diluvio, el cataclismo al que sólo la bondad divina había puesto fin.

—«Y Noé construyó un altar —dijo, sin mirar ni una sola vez el texto—, y en él ofreció sacrificios. Y agradables fueron tales sacrificios a los ojos del Señor y éste dijo en su corazón: no volveré a maldecir la tierra a causa del hombre, pues malvada es su imaginación desde que nace, y tampoco fulminaré a todo ser viviente tal y como he hecho. Así pues, mientras la tierra perdure, existirán el frío y el calor, la siembra y la cosecha, el día y la noche...»

Freirs encontró la cantinela del pasaje inesperadamente reconfortante, tan hipnótica como el mismo ritmo de las palabras, aunque horas y horas después algo en su interior no cesara de repetir con cierta inquietud esa inexorable condición final: «Mientras la tierra perdure...»

Joram Sturtevant seguía tieso como, un palo desafiando el calor, observando con atención a cada uno de los oradores, pero le resultaba difícil concentrarse en lo que decía, pues no dejaba de pensar en el forastero.

No le había gustado. Sí, su nombre era igual que el del profeta, pero él mismo se había proclamado como un infiel. Sí, tales habían sido sus palabras, dichas con orgullo. Ya habría sido lo bastante peligroso que el forastero perteneciera a una de las numerosas sectas cristianas, hebreas o simplemente bastardas que no cejaban en sus planes por apoderarse del alma de los hombres que vivían más allá de las fronteras del pueblo, en ese mundo maldito carente de todo Dios. Pues en el fondo todas esas sectas eran iguales, todas llevaban en su corazón idéntica maldición codiciosa y todas perecerían cuando sonara la trompeta anunciando el Juicio Final. Mas haberse declarado de modo tan osado enemigo de la fe, haber confesado así que era un infiel..., ciertamente, eso era cien veces peor. Quizá el Hermano Rupert estaba en lo cierto sobre él. Y llamar a ese infiel un invitado, tal y como lo había hecho Poroith esta mañana... Qué mentira tan espantosa.

Y ahora era el mismo Poroith quien hablaba, intentando establecer trabajosos paralelismos con su voz ronca y cansada entre las tribulaciones de Noé y las actuales dificultades de los Hermanos. Sí, Joram debía reconocer que el muchacho tenía una mente brillante, pero estaba igualmente claro que las multitudes le ponían nervioso y no tenía madera de buen orador. Y como granjero parecía aún peor. Joram contempló los campos lejanos con sus débiles tallos, fácil presa de toda clase de alimañas y malas hierbas: no era difícil predecir que la primera cosecha de Poroith iba a ser un fracaso.

La imagen le pareció de lo más adecuado: ¿acaso no era Gilead como un jardín cuidadosamente cultivado, regado y protegido, con sus familias tan variadas como las cosechas de una granja bien cuidada y sus jóvenes como los retoños de un huerto? ¡Sí, podría ser un buen sermón para el futuro! Y al admitir que entrara en él un extraño, tal y

como había hecho Porothe, se había abierto la puerta del jardín a todos los animales de presa. Los tallos enfermarían y se corromperían, las semillas serían pisoteadas y el mismo suelo del jardín quedaría mancillado. Aunque quizá, igual que había sucedido en la primera Caída, la culpable fuera una mujer... Faltándole al joven Porothe la guía segura de su padre, parecía demasiado proclive a dejar que fuera Deborah quien llevara la voz cantante, y muchos decían que aceptar al forastero había sido idea suya.

Sí, ahí estaba entre las mujeres, junto al granero, contemplando con expresión absorta los oficios. Lo que le sucedió ayer no había sido ninguna sorpresa para Joram. Llevaba ya algún tiempo convencido de que esa gata llevaba dentro el demonio; aún le dolía de vez en cuando la mano derecha a causa de las heridas que le había causado. La Hermana Deborah tendría que haber previsto esa tragedia... como si no hubiera sido, en cierto modo, un juicio del Señor. Joram debía admitir que era hermosa; admiraba la esbeltez de su figura y sus ojos oscuros y alegres, pero en el fondo la creía capaz de cometer cualquier pecado, Lotte, su esposa, había sido en tiempos igualmente delgada, pero después de tener tres hijos había engordado. Y ahora, claro está, apenas podía reconocer en ella a la muchacha de antaño, con el vientre tan abultado que la hacía quejarse constantemente. Joram pensó en ella mientras Sarr llegaba al final de su lectura. La había dejado en la sala de los Porothe, con su cuerpo sudoroso llenando la pequeña mecedora de un modo que le resultaba vagamente desagradable. En algún lugar muy dentro de él albergaba la vaga sospecha de que había cometido un error trayéndola aquí, pero se negaba a reconocerlo y había convertido esa sensación en una mezcla de irritación ante su femenina debilidad (los niños anteriores no habían sido tan problemáticos) y cierta preocupación ante su aspecto. De sentir culpa se debía al hecho de que no había insistido para que presenciara los servicios, para que estuviera en pie, como Deborah, junto al resto de las mujeres. Ni él ni Lotte podían permitirse el lujo de volverse blandos. Tenían que dar ejemplo al resto de la comunidad.

Freirs había esperado que los servicios terminaran cuando Porothe dejase de hablar, pero no había contado con los himnos. Cantaron más de una docena, desde «Galilea azul» hasta «Cristo el labrador», aumentando en volumen y en fervor hasta darle la sensación de que los Hermanos se quedarían inmóviles bajo el sol, marchitándose bajo sus rayos feroces, vencida por fin la barrera de las nubes. Al final, harto de cánticos, le pareció oír un gemido lleno de sufrimiento que procedía de la sala. Abandonó su puesto junto a la ventana, se acercó al umbral y miró hacia la sala para ver a la mujer que se había instalado a primera hora en la mecedora, sin nadie que la acompañara, el rostro cubierto de sudor y con aspecto de encontrarse bastante mal. Al entrar en la sala ella alzó los ojos para mirarle y en sus enormes pupilas, perfectamente inmóviles, no había miedo ni señal alguna de reconocerle, como si fuera sólo una res y no una mujer.

Freirs se acercó a la mecedora y se la quedó mirando. «Jesús —pensó—, debería estar en cama con lo avanzado que lleva el embarazo.» Ella le miró y Freirs intentó sonreír. «Hola», le dijo quedamente. Un rayo de sol reptó hasta tocarla y Freirs vio cómo su vientre se agitaba.

Era el primer hombre que le había sonreído durante toda la mañana. Joram llevaba días mirándola con ojos irritados, como si su estado no fuera una bendición del Señor, sino algo maldito y aborrecible. No quería venir a la adoración: se encontraba demasiado llena, como hinchada, hasta el extremo de que apenas si podía respirar. Con los otros partos nunca le había ocurrido nada semejante: a veces, cuando el niño se movía dentro de ella, le parecía que estaba cambiando de sitio todas sus entrañas... Sí, era tozudo, como Joram. Seguramente era un niño. Deseaba que por esta vez el Señor le permitiera tener una hija, pero ella no era quién para poner objeciones a sus designios. Joram se enfadaría mucho si alguna vez llegaba a enterarse de que pensaba en ello.

Tenía tantas ganas de dar a luz... El embarazo se le estaba haciendo insoportable y hacía tanto calor... Le habría gustado sentarse en el porche a ver los servicios, estaba segura de que la habrían consolado. Pero Joram no quiso ni pensar en ello. Dijo que o su mujer permanecía de pie bajo el sol con el resto de la congregación o se quedaba donde no la vieran; no pensaba soportar la vergüenza de que ella estuviera sentada mientras que todos aguardaban de pie. Por lo tanto, Lise había sido condenada a quedarse en aquella habitación diminuta y asfixiante. Cuando el forastero entró en la sala estaba muy mareada a causa del miedo y el calor.

Contempló sus ropas con envidia: parecía encontrarse mucho más cómodo y llevaba los brazos y las piernas descubiertos, rosados y suaves como los de un bebé. El color de sus ropas le recordó las flores de su jardín. Su rostro era bondadoso y parecía tener las manos suaves, como si poseyera el don de curar; le recordaron vagamente las manos de Joram hacía mucho tiempo, antes de que vinieran los niños.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó, sonriéndole con tanta calidez como si fuera el mismo sol.

—Oh, yo... —dijo ella—, ¡míreme! —Y sacudió la cabeza, casi riéndose, como si ellos dos compartieran una broma privada que gente como su esposo nunca sería capaz de entender.

—La estoy mirando —dijo él, y había tanto cariño en su sonrisa que casi le hizo olvidar el dolor que le roía las entrañas. Apartó un mechón de cabellos de su frente sudorosa, deseando que pudiera verla en un instante mejor y de pronto se dio cuenta de que sus piernas estaban mucho más separadas de lo que convenía a una mujer casada. Sintió el peso húmedo de la tela como un negro telón entre sus muslos..., pero no importaba, pues el forastero no parecía sentirse incómodo por ello y tampoco a ella le incomodaba el tenerle allí, mirándola. Parecía que, después de todo, él era capaz de entenderla—. ¿Cuánto falta? —le preguntó, señalando con un gesto su estómago.

Se dio cuenta de que estaba impresionado y volvió a sentirse orgullosa de su estado, recordando al fin que no debía sentir ninguna vergüenza pese al comportamiento de Joram. Lise hinchó levemente el vientre, como para hacerlo aún más grande.

—Uno de estos días —le confió con cierta emoción—. No para de moverse. —El forastero sonrió.

—¡Supongo que el pobre chaval estará impaciente!

Lise rió y el sonido de su propia risa le pareció extraño: llevaba mucho tiempo sin reírse.

—Se está moviendo —dijo, sin sentir ningún miedo esta vez; le gustaba el interés de aquel hombre por su estado. Se pasó la mano por el estómago, sintiendo los pataleos del niño y disfrutando al mismo tiempo del contacto de su mano, pensando que aún le gustaría más sentir la mano de aquel hombre sobre su piel—. Tóquelo si quiere —dijo, sonriéndole desde su cuerpo enorme y repentinamente hipersensible. El forastero alargó la mano y se detuvo de pronto, vacilante—. Adelante —dijo ella casi sin aliento—, venga..., tóquelo..., tóquelo...

Todos miraban a Sturtevant, esperando que hablara. Se volvió para mirar a la congregación y empezó a hablar.

—Hermanos y Hermanas, tal y como sabéis el Señor nos ha encargado hoy una labor fuera de lo común. Esta buena gente teme que quizá bajo su techo se cobijen espíritus malignos y es cosa nuestra, ya que somos Hermanos y vecinos suyos, purificar la casa y todo lo que contiene. Por lo tanto, celebremos una Purificación. Unios ahora a mí para librar la casa de sus posesiones mundanas de modo que pueda llenarse mejor con el Espíritu Santo.

El sol ardía sobre su cabeza. Se limpió el sudor de la frente con el dorso de la mano y se quedó inmóvil mientras los hombres formaban una hilera disponiéndose como para una pesada labor, quitándose las chaquetas y arremangándose. Joram rodeó la granja y se quitó su gruesa chaqueta negra, dejándola en el asiento delantero del coche. Dentro de unos momentos todos entrarían en la granja para ver a Lotte sentada en la sala, gorda y sudorosa. Cómo le repugnaba la idea de que fueran a verla así... Sería mejor sacarla de la sala, quizá dejar que se quedara en el coche. Tenía la esperanza de que no intentara discutir con él y, con paso decidido, subió presuroso los peldaños del porche y abrió la puerta.

El vestíbulo estaba casi a oscuras, pero la sala estaba iluminada por el sol y a través del umbral, como si fuera un marco, distinguió la figura de su esposa, sentada en la mecedora... y la de Jeremy Freirs, inclinado sobre ella, habiéndole quedamente mientras le acariciaba el hinchado vientre.

Tardaron varios minutos en calmar a Joram. El primer grupo de Hermanos había entrado en la granja justo cuando él empezaba a gritar y lo único que retuvieron en la memoria fue la expresión enfurecida de su rostro, las venas abultadas de su frente y el modo admirable que tuvo, dada la relación de Freirs con los Porothe, de contenerse para no agredir físicamente a su huésped. Pero el grueso de su furia iba dirigido contra su esposa, a pesar de que incluso entonces se contuvo al hallarse frente a toda la comunidad. Le gritó un ronco: «¡Mujer, compórtate!», la cogió del brazo y la llevó a rastras hasta sacarla de la casa, obligándola a bajar a empujones los peldaños del porche hasta meterla en la ranchera de color azul aparcada junto a la casa. Y lo que le dijo a la llorosa mujer una vez estuvieron dentro del coche con las ventanillas subidas es algo que ningún habitante de Gilead supo jamás.

Mientras tanto, ignorando cortésmente lo sucedido (si es que habían llegado a

enterarse de ello), el resto de los Hermanos iban entrando en la granja para proseguir la Limpieza: entraban por la puerta trasera y se desparramaban por la casa cogiendo todo lo que podían para llevarlo luego a la pradera. Freirs llegó a la conclusión de que le recordaba un día de mudanzas en los viejos tiempos, con toda la comunidad ayudando al que se iba. Había logrado mantener tenazmente su rostro impávido e inocente durante la filípica de Sturtevant y ahora, sin muchas ganas de salir afuera, temiendo encontrarse con la pareja metida en el coche, se quedó en el primer piso observando el trajín y echando una mano siempre que podía. Vio cómo iban sacando sillas, estantes, un cuadro de la Tierra Santa colgado en la pared de la sala, e incluso los morillos de la chimenea; dos hombres intentaban bajar por la escalera una enorme cómoda y Rupert Lindt, sin que nadie le ayudase, cogió él solo la mesa de la cocina para llevarla fuera. Un enjambre de mujeres se movía por la casa con los brazos repletos de bandejas, relojes, alfombras o jarras de la cocina. Hasta los niños pequeños trabajaban, uno llevando un puñado de cubiertos, otro cargado con una gruesa almohada, otro a duras penas capaz de mover la casita para predecir el tiempo que había en la sala. Los gatos, nerviosísimos, iban y venían, metiéndose entre las piernas de todo el mundo.

Poco a poco la casa fue quedando con las paredes desnudas. Corah Geisel deshizo cuidadosamente el cordel que ataba la bola de cristal rojo a la ventana del cuarto de los niños. Abram, el hermano de Joram, ayudó a Sarr y Galen Trudel a bajar el inmenso y pesado lecho por la angosta escalera. Deborah, pese a encontrarse mal, intentó coger la Biblia de la mesilla de noche, pero al estar aún débil se le cayó al suelo y la vieja Hermana Corah, musitando una trémula plegaria, se apresuró a recogerla. Freirs tuvo que ayudar a Deborah a bajar la escalera y le gustó la fuerza con que le cogía del brazo.

Los Porothe no tenían muchas posesiones, pero los objetos que se amontonaban sobre la pradera, desde el máspreciado hasta el más humilde de sus bienes terrenales, formaban un considerable montón. Freirs, cuándo no estaba echándole una mano a alguien, se quedaba en la sala viendo cómo los muebles y objetos iban siendo trasladados y en su rostro había una expresión de asombro, igual que el propietario de una casa rodeado por los hombres de las mudanzas..., casi un centenar de ellos para ser exactos, todos claramente familiarizados con los requisitos precisos. En menos de media hora la pradera, como si fuera el escenario de una desesperada venta benéfica en la que no debía quedar nada sin comprador, estaba cubierta por los abigarrados bienes de la casa y la multitud de los Hermanos.

Y luego, el granero. Porothe le quitó el freno de mano al camión para que los hombres pudieran sacarlo a empujones sin que hubiera necesidad de poner en marcha el motor, rompiendo de ese modo el sagrado silencio de la ceremonia. Después del camión, otro grupo de hombres sacó los aperos oxidados y luego quitaron de la buhardilla las herramientas y todo lo que podía moverse, dejando vacío el cuarto de trabajo de Sarr. Las cinco gallinas y el gallo, contemplando con expresión curiosa la agitada actividad que se desarrollaba a su alrededor, quedaron encerradas en su jaula de alambre, esperando a ser purificadas. Porothe seguía inmóvil junto al granero con los brazos en jarras, contemplando los objetos que se acumulaban sobre la hierba con una expresión extática. Freirs pensó que todo aquello debía de ser para él como una prueba de que su destino iba a cambiar. En

cuanto a Deborah, era imposible saber lo que pensaba. Freirs se le acercó y contempló dubitativamente las nubes. En el este una media luna de un color blanco humo era visible por entre un desgarrón de las nubes.

—Esperemos que no llueva —dijo.

Poroth miró hacia arriba, pero no demostró señal alguna de preocupación.

—No importa —dijo encogiéndose de hombros—. No sería más que una señal purificadora del Señor.

Freirs asintió, acordándose de dos refranes sobre los entierros: si hacía sol, ello era señal de que el cielo amaba a quien había fallecido; la lluvia significaba que el cielo lloraba por él. De todos modos, era imposible perder. Miró de nuevo hacia la pradera a tiempo de ver como un grupo de unas veinte mujeres jóvenes se cogía de las manos formando un círculo, mirando hacia ellos.

—¿Quiénes son? —le preguntó en un murmullo.

—Mujeres solteras —dijo Sarr—. Te lo explicaré en seguida.

Sonriendo, fue hacia ellas y se colocó en el centro del círculo. Una de las jóvenes tenía en la mano un gran pañuelo negro que, mientras Freirs seguía observándolas, ató sobre los ojos de Poroth. De pronto, todas empezaron a cantar y sus agudas voces juveniles despertaron ecos extraños en la pradera:

*Escoge bien dando la vuelta,
escógela, no tardes más.
Toma primero su mano
y luego ella limpiará.*

Mientras cantaban empezaron a dar lentamente vueltas en torno a Sarr, con los ojos clavados en él. Dieron tres vueltas a su alrededor y cuando hubieron cantado por tres veces la canción, Sarr extendió de pronto la mano y tocó en el hombro a una delgada joven rubia.

—Eve Buckhalter —gritó alguien.

—¡Sacadla del círculo!

Era Joram Sturtevant quien había hablado, inmóvil y erguido en los peldaños del porche trasero y con el rostro aún severo a causa de lo que había ocurrido antes, poniendo gran cuidado (o eso le pareció a él) de no mirar hacia donde estaba Freirs, quien supuso que ya debía de haber puesto las cosas en claro con su mujer, a la que ya no se veía dentro del coche. Quizá incluso estuviera sintiendo cierta vergüenza por haber perdido el control de ese modo.

La muchacha abandonó el círculo y una mujer a la que Freirs no reconoció le entregó una pequeña pluma de color blanco. Con una gran sonrisa Eve Buckhalter se quedó inmóvil con el aspecto desgarbado de toda adolescente, pero claramente complacida al ser el centro de la atención.

—Ella guiará la Limpieza del granero —dijo Sturtevant—. Ahora, a escoger para la casa.

Una vez más el círculo de jóvenes empezó a girar cantando de nuevo. Habían dado

otras tres vueltas y cantado la canción por tres veces cuando Sarr extendió la mano y tocó a otra chica, esta vez justo bajo el pecho, haciéndole lanzar un leve chillido.

—Sarah Lindt —gritó el Hermano Joram—. ¡Sacadla del círculo!

Era la hija de Rupert; Freirs la observó atentamente mientras abandonaba el círculo, reconociendo los rasgos toscos y la nariz achatada de su padre. Ahora estaba aún más seguro de que la chica del camión era ella. Sarr, completada su tarea, había vuelto con Deborah mientras que en el centro del patio dos mujeres (supuso que serían las madres de las chicas, reconociendo a la que había visto acompañando a Lindt) se dedicaban a entrelazar hojas de maíz en la cabellera de las chicas. Una vez terminaron condujeron a las dos chicas, cada una aferrando su pluma blanca, delante del grupo y allí las dejaron para que esperaran, cada vez más nerviosas. Se dio cuenta de que la segunda de ellas, la joven Sarah, parecía muy nerviosa.

Sturtevant, aún en el porche, levantó la mano y volviéndose hacia las muchachas la congregación entonó a coro la siguiente invocación:

—Que el Señor esté con vosotras mientras lleváis a cabo vuestra sagrada tarea.

—Son las que limpiarán los edificios —le dijo Sarr al oído, rodeando con el brazo a su mujer. Parecía complacido, aunque en el rostro de ella no había expresión alguna—. Son inocentes las dos; por lo tanto, perfectas para esa labor santa.

—Oh, para eso son —dijo Freirs—. Sí, supongo que tiene sentido...

«Vírgenes», se dijo mientras Eve Buckhalter encabezaba el grupo que se dirigía hacia el granero y Sarah Lindt hacía lo mismo con el que iba a la casa.

Pese a todo lo chocante que Freirs pudiera encontrarlo (los hombros robustos y tensos de las chicas y su paso decidido, las ridículas plumas blancas y las hojas de maíz en su pelo), el momento poseía una curiosa solemnidad. Miró a la congregación y vio a los padres moviendo la cabeza y musitando plegarias silenciosas; Porothe contemplaba a las dos chicas como un progenitor orgulloso viendo graduarse a sus hijas. Sólo un rostro le llamó la atención a Freirs: la madre de Sarr. Por primera vez, al menos que él recordase, la mujer parecía sorprendida e inquieta. Freirs siguió la dirección de su mirada y vio que tenía los ojos clavados en Sarah mientras ésta caminaba lentamente hacia la casa con su rostro juvenil lleno de gravedad, mirando hacia el suelo y sosteniendo la pluma blanca con tanta reverencia como si le hubiera sido recién arrancada el ala de un ángel.

—¿Qué le pasa a tu madre? —musitó Freirs.

—¡Ssshhh! —dijo Porothe sin mirarle.

Pero luego se volvió hacia su madre y al ver su expresión pareció quedarse perplejo. Mientras tanto, Sarah no había dejado de avanzar lentamente hacia la casa, dejando atrás las filas de hombres y mujeres de la congregación. De pronto, Freirs la vio detenerse y por un fugacísimo instante quedarse mirando con los ojos muy abiertos llenos de terror y miseria a un joven de pálido rostro en el centro de la multitud. Era otra vez él, el mismo del camión; Freirs no tuvo la menor duda. Por un instante el joven le devolvió la mirada a Sarah y luego apartó los ojos con expresión culpable.

La mirada que habían cambiado fue muy breve: sólo quien en ese momento les hubiera estado observando pudo darse cuenta de ello. Pero había durado lo bastante como para que Freirs la viera y estuviera a punto de echarse a reír. «¡Aja, realmente no es virgen!

—pensó—. ¡Y sólo lo sabemos ella, el chico y yo!» Contempló nuevamente los rostros de la gente y vio la expresión de la señora Poroht. «Y puede que la madre de Sarr.» Nadie más se había dado cuenta. Sarah Lindt siguió avanzando hacia la casa y Eve Buckhalter hacia el granero. Las dos acabaron desapareciendo en el interior de los edificios, Sarah vacilando un instante antes de entrar, y un audible suspiro escapó de las bocas de los Hermanos. Como liberados repentinamente de un hechizo empezaron a dispersarse por el patio frente a la casa, en tanto que Freirs y Poroht seguían mirando hasta que cada uno de los Hermanos acabó nuevamente inmóvil junto a un pequeño montón de objetos.

—¿Qué ocurre ahora? —murmuró Freirs. También Sarr parecía más tranquilo.

—Bueno, las muchachas ya están dentro. Sarah irá por las habitaciones sin dejarse ninguna, bendiciéndolas todas con una oración, y Eve hará lo mismo en el granero. Mientras tanto, los demás van a bendecir todo lo que está aquí fuera. Deborah y yo no podemos participar. —La bendición de que había hablado ya estaba empezando: Freirs vio a varios Hermanos que movían las manos en el aire, trazando signos y haciendo pases, musitando una plegaria tras otra, como los visitantes de un mercado en la antigüedad—. Ver todo esto me alegra el corazón —dijo Sarr contemplando a los Hermanos.

Estaba claro que el tamaño no importaba. Freirs vio a un niño que parecía tener siete años parado solemnemente frente al gran reloj del abuelo de Sarr, que le hacía parecer un enanito, en tanto que el imponente Rupert Lindt, con su hija dentro de la casa, murmuraba una oración ante unas linternas y una alfombrilla enrollada. Corah Geisel permanecía delante de una mesa cubierta de vasos, boles y jarras y junto a ella estaba su esposo, bendiciendo un arado roto y un artefacto oxidado de cuyas ruedas sobresalían cuchillas de aspecto amenazador. El Hermano Joram bendijo con el rostro grave el camión y Sarr le comentó que la cabina todavía olía mal. Freirs se preguntó si ahora el olor desaparecería.

Viendo cómo rezaba Geisel se dio cuenta de que se habían olvidado un objeto. Se metió en su cobertizo y salió de él con la reluciente hoz de Sarr, que se había dejado sobre la mesilla de noche.

—¡No quiero que nada escape a sus bendiciones, Matthew! —le dijo depositando la hoz en el suelo, junto al arado.

El anciano asintió sin enterarse demasiado y continuó rezando. Eve Buckhalter apareció por fin en el umbral del granero: metió la pluma blanca, como si fuera un talismán, en una rendija de la madera sobre su cabeza y miró a los Hermanos sonriendo. Unos instantes después apareció también Sarah Lindt sonriendo sin gran entusiasmo y con el rostro un tanto cansado y pálido. Se detuvo en la puerta trasera y tras forcejear unos instantes logró encajar la pluma blanca en una grieta del marco. Bajó los peldaños, recibida con una sonrisa general. Las oraciones habían terminado; la Purificación estaba completa.

—Hermanos, Hermanas —dijo Sarr solemnemente subiendo al porche—, os doy las gracias por el servicio que habéis celebrado y la bondad que habéis demostrado conmigo y con Deborah. Ahora, demos gracias al Señor por haber dejado que nos reuniéramos todos aquí.

Inclinó la cabeza y todos rezaron en silencio durante más de un minuto. Freirs inclinó también la cabeza, pero sólo un par de segundos; al mirar a su alrededor vio que todos miraban hacia el suelo. Deborah tenía la cabeza gacha, ya absorta en sus pensamientos o,

quizá, con la mente en blanco. Sarr tenía los párpados muy apretados, como sumido en una profunda concentración. Joram se contemplaba las manos con el rostro severo, obviamente con la mente llena de graves asuntos. Pero la madre de Sarr no dejaba de mirar a Deborah.

—Amén —dijo unos momentos después Joram levantando la cabeza.

Todos los cuerpos se relajaron cambiando de postura. Se había levantado una débil brisa que atemperaba la fuerza del sol de la tarde. Una media luna blanca hendía la bóveda celeste colgando sobre el horizonte como un retazo de humo. Uno a uno, como una película proyectada al revés, los Hermanos fueron recogiendo los objetos de la pradera y llevándolos nuevamente al interior. El lecho y la cómoda fueron otra vez transportados por la escalera y el camión metido a empujones dentro del granero. Freirs miró su reloj: la una en punto. Deborah seguía inmóvil y silenciosa en el porche y San estaba supervisando la nueva mudanza, señalando dónde iban los objetos, aunque no preocupándose demasiado de que fueran colocados en su lugar exacto. «Muy bien, muy bien», repetía todo el rato mientras las mujeres ponían de nuevo los platos en la alacena. «Deborah y yo lo ordenaremos todo luego.»

—¿Vas a tener que darles de comer a todos? —le preguntó Freirs aprovechando un momento en que Sarr no estaba ocupado.

—No, gracias a Dios —sonrió él—. Los Hermanos sabemos cómo controlar nuestro apetito.

—Ya lo veo —dijo, pensando en Sarah Lindt y en otro tipo de apetitos.

La gente hablaba en grupos, disponiéndose ya a partir: se despedían, se bendecían unos a otros y luego se alejaban por el sendero o iban llenando los coches aparcados delante de la casa. Al irse, muchos de los Hermanos se detenían unos instantes para darle las gracias a Sarr y desearle que todo fuera bien.

—Pienso que esta Limpieza ha sido magnífica —dijo Abram Sturtevant, como si cumpliera con el deber de su hermano—, y sé que Joram piensa lo mismo.

De hecho, Joram y su familia habían sido de los primeros en partir.

—Sólo espero que sea una ayuda para todos nosotros —dijo Amos Reid.

El anciano Jacob van Meer se detuvo para darle a Sarr sus mejores votos, tanto de él como de su mujer, en lo tocante a Deborah y su pronta recuperación. Deborah se había retirado hacía ya un rato al dormitorio. Unos instantes después Freirs vio que Porothe hablaba en nerviosos murmullos con su madre: Sarr parecía algo disgustado.

—Lo haré —repetía una y otra vez—. No te preocupes, allí estaré.

La mujer se marchó por último, pero Freirs notó que tenía el rostro inquieto y no muy satisfecho. Los Geisel parecían poco dispuestos a irse.

—Por favor —dijo Sarr—, quedaros y compartid con nosotros la comida del domingo. A Deborah y a mí nos gustaría mucho que lo hicierais.

Corah Geisel decidió quedarse, pero sólo diciendo que lo hacía para cuidar a Deborah.

—A mí también me gustaría quedarme, Sarr —dijo Matthew—, ya sé que tu mujer no está en condiciones de cocinar ni cuidar de la casa, al menos hoy. Pero tengo que irme, lo lamento mucho. En nuestra granja hemos tenido también muchos problemas... De hecho,

es posible que acabemos convocando también una Limpieza si logramos congregar a los Hermanos antes del domingo próximo. Nuestras vacas y gallinas llevan toda la semana encontrándose mal.

Después de que el anciano se hubiera despedido de Sarr, Freirs le acompañó hasta el polvoriento sendero.

—¿Qué les pasa a los animales? —preguntó—. Llevo todo el verano bebiendo la leche de sus vacas y tenía un gusto magnífico.

Anduvieron unos instantes en silencio hasta haber dejado atrás la silueta de la granja.

—La mayor parte del ganado de la zona se ha estado portando de un modo muy raro últimamente —dijo Geisel—. No sé cuál es la razón exacta. Algunos piensan... Bueno, siempre hay gente dispuesta a creer en cualquier cosa. Algunos mantienen que usted es la causa del problema...

—¿Yo? —Freirs rió de un modo forzado—. Pero ¿por qué iba alguien a pensar semejante cosa? No tengo nada que ver con este lugar.

—Ése es justamente el meollo de la cosa —dijo Geisel—. Usted viene de fuera, es un intruso. Vive entre nosotros pero no es de los nuestros. Pero no debe preocuparse al respecto. Algunos se han empezado a asustar y andan buscando cualquier excusa para sus temores.

—¿Y cuál cree usted que es la causa?

Pero el anciano nunca tuvo oportunidad de contestarle porque en ese momento la tierra empezó a temblar.

Bert Steegler y Amelia habían vuelto ya a la cooperativa. Invariablemente, eran siempre de los primeros en abandonar las adoraciones para que les fuera posible sacar las mercancías fuera y abrir el almacén la tarde del domingo. Notaron que algo iba mal cuando todas las linternas, los salchichones, los alambres y las cañas de pescar que colgaban de las vigas del techo empezaron a temblar. Mientras permanecían paralizados por el terror, agarrándose al mostrador como si fuera una tabla de salvación, sintieron un ronco rugido bajo sus pies. Antes de que cesaran las vibraciones, diez segundos después, tres grandes linternas habían caído al suelo haciéndose pedazos y todos los artículos de los estantes habían resbalado misteriosamente hacia el norte, como si estuvieran imantados.

La mayoría de los Hermanos iban aún de camino, ya fuera por el sendero polvoriento de los Porothe o por los asfaltados que estaban más cerca del pueblo, cuando empezaron los temblores. Los que iban caminando se sintieron oscilar y estuvieron a punto de perder el equilibrio. Galen Trudel lo compararía después a intentar abordar una embarcación cuando el agua está picada. Sintió moverse el suelo y esa frase tan común, «la sólida tierra», le vino a la cabeza como burlándose de él. Los que iban en coche tuvieron que frenar para que sus vehículos no se salieran del camino. Amos y Rachel Reid, que ya estaban cerca de Gilead, vieron cómo delante de ellos el pavimento ondulaba lentamente, como una cinta negra flotando sobre las olas.

Muchos Hermanos, siguiendo sus impulsos más hondos, recordaron advertencias de la Biblia. Klaus y Wilma Buckhalter, que estaban llevando a Eve a su casa después de un día ya repleto de emociones, se acordaron de san Mateo: «Y visteis como el velo del

templo era desgarrado en dos de una punta a otra; y la tierra se estremeció y las rocas se hendieron. Y las tumbas volvieron a abrirse...». Eve sintió que era testigo de un Dios «cuya voz hacía temblar la tierra». Otros recordaron el Libro de las Revelaciones o, corno Bethuel Reid, pensaron en Isaías: «Seréis visitados por el Señor de los ejércitos con el trueno, el terremoto y un gran clamor, con la tempestad y la tormenta y con la llama del fuego que consume». Y bastantes kilómetros más al sur, los estudiantes graduados del departamento de Geología en Princeton, respondiendo a una llamada del Observatorio Geológico Lamont-Doherty en Palisades, Nueva York, comprobaron sus instrumentos y verificaron los datos de Lamont: el norte de New Jersey acababa de sufrir un terremoto menor que llegó a los cuatro punto nueve grados en la escala de Richter.

El nerviosismo duró sólo unos segundos, aunque será un buen tema de conversación para la comida, aparte de que me dará algo que contar cuando vuelva a Nueva York. Nunca había experimentado un seísmo antes; espero que todos resulten tan inofensivos como lo ha sido éste.

Corah Geisel se quedó arriba con Deborah y se fue un poco después, informándonos de que los reflejos parecían algo afectados pero que, aparte de eso, las heridas eran superficiales y estaban curando bastante bien.

El resto del día el cielo estuvo cubierto y gris. Me quedé en mi cuarto leyendo a Robert W. Chambers y esperando a medias otro seísmo, que afortunadamente no llegó. La mayoría de relatos de Chambers empiezan con citas maravillosamente ominosas de un libro mítico llamado *El Rey de Amarillo*. De todos modos, ese truco (que no vacilo en calificar de magistral) me ha parecido ser su única fuente de inspiración.

Lamenté que se fuera la vieja Corah y que Sarr preparara otra vez la cena. Deborah seguía descansando en el piso de arriba, según me dijo. Parecía un tanto preocupado pese a todos los buenos presagios que ha recibido hoy la granja. Hizo alusión a otras cosas que no andaban muy bien en Deborah y que ni Corah ni los demás habían notado o no les habían dado importancia. Tomamos una melancólica cena de solteros consistente en queso y bacon subido del sótano (el cual seguía apestando pese a la visita de Sarah Lindt... Esta noche al pasar junto al umbral estuvo a punto de marearme la bocanada de pestilencia que salía de él). Para hacerle compañía a Sarr me quedé un rato en la granja después de lavar los platos, pero por alguna razón que ignoro él se encontraba bastante soñoliento y deprimido. No es el estado de ánimo más adecuado para lo que se supone es un nuevo principio para la granja y menos con mi renovada decisión de quedarme. Puede que sea el tiempo: después de todo somos simples animales más afectados por el sol y las estaciones de lo que nos gusta admitir, aunque más probablemente se debiera a la ausencia de su mujer. Espero que se encuentre mejor pronto. Todos dependemos de ella.

Después de irse Freirs, Sarr apagó una de las lámparas y cogió la otra para subir silenciosamente la escalera, intentando pisar el borde de los viejos peldaños de madera para que no crujieran tanto. La luz iluminó la pálida figura de su mujer al entrar él de puntillas en el dormitorio. Estaba acostada con el estómago hacia arriba, los ojos perdidos en la oscuridad.

—Oh, estás despierta. —Ella asintió.

—Muchas..., muchas cosas en que pensar.

Su voz, ese ronco susurro, aún seguía inquietándole. Él le acarició la cabeza.

—Iba a rezar en silencio, pero me alegra no tener que hacerlo. Rezaré por los dos, ¿de acuerdo? Ahora, nada de hablar.

—Muy bien.

Se arrodilló en un rincón del cuarto sobre los tablones de madera.

—Oh, Señor, escúchame en el cielo donde moras... —Ella le observó sin pestañear hasta que acabó de rezar. Sarr le sonrió y fue hacia el lecho—. Y esta noche, nada de himnos —le dijo metiéndose en la cama. Acercó un poco la linterna que había en la mesilla de noche y le tocó con mucho cuidado los moretones del cuello—. Tienes mejor aspecto ahora que por la tarde —le dijo en voz baja—. Dios te ama, cariño, y yo también.

Se inclinó sobre ella y muy lentamente, con mucho cuidado, le besó el cuello. Ella se agitó levemente, y él lo tomó por una respuesta, esperando que después de lo sucedido este fin de semana ella sintiera tantos deseos de hacer el amor como los sentía él. Se le acercó un poco más y le besó los labios. Deborah le devolvió el beso sin mucho entusiasmo, con los labios cerrados. Sarr volvió a besarla, esperando que ella abriera la boca, pero no lo hizo. Bueno, quizá seguía doliéndole. Sintiéndose como un estúpido, se apartó de ella.

Luego, acostado a su lado en la oscuridad, extendió la mano y le tocó el hombro. Sintió como ella se removía y le pasó la mano sobre el camisón, bajando por sus senos hacia el estómago, sintiéndose cada vez más excitado. Ella se removió de nuevo y se volvió de costado dándole la espalda. Sarr apartó la mano, sintiéndose culpable, se dio la vuelta con un suspiro e intentó dormirse.



Veinticinco de julio

Los Porothe llevaban horas levantados cuando se despertó. Sin salir de la cama, se volvió sobre un costado y miró hacia afuera. Lo primero que vio fue una araña de jardín en la parte exterior de la rejilla aferrando entre sus patas los restos a medio devorar de una mariposa. «¡La naturaleza!», pensó, igual que otras veces. La araña era gris y peluda, tan grande como algunos de los ratones que los gatos solían matar. Parecía tener su refugio entre la hiedra de un verde oscuro que crecía en la parte exterior del alféizar. Obviamente este verano había tenido un buen surtido de presas entre los insectos que vivían ocultos en el follaje. Como si pudiera sentir la repugnancia de Freirs, la araña empezó a moverse repentinamente, trepando decidida por la rejilla y, ante su mirada de horror, dirigiéndose en línea recta hacia la rotura de los alambres. Cogió a toda prisa el insecticida que tenía en el estante junto a la cama, lo apuntó hacia la rejilla e inauguró la nueva semana en la granja rociando de veneno la araña. Ésta logró avanzar hasta unos centímetros de la abertura y luego se detuvo con una convulsión de las patas para caer entre la hiedra.

Recordó confusamente la canción infantil:

*Si quieres vivir y medrar
ni una araña has de matar.*

Pero se encogió de hombros intentando olvidarla y se dijo que había matado ya tantas que estaba viviendo de prestado.

Un día más bien tranquilo después de todas las emociones del fin de semana. Ningún visitante, ningún accidente, ni ruidos ni movimientos en el suelo. He leído un poco a De la Mare esta mañana (la horripilante historia de un muchachito que ve un demonio agazapado cada vez que se vuelve a mirar hacia la izquierda), pero tiene un modo de escribir tan elusivo y sutil y el día era tan apacible y cálido que se me acabó haciendo imposible el leer. Sarr estaba tirando una especie de polvo blanco en el campo que, teóricamente, mantiene alejado al gorgojo, pero no dejaba de vigilar a Deborah periódicamente. Ella, a su vez, estaba sentada observándole desde su mecedora del porche, meciéndose lentamente atrás y adelante, pero por lo demás totalmente inmóvil, como una vieja silenciosa más muerta que viva.

Viendo cómo trabajaba Sarr, empecé a pensar que debería hacer un poco de ejercicio físico; pero la idea de volver con la gimnasia después de haber estado tanto tiempo inactivo me pareció demasiado desagradable. Paseé un poco por el camino hasta el primer recodo en el que la casa se pierde de vista. Quizá lo hacía con la esperanza de que el chófer de la compañía del gas apareciese de nuevo y se ofreciera a llevarme... De todos modos, no sé muy bien el porqué, no deseaba alejarme mucho de la casa, como si cuando volviera quizá ya no fuera a ser la misma..., o quizá incluso hubiera desaparecido. Algo parecido al modo en que Sarr no le quita ojo a Deborah... Estaba aburrido y la idea de ir hasta Gilead me tentaba, pero el pueblo tiene poco que ofrecer y la verdad es que está demasiado lejos.

Pensaba cortar la hiedra de las ventanas cuando volviera, ya que se está convirtiendo en un puerto de refugio para todo tipo de bichos, pero decidí que el lugar tiene un aire más artístico cubierto con sus zarcillos. Deborah hizo la cena esta noche (carne, judías y patatas) pero quedé un poco decepcionado, quizá por haber estado esperando todo el día con ansiedad probar de nuevo sus guisos. La carne no estaba lo bastante cocida y las judías estaban frías. Aunque sigue pareciendo cansada y se mueve con rigidez, por lo demás tiene aspecto normal y al menos fue capaz de hablar durante la cena..., de hecho habló más que Sarr, el cual apenas dijo nada salvo que no había logrado enterarse de nada sobre los McKinney (si es que hay algún McKinney). De todos modos, la voz de su mujer sigue bastante ronca y comió muy poco, como si le costara tragar. La convencí de que me dejara lavar también hoy los platos. Últimamente he lavado montones...

No tenía muchas ganas de leer esta noche y habría preferido quedarme sentado un rato en la sala, como solíamos hacer en el pasado, oyendo la radio (estoy seguro de que a Deborah también le habría gustado), pero Sarr anda últimamente de lo más religioso y empezó a rezar entre murmullos inmediatamente después de cenar. Supongo que aún está bajo los efectos de los servicios de ayer. Estaba tan absorto en sus canturreos que me hizo

sentir incómodo (no me gustaba nada la cara que ponía), así que una vez lavados los platos me marché, tomando prestada la radio para la noche.

Hice el camino oyendo música de rock. Sonaba bastante obscena aquí, con todo este silencio rural bañado por las estrellas, pero una vez estuve dentro me pareció como si ayudara a mantener la noche a raya. Estuve escuchando los anuncios entre las canciones (accesorios estéreo para coches, cremas para el acné y discotecas junto a la autopista) y todos me sonaban terriblemente lejanos. ¿Qué impresión sacaré gente como los Hermanos de esos anuncios? Luego estuve escuchando un poco las noticias (ay, ninguna mención de nuestro patético y diminuto terremoto). Montones de alta política internacional, crimen y corrupción en la ciudad, negros y libios pidiendo esto y exigiendo aquello, los conductores de autobús amenazando con huelgas y marchas... No me extraña que la gente de aquí desprecie el mundo de fuera; a juzgar por la imagen que da la radio de él, está tan corrompido como afirma Sarr.

He estado oyendo la radio una media hora. Recuerdo los días, no hace tanto de ellos, cuando habría sentido remordimientos ante la idea de malgastar el tiempo de ese modo, pero cuanto más tiempo llevo aquí parece que más y más despacio funciona... No puedo encontrar esa maldita lata nueva de insecticida. Normalmente la tengo aquí en la mesa, bien cerca de la mano, y cada noche juego a «buscar y destruir» antes de apagar la luz. Me irrita pensar que uno de los Porothe pueda haberla cogido y luego no me la haya devuelto; no me gusta nada la idea de que entren en mi habitación. La otra lata está casi vacía, pero usándola sin muchas alegrías y acompañándola con un viejo ejemplar de *Sight & Sound* bien enrollado (cuya cubierta ahora tendré que tirar) he logrado hacer una buena limpieza del lugar.

Acabo de apagar la radio. He sentido la tentación de mantenerla encendida toda la noche, pero entonces no puedo oír lo que pasa fuera y no me gusta estar en desventaja de ese modo.

En el silencio puedo oír ahora a Sarr rezando y cantando himnos. Se me hace raro oírle cantar solo. Supongo que Deborah estará ahí con él, siguiendo los himnos con los labios, en silencio.



Veintiséis de julio

Escribo esto, rompiendo mis costumbres, a primera hora de la mañana, aún a oscuras casi. A eso de las dos de la madrugada me despertó un ruido en el bosque. Un gemido (esta vez más ronco y potente que antes) seguido por lo que me pareció un monólogo apagado y gutural, salvo por el hecho de que no parecía haber palabras..., al menos ninguna que yo pudiera distinguir. Quizá fuera un chotacabras o una rana-toro muy grande, incluso algún furtivo local haciendo de las suyas por los pantanos de noche. Si las ranas pudieran hablar... Por alguna razón que ignoro, me quedé dormido de nuevo antes de que cesara el ruido, así que no tengo ni idea de qué pasó después.

En el periódico de la mañana había un breve artículo sobre nuestro «terremoto». También he recibido hoy carta de Carol. Vendrá este fin de semana..., desgraciadamente con Rosie, ese viejo loco. No me gusta el modo en que se le está pegando y mimándola; prácticamente vive para ese tipo. De todos modos, será estupendo volver a verla. Pese a lo que digan sobre la víspera de Lammas, este fin de semana no debería ser tan desagradable después de todo...

Del Hunterdon County Home News, martes 26 de julio:

SIGUE SIN DETERMINARSE LA CAUSA DEL SEÍSMO

Gilead, 25 de julio. — Aunque esta pequeña comunidad granjera se encuentra a menos de veinte kilómetros de la falla Ramapo que se cree va desde Somerset County al Hudson, un equipo investigador compuesto por geólogos de la universidad de Princeton ha informado que las causas del temblor de tierra de la tarde del domingo parecen haber sido «independientes de la falla». Según los hallazgos del equipo, que fueron difundidos en el día de hoy y se basan en datos confrontados con los de otros laboratorios sismográficos de la región, el epicentro del seísmo se hallaba al norte del pueblo. Los daños fueron leves y se limitaron a ventanas rotas y algunos bienes domésticos, aunque los granjeros han informado sobre que algunos animales sufrieron ataques de pánico. El seísmo parece haber sido altamente localizado, afectando sólo al pueblo y sus alrededores; las comunidades cercanas ni tan siquiera llegaron a enterarse.

Después de haber sido localizado telefónicamente en Connecticut, donde se encuentra pasando sus vacaciones, el doctor James Lewalski, director de investigación del laboratorio, señaló que no hay lugar alguno del continente que esté totalmente libre de tales seísmos; incluso Nueva Inglaterra, recalcó, ha tenido al menos «un temblor de tierra de proporciones registradas cada año desde la fundación de las colonias». Lewalski descartó por completo la idea de que se pudiera estar entrando en una nueva fase de seísmos no asociados con la falla Ramapo. «Siempre habrá algunos seísmos inclasificables cuya causa es difícil de señalar —dijo—, pero en estos momentos no hay ninguna razón para alarmarse.»

Deborah fue capaz de andar hoy por la granja y se pasó la mayor parte del día en el bosque recogiendo moras. Volvió a tiempo de hacernos la cena pero no fue nada especial. Las cuatro gallinas nuevas han empezado a poner, pero desde que fueron compradas sólo han dado una media docena de nuevos; la gallina vieja, después de haber estado poniendo huevos sin cáscara durante una semana, ha respondido a su nueva dieta saturada de calcio no poniendo ni un solo huevo. Deborah nos hizo una tortilla a la paisana usando los seis huevos pero no salió nada bien. Tenía un extraño sabor como a medicinas; Sarr ni tan siquiera se comió toda su porción. Deborah casi no probó bocado, lo que pareció disgustar también a Sarr. «Come algo —le repetía constantemente—, ni siquiera abres la boca.» Últimamente ha estado de muy mal humor.

El postre tampoco fue muy bueno: queso y manzanas tempranas que Sarr compró en

el pueblo la semana pasada. Las había estado guardando en el sótano y la mayoría se echaron a perder. Bajé algunos peldaños y pude oler que la comida almacenada ahí abajo está empezando a pudrirse. Probablemente no es nada malo que esta noche comiera poco; decididamente he engordado estando aquí, pese a todas mis buenas intenciones. O al menos, si no he engordado, me he puesto más blando. La verdad es que debería hacer mis ejercicios... Puede que mañana los haga. Me he mirado en el espejo del baño después de cenar, antes de venir aquí, y el espectáculo no me ha complacido demasiado. Quizá intente ponerme un poco moreno antes de que venga Carol, y tampoco me vendría mal un buen corte de pelo y afeitarme.

Cuando salí de la granja, los Poroth parecían a punto de discutir. Deborah, siempre con la voz ronca, anunció que estaba cansada y se fue a dormir sola. Sarr se quedó rezando en la sala. Mientras estaba fuera, antes de entrar en la habitación, me volví y miré hacia la granja. La luz del dormitorio de los Poroth estaba encendida y para mi asombro vi la silueta que recortaba... Deborah, justo delante de la ventana, quitándose su largo vestido negro. Se volvió y se quedó allí, inmóvil, mirando un instante hacia afuera. Después de eso, Sarr debió empezar a subir la escalera porque oí llamarla y ella se apartó rápidamente de la ventana... Pero mientras estuvo allí, tuve la clara sensación de que ella sabía que la estaban observando y que, a su vez, me estaba mirando.

Más tarde hablarían a menudo de ello. Todos los habitantes de Gilead discutirían y harían especulaciones al respecto, agrupados alrededor de la caja registradora de Bert Steegler en la cooperativa, o sorbiendo té y limonada en el porche delantero de los Van Meer, o cuando fueran de camino a la adoración dominical; de cómo en la noche del veintiséis de julio, antes de la extraña culminación que tuvieron los acontecimientos de la granja Poroth, Shem y Orin Fenchel vieron bailar la luz en el bosque.

Ni el padre ni el hijo solían asistir a la adoración dominical y el último domingo, mientras el resto de los Hermanos estaba congregado en la granja Poroth, el más joven y emprendedor de los Fenchel se había estado apropiando de los tomates del huerto de Hershel Reimer hasta llenar un cesto de ellos (teniendo buen cuidado de no dejar huellas), y el viejo Shem había estado dormido roncando. Más tarde ambos dirían que en lo tocante a lo sucedido el veintiséis todo había empezado cuando estaban buscando su sabueso favorito que se había perdido en el pantano, pero quienes les conocían bien siempre sospecharon que habían estado cazando a pesar de que no fuera temporada, dado que la despensa de los Fenchel estaba siempre sorprendentemente bien provista de carne pese al crónico fracaso anual de sus cosechas. Estaban igualmente seguros de que esa noche habían consumido una o dos botellas de licor; uno de los escasos chistes comunes en todo Gilead era que el viejo Fenchel había criado a su hijo Orin según el versículo 25-27 de Jeremías: «Así dijo el Señor de los ejércitos, el Dios de Israel: "Bebed hasta embriagaros, hasta que os sintáis enfermos y caigáis al suelo"».

Por lo tanto, su testimonio no era de los más convincentes y había gente en Gilead que negaba que hubieran visto nada. Pero también había otros que, al notar los ojos abiertos como platos del joven y la obvia confusión del viejo, aparte de las discrepancias en sus relatos, pensaron que no tenían nada que ganar mintiendo (pues, realmente, el

incidente no podía hacer sino aumentar la mala fama de que ya gozaban en Gilead) y se inclinaban a creer todo o una gran parte de lo que contaban.

La luna parecía esa noche el rostro frío e hinchado de una oruga y arrojaba una helada luz sobre los árboles, los arroyuelos y los troncos caídos sobre los que habían andado dando tumbos. Estaban acercándose a la región pantanosa que limitaba con la frontera noroeste de la vieja propiedad Baber (Sarr Porothe la había comprado el otoño pasado y Fenchel estaba de acuerdo con quienes opinaban que había sido timado) y el avance se había hecho cada vez más difícil. Sus botas producían húmedos ruidos de succión a cada paso y si permanecían unos segundos quietos en el mismo lugar tenían la sensación de hundirse en el suelo. El primero en oírlo fue el joven y al principio creyó que sería algún animal que se debatía atrapado en un cepo lejano, pero luego empezó a distinguir lo que parecían palabras..., palabras en un idioma desconocido. El padre lo oyó también y luego siempre mantuvo que el idioma era el hebreo aunque su hijo, menos dogmático, jamás se atrevió a hacer conjeturas al respecto.

Poco tiempo después vieron a lo lejos una luz que se movía. Oscilaba subiendo y bajando sobre el pantano, en un terreno tan traicionero que ningún hombre osaba acercarse demasiado a él. A veces se ocultaba tras un arbusto o un tronco podrido y en otros momentos parecía flotar sobre la superficie del agua estancada, como jugando con su propio reflejo. De vez en cuando vacilaba casi apagándose, pero la mayor parte del tiempo ardía con un resplandor pequeño pero firme. Los dos hombres estarían luego de acuerdo en afirmar que se alejaba de la granja Porothe, hundiéndose en el bosque, pero a partir de entonces sus relatos diferían. Orin, el de vista más aguda, describía la luz como procedente de un solo lugar, pero su padre negaba eso con rara vehemencia. Aunque en su desdichada vida había sido acusado por sus más piadosos Hermanos de todos y cada uno de los tipos de blasfemia, incluso meses después se estremecía ante la idea de esa única luz, que su hijo describió una vez como la de una vela, como si se tratara de algo obscuro y antinatural. Con todo, jamás dio razón alguna para ello salvo para decir que ninguna vela podía brillar de modo tan fuerte. Sostenía que lo que habían visto era una lámpara o incluso una linterna eléctrica.

En cuanto a la mano que sostenía la luz, había demasiada distancia como para poderlo decir y una capa de niebla les obstruía la visión. Permanecieron quietos un rato en un silencio intranquilo, contemplándola luz que parecía acercarse lentamente, oyendo de vez en cuando el débil sonsonete cantarín que llegaba del pantano. En ese instante, Shem dijo que fuera quien fuese el portador de la luz debía de ser realmente de poca talla, porque parecía balancearse a casi un palmo del suelo. Quizá un niño... Los dos clavaron los ojos en la oscuridad, preguntándose cómo era posible que ser alguno avanzara por ese barrizal y buscando en vano un rostro que pudieran reconocer por encima de la luz oscilante. De hecho, no hallaron rostro alguno, ni conocido ni desconocido.

En ese momento fue cuando Orin echó a correr y cuando más tarde se le preguntó por las razones de su nada habitual desfallecimiento de ánimo se limitaba a murmurar algo sobre esa luz: «Estaba condenadamente cerca del suelo. Ningún hombre habría podido llevarla tan baja —decía persignándose—. Y menos en la mano...». SamFenchel no tardó mucho en seguir a su hijo, pero se quedó lo bastante como para formarse una

opinión..., o mejor dicho, varias, sobre lo que habían visto. «Alguna especie de animal —le dijo a su mujer al despertarla esa noche—. Un perro, un mono o... —sus ojos se posaron en el libro de cuentos de la joven Lavinia—, o una foca amaestrada, como en el circo, llevando la linterna entre sus dientes.»

Sólo después, cuando ya se había metido en el cuerpo el licor suficiente, le oyeron decir, medio fanfarroneando, que lo que realmente había visto esa noche arrastrándose por la ciénaga era una mujer desnuda.



Veintisiete de julio

Cansado y con los nervios de punta, estuve levantado toda la noche gracias a los ruidos del exterior que parecían truenos lejanos... Cuando finalmente me dormí, al despertar deseé no haberlo hecho. Si hubiera algún modo de no tener esas pesadillas... Claro que pronto las olvido y rara vez se repiten, pero cuando las vivo poseen toda la realidad necesaria y más.

¿Cómo dice esa línea de la cabala? La realidad pende de... ¿un hilo?

Freirs cerró su diario y salió del cobertizo encaminándose hacia la granja. Tenía la impresión de estar sucio y estaba seguro de necesitar un baño, pero había olvidado coger la toalla y estaba demasiado nervioso para volver. De todos modos, calentar el agua del baño ya era una operación lo bastante complicada.

Deborah no estaba por allí, pero en la ventana había un pastel de moras recién hecho puesto a enfriar. Aún le seguía rondando por la memoria su excitante imagen desnudándose en la ventana la noche anterior y tenía bastantes deseos de volver a verla. Desde el cuarto de trabajo de Sarr, en lo alto del granero, le llegaba el eco de sus martillazos. Encontró un poco de leche tibia en la jarra, lo suficiente para mojar apenas una magra ración de cereales, pero tenía ganas de comer algo más. Encendió la linterna y bajó los angostos peldaños hasta el sótano. Ahora toda la habitación olía a comida estropeada; ¿se había vuelto realmente tan cálido el tiempo de pronto como para que todos los alimentos perecederos... bueno, perecieran? Salió del sótano tan de prisa como pudo, quedándose sólo el tiempo justo para asegurarse de que la leche del recipiente estaba agria y que no había huevos en el estante. Le alegró volver al piso de arriba.

Salió al porche a tiempo de oír como Sarr lanzaba un grito de alegría en el granero. Era la primera vez en días que Sarr daba una muestra de tal emoción; últimamente siempre andaba mohino y de mal humor. Freirs corrió hacia el granero para ver qué había causado tal cambio y se encontró a Porothe en la plataforma que sostenía el gallinero, contemplando el nido con la sonrisa del padre que contempla a su primer recién nacido a través del cristal de la sala de maternidad.

—Mira —dijo Sarr—, mira lo que han hecho. —Señaló un par de huevos de aspecto blanco e impecable al lado de sus pies—. Los encontré bajo dos de las nuevas aves.

—Ya era hora de que se acostumbraran al lugar...

—Y mira esto. —Se agachó sobre el gallinero y metió la mano bajo la gallina que había sobrevivido a la matanza, la cual se apartó cacareando enfurecida, y la sacó sosteniendo otro huevo—. ¿Ves? ¡El calcio funciona! Éste es normal otra vez.

Y, ciertamente, cuando sostuvo el huevo a la luz, Freirs vio que parecía perfectamente sano y tenía la cascara dura.

—Una visión de lo más bienvenida —dijo Freirs—. He estado añorando mis tortillas.

—Sí —dijo Sarr señalando los que había en el suelo—, pero éste no. Ya está fertilizado..., acabo de sentirlo temblar. Coge, tócalo. —Y sin previo aviso se lo arrojó a Freirs, totalmente desprevenido. Freirs lo sostuvo precavidamente, pensando en el vientre de Lotte Sturtevant; el huevo estaba más caliente de lo que había pensado y desde su interior algo se movía con leve impaciencia. Se apresuró a devolvérselo a Sarr y éste volvió a meterlo en el nido—. Lo dejaremos para que lo empolle un poco y no tardaremos en tener otra ave.

Sosteniendo cada uno un huevo en la mano volvieron hacia la granja bastante animados. No había modo de contener mucho tiempo a la naturaleza, después de todo; el sol brillaba, el maíz empezaba a madurar y las gallinas ya volvían a poner huevos.

Por espacio de varios minutos, después de que se fueran, la gallina siguió andando de un lado a otro entre el polvo y los múltiples olores del gallinero para acabar aposentándose de nuevo encima del huevo restante. Nada se movía en el granero; sólo los rayos del sol iban avanzando con lentitud sobre el suelo y tres moscardones zumbaban apaciblemente en un rincón. De pronto, la gallina enderezó la cabeza abriendo mucho sus ojos redondos, y con las plumas agitadas saltó del nido para acurrucarse en el otro extremo del gallinero, donde se quedó temblando, apretada contra los alambres, con las patas arañando la paja.

Detrás de ella, en el nido cubierto de paja sucia, el huevo se estremecía moviéndose de un lado a otro, sacudiéndose bajo una serie de golpes invisibles, más parecido a un ser vivo que al recipiente que se suponía que era. Una grieta apareció en la cáscara. Las otras gallinas y el gallo abandonaron sus perchas y se agruparon a su alrededor, agitando inquietos las cabezas mientras que un agujero se iba formando en el huevo y de él salía un diminuto brazo rosado. Por último, apareció una cabeza y, entre el frenético cacareo de las aves, la criatura rompió el huevo, esparciendo una lluvia de fragmentos de cascara a su alrededor.

Chillando enloquecidas, las aves picotearon ferozmente a la húmeda y rosada criatura parecida a un reptil que emergió del huevo, hasta matarla.

La granja le daba ya a Freirs cierta impresión de ser su hogar, como si fuera su cuerpo el causante de los puntos más hundidos del sofá y sus manos hubieran ido desgastando los brazos de madera de los sillones. Se instaló en la mecedora cerca de la chimenea y, mano sobre mano, esperó a que el desayuno estuviera listo. Deborah había vuelto; podía oírla en la cocina, pero no tenía las energías suficientes como para levantarse y entrar. Porothe salió del sótano con una expresión satisfecha en el rostro y se reunió con

Freirs en la sala, agachando la cabeza al cruzar el umbral.

—Bueno —dijo—, ya hemos vuelto a ponernos en marcha. La semana próxima te apuesto a que todo el estante estará lleno de huevos. —Se quedó pensando, el brazo apoyado en el dintel de la chimenea—. Y puede que para el otoño tengamos las aves suficientes como para comer alguna.

Freirs se imaginó a seres vivos atrapados en el interior de cáscaras asfixiantes, retorcidos casi hasta romperse con el pico entre las patas, luchando enloquecidamente por salir.

—Sabes —dijo—, hasta hoy no había tenido nunca en las manos un huevo fertilizado y no estoy muy seguro de querer repetirlo. Me pareció realmente extraño..., me recordó los seísmos que tuvimos el domingo.

—Seguro que no tan fuertes —dijo Sarr sonriendo.

—Oh, no sé. Todo es cuestión de escala. Si ese huevo tuviera el tamaño del planeta, los movimientos que sentí podrían haber sido peores que cualquier terremoto de la historia.

—Puede que tengas razón. —Sarr se frotó el mentón y se quedó contemplando pensativo los libros que ocupaban el estante inferior del escritorio del rincón—. Me parece haber oído antes algo parecido..., la idea de que la Tierra es un huevo enorme. Era un cuento que mi madre me explicó de niño..., una especie de cuento de hadas. O quizá fuera sólo un sueño que tuvo.

—Dicen que los mitos y los cuentos de hadas son los sueños de la comunidad.

—Bueno, puede que sí. Recuerdo que en éste una chica cree que la Tierra es el huevo de un dragón... esperando ser empollado. Todo es simbólico, claro. Una parábola, igual que en la Biblia.

—Sí, ya veo —dijo Freirs—. ¿Y qué ocurre luego?

Sarr se encogió de hombros con un gesto de resignación.

—¿Qué va a ocurrir? El mundo termina con el rugido del dragón.

Dentro de la cocina Deborah añadió un poco más de pimienta a las empanadas de cerdo que empezaban a dorarse en el fuego y luego les puso más sal. Las espolvoreó con algo más de harina para que no se deshicieran y al moverlas una de las empanadas le salpicó los dedos de grasa hirviendo, pero ni un solo músculo de su rostro se movió. Cogió una cebolla del cestillo de mimbre que había en el estante; peló cuidadosamente la capa externa y la metió en la sartén. En sus ojos no hubo ni una sola lágrima.

Mezcló en un cuenco el aderezo de la ensalada: aceite, jugo de limón, vinagre y ajo. Probó el sabor con la punta del dedo y luego volvió a coger el pimentero y espolvoreó generosamente la mezcla. Se detuvo e inclinó la cabeza hacia un lado, en una postura casi felina, escuchando. El silencio del exterior sólo era turbado por el lejano canto de un gallo y desde la habitación de al lado le llegaba el eco de la conversación de Sarr y Freirs. Se agachó en silencio, metió la mano bajo el fregadero y sacó una lata de metal plateado. Le quitó el grueso tapón de plástico y, usándolo como medidor, vertió una dosis del líquido de color claro en el cuenco y luego echó directamente un chorro sobre las empanadas. Por unos instantes, la sartén humeó ferozmente, hirviendo con un chirrido más agudo. La tapó

a toda prisa y escondió de nuevo la lata. Sólo ella conocía su escondrijo, las instrucciones que llevaba impresas, el nombre del producto o la advertencia de que sólo debía usarse en el exterior.

Sólo quedan cuatro gatos del septeto original, pero ninguno de los supervivientes parece afectado por el menor sentimiento de pérdida. Estuve jugando con ellos un poco después del desayuno..., mejor dicho, estuve viendo cómo cazaban insectos, trepaban a los árboles o se dormían al sol. Deporte de espectadores... Hablando de eso, finalmente me decidí a «ver pájaros», algo que tenía la intención de hacer desde el primer día. Me armé con mi guía Peterson y me fui al campo. Vi un cuervo, tres petirrojos y lo que quizá fuera un grajo, decidiendo luego que para un día ya estaba bien. Me pareció algo tan divertido como el cambiar las placas del coche cuando cruzas la frontera de un estado a otro.

De vuelta a mi habitación, abrí mi cuaderno de notas y me senté a releer «El horror sobrenatural en la literatura», en mi edición completa de Lovecraft. Una especie de poética del cuento de horror y una guía maravillosa; la he estado usando como guía de lecturas veraniegas, intentando cubrir todo el material que recomienda. Pero me preocupa ver lo poco que he avanzado y lo que aún me queda. Tal cantidad de autores casi desconocidos que no pude hallar en Voorhis, tantos libros que no había oído ni mencionar... Al final estaba deprimido y cansado. El resto de la tarde eché la siesta.

Deborah tenía mucho mejor aspecto durante la cena. Aunque sigue hablando poco, sus rasgos estaban más animados, tenía buen color (dice que ha pasado mucho tiempo cogiendo moras en el bosque); parecía llena de energías y alegre. Sarr, por contraste, volvía a estar huraño. Apenas probó la comida (estofado de buey, no gran cosa aunque fui lo bastante cortés para no decirlo) y no dejaba de preguntarle por qué no comía más ella. Cuando trajo el pastel se negó de plano a comer ni una miga. Preguntó cómo podía estar seguro de que las moras no eran venenosas. Tanto Deborah como yo nos quedamos bastante encandalizados y me di cuenta de que después de haberse tomado tanto trabajo la pobre muchacha se había quedado de lo más alicaída, así que me comí una enorme ración extra. Deborah comió también mucho, sin duda para demostrarle a Sarr que se equivocaba. Algunas veces, luego me quedo con ellos a hablar, pero esta noche no tenía ganas; no logro acostumbrarme a los cambios de humor de Sarr; esta noche prácticamente no dijo ni una palabra que no fuera grosera. Con todo, una excepción: en respuesta a mi vieja pregunta me dijo que había descubierto que jamás existió ningún McKinney. Parece que eso del Cuello de McKinney procede de alguna vieja palabra india.

Cuando volví a mi cuarto, tuve la impresión de que llovería; el cielo nocturno estaba cubierto de nubarrones y en los bosques resonaban los ecos del trueno. El pequeño Absolom Troet parecía sonreírme desde su foto cuando encendí la luz, como si le alegrara tenerme de vuelta.

Sigue sin llover. Leí casi todo *Los poseedores*, de John Christopher. Bastante efectivo, explotando bien el horror que subyace en la pregunta más fundamental de las relaciones humanas: ¿Cómo podemos saber si la persona de al lado es tan humana como nosotros? Luego estuve practicando un jueguecito conmigo mismo durante casi toda la tarde, hasta que...

¡Jesús! Acabo de llevarme un susto de muerte. Cuando estaba escribiendo el párrafo anterior, oí un leve golpeteo, como dedos nerviosos tamborileando sobre una mesa y descubrí una araña enorme, la mayor de todo el verano, arrastrándose a unos centímetros de mi tobillo. Debe de haber estado viviendo detrás del armario que hay junto a la mesa. Cuando oyes andar una araña por el suelo, ¿sabes que ha llegado el momento de no sacarse los calcetines para dormir! Si pudiera encontrar el maldito aerosol... Tuve que matarla con el zapato, creo que voy a dejarlo ahí en el suelo hasta mañana, escondiendo sus feos despojos. No tengo ganas de ver lo que hay debajo esta noche, o de comprobar si el zapato sigue moviéndose... He de conseguir más insecticida.

Oh, sí, el juego... el juego de «Y si», ese que Carol dice que le enseñó Rosie. Por alguna razón desconocida llevo jugando a él desde que recibí su carta. Es realmente obsesivo. (¿Un vano intento por ampliar el reino de lo posible? ¿Quizá de aumentar mi sensibilidad? ¿O meramente jugar hasta sudar de miedo?) He inventado las situaciones más improbables, tratando luego de pensar en ellas como reales. Realmente reales. Vg. ¿y si este gallinero de lujo en el que estoy viviendo se hundiera en arenas movedizas? (Puede que no sea algo tan improbable.) ¿Qué pasa si los Poroth se están cansando de mí? ¿Qué pasa si, tal y como dicen temía Poe, despierto dentro de mi propio ataúd?

¿Qué pasa si en este mismo instante Carol está enamorándose de otro hombre? ¿O si su visita este fin de semana resulta un desastre sin paliativos? Si nunca vuelvo a ver Nueva York...

¿O si algunas historias de horror no son ficticias? Si Machen dijo la verdad..., si existe un pueblo blanco ahí fuera, rostros diminutos y malévolos sonriendo bajo la luna... ¿Susurros entre la hierba? ¿Criaturas ponzoñosas en el bosque? ¿Una maldad que nadie sospecha suelta por el mundo?

Basta de tonterías. Hora de irse a la cama.

A la deriva..., flotando..., dormido..., giraba en el curso del río subido a una diminuta balsa de madera, yendo cada vez más de prisa hacia las cataratas. Podía oírlas delante de él, una cascada monstruosa de niebla y humo blanco lanzando un ronco rugido más potente que el trueno. Ya estaba llegando a ellas, la balsa se inclinaba hacia delante, sentía sus sacudidas enloquecidas al ser presa de la corriente rabiosa. Y de pronto, la balsa volcó derribándole del lecho y haciéndole caer al suelo.

Y el suelo también se movía.

A unos tres kilómetros por el sendero y como a un kilómetro y medio más cerca de la ciudad, Ham Stoudemire logró llegar hasta la ventana y miró hacia afuera, musitando plegarias entrecortadas. Se quedó boquiabierto de asombro, viendo como el campo de maíz oscilaba, la tierra inclinándose a un lado como si fuera una colcha bajo la que se removían miembros gigantes.

—Santo Dios —jadeó—, ¿qué es esto, el Juicio Final?

Adam Verdock había estado durmiendo en un catre junto al lecho de su mujer. Soñaba que su hija Minna le sacudía por el hombro y sintió de pronto una esperanza nebulosa, diría luego, de que fuera para traerle buenas noticias de Lise. Pero Minna no

estaba cuando se despertó y Lise tenía los ojos cerrados, mientras que él sentía cómo los temblores le arrojaban de un lado a otro del pequeño dormitorio; «como un terrier que sacude a una rata», lo describiría luego. Y pese a todo, su mujer seguía teniendo los ojos cerrados.

Deborah los tenía abiertos. Sarr despertó sobresaltado para encontrar el cuerpo de su mujer aplastado repentinamente contra el suyo por un seísmo. Oyó un cristal que se rompía en el piso de abajo y los muros de la granja crujiendo y doblándose como los mástiles de un barco bajo la tormenta.

—¡Cariño! —le dijo—, ¡venga, tenemos que salir! —Ella se lo quedó mirando con los ojos vidriosos; quizá estuviera soñando con los ojos abiertos. No pareció oírle—. Cariño —le repitió él alzando el tono de su voz—, vamos, es otro temblor. La hizo levantar de la cama y aún con los camisones, los dos se dirigieron hacia la escalera.

Shem Fenchel, profundamente borracho, siguió durmiendo sin enterarse de nada.

En la oscuridad del bosque, junto al pequeño altar de barro endurecido que se alza en los confines del pantano, las atronadoras vibraciones agrietaron el suelo haciendo emerger de él grandes peñascos. Una parte del terreno cedió, hundiéndose, tragando todo lo que restaba del algodónero ennegrecido por el fuego y el pequeño montículo de barro. Los animales huyeron aterrados del lugar. Los árboles que siguieron en pie se retorcían como bajo un violento huracán. La tierra se hendió con un crujido espantoso y luego se hinchó levantándose como si alguna forma inmensa la estuviera apretando desde abajo, intentando alzarse hacia la luna.

Gradualmente, el temblor de tierra fue calmándose. Ham Stoudemire vio como su campo iba inmovilizándose y el gigante seguía dormido bajo la colcha que había removido antes. Sarr, cargando con la rígida figura de su mujer por la escalera, sintió como cesaba el seísmo y Freirs, hecho un amasijo de nervios, se levantó del suelo. Salieron a la pradera y se quedaron inmóviles sintiendo el alivio de encontrarse sobre un suelo que no se movía, y los dos hombres se pusieron a hablar hasta que empezó a llover.

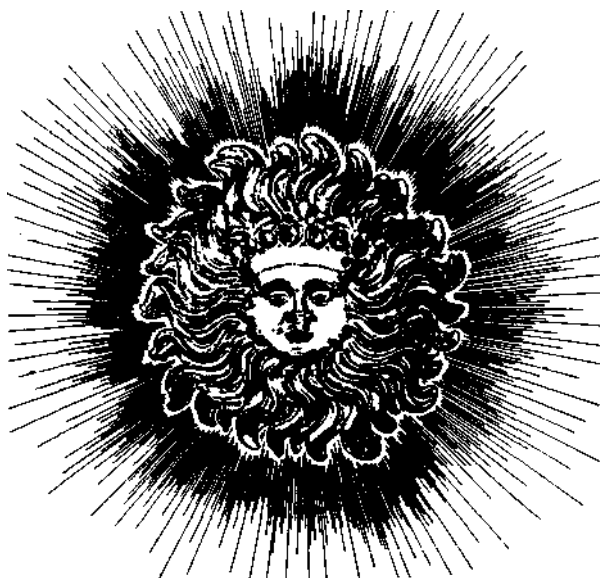
Y en el bosque, una forma gigantesca que recordaba el lomo de un gran animal, cubierta por una espesa capa de follaje, se quedó inmóvil, alzándose hacia las estrellas.

A la mañana siguiente fueron recogiendo todo lo que había quedado destrozado, empapados por una insistente llovizna. Bert y Amelia Steegler caminaron por entre los estantes de su almacén barriendo los vidrios rotos. Un dolorido Adam Verdock recorrió los campos reuniendo a su ganado, que había logrado derribar a coces las ya debilitadas paredes de su aprisco. El viejo Bethuel Reid, armándose de valor, cogió un rastrillo y expulsó al bosque a todas las serpientes que habían infestado su granja.

Y el joven Raymond Trudel, mientras buscaba un cerdo escapado en la región pantanosa del bosque, se tropezó con la peor escena de toda aquella devastación y volvió corriendo a la granja de su familia, gritando aterrado que una colina monstruosa había surgido esa noche en el Cuello de McKinney.

Libro décimo

La Ceremonia Escarlata



Existen las Ceremonias Blancas y las Verdes así como las Ceremonias Escarlatas. Éstas son las mejores.

MACHEN, *El pueblo blanco*



Veintiocho de julio

la lluvia salpica la acera; el sol matinal brilla tenuemente tras un velo de nubes. Agazapada entre las torres gemelas de la catedral, una luna hinchada, a la que sólo le faltan tres días para llegar a luna llena, parece un manchón de humo en el cielo grisáceo. Vagando por la ciudad, atisbando bajo su negro paraguas como si fuera a hacer un catálogo de todo lo que va a desaparecer, el Anciano percibe el verdadero significado de la luna.

Es un portento, un anuncio de que el final es inminente.

Las dos ceremonias iniciales quedan ya atrás, la mujer ha sido probada y está lista, el Dhol vive disfrazado bajo forma humana... Pero aún falta un paso, una última transformación y entonces el acto final, el Voola'teine, podrá ejecutarse. Todo lo que se necesita ahora es un cuerpo más, el del hombre, y mientras ve caer el agua de lluvia por el aliviadero con forma de boca de gárgola dentro de un charco aceitoso a sus pies, tiene de pronto la absoluta certeza de que el hombre encontrará su final este mismo día..., y con esa certeza le invade también la visión de cómo llegará ese final.

Puede verlo, tan real como la lluvia que cae sobre las calles mugrientas que le

rodean. Morirá por el agua.

Despertó oyendo caer la lluvia sobre la hierba ya mojada, como si el cataclismo de la noche anterior no hubiera sido más que un trueno y un sueño vivido y lleno de violencia. Pero no, recordó que había sido algo más que eso; realmente hubo un terremoto... Al recordarlo le pareció que la lluvia de esta mañana era una especie de absolución, algo que convertiría la tierra en un fango que, como el cementerio húmedo, podría sellar todas las grietas de la otra noche. Se quedó acostado unos minutos, medio adormilado por el sonido de la lluvia, pero fue dándose cuenta poco a poco de que tenía frío. El aire estaba cargado de humedad y se había levantado un viento frío. Al otro lado de la pradera, la casa parecía seca y alegre. Según su reloj eran las diez y media. Se levantó y fue corriendo hasta la casa, manteniéndose bajo el refugio de la arboleda cercana todo el trecho que pudo.

Los gusanos habían salido de entre la hierba y se retorcían como si estuvieran borrachos sobre las losas cuando llegó hasta el senderito que llevaba al porche. El campo de maíz a su izquierda estaba empapado y los tallos más delgados se inclinaban cansadamente hacia el fango. Era difícil de creer, con el día que hacía, que el cielo hubiera sido alguna vez azul y soleado. La radio de la cocina estaba sintonizada en una emisora religiosa. Sarr y Deborah estaban sentados a la mesa mirándose el uno al otro fijamente, como dos jugadores que sospechan mutuamente trampas en el juego y aguardan a ver quién sacará primero. Freirs sintió ceder la tensión al entrar él en la cocina. Deborah sonrió con evidente alivio y se puso en pie, desconectando la radio, para dirigirse hacia la cocina.

—Hoy no tenemos leche —dijo, y su voz parecía haber mejorado sustancialmente de la noche a la mañana—, y ninguna de las gallinas ha puesto. Los dos huevos de abajo se rompieron al caerse al suelo. Por lo tanto, a menos que mi esposo...

—Iré —dijo Sarr roncamente—. Esta tarde iré a la ciudad para verlos daños y enterarme de cómo está la tía Lise y cuando vaya allí ya te he dicho que pasaré por la cooperativa a comprar lo que nos haga falta.

—¿Por qué no vas ahora, antes de que no quede nada?

—Ya te lo he dicho. —Sarr lanzó un resoplido de disgusto—. No pienso ceder al pánico por lo que pasó anoche para tener luego que verme señalado por la comunidad cuando entre en el almacén pidiendo crédito para comprar leche en polvo, huevos y otras cosas, como el primero que intentó llegar allí. Además, quiero sacar todos esos vidrios rotos del sótano.

—Bueno, ¿por qué no lo haces?

—Ya voy. —Se puso en pie y se fue hacia el sótano.

—Cuando vayas a ir, dímelo y te acompañaré —le dijo Freirs. Sarr pareció dudar.

—¿Estás seguro de que quieres venir a ver a la tía Lise? No creo que sea buena idea...

—Freirs se encogió de hombros.

—Quizá, pero hay algunas cosas que deseo recoger antes de que vengan Carol y su amigo..., y además quiero echarte una mano.

Sarr asintió sin gran entusiasmo.

—No pienso decirle que no a ese tipo de ayuda —dijo—. Gracias.

Salió de la cocina y le oyeron bajar por la escalera del sótano y, un rato después,

ruido de vidrios rotos.

—El sótano está hecho un lío —dijo Deborah—. Parece el infierno. Hasta lo que no estaba en frascos se ha perdido, no sé cómo. De todos modos, logré salvar el bacon y las patatas. Puedes añadirle un poco del estofado de ayer..., quedó mucho. Últimamente Sarr come muy poco.

—Magnífico. Que nunca llegue a decirse que exigí leche y cereales para desayunar.

Comió con apetito, sin importarle que, como la noche anterior, los alimentos no estuvieran a la altura habitual de los guisos hechos por Deborah. También ella debía de estar comiendo poco últimamente. Luego fue a la sala y se quedó viendo jugar a los gatos; esta mañana los cuatro estaban dentro, refugiándose de la lluvia y el viento frío. Pero los animales y su incesante búsqueda de diversiones le deprimían. Un calcetín, un crujido..., todo parecía excitarles por un instante para acabar aburriéndoles. También él estaba aburrido. Tomó prestada la radio, metiéndosela bajo la camisa, y volvió al cobertizo. Abrió de nuevo *Los poseedores* y estuvo a punto de acabarlo, pero muy pronto empezó a pensar en todos los libros que aún no había leído durante el verano, y el pensar en todos ellos le deprimió y le dejó tan cansado que dejó la novela y puso la radio. Encontró una emisora de la ciudad dando las noticias pero, aunque estuvo escuchándola durante media hora, no mencionaron el seísmo de la noche anterior. «Somos demasiado pequeños para ser importantes», decidió, sintiéndose abandonado. Sintonizó una emisora local pero era la cantinela religiosa de costumbre. Aunque quizá acabaran dando noticias, ¿no les obligaba la ley a hacerlo cada hora?

Estuvo escuchando unos minutos, intentando esporádicamente leer entre las usuales admoniciones bíblicas que oía a medias, pero su mente no lograba concentrarse. «Nadie hay aparte de mí —tronaba la radio—. Yo soy el Señor y nada más existe. Yo formo la luz y creo la oscuridad; hago la paz y creo el mal. Yo, el Señor, hago todas esas cosas.»

«En ese caso —pensó Freirs, aburrido—, ciertamente no le sirves de gran cosa a nadie...», y se quedó dormido.

Había dejado de llover momentáneamente. Sarr bajó de puntillas por los peldaños del porche trasero y, caminando sobre la hierba empapada, miró por la ventana del cobertizo. Freirs estaba dormido. Mejor; no deseaba que nadie le acompañara. Sus planes de hoy eran secretos. Caminó en silencio hasta el granero y subió al camión, haciendo girar la llave del encendido y apretando con fuerza el embrague. El motor tosió una vez, dos, tres veces y luego se apagó. Al cuarto intento se puso en marcha. Salió del granero y atravesó la hierba fangosa, rodeando la casa y tomando el sendero sin asfaltar, el polvo ahora convertido en barro, con las ruedas del camión hundiéndose en los surcos llenos de agua. Le había dicho a Freirs la verdad; iba a detenerse en el almacén y le haría una visita piadosa a la pobre tía Lise para rezar por ella. Pero había otra razón para su prisa y para el viaje. Tenía una cita más... con alguien cuyos consejos necesitaba imperiosamente.

La visión es de lo más extraordinaria. Absorto en ella se sienta en los peldaños del edificio más cercano, sin fijarse en el cemento húmedo ni en la lluvia que cae a su alrededor como encerrándole en una jaula, y bajo su paraguas se queda mirando el

remolino que se forma en la cloaca, observando la escena que se ha apoderado de su imaginación. Una granjera desnuda y sonrosada en su baño, el hombre vestido, nervioso, de pie junto a ella, y cómo ella le coge por el brazo en una férrea presa para meterle en la bañera. El lucha, perdiendo el equilibrio, la alfombrilla resbalando bajo sus pies; tiende ciegamente las manos para no caer, pero sus dedos sólo encuentran el vacío, luego su carne mojada y resbaladiza y no hay nada en que apoyarse, nada para interrumpir su caída mientras que sus rodillas golpean el duro costado blanco de la bañera, con un eco metálico, y luego su cabeza entra en el agua cálida.

Se debate salvajemente, el agua apagando sus gritos. Está claro, incluso ahora, con ella sosteniéndole la cabeza bajo el agua jabonosa, apoyando sus rodillas sobre su pecho jadeante para retenerle, que sigue sin poder creer que todo esto le suceda realmente.

Pensando en Deborah ascendió, con el rostro ceñudo, la cuesta que llevaba hasta la casita de piedra. La lluvia le corría por el cuello y pequeños arroyos de agua fluían por los macizos de flores hasta perderse en la corriente de abajo, junto al camino, allí donde había aparcado su camión verde. Ante él, como los tres centinelas de una torre, se alzaban las tres colmenas de madera; dio un amplio rodeo al pasar junto a ellas, protegiéndose el rostro cuando varios insectos, pese a la lluvia, volaron zumbando en torno a su cabeza. «El comité de bienvenida habitual», pensó. Esperó hasta que se fueron y luego siguió subiendo hasta llegar, por fin, a la puerta principal. Llamó tres veces, golpeando con el puño la oscura madera, y luego dio un paso hacia atrás.

—¿Madre? —gritó, su voz rebotando en los muros de piedra y las hiedras, que, cubiertas de espinos y flores, trepaban profusamente por los costados de la casa hacia la ventanita del segundo piso situada en el ápice del tejado. La puerta se abrió sin un ruido.

—Bien —dijo ella con voz decidida—. Te he estado esperando.

Soplaba otra vez viento y la lluvia había vuelto, una llovizna apagada y monótona. Freirs se despertó y miró el reloj. Aunque parecía casi de noche eran sólo las dos pasadas; Sarr no tardaría en irse. Se obligó a ponerse en pie y corrió hacia la casa. Cuando estaba a medio camino, intentando no mojarse demasiado, vio un trozo carente de hierba con huellas de neumáticos llenándose de agua. «¡Mierda! —pensó—. Apuesto a que se ha ido sin mí.» Volvió la mirada hacia el granero y no vio señal alguna del camión, aunque quizá estuviera dentro. Prefirió seguir hasta la casa antes que volver al cobertizo. La cocina estaba vacía.

—¿Sarr? —dijo.

—Se ha ido.

La voz era muy ronca, casi inaudible. Venía del cuarto de baño, al otro extremo de la cocina. La puerta estaba parcialmente abierta, dejando salir un débil cuadrado de luz.

—¿Deborah? —Se acercó un poco más—. ¿Sarr se ha ido ya?

—Sí. —Freirs se detuvo sin saber muy bien qué hacer a un metro de la puerta. A través de la rendija podía ver una pequeña parte del cuarto de baño. El aire parecía humear a la luz de la linterna—. ¿Jeremy? —Ahora su voz era más suave.

—¿Qué ocurre?

—Entra, Jeremy. —Freirs no se movió—. Tengo algo que decirte. —Empujó lentamente la puerta del baño hasta abrirla. Una niebla parecía llenar la estancia; el aire caliente y húmedo le bañó el rostro y con él le llegó un débil olor a jabón y rosas. Estaba tendida en la bañera con sólo la cabeza asomando por encima del agua. A través de las nubecillas de vapor sus ojos recorrieron su cuerpo de un rosa pálido, fijándose en sus oscuros pezones, medio escondidos por el agua jabonosa, y en la oscura sombra del vello negro y rizado entre sus piernas. Ella permaneció inmóvil y tranquila bajo su mirada—. ¿Te acuerdas de cómo te ofreciste una vez a enjabonarme la espalda? —le dijo al fin.

—Sí. —Freirs permaneció vacilante en el umbral, preguntándose si se atrevería a dar un paso más hacia adelante.

—¿Y te acuerdas de lo que te dije?

—Eh... no estoy seguro. Algo sobre «otra ocasión». —Ella asintió con una media sonrisa.

—Otra ocasión... cuando no estuviera mi marido.

—Ajá. —Freirs tragó saliva con nerviosismo.

—Ahora no está aquí. —Empezó a incorporarse lentamente en la bañera. Primero asomaron sus hombros, con el agua lechosa lamiendo sus pechos y muy pronto éstos aparecieron ante él, firmes y opulentos, con hilillos de agua cayendo de ellos, en tanto que su reluciente cabellera negra le cubría los hombros como un chal. Ahora estaba sentada en la bañera, con el agua llegándole a la cintura como si fuera un camisón que acabara de quitarse. Deborah siguió levantándose, doblando las piernas, hasta ponerse de pie en la bañera—. Ven, Jeremy —le dijo ella, inmóvil ante sus ojos—. Eres justo la persona que necesito.

La lluvia golpeaba los muros de piedra de la casita y repiqueteaba en las ventanas del salón. Dentro de él, bajo la tenue luz, escuchando las palabras de su madre, el granjero sintió un escalofrío. Ella parecía más distante que nunca. La habitación, como toda la casa, era sólo suya y en ella no había lugar para Sarr. Era el refugio de su soledad como viuda; el lugar al que se había retirado una vez que él se fue. La había visitado muchas veces desde su vuelta, pero siempre se había sentido allí como un extraño.

—Has venido para descubrir la verdad sobre Deborah —le estaba diciendo—. Has sentido un cambio en ella..., una distancia.

Asintió, demasiado viejo como para que le sorprendiera su habilidad de leerle la mente. Pero sí le sorprendió lo que le contó después.

Le habló de vírgenes, dragones y Dhols, de lo raros que eran los meses con dos lunas llenas y de un viejo que, sin salirse con la suya, haría que ese verde planeta en el que vivían llegara a su fin. Aquello contradecía todos sus conocimientos y su madre le juró que cosas imposibles eran ciertas. No creyó ni una sola de sus palabras... y, pese a todo, tembló.

Le enseñó las Imágenes y le dijo de dónde procedían y su horror aumentó, pues reconoció las figuras del Dynnod y se preguntó si podían ser reales. Sentía como si cosas invisibles le acosaran y supo que su vida ya nunca sería igual. Y cuando hubo terminado dijo:

—Recuerda, ven a mí cuando lleguen tus visitantes. Ven a mí en secreto esa noche. Y trae contigo a la virgen. —Se inclinó hacia él, con los ojos relucientes, aferrando su brazo con dedos que parecían garras—. Eso es lo más importante de todo, hijo. No debes olvidarte de traerla. El Señor y yo cuidaremos del resto... —De pronto, ladeó la cabeza y miró hacia la ventana mojada. Cuando volvió de nuevo a mirarle, su expresión había cambiado—. Ahora vete —le dijo, y en su voz había una nueva ansiedad—. Ve corriendo a tu casa, si quieres impedir que alguien se ahogue. —Y le hizo marcharse a toda prisa, sin ni tan siquiera decirle adiós.

...Me habría metido allí dentro con ella si Sarr no hubiera llegado justo entonces por el sendero, con las ruedas del camión lanzando surtidores a cada charco. Salí corriendo del baño como un ladrón, maldiciendo mi propia estupidez; si nos hubiera encontrado juntos estoy seguro de que habría sido capaz de matarnos a los dos. Entré en la sala y cogí lo primero que encontré, ese libro de poesía que había estado leyendo antes, de modo que cuando hubo metido el camión en el granero y vino corriendo bajo la lluvia hasta la casa yo estaba sentado en la mecedora con el libro en el regazo, abierto en la página más severa de Milton que logré encontrar. Cuando entró, yo estaba aún nervioso (el corazón me latía muy fuerte), pero tengo la impresión de que apenas si se fijó en mí.

—¿Dónde está Deborah? —me dijo con cara muy preocupada.

—No estoy seguro —dije yo con vaguedad—. Quizá en el cuarto de baño.

Se quedó allí un minuto sin decir nada y acabó sentándose en un taburete. Sólo entonces pareció fijarse realmente en mí. Tosió un par de veces como si hubiera algo que estuviera muriéndose por preguntar pero no se atreviera y finalmente dijo: «Jeremy, no quiero que pienses que ando husmeando en tus asuntos y no hace falta que me contestes, pero...». «¡Jesús —pensé yo—, estoy listo, tiene sospechas!» Pero entonces me hizo su pregunta y era, nada menos, que si Carol aún..., bueno, si todavía era virgen. Me cogió realmente de sorpresa. Dije que no lo sabía, me parece, pero que lo dudaba. Evidentemente, no tenía mucha experiencia (buena católica y todo eso) pero que era una chica atractiva y yo suponía que en su vida ya habría estado con uno o dos tipos. Él pareció escéptico y yo añadí que si lo que me estaba preguntando era si yo me había acostado con ella, la respuesta era que no.

Yo pensaba que eso era lo que deseaba oír; suponía que me lo preguntaba porque con Carol viniendo otra vez de visita pasado mañana, y probablemente quedándose a dormir bajo su techo, deseaba estar seguro de que era pura. Pero en vez de alegrarse pareció aún más preocupado. Le pregunté qué sucedía, pero dijo que me lo explicaría todo el fin de semana.

Esta noche salchichas y arroz para cenar, las dos cosas cortesía de la cooperativa. Judías de lata y leche en polvo para el café; ¿dónde iremos a parar? Deborah estaba de lo más fría, no me miró ni una vez, concentrándose en servir la comida y sonreír a Sarr..., pero él no se dejaba engatusar. Lo único que hacía era mirarla sin decir nada y al final empecé a sentirme bastante incómodo, seguro de que sospechaba algo. Espero que no vaya a montarle un escándalo a ella esta noche.

Volví aquí después de la cena, huyendo tan de prisa como pude. Debería limpiar esto

antes de que vengan Carol y Rosie, pero con esta lluvia y el viento que se ha levantado de pronto, gimiendo como un alma solitaria, no tengo energías para nada que no sea leer; incluso mantener al día este diario me parece una labor colosal. Mañana debo podar esa hiedra; está empezando a cubrir de nuevo las ventanas y el moho no ha dejado de subir por las paredes. Es como si me estuviera hundiendo en un estanque de aguas oscuras y verdosas... Es raro que me encuentre tan cansado, especialmente considerando que entre el levantarme tarde y mi siesta debo de haberme pasado medio día durmiendo. ¡Ay, viejo y consumido a los treinta años!

Al menos esta noche el bosque anda silencioso.

Está de nuevo en su piso, con las persianas bajadas y el paraguas secándose en la bañera cuando se entera de que el hombre sigue vivo. Algo se ha interferido... No, no es algo. Alguien. Y, de pronto, sabe de quién se trata.

Cicuta, amanita, eléboro...

Sentada en su cocina, la señora Poroth pensaba en el abominable acto que iba a cometer matando a la muchacha pelirroja. Sería fácil; tenía a su disposición sustancias más que suficientes.

Capucha de monje, mataovejas, camas letal...

Y no veía ninguna otra salida. Estaba claro que era necesario hacerlo. La chica no debía llegar a desempeñar el papel que se le había destinado.

Verruga roja, manzana de mayo, agárico...

Pero... ¡qué cosa tan horrible, pensar tan sólo en alzar la mano contra una niña tan inocente! Un terror repentino se apoderó de ella, como si desde el exterior la brisa hubiera mandado un dedo minúsculo y helado en su busca a través de la ventana. Alguien que estaba lejos estaba pensando en ella, buscándola..., y la había encontrado. No, el miedo había venido desde su propio interior; no debía ceder al desespero. Sin duda, lo que había sentido era tan sólo el horror ante su inminente pecado. Tenía que protegerse contra tales ideas egoístas; todo el mundo dependía de ello. Dirigió una plegaria al cruel Señor de los cielos y continuó con sus preparativos.

Oreja de perro, grisaria, sombra oscura...

Sarr apagó la linterna de la cocina y subió la escalera para acostarse. Deborah estaba mirando por la ventana cuando entró en el cuarto, la luna colgando apenas, le pareció, a un palmo de su cabeza. Oyó cómo el viento agitaba las ramas del manzano con ráfagas que nacían de pronto para extinguirse en segundos, renaciendo luego cada vez con más fuerza, haciendo oscilar las copas de los pinos lejanos. Sentándose en el borde de la cama empezó a quitarse los zapatos.

—Necesitaremos un cerrojo nuevo para el baño —dijo—. Ése ya ni cierra.

—Puedes comprar uno en el pueblo.

—Sí, y mejor que lo haga pronto. De lo contrario, ¿sabes qué ocurrirá? —Sarr la observó atentamente mientras hablaba—. Un día Jeremy entrará y te pillaré en la bañera. —Ella se volvió a mirarle.

—Y eso es algo que no podemos permitir, ¿verdad?

—No —dijo él lentamente—, no podemos. —La miró mientras iba hasta el armario del rincón. Abrió la puerta y dejó de verla. Oyó el ruido de ropas y unos instantes después Deborah reapareció con el camisón puesto, se instaló delante de un pequeño espejo ovalado y empezó a soltarse la cabellera—. Hubo un tiempo en que te desnudabas delante mío —dijo él. Se puso en pie, se quitó la camisa y se acercó a ella. Extendió una mano vacilante y le tocó el hombro—. Hubo un tiempo en que todo iba mejor entre nosotros.

Creyó notar como su cuerpo se envaraba y algo le dolió en las entrañas.. , pero entonces ella le cogió la mano y él sintió una oleada de alivio.

—Lo sé, cariño —dijo ella, la voz aún algo ronca—. Es sencillamente que no me he encontrado muy bien. Dame unos días más...

—Claro, —dijo Sarr. Se inclinó y, echándole el cabello a un lado, le besó la nuca—. Lo siento, yo también he estado bastante nervioso últimamente. —Volvió a la cama y siguió desnudándose mientras ella cogía el cepillo y empezaba a pasárselo por el cabello. La observó por el rabillo del ojo mientras cogía su camisón colgado en el armario. Era la misma mujer, estaba seguro. La gracia con que se cepillaba el pelo, la suavidad de su piel..., era la mujer a la que siempre había amado. Por una vez, su madre se equivocaba. Deborah nunca le había gustado; nunca había hecho un intento sincero de conocerla. Entonces, ¿cómo podía esperar darse cuenta de un cambio en su carácter? Quizá incluso tenía la esperanza de volverle contra ella, de endurecer su corazón, logrando acabar con su matrimonio—. Quizá esta noche puedas rezar conmigo —dijo—. Tu voz parece estar casi recuperada...

—No sé, cariño —dijo ella—. Estoy terriblemente cansada. —Dejó el cepillo, bostezando.

—Bueno, si no quieres, yo... ¿Qué es eso? —Ella se volvió a mirarle, los ojos muy abiertos.

—¿El qué?

—Ahí... en tu boca. —Señaló con el dedo, medio consciente de que le temblaba la mano—. Lo vi en el espejo cuando bostezaste. Ahí dentro había algo.

—¡Tonterías! —Sacudió la cabeza volviéndole la espalda—. Algún reflejo...

—¡No intentes engañarme, mujer! ¡Sé lo que vi! —Cruzó el dormitorio en dos zancadas, la agarró por los hombros y la hizo girar en redondo, encarándose con ella. El corazón parecía a punto de reventar dentro de su pecho—. ¡Abre la boca!

Ella negó con la cabeza, clavando sus ojos en él, con la mandíbula fuertemente apretada.

—Quítame las manos de encima —siseó a través de sus labios cerrados.

—Abre la boca o te la abriré yo a la fuerza.

Deborah intentó soltarse de sus manos, pero él la sostuvo, arrastrándola hacia la luz, asombrado ante la fuerza de que daba muestra al debatirse. Sus manos se extendieron como garras buscando su rostro; uñas que parecían de fiera le desgarraron la mejilla. Él siguió tirando de su mujer, cogiéndola por las muñecas, obligándola a echarse hacia atrás, alejándola de él, cada vez más cerca de la luz. Deborah le escupió y de pronto cedió por completo, aflojando el cuerpo; pillado por sorpresa, Sarr perdió el equilibrio y cayó sobre

ella derribando la mesa donde estaba la linterna. Esta rodó al suelo y, aún encendida, cayó bajo la cama. Sarr la soltó lanzando un grito, y se precipitó a buscarla, sus dedos tanteando ciegamente en la oscuridad en tanto que Deborah se quedaba inmóvil detrás de él, en la oscuridad. Sus dedos tocaron algo duro y al sentir la quemadura Sarr volvió a gritar. Ignorando el dolor logró coger la linterna y sacarla; aún estaba encendida. Sarr miró debajo de la cama y vio que el suelo no se había incendiado.

—¡Estúpido! —siseó Deborah, mirándole con los puños cerrados. Nunca la había visto tan enfadada—. Habrías podido prenderle fuego a toda la granja.

Aún jadeante, Sarr cogió la linterna por el asa y se puso en pie.

—Muy bien —le dijo—. Veamos.

Acercó la linterna a su rostro. Deborah vaciló un segundo y luego abrió la boca. Sarr miró, sosteniendo la linterna en alto.

—¿Ves? —dijo ella finalmente—. ¿Estaba mintiendo?

—No —dijo él bajando la cabeza. No había nada—. No estabas mintiendo. Estoy... viendo visiones, eso es todo.

Con un suspiro, volvió a poner bien la mesa que se había volcado, dejó en ella la linterna y, colocándose en un rincón del cuarto, se arrodilló para rezar. Tenía razón; era un estúpido. Y, sin embargo, habría podido jurar que había visto algo allí, algo pequeño, negro y retorcido, posado sobre su lengua.

Horas después seguía tendido mirando al techo, incapaz de dormirse. Sentía el cuerpo de su mujer junto al suyo, el peso de su forma dormida sobre el colchón, oía el ritmo lento y regular de su respiración..., y se preguntaba qué clase de criatura compartía ahora su lecho.

Fuera, bajo la luna, entre los trémulos susurros de los árboles, el viento había empezado a recordarle otra respiración, una que a veces coincidía de un modo extraño con la que oía a su lado. Pero la de fuera pertenecía a un ser enorme y monstruoso, tan colosal que a cada una de sus exhalaciones los árboles se estremecían.

Finalmente, cuando el cielo empezaba a volverse de un color purpúreo anunciando la proximidad del alba, logró quedarse dormido. Y quizá sólo fuera el inicio de un sueño pero lo último que recordó, al volverse ya medio dormido hacia Deborah, fue el rostro de su mujer junto a él sobre la almohada, los ojos abiertos y grandes como lunas.



Veintinueve de julio

Del *Hunterdon County Home News*, viernes 29 de julio:

¿¿¿VOLCANES EN HUNTERDON COUNTY???
por el redactor científico del *News*, Mike Aldano

Se dice que el volcán mexicano Parícutín apareció una mañana en el campo de maíz de un granjero. Ahora quizá los habitantes de New Jersey tengan una sorpresa similar en su patio trasero: se trata de una colina de unos veinte metros de alto situada en los bosques que rodean Gilead, en el corazón de Hunterdon County..., una colina que, según creen los pobladores de Gilead, no estaba allí hace unos cuantos días.

«Creció en una noche», dijo Galen Trudel, cuyo hijo Raymond, de doce años, fue el descubridor de la colina en el día de ayer. «Se podía oír el ruido a kilómetros de distancia, como un rugido. Nuestro aprisco quedó destruido y aún no hemos recuperado todos los cerdos.»

La pequeña comunidad granjera de Gilead ya ha tenido esta semana su buena ración de catástrofes. El domingo sufrió un pequeño temblor de tierra que llegó al 4.9 en la escala Richter. El viernes por la noche sufrió uno aún mayor que llegó al 6.1, causando daños estimados en 50.000 dólares. (Un portavoz de la oficina del gobernador dice que de momento no han recibido aún ningún informe sobre dichos daños.) El segundo terremoto puede que haya tenido otro resultado adicional: la nueva y extraña colina surgida a unos cinco kilómetros al norte del pueblo, en mitad del bosque. La estructura de la tierra y basalto en forma de cono ha hecho acudir a geólogos de todo el estado... y ha causado ciertos comentarios preocupados entre la gente de Gilead. «No quiero que mis hijos se acerquen ahí —dijo Hannelore Reid, ama de casa y madre de seis criaturas—. Todos saben que el pantano es muy peligroso en esa zona.» Bert Steegler, encargado de la cooperativa de Gilead, lo dice aún de modo más claro: «Esos bosques están encantados —manifestó—, y siempre lo han estado».

¿UNA BURBUJA EN LA TIERRA?

Sin embargo, las autoridades trazan un cuadro menos romántico. Describiendo la formación como el resultado de una «inmensa burbuja de metano» (comúnmente conocido como «gas de los pantanos»), el doctor James Lewalsky de la universidad de Princeton, perteneciente al departamento de Geología, señaló en conversación telefónica que el área norte del centro de New Jersey se encuentra sobre una zona conocida por sus fallas geológicas, la llamada falla Ramapo, y calificó el montículo de un «fenómeno natural perfectamente explicable», aunque admitió que muy pocas de dichas formaciones se crean de modo tan rápido y repentino...

Ese día hubo también otras informaciones en la prensa local. La losa funeraria de Rachel van Meer, que murió en 1912, había sido derribada por el seísmo y había rodado hasta el camino, donde la encontraron a la mañana siguiente John y Willy Baber yendo en su camioneta. El monumento granítico de la familia Troet se había partido en dos y bastantes tumbas se habían movido, de modo que como mínimo había ahora tres ataúdes asomando de sus losas. «Es como el Día del Juicio», señaló Jacob van Meer, cuya casa estaba junto al cementerio.

Un habitante de la cercana localidad de Annandale comentó que era «una suerte que el seísmo fuera en Gilead», dado que era el único pueblo de los alrededores sin

campanario de iglesia. Otro habitante de Lebanon añadió que era «buena cosa que esa gente no tuviera electricidad». Un miembro de la legislatura estatal sugirió, en una reunión celebrada en la escuela local, que el pueblo debía pedir ayuda federal para paliar los efectos del desastre y fue prácticamente expulsado por los abucheos. Y según otra información, un representante del Servicio de Vigilancia Geológica, después de visitar el lugar, declaró: «Los recientes informes sobre conductas extrañas de algunos animales en Gilead y sus alrededores pueden ser atribuibles a temblores de tierra preliminares que culminaron en los seísmos de esta semana».

Pero la gente de Gilead no veía las cosas de ese modo.

Para Abram Sturtevant, cuyo pastor alemán había enloquecido debiendo ser sacrificado; para Klaus y Wilma Buckhalter, cuya vaca había perdido una ternera en un mal parto; para Adam Verdock, que tenía una vaca con una pata rota al intentar huir el miércoles del establo que se había derrumbado; para Hershel Reimer, mientras arreglaba la puerta del establo que su caballo había tirado a coces; para Galen Trudel y su hijo, que seguían buscando sus cerdos huidos por el pantano; para Werner Klapp, que había enterrado a treinta y siete gallinas muertas por las otras aves a picotazos en la noche del temblor; para el viejo Bethuel Reid, que ahora se negaba a salir de su casa sin un rastrillo en las manos por miedo a las serpientes..., para todos ellos el terremoto y la extraña conducta de los animales eran sólo dos síntomas del mismo problema fundamental. No es que uno fuera la causa del otro sino que más bien eran portentos, señales de lo alto, avisos de que el Señor no estaba contento.

Pero, se preguntaban perplejos, ¿cuál era la causa de su irritación?

Sol y saltamontes: los bosques están en calma. He dormido hasta muy tarde y luego fui a la granja, rascándome, aún medio dormido. Ecos del hacha de Sarr al otro lado del arroyo. Cocina desierta; me eché un poco de agua fría a la cara en el baño, contemplando con anhelo nostálgico la bañera y pensando en el pálido y hermoso cuerpo de la mujer de Sarr, que estuvo a punto de ser mío. Un desayuno solitario (básicamente galletas del almacén), hojeando el *Home News* de hoy. Parece que hay una especie de formación volcánica en el bosque, tendré que visitarla.

Acabé el desayuno sintiéndome gordo y enfadado por haber roto mi disciplina. Paseo hasta el arroyo. Deborah estaba arrodillada frente a él, aparentemente perdida en sus fantasías y me sentí incómodo porque la había pillado hablando sola. Le pregunté si Sarr había mostrado sospechas sobre lo de ayer y me dijo que ni pizca. No habló más del tema y volvió a la granja sin que la cosa volviera a mencionarse. Sospecho que se siente culpable acerca de todo el asunto. Me quedé sentado sobre una roca junto al arroyo, echando briznas de hierba al agua y jugando conmigo mismo a hacer versos, juegos de palabras, y adivinanzas. «El agudo trinar de los pájaros —empezaba a decir—, los pájaros blancos cantando bajo el sol...» La continuación inexorable y obligada era «el sol muriendo bajo la luna, la luna cayendo al suelo...». Estaba empezando a dolerme la cabeza a causa del calor, como si el cerebro se me estuviera haciendo demasiado grande como para caberme dentro del cráneo. «El suelo se hunde cayendo al sótano, el sótano se llena de

agua, el agua se escurre en la tierra...» Me volví y miré hacia la granja. Vista a esta distancia parecía un cuadro situado al otro extremo de una gran habitación; la hierba era una alfombra verde en el suelo, el techo el interminable cielo azul. Deborah estaba acariciando un gato y luego pareció enfadarse cuando éste se escapó de entre sus manos; oí el golpe de la puerta cuando se metió en la cocina, pero el sonido me llegó con tal retraso sobre la imagen que toda la escena me dio la impresión de ser falsa. «La tierra se convierte en humo, el humo mancha el cielo...» Miré hacia los robles que tenía detrás y me parecieron árboles salidos de una postal barata, ese tipo con una delgada capa de pintura de colorines esparcida sobre una foto en blanco y negro; si los examinabas de cerca se podía ver que el verde no estaba sólo en las hojas sino que flotaba como una nube de vapor sobre las hojas, las ramas, partes del cielo... «El cielo ardiendo en el sol, el sol muriendo bajo la luna, la luna cayendo al suelo...» Sucesiones interminables que giraban como un remolino en mi cabeza. Los árboles que tenía a mi espalda parecían obra de un pésimo pintor; el color y el trazo no se ajustaban bien entre sí. Partes del cielo de color verde, trozos que se alejaban flotando ante mis ojos por mucho que intentara no perderlos de vista...

«La realidad pende de un hilo.»

A lo lejos, en el arroyo, vi algo que se debatía; un escarabajo negro con las patas al aire, arrastrado rápidamente por la corriente. Esta se lo llevó por un recodo del arroyo y dejé de verlo.

«De un hilo...»

Sarr me despertó para cenar. Me había quedado dormido junto al agua y tenía las ropas mojadas a causa de la hierba húmeda. Vi arañazos en su mejilla. Mientras íbamos hacia la granja me dijo en voz baja que antes había visto a su mujer inclinada sobre mí, contemplando mi rostro dormido. Me dijo que tenía los ojos abiertos como platos. «Como los de "Bwada". Como la luna.» ¿Habría estado bebiendo? No olía a alcohol. Dije que no entendía la razón de que me contara eso. «Porque —dijo siempre en voz baja, cogiéndome del brazo—, el corazón es engañoso entre todas las cosas y su maldad es irremisible: ¿quién puede llegar a conocerlo?»

La cena fue especialmente incómoda; los dos se quedaron sentados sin apenas comer, alzando de vez en cuando los ojos para mirarse muy fijamente como si fueran dos niños desafiándose a ver quién bajaba primero la cabeza. Anhelé las conversaciones de otros tiempos, por muy insustanciales que hubieran sido y me pregunté cuándo habían empezado a ir mal las cosas. Todo estaba seco y poco apetitoso, pero el postre tenía un aspecto soberbio: mousse de chocolate, un plato más bien incongruente en un hogar como el de los Porothe, pero que Deborah considera como una de sus especialidades. Ella no se sirvió, diciendo que tenía el estómago mal.

«¡Entonces, nadie comerá!», gritó Sarr y me quitó el plato que tenía delante, cogió luego el suyo y los lanzó contra la pared, donde explotaron como bolas de fango. Deborah no movió ni un músculo; no dijo nada, se limitó a quedarse sentada mirándonos. No parecía tenerle demasiado miedo a su enloquecido esposo..., pero yo sí se lo tenía. Quizá me leyó los pensamientos, porque al levantarme de mi silla me dijo con un tono mucho

más bajo, con esa voz tan suave que tiene siempre, «Lo siento, Jeremy. Ya sé que odias las escenas. Rezaremos por todos nosotros, ¿de acuerdo?».

Le pregunté a Deborah si se encontraba bien, diciéndole que iba a mi cobertizo pero que si creía necesaria mi presencia me quedaría. Se me quedó mirando con una leve sonrisa y agitó la cabeza; cuando miré hacia su esposo alzando un poco las cejas lo único que hizo fue encogerse de hombros.

«Todo se arreglará», dijo. Al cerrar la puerta oí a Sarr murmurando una de sus locas oraciones.

Volví a mi cuarto cruzando una nube de luciérnagas que parecían estrellas. Las estrellas de verdad estaban helándose en el cielo como burbujas en un vaso de agua. Una vez en mi cuarto, las burbujas de mi vaso de agua, que sigue intacto como lo dejé, al empezar la semana, junto a mi lecho, eran iguales que las estrellas...

Me di cuenta de que estaba temblando. Si tengo que liarme a golpes con él, dado su tamaño, no duraré ni un segundo. Me quité la camisa y me planté delante del espejito. ¿Cómo pudo Deborah dejar que la tocara ayer? ¿Cómo puedo enfrentarme a Carol mañana? Llevo días sin bañarme y ya me he acostumbrado al hedor de mi cuerpo. Mi pelo se ha convertido en una grasienta maraña de rizos marrones, llevo al menos una semana sin afeitarme y mis ojos..., bueno, los que me devolvieron la mirada desde el espejo pertenecían a un viejo y tenía el blanco del ojo tan amarillento como un diente podrido. Miré mi pecho y mis brazos, gordos y fofos ya a mis treinta años y pensé en las aterradoras alteraciones sufridas por Sarr y luego pensé: «¿Qué infiernos está pasando?». Traté de alisarme el pelo y cogí mi hilo de seda dental: empecé a pasármelo entre los dientes pero hacía tanto tiempo que no me los lavaba que las encías empezaron a sangrarme en seguida y cuando volví a mirarme en el espejo tenía los labios llenos de sangre, igual que un vampiro.

Ahí, de pie ante el espejo, me decidí. Cuando Carol y Rosie se vayan después del fin de semana, me iré con ellos.

Poroth permanecía inmóvil en el porche, enzarzado en discusiones imaginarias consigo mismo, los ojos clavados en el anochecer con los gatos maullando quejumbrosamente a sus pies. Tenía la sensación de que un ángel se había posado en su hombro derecho y un demonio en el izquierdo. «Señor —murmuraba de vez en cuando—, dame fuerzas.» Se había equivocado perdiendo el control de ese modo durante la cena; había actuado como un estúpido. Se había rendido a la desesperación y eso, tal y como siempre decía su madre, era como rendirse ante el arma más antigua del diablo. Pero no había perdido la fe, eso no dejaba de recordárselo; Dios seguía vigilando sus pasos, Dios seguía amándole, igual que antes; aún había esperanza. Si al menos no le temblaran las manos tanto...

Cómo lamentaba haber prestado oído a las extrañas ideas de su madre, esa loca charla sobre dragones, ceremonias y extraños del más allá, cómo deseaba no haber visto jamás esas imágenes infernales: la diminuta criatura negra e informe que había visto en las cartas, el negro rostro que parecía mirarle desde el árbol, los ángulos rectilíneos y obscenos de ese montículo... Sí, naturalmente que se trataba de un simple mito, algo

demasiado descabellado como para tomarlo en serio, algo que estaba en contradicción con todas las creencias que habían formado la base de su educación. Y, pese a todo, su fuerza era innegable...

Sí, esas visiones no debían tener para él más significado que un cuento de hadas de un país exótico. Los dioses y los demonios de su madre, después de todo, no eran los suyos; su virgen en nada se parecía a la Virgen. ¡Pensar que esa pudibunda y flaca pelirroja, esa Carol, pudiera tener algún significado mitológico! ¡Y que su opuesto, decretado por los secretos planes del cosmos, pudiera encontrarse aquí, en esta granja, en la persona de Jeremy Freirs! ¡Ridículo! Se habría reído... y quizá algún día fuera capaz de reírse. Dejó vagar la mirada por la pradera hasta la luz de la habitación en que vivía Freirs. Sí, podía ver a esa rechoncha figurilla garabateando sus estudios, sus meditaciones, sus cartas o lo que fuera. Bien, Dios cuidaría de que su madre recobrara pronto la razón...

Un reactor pasó por encima de su cabeza, la visita habitual de cada viernes por la noche, el recordatorio del mundo moderno que había rechazado. Irguiendo los hombros, se dio la vuelta y volvió a la granja.

La casa estaba en silencio salvo por el tictac del reloj. Cerró la puerta de la cocina y se detuvo unos instantes antes de apagar la linterna. Cómo le desagradaba la sola idea de subir por esos peldaños... Allí arriba estaba Deborah, la mujer con la que había hecho el voto sagrado de compartir su vida, y si el diablo se ocultaba dentro de ella... (su diablo, Satanás, el diablo que conocía), entonces no debía huir, debía quedarse aquí para luchar con él, para limpiar a esa mujer del mismo modo en que había hecho limpiar su casa y su granero el domingo pasado.

Entonces, ¿por qué vacilaba? ¿Acaso las fábulas de su madre, toda su charla sobre huevos, dragones y criaturas que mudaban de forma, había logrado realmente afectarle? ¿Acaso sus imágenes habían logrado producir el efecto que ella deseaba? Quizá no; pero lo que sí sabía es que aún no estaba dispuesto a enfrentarse con su esposa, no después de la escena de ayer noche en la cocina. Estar tan cerca de alguien y saber, en lo más hondo de tu corazón, que era tu enemigo... Para eso hacía falta más valor del que él tenía en esos instantes. «Señor —dijo de nuevo—, dame fuerzas.»

Si pudiera probar que su madre se equivocaba. Si hubiera dicho algo que él pudiera comprobar sin lugar a dudas...

Había una cosa, quizá...

Encendió la linterna del salón y se puso en cuclillas ante su pequeña biblioteca. El almanaque seguía sobre los demás libros, allí donde lo había dejado Freirs después de preguntarle sobre la fiesta de Lammas. Sí, en los apéndices había una sección dedicada a las tablas lunares, página tras página de minúsculos caracteres de imprenta que parecían patas de mosca. Cogió el libro y la linterna y fue con ellos hacia la mecedora, sentándose en ella.

Su madre había dicho ayer que habría dos lunas llenas este mes; bueno, eso era algo que ya sabía, igual que cualquier granjero..., al menos, cualquiera de Gilead. Pero también había dicho que eso era algo muy raro, al menos cuando la segunda luna llena coincidía con la víspera de Lammas. Era algo aún más raro, le había dicho no muy claramente, de lo

que uno podría pensar creyendo en el mero azar.

Resiguió con el dedo las columnas y trató de ver el treinta y uno de julio en las listas del mes. Las tablas eran muy difíciles de seguir; había notas a pie de página que consultar continuamente, cantidades a sumar o restar para cubrir los años bisiestos e interminables filas de números minúsculos que parecían confundirse bajo la luz parpadeante de la linterna. Pero, al menos por lo que él podía ver, su madre había estado en lo cierto. De hecho, se dio cuenta de que si las tablas eran correctas, en los últimos cien años sólo habían existido dos lunas llenas durante la última noche de julio: en 1890 y en 1939...

Los gruesos tablones crujían bajo sus pies. No quería subir arriba..., ahora menos aún, considerando el débil apoyo científico que acababa de encontrarle a las palabras de su madre. Y los toscos dibujos que le había enseñado seguían zumbando dentro de su cabeza como una horda de insectos que no lograra encontrar el modo de salir. Ahora esas imágenes de colores chillones le parecían menos lejanas y cuanto más pensaba en ellas menos imposibles las encontraba: la rosa con labios y dientes; la figura negra llamada Dhol; el extraño dibujo de los dos anillos...

Estaba seguro de que si lograba concentrarse en algún pasaje de la Biblia hallaría consuelo en él. Pero la Biblia estaba en el piso de arriba, junto a Deborah, y aunque conocía perfectamente todas sus palabras necesitaba ahora la realidad del texto impreso.

Sus ojos se posaron en el libro de poemas que Freirs había estado leyendo, colocado aún sobre el escritorio. Con un suspiro volvió a sentarse en la mecedora y abrió el libro. Recordaba cómo había luchado con él años antes, subrayando pasajes y escribiendo comentarios en los márgenes, como si esas palabras escritas por simples seres humanos merecieran la atención que luego había reservado para las palabras de Dios.

Con todo, aún podía hallar cierto consuelo en esa región familiar de su infancia. El volumen se abrió por sí solo en un poema que había estudiado cuando iba a la escuela del pueblo. *Meditación navideña*, había escrito con su minuciosa letra de escolar en la parte superior. Era de Milton..., el buen Milton, oscuro, concienzudo y piadoso: «En la mañana del Nacimiento de Cristo», una celebración del día en que había nacido el Salvador. Lo leyó todo, moviendo los labios al compás de las palabras, sin pensar apenas en su significado, sintiendo la calma y el consuelo que tanto había deseado sentir..., hasta que de pronto, con un estremecimiento, se dio cuenta de lo que había estado leyendo y sus ojos recorrieron por segunda vez la estrofa.

*...después de este día feliz
el viejo Dragón será enterrado
y en más angosta prisión confinado,
viendo así reducido el dominio que usurpó,
y lleno de ira al ver caer su Reino,
agitará el escamoso horror de su cola enroscada.*

¿Por qué estaba temblando de nuevo? Al menos el poema estaba lleno de confianza: Cristo había expulsado al dragón y el viejo reino del mal había sido derrocado... Pero algo en lo más hondo de su ser le decía que ese reino seguía esperando..., esperando, tal y como

había dicho otro poeta, a que el ciclo volviera a empezar; aguardando otra Navidad, quizá miles de años después, en la que otra vez pudiera hallar la libertad de su encierro.

Dejó el libro a un lado y se quedó inmóvil, rígidamente sentado en la mecedora. Luego volvió a mecerse, sintiendo crujir el suelo cada vez que se movía, pero por muy de prisa que se moviera, por mucho que lo intentara, no podía olvidar esa idea, esa terrible convicción que se había apoderado repentinamente de él. «Ahora Dios es el Señor del universo —se dijo—, pero el Otro aguarda en las profundidades. Y, más pronto o más tarde, ha de llegar su hora.»

Ella fue a verle esa noche, cuando ya hacía tiempo que la luna se había ocultado y las luciérnagas ya no revoloteaban sobre la hierba. Despertó para encontrarla inclinada sobre él como si fuera un súcubo, los ojos clavados en su rostro.

La miró medio aturdido, pestañeando para librarse del sueño, intentando entender lo que ocurría, abriendo los labios para preguntarle qué hacía aquí, pero ella le tapó la boca con la mano y sacudió la cabeza. Tomó asiento a su lado, en la cama, y sus ojos parecían arder. Llevaba el camisón y sus pezones tensaban la tela. La abrazó de un modo instintivo; estaba desnudo y la visión de su cuerpo le había excitado como si fuera el final de un sueño que ya no recordaba. Echó las sábanas a un lado con el pie y la atrajo hacia él. Le pasó la mano por el cuerpo y ella se retorció como una gata subiéndose el camisón con un movimiento lleno de fluidez. Sintió las manos de ella en su pene, guiándole mientras que ella se tendía a su lado. Estaba seca como un hueso; no podía penetrarla. Bajó la mano hasta tocar el espeso vello de su pubis que ayer había visto empapado en la bañera y que ahora estaba tan seco y áspero como un arbusto muerto.

—Espera —siseó ella apartándole la mano—, déjame. —Se metió los dedos en la boca—. ¡Maldición, no tengo saliva!

—No tenemos ninguna prisa... —Ella le hizo callar poniéndole la mano sobre la boca y luego no la quitó.

—Mójame con tu lengua.

Obedientemente, él le lamió los dedos y luego notó que ella retiraba la mano dejando un poco de saliva en su mentón. Se quedó inmóvil, mirándose la mano con lo que al principio le pareció una mueca de repulsión, pero entonces vio que sus labios se fruncían hacia adentro y que ahuecaba las mejillas y, con un leve gruñido, escupió en la palma de su mano. Sintió de nuevo sus manos sobre su pene, humedeciéndolo. Se medio incorporó apoyándose en un codo, disponiéndose a penetrarla, subiendo sobre ella, pero vio cómo volvía a negar con la cabeza, empujándole hasta hacerle tenderse de nuevo en el lecho. Montó sobre él haciendo que la penetrara y él sintió que en su interior estaba igualmente reseca pero ella abrió aún más las piernas y el camisón resbaló tapándole la cintura, ocultando el lugar en que se unían sus dos cuerpos. Ella tensó los muslos y empezó a moverse hacia arriba y hacia abajo. Sintió como si le oprimiera un puño muy fuerte; dentro de ella había algo duro y áspero que parecía raerle la piel. «Dios —pensó—, qué seca está.»

—No corras —musitó, atrayéndola hacia él y pegando sus labios a los suyos.

Ella no los abrió, apretándolos fuertemente, y unos instantes después notó cómo se resistía. La abrazó con más fuerza y de pronto, sin ningún aviso previo, ella abrió la boca

pero sólo un poco, con el tiempo justo para pronunciar un nombre, «Sarr», antes de que su lengua hubiera logrado penetrar entre sus labios.

Oír ese nombre le hizo despertar de pronto. Sintió una aguda punzada de culpabilidad y notó cómo su miembro se encogía saliendo de ella..., pero no había sido sólo el nombre, también había creído sentir algo en la punta de la lengua, una extraña aspereza en su paladar, un bulto carnoso que jamás había encontrado en otra mujer.

Ella había vuelto a sentarse en el borde de la cama, alisándose el camisón.

—Tengo que irme —susurró poniéndose de pie.

—¿No podrías...? —Ella meneó la cabeza.

—No hay tiempo. Ahora no. Volveré mañana por la noche.

«Mañana Carol estará aquí —quiso decirle—, puede que en esta misma cama, conmigo...»

Pero después de mirarle una última vez con esos ojos que parecían arder ella ya había desaparecido por la puerta, corriendo como un espectro sobre la hierba bajo el cielo sin luna.

Y en la ciudad, en la silenciosa oscuridad de su piso, los ojos clavados en la nada, el Anciano piensa en el viaje de mañana..., y en el pasado al que va a regresar.

Volverá por fin a su hogar, por primera vez en un siglo. Ha estado cerca hace poco tiempo, en 1939, pero no ha visto la granja desde que era niño, aunque probablemente no será muy distinta ahora. Las cosas no cambian mucho en ese lugar.

Volverá también a Maquineanok, donde las otras dos mujeres hallaron la muerte. Ahora la luna ha pedido a la tercera mujer, la última, la tercera y última de las muertes.

Naturalmente, el lugar estará transformado. Ahora el árbol ya no estará allí, engullido por la tierra: ese árbol que ha visto tanta sangre y tantos sacrificios habrá desaparecido aunque en su lugar habrá algo mucho más terrible y maravilloso, el gran montículo ante el que deberá situarse para celebrar la última Ceremonia.

Ríe una vez más con su cascada risita de viejo. ¡Pobres idiotas miserables!



Treinta de julio

la mujer tendida en el lecho lanzó un gemido. Joram se mesó la barba y se quedó mirando con preocupación su hinchado vientre. Ninguno de los partos anteriores, ni tan siquiera el primero, había sido tan doloroso. Se mordió los labios, deseando que empezaran pronto las contracciones, dándole así una excusa honorable para llamar a la Hermana Nettie Stoudemire, la comadrona.

El vientre de Lotte parecía tan enorme... Le habían dicho que había ciertas señales de que quizá fueran mellizos, incluso trillizos, y él mismo conocía algunos de los portentos que señalaban a tales partos múltiples, pero no había dejado de observarla atentamente, rezando e invocando al Señor, y no había encontrado la menor indicación de que en el

vientre de su mujer hubiera más de una criatura. Estaba francamente asustado y anhelaba encontrar alguna explicación, aunque sólo se le ocurría una: el gordo forastero que albergaban los Porothe, que había tenido la temeridad de poner la mano sobre el vientre de su mujer durante la adoración del domingo anterior en la granja. Si tal y como decían algunos de sus vecinos estaba maldito, entonces... ¿no era acaso posible que en su contacto llevara también una maldición capaz de alcanzar a la criatura?

Joram permaneció en pie junto al lecho, meditando sobre lo que debía hacer. Sólo podía esperar... y rezar, claro; rezar para que cuando llegara el parto no fuera nada mal. Esperaba que el parto no fuera mañana, durante la víspera de Lammas y esperaba, por el bien de Freirs, que no hubiera ningún problema con la criatura.

En la granja, que estaba más arriba del sendero, Adam Verdock contemplaba con ojos entristecidos a su mujer. No había recobrado el conocimiento y estaba perdiendo fuerzas rápidamente. Su hija Minna se había portado maravillosamente; quedándose día y noche para cuidar a Lise, pero ésta no había dado señal alguna de recuperación y esta mañana no le había quedado más remedio que decirle al viejo Hermano Flinders, el carpintero, que empezara a disponer los tablones de pino para el ataúd, pues las plegarias de todos los Hermanos no habían servido de nada.

También Porothe estaba rezando, arrodillado de cara a la pared, con los párpados fuertemente apretados. Llevaba allí toda la tarde, insensible al fuerte calor, con la Biblia al lado abierta en el versículo sexto del Libro de los Jueces («Y así habló Gedeón: Oh, Señor, si Tú estabas con nosotros, ¿por qué nos ha sucedido todo esto?»). Pero hoy nada lograba calmarle y el Señor parecía implacable. Qué huecas encontraba las frases de las Escrituras, qué áridos y vacíos los rituales de la religión... Y, pensándolo bien, ¿ante quién se arrodillaba, a quién invocaba? Sentía como si estuviera hablando consigo mismo... ¿Le escuchaba alguien?

—Oh, Señor —rezó—, hazme saber que nosotros, tus hijos, merecemos aún tu amor. Concédeme una señal de tu presencia...

Y se quedó helado al oír, como respondiéndole, una risa maliciosa. Abrió los ojos horrorizado y examinó la habitación; le había parecido como si la risa sonara justo en su oído. Pero oyó más risas y voces (un hombre, una mujer) y se dio cuenta de que venían del exterior. Se acercó a la ventana y miró hacia afuera. Frente a la granja estaba aparcado un polvoriento Chevrolet blanco junto al que se encontraba Freirs, primero besando a una joven pelirroja a la que Sarr reconoció como Carol y luego estrechando la mano de un anciano de cabello blanco y corta estatura que le pareció tremendamente familiar y que, mientras Sarr miraba por la ventana, echó la cabeza hacia atrás y se rió sonoramente.

Ya habían llegado. Esta noche, tal y como había prometido, tendría que llevar a Carol sin que nadie se diera cuenta hasta la casa de su madre.

Oyó abrirse la puerta en el piso de abajo y unas lentas pisadas descendiendo por los peldaños. El anciano se volvió, el rostro repentinamente serio, y por un instante Porothe vio cómo sus ojos se fruncían con una expresión totalmente nueva, una especie de nerviosismo disimulado. Un segundo después sus labios sonreían de nuevo.

—Ah, sí —le oyó decir, todo su cuerpecillo estremeciéndose otra vez a causa de la

risa —, sí, ¡ésta debe de ser ciertamente Deborah!

Deborah apareció por fin en su campo visual. Avanzó lentamente hasta ellos, con una sonrisa extendiéndose poco a poco por sus rasgos y alargando una mano con un gesto de bienvenida hacia los recién llegados. A Sarr le pareció que toda la calidez de ese gesto se dirigía principalmente hacia el anciano.

Aparte de por el contacto que al fin ha establecido, no siente ninguna alegría especial al encontrarse de vuelta. Todo está igual que en sus recuerdos, pese a que ha transcurrido más de un siglo. Por su tamaño y su forma, incluso por el color grisáceo de su tejado, la granja parece prácticamente igual que su predecesora. Claro está que el manzano es nuevo, al igual que la hilera de rosales que vio al bajar del coche. Pero sigue reconociendo el enorme granero sin pintar junto a la cuesta, allí donde hizo sus imágenes secretas y practicó sus cánticos a escondidas; el tejado del granero le parece especialmente maltrecho y pese a la capa de óxido que lo cubre el camión aparcado dentro de él, visible a través del umbral, tiene un aspecto nuevo y extraño. También le resulta extraña la pequeña garita de madera en el confín de la propiedad, algo que no estaba allí en sus tiempos, aunque su puerta, a punto de caerse y sujeta solamente por una bisagra, puede que lleve así los últimos ochenta años.

Por muy retorcido y viejo que parezca su tronco, el negro sauce que se alza junto al granero le resulta igualmente nuevo. Pero los acres de maíz (menos lozanos que los de su recuerdo), las ruinas del cobertizo recubierto de hiedra que los bosques parecen a punto de reclamar como suyas, el recodo del arroyo donde celebró los sacrificios preliminares, el frondoso bosque que rodea la granja y el cálido aire cargado de presagios..., todo eso le resulta familiar. Pero sus recuerdos le importan muy poco.

Se da cuenta, con una leve sombra de curiosidad, de que algunas cosas han desaparecido: el aserradero, los establos y el viejo gallinero, reemplazado por esa estructura gris de forma cuadrada que los Porothe han convertido en alojamiento de huéspedes; los olmos que delimitan el sendero (víctimas, sin duda de alguna enfermedad) y el esbelto roble que en tiempos se alzó junto a la casa, dando sombra a la salita. Pero, claro está, lo había olvidado: el árbol, igual que la casa, pereció en el incendio...

El incendio..., qué lejana le parece ahora esa noche bajo el cálido sol de esta tarde luminosa... y, sin embargo, ¡qué cerca está! Aún se acuerda de como se quedó inmóvil en el patio trasero junto al establo, observando cómo el techo se derrumbaba y los muros caían en ruinas, viendo como la casa parecía doblarse sobre sí misma como un puño que se cierra...

Exactamente tal y como le había dicho el Amo.

Esa misma noche, siguiendo sus instrucciones, había quemado el cuerpo del Amo reduciendo las cenizas a un polvo negro..., el polvo que había usado, tal y como requería la Ceremonia, para marcar a las dos mujeres del sacrificio.

Pero había puesto gran cuidado en salvar una parte del cuerpo del Amo de entre las llamas..., una pequeña parte que, tal y como había decretado el Amo, había enterrado en la raíz del tronco.

Y ahora, una vez más, este fragmento del Amo está libre y ha surgido de la tierra. Ha

sobrevivido. Acaba de verlo, contemplándole a través de los ojos de la mujer llamada Deborah.

A Carol no le hacía mucha gracia el traer a Rosie con ella a la granja (sabía que con ello hacía prácticamente imposible el dormir con Jeremy; el cual probablemente le tenía inquina al anciano desde el principio, y le preocupaba también que los Poroth pudieran encontrarle demasiado blando en comparación con los coriáceos patriarcas de los Hermanos) pero ahora le alegraba haberlo traído. Santo Dios, si esta noche prácticamente era el único que daba muestras de animación... Su respeto por Rosie fue creciendo a medida que le oía contar historias de sus viajes, burlándose al mismo tiempo de sus manías de viejo, narrando anécdotas divertidas, todas dotadas de su comienzo, su nudo y su desenlace; y mientras él no dejaba de hablar ella miraba la enorme rosa roja que Deborah le había dado, oscilando ridiculamente en su ojal, con la impresión de que Rosie era el padre de la novia durante el banquete de boda, listo a conceder su mano. Sin su presencia la cena habría sido realmente toda una tortura.

Tal y como había dicho Rosie, habían «traído unas cositas»: pasta fría, casi un kilo de costillas (no para ella, naturalmente) y medio queso cheddar que Rosie había comprado en Zabar's. De camino habían hecho además una parada en un puestecito que parecía cocerse al sol, en las afueras de Morristown, y habían comprado doce mazorcas de un maíz delicioso. Esperaba que a Sarr no le hubiera ofendido: su cosecha tenía un aspecto horrible.

Y Sarr tampoco tenía buena cara. Había estado callado y con rostro mohino toda la noche (qué diferencia con la primera vez que le había visto, cuando no había parado de hablar) y había profundas ojeras bajo sus párpados. Estaba claro que atravesaba algún tipo de crisis, pero Carol no tenía claro si era una crisis marital o espiritual.

Jeremy no tenía mucho mejor aspecto; de hecho, estaba realmente horrendo: tenía el rostro hinchado y el pelo largo y sucio..., aparte de que no parecía haber perdido peso en todo el verano. En realidad, se le veía más gordo que nunca. Se preguntó si era un presagio de su aspecto dentro de diez años y sintió una vaga turbación ante las fantasías que le había inspirado.

Tampoco Deborah parecía encontrarse muy a gusto y por la ronquera de su voz y lo poco que hablaba estaba claro que aún no se había recuperado del todo..., claro que al menos ella tenía una excusa; aún sufría las secuelas de ese horrible incidente con la gata, del que Jeremy le había hablado antes. Carol, con cierta inquietud, se dio cuenta y no por primera vez esa noche, de que Jeremy no dejaba de mirarla subrepticamente durante toda la cena, aunque Deborah no parecía darse cuenta de ello, ya que sólo tenía ojos para sus invitados.

Dios, ¿y si entre Jeremy y Deborah hubiera algo? ¿Y si Sarr lo sospechaba? La verdad era que Sarr no había dejado de mirarlos de un modo extraño durante toda la noche.

Aunque casi toda su atención parecía estar concentrada en Rosie. De hecho, Sarr le había estado mirando a hurtadillas durante toda la cena, incluso durante la oración de gracias, como si esperara pillarle desprevenido durante la plegaria. Quizá, después de todo, lo que le tenía tan trastornado fuera realmente la religión... El pobre Rosie, sin enterarse de nada, había unido calurosamente las manos y al final había pronunciado un

sincero *amén* al mismo tiempo que todos los demás. Carol se había quedado bastante aliviada, pero Sarr no había dejado de mirar a Rosie (y a ella también) de un modo muy raro, como si esperara que de repente cualquiera de los dos hiciera algo absolutamente fuera de lo normal. Por decirlo de un modo suave su conducta resultaba desconcertante... ¿Qué demonios habría podido ocurrirles a todos? Tenía la sensación de que durante este verano ella se había vuelto más fuerte y segura de sí misma (de hecho, una vez fuera de la sombra de Rochelle y bajo la tutela bondadosa de Rosie, había florecido) en tanto que ellos, en la granja, parecían estarse derrumbando por momentos.

Al final de la cena Rosie bostezó, se limpió delicadamente los labios con la servilleta y les informó a todos que, gracias a la tarde pasada en la carretera, estaba «absolutamente reventado». Se levantó y fue al cuarto de baño y, al volver, anunció que se iba a la cama.

—Les dejo solos, jóvenes —dijo con una risita—. Estoy seguro de que sabrán sacarle mejor provecho que yo a la noche. Bien, si alguien tiene la amabilidad de darme una manta...

—Traeré todo lo necesario —dijo Deborah. Se levantó, moviéndose con cierta dificultad, y fue hacia la escalera. La oyeron revolver en el armario que había en el vestíbulo.

Ya había sido acordado que Rosie pasaría la noche durmiendo en un catre en el cobertizo de Jeremy: para sorpresa de Carol había sido él mismo quien había sugerido ese arreglo. Pese a la presencia de Rosie, Carol albergaba todavía la débil esperanza de poder pasar la noche con él, no sabía muy bien cómo... Al menos, esperaba que se lo pediría. Pero ni tan siquiera lo había intentado; ¿no se daba cuenta acaso de que quizá pasarían semanas antes de que pudieran volver a verse? La perspectiva de pasar todo un verano sin él empezaba a resultarle horrible.

Quizá todo era sólo una prueba de que prefería a Deborah... o incluso de que, por improbable que le pareciera la idea, ya había algo entre ellos, una posibilidad en la que Carol prefería no pensar.

Deborah volvió con los brazos llenos de mantas, sábanas, toallas y una almohada.

—¡Magnífico! —dijo Rosie—. Querida mía, no sé cómo darle las gracias.

Y deseándoles cordialmente buenas noches a todos, dejó que le precediera por la puerta de atrás.

Sarr clavó los ojos en la puerta, como esperando hasta estar bien seguro de que se habían ido. Por fin, con un carraspeo preliminar, se volvió hacia Carol.

—Siento cierta curiosidad —dijo, aunque por su tono parecía no sentir ni pizca—, sobre el modo en que conociste a Rosie.

—Bueno —dijo ella sorprendida—, es una historia bastante larga...

—Demasiado para contarla ahora —la interrumpió Jeremy—. ¿Por qué no la guardamos para mañana? —Y dirigiéndose a Carol que, cogida por sorpresa, se había quedado callada sin saber qué decir, añadió—: Oye, ¿por qué no aprovechamos la luna para dar un paseo?

Lo único que le impidió no desairarle fue el levísimo matiz de súplica que detectó en su voz. Seguía encontrándose a disgusto y no deseaba abandonar así a Sarr.

—Jeremy, realmente no creo que esté bien dejar de este modo a nuestro anfitrión.

—No os preocupéis —dijo él—, id a dar un paseo. Os merecéis estar algún tiempo juntos.

A modo de despedida se puso en pie, se estiró con cara de satisfacción y se fue a la sala.

—Jeremy —le dijo ella secamente una vez fuera de la granja—, ¿cómo has podido ser tan grosero?

Él no contestó de inmediato pero la rodeó con el brazo.

—Caminemos un poco —dijo. Las luciérnagas le daban a la pradera el aspecto de un cónclave de almas perdidas, parpadeando silenciosamente mientras iban de un lado a otro. Esta noche se oían más grillos que nunca y un coro lejano de ranas parecían entonar un grave contrapunto a su chirriar en el arroyo. Estaban ahora rebasando el costado de la granja y ante ellos una luna casi llena se cernía sobre la cinta polvorienta del sendero. Freirs señaló con la cabeza hacia la granja y la oscura ventana de la sala en la que podían ver, débilmente iluminada por el resplandor de la cocina, la silueta de Porothe andando de un lado a otro entre las tinieblas—. Últimamente ha estado actuando de un modo realmente raro —dijo Freirs—. Parece casi que se haya dado a la bebida. Puede que sean problemas financieros, puede que sea algún tipo de chaladura religiosa.

—Pensé que quizá fuera eso.

—Sea lo que sea quiero volver a la ciudad contigo mañana. Si te parece bien me gustaría incluso quedarme unos cuantos días en tu piso... durmiendo en el diván, claro, hasta que decida lo que voy a hacer.

—¿Lo saben los Porothe?

—No.

—¿Cuándo piensas decírselo?

—Supongo que mañana.

Sintió una leve excitación. Le estaba pidiendo auxilio; ahora los dos estaban metidos en la misma conspiración.

—Entonces, eso quiere decir que no tendremos que despedirnos mañana, después de todo.

—Eso es. Podemos seguir juntos... si quieres.

—Sí, quiero. —Se volvió para mirarle—. Y no tendrás que usar el diván.

Se besaron y Carol dejó que le besara los pechos, sabiendo que el verano se había arreglado.

Aire húmedo. Olor a rosas. Murciélagos revoloteando sobre el tejado del granero. En silencio las dos figuras (la mujer esbelta de cabellos negros y el anciano de corta estatura y blancos cabellos) salen del cobertizo y se dirigen hacia el granero. Hablan en voz baja y sus rostros son dos borrosos manchones blancos.

La que llaman Deborah se detiene volviéndose hacia el Anciano. Por un instante sus ojos brillan bajo la luna.

—Lo sabe.

—Sí, me di cuenta de ello cada vez que te miraba. Y sospecha de mí también.

—Su madre se lo contó. —El viejo asiente.

—Es una Troet, como yo lo fui. Tiene el don. Pero hay cosas que ignora.

La mujer mira un instante hacia la luna.

—Esta noche tendrá una visita.

Se paran unos instantes en la entrada del granero, junto a la oscura masa del camión aparcado en el interior. La que llaman Deborah acaricia lentamente con las manos algo que permanece oculto por las sombras de la pared.

—Los dos están débiles —dice—. He estado envenenándoles. —En su voz hay algo que parece casi orgullo.

—En ese caso —dice el Anciano—, podremos hacer un pequeño cambio en nuestro reparto. He estado preparando a nuestro gordo amigo de la ciudad para ello pero, dadas las circunstancias, y ya que potencialmente es más peligroso... el granjero servirá igual de bien. —La que llaman Deborah asiente y su mano sigue acariciando algo que cuelga entre las sombras, algo que gira lentamente pendiente de un clavo. La luz de la luna revela por un instante un mango de madera y el filo de una hoja acerada—. Por lo tanto, —prosigue el Anciano—, es a él a quien deberás matar.

Las cosas andan de maravilla con Carol. Sospecho que realmente puede ser la buena. Casi no puedo esperar hasta volver a la ciudad.

He estado hablando de ella conmigo mismo.

«Estoy enamorado de ella.»

«¿Ah, sí? ¿Y qué se supone que significa eso?»

«Ya sabes... todo el rollo, de pies a cabeza. Me gusta pasar el rato con ella, quiero joder con ella, casarme con ella, hacerle regalos. Quiero tener críos con ella, compartir mi vejez, tenerla a mi lado cuando me muera. Todo eso.»

Poroth seguía despierto, manteniendo deliberadamente baja y regular su respiración. Estaba esperando a que todos los demás se durmieran. Se volvió cuidadosamente para mirar a su esposa: por una vez, tenía los ojos cerrados.

Se incorporó en el lecho y luego puso un pie en el suelo, aguardando unos instantes antes de poner el otro, sabiendo que Deborah normalmente se despertaba cuando él bajaba las escaleras para ir al cuarto de baño y no queriendo que esa noche (sobre todo, esa noche) fuera a despertarse.

Su ropa y sus zapatos estaban donde los había dejado, en el armario; los cogió y se vistió en el vestíbulo. Fue de puntillas hasta la habitación de Carol y se quedó mirándola unos momentos, viendo como dormía tendida de espaldas bajo las estampas infantiles de la pared: la luna, los viejos barbudos, el fuego. Un brazo invisible abrazaba la almohada y el otro, destapado, ligeramente pecoso, parecía delgado como un junco, con la muñeca como una delicada pieza de porcelana. Tenía el rostro tranquilo, sin ningún sueño que lo turbara y con todos los músculos relajados salvo por un leve fruncimiento de los labios. Sintió que había en ella un aura de inocencia, como si fuera una niña pequeña y por primera vez desde que volvió a Gilead se preguntó si esa habitación llegaría algún día a ser la de un niño de verdad, fruto de él y Deborah.

Sería mejor no pensar en eso ahora. Dios recompensaría sus actos tal y como Él

creyera justo. Se abotonó la camisa y entró en la habitación.

Vaciló un momento antes de despertarla. Quizá no fuera fácil convencerla de que le acompañara; puede que hubiera una discusión..., quizá incluso una pelea. Qué horrible sería todo eso, bajo su propio techo. ¿Cómo era posible que su madre no hubiera pensado en ello?

«Está loca —dijo una vocecilla burlona en el interior de su cráneo—. ¿Por qué has de aceptar las órdenes de una loca?»

Decidió que sería mejor dejar que Carol durmiera. Traería a su madre a la granja; tendría que contentarse con eso. Cruzó nuevamente el umbral y bajó los peldaños. No vio a la criatura que se incorporó en el lecho y le siguió cautelosamente.

La luna había subido un poco más sobre el horizonte y ahora era como un faro en el centro del cielo, tan brillante que los ojos le dolieron al cruzar presuroso la hierba hacia el granero. Sabía que cuando pusiera en marcha el camión el ruido del motor quizá despertaría a los demás, pero no podía evitarlo; seguramente volverían a dormirse en seguida y para entonces él ya se habría ido. Al pasar andando de puntillas junto al oscuro cobertizo donde dormían Jeremy y Rosie oyó la rítmica pulsación de las ranas, pero no oyó a la figura pálida y desnuda que le pisaba los talones como si fuera una sombra.

Dio la vuelta al granero y se metió dentro, abriendo la puerta del camión. Iba a instalarse ya en el asiento del conductor cuando, con una maldición y un grito ahogado retrocedió de un salto, apartándose de la silueta que estaba ahí agazapada, casi debajo de sus narices, con sus manecitas rosadas, sus labios rojos y gordezuelos y los ojillos rodeados de pequeñas arrugas en los que ahora había un brillo afilado como el de una navaja. Porothe, finalmente, le reconoció.

—Hace diez años, en el parque... —dijo—. Ahora te recuerdo. ¿Qué te ha traído hasta aquí? —El viejo sonrió.

—Te estaba esperando, Sarr Porothe.

Porothe vio cómo, por un segundo, sus ojos se desviaban para mirar algo situado justamente detrás de su espalda. Tuvo la intención de volverse pero las manos que blandían el hacha eran demasiado rápidas. La hoja le dio de lleno en la base del cráneo y se enterró en su cerebro.

Ésta es la parte que le gusta, la que ha estado esperando. El granjero ha caído como un árbol moribundo y ahora yace sin vida tendido a sus pies, la sangre empapando el suelo polvoriento del granero. El Anciano coge uno de sus brazos y le da la vuelta al cuerpo y luego se queda mirando, como extasiado, viendo a la criatura que antes fue la mujer del granjero montar desnuda sobre el cadáver y, agazapándose hasta confundirse con él, pegar su boca abierta a la del granjero. Transcurre un minuto.

De pronto una vieja herida se abre en su garganta; su cuerpo se vuelve flácido e inerte, derrumbándose en un montón informe en el mismo instante en que los ojos del cadáver se abren. Con un gesto impaciente del brazo, la cosa que antes fue el granjero aparta el cuerpo que ya se está quedando rígido y se pone en pie. La sangre sigue fluyendo por la hendidura rojiza de su cráneo. Mira al Anciano y sonríe.

Él le devuelve la sonrisa. ¡Qué momento tan glorioso! El ser sigue escondido (han

pasado más de cien años desde que lo vio) pero ha sentido su presencia esta noche y ha seguido su avance ciego y decidido pasando de una boca a otra. Ha visto cómo se hinchaban las mejillas de la mujer y luego volvían a quedarse flácidas; ha visto cómo se agitaba la garganta del hombre. Ahí se encuentra ahora, debajo de la carne, acostumbrándose ya a su nuevo hogar. Sigue sin poder verlo pero sabe que está ahí, a una distancia tan escasa que casi podría tocarlo: lo único que sigue vivo después de la muerte del Amo; la parte que no quemó; el órgano para el que no hay analogía alguna en el ser humano pero que podría corresponder de un modo groseramente aproximado al falo, el instrumento de la regeneración; la cosa negra, inmortal e indestructible... el Dhol.

Silencio en el oscuro interior del granero. Bajo el olor del heno una leve ráfaga de podredumbre. Coge el cuerpo de la mujer por los tobillos.

—Sé esconder muy bien los cadáveres —dice, empezando a arrastrarlo—. Esta noche tendrás tus propias labores de que ocuparte.

El pesado cadáver se atasca en el umbral y tiene que dar un tirón. El cadáver empieza a moverse y luego vuelve a quedar atascado.

Lo coge con más fuerza, buscando una posición más ventajosa, y se dispone a tirar de nuevo cuando el granjero avanza hacia él, inclinándose rígidamente hasta el suelo, recogiendo el cuerpo como si no pesara nada. Se lo echa descuidadamente al hombro como si fuera un saco de grano y se pierde en la noche.

Ahora se siente fuerte. Flexiona sus grandes manos, yergue sus hombros imponentes y sus ojos complacidos recorren su figura delgada e incansable. Su carga es ligera, tan ligera que podría muy bien estar hecha de heno.

Un poco antes del amanecer una figura alta y de andar algo vacilante, con la cabeza aún ensangrentada a causa de la reciente herida, cruza los límites de la granja con los ya rígidos despojos de una mujer desnuda sobre el hombro y su negra cabellera casi rozando el suelo. Se decide finalmente por los pinares que hay al otro lado del arroyo, baja con paso vivaz la cuesta y, sin detenerse, entra en el agua asustando a su paso a las ranas. Como si estuviera andando sobre la tierra firme, empieza a cruzarla.

Cuando ya ha rebasado el centro del arroyo se detiene de pronto y se queda inmóvil, sin prestar atención al agua helada que se arremolina alrededor de sus tobillos. Finalmente, después de quedarse así casi un minuto, la figura se vuelve dirigiéndose de nuevo hacia la pradera y la vieja garita abandonada que se alza cerca del bosque.

Sin hacer caso de las avispas que aún zumban alrededor de la garita y a las que su llegada hace zumbir con más nerviosismo, la figura abre la puerta que colgaba de un gozne y entra con su carga en la oscuridad. Las avispas, como las abejas, siempre buscan los ojos para atacar y a diferencia de éstas pueden picar muchas veces sin morir. Enloquecidas por la intrusión, los insectos rodean la cabeza del recién llegado como aeroplanos lanzados al ataque, hincando una y otra vez sus agujones.

Pero el veneno, por muy letal que sea, no tiene efecto alguno sobre lo que ya está muerto. La figura no siente dolor alguno, al igual que no le causa dolor su cráneo hendido

en dos. Sin hacer caso del enjambre y de los agujones afilados como cuchillos que se clavan en la piel de su rostro, coge el cadáver por las piernas y lo mete en el agujero del techo, como si intentara depositarlo en la pequeña zona vacía que hay entre el techo y el tejadillo exterior. Pero el cadáver no cabe; las piernas se quedan atascadas en el agujero y la carne, deformada por la presión, no puede entrar en él. El cuerpo cuelga cabeza abajo como un animal sacrificado y su larga cabellera negra parece un extraño musgo.

El amanecer se aproxima. Dejando los despojos de la mujer colgados, la criatura avanza tambaleándose hacia el camión.

Freirs se removi6 despertado por el ruido del motor a tiempo de ver la gran forma oscura del camión pasar junto al cobertizo y enfilarse por el sendero. Distingui6 confusamente a Porothe al volante. No podí estar seguro sin tener las gafas puestas pero el granjero parecía llevar una gorra roja.

Se dio cuenta de que el lecho de Rosie estaba vacío. Unos segundos después le vio entrar, sacudiéndose las manos y sonriendo.

—¡Tuve que obedecer la llamada de la naturaleza! —dijo, guiñándole un ojo.

—¿Adonde se ha ido Sarr? Le vi pasar en el camión.

Rosie se encogió de hombros.

—A mí que me registren. Dijo algo sobre que tenía una cita.

La luna lo ve todo desde el cielo. El camión se detiene al pie de la colina cubierta de hierba, justo allí donde empieza el camino con el puentecillo de piedra. Una figura corpulenta baja torpemente de la cabina y con paso vacilante asciende por la cuesta sin preocuparse de la oscuridad, aplastando un macizo de flores como si no estuvieran allí. Los espinos desgarran sus ropas pero la figura no afloja el paso; tropieza con una de las colmenas que hay delante de la casa, tirándola al suelo.

Un irritado enjambre de insectos sale de ella atacando el rostro y los ojos del intruso. La figura tambaleante no les presta la menor atención y sigue ascendiendo por la cuesta hasta llegar a la casa.

Por fin su rostro convertido en una ruina se vuelve hacia la puerta. Cerrando su enorme puño llama tres veces y el ruido de sus golpes despierta ecos en la noche.

—Madre —dice con voz áspera y gutural—. Madre...



Treinta y uno de julio

Ahora son las diez de la mañana. Me he despertado sintiéndome débil y desorientado. Había una araña muerta flotando en mi vaso de agua. Rosie estaba ya despierto y haciendo cosas sin parar de moverse, canturreando una tonadilla. Dijo que al ser domingo (se me había olvidado por completo) nos haría el desayuno a mí y a Carol, dado que los Porothe se habían ido ya a la adoración...

Pero esa mañana los Porothe no estuvieron en la adoración y su ausencia causó muchos comentarios.

—No puedo entenderlo —murmuró Amos Reid esperando a que empezaran las plegarias—. Que el Hermano Sarr no esté aquí en un momento semejante... —Sacudió la cabeza casi con desesperación.

Tampoco Joram Sturtevant y su familia habían acudido: se encontraban los cinco en su casa, en la espaciosa granja de color blanco que estaba situada al otro lado de la colina, aunque al menos ellos tenían una buena excusa: Lotte Sturtevant había sentido esa mañana los primeros dolores del alumbramiento.

También Lise Verdock faltaba, mas a pesar de ello su presencia, en otro sentido, afectaba hondamente a todos los presentes. La adoración se celebraba delante de su granja, de hecho, justo bajo su ventana. El servicio se hacía en honor suyo: había muerto durante la noche.

Su vida se había extinguido justo después de la medianoche sin que hubiera llegado a recobrar el conocimiento, estando presentes su apenado esposo y su hija. Como prueba del alto aprecio que le había tenido todo el pueblo la adoración de esa mañana, que originalmente debía celebrarse en casa de Frederick e Hildegarde Troet, al otro lado del sendero, había sido apresuradamente cambiada para celebrarse en la granja de los Verdock donde dentro de unos instantes Jacob van Meer dirigiría la oración de todos los presentes.

—Nunca creí que Sarr hiciera algo así —murmuró Amos—. Si fuera sólo esa mujer suya no me sorprendería tanto, pero que Sarr llegue con retraso a las honras de su pobre tía..., no lo entiendo. —Miró a la concurrencia que aguardaba—. ¿Y dónde se ha metido su madre?

Matthew Geisel estaba a su lado, pensando con tristeza en la difunta y contemplando con envidia inconsciente el gran establo recién pintado que tenían a la izquierda, los hermosos campos y pastos lozanos y más lejos aún, delante de ellos, la sólida y espaciosa granja de los Sturtevant.

—Bueno —dijo rascándose el mentón—, puede que ahora mismo estén todos en casa de Fred Troet, buscándonos a nosotros.

Rupert Lindt lanzó una breve risotada. Estaba detrás de ellos, con los brazos cruzados.

—Les estaría bien empleado —dijo—. Nunca han hecho más que darnos disgustos y causarles problemas a toda la comunidad.

—Estoy seguro de que debe haber una buena razón —dijo Amos, medio hablando consigo mismo. Unió las manos y bajó piadosamente los ojos mientras empezaba el servicio con un pasaje de Jeremías.

«Vendrán a cantar en lo alto de Sión y todos juntos irán a buscar de la bondad del Señor el grano, el vino y el aceite y la más joven de entre reses y rebaños, y su alma será como un jardín bien regado; y no sufrirán nunca más pena alguna...»

Sólo cuando las plegarias hubieron terminado y los Hermanos habían empezado a cantar himnos se dio cuenta Amos, alzando los ojos al darle un codazo Matthew Geisel, de algo que bastantes miembros de la congregación ya habían notado: un delgado tentáculo

de humo se alzaba hacia el cielo saliendo de la parte trasera de la granja de los Sturtevant.

El huevo que Rosie tenía en la mano era grande y la cascara lisa y de un blanco brillante; y si pesaba un poco más de lo que un huevo de ese tamaño tendría que haber pesado..., bueno, qué más daba. Con los ojos chispeantes y alegres de una madre que sabe que no hay en el mundo hijos mejor alimentados que los suyos, rompió la cascara en el borde del cuenco ya medio lleno, dejó caer la yema dentro y batió el líquido hasta convertirlo en una espumosa masa amarilla.

—¿Hambriento? —dijo alegremente por encima del hombro.

—Siempre estoy hambriento —dijo Freirs sin demasiada animación, los codos apoyados sobre la mesa, el pelo revuelto y sin haberse afeitado.

—Debe de ser ese famoso aire del campo —añadió Carol, sentada ante él. Rosie lanzó una risita.

—Así me gusta.

Vertió el líquido en la sartén ya caliente, viendo cómo hervía y burbujeaba igual que el fuego del infierno.

Al acabar el desayuno tenían la sensación de estar demasiado llenos y el estómago pesado. Mientras Rosie limpiaba la cocina ellos dos salieron medio dormidos de la casa y bajaron los peldaños del porche, quitándose los zapatos una vez estuvieron en la hierba. Eran ya casi las once y el sol estaba bien alto en el cielo. Los Porothe no habían regresado aún.

Jeremy le tendió la mano a Carol y juntos bajaron la cuesta hasta el arroyo, sintiendo bajo sus pies la seca hierba que nunca había sido cortada. El día era bastante cálido y cuando hubieron rebasado la garita y el granero, Carol empezó a descubrir que le costaba mantener el equilibrio; a medida que se acercaba al agua el suelo parecía inclinarse a un lado, moviéndose de un modo extraño. Estuvo a punto de caer entre los cañizos que crecían junto a la orilla. A su alrededor parecía girar un torbellino de color verde; sintió como la mano de Jeremy resbalaba entre sus dedos y luego se encontró flotando con el cielo azul bajo los pies y el color verde sobre la cabeza, ¿o acaso era al revés? Carol pestañeó y sacudió la cabeza intentando aclarar sus pensamientos. La luz del sol reflejándose en el agua la deslumbraba, casi cegándola. Sentía el ruido del agua en sus oídos, como un torrente estruendoso, y no podía decir si era el arroyo o su propia sangre.

—Me siento como si llevara semanas sin dormir —estaba diciendo Jeremy con un bostezo.

Le vio quitarse las gafas y medio caer medio arrodillarse a su lado, junto al agua: luego se acostó en el suelo y cuando fue a besarle vio que tenía los ojos cerrados y que se había dormido. Se acostó a su lado con los pies hacia el agua y un instante antes de apoyar la cabeza en el suelo pensó con una breve y terrible claridad, «Nos ha drogado...»

Los dos se quedaron dormidos.

Pero en la garita había otras criaturas que no dormían... y estaban enfadadas.

Las avispas que moraban en el pequeño hueco que había entre el techo y el tejadillo

exterior habían visto un poco antes del alba cómo la tranquilidad de su mundo se veía turbada por la intrusión de dos piernas humanas, desnudas y pertenecientes a una mujer, que habían sido bruscamente introducidas en sus dominios a través de un agujero en las tablas. Algunos insectos no estaban en el nido en ese momento; durante el curso de la mañana otros, por pura suerte, habían logrado introducirse por una pequeña rendija en los tableros. Pero como los moradores de un ático que se encuentran repentinamente con la puerta sellada, había centenares de insectos que seguían aprisionados, atascados entre el calor y la oscuridad, su única salida al mundo exterior obturada de un modo muy efectivo por un tapón hecho de carne humana que se descomponía rápidamente.

Ahora estaban ya frenéticos, locos por huir, y a cada minuto que pasaba y el sol iba subiendo en el cielo sus ansias frenéticas de huir de aquel pequeño espacio en el que el aire se recalentaba cada vez más iban aumentando. Zumbaban en círculos furiosos alrededor de su nido gris que parecía un cerebro humano, criaturas ciegas y enloquecidas que se clavaban unas a otras el aguijón en su delirio.

La mañana fue transcurriendo y al fin llegó el mediodía. Las sombras de las nubes barrían sus cuerpos para dejar luego paso a un sol tan fuerte que habría despertado a cualquier durmiente normal. Los insectos giraban sobre sus rostros y se posaban en sus ojos; como animada por malignas intenciones, una libélula flotaba sobre los labios entreabiertos de Carol. El grueso vientre de Freirs subía y bajaba siguiendo un ritmo constante en tanto que las moscas se arrastraban por su piel y los mosquitos se daban un banquete con su sangre recalentada por el sol. Dos gatos se acercaron un momento para observarle con curiosidad y una babosa de cuerpo húmedo y pálido se arrastró con majestuosa lentitud por su muñeca para bajar luego por el otro lado hasta la hierba. Detrás de él los cristales de sus gafas brillaban bajo el sol y el arroyo rielaba pasando con un murmullo que ninguno de los dos oía junto a sus pies.

A lo lejos la puerta de la granja se abrió y volvió a cerrarse luego con un golpe. El anciano se acercó a ellos en silencio, observando sus figuras dormidas. Se arrodilló unos instantes junto a Carol haciendo unos pases extraños sobre su cara. Luego volvió a incorporarse y les miró una vez más, sus ojos yendo veloces de la cabeza de Freirs a una pesada roca que había cerca.

De pronto se quedó muy quieto, escuchando; su expresión cambió y el rostro se le endureció congelado en una sonrisa en tanto que sus ojos recorrían el extremo del bosque al otro lado del arroyo. Sin fijarse mucho en ello, casi como si se le hubiera ocurrido en el último instante, pisó las gafas de Freirs, haciéndolas añicos. Luego, después de encontrar una serie de piedras para cruzar el agua, atravesó el arroyo con pasos cortos y delicados para desaparecer entre los árboles.

Aunque muy pronto todos los Hermanos estuvieron mirando con curiosidad y cierta alarma hacia el hilillo de humo negro que se veía a lo lejos, el sentido del decoro y el protocolo que éstos poseían en alto grado, al igual que su devoción religiosa, hizo que siguieran cantando como si nada ocurriera hasta terminar los dieciséis himnos prescritos por la tradición. Incluso con el servicio terminado y la Biblia ya cerrada, pocos fueron los

que se dirigieron hacia la casa de los Sturtevant, prefirieron quedarse para darle a Verdock y su hija (la cual, acostumbrada en los últimos tiempos a presenciar la muerte, parecía soportar mejor todo aquello que su padre) el escaso consuelo que estuviera en sus manos. Demostrar una curiosidad excesiva no era correcto: algunos de ellos habían llegado a ponerle objeciones a la presencia del periódico local en sus casas, arguyendo con celo considerable que los hombres tenían ya en la Biblia todo aquello que el Señor había creído adecuado que conocieran y que todas las demás palabras impresas eran simples distracciones.

Por lo tanto, cuando al final la congregación empezó a dispersarse sólo aquellos que tenían una curiosidad más ávida (personas como Bert y Amelia Steegler, Galen Trudel, Rupert Lindt, Jan y Hannah Kraft) al igual que los parientes más próximos de los Sturtevant (el hermano de Joram, Abram, y su mujer, los Van Meer, los Klapp, Matthew Geisel, Klaus Buckhalter y quizá una docena más, incluyendo a Ham Stoudemire, cuya esposa Nettie debía actuar como comadrona del parto) formaron un grupo y se encaminaron hacia la granja de los Sturtevant.

La casa, una espaciosa mansión estilo colonial de chilla blanca con alas de un solo piso a cada lado, estaba bastante alejada del camino principal y se llegaba a ella por un sendero bordeado de setos. Lo primero que encontró el grupo después de subir por el sendero fue a los tres muchachos Sturtevant, que normalmente eran habladores y animados, en pie y guardando un silencio intranquilo delante de la casa.

—Padre no nos deja entrar —explicó con cierto temor el mayor de los tres—. Tenemos que estar aquí, dice. Pero la tía Wilma está ahí dentro, igual que la Hermana Nettie.

Esto último iba dirigido a Klaus Buckhalter, cuya esposa Wilma (la hermana mayor de Lotte Sturtevant) estaba ya dentro, ayudando en el parto a Nettie Stoudemire. Buckhalter conferenció brevemente con sus sobrinos y luego se volvió hacia el grupo.

—Creo que lo mejor sería que Abram y yo entráramos solos.

Los demás se quedaron fuera viendo como los dos hombres subían los peldaños del porche y llamaban, casi tímidamente, a la puerta. Unos instantes después les abrió la mujer de Buckhalter. Tenía cara de haber estado llorando.

—Ya podéis entrar todos —dijo—. Se acabó... Está viva.

—¿Y el niño? —preguntó Abram. Ella se estremeció y negó con la cabeza.

Con el ceño fruncido los dos hombres entraron en la casa y Wilma se hizo a un lado mientras que el resto del grupo les seguía con cierto nerviosismo. En lo alto de la escalera vieron a la comadrona inmóvil sin dejar de frotarse las manos.

—¿Está arriba mi hermano? —le preguntó Abram. Wilma señaló con un dedo tembloroso hacia el patio.

—Está ahí fuera.

Se volvió y como por un mudo acuerdo todas las mujeres del grupo subieron la escalera y la siguieron hasta una puerta a la derecha de la que salían unos gemidos apagados. Así abandonados, los hombres se quedaron sin saber muy bien qué hacer en el vestíbulo y luego fueron detrás de Abram, que había echado a andar hacia la puerta trasera de la casa.

Encontraron a Joram sentado en una mecedora en el porche acristalado. Se estaba meciendo furiosamente, como si estuviera poseído, y apenas pareció darse cuenta de su llegada. Vieron que los rasgos de su rostro estaban cansados y llenos de tensión pero en sus ojos clavados en el vacío había una expresión de salvaje ferocidad. Detrás de él, en el patio, vieron un hoyo redondo lleno de cenizas de cuyo interior aún salía un poco de humo.

Al principio pareció que Joram se dirigía a ellos pero luego vieron que estaba hablando consigo mismo.

—Dios es misericordioso —decía meciéndose atrás y adelante, una y otra vez, como si fuera una letanía en la que hallara consuelo—, Dios es misericordioso, Dios...

—¿Qué ocurre, Hermano? —dijo Abram cogiéndole del hombro.

Lentamente el hombre sentado en la mecedora alzó los ojos y en ellos apareció una expresión de reconocimiento.

—Tocó su vientre —dijo—, y ella dio a luz un... —De pronto empezó a temblar incontinentemente y meneó la cabeza—. ¡Gracias le doy al Señor de que no viviera!

Rupert Lindt dio un paso hacia él.

—Joram, ¿de qué estás hablando? ¿Quién tocó el vientre de Lotte?

Joram se volvió a mirarle y se quedó callado un instante, como intentando recordar.

—El hombre de la ciudad. El que vive en la granja de Poroth.

Los hombres se miraron entre sí en silencio, con la misma expresión oscura e insondable creciendo en sus ojos.

—Creo que fue el aire —estaba diciendo Joram—. Fue el aire puro y santo el que lo mató. No estaba hecho para respirar igual que nosotros...

Y los hombres volvieron a mirarse entre ellos y asintieron, inmóviles en el porche junto al pozo lleno de cenizas, en tanto que en el piso de arriba, al otro extremo de la casa, allí donde Lotte no pudiera oírla, Wilma Buckhalter estaba sentada rodeada por las otras mujeres contándoles entre sollozos cómo era la horrible criatura que había nacido sólo unas horas antes y que Joram y la comadrona habían quemado en el patio de atrás..., una criatura con diminutas garras amarillas y el inicio de un rabo...

Los dos hombres estaban trabajando a la sombra de la colina. El más joven, casi un adolescente, estaba inclinado sobre una pequeña caja gris que contenía un emanómetro, usado para medir el gas radón. Colgando de su hombro sujeto por una correa había un aparato similar para medir metano. El más viejo de los dos, un hombre alto de espaldas encorvadas con pelo negro que empezaba a clarear, daba vueltas a la base de la colina tomando lecturas de radiación con un contador de destellos. De su cuello colgaban una cámara y un medidor de luz.

—No —dijo sin parecer demasiado sorprendido—, aquí sucede igual. Sólo radiaciones residuales. —Fruunció el ceño y miró hacia la punta del cono que se alzaba a casi quince metros por encima del nivel del suelo del bosque... No era tan alto como la mayoría de árboles viejos pero en esta parte donde los árboles eran jóvenes y la vegetación escasa la punta sobresalía claramente por encima de todos los demás objetos—. Creo que será mejor sacar dos fotos más.

Retrocedió hasta la luz del sol sosteniendo el medidor delante de él. Comprobó el dial, levantó la cámara y enfocó la cima del montículo. El joven le miraba.

— ¿Doctor Lewalski? Tenemos un visitante —le dijo unos instantes después.

El así llamado bajó la cámara y se volvió a mirar hacia donde estaba señalando el joven. Al otro lado del montículo había un anciano de baja estatura y cuerpo regordete con la piel de un reluciente color rosado y un halo de finos cabellos blancos.

— ¡Oh, por mí no se preocupen! —gritó el anciano—. Estaba pasando por aquí, eso es todo. —Se les quedó mirando unos instantes pero no dio señal de que fuera a marcharse—. ¿Están buscando uranio o algo parecido? —Lewalski sonrió meneando la cabeza.

— Sólo estábamos haciendo unas cuantas mediciones. —Señaló el montículo—. Intentamos descubrir cómo se ha formado.

— Parece que últimamente han estado aquí montones de gente preguntándose lo mismo. —Lewalski se rió.

— Sí, ya lo sé. Llegamos con un poco de retraso. Acorté mis vacaciones para poder venir. Es una formación bastante fuera de lo corriente.

— Vamos a hacerle un agujero justo en el centro —añadió el joven—, y veremos qué hay dentro. —Los ojos del anciano se agrandaron respetuosamente.

— ¿Hacer un agujero? —Miró a su alrededor—. ¿Con qué? —Lewalski volvió a reír.

— Oh, no vamos a hacerlo ahora. Tenemos que volver mañana con el equipo adecuado.

— Oh, sí, ya entiendo. Mañana... —Hizo un gesto de asentimiento dirigido a él mismo—. Supongo que no son ustedes de aquí.

— Somos de Princeton —dijo el joven—. Del departamento de geología.

— ¿De veras? —El anciano pareció impresionado—. ¿Y han venido hoy mismo?

— Eso es —dijo Lewalski—. ¿Por qué, ocurre algo? —añadió al ver que el anciano acababa de fruncir el ceño y parecía algo inquieto, como si acabara de recordar algo particularmente molesto.

— Oh, no es nada. Es sólo que... Dígame, ¿dónde han aparcado?

Lewalski señaló hacia el norte.

— Un sendero sin asfaltar a unos dos o tres kilómetros de aquí. Pasa junto a lo que debe de ser el vertedero del pueblo.

El anciano meneó la cabeza con expresión preocupada.

— Justamente lo que había pensado...

— ¿Algo va mal?

— Probablemente no. Ocurre sólo que en este pueblo hay una ley estúpida sobre aparcar en ese sendero el domingo y..., bueno, se han dado algunos incidentes. Algunos visitantes que no eran del pueblo han visto cómo arrojaban sus coches al vertedero.

— ¿El domingo? —dijo Lewalski—. ¡Eso es absurdo! Pero si ni siquiera he obstruido el sendero. Dejé el coche aparcado al lado...

El anciano se encogió de hombros.

— Estoy seguro de que tiene toda la razón. Yo sólo desearía que la gente del pueblo tuviera un poco más de respeto por las leyes del estado. Aquí tienen ideas bastante raras sobre el conducir en domingo...

—¡Espere un minuto! —dijo Lewalski—. Vimos gente conduciendo hoy por aquí..., al menos eso creo.

El anciano asintió, pareciendo lamentar más a cada momento el haber sacado el tema.

—Claro que vieron gente conduciendo. Probablemente iban de camino a la adoración de hoy. Pero si es gente de fuera la que conduce no les parece tan bien...

—Pero nosotros somos de Princeton —dijo el joven.

—¿Dice usted que a veces han volcado coches? —le preguntó Lewalski, empezando a ponerse nervioso—. Pero eso no tiene sentido... Podría decirse que estamos aquí en una misión oficial, prácticamente.

—Bueno, veré..., ese camino del vertedero es propiedad del pueblo... igual que estos bosques y..., bueno... —Se encogió de hombros y desvió la mirada.

—Oh, venga, doctor Lewalski —dijo el joven—, nadie va a tocar el coche.

Lewalski no parecía muy seguro. Se rascó unos momentos el mentón.

—No, supongo que no. —Retrocedió un poco y volvió a levantar la cámara—. Sólo vamos a... Jesús, ¿qué fue eso?

Una gruesa serpiente marrón pasó retorciéndose junto a sus pies. Por el rabillo del ojo vio como se metía entre los arbustos, desapareciendo.

—Hemos tenido muchas serpientes por aquí en los últimos días —dijo el anciano—. Supongo que ya habrán leído algo al respecto. Hay quienes dicen que fue el terremoto lo que las atrajo. Este año hemos tenido unos cuantos casos de mordeduras... De hecho, más que en los últimos doce años juntos. Casi todos fueron mordidos por víboras de cobre. Espero que hayan traído con ustedes algo de antídoto, por si...

—¿Lo ha traído? —preguntó el joven, volviéndose hacia Lewalski. Éste torció el gesto.

—No, claro que no. Conozco estos bosques. No hay el menor peligro, siempre que uno no ande por... ¡Jesús, otra! —Retrocedió un poco más y luego miró hacia el montículo, frunciendo el ceño—. Sabe, puede que después de todo no sea tan buena idea haber venido hoy aquí... —El joven se encogió de hombros.

—Lo que usted diga, doctor.

El anciano carraspeó levemente.

—Esto..., ¿conocen el camino para salir de aquí? Se lo pregunto solamente porque yo voy en esa misma dirección. Puedo enseñárselo y así volverán hasta su coche sin ningún riesgo de extraviarse.

Lewalski estaba guardando la cámara en su estuche.

—Bueno, sería realmente un detalle muy amable por su parte, señor. —Se volvió hacia el joven—. Anda, vámonos..., mañana ya haremos un trabajo realmente concienzudo.

Siguieron al anciano a lo largo del sendero que serpenteaba en dirección al norte. El anciano iba silbando.

—Parece conocer usted muy bien los bosques —dijo Lewalski.

El anciano sonrió, pero no se volvió a mirarle.

—Pues sí, los conozco desde que era un niño. Me crié por aquí.

Estaban pasando junto a un espeso grupo de matorrales. Por un instante brevísimo los ojos del anciano miraron velozmente hacia él, allí donde las hojas y los zarzales eran más espesos, y su cabeza se agitó de un modo casi imperceptible.

—Ahora no se separen de mí —añadió—. No quiero que se pierdan.

Cuando los tres hubieron seguido por el sendero hasta perderse casi de vista entre el follaje, los arbustos se agitaron violentamente y la corpulenta figura del granjero se abrió paso entre ellos hasta plantarse en el sendero.

Se quedó allí unos instantes observando las figuras que se alejaban y luego se volvió hacia el montículo. Pegó los hombros a una enorme roca gris, de tal tamaño que ningún hombre habría logrado moverla, y la hizo rodar hasta la base del montículo. Luego movió otra roca, y luego otra más. Muy pronto la estructura se alzó junto a la base del montículo.

Estaba construyendo un altar.

—Sabes que debemos hacer algo.

—¡Desde luego!

Los hombres habían echado a andar por el sendero que partía de la granja de los Sturtevant en silencio, perdido cada uno en sus propios pensamientos. El grupo permanecía ahora inmóvil a un lado del sendero.

—Nunca había visto al viejo Joram tan trastornado.

—Claro..., ¿acaso no tenía todo el derecho del mundo a estarlo?

—Yo pienso que debemos actuar ahora. Cojamos los camiones y vayamos a la granja de Sarr.

—Esperad. Rupert, ninguno de nosotros puede estar seguro de que...

—¡No pienso correr riesgos! —Lindt se golpeó la palma de la mano con su enorme puño—. Estuve en la granja de los Porothe el domingo pasado y me fijé muy bien en su modo de mirar a mi pequeña Sarah.

—No vamos a hacerle ningún daño, eso no estaría bien...

—Claro que no, Matt. Sólo vamos a hablar con él, eso es todo. Lo único que haremos es asegurarnos de que se vaya...

—Antes de la noche.

—¡Antes de que oscurezca!

—Sí, que se vaya antes de que oscurezca y que no vuelva nunca.

—Pero os advierto que no quiero ver armas...

—¡No, claro que no! ¡No necesitamos ningún arma para un pequeño gusano rastrero como él! ¿No os habéis fijado nunca en lo blandas y suaves que tiene las manos?

Todos se quedaron callados unos instantes.

—Y si conoce hechizos —dijo Abram Sturtevant, diciendo al fin en voz alta lo que todos pensaban en aquel momento—, ya sabéis que las armas, de todos modos, no iban a servir de nada. Tenemos que confiar en el Señor.

—Esperad un minuto —dijo Geisel—. Todos sabéis que el Señor aconseja tener paciencia y quizá deberíamos hablar de todo esto con Joram cuando se haya recuperado un poco. No hace falta que nos apresuremos a...

—Matt, no te olvides de qué día es hoy. No queremos ese tipo de persona por aquí

esta noche. Podría hacer toda clase de maldades.

—Pero no ha dado señales de saber ni tan siquiera qué noche es hoy...

—Escucha, hermano —dijo un granjero de edad avanzada y rostro apergaminado que parecía de cuero—. Yo llevé a ese chico en mi coche la semana pasada y ¿sabes lo que me estuvo preguntando todo el tiempo? Pues no paró de preguntarme acerca del día de hoy, el treinta y uno de julio..., y si habíamos tenido algún crimen en esta fecha. —Clavó los ojos en el rostro de Geisel—. ¿Qué tienes que decir ante eso?

Geisel se quedó callado.

—Todo arreglado —dijo Lindt—. ¡Vamos!

Mientras anda por esta parte del bosque con los dos geólogos siente en su mente una avalancha de recuerdos que se parecen casi a la nostalgia.

Incluso ahora se acuerda con perfecta claridad de cómo, hace un siglo, acudía aquí mientras el Amo estaba aún vivo para darle sus órdenes. Recuerda ese día en el bosque, esa helada tarde de Navidad y cómo, siendo niño, vio por primera vez la forma oscura del árbol...

Y recuerda exactamente lo que le dijo aquel día... Lo recuerda porque toda su vida, desde ese instante, la ha vivido siguiendo el dictado de sus palabras. Recuerda la mirada de la criatura negra y el modo en que se abrió su negra boca desprovista de carne.

Recuerda lo que dijo.

Te he estado esperando.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó tartamudeando el niño, casi sin aliento.

—Mucho.

—¿Qué quieres de mí?

—Muchas cosas.

—¿Qué debo hacer?

Debes celebrar Ceremonias en mi honor.

—Ceremonias... ¿para qué?

Para hacer que yo vuelva en la forma de mi Hijo.

—¿Dónde está ahora? —preguntó el niño, y en el día de hoy recuerda la contestación del Amo.

Aún no ha nacido.

El planeta seguía girando mientras transcurría la tarde y en el cielo apenas había unas nubéculas dispersas. Se había levantado una brisa suave, de una calidez casi tropical, y los pinos al otro lado del arroyo se agitaban levemente como hablando entre ellos. Allí donde antes los pajarillos habían saltado trinando por entre las ramas ahora había sólo el susurro del viento y la más solemne calma. Las ramas parecían tenderse anhelantes hacia las dos figuras dormidas de la otra orilla; las sombras de los árboles se iban alargando, tendiéndose sobre el agua hasta el lugar en que estaban acostadas. Los rayos de sol colgaban como cortinajes ante los troncos, oscilando a cada movimiento de las ramas. El sol parecía morir un poco.

Prisionera aún de un sueño absorbente, Carol se removió en su inconsciencia, como

respondiendo a una llamada. Su cuerpo se estiró lentamente y luego se incorporó sobre la hierba. Miró hacia el otro lado del agua, a la oscuridad del bosque; y si vio la figura inmóvil, velada por cortinas amarillas de luz, tan quieta como los árboles, y si se sorprendió al verla, y si logró distinguir que se trataba de un hombre alto, con barba, casi desnudo, con los restos de su ropa convertidos en meros harapos, las manos negras de polvo y tierra, y si vio en qué se había convertido su cráneo, no dio la menor señal, el rostro helado e inexpresivo. Se quedó mirándole y no dijo nada.

La figura la miró desde el otro lado del arroyo, alzó la mano y le hizo una seña.

Carol se puso en pie sin hacer caso de Freirs, que seguía durmiendo sin enterarse de nada junto a la orilla. Vaciló un segundo y luego se metió en el arroyo y el agua se arremolinó alrededor de sus tobillos desnudos. Sin enterarse del frío, sin mirar a derecha o a izquierda, cruzó el arroyo hasta llegar a la otra orilla y fue hasta donde le esperaba la figura. Su mano se tendió, buscando la de ella y la aferró imperiosamente. Por un momento, cuando sus dedos tocaron los de Carol, ella se volvió para mirar por una sola vez, con cierta pena, al hombre que dormía en la otra orilla. Luego la figura tiró de ella y la oscuridad del bosque se cerró sobre los dos.

El día está acabando al fin y se alegra de ello. Es la noche la que ahora le preocupa. Observa con impaciencia cómo el profesor y el estudiante suben a su coche y se alejan, agitando por última vez la mano en señal de agradecimiento. El mueve la cabeza y les devuelve la despedida, sonriendo hasta que el coche desaparece. No volverán hoy y mañana..., mañana ya será demasiado tarde.

Por un momento, en el sendero, había pensado en darle al Dhol la orden de matarlos a los dos (habría sido mucho más sencillo y no habría perdido tanto tiempo, que ahora era precioso), pero siempre existe la posibilidad de que algo vaya mal. Los hombres podrían ser echados en falta y otros habrían podido venir en su busca: otras personas, capaces de interferirse en todo lo que ha planeado para esta noche. No, decidió finalmente, no hay que correr riesgos. No cuando hay tanto en juego.

Por eso debe ocuparse ahora del otro hombre. Ya no le es necesario; en estos momentos la mujer debe de hallarse ya en sus manos y el papel que Freirs iba a desempeñar ya le ha sido encomendado a otro. Será mejor, como simple medida de seguridad, que no pueda poner en peligro lo que debe suceder. Así todo será más sencillo. Más limpio. Tiene todo lo necesario en su bolsillo y aunque luego le hará falta para la mujer puede que también sirva para el hombre.

Sintiendo en las manos un cosquilleo nervioso, el Anciano se aparta de la carretera y se adentra de nuevo en el sendero del bosque.

Ahora eran menos de una docena: Bert Steegler había tenido que volver para abrir el almacén, Jacob van Meer no se encontraba demasiado bien y algunos otros se habían ido sin decir por qué. Se habían metido en tres camiones, el de Rupert Lindt a la cabeza, y habían tomado por el camino que salía del pueblo, cruzando el puente y pasando junto a la silenciosa casa de piedra que había al lado de éste, para seguir luego por los sinuosos caminos vecinales que se internaban en los campos. Habían reducido su velocidad y

avanzaban por el sendero de los Porothe como si fueran un convoy, maniobrando lentamente para salvar las roderas y los baches, pero aun así levantando tal polvareda que en el último camión Abram Sturtevant tenía claras dificultades para ver por dónde iba, en tanto que el vehículo se había cubierto hacía ya tiempo con una delgada capa de polvo rojizo.

El viejo Matthew Geisel, sentado junto a Lindt, fue el que lo vio primero, en el recodo que había antes de llegar a la granja. Señaló hacia un lado del camino y allí, atascado en la cuneta, con el neumático trasero de la derecha sin tocar el suelo, estaba el maltrecho camión de Sarr Porothe.

—Parece que ha tenido un accidente —dijo Ham Stoudemire—, y ha dejado el camión aquí.

Lindt aparcó el camión y los otros dos vehículos que le seguían se detuvieron. Los hombres bajaron y fueron hacia la cuneta.

El camión de Porothe estaba vacío. En la parte superior del volante había una mancha de sangre seca.

—¿Suponéis que está herido y que se ha metido en el bosque? —dijo Geisel examinando la espesa vegetación que tenía delante.

—Es posible —dijo Abram Sturtevant—. Será mejor que le busquemos.

Los hombres se apartaron del camión formando un abanico y buscando cualquier tipo de señales: una rama rota, un pedazo de ropa, más sangre. Lindt, Stoudemire y Geisel siguieron, ahora a pie, hacia la granja, a unos cientos de metros de distancia todavía.

Geisel se volvió a mirar el camión, con cierta inquietud en los ojos.

—Me extraña que Sarr se saliera así del camino; conocía cada curva y cada bache de esta zona. Sí, me extraña mucho...

Con el ceño fruncido, siguió a los dos hombres más jóvenes que habían seguido andando hacia la granja.

Sombras. el anochecer se acerca.

Sale del bosque, jadeando un poco, y se detiene un momento en la angosta franja de terreno llano que luego desciende hacia el arroyo. A lo lejos la granja, el granero y el resto de los edificios iluminados por la puesta de sol parecen arder como en un incendio; detrás del maizal el cielo es como un muro rojo que convierte la tierra en un campo de batalla donde los débiles tallos de maíz se alzan contra el cielo como las siluetas de hombres condenados a morir. Al otro lado del arroyo la figura rechoncha e indefensa de Freirs yace dormida, su estómago subiendo y bajando lentamente entre los juncos. Como si hubiera notado la presencia que le vigila, su cuerpo se agita un segundo en el sueño.

Durante casi todo su trayecto por el bosque el Anciano ha estado pensando en la muerte de Freirs. Será tal y como debió ser hace tres días: por el agua. Su vivido sueño de la bañera y Deborah fue destruido y la suerte ha salvado a Freirs de las garras del Dhol, pero ahora él mismo podrá hacer el trabajo. Será fácil, dado su estado de inconsciencia; siente como si lo hubiera hecho todo ya, tan detallada y real es la imagen. Se ve dando la vuelta al cuerpo de Freirs para, como precaución, atarle las muñecas y luego se ve tirando de sus tobillos hacia el arroyo y metiéndole la cabeza bajo el agua. Ve cómo un

estremecimiento recorre su cuerpo dormido, ve sus brazos retorcerse luchando contra las tiras de cuero, en un esfuerzo fútil e instintivo por huir. El cuerpo se agita y se convulsiona mientras que el Anciano arroja todo su peso sobre él. Una vez, dos, tres veces logra Freirs sacar el rostro confuso del agua, echando el cuello hacia atrás, pateando ferozmente..., pero la presa del Anciano es fuerte como el hierro y la alegría de lo que ahora está sintiendo al saborear los últimos instantes de una vida humana a través de los temblores espasmódicos de su carne hace que su fuerza se multiplique por diez. Sólo un minuto más para asegurarse de que la respiración ha cesado por completo...

La realidad será aún mejor. Saltando cautelosamente de una piedra a otra, el Anciano cruza el arroyo.

Sólo tarda un momento en atarle las muñecas. Arrastra sin miramientos la forma inerte de Freirs hacia el arroyo, recorriendo el lugar con la mirada para asegurarse de que no hay testigos para presenciar lo que va a suceder..., y en ese instante sus ojos se detienen en la garita de madera y en la cosa de color claro que cuelga cabeza abajo en su interior, claramente visible a través de la puerta abierta, iluminada por los últimos rayos del sol.

«¡Estúpido!» Se dirige rápidamente hacia allí, maldiciendo. El cuerpo no debe ser descubierto y en esa posición cualquiera que visite por casualidad la granja puede verlo. Y si alguien busca a los Porothe lo descubrirá en unos minutos. Será mejor esconderlo en lo más hondo del bosque, donde estará seguro hasta la noche.

Abandonando por el momento a Freirs llega hasta la garita. La pequeña estructura de madera huele ya a podredumbre, con el olor de algo que lleva muerto más de una semana. Pero a él ese olor no le resulta desagradable; entra en la garita, apartando con la mano un enjambre de moscas, y se encuentra cara a cara con todo lo que perdura sobre la tierra de quien fue llamada Deborah Porothe. Sus ojos invertidos, al mismo nivel que los suyos, se han hundido en las cuencas como dos manzanas podridas. Pasea la vista por sus brazos que cuelgan desmadejados, las manos le llegan a la altura de la cintura, y ve la negra herida de su cuello, hecha aún más grande por el peso de la cabeza, que parece abrirse como una segunda boca. El espectáculo no le inspira ninguna emoción en particular. Alza las manos, cogiéndola por las costillas, y da un tirón.

El cuerpo no cede. Por encima de su cabeza oye un zumbido ahogado que es fácil confundir con el de las moscas que siguen girando alrededor de él.

Tira con más fuerza pero sin éxito. Los dos zumbidos distintos parecen fundirse formando un cántico exasperante.

Coge los flácidos brazos y tira con todas sus fuerzas. El cuerpo sigue sin moverse.

Lo rodea con sus brazos y, usando todo su peso, se cuelga de él, torciendo el gesto, con sus piececitos balanceándose en el aire. Un crujido indica la rotura de las vértebras y algunas hebras de la larga cabellera negra se sueltan para caer lentamente al suelo, pero las piernas siguen atascadas en el hoyo.

Limpiándose una gota de sudor de la frente se pone de puntillas para llegar lo más arriba posible y coge las piernas por la zona en que casi desaparecen a través del techo, tirando de cada una por turno, intentando soltarlas del agujero. Un crujido; el cuerpo empieza a moverse un poco. El zumbido que oye sobre su cabeza aumenta de tono, haciéndose lo bastante alto como para poder distinguirlo del producido por las moscas.

Pero a sus oídos llega ahora un sonido más importante.

—¡Sarr! ¡Deborah!

Voces que vienen de fuera, en dirección de la granja y el sendero.

Instintivamente, cierra la puerta y pasa el pestillo, ocultándose en el diminuto interior del recinto. Hace calor y siente que le falta el aire: el lugar es tan oscuro y angosto como un ataúd. La flácida masa del cadáver le oprime contra la pared. Pero no ha perdido los ánimos. Aún hay tiempo. Con un gesto inconsciente aparta levemente el cadáver a un lado.

Con un estruendoso crujido de maderas el cadáver se suelta, cayendo al suelo de la garita..., y detrás de él, como un demonio surgido de una botella, fluye un torrente de alas invisibles, patas frenéticas y aguijones mortíferos, zumbando ferozmente, picándole una y otra vez, como si fuera ese mismo sonido el que le inflige tanto dolor. Las avispas se cobran su venenosa venganza sobre el único ser vivo que tienen al alcance... y, como siempre hacen las avispas, atacan primero a los ojos.

Ciego, enloquecido por el dolor, golpea la puerta cerrada. El diminuto recinto de madera se estremece con sus alaridos.

Durante casi un minuto los gritos se hacen cada vez más fuertes y agudos, pareciendo al final como si no pertenecieran a un ser humano, pudiendo oírse por toda la granja, a través de los campos y el bosque. La garita tiembla y sus cimientos vacilan sacudidos por los frenéticos golpes del interior.

Y, por último, vuelve a reinar el silencio..

Los gritos penetraron su sueño y éste se llenó con aquellos alaridos agudos y casi femeninos que parecían venir de muy lejos. Soñó con Carol. Quería ir con ella para ayudarla, pero su cuerpo estaba hecho de roca y no podía moverse.

Por fin, los gritos cesaron y el silencio volvió. Y luego también el silencio terminó. Oyó tenuemente voces, esta vez de hombres, confusas, asustadas, gritándose unos a otros en su miedo..., y luego más gritos, carreras y un zumbido colosal e inhumano...

No vio cómo Rupert Lindt abrió de golpe la puerta de la garita ni la nube de avispas enloquecidas que salió por ella, haciendo que los hombres huyeran a la carrera y dejando a los dos que estaban más cerca, Lindt y Stoudemire, con los brazos, el cuello y la cara llenos de dolorosas picaduras. No vio la cosa roja y espantosamente hinchada que salió tambaleándose detrás de las avispas para derrumbarse, convulsa, sangrando sobre la hierba, algo que era difícil reconocer como un ser humano, tan hinchada que su tamaño casi se había doblado. Y tampoco vio lo que había en el interior de la garita, el cadáver medio podrido que podía aún identificarse fácilmente como el de una mujer joven...

—Oh, Dios mío... ¡Deborah!

—Matt tiene razón. Es Deborah Porothe.

—¿Cuánto tiempo lleva muerta?

—Parece que bastante.

Oyó los gritos de horror y confusión, el balbuceo de muchas preguntas que carecían de respuesta, y una voz que no paraba de repetir: «¿Dónde j está Sarr Porothe?».

No vio ni oyó el resto: cómo la cosa tendida en el suelo les miró con la ruina en que

se habían convertido sus ojos y, antes de morir, sonrió.

—Demasiado tarde —logró gorgotear abriendo sus labios agrietados, y sus ojos destrozados miraron el cielo que se oscurecía—. Demasiado tarde.

Se alza sobre la tierra expectante, sus pies firmemente plantados sobre la roca que corona la estructura que ha edificado al lado del montículo. Con los últimos rayos del sol contempla la escena que hay bajo él.

A unos seis metros por debajo de la roca, el suelo del bosque está cubierto por un enrejado de sombras, roto sólo por una luz vacilante al pie del montículo, allí donde, en el interior de un pequeño círculo de piedras, arde una hoguera. Más arriba, hacia la mitad del altar, puede ver el cuerpo de la mujer, su pálida desnudez contra la piedra de un gris oscuro, su cabello una obscena pincelada roja. Su cuerpo aún no ha sido pintado. Ve que ahora tiene los ojos cerrados y que respira con lentitud; está soñando de nuevo, perdida una vez más en su drogado estupor. Junto a sus manos y sus pies están las toscas ataduras hechas con la camisa y los pantalones del granjero, toscos sustitutos de las tiras que requiere la Ceremonia, pero suficientes pese a todo.

Recuerda que el Anciano había traído las tiras de cuero de la ciudad, pero no ha vuelto. Quizá no llegue a tiempo para ayudarle a raparse la cabeza limpiándose para el Matrimonio, así como para encender el fuego y cantar las palabras. Pero su ausencia no tiene importancia; puede ejecutar la Ceremonia sin el viejo. Sabe todo lo que debe hacer.

El montículo se alza detrás de él como una inmensa capucha oscura. Los árboles que circundan el lugar forman dibujos oscuros y retorcidos bajo la luz del crepúsculo, como si fueran las venas al fin reveladas de un ser colosal e invisible. Formas sombrías se agitan como el humo en el aire por encima de él. El altar tiembla a sus pies.

Ha llegado la hora. Alza las manos hasta su destrozado cuero cabelludo y empieza a prepararse para el Matrimonio, arrancando a mechones los negros cabellos del granjero, ignorando los trozos de carne que arranca con los mechones y la sangre que vuelve a fluir. No le hace falta ninguna ayuda; su mente olvida al viejo. Antes de que los últimos rayos de sol se desvanezcan en la cumbre del montículo su cráneo es tan liso como un huevo recién puesto. Se arranca los restos harapientos de su camisa y alza sus brazos largos y pálidos en una invocación. Por encima de él, como si una mano monstruosa hubiera pulsado un interruptor, el cielo se oscurece.

El montículo tiembla ahora con más violencia bajo sus pies. Oye los gritos asustados de los animales en el bosque; formas oscuras corren agazapadas de un lado a otro entre los árboles.

Se deja caer cuidadosamente a cuatro patas y, como otro animal, baja hasta el suelo. Coge una rama ardiendo y la aplica por tres veces al círculo de madera, hojas y arbustos que ha ido amontonando antes al pie del montículo. La pira humea y el fuego prende en ella: como si fuera un foso sin puente levadizo les convierte en una isla y les separa del bosque circundante. Una línea de fuego se eleva formando un gran círculo que se extiende, invisible, hasta el otro lado del montículo, las llamas pareciendo acelerar aún más la ya inminente llegada de la oscuridad.

La mujer gime y se agita. El fuego hace brillar su pelo y en el cráneo destrozado del

granjero el fuego brilla con un rojo aún más oscuro. Los dos son como antorchas: cuerpos pálidos y delgados, miembros lisos y suaves, cabezas de llama.

Los árboles que hay más allá del fuego son casi invisibles ahora, meras formas esqueléticas y borrosas, medio ocultas por el humo. La oscura colina se alza malévola hacia el cielo vacío; las estrellas aún no han salido y a la luna le falta aún tiempo para aparecer. Figuras invisibles giran aullando en las alturas.

Una vez llegado al pie del altar arroja a un lado su antorcha y, poniéndose de puntillas, alzando los dedos hacia la cornisa, empieza a trepar laboriosamente como si fuera un pálido y enorme lagarto, ascendiendo por la roca hasta la mujer. Agazapado sobre ella, sin que el Anciano esté presente, abre por completo sus fauces de cadáver inclinando la cabeza hacia atrás y, mirando al cielo, empieza los cánticos.

—Demasiado tarde —repitió Abram Sturtevant, como mínimo por sexta vez. Se mesó con los dedos su barba color café—. Eso fue exactamente lo que dijo, ¿no?

—Ésas fueron sus mismas palabras —asintió Galen Trudel.

Él y Matthew Geisel habían ido hasta la casa y no habían encontrado nada, sólo gatos que les siguieron de un lado para otro, en tanto que los demás se agrupaban, perplejos e inquietos, alrededor de la figura dormida de Freirs. Las avispas no le habían tocado; seguía tendido sobre la hierba, con las muñecas ahora libres de sus ataduras, y sus brazos parecían querer abrazar la tierra.

—Y llegamos demasiado tarde, ¿no? —dijo Sturtevant—. Demasiado j tarde para él. Quizá fue eso lo que pretendía decir. Si hubiéramos llegado muy pronto, habríamos podido salvarle la vida a ese pobre hombre.

Sí, eso tenía sentido. De hecho, era lo único que tenía sentido.

Todo lo demás eran interrogantes. ¿Por qué el desconocido, tan monstruosamente transformado por el veneno y sufriendo dolores enormes, había muerto con una sonrisa en los labios? ¿Y quién era? Los hombres habían venido corriendo desde el sendero, atraídos por sus alaridos que parecían salir de los labios de una mujer, y al llegar a la garita se habían encontrado con un montón de preguntas sin respuesta..., aparte de un enjambre de insectos mortíferos, dos cuerpos destrozados y alguien que no despertaba hicieran lo que hiciesen, ni siquiera cuando el Hermano Rupert, con los brazos y el cuello doliéndole horriblemente a causa de los aguijonazos, llenó su sombrero con el agua fría del arroyo y se la echó a Freirs en la cara. Freirs se había limitado a darse la vuelta y apretar el oído contra el suelo, como si estuviera escuchando.

Preguntas. Tantas cosas que no entendían...

Habían rezado todos una oración sobre los cuerpos del desconocido y Deborah Poroth y luego, para quedarse un poco más tranquilos, habían mandado a Klaus Buckhalter en su camión hasta Flemington para que avisara a la policía del condado; aprovechando el viaje dejaría a Ham Stoudemire, en bastante mal estado a causa de las picaduras, para que Nettie cuidara de ellas. Rupert Lindt decidió que se quedaba, con picaduras o sin ellas.

—No pienso irme hasta no haber obtenido algunas respuestas —dijo con tozudez, señalando con la cabeza a Freirs—. A menos que Klaus quiera llevarle también a

Flemington.

—Será mejor no moverle —dijo Sturtevant.

Freirs siguió durmiendo. Al menos ahora estaba libre de sospechas; las muñecas atadas les habían convencido de que él no era el malhechor, sino sólo otra víctima.

Pero ¿eran todos víctimas? ¿Incluso el desconocido que habían visto morir a sus pies, rojo e hinchado? ¿Y cuál había sido la causa de la muerte de la pobre Hermana Deborah, que se había recobrado hacía tan poco tiempo, tal y como recordaban, del ataque de aquella gata poseída por el demonio? ¿Y dónde se había metido el Hermano Sarr? ¿Y quién había atado de aquel modo a Freirs?

Preguntas. Un océano de preguntas que sentían hervir en torno a sus tobillos...

Silenciosos e inquietos, removiéndose nerviosos mientras miraban a Freirs tendido en la hierba, los hombres contemplaban la granja desierta y las hileras de pinos inmóviles, como helados, al otro lado del agua. Evitaban mirar los dos cuerpos destrozados que seguían junto a la garita y cada vez que se encontraban con los ojos de alguno de ellos apartaban la vista. Nada estaba saliendo como habían esperado; habían venido aquí impulsados por su ira y su miedo para expulsar al intruso de entre ellos..., y en vez de eso se habían topado con un misterio.

Una débil brisa agitó las hojas del huerto. Las rosas temblaron como puños cerrados bajo la luz cada vez más débil y los oscuros pinos se agitaron. La noche se acercaba. A sus pies, las aguas revueltas del arroyo parecían extrañamente silenciosas. En algún lugar del bosque oyeron por tres veces el grito del arrendajo y luego otra vez el silencio. Era como una señal para que todo empezase.

De pronto, el cielo se oscureció y el suelo tembló bajo sus pies. La tierra se estremeció con un gruñido ronco y lejano, casi inaudible.

—Oh, Dios mío —dijo Matthew—, otra vez...

Sentía moverse el planeta al ritmo de su corazón, la tierra se agitaba bajo él, la sangre corría otra vez por sus venas. «¡Estoy vivo!», pensó confusamente. Pero el ruido era demasiado lento y potente y no tardó en darse cuenta de que procedía de las profundidades. Oyó también voces.

Y a su alrededor reinaba la oscuridad.

—Parece que se está despertando.

Ruido de pasos.

—Hijo, escúchame... —Alguien de pie sobre él—. Escucha, debes decirnos...

—Su nombre es Freirs. Jeremiah Freirs, como el profeta.

—No... —otra voz—, es Jeremy.

Alguien le estaba sacudiendo.

—Escucha..., Jeremy. Dinos lo que ha sucedido aquí. ¿Dónde está Sarr Porothe?

—¿Sarr? —Se incorporó frotándose los ojos, buscando en vano sus gafas—.

Pregunten a... —Miró a su alrededor en la oscuridad, sintiendo un pánico repentino—. ¿Dónde está Carol?

—¿Carol?

—Esa chica que le acompaña —le oyó decir a alguien—. Su coche fue el que vimos al

venir. —Parecía la voz de Rupert Lindt.

Pero luego otra voz, mucho más ronca, le preguntó:

—¿Se ha ido acaso con el Hermano Sarr? —Freirs estaba confuso.

—Quieren decir... —la voz le temblaba—, ¿quieren decir que los Porothe no han vuelto aún?

—Deborah está muerta, hijo. —Era Matt Geisel.

Y por encima del ruido de la tierra, puntuado de vez en cuando con seísmos cada vez más regulares, le contaron todo lo que había ocurrido: la muerte del viejo, el cuerpo de la garita, las avispas...

—Rosie —murmuró Freirs—, Deborah... —Meneó la cabeza. No era real, nada de todo aquello era real, todos ellos le estaban mintiendo y tan pronto como encontrara sus gafas les demostraría que estaban equivocados. El mundo era un lugar oscuro, confuso y borroso. Sintió temblar el suelo otra vez—. No sé lo que ha ocurrido —dijo, alzando la voz para competir con el gruñido de la tierra que cada vez sonaba más fuerte—. Todo lo que sé es que me preocupa mucho la chica que vino aquí ayer. Tenemos que encontrarla.

Oyó que alguien gritaba y todos se volvieron a mirar. Uno de los hombres señalaba hacia la oscuridad y entonces vieron varias pequeñas formas grisáceas que corrían locamente por la hierba, trazando círculos una y otra vez.

—¡Los gatos! —dijo Geisel—. Dios mío, miradles, parecen que intenten atrapar sus propios rabos...

Freirs se acordó del Uroborus, el dragón con la cola metida entre los dientes. El final del círculo, eso es lo que significaba. La plenitud. El año en que su continuo giro volvía de nuevo a este día, el más especial de todos...

—Lo que debemos hacer —decía uno de ellos— es coger los perros de Shem Fenchel. He oído decir que son muy buenos buscando rastros.

—Deberíamos volver a los camiones —dijo otro—, y dividirnos para buscarla cuando lleguemos al pueblo.

Todos empezaron a dirigirse hacia el sendero.

Y en el este, como una bestia ciclópea alzando su enorme cabeza, la luna apareció mayestática sobre las copas de los árboles, arrojando sombras colosales sobre la hierba. Ésta era la segunda luna llena del mes y su brillo parecía aún mayor que el de la primera. Freirs, aún sin sus gafas, creyó ver algo nuevo en su resplandor, algo fatídico y maligno. Y, pese a todo, al verla sintió una repentina oleada de esperanzas descabelladas: quizá a la luz de esa luna pudieran iniciar la búsqueda de Carol..., igual que otras personas, a la luz de otras lunas, habían buscado a aquellas dos muchachas. Los recuerdos parecieron inundarle.

—Sabuesos —decía otro de los hombres, mientras que todos se alejaban ya de la granja—, eso es lo que necesitamos. Deberíamos volver al pueblo y traer a esos dos que el hijo de Jacob ha estado criando en su patio trasero...

—¡Esperad! —gritó Freirs—. ¡Escuchadme!

Vacilante, a punto de caerse, logró que los hombres hicieran un alto y se volvieran a escucharle.

—¿Qué sucede? —dijo una voz.

— Sé dónde están.

Varias figuras abandonaron el grupo y se acercaron a él envueltas en la oscuridad.

— ¿Sí? — dijo una de ellas —. ¿Dónde?

Señaló con la cabeza hacia el bosque.

— En el Cuello de McKinney.

La noche se ha vuelto aún más oscura y cuando la criatura agazapada en la cima del montículo llega al final de su cántico el cielo parece un negro tapiz de terciopelo. En las comisuras de sus labios, hilillos de sangre indican los lugares en que su piel, salvajemente tensada por el rictus espasmódico de sus mandíbulas, se ha partido como una hoja de papel gastado. La tierra tiembla ahora rítmicamente bajo sus pies, lanzando al aire nubéculas de polvo, como si el mundo entero, las selvas, los mares y las ciudades, estuviera latiendo al compás de un corazón descomunal.

Desnuda sobre la roca que domina el altar, la criatura alza su rostro hacia el cielo, extendiendo los brazos como si fueran las alas de un ángel, bailando como una serpiente bajo la luz de la luna. Salta y gira, se agazapa y vuelve a incorporarse, escupiendo sangre en sus manos mutiladas, haciendo gestos incomprensibles hacia la tierra.

Sus labios rotos forman el último Nombre.

Los pájaros caen al suelo a su alrededor, arrastrándose entre las rocas como si fueran lagartos. Abren sus picos afilados como navajas y el aire resuena con un inmenso rugido.

El ser se vuelve, moviéndose como una araña gigantesca, y baja por el muro formado por las rocas, su rostro tendiéndose ávidamente hacia la mujer.

Unos cuantos kilómetros al sur la granja se alza temblando bajo la luna. Al pie de sus oscuras ventanas, una a una, las rosas del jardín levantan sus pétalos hacia la luna, abriendo sus bocas secretas mientras que en el cielo nocturno, una a una, las estrellas van apagándose.

Es la víspera de Lammas.

Corrieron estruendosamente por el bosque, abriéndose paso entre los arbustos como si fueran una jauría de perros, esquivando los zarzales y los troncos de los árboles. Algunos de los que iban en vanguardia tomaron como armas lo primero que encontraron a mano en la granja de los Porothe (hoces, un rastrillo, un hacha de mango muy largo con la hoja manchada y el filo medio embotado), murmurando plegarias entrecortadas mientras corrían, diciéndose a gritos por dónde debían ir, dándose ánimos entre ellos. Freirs les siguió ciegamente, guiándose sobre todo por el sonido, incapaz de ver gran cosa sin sus gafas, las manos extendidas ante él mientras avanzaba tambaleándose entre la oscuridad, intentando evitar las ramas invisibles que le azotaban dolorosamente el rostro. Entre los gritos y la confusión, recordó que la hoz había sido bendecida durante la Purificación del domingo pasado; quizá esta noche le trajera suerte.

Habían cruzado el arroyo a la carrera: todos menos Lindt, que estaba cada vez peor; Geisel, que ya era viejo y Freirs, que no podía ver. Ellos tres habían avanzado más lentamente, temiendo perderse. Freirs iba el último. Mientras avanzaba vacilante, el aire resonando con el estruendo de los gritos, el chapoteo y el rugido de la tierra que no cesaba

ni por un momento, estuvo seguro de oír como un cántico, un agudo gemido que no parecía de este mundo y que venía de la granja. Le pareció sentir en ese sonido oscuras cabezas retorcidas y fauces diminutas contorsionadas en un rictus feroz y automáticamente había pensado: «Los gatos»..., pero luego, con un estremecimiento, se había dado cuenta de que ese sonido no parecía producido por gatos ni por ser alguno que hubiera andado jamás sobre la superficie de la tierra. Ya no lo oía, pero no lograba quitárselo de la cabeza. «Sólo son los gatos», se dijo, y trató de avanzar aún más de prisa.

Hacía ya un rato que habían dejado atrás el arroyo y avanzaban hacia el norte por la zona más pantanosa del bosque, allí donde el terreno era más difícil y sus pies parecían hundirse absorbidos por el fango. Pero incluso aquí el suelo se estremecía como si estuviera vivo y en las profundidades podía oírse un ronco rugido, como si un trueno muy lejano resonara en las entrañas del planeta.

Había otras voces que llenaban la oscuridad de sonidos. De vez en cuando podía oír los fantasmagóricos chillidos de las criaturas nocturnas del pantano y, en la lejanía, un ronco y confuso rugido que parecía surgir de mil gargantas animales a la vez. Por un instante fugaz vio una forma enorme de color pálido que se lanzó sobre ellos saliendo de un grupo de arbustos como si fuera un peñasco repentinamente dotado de vida, lanzando gruñidos empavorecidos.

—Hermano Galen —dijo una voz—, ése era uno de tus cerdos.

Y había otro ruido aún más lejano, un potente y feroz zumbido. Era como el gruñido de advertencia que los gatos lanzan un segundo antes de atacar, sólo que amplificado un millón de veces, o más bien como si un millón de abejas furiosas zumbaran al unísono.

Freirs siguió avanzando sin aliento, intentando desesperadamente mantenerse a la altura de los otros, temiendo perderles en la oscuridad. Los rayos de luna que penetraban ocasionalmente entre los árboles no le servían de mucho y más bien le confundían, como los paneles de una sala cubierta de espejos. Las ramas parecían alargarse hacia él, como si intentaran retenerle. Los espinos y los zarzales le desgarraban al pasar. Una vez, al borde del pantano, tropezó con una raíz y cayó de bruces en el fango, estando a punto de perder la hoz. Se incorporó chapoteando y siguió hacia adelante. Ahora el rugido llenaba la atmósfera a su alrededor, subiendo y bajando de tono al compás del inmenso latir de la tierra y el zumbido se había hecho aún más potente.

Habían salido ya del pantano y atravesaban una franja de terreno ligeramente más seco donde el follaje no era tan frondoso: fue allí cuando vieron por primera vez el fuego. Era imposible decir si era muy grande o a qué distancia estaba. Todos se encontraban muy cansados, pero el ver las llamas a través de las esqueléticas siluetas de los árboles, y tomar conciencia de que su objetivo estaba por fin a la vista, hizo que echaran a correr, aunque con cierta cautela en el caso de que el incendio resultara ser más grande de lo que parecía y se vieran obligados a huir de él.

Corrieron con mayor premura al resultar claro, a medida que se aproximaban, que el fuego era obra humana. De pronto, se encontraron corriendo sobre terreno rocoso, el bosque había desaparecido de repente, y el grupo de hombres se topó con un muro de llamas que casi les llegaba a la cara y del que salían oleadas de un calor abrasador y una cegadora humareda que tapaba el cielo. Y más allá de las llamas, como una inmensa y

negra presencia entrevista en el fondo de un sueño, se alzaba el montículo.

Su oscura y obscena forma, iluminada por la luna, dominaba con su increíble tamaño a los árboles, a los que hacía parecer enanos en comparación; como un inmenso animal agazapado, su abultada espalda cubierta con una rala capa de arbustos. Freirs, que venía el último, vio las siluetas de los otros recortadas contra el fuego que ardía en la base del montículo y oyó los gritos de aquellos que habían osado acercarse demasiado a las llamas. Y por encima del griterío un rugido hendió la noche y un zumbir, como si todos los insectos del mundo se hubieran congregado allí; y el rugido parecía venir de todos los sitios, de la tierra y los árboles, de las mismísimas tinieblas, pero el zumbido venía solamente de la colina.

Por debajo de él oyó un grito agudo: el rítmico gemido de una mujer presa de un dolor horrible.

—¡Carol!

Estaba en algún lugar en los alto del montículo. Freirs se abrió paso a través de los hombres y corrió hacia adelante, pero el calor era demasiado intenso. Tuvo que retroceder, los ojos llenos de lágrimas y casi sin aliento, el rostro torcido en una mueca de dolor.

—¡Está ahí arriba!

Su grito no se dirigía a nadie en particular, pero nadie se volvió a mirarle. Unas cuentas siluetas, apenas visibles, intentaban fútilmente extinguir el fuego con sus horcas, manteniéndose lo más lejos posible de las llamas. Se dirigió hacia el hombre que tenía más cerca, cogiéndole sin miramientos por el hombro.

—¡Tenemos que llegar a ella!

El otro se volvió, el feroz resplandor del fuego tiñéndole de rojo el rostro y con los ojos desorbitados y llenos de pavor de un conejo acosado. Freirs vio que era el granjero de piel apergaminada que le había llevado en su coche; ni siquiera sabía cuál era su nombre. El granjero sacudió la cabeza, dijo algo ininteligible y luego señaló su oreja con el dedo. «No puede oírme», se dio cuenta súbitamente Freirs. «Y tampoco puede oír a Carol.»

Freirs se protegió los ojos con la mano y miró a su alrededor, buscando a los demás. Perdidas entre la humareda, las figuras parecían una cohorte de sombras acosadas, negras siluetas que se recortaban contra las llamas, torcidas y deformadas por las oleadas de calor que salían del fuego. Ninguno de ellos parecía oír nada.

Un nuevo gemido.

Estaba seguro de que Carol se encontraba detrás del muro de llamas; parecía estar tan cerca, casi al alcance de sus dedos... Y estaba herida, quizá de mucha gravedad; podía sentirlo en su voz. Contempló su cuerpo con desesperación y por un instante fugaz se dio cuenta de que, pese a toda su gordura, habitaba un vehículo frágil y demasiado sensible, al que era fácil causar dolor y dañar de modo irreparable, sabiendo pese a todo ello que alguien debía hacer algo, que alguien debía cruzar las llamas. Aparentemente, el destino le había señalado sin dejarle opción. Se tapó el rostro con el brazo izquierdo y, blandiendo la hoz como si pudiera cortar las llamas con ella, pensó en Carol tal y como deseaba recordarla, confiadamente desnuda esa noche en el diván de su piso... y saltó hacia adelante.

Y al hacerlo, justo cuando sus pies abandonaron el suelo, una última idea dominó su mente: ¿y si esto no era una pared de fuego? ¿Y si fuera mucho más gruesa, y si no terminara nunca? ¿Y si...?

Sintió cómo sus pies rozaban un montón de madera demasiado alto como para que pudiera saltarlo y sintió cómo algunos troncos cedían estruendosamente bajo su impacto. De pronto, las llamas le rodearon, lamiéndole los pies y las piernas. Freirs gritó pataleando salvajemente, sintiendo cómo la piel le ardía bajo los zapatos y las ropas, notando que sus pulmones iban a explotar a causa del calor, como si estuviera respirando fuego... y de pronto se encontró al otro lado, entre las rocas que formaban la base del montículo, arrastrándose tembloroso hasta alejarse del fuego y ponerse a salvo. Aferrando la hoz, se incorporó tambaleante, sintiendo las oleadas de dolor de sus pies quemados, y miró hacia arriba.

El mundo era un borroso manchón, un rugido que le destrozaba los oídos y una confusión de llamas. A la oscilante luz rojiza del fuego vio la negra inmensidad del montículo alzándose sobre él, latiendo como si estuviera vivo con un pulso firme y constante, haciendo temblar el suelo; vio la tosca pirámide truncada de rocas amontonadas contra uno de sus costados; vio la angosta cornisa a unos tres metros por encima de él, hacia la izquierda, con una figura que debía de ser Carol, gimiendo aún, tendida de espaldas de tal modo que podía ver un pálido corte transversal de su cuerpo (una pierna, un brazo, el borde de un pecho desnudo), como una burlona imitación del modo en que él la había recordado antes; y vio la delgada silueta blanca que se retorció como una culebra de leche, curvándose sobre ella en un arco que ningún ser humano habría podido formar, un blanco arco iris de carne que iba de los pies a la cabeza de Carol. Esa figura a duras penas si parecía humana; quizá se tratara de un hombre espantosamente flaco, con un cuerpo mucho más largo de lo normal y la cabeza rapada...

Ya no estaba demasiado seguro de lo que veía. Sin sus gafas, todas las siluetas se confundían y la figura de la cornisa le pareció repentinamente muy lejana. Estaba seguro de que esa silueta que parecía una serpiente era un hombre, pero no lograba distinguir su rostro, no podía entender cómo un hombre era capaz de curvarse de ese modo ni qué le estaba haciendo a Carol; por lo que Freirs podía ver esas dos figuras quizá fueran la extraña y solemne demostración de un teorema geométrico. Se dio cuenta de que había dos cosas blancas y delgadas, como estacas, que colgaban bajo la silueta arqueada del hombre, como si fueran dos puntos de apoyo gemelos: indicaban el cuerpo tendido de Carol, que ahora parecía luchar y respirar con gran dificultad, lanzando gritos cada vez más agudos. Freirs logró trepar a uno de los peñascos inferiores y siguió trepando frenéticamente, acercándose cada vez más a las dos siluetas, logrando ver al fin las tiras de ropa negra y blanca que ataban las muñecas y los tobillos de Carol. Vio finalmente qué era lo que había tomado por estacas blancas y, estupefacto, lleno de incredulidad, se dio cuenta de que estaba presenciando una violación.

Pero se dio cuenta igualmente de que la cabeza y el rostro del violador no estaban donde habría esperado encontrarlos: lo que estaba sucediendo allí, en las rocas, era el reverso de una violación, un símbolo del ying y el yang súbitamente dotado de vida, una obscenidad mística que parecía un símbolo del zodiaco. El pálido sexo del hombre, un falo

imposiblemente largo y delgado que recordaba en su exageración a los sexos de los sátiros descritos en las viejas pinturas paganas, colgaba expectante sobre la boca de la muchacha, como planeando sobre sus labios distendidos de los que brotaba un continuo gemido; en tanto que de la boca del violador salía lo que al principio Freirs, incapaz de entender lo que veía, tomó por un largo y pálido cuerno, quizá un instrumento de hueso o de madera, pero que acabó reconociendo finalmente como un apéndice vivo que se retorció y avanzaba vacilante hacia sus piernas abiertas como si fuera un enorme gusano ciego, tocándolas de vez en cuando suavemente con la punta. Una franja de pintura cruzaba el muslo de Carol y, al acercarse más, Freirs vio que allí donde se unían dos piernas había un dibujo: dos anillos concéntricos de color negro.

De pronto, como el predador hambriento que al fin detecta a su presa, el apéndice se endureció visiblemente, lanzándose hacia adelante para enterrarse entre las piernas de Carol. La muchacha cesó de luchar y en ese mismo instante sus gritos fueron ahogados por el sexo del hombre al introducirse entre sus labios.

Al tocarse todos esos órganos fue como si un circuito se completara y en algún lugar se encendiera una conexión: en el altar, de pronto, Freirs vio completo un círculo blanco, un cuerpo unido a otro cuerpo, una doble serpiente que se tragaba la cola. El cuerpo de Carol se sacudió como si fuera recorrido por una corriente eléctrica y un fogonazo de fuego rojizo recorrió de arriba abajo el montículo, y con él llegó el sonido de la tierra abriéndose.

Freirs trepó a la roca que se estremecía y trató de ver a través del humo, echando el cuello todo lo atrás que pudo. Boquiabierto, vio cómo en la negra roca que tenía sobre él aparecía una grieta: una colina estaba empezando a abrirse. Dentro de ella brillaba el líquido resplandor del fuego y de sus entrañas salió un chorro de humo que se dispersó en el aire nocturno. En su interior, Freirs vio confusamente cómo empezaba a removerse una forma colosal que se enroscaba y desenroscaba como un gusano gigantesco en el interior de una manzana.

Se quedó paralizado, aferrándose desesperadamente a la roca, viendo cómo la fisura se ensanchaba lentamente. La grieta fue abriéndose como las fauces de una bestia inmensa y el zumbido que salía del interior se hizo aún más agudo, como si ese sonido fuera capaz, por sí solo, de hacer que el umbral de piedra acabara de formarse.

Fue el sonido el que le liberó de su estupor. Se lanzó hacia adelante dominado por una nueva premura, ignorando el dolor de sus pies destrozados, clavando los dedos febrilmente en las rocas que temblaban y se sacudían como si desearan hacerle caer. Finalmente, logró izarse hasta la cornisa, conservando aún en una mano su arma. Ante él se hallaba la figura desmadejada de Carol y el cuerpo delgado y blanco que se arqueaba sobre ella, el rostro torcido hacia un lado, el torso como una inmensa arteria blanca cuyos latidos se acompasaran a los de la tierra.

Incluso en la oscuridad vio que su aspecto apenas si era humano. ¿Y qué le había ocurrido a la cabeza? Cuando era niño se le cayó una vez al suelo una gran jarra llena de mantequilla de cacahuete; la jarra se rompió, pero los fragmentos del cristal siguieron en su lugar, pegados a la sustancia que contenían. Ése era el aspecto que tenía el cráneo del ser, pensó de pronto: como un recipiente de porcelana roto cuyos fragmentos siguen todos

en su lugar, retenidos por una fuerza misteriosa.

La criatura pareció no darse cuenta de que Freirs compartía ahora con ellos la cornisa. De pronto, el arco blanquecino de su cuerpo se tensó aún más y el rostro antes invisible se volvió hacia Freirs, el tubo llenando su boca, y a la luz de la luna Freirs reconoció al granjero, a su anfitrión y amigo Sarr Porothe.

El rostro le contempló vacuamente, y en él había la misma expresión que en el de un espantapájaros: sus ojos ya no veían nada y detrás de aquellas pupilas sólo existía la nada. El cuerpo de Carol se estremeció, sus piernas abiertas se agitaron bajo la luna y Freirs entendió de pronto para qué eran los anillos concéntricos: eran una señal, algo que servía para orientar a una criatura que no tenía conocimiento alguno del cuerpo de una hembra humana. Eran... una diana.

Lentamente, como percibiendo la repugnancia que llenaba la mente de Freirs, los ojos del granjero se volvieron hacia él y las comisuras de sus labios se torcieron en una sonrisa.

Freirs, aterrado, le golpeó con su hoz y el metal brilló a la luz del fuego. El ser que tenía delante apenas si tembló a cada golpe, tan insensible como un pedazo de carne muerta. Alzó lentamente una mano destrozada y sus dedos se extendieron hacia el rostro de Freirs. Su siguiente golpe dio en el blanco y el acerado filo de la hoz cortó limpiamente el apéndice que se retorció como una serpiente en la boca del granjero.

Así amputada, la cosa se contorsionó encogiéndose y marchitándose velozmente como un gusano cortado en dos, derramando un fluido lechoso. El cuerpo del granjero se retorció por dos veces y luego se derrumbó inerte sobre el de Carol. Por encima de ellos, el zumbido se hizo aún más agudo convirtiéndose en un alarido insoportable en el mismo instante en que la criatura del montículo se alzó por última vez hacia las estrellas sobre la imposible longitud de su cuerpo enroscado y, finalmente, se quedó inmóvil. La grieta pareció cerrarse. Freirs vio como el hilo de fuego se iba haciendo más y más delgado a medida que los enormes bloques de tierra volvían a encajar entre sí y los ciclópeos portales se cerraban de nuevo. A kilómetros de distancia, en el sur, los cánticos cesaron y las rosas se volvieron negras y se marchitaron en un segundo.

El montículo pareció derrumbarse sobre sí mismo, volviendo a su forma original: las grietas se cerraron por completo, encerrando de nuevo en su interior al fuego y los temblores de tierra fueron acallándose. El apéndice blanco colgaba flácidamente de la boca del cadáver como un cordón umbilical seccionado. Freirs bajó la vista con el tiempo justo de ver a una diminuta criatura negra como la pez que salía del apéndice hueco y se escabullía entre las rocas como un roedor que huye al ver derrumbarse su refugio. Recordó la historia de Porothe, el ratón escondido en la boca abierta del muerto. Antes de que pudiera lanzar un grito la criatura saltó de las rocas y fue engullida por la tierra.

El rugido se había calmado, las vibraciones habían cesado. Podía oír a su alrededor el inocente chasquido de las llamas y las voces de los hombres que se abrían paso hacia él. Una vez más, el canto de los grillos inundó la noche.

Carol yacía inconsciente en el altar, con los ojos cerrados y la boca aún abierta. Freirs le quitó de encima el cadáver del granjero, sintiendo cómo ya empezaba a volverse rígido, viendo que el apéndice se había marchitado por completo, como si fuera una rama seca. Cerró la boca de Carol con la misma suavidad con la que se cierran los labios de un

cadáver, sin atreverse a mirar, y luego cubrió su desnudez con su camisa medio rota y manchada de sudor, pensando en cuán distinta había sido la mujer gimiente y convulsa que había visto bajo el cuerpo del granjero de la Carol que él había conocido y preguntándose, a regañadientes, cuánto había en esos gemidos de dolor y cuánto de placer.

La abrazó con mucho cuidado, haciéndose la promesa de que no volvería a pensar en ello.

La luna contempló silenciosamente su beso y las estrellas clavaron en ellos su fría mirada; y si oyeron ese juramento, no dieron señal alguna de ello.

EPÍLOGO

Navidad

Esas mismas estrellas parecían contemplar con sus fríos ojos, aquel invierno, la bulliciosa ciudad.

Todas las tiendas cerraban muy tarde aquella noche para hacer posibles las compras de última hora. El gentío se apresuraba por las calles heladas con los brazos llenos de paquetes. Bandas del Ejército de Salvación competían con los ruidos del tráfico y el vapor alzaba sus humaredas por los escapes del pavimento.

Iban andando cogidos de la mano entre la multitud. Ella miraba sonriendo los escaparates de las tiendas, los Papá Noel de la calle y los rostros enrojecidos y alegres de los niños, pero en su expresión había un toque de absorta lejanía..., y siempre lo habría. También él sentía algo parecido. Meditaba sobre el sagrado nacimiento que estaban celebrando y el no tan santo que había estado a punto de tener lugar el verano pasado. Quizá por milésima vez tuvo que obligarse a recordar que esa noche no había nacido nada.

Y, sin embargo, el ser monstruoso por el que el viejo había entregado su vida no había sido destruido. ¿No era posible acaso que siguiera vivo, esperando en su huevo de tierra? ¿Había interrumpido la Ceremonia a tiempo?

Las estrellas temblaban invisibles más allá de las luces de la ciudad. Sintió entre sus dedos la mano de su esposa. Rodeados por la muchedumbre, Freirs se detuvo y escuchó durante un instante para reanudar luego el paso.

— ¿Qué pasa, Jeremy? —le dijo ella—. ¿Algo va mal?

— Nada, cariño —dijo él.

Le sonrió, apretándole la mano con más fuerza. Ella no lo había oído.

Pero él sí..., estaba casi seguro. Por encima de los ruidos de la ciudad, las bocinas de los taxis, la música y las carcajadas, había oído el rugido del dragón.